BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
No. 242
5
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JUNIO.

Varios Prelados de España han concedido 1260 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

Ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO,

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía.

ADICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS NUEVAMENTE APROBADOS, HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

JUNIO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.

Noviembre de 1853.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/anocristiano0000pore_m0n2

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JUNIO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

San Juvencio, mártir, en Roma.

San Pámfilo, presbítero, en Cesarea de Palestina, hombre de una santidad y ciencia admirable, y muy liberal con los pobres; el cual por la fe de Jesucristo, en la persecucion de Galerio Maximiano, fue atormentado y encerrado en una prision por órden del prefecto Urbano; y después en tiempo de Firmiliano, habiendo sido nuevamente atormentado, consumó el martirio juntamente con otros Santos. Tambien fueron entonces martirizados Valente, diácono, Pablo, y otros nueve; cuya conmemoracion se celebra en otros dias. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Reveriano, obispo, y san Pablo, presbítero, en Autun, los cuales juntamente con otros diez recibieron la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano.

San Tespesio, mártir, en Capadocia, el cual después de muchos tormentos fue degollado en tiempo del emperador Alejandro y del prefecto Simplicio.

Los santos mártires Ischirion, capitan, y otros cinco soldados, en Egipto; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano, por confesar la fe católica, fueron martirizados con diverso género de suplicio.

San Firmo, mártir, quien durante la persecucion de Maximiano fue cruelmente azotado, apedreado, y por último degollado.

Los santos mártires Felino y Gratiniano, soldados, en Perusa; los cuales habiendo sufrido diversos tormentos en tiempo de Decio, con una gloriosa muerte consiguieron la palma del martirio.

San Próculo, mártir, en Bolonia; martirizado en tiempo del emperador Maximiano.

San Segundo, mártir, en Ameria; el cual arrojado al Tíber, consumó el martirio en tiempo de Diocleciano.

San Crescenciano, soldado romano, en Tiferno ó Ciudad del Castillo, en la Umbría; quien recibió la corona del martirio imperando tambien Diocleciano.

5411

San Fortunato, presbítero, en la Umbría, esclarecido en virtudes y milagros. *(Nació en Espoleto, y habiendo sobresalido notablemente en las letras sagradas, mereció ser ordenado sacerdote. La austeridad de su vida y sus virtudes fueron tales, que mereció ser visitado de los Ángeles, y que se le apareciese varias veces Nuestro Señor Jesucristo. Su caridad para con los pobres no conocia término, privándose no pocas veces hasta de lo mas necesario para socorrerlos. Descansó tranquilamente en el Señor en tal dia como hoy del año 400, y fue esclarecido en milagros antes y después de su muerte).*

San Caprasio, abad, en el monasterio Lirinense.

San Simeon, monje, en Tréveris, que fue canonizado por el papa Benedicto IX. *(Era natural de Siracusa en la isla de Sicilia, é hizo sus estudios en Constantinopla. Luego pasó á Jerusalen, donde permaneció siete años visitando diariamente los Santos Lugares, y por fin vistió el hábito monástico en el monte Sinai, donde vivió por espacio de muchos años. Posteriormente fue enviado á Italia con una mision, y habiéndola desempeñado, se retiró á Tréveris, donde su obispo Popon le cedió una habitacion en la torre de su catedral; y allí Simeon vivió encerrado por muchos años, hasta que al Señor le plugo llamarle á sí en tal dia como hoy del año 1035. Los infinitos milagros que después de su muerte obró el Señor por su intercesion, obligaron á la Santa Sede á colocarlo en los altares).*

San Enecon *(Eneco ó Iñigo)*, abad benedictino, en Burgos de España, en el monasterio de Oña, ilustre en santidad y milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

El Calendario de Castilla la Nueva hace hoy memoria de **san Segundo**, obispo y patron de Ávila, cuya vida, conformándonos con el Martirologio romano, ponemos el dia 13 de mayo.

SAN PÁMFILO, PRESBÍTERO, Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

San Pámfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se explica el Martirologio romano, nació en Berito de la Fenicia, siendo su casa una de las mas distinguidas de la provincia. Eran sus padres cristianos, y dedicaron el mayor cuidado á darle una cristiana educacion. La vivacidad y la singular penetracion de su ingenio no esperó para darse á conocer á los regulares términos de la edad; dejóse ya distinguir desde los mismos balbucientes indicios de la infancia. Apenas tenia dos ó tres años, y ya brillaba su extraordinaria agudeza; oíanse con admiracion sus discursos, sus gracias y sus prontitudes; pero se admiraba mas su bella índole, y aquella como nativa disposicion que mostraba para todo lo que era virtud y religion.

Después de haber dado principio á los estudios en su país, pasó á perfeccionarse en ellos á Alejandría de Egipto, teatro donde florecian á la sazon todas las escuelas cristianas. Necesariamente habia

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

de hacer grandes progresos en las letras un ingenio tan vivo, tan dócil y tan brillante, acompañado de costumbres tan arregladas y tan puras. Adelantó tanto en las letras humanas, singularmente en la retórica, que Eusebio Cesariense, que le tenia bien conocido, asegura fue uno de los varones mas elocuentes de su siglo. Aprendió la filosofía bajo el magisterio del santo presbítero *san Pedro Pierio*, esclarecido mártir, reputado por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, cuya vasta y universal erudicion le mereció el renombre de segundo Orígenes, ó de *Orígenes el mozo*.

De Alejandría pasó Pámfilo á Cesarea, acompañado del alto concepto que se habia merecido por su ingenio, por su literatura y por su virtud; y en breves dias fue la veneracion de toda la ciudad. Elevóle su mérito á los mayores empleos, y en todos dió tantas muestras de su capacidad y de su rectitud, que se levantó con el aplauso y con el amor universal; pero todas las floridas esperanzas con que le lisonjeaba su nobleza, sus talentos y su mérito singular no fueron bastantes para tentar jamás aquel piadoso y aquel desengañado corazon. Como tenia tan conocida la vanidad de los honores del mundo, y de los bienes caducos de la tierra, nunca se dejó deslumbrar de su brillante apariencia; y habiendo repartido entre los pobres gran parte de su patrimonio, abrazó el estado eclesiástico, siendo en breve tiempo no solo el ornamento, sino el ejemplo de la clerecía.

Conociendo muy bien lo mucho que Pámfilo valia, Agapio, obispo de Cesarea, no quiso que aquella antorcha se mantuviese escondida debajo del celemin. Confirióle los primeros órdenes sagrados, y sin dar oidos á las representaciones de su humildad, le elevó á la alta dignidad del sacerdocio. Como entró en él con tan santas disposiciones, á pocos dias fue las delicias de aquella iglesia por su eminente virtud y por su profunda sabiduría. Era su vida un ejercicio perpetuo de todas las virtudes; sobre todo, su humildad y su caridad fueron verdaderamente extraordinarias. Dedicaba todos sus desvelos al socoro de los pobres, no solo con las limosnas propias, sino con las muchas que les solicitaba, añadiendo á ellas el servirles por su misma persona; y en medio de eso decia que era el siervo mas inútil del mundo.

Luego que se vió en el estado eclesiástico se entregó enteramente al estudio de la sagrada Escritura, aplicándose únicamente á instruirse bien en la ciencia de la Religion. Por el ardiente amor que profesaba á las letras se aplicó á juntar en Cesarea una numerosa biblioteca, enriquecida con las obras mas excelentes de los autores

antiguos, para facilitar á todos el medio de hacerse sabios, aprontándoles armas con que refutar las herejías. Conocióse muy presto la utilidad de tan piadoso pensamiento; pudiéndose decir que á los desvelos de nuestro Santo debe la Iglesia el no haberse perdido la noticia de su antigua historia eclesiástica. Entre los otros libros de los sabios que procuró juntar fueron las obras de Orígenes, copiando él mismo por su mano algunos tratados de este autor, que á la sazon todavía era tenido por católico; y san Gerónimo hacia tan alto concepto de san Pámfilo, profesándole al mismo tiempo tanta veneracion, que habiendo recobrado el ejemplar sobre los doce Profetas menores que el Santo habia copiado por su puño, le conservó con tanta estimacion y cuidado, segun la frase del mismo santo Doctor, como si fueran los tesoros de Creso; porque en cada imágen del manuscrito se le presentaba la sangre de un ilustrísimo Mártir.

El mismo deseo que tenia de desterrar la ignorancia de la clerecía, y de enamorarla de los estudios eclesiásticos, le movió á enseñarlos por sí mismo, abriendo escuela pública en Cesarea, y dictando á sus oyentes lecciones de la sagrada teología; pero cortó todos estos santos ejercicios la persecucion de la Iglesia, que habia cási cinco años hacia lastimosos estragos en el Oriente.

Resueltos los emperadores Diocleciano y Maximiano á exterminar del mundo á todos los Cristianos, llegó á tanto su persecucion, que no les era lícito comprar, vender, traer agua, moler trigo; en fin, dar paso alguno de los mas necesarios para conservar la vida, sin haber ofrecido antes incienso á unos idolillos que estaban colocados en las calles, en los mercados, en las plazas y en todos los lugares públicos donde se ejercitaba algun comercio. Luego que dieron la paz al imperio derrotando sus enemigos, solo pensaron en hacer la guerra á la Iglesia. Resolvióse la persecucion en Roma por decreto del Senado; y confirmada por un edicto general de los emperadores los años de 302 y 303, fue, por decirlo así, como un diluvio de sangre que anegó á todo el universo. Asegúrase que en solo Egipto se contaron mas de ciento y cuarenta y cuatro mil mártires, y setecientos mil desterrados. El año 304 fue creado César Maximino, por sobrenombre Daja, y su crueldad contra los Cristianos hizo tantos excesos al emperador Maximiano, que sus ministros y oficiales, distribuidos en las provincias del imperio, no le podian hacer mayor lisonja que sugerirle nuevos géneros de suplicios, inventados para atormentar á los fieles de su jurisdiccion, corriendo rios de sangre por las ciudades y por las provincias.

Dió el gobierno de la Palestina á Urbano, creatura suya, quien desde luego se persuadió haria el mayor servicio, y daria el mas alegre gusto al tirano, si mandaba prender al presbítero Pámfilo, reputado por hombre extraordinario, y por uno de los principales maestros que veneraban los Cristianos. Esta misma reputacion le excitó la curiosidad de verle y de tratarle; y haciéndole venir á su presencia, conoció de cuánta importancia seria ganar á un hombre de aquel concepto y de aquel mérito, por lo que no perdonó á medio alguno para pervertirle; promesas, amenazas, lisonjas, tormentos, pero todo inútilmente. La constancia de Pámfilo llenó de asombro al tirano; pero el tirano se lisonjeó de que á fuerza de tormentos lograria debilitar por lo menos la constancia de Pámfilo. Mandó que le despedazasen el cuerpo con uñas de hierro; y se ejecutó la órden con tanta crueldad, que hasta el tirano mismo se horrorizó. Hízose una sola llaga todo el cuerpo del Mártir, descubriéronsele todos los huesos, y solo de milagro pudo vivir. Volviósele á la cárcel para repetirse el mismo suplicio dentro de pocos dias; pero habiendo perdido Urbano la gracia del Emperador, y con ella la cabeza, Firmiliano, que le sucedió, no se dió priesa por quitarle la vida al santo Mártir. Estuvo dos años en la cárcel, permitiéndolo así la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dejósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de ella para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadia mucha eficacia á su celo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y estos dieron ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Pámfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesarea se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostraron indecible gozo por encontrar en ella á Pámfilo; lo que sabido por el Gobernador, mandó que así este como los cinco extranjeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á estos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven: Todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jerusalen celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el Gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis les quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de san Pámfilo, que se llamaba Porfirio, y pidió licencia en alta voz para enterrar los cuerpos de los Mártires; por lo que allí mismo fue arrestado. Preguntóle el Gobernador si era cristiano, y le respondió que solo era catecúmeno, pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oir tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes, hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largo tiempo este suplicio, y lo sufrió Porfirio sin exhalar una sola queja. Su paciencia apuró la del Gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se ejecutó, habiendo llegado el primero á la corona el que fue el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la boca para pronunciar el nombre de Jesús, cuando vió que se acercaban las llamas para sofocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á san Pámfilo la alegre noticia del martirio de san Porfirio; y como saludase con beso de paz á uno de los Mártires, allí mismo fue preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo, lo que se ejecutó al instante.

Parece que el martirio de san Pámfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario; porque á Seleuco siguió luego Teodulo, viejo venerable y criado antiguo del Gobernador, que le estimaba mas que á los otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se lo presentaron como delincuente, y su delito fue el mismo de Seleuco, abrazar á un santo Mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el Gobernador con la constancia de todos aquellos generosos Mártires, hizo que le trajesen á san Pámfilo con otros dos ilustres Confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Pablo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor, y conociendo bien por su aire, por su alegría y por su serenidad, que perderia el tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los ídolos, lo que solo serviria para exponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que les cortasen la cabeza.

Al mismo tiempo de la ejecucion entró en Cesarea un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe, y cuyo celo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en ella, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los Mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalanzóse á ellos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendiéronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los Cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á san Porfirio, y fue el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron expuestos de órden del Gobernador los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á ellos en todo este tiempo, y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y les diesen sepultura.

SAN IÑIGO Ó ENECO, ABAD DE OÑA.

San Iñigo, decoroso ornamento del Órden de san Benito, uno de los grandes héroes que han dado mucho honor á la Iglesia de España, nació en Calatayud, ciudad antiquísima y muy noble de la corona de Aragon. Sus padres fueron muzárabes, esto es, cristianos mezclados con los árabes, los cuales se dedicaron con el mayor cuidado á dar á Iñigo una educacion conforme á las piadosas máximas del santo Evangelio; y aunque en aquella desgraciada época estaba cási toda España inundada de africanos, tuvieron el consuelo de ver al niño brillar entre los bárbaros como la hermosa rosa entre las espinas. Robó el tiempo á la posteridad los hechos de la puericia de Iñigo; pero por la gran reputacion que ya tenia en su juventud, podemos inferir la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Llamáronle *Eneco*, nombre usado en Aragon, trocándose después en Castilla con el de Iñigo.

Llegó el ilustre jóven á la edad de discrecion, y como el Señor le habia prevenido con todas aquellas gracias conducentes al fin para que le destinaba su adorable Providencia, comenzó á pensar seriamente sobre el estado que debia seguir, para llegar á la cumbre de la perfeccion á que aspiraba. Llamóle Dios al estado religioso, y aunque se inclinó desde luego á abrazarlo, con todo la invencibilidad de la naturaleza, y los artificios de que se valió el demonio para impe-

dirlo, trastornaban cási todos los medios que tomaba el Santo para poner en ejecucion sus ardientes deseos. Hallábase agitado el corazon de Iñigo con un tropel de pensamientos que suspendian el curso de su determinacion; pero ilustrado con una luz superior, que le dió á conocer las máquinas del demonio, dejó su patria, sus padres y sus cuantiosos bienes, y se retiró á los montes Pirineos, con ánimo de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion. Cuando se vió en lugar tan retirado de todo comercio humano se sintió mucho mas encendido en el amor á los ejercicios eremíticos, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que la de dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas, gastando en oracion los dias y las noches.

Florecia en aquel tiempo en la observancia religiosa el célebre monasterio de San Juan de la Peña, establecido en lo alto de las montañas de Jaca, donde el rey Sancho de Aragon y Cantabria habia puesto por abad á Paterno, varon esclarecido en ciencia y en santidad, que de Cluny habia traido la reforma de la vida monástica en que florecia. Llegó á entender Iñigo los progresos que hacian en la virtud los individuos de aquella ilustre casa, y como sus deseos no eran otros que los de su propia santificacion, resolvió abrazar la regla de san Benito, que ilustraba á todo el Occidente con el símbolo de su admirable santidad, y con el crecido número de tantos varones ilustres. Con este objeto se condujo al monasterio de San Juan de la Peña, y manifestando su intencion al abad Paterno, le rogó humildemente que se dignase admitirlo entre los monjes de su comunidad. Exploró á fondo Paterno la vocacion de Iñigo, y conociendo por los rumbos que habia seguido hasta entonces, que resultaria grande honor á su religion en tener un sugeto de aquel carácter, lo admitió gustosísimo. Desnudóse el Santo de todas las insignias seculares, y con ellas de todas las concupiscencias de la carne, y comenzó á practicar los ejercicios de la vida religiosa con tal espíritu y con tal fervor, que no dudaron los monjes, que dentro de breve tiempo seria Iñigo uno de los mas decorosos ornamentos del instituto Benedictino, como lo acreditó la experiencia. Hizo el enemigo de la salvacion cuanto pudo para interrumpir los piadosos conatos del célebre novicio; pero cuantas veces le atacó con las tentaciones mas violentas, quedó vencido vergonzosamente.

Hizo Iñigo su solemne profesion con empeño formal de imitar en lo posible á su esclarecido Patriarca, y con efecto salió la copia parecida en todo á su original; de suerte que todos y cada uno de los

monjes admiraban en él un modelo acabado de la perfeccion religiosa. Vivió algunos años en el monasterio de San Juan de la Peña amado y aun venerado de todos por sus eminentes virtudes; pero como Dios le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada, todas sus ansias y todos sus suspiros eran por la soledad. Pidió licencia á su abad para retirarse á un espantoso desierto; y no dudando Paterno que era el espíritu de Dios el que dirigia los impulsos de Iñigo, le dió el permiso que solicitaba, el cual era muy frecuente en aquellos siglos para con los religiosos, que apetecian semejantes indultos por el fin insinuado. Retiróse en efecto Iñigo á las montañas de Aragon á satisfacer sus deseos, y soltando las riendas á su fervor, resucitó con sus austeridades aquellas espantosas imágenes de penitencia, que se leen de los solitarios de la Tebaida, de la Nitria, y de la Siria. El rigor de su abstinencia, de sus ayunos, y de sus continuas mortificaciones atenuó las fuerzas corporales del ilustre anacoreta; pero confortado su espíritu con la divina gracia, vigorizaba con ella lo que destruia su aspereza.

Deseaba Iñigo vivir enteramente desconocido en el mundo; pero como la luz colocada sobre un monte no puede ocultar sus resplandores, tampoco pudieron oscurecerse los de aquella antorcha luminosa. Corrió la fama de la santidad del famoso solitario por toda aquella region, y atrajo el buen olor de su virtud á un gran número de personas al desierto donde habitaba, á ver aquel prodigio de la divina gracia, y aprovecharse de sus saludables instrucciones. Aunque todo el consuelo y todas las delicias del Santo las tenia en el retiro, en la oracion y en la contemplacion, jamás dió la mas leve señal de resentimiento, viéndose rodeado de tantas gentes que perturbaban su quietud; antes bien las recibia con la mayor dulzura y con suma caridad para atraerlas á Dios, á cuyo fin les hablaba con tanta energía y con tanta elocuencia sobre los caducos bienes de la tierra, sobre los falsos atractivos del mundo, sobre la brevedad de la vida, y sobre los horrores de la muerte, que abandonando muchos el siglo, se quedaron en la soledad, para atender únicamente al negocio de su eterna salvacion bajo la enseñanza de tan hábil maestro.

Cuando así brillaba Iñigo en las montañas de Aragon, ocurrió la muerte de García, primer abad del monasterio de Oña, y deseando el rey Sancho nombrar un digno sucesor al difunto, al que habia puesto en Oña para establecer la regla de san Benito, después que fue instruido con Paterno en Cluny, creyó que ninguno podria sa-

lisfacer sus deseos sino Iñigo, de quien era tan pública la fama de su santidad. Envió ciertos nobles oradores para que le persuadiesen á aceptar el empleo, y aun le escribió, que debia preferir el bien comun al particular que para sí solo disfrutaba en el desierto. Asustó al ilustre solitario la embajada, y respondió á los emisarios con un testimonio nada equívoco de su profunda humildad: *¿Qué especie de prudencia ó discrecion encuentra en mi el Rey, para que piense fiar la abadía de Oña á un miserable hombrezuelo? Si no ha experimentado mi flaqueza, ¿cómo quiere elegir por superior al que está escaso de paciencia, de espíritu y de ciencia? ¡Ay de mí, si por solicitar el bien de otros, no atendiese al mio! Por tanto estimo mas acertado custodiarme entre el silencio de la vida privada, que peligrar en el ministerio público; y así decid al Rey lo que os he expuesto, para que conozca que no es para abad un pecador miserable.*

Refirieron los emisarios á Sancho llenos de edificacion lo que oyeron y vieron en el célebre anacoreta, y volvió á enviar otros varones respetables para que le convenciesen. Hicieron estos cuantos esfuerzos son posibles para reducir á Iñigo; pero lograron el mismo efecto que los primeros oradores. Crecian en el Rey los deseos cuanto era mayor la repugnancia del siervo de Dios, y viendo inútiles todos los medios de que se habia valido, pasó personalmente al desierto donde estaba el Santo, y supo persuadirlo con tan poderosas reflexiones, y sobre todo con que resistia á la voluntad de Dios, que rendido al fin, le trajo consigo al monasterio de Oña, y le encargó su gobierno.

Fáciles son de creer los efectos que produciria una eleccion tan acertada, por medio de la cual queria el Señor que fuese Iñigo padre, maestro y director de muchas almas dedicadas á su santo servicio; y manifestándolo así, acreditó desde luego la diferencia que hay en que las dignidades busquen á los sugetos, ó los sugetos á las dignidades. No ignoraba el Santo, que era otra la razon del hombre privado á la de un superior; y bajo este conocimiento comenzó á obrar segun exigia el ministerio de abad. Consideró preciso para el acierto de su gobierno el ejercicio de la caridad, y estimulado de los impulsos de esta reina de las virtudes, atendia con la mayor vigilancia al socorro de todas las necesidades de sus súbditos; para lo cual enseñaba á los ignorantes, consolaba á los afligidos, alentaba á los débiles, asistia á los enfermos, y reducia al camino recto á los distraidos: en suma, practicaba todos los oficios que pueden apetecerse en un perfecto prelado; pero no por eso dejaba de usar de ri-

gor cuando lo pedia la necesidad, porque como sus deseos no eran otros que el que brillase en su monasterio la perfeccion religiosa, no disimulaba los defectos con facilidad, ni los reprendia con severidad, pues sabiendo hacer uso de ambos extremos con temperamento, lograba el fin sin darse por ofendido el corregido; siendo por su porte tan discreto, amado y venerado de todos en el tiempo que gobernó aquella comunidad.

El rey D. Sancho, por amor del santo Abad, dió muchos paños de seda y cosas pertenecientes al culto, exenciones, confirmaciones de privilegios, pueblos y heredades, y el lugar de Piernegas y Santa María de las Muelas. Su hijo el rey D. Ramiro de Aragon le dio el lugar de Rubena junto á Burgos en el año 1037. Llevólo tambien á la conquista de Calahorra en el año 1045.

Aunque las sabias y las celosas exhortaciones del insigne Abad eran capaces de alentar á los mas tibios a la perfeccion á que eran llamados, lo que les daba mayor eficacia era su ejemplo, y los maravillosos prodigios con que quiso Dios manifestar sus eminentes virtudes. Habia en el monasterio de Oña un monje de áspera condicion, y de una soberbia incomparable; procuraba el Santo amansar aquella fiera indómita con suavísimas palabras, ponderándole siempre que en la humildad consistia toda la perfeccion religiosa; pero aunque el áspero monje deseaba practicar los saludables consejos de su Prelado, dejándose llevar de su depravada naturaleza, sugerida del enemigo comun, volvia á sus habituales resabios. Pidió arrepentido al Santo en una ocasion, que rogase á Dios que le concediese la humildad que apetecia: hízolo Iñigo con fervorosa oracion, y desde aquel momento se trasmutó el monje de soberbio en humilde, de áspero en pacífico, y de turbulento en amante de la paz.

Tambien se debió á la oracion del Santo el siguiente portento: Encendióse en dos pueblos contiguos al monasterio de Oña tan reñida contienda sobre ciertos intereses, que acalorados sus vecinos, amenazaba una ruina fatal en ambas poblaciones: supo Iñigo la discordia, y armado de un santo celo, se arrojó á pacificarles. Obedeció una de las partes, nombrándole árbitro para la decision de la controversia; pero seducida la otra por un famoso ladron, jamás quiso acceder á los medios de la paz; mas el Santo habló con tal espíritu y con tal elocuencia al perverso incitador, que no pudiendo resistirse á la eficacia de sus saludables persuasiones, le pidió perdon del atentado postrado á sus piés. Trájole consigo Iñigo al monasterio, y rogando á Dios por la conversion de aquel hombre fora-

jido, consiguió para él una gracia tan eficaz, que confesándose, bañado en amargo llanto, de sus atroces delitos, pidió una celda en la misma casa, y fue en adelante un verdadero ejemplar de penitencia.

Aunque era tan pública la eminente santidad de Iñigo, con todo no le faltaron émulos que procurasen manchar su alta reputacion. Vivian cerca de Oña dos sugetos poderosos, tan amigos como semejantes en las depravadas costumbres; los que se burlaban con tal insolencia de todas las acciones del ilustre Abad, que no contentos con injuriarle de palabras, pasando á las obras, se atrevieron á querer destruir los bienes del monasterio. Sufria Iñigo con inalterable paciencia semejantes insultos, por ver si con su modestia y con su resignacion podia contener los atentados de aquellos enemigos; pero viendo que no se conseguia alguna enmienda por este medio, recurrió á Dios para que les corrigiese. Oyó el Señor sus reverentes súplicas, y queriendo vengar los desprecios hechos á su amado siervo, dispuso que riñesen ambos poderosos, y se quitasen la vida recíprocamente.

Llegó el tiempo en que quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísimo siervo: acometióle la última enfermedad en un pueblo llamado Salduengo, y conociendo que se acercaba la hora de su muerte, no obstante el peligro en que se hallaba, tomó el camino para Oña á fin de consolar á sus hijos. Era ya oscurecido cuando llegó á los términos de su casa, y se le presentaron dos hermosísimos niños vestidos de blanco con hachas encendidas en las manos, los cuales le alumbraron hasta que llegó al monasterio. Mandó á los monjes que hiciesen á los niños alguna expresion por aquel oficio caritativo; pero no encontrándoles, creyeron sin la menor duda que fueron Ángeles, y que su santo padre no lo advirtió anegado en dulces contemplaciones.

Postróse Iñigo en su pobre cama, y agravándose por instantes la enfermedad, pidió y recibió los últimos Sacramentos con profundísima humildad. Exhortó en seguida á sus amados hijos á la observancia religiosa; y quedándose en una dulce quietud, prorumpió en estas voces: *Mira, Señor Rey mio, y Esposo de mi alma, que insta la hora tan deseada por mí, para que libre de los trabajos de la vida presente, pase mi espíritu á gozar la gloria eterna: ve que ya se llega el tiempo en que libre del cautiverio de esta Babilonia, se enardece el ánimo para caminar á la vision pacífica. Yo te amo, yo te deseo, en tí espero, no me confundas eternamente.* Cuando el ilustre Abad se explicaba en estos ecos, se llenó el ámbito de la celda de un resplandor

celestial, y se oyó una voz que dijo: *Ven, alma dichosa, á gozar la bienaventuranza de tu Señor, para que con el te goces eternamente;* y dicho esto, se vió subir á los cielos la dichosa alma de Iñigo en el dia 1.° de junio del año 1071, acompañada de Ángeles cantando: *Bendito es, Señor, tu escogido, y digno de entrar en las moradas eternas.* Los monjes que vieron aquel feliz tránsito, llenos de admiracion y de alegría, clamaron en alta voz: *Venerable padre, abad excelente, ilustre confesor y bienaventurado Iñigo, mira nuestra afliccion, y para tus hijos que todavía viven en este valle de lágrimas, alcanza del Señor que nos libre de los males de la vida presente, y nos conceda benigno todos los auxilios para alegrarnos contigo sin fin en los cielos.*

Celebraron los monjes los funerales de su santo Padre con aquella pompa y con aquella solemnidad que exigian sus grandes merecimientos, y depositaron su venerable cadáver en sepulcro elevado, el cual hizo Dios célebre con repetidísimos milagros; siendo tantos así en vida como después de su dichoso tránsito, como pueden verse en los tres libros que escribió el P. Juan Bautista Dameto. Quiso Juan, sucesor del Santo, templar la pena de los monjes, y predicó en sus exequías una oracion fúnebre, que nos da idea de las eminentes virtudes de este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios. En ella dice: «Hemos visto, hermanos, llenos de ale-«gría entre lágrimas y sollozos como ha sido arrebatado el justo de «esta vida. No habrá lugar tan remoto en el orbe de la tierra al que «no haya conmovido el tránsito de nuestro santísimo P. Iñigo, ni «sitio tan ajeno de la religion cristiana, donde no se llore su muer-«te. Cierto es que llora la Iglesia por haber perdido á tal sacerdo-«te; pero se alegra el paraiso habiendo recibido á tan gran Santo: «lloran los pueblos, pero se alegran los Ángeles: gimen las provin-«cias, pero se alegran los lugares de los Santos en la recepcion de «aquel que deseaba diariamente volar á ellos, cuando decia: ¡Cuán «amables son, Señor Dios de las virtudes, tus tabernáculos! varon «santo, digno de que toda boca te alabe: el que si vivió no fue solo «para sí sino para utilidad de nosotros, brillando en la casa de Dios «no bajo una medida sino sobre el candelero, de suerte que con su «luz ilustró á muchos, dejándose ver suave y manso entre la sober-«bia del siglo. Convertido á Cristo distribuyó sus bienes entre los «pobres, y como si fuese poco este heroismo, los buscaba en todas «partes para mantenerlos y para vestirlos. ¿Á cuántos no libró de «las cárceles? ¿á cuántos cautivos no redimió? ¿y á cuántos opri-«midos no pagó sus créditos? Jamás se irritó en términos que no se

«acordase de la misericordia; pero ¿cómo podia proceder de otra «suerte quien despreciaba las contumelias y evitaba los odios? ¡Oh «varon admirable, digno de las alabanzas de todos los Santos! Él «en verdad siguió los ejemplos de todos los Patriarcas: fiel fue co-«mo Abrahan, crédulo como Isaac, benigno como Jacob, magnífi-«co como Melquisedec, próvido como Josef, manso como Moisés, «sacerdote como Aaron, inocente como Samuel, misericordioso co-«mo David, sabio como Salomon, apóstol como Pedro, amable co-«mo Juan, cauto como Tomás, doctor como Pablo, próvido como «Esteban, y fervoroso como Apolo; en sustancia imitó á los Após-«toles, á los abades, y á los obispos en el cuidado, en la fe y en la «caridad así de su monasterio como de la Iglesia. Todo esto tuvo, «y todo esto observó fielmente nuestro santo padre en el tiempo de «su vida, y por lo mismo cuando ha sido llamado á los tabernácu-«los celestiales, vuelvo á repetir lo que dije arriba, dolióse la tier-«ra, pero se alegró el cielo: lloró la carne, pero se glorió el espí-«ritu; por lo que no solo los Cristianos sino es los judios y paganos «que concurrieron á las exequias de Iñigo, rasgaron sus vestiduras «de sentimiento.»

Mantúvose el cuerpo del Santo en el primer depósito, hasta que siendo abad del monasterio de Oña Juan de Baca, lo trasladó, dia 18 de enero del año 1598, á una capilla propia del Santo con asistencia del rey D. Alonso VII, por sobrenombre el Emperador, del arzobispo de Burgos, de varios prelados, nobles y pueblos que concurrieron á solemnizar aquel acto, en el que se abrió la arca antigua donde estaban las reliquias del siervo de Dios, y se llenó todo el ámbito del monasterio de un olor fragantísimo, que tocando á las narices de varios enfermos consiguieron una perfecta salud. En virtud de estos milagros, y de otros muchos que se justificaron sucesivamente, canonizó á san Iñigo el papa Alejandro III, y Gregorio XIII concedió varias indulgencias á los que visitasen la capilla del Santo, segun escribe Yepes en la Crónica benedictina.

Deseosos los de Calatayud, patria de Iñigo, de tener algunas reliquias de su compatriota, hubieron del monasterio de Oña en el año 1600 un hueso del siervo de Dios, el cual recibieron con las demostraciones de la mayor veneracion; y habiéndolo elegido por patrono, hicieron voto de celebrar su fiesta en el 1.° de junio, que fue el dia de su felicísimo tránsito.

El monasterio de San Juan de la Peña alcanzó tambien un hueso de este su antiguo habitador el año 1644. Otras reliquias suyas se

veneran en la parroquia de la villa de Oña, en el convento de Valvanera y en el de Ubaranes. Celebran su fiesta las diócesis de Burgos y de Calahorra y toda la congregacion benedictina. A Clemente XII pidió nuestro católico rey Felipe V el año 1735 pusiese el nombre de san Iñigo en el Martirologio, y extendiese su festividad á toda la Iglesia.

La Misa es en honor de san Iñigo, y la Oracion es la siguiente:

Intercessio nos, quaesumus Domine, beati Iñigui abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Hágano̱s, Señor, agradables á tí, como te lo pedimos, la intercesion de san Iñigo, abad, para que por su patrocinio alcancemos lo que no podemos esperar de nuestros propios méritos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLV *del Eclesiástico.*

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

Amado de Dios y de los hombres, y su memoria en bendicion. Hízolo igual á los Santos en la gloria, y grande y terrible á sus enemigos: y con sus palabras amansó los monstruos. Glorificóle en presencia de los reyes, dióle preceptos que intimase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificólo en su fe y en su mansedumbre, y lo eligió de entre toda carne. Porque él escuchó su voz, y lo introdujo en la nube. Y públicamente le dió sus preceptos, y ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

Y públicamente le dió sus preceptos, y ley de vida y de ciencia. Asombro es que esta ley no sea mas generalmente observada. Pues siendo como es ley del Altísimo, ¿quién puede resistirse y obedecerla? De la observancia, ó de la infraccion de esta ley pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna; pues ¿quién se atreverá á violarla? ¿De dónde nacerá la inobservancia de la divina ley en muchas personas, que por otra parte tienen una vida arreglada? No de otro principio que de los respetos humanos. Este es un fantasmon imaginario, este es el grande escollo figurado en que se estrellan tantas almas. Pero en sustancia, ¿qué vienen á ser esos respetos humanos? No otra cosa que un espantajo forjado por la fantasía, abultado por el amor propio, del que se vale el enemigo comun para intimidar á las almas pusilánimes.

¡Cuántas personas tocadas de la gracia de Dios, espantadas á vista de sus desórdenes, se rendirian á los impulsos de la gracia, si la vana aprehension de los juicios del mundo no sofocara en ellas las mas sanas resoluciones!

Remordimientos agudos, proyectos de conversion, deseos virtuosos, nuevo plan de vida, todo da al través en ese infeliz escollo. Quiérese mas bien pasar la vida entre las tribulaciones de una conciencia atormentada; quiérese mas vivir en la desgracia de Dios; quiérese mas arriesgarlo todo, perderlo todo, que exponerse á la zumba y á la censura de un monton de mentecatos, á quienes siempre pone de mal humor el mérito de los otros; y no pueden tolerar sean mas prudentes que ellos los que en otro tiempo no fueron mejores.

¡Vióse jamás en el mundo temor mas mal fundado, ni condescendencia mas irracional é injusta! Se está en la firme persuasion que va errado el camino, y se conoce la necesidad de una pronta reforma; la gracia solicita, el tiempo vuela, la fe, la razon, y el buen ejemplo, todo conspira á sacarnos del peligro, todo grita que es menester reformarnos. Conviénese en esto; pero el vano fantasmon del qué dirán ó pensarán los hombres, turba y desconcierta los pasos de una gloriosa carrera.

Aquel hombre del gran mundo, aquel jóven tan discreto, aquella dama llena de vanidad y de presuncion, desengañados ya de las falsas ideas que deslumbran, hallan cierto nuevo gusto á la virtud. El horror de los desórdenes pasados, y los dictamenes arreglados que concibieron movidos de la ilustracion de la gracia, prometian una dichosa conversion, una reforma pronta. Ya estaban, por decirlo así, con un pié en la tierra de promision, cuando el temor de unos monstruos fingidos, fabricados puramente por un terror pánico, por una imaginacion desconcertada, los detiene, los desalienta, y los hace volver atrás. ¡Buen Dios! ¿será posible que nuestra imaginacion únicamente ha de ser fecunda en obstáculos, en dificultades, y en monstruos cuando se trata de entrar en vuestro servicio?

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos, qui secuti estis me, in regeneratione cum sederit Filius ho-

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, nos será dado? Mas Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regene-

minis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

racion, cuando se sentare el Hijo del Hombre en la silla de su majestad, os sentaréis vosotros tambien sobre doce sillas, juzgando á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que por mi nombre abandonare su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su esposa, ó sus hijos, ó su hacienda; recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De los respetos humanos.

Punto primero. — Considera que los respetos humanos son una injusta preferencia de los juicios de los hombres sobre los juicios del mismo Dios. ¿Qué cosa mas irracional, ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano?

Témese disgustar á quien nada importa darle gusto, ni dejar de dársele; y no se teme desagradar á Dios, siendo esta la mayor de todas las desdichas: y es lo peor, que se quiere desagradar á Dios por no desagradar á los hombres.

Tiénese vergüenza, témese mucho ser tenido por devoto; es decir, por siervo fiel de Dios, por discípulo de Jesucristo, por religioso observador de su ley y de sus preceptos. Si esto sucediese en medio del gentilismo, lloraríamos la desgracia de aquellos cristianos cobardes, de aquellos semiapóstatas; ¡pero que esto suceda entre los cristianos, que en medio del cristianismo se tenga vergüenza del Evangelio! ¿Pueden subir mas de punto la irreligion, la impiedad y la malicia?

Hónrase uno de estar en servicio de los grandes del mundo, y se avergüenza de estar en servicio de Jesucristo. ¿De cuándo acá es cosa vergonzosa ser hombre de bien, ser virtuoso, ser fiel?

Los disolutos, los mundanos hacen vanidad de las diversiones gentílicas, de las acciones mas afrentosas; ¡y los Cristianos se han de correr de las acciones mas santas! ¡Ha de alabarse uno de pasar los dias enteros en el juego, de entrar en todas las partes de diversion, de brillar, de sobresalir en las concurrencias del mundo; y le han de salir los colores al rostro porque se le vea en el tribunal de la penitencia, al pié de los altares, en el templo santo de Dios con modestia y con respeto! ¡No ha de tener valor para decir, y aun se ha de enfadar de que se sepa, que acaba de salir de unos dias de reti-

ro, de hacer unos santos ejercicios! ¡Con qué viveza, con qué empeño se niega, ó se oculta, que se ha visitado á los pobres del hospital, que ya se ha dejado el juego, que ya no se concurre al baile, que se ha desterrado para siempre de los espectáculos, que se hace profesion descubierta de ser cristiano, y que se cree al oráculo, que dice: *El que negare á Jesucristo delante de los hombres, será negado de Jesucristo delante de su Padre!* ¿Esta conducta es extravagancia, ó es impiedad? ¿es irreligion, ó es locura? Todo lo es ciertamente.

¡Ah, mi Dios, qué confusion, qué dolor siento de haber tenido hasta aquí mas atencion á los hombres que á mi soberano Dueño! ¡qué vivamente detesto tan vergonzosa, tan impía preferencia! Vos, Señor, á quien está patente mi corazon, estais viendo lo que siento y lo que pienso.

Punto segundo.—Considera que si un discípulo de Cristo se hubiera mezclado entre el pueblo de los judíos, y hubiera gritado como ellos: *Viva Barrabás, y muera Jesús*, ¡qué indignacion, qué horror se tendria aun el dia de hoy contra aquel impío apóstata, y con qué execracion se escucharia su nombre hasta el fin de los siglos en toda la Iglesia!

Pues digo, ¿y el preferir el mundo á Jesucristo por un vil respeto humano es menos injurioso á Jesús? ¿es menos escandaloso? ¿es menos horrible? ¿queda acaso por este cobarde, por este ingrato discípulo, que la ley de Dios no perezca? ¿Qué dirán si me reformo? ¿si no asisto ya á los saraos, á los convites, á las funciones del carnaval, á las fiestas licenciosas? Pero dime: ¿y qué dirá Dios si asistes á ellas? Mas no importa; con Dios no se cuenta, se hace poco ó ningun caso de que diga lo que dijere; puede mas una necia vergüenza, un loco respeto humano. ¡Ó mi Dios! y á vista de esto ¿quién negará ya que es muy necesario un juicio universal, que es indispensable la severidad de la divina justicia!

Si haces esa buena obra, si enmiendas tus costumbres, si frecuentas los Sacramentos, si entablas una vida regular y mas cristiana, los hombres de juicio, de virtud, te alabarán, Dios lo aprobará, y tú te alegrarás eternamente. A la verdad algunos libertinos, algunas mujeres mundanas, sin honra y sin cabeza, te zumbarán por algun tiempo. Pero, ¡qué! ¿has de hacer tú caso de lo que dice semejante gentecilla? ¿has de hacer aprecio de sus insulsas, de sus impías necedades? ¿y las has de temer hasta sacrificar tu paz, tu salvacion y tu alma?

¡Qué! ¿un necio, un impío desaprueba la ley de Dios, y yo sacrifico mi deber, mi religion, mi conciencia á la impiedad, al capricho de ese necio? ¿Puede haber mas odiosa extravagancia? Los Mártires siguieron esta ley, defendieron esta ley á costa de su vida: en buena fe, ¿estarán prontos á defender la misma ley, hasta derramar su sangre por ella esos corazones dominados por los respetos humanos?

Bien sé, Señor, que jamás seré siervo vuestro, si quiero agradar á los hombres. Pero esto es hecho, Señor: ya no mas cobardía, ya no mas humanos respetos, cuando se trata de serviros. Mas que desagrade á todo el universo, como os dé gusto á Vos, Dios mio, nada me importa: desde este mismo punto pongo toda mi gloria en serviros á Vos, en agradaros á Vos, cuidando poco de agradar ni desagradar á otro.

Jaculatorias. — Rompamos ya las cadenas del respeto humano y sacudamos ya de nuestras cervices la tiranía de su yugo. (*Psalm.* II).

Complácese Dios en despreciar tambien á los que no hacen caso de su majestad por complacer á los hombres; y tiene gran gusto en llenarlos de confusion. (*Psalm.* LII).

PROPÓSITOS.

1 No se pase el dia sin dar alguna prueba del desprecio que haces de los respetos humanos, y muestra en toda ocasion que no te avergüenzas del Evangelio. ¿Cúmplese con estas dos obligaciones de palabra y de obra? Has hecho resolucion, y se lo has ofrecido á Dios de no jugar esta Pascua, de no concurrir mas al baile, de desterrarte para siempre de los espectáculos. Pues di públicamente, y dilo con toda resolucion, que no quieres jugar hasta tal tiempo; que has renunciado eficazmente y para siempre todo concurso, toda diversion peligrosa; que quieres servir á Dios con mayor edificacion y con mas fidelidad que lo has hecho hasta aquí: levanta la voz, y di con toda claridad, que quieres pensar seriamente en el negocio de tu eterna salvacion, y que estás resuelto á no perdonar á medio alguno para conseguirla: di que no quieres tener otra regla para tu conducta que las máximas de Jesucristo, y los dictámenes del Evangelio. Todo pende de decirlo con brio y con resolucion; si nuestras timidez, date por vencido. En materia de costumbres una vigorosa determinacion vale una victoria. Pero no te contentes con declarar el partido que has tomado; haz que tus obras prueben tu resolucion. El mundo solo persigue con sus zumbas, con sus frias bufonadas á

los virtuosos tímidos y cobardes, á los que se avergüenzan de parecer lo que son; pero á los que públicamente hacen resuelta profesion de serlo los mira con respeto y con veneracion. Si temes responder franca y descubiertamente con aire libre y resuelto que vas á encomendarte á Dios, que vienes de la iglesia, esa necia cobardía, ese contemporizar fuera de tiempo prueban que la intencion no es la mas pura, que tu fe está muy tierna, que tu devocion es muy dudosa. Mírase esa media devocion como una especie de escena cómica, con que quieres divertir al público; y eso es lo que hace reir á unos, y pone de mal humor á otros. Y con efecto, si estás resuelto á servir á Dios sinceramente, ¿á qué propósito avergonzarte de una cosa que á todo el mundo honra tanto?

2 Es error persuadirse uno que seria vanidad declararse tan presto y tan descubiertamente por el partido de la virtud. Este es el maligno artificio de que ordinariamente se sirve el demonio para engañar á las personas que se convierten. Pero acuérdate que es un excelente medio para perseverar en la virtud profesarla desde luego á cara descubierta. Este generoso, este ruidoso principio hace que las mismas armas del enemigo sirvan para combatirle: una vez que se abrazó públicamente el partido de la virtud, la honra, la razon, y hasta los mismos respetos humanos sirven de barrera para defenderse de la inconstancia. Tarde ó temprano se conoce el buen efecto de aquellos primeros pasos; después de haber metido tanto ruido, seria mucha vergüenza volver atrás. ¡Dichosa necesidad! ¡dichoso fruto de aquella animosa declaracion!

3 ¿Quieres, pues, librarte desde luego de los importunos sobresaltos del amor propio, y de los artificiosos lazos del enemigo? Pues déjate ver en público con un vestido modesto, con una compostura, con unos modales, que ellos mismos estén publicando tu mudanza: muéstrate resuelto y determinado por todas tus respuestas prontas y precisas en punto de la virtud. Una de las mas piadosas y de las mas útiles declaraciones es ir á oir misa con modestia, y con devocion ejemplar en aquellas mismas horas, y á aquellas mismas iglesias donde antes te dejabas ver con tan poco respeto, y con tan ninguna reverencia. Algunos cristianos hay tan generosos, y tan santamente intrépidos, que de propósito comulgan algunas veces en la misa de los indevotos, de los perezosos, es decir, en la misa de once, ó doce, á que suelen concurrir los pisaverdes. Ciertamente que son muy debidos al público estos buenos ejemplos. Guárdate bien de detenerte un punto en confesar que vas á visitar al santísimo Sacra-

mento, que vienes de hacer lo mismo con los pobres, etc. ¡Pues qué, se ha de hacer vanidad en el mundo de decir que se va, ó se viene de la comedia; y se habia de tener vergüenza de decir que se va á la iglesia, ó que se viene del hospital! Ten horror toda la vida á una timidez, á una cobardía tan indigna.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Marcelino, presbítero, y Pedro, exorcista, en Roma; los cuales desde la prision instruian á sus compañeros en la doctrina cristiana; y habiendo sufrido muchos y crueles tormentos en tiempo de Diocleciano, fueron degollados por sentencia del juez Sereno en un lugar que se llamaba Selva negra, el cual en honor de estos Santos se llamó después Selva blanca. Sus cuerpos fueron sepultados en una gruta junto á san Tiburcio; y mas adelante san Dámaso, papa, adornó su sepulcro con un epitafio en verso. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Erasmo, obispo y mártir, en Campaña; el cual por mandato del emperador Diocleciano, primeramente fue azotado con cordeles emplomados, y cruelmente apaleado, y después le bañaron con resina, azufre, plomo derretido, pez, cera y aceite; de todo lo cual salió ileso. Maximiano tambien le hizo atormentar cruelmente en Formi ó Mola con diversos é inhumanos suplicios; mas Dios por un efecto del poder divino le conservó intacto, para que otros fuesen confirmados. Por último lo llamó el Señor, y murió santamente esclarecido con la gloria del martirio; su cuerpo fue después trasladado á Gaeta. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Fotino, obispo, Santos, diácono, Vecio, Epagato, Maturo, Póntico, Biblides, Atalo, Alejandro y Blandina, con otros muchos, en Leon de Francia; cuyos valerosos y multiplicados triunfos conseguidos en tiempo de Marco Aurelio Antonino, y de Lucio Vero, los refiere la iglesia de Leon en la carta que escribió á las iglesias de Asia y de Frigia. Entre estos Santos santa Blandina, de sexo mas frágil, de cuerpo mas flaco, y de condicion mas humilde, sufrió mas dilatados y mas crueles tormentos, permaneciendo firme y constante hasta que degollada alcanzó la palma á que habia exhortado á sus compañeros. *(Véase su historia en las de mañana, dia 3 de junio).*

San eugenio, papa y confesor, en Roma. *(Sucedió en la silla de san Pedro al papa san Martin, el año 655. Su vida fue constantemente la de un santo, y se distinguió por varios reglamentos utilísimos que dió á la Iglesia en una época bastante azarosa. Estuvo dotado del don de milagros, y murió en el Señor en tal dia del año* 658).

San Nicolás peregrino, confesor, en Trani en la Pulla, cuyos milagros fueron referidos en el concilio romano, celebrado en tiempo de Urbano II. *(Nació á principios del siglo XI en la Acaya de padres pobres. Estaba apacentando á la edad de ocho años el rebaño de sus padres, cuando un dia, inspirado de repente del divino Espíritu, comenzó á cantar el* Kyrie eleison: *y habiéndosele aparecido Nuestro Señor Jesucristo, y enseñado la ciencia de la*

perfeccion, apenas hubo cumplido doce años dejó la morada paterna, y se retiró á una cueva desierta, donde vivió algunos años. Allí tuvo que sufrir las persecuciones de sus deudos, cuyos propósitos al fin venció con una serie de portentos que atestiguaron su santidad. Por mandato del Señor se trasladó á Italia, donde si muchos le miraban como santo, otros le consideraban como necio, y algunos como demente. Nicolás iba no obstante de ciudad en ciudad ostentando por todas partes la gloria de Dios, hasta que hallándose en Trani en la Pulla por los años de 1094, murió en el Señor).

LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO, MÁRTIRES.

Era san Marcelino presbítero de la iglesia de Roma, y san Pedro era exorcista hácia el fin del tercer siglo, y á principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino, y la santidad de su exorcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podian esconderse á la persecucion de Diocleciano, en un tiempo en que todos los parajes estaban teñidos de la sangre de los Mártires. El gran poder que el santo Exorcista ejercia sobre los demonios irritó á todo el infierno, y este conmovió contra san Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputacion, por su gran celo y por sus continuos milagros fue acusado ante Sereno como el mayor enemigo de los dioses. Fue preso y encerrado en un oscuro calabozo, después de haber despedazado muchas veces su cuerpo con azotes muy crueles.

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso Mártir mostraba en los tormentos, sufriéndolos con un semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oianle cantar de dia y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prision, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un dia que el carcelero, llamado Artemio, siempre que bajaba al calabozo se mostraba triste y lloroso, manifestando en el semblante la amargura que aflige su corazon. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. Lloro (dijo Artemio) la desgracia de una hija mia, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni alivio para sus males. Años há que está poseida de un demonio que la atormenta horriblemente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dejo en tan lastimoso estado.

Pues si no te aflige otra cosa, respondió el Santo, fácil será consolarte. Pero ¿cómo? replicó el carcelero. Librando á tu hija de ese demonio, respondió san Pedro. Eso es bien cierto, dijo Artemio; pero ¿qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro? Yo, respondió el santo Exorcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y

con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: Segun eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo. Conozco lo mucho que vale este calabozo y estas cadenas, respondió el santo Exorcista, y estoy muy léjos de desear verme libre de ellas; ni el grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los Cristianos. Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en el gran poder que le supones, rompe por tí mismo las cadenas, abre el calabozo, penetra por medio del cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame esta noche en mi cuarto; y volviéndole las espaldas con un género de desprecio se retiró á su casa.

Apenas entró en ella cuando dijo á su mujer: *Vengo de visitar los presos, y dejo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prision han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa: dice que por la virtud de Jesucristo, su Dios, librará del demonio á nuestra hija Paulina.—Pero en eso ¿qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?* respondió Cándida, que así se llamaba la mujer de Artemio.—*La locura*, replicó este, *consiste en que habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche á buscarme en mi cuarto, el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia.—Como él cumple su palabra*, respondió Cándida, *será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero mas que el suyo.—Tan loca me parece que estás tú como lo está él*, replicó Artemio: *aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñaran en librarle de las cadenas, y en sacarle del calabozo, no lo podrian conseguir.* Ibase acalorando la conversacion, cuando san Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dejó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un Crucifijo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus piés, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los Cristianos. Acude Paulina al ruido; arrodíllase delante del Santo, y no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando: *Ó Pedro, la virtud de Jesucristo que está en tí me arroja de mi casa, y me obliga á dejar libre el cuerpo de esta doncella.*

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que siendo testigos de un hecho tan mila-

groso, preocupados de asombro y de admiracion, pidieron todos el Bautismo. Inundado san Pedro de un suavísimo consuelo á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbítero Marcelino, el cual habiéndoles explicado los principales misterios de la fe, y viéndoles á todos con la mejor disposicion, les administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de sí por el gozo de verse ya cristiano, fué á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dió á todos los Cristianos.

Por haber caido malo á la sazon el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad san Marcelino y san Pedro para instruir por espacio de cincuenta dias á los nuevos cristianos, preparándoles y fortaleciéndoles para recibir la corona del martirio. Luego que el Vicario convaleció, llamó á Artemio, y le mandó hiciese venir delante de él á todos los prisioneros. *Señor*, respondió el alcaide, *las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exorcista de los Cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra órden estaban en los calabozos, y les abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos la fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo Bautismo, y solo el presbítero Marcelino, Pedro su exorcista y yo estamos á vuestra disposicion.*

Salió fuera de sí el Vicario con la respuesta de Artemio, y mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plomo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo después venir á san Marcelino en presencia de san Pedro, y dijo á los dos: Disponeos para ser tratados de la misma suerte, después de lo que acabais de ver ejecutar, si en este mismo punto no ofreceis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo. *No permita Dios*, respondió Marcelino, *que cometamos jamás tan sacrílega impiedad; no hay mas que un solo Dios verdadero, y reconocer á otro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que teniais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quieras imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por ella que no hay otro Dios que el Dios de los Cristianos.*

Ya no pudo contener mas la cólera Sereno; y haciendo que apaleasen cruelmente á Marcelino, cuando vió molido todo su cuerpo, ordenó que le condujesen á un tenebroso calabozo, y que allí le dejasen tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua y sin alimento, para que muriese á violencias del dolor y de la hambre. San

Pedro fue llevado á otra prision, donde le dejaron con fuertes grillos en los piés, y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa mano que habia puesto en libertad á los otros santos Confesores, libró tambien á nuestros invictos Mártires. Aquella misma noche entró un Ángel en el calabozo donde estaba Marcelino, y haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condújole á la prision del exorcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oracion, y se mantuvieron algunos dias en su compañía, confirmándoles en la fe, y disponiéndolos para el martirio.

Cuando supo Sereno que Marcelino y Pedro habian desaparecido de la cárcel, descargó contra Artemio todo su furor. Mandó que él, Cándida su mujer, y Paulina su hija fuesen llevados al templo de Júpiter, y no queriendo ofrecerle sacrificio, sin dilacion fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió á sus mismos piés, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducian al suplicio, iban delante de ellos san Marcelino y san Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su celo y su fervor, porque volviéndolos á prender, fueron luego degollados por sentencia de Sereno.

Por temerse alguna sedicion se ejecutó la sentencia á una legua fuera de Roma, en un paraje que entonces se llamaba el *bosque negro*, y después en memoria de los santos Mártires el *bosque blanco*, y recibieron la corona del martirio hácia el año de 304. Arrojaron sus santos cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos Mártires se los revelaron á una piadosa mujer, llamada Lucina, que los retiró de allí, y les dió decente sepultura.

En tiempo del emperador Ludovico Pio, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelstad en Alemania, las reliquias de san Marcelino y san Pedro, y desde allí el año de 827 lo fueron segunda vez á Mulinheim, colocándolas en la abadía que hoy se llama de *Salgenstad*.

SAN ERASMO, LLAMADO VULGARMENTE SAN ELMO, MÁRTIR.

El mismo dia hace la Iglesia conmemoracion de san Erasmo. Nació en el Oriente, y por su gran virtud fue elevado á la dignidad de obispo hácia el fin del tercer siglo, siéndolo de una iglesia perteneciente al patriarcado de Antioquía. Como la cruel persecucion de

Diocleciano desolaba todo el país, se retiró nuestro Santo á un desierto del monte Líbano, donde hizo una vida tan pura, tan mortificada y tan ejemplar, que admiró á todo el país. Respetábanle hasta los mismos brutos, y muchas veces le vieron rodeado de fieras, que postradas á sus piés obedecian su voz. Á su presencia huian los demonios de los cuerpos, y con su bendicion quedaban sanos los enfermos.

Volvió á Antioquía, donde convirtió á la fe gran número de gentiles, haciéndose su nombre tan famoso, que el emperador Diocleciano tuvo gana de verle. Quedó admirado cuando vió su compostura, su gravedad y su modestia, y no perdonó á diligencia alguna para ganarle. Pero desengañado de que perdia el tiempo, y advirtiendo que sus respuestas hacian impresion en el ánimo de los mismos paganos, mandó que le hiciesen sufrir todos los tormentos juntos. Ejecutóse la órden con rigor: fue primero apaleado, después molido á golpes, en tercer lugar azotado con plomadas, que hicieron una sola llaga de todo su cuerpo; echaron sobre él resina, azufre, plomo derretido, pez, cera, y aceite hirviendo, sin recibir lesion alguna. Invocaba sin cesar los santos nombres de Jesus y de María en medio de los tormentos, y ellos le mitigaban el dolor, y le curaban las heridas. A esta maravilla se siguió un terremoto muy violento; y movido el pueblo de tantos prodigios comenzó á gritar que se pusiese en libertad al santo Obispo. Atemorizado el Emperador, mandó que le llevasen á la cárcel, de donde le sacó milagrosamente un Ángel, y le ordenó que se embarcase para Italia. Aportó á las costas de Nápoles, retiróse á Formiers, donde hizo grandes conversiones, y obró grandes maravillas, con que se hizo célebre su nombre.

Noticioso el emperador Maximiano de los prodigios que obraba aquel extranjero, supo que era cristiano y obispo. Mandóle prender; y admirado de su celo y de su constancia, y del ardiente deseo que tenia del martirio, hizo que le despedazasen las carnes con uñas de hierro: viéndole inflexible, mandó que le metiesen en una caldera de pez y aceite hirviendo, la que con la señal de la santa cruz se convirtió en un fresco y delicioso baño. Confuso el Emperador viéndose vencido, dió órden de que le encerrasen en un lóbrego calabozo, con determinacion de hacerle padecer nuevos tormentos: pero aquella misma noche se le apareció san Miguel, sacóle de la cárcel, y le trasladó á Formiers, ciudad marítima de la antigua Campania entre Gaeta y Minturno, donde hoy está Mola, en la Tierra de La-

bor. Anunció el Santo la fe á todos aquellos pueblos, fue su apóstol, y después de muchos milagros y trabajos, lleno de dias y de merecimientos, subió al cielo á recibir la corona del martirio el dia 2 de junio del año 303. Estuvo en Formiers el santo cuerpo hasta el siglo IX, que fue destruida la ciudad por los sarracenos; y por los años de 840 fue trasladado á Gaeta, donde se conserva hoy con mucha fe y con igual veneracion. Hiciéronle célebre en todas las partes del mundo los grandes prodigios que obra el Señor por la intercesion del Santo. Es el tercero de los quince patronos del Occidente; esto es, de los Santos tutelares que se invocan en los mayores peligros: son en este órden: san Jorge, san Blas, san Erasmo, san Pantaleon, san Victo, san Cristóbal, san Dionisio, san Ciriaco, san Acacio, san Eustaquio, san Gil, san Mago, santa Margarita, santa Catalina y santa Bárbara.

De muy antiguo llamaban los marineros Santelmos á los fuegos que al fin de la tempestad suelen verse en las antenas ó en el mástil de los navíos, derivándose esta palabra y otras que con ella se dan la mano, de san Ermo, ó Sant-Elmo, nombre corrompido ó á lo menos abreviado por los marineros italianos, de quienes san Erasmo es singularmente invocado en las tempestades y peligros del mar. En efecto á este Santo y no á nuestro san Pedro Gonzalez aplican algunos críticos el nombre de san Elmo, diciendo que de Italia vino su invocacion con los marineros y constructores de galeras que de Pisa y Génova fueron llamados á Galicia por D. Gelmirez, arzobispo de Santiago, y acaso á algunos otros puertos; y que luego después experimentando los marineros la singular proteccion de san Pedro Gonzalez en las tormentas, es verosímil que aplicasen á este el nombre de san Telmo que los italianos daban á san Erasmo su protector: de suerte que en nuestros mares no se conoce otro san Telmo mas que san Pedro Gonzalez, de cuya invocacion hablamos en su vida en el mes de abril, dia XIV.

EL BEATO JUAN DE ORTEGA, CONFESOR.

El beato Juan de Ortega, llamado así por el sitio donde hizo su prodigiosa vida, nació en el año 1080 en una pequeña aldea del arzobispado de Burgos, dicha Quintana de Ortuño, á la que resultó una gloria inmortal por haber sido patria de un héroe tan ilustre. Fueron sus padres Vela Velazquez, y doña Eufemia, ambos muy distinguidos en el país por su notoria piedad; los cuales vivieron mu-

chos años sin sucesion en su pacífico matrimonio: recurrieron al cielo con fervorosas oraciones y con religiosos votos, valiéndose de la poderosa intercesion de la santísima Vírgen; y habiendo sido oidas sus reverentes súplicas, les concedió el Señor á Juan, sobre quien derramó sus mas dulces bendiciones con mano liberalísima. No tardó mucho tiempo en manifestar el niño las gracias con que se hallaba favorecido, pues su inclinacion á la virtud, su amor para con Dios, y su caridad para con los pobres, aun en edad poco sensible de la miseria, dieron á conocer desde luego, que su dichosa alma se dirigia por las inspiraciones del Espíritu Santo.

Aplicáronle sus padres á la carrera de las letras, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, hizo grandes progresos así en las ciencias como en la virtud. Hizo el mundo cuanto pudo para atraer á su partido á un jóven que descollaba sobre todos sus contemporáneos; pero como á Juan le sobraba entendimiento para conocer las engañosas esperanzas con que le lisonjeaba el siglo, aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó el estado eclesiástico, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y ser útil á la Iglesia. Ascendió por los grados prescritos en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio, y luego se distinguió en el nuevo ministerio por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría; pero pareciéndole que podia ser tibieza en un sacerdote lo que era devocion en un seglar, se entregó á la oracion, al retiro y al estudio.

Murió Alfonso VI, rey de Castilla, y estando casado con su hija Urraca Alfonso, rey de Aragon y de Navarra, llamado el Guerreador, queriendo este sujetar á su dominio á Castilla, se suscitaron con este motivo grandes conmociones entre los aragoneses y los castellanos. Parecióle á Juan que en aquella situacion no podia continuar el tenor de vida que se propuso seguir, ni menos conservar su patrimonio entre los tumultos de la guerra; y para conseguir con él el reino del cielo, distribuyó todos sus cuantiosos bienes á los pobres de Jesucristo, reservando para sí solo lo preciso. No contento con una accion tan generosa, determinó visitar personalmente los Santos Lugares de Jerusalen, donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; y queriendo imitar en la peregrinacion á los verdaderos pobres, expendió en el camino entre los necesitados la corta porcion que reservó para su sustento. Llegó á la capital de Palestina después de muchos trabajos; y con la vista de aquellos preciosos monumentos de nuestra dicha se renovaron en el corazon de Juan los afectos

AMHERST COLLEGE LIBRARY

del mas tierno amor para con el Redentor del mundo, á los que se siguieron inmediatamente el tedio y el disgusto de todos los bienes de la tierra. Mantúvose algun tiempo regando con sus lágrimas los venerables lugares que santificó Jesucristo con su real presencia; y pareciéndole que las cosas de España estarian ya sosegadas, resolvió volver á su patria. Embarcóse con una multitud de peregrinos, y levantándose una tempestad furiosa, se expusieron todos en el mas inminente peligro de naufragar. Imploró Juan en aquel conflicto á la divina misericordia, y valiéndose de la proteccion de san Nicolás, de quien traia reliquia con otras muchas, prometió construir en honor suyo una iglesia cuando se librase del peligro. Sucedió una calma apacible á la deshecha tempestad, y agradecido el siervo de Dios al beneficio de su protector, solo deseaba ocasion de cumplir el voto que le habia ofrecido.

Cuando llegó Juan á España halló las mismas turbaciones que al tiempo de su partida; y conociendo que en su patria no podia dedicarse con tranquilidad á los santos ejercicios que deseaba, resolvió retirarse á la soledad de algun desierto. Escogió para este fin un campo alto y despoblado que está á la falda del monte Idubeda, llamada hoy *de Oca* por la antigua ciudad del mismo nombre, que era la capital de aquella tierra. Caia este desierto en el camino de Santiago, llamado *Ortega* ú *Ortiga* por las malezas y espesuras de ortigas y de otras malas yerbas que habia en él, donde se refugiaban muchos salteadores de caminos al abrigo de las malezas de aquella selva inculta. Dos fueron los motivos que tuvo el siervo de Dios para hacer eleccion de aquel peligroso sitio: el uno por despejar de él á los ladrones que causaban innumerables daños á los pasajeros; y el otro por ser muy proporcionado para ejercitarse en obras de misericordia con los pobres peregrinos que se conducian en romería á Santiago de Galicia, puesto que aquel lugar estaba inmediato al camino.

Entendió Juan que sin licencia del Rey no podia poner en ejecucion sus piadosos designios, y habiéndola conseguido, comenzó á labrar la iglesia de San Nicolás en cumplimiento de su promesa. Temieron los ladrones que si se concluia el oratorio se les quitaria aquel lugar de asilo, y no contentos con las muchas injurias que causaban al siervo de Dios, destruian por la noche cuanto trabajaba por el dia. Sufrió Juan con inalterable paciencia todos aquellos insultos; pero conociendo que la consumacion de las obras buenas depende de Dios, y no de los hombres, venció con su constante firme-

za la terquedad de los salteadores: atraíalos con limosnas, y haciéndoles todo el bien que podia, de suerte que admirados de su heróico sufrimiento, muchos de ellos se convirtieron, y lo dejaron en paz, abandonando aquel sitio.

Libre el ilustre Sacerdote de sus enemigos, concluyó por fin la iglesia ofrecida á san Nicolás, donde colocó las reliquias traidas de Jerusalen, y habiendo erigido cerca de ella un famoso hospital para que se hospedasen los peregrinos, les servia con la mas ardiente caridad. Durante esta obra confirmó Dios la virtud de su siervo con milagros patentes. Éralo ya la vida que el Santo vivia en esta soledad: todos los años ayunaba tres cuarentenas, y en los demás dias solo tomaba una vez alimento; pero tan corta cantidad, que parecia vivir milagrosamente: ceñia su carne con un cinto de hierro espantoso, que aun se guarda en el relicario de su capilla: dormia poquísimo, y eso sobre el duro suelo; lo mas de la noche empleaba en orar; del dia se le iba gran parte en ejercicios de caridad dentro y fuera de su hospicio: el hábito era humilde sin ostentacion; andaba en un asnillo cuando la jornada era larga: su hospicio era refugio de los pobres, escuela de los que deseaban aprovechar en la virtud: muchos ermitaños y personas devotas de aquellas cercanías le buscaban y escuchaban como á su padre y maestro. Entre ellos habia dos sobrinos del siervo de Dios, á los cuales mandó que guardasen la regla de san Agustin. Era esto por los años de 1138, en que deseando asegurar aquel establecimiento, pidió á Inocencio II que lo recibiese bajo su proteccion. En el breve que con este motivo expidió este Papa á nuestro Santo, es llamado aquel monasterio *San Nicolás de Ortega*. A los religiosos de aquella casa llamó nuestro Santo canónigos reglares de san Agustin, y con tal nombre perseveraron cerca de trescientos años.

Volaba la fama de la eminente santidad del venerable Sacerdote por toda aquella region, y atraidas muchas personas del buen olor de su virtud, quisieron ser sus discípulos. Tuvo tanto acierto en el nuevo establecimiento, que todos los hospitales desde Logroño á Burgos adoptaron su proyecto, dejándose gobernar por los consejos, y por las sabias disposiciones de tan santo director: bien es verdad que el Señor manifestaba cada dia la santidad de su fidelísimo siervo con repetidos milagros, entre los que fueron memorables las maravillosas multiplicaciones de alimentos, cuando le faltaban para socorrer á los pobres.

Despues que el rio Ebro con sus avenidas inutilizó el puente que

santo Domingo de la Calzada hizo junto á Logroño, emprendió nuevamente esta obra el siervo de Dios, y la acabó con gran beneficio de toda aquella tierra. Con igual caridad labró de su mano, ayudado de sus discípulos, en un sitio pantanoso y trabajoso para los peregrinos, la calzada que hay entre Ages y Atapuerca, y la otra que va desde este lugar hasta el monasterio, y un pequeño puente junto á Cubo, lugar que dista seis leguas de Ortega. Tambien hizo el puente del rio Najerilla, junto á la ciudad de Nájera, y otro muy largo de madera sobre pilares de piedra para el rio Oja, que baja por la ciudad de Santo Domingo, evitando por este medio los daños que en este paso experimentaban los que iban á Santiago en romería. Al tiempo de esta obra señalan Ocaña y Sigüenza el milagro que obró nuestro Santo resucitando á un muerto á quien habia pasado una carreta por encima. Todo su afan era remediar á los necesitados del modo que podia.

Llegó por fin el célebre operario á una edad muy avanzada, y queriendo Dios acrisolar la virtud de su siervo por una dilatada y penosa enfermedad, dió en ella ejemplo de su inalterable sufrimiento, y de su resignacion con la voluntad divina. Conoció Juan por la debilidad de sus fuerzas, que se acercaba la hora de la muerte; y aunque toda su vida fue una continua preparacion para ella, con todo hizo en aquellos postreros instantes esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia. Recibió los últimos Sacramentos, y habiendo hecho oracion por todos los vivos, por todos los difuntos, y por la paz de la Iglesia, entregó su espíritu en manos del Criador en el dia 2 de junio del año 1603. Dieron sepultura al venerable cuerpo del siervo de Dios en la iglesia de San Nicolás, fundada por él mismo; y no tardó Dios en hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, especialmente en favor de las estériles que recurren á implorar su patrocinio, habiéndose dignado el Señor concederle esta gracia especial, en memoria de haber sido el Santo de padres de esta clase. Cada año se celebra su fiesta con grandísimo concurso de gentes.

Dió en el año 1434 D. Pablo de Santa Maria, arzobispo de Burgos, el santuario de Ortega á los religiosos del Órden de san Gerónimo con aprobacion del papa Eugenio IV, y con acuerdo y voluntad de tres canónigos reglares, que solos quedaban en él: determinaron estos en el de 1474 trasladar el cuerpo del Beato del depósito antiguo al monasterio; y habiendo concurrido á la traslacion innumerables personas de los pueblos comarcanos, se dejaron ver de repente ciertas avecillas de extraordinaria blancura, que con un suave

y alegre susurro cantaban entre las gentes, sintiendo estas al mismo tiempo un olor suavísimo; pero al querer transferir las venerables reliquias se ofrecieron inmóbiles á cuantas diligencias se practicaron. Conocieron todos por este síntoma, que era voluntad de Dios que se mantuviesen en la iglesia de San Nicolás, en la que pasados algunos años se trasladaron del primer sepulcro á mas decente lugar; y hecha la inspeccion de las mismas reliquias con este motivo, se halló consumida la carne, íntegros los huesos, y fresco el corazon del Beato, que habia sido el centro del mas puro amor para con Dios, y de la mas ardiente caridad para con los prójimos.

La Misa es del comun de muchos Mártires, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos annua beatorum martyrum tuorum Marcellini, Petri atque Erasmi solemnitate laetificas: praesta, quaesumus; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcelino, Pedro y Erasmo; suplicámoste, que al mismo tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturae, revelationem filiorum Dei expectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum, qui subjecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur à servitute corruptionis in libertatem gloriae filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes: et ipsi intra nos gemimus adoptionem filiorum Dei expectantes redemptionem corporis nostri.

Hermanos: Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecho, esperando la manifestacion de los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por su voluntad, sino por la de aquel que le sujetó con esperanza; porque tambien el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupcion con la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora en los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, tambien nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopcion de hijos de Dios, y la redencion de nuestro cuerpo.

REFLEXIONES.

Las tribulaciones de esta vida no tienen proporcion con la gloria futura. Padécese en este mundo, es verdad; en todas partes nacen las

cruces; son frutos de todos tiempos, prodúcenlos todos los climas; no hay edad, no hay estado, no hay condicion que esté exenta de ellas. Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, que parece debieran perdonar las cruces, no solo las fomenta sino que muchas veces ella misma las produce; como que no puede vivir sin ellas. Pocos Santos hay en el cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que ellos mismos no cultivasen las cruces, para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios que se hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacian, por decirlo así, en su mismo terreno. ¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar su cuerpo, para aniquilar su amor propio! Las mas duras, las mas ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenian de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, este era el patrimonio de los Santos; con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron los Mártires: horcas, cadalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, *non sunt condignae:* nada de esto tiene proporcion con el premio. Pero no pienses que no solo no tiene proporcion con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos después de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término; tampoco tienen proporcion con aquel consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave, y su carga tan ligera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡Mi Dios! ¿qué consuelo de mayor satisfaccion? ¿qué gusto mas dulce ni mas exquisito que el que causa en la hora de la muerte la memoria de una vida oscura, humilde y mortificada? *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra:* reboso de alegría en medio de todas mis tribulaciones, decia el apóstol san Pablo. Este es el lenguaje de los Santos, no gustan otro idioma las almas justas. ¡Cuando discurrirán, cuando hablarán así esos dichosos del mundo, esos hombres de deleite, esos idólatras de las diversiones! Pero ¿de dónde nacerá, que en medio de todas esas fiestas; en medio de todos esos caminos anchurosos, sembrados todos de rosas y de flores; en el mismo tiempo que todo se les rie; en esa serie de prosperidades y perpetuo enlace de gustos y de entretenimientos, experimenten tan turbada, tan mezclada de amarguras su alegría? ¿que sea toda ar-

tificial? ¿que sus dias sean tan poco serenos y tan poco tranquilos? No logran gusto que no sea insustancial, inquieto, atropellado, mezclado con hiel y con acíbar. No pueden separar de sus fiestas los disgustos y las desazones; las inquietudes, la turbacion y los remordimientos les acompañan á todas partes; y este es todo su premio, este todo el fruto de sus trabajos ¡Qué fruto tan amargo! pero no tienen otro. En medio de eso padecen; tambien se les atreven los contratiempos; tienen que aguantar gravísimas pesadumbres. Padecen; y es bien seguro que se padece mas en el servicio del mundo que en el servicio de Dios. Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se padece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios no tiene proporcion con la gloria futura.

El Evangelio es del capítulo XXI *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque, de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non praemeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes, y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre: mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

De la paciencia.

Punto primero. — Considera que no hay virtud mas necesaria ni mas útil que la paciencia cristiana. Ella es, hablando en rigor, el remedio universal, y cási el único que nos hace encontrar algun alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria, dice san Pablo, para que haciendo la voluntad de Dios experimenteis el efecto de sus promesas; sin esta virtud todas las demás no hacen mas que apuntar, porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una continua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debajo de los piés: arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones se ven; ni el trono está exento de ellas; sin el socorro de la paciencia sus puntas no solo punzan, sino despedazan; solo la paciencia las embota: *Con nuestra paciencia poseerémos nuestras almas:* es decir, que con ella domarémos nuestras pasiones. La paz y la tranquilidad del alma son su primer fruto. Ninguna cosa calma tanto la inquietud y la agitacion del espíritu como la paciencia; tranquiliza los ímpetus de una edad, ó de un genio excesivamente fogoso; sosiega todas las inquietudes, y es el único secreto que hay para vivir siempre contentos.

¡Mi Dios, cuántas desazones, y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviésemos un poco mas de paciencia! El copioso manantial de todas nuestras inquietudes es nuestra impaciencia, ó á lo menos de toda la amargura que experimentamos en nuestros contratiempos y en nuestros enemigos. Cuando no consuma toda la hiel que exprimen contra nosotros; cuando no extinga todo su odio, por lo menos hace inútiles todos sus esfuerzos. La paciencia es la virtud de las almas grandes, es la de todos los Santos: ¿qué razon habrá para que no sea tambien la nuestra?

Punto segundo. — Considera que no hay cosa mas inútil, menos racional, ni mas nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que fomentan las impaciencias; esto es, nuestra indignacion y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero si lo que nos enfada no está

en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros, si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero orígen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa mas inútil ni mas extravagante que impacientarse? Porque al fin, ¿qué cosas son las que suelen impacientarnos? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso; un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca maña irritan el mal humor, y causan nuestras impaciencias; pero en todo esto, ¿qué razon tendrémos para inquietarnos? Corrijamos lo que pende de nosotros; remediemos lo que está en nuestra mano; pero lo que sale de la esfera de nuestro poder, ¿por qué nos ha de poner de mal humor? ¿Qué juicio haríamos de un hombre que se encolerizase, y echase pestes por la boca porque el sol se ponia muy presto, ó salia muy tarde? Pues valga la verdad; ¿son menos extravagantes las causas que por lo comun motivan nuestras impaciencias? Ellas siempre son indicios de un corazon poco sereno, de un genio avinagrado, y de unas pasiones vivas, dominantes y nada mortificadas. Tristes frutos de un terreno tan vicioso como inculto.

¡Cuántas veces precipita la impaciencia en palabras, cuya indiscrecion se llora por mucho tiempo! ¡Cuántos ímpetus, cuántos rebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias! En ninguna cosa se muestra mas la virtud que en la paciencia; ninguna desacredita tanto la devocion; ninguna parece mas contraria á un corazon verdaderamente cristiano; ninguna echa mas á perder los frutos del buen ejemplo, que un natural inquieto y poco sufrido. Es menester ser uno dueño de sus pasiones; es menester haberlas domado por largo tiempo; es menester haberse hecho mucha violencia para poseer su alma por la paciencia. ¿Sabes por qué eres impaciente? porque no eres mortificado.

Dios mio, ya que me habeis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues Vos me disteis tantos y tan admirables ejemplos de paciencia, otorgadme tambien la misma amable virtud.

Jaculatorias. — Alma mia, ¿por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que él solo es, y de él solo esperas tu salud? (*Psalm.* LXI).

Ánimo, alma mia; sufre con fortaleza tus trabajos, y confia en el Señor. (*Psalm.* XXVI).

PROPÓSITOS.

1 Por lo comun no hay cosa mas irracional que el motivo de nuestras impaciencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intemperie del aire, contra la situacion del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Chócanos la extravagancia de los genios, la figura de los otros, sus modales, el sonido de su voz, todo nos da en rostro. Una leve indisposicion, cualquiera destemplanza nos pone melancólicos, tétricos, fastidiosos insufribles. Fatíganos un genio intrépido y un genio pelmazo. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y otras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos llena de cólera nuestra insuficiencia y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan los otros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca, ó contra la pluma con que escribe? Pero ¿quién tendrá la culpa? ¿Son estos motivos racionales para turbar la paz de un hombre, y tal vez la de toda una familia? Y cuando alguna vez tuviésemos razon, ¿seria justo que los que no se sientan á jugar pagasen por los que pierden? Ya que nosotros no tengamos virtud para llevar en paciencia los sinsabores de la vida, ¿han de cargar con nuestros enfados aquellos que nos tratan? ¿puede haber mayor injusticia? Imponte una ley de no mostrarte jamás enfadado, ó á lo menos de no hacer que carguen otros con la amargura de tu corazon. Ciertamente no son los otros los que encienden tu cólera; tú mismo eres el que aplicas el fuego. Si conoces que se van levantando los primeros ímpetus, ó excitando las primeras chispas de la ira, irritada por algun objeto, no partas de carrera; no respondas de repente. Dilata la correccion para otro tiempo; muda la conversacion, y si puede ser, muda tambien de objeto. Manifiesta una dulzura mas agradable. Con un poco de resolucion y vigilancia evitarás muchos deslices.

2 No hay cosa mas opuesta á la virtud y á la verdadera devocion que la impaciencia; vicio que desde luego acredita la inmortificacion del que le tiene. Un devoto impaciente hace mucho agravio á la virtud; ser impaciente, y hacer profesion de una vida ejemplar, parece especie de quimera. Mira con horror este grosero defecto. ¿Qué mal, qué trabajo curan ó alivian las impaciencias? Por el contrario, solo sirven para hacerlos mas pesados, y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolucion de no mostrarte nunca mas

apacible ni mas manso que cuando sientes el corazon mas lleno de amargura. Ni concibas que esto es sumamente dificultoso, aunque se lo parezca así á las almas cobardes y dominadas de sus pasiones. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿Qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y por agradarle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga y te caracterice.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Pergentino y Laurentino, hermanos, en Arezzo de Toscana; los cuales en la persecucion de Decio, siendo presidente Tiburcio, sin consideracion á su tierna edad, padecieron grandes tormentos, y obrando Dios en ellos muchos milagros, fueron al fin degollados *(en la misma ciudad de Arezzo por los años de* 250).

Los santos mártires Luciliano, y cuatro niños llamados Claudio, Ipacio, Pablo y Dionisio, en Constantinopla; los cuales con Luciliano, que habia sido sacerdote de los ídolos, después de haber sufrido crueles tormentos fueron echados en un horno encendido; pero sobreviniendo una lluvia, se apagaron las llamas, y salieron todos sin recibir lesion; finalmente consumaron el martirio por decreto del prefecto Silvano: Luciliano crucificado, y los niños degollados.

Santa Paula, vírgen y mártir, tambien en Constantinopla; la cual por haberla hallado recogiendo la sangre de dichos Mártires, fue presa, azotada, y echada en una hoguera; y habiendo salido ilesa, la degollaron en el mismo lugar en donde habia sido crucificado Luciliano.

San Isaac, monje, en Córdoba en España, el cual fue degollado por confesar la fe católica. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Cecilio, presbítero, en Cartago; el que convirtió á san Cipriano á la fe católica.

San Lifardo, presbítero y confesor, en territorio de Orleans. *(Vivia tan austeramente, que su alimento consistia en una onza diaria de pan y un puñado de yerbas. Fue esclarecido con la gracia de hacer milagros, y murió por los años de* 550).

San Davino, confesor, en Luca en Toscana. *(Era oriundo de Armenia, de ilustrísimo linaje y muy rico. Habiendo distribuido todo su caudal á los pobres, se fué á visitar los Santos Lugares de Jerusalen, pasando luego á Roma, y de esta ciudad vino á Galicia á visitar el sepulcro de Santiago. Hallándose después en Luca, le acometió la última enfermedad, y murió por los años de* 1051).

Santa Clotilde, reina, en Paris, por cuyas súplicas el rey Clodoveo, su marido, abrazó la fe católica. *(Véase su vida en las de hoy).*

Santa Oliva, vírgen, en Anagni. *(Desde muy niña se dió á la virtud, consagrando su integridad á Jesucristo. Mereció cierto dia ver el cielo abierto, y el asiento que le tenia destinado su divino Esposo. Desde entonces su vida no fue ya sino un acto continuo de purísimo amor, de suerte que en lo mas fuerte de un éxtasis entregó su alma al Criador).*

SAN POTINO, SANTA BLANDINA, Y LOS OTROS CUARENTA Y SEIS MÁRTIRES DE LEON.

Habiendo conseguido el emperador Marco Aurelio una señalada victoria contra los bárbaros el año 174, por la oracion de los soldados cristianos que servian en la legion Fulminante, como lo reconocian y lo publicaban los mismos gentiles, se mitigó algun tanto la persecucion excitada y continuada por muchos años contra la Iglesia; pero duró poco esta calma. Renovóse luego con mayor furor que antes en muchas ciudades y provincias, en cuyo borrascoso tiempo los fieles de la ciudad de Leon señalaron particularmente su fe, derramando la sangre por Jesucristo, y siendo los primeros Mártires de las Gaulas. La historia que vamos á referir se sacó de la misma carta que los fieles de las iglesias de Leon y de Viena, testigos de los combates y de las victorias de estos santos Mártires, escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia.

Creciendo cada dia en la ciudad de Leon el número de los cristianos, determinaron los gentiles acabar con todos ellos. Llegó á tanto su furor, que no podian dejarse ver con seguridad, ni en los baños, ni en los mercados, ni en las plazas públicas. Todos generalmente estaban irritados contra ellos. Magistrados, oficiales, ciudadanos, artífices, soldados, y hasta las mismas mujeres en todas partes los insultaban, y en todas los cargaban de injurias y de imprecaciones. Hacíase pública ostentacion, y se alegaba por mérito el haber maltratado á un cristiano. Subió tan de punto la insolencia y el furor, que amotinado el populacho acometió en tumulto las casas de los fieles, apedreólas, saqueólas, y los cristianos que estaban dentro de ellas padecieron todos los ultrajes y todas las violencias que es capaz de ejecutar una plebe descompuesta, infatuada y enfurecida. El comandante de las tropas quiso sosegar el tumulto, y con este fin mandó prender á los que el pueblo tenia encerrados dentro de sus casas, entregándolos á los magistrados; preguntáronles estos por su religion en presencia de toda la muchedumbre, y respondiendo to-

dos intrépidamente que eran cristianos, los enviaron á la cárcel hasta que volviese el gobernador, que á la sazon se hallaba ausente de la ciudad; y luego que se restituyó á ella, se los presentaron para que les hiciese su causa. Era el gobernador un hombre brutal y bárbaro, y no se pueden imaginar las crueldades que ejecutó con los santos Mártires, queriendo por este medio congraciarse con el pueblo. No pudo sufrir la indignidad con que eran tratados aquellos ilustres confesores un caballero jóven, llamado Vetio Epagata, mozo de notoria y celebrada bondad, y en voz alta pidió que se le permitiese hablar en su defensa. Como era tan conocido, apenas abrió la boca cuando todo el pueblo se desencadenó contra él. La respuesta que le dió el gobernador fue preguntarle si era cristiano; y respondiendo animosamente que sí, al punto le echaron mano, y le agregaron á los demás que estaban destinados para el martirio, llamándole por escarnio desde allí en adelante el abogado de los cristianos.

Pero como se habian cogido sin distincion á todos los que se encontraron en las casas forzadas por el populacho, el rigor que se practicaba con ellos dió luego á conocer los constantes y los flacos. De cási cincuenta que fueron presos, diez perdieron el ánimo, y renunciaron la fe con mucha afliccion de todos los fieles, llegando tambien a resfriarse el celo de los cristianos, que seguian á los confesores para asistirlos. Pero cada dia eran arrastrados otros de nuevo, que llenaban dignamente el lugar de los que habian flaqueado, y fueron presos todos los que eran reconocidos por sobresalientes en sabiduría y en virtud, así en la iglesia de Leon, como en la de Viena. Cuando se forzaron las casas de los cristianos se prendió indistintamente á todos los que se encontraron en ellas, y juntamente con los amos fueron arrestados muchos esclavos. Temerosos estos de que les hiciesen padecer los mismos tormentos que á aquellos, les pareció que el medio mejor para librarse era acusarlos de todos los delitos que les imputaban los gentiles; y así les acusaron de que comian carne humana, y que en sus juntas cometian las mayores infamias y mas sucias obscenidades. Nacian estas acusaciones, parte de malicia, y parte de ignorancia; porque oyendo hablar á sus amos del sacramento de la Eucaristía, se les figuraba que comian carne humana cuando recibian en la comunion el cuerpo de Cristo; y observando que todos los cristianos, hombres y mujeres, se trataban recíprocamente de hermanos y de hermanas, maliciaban que todo era para cubrir sus torpezas.

Esparcidas estas calumnias entre el pueblo, no es fácil decir cuán-

to irritaron los ánimos contra los Santos. Pero el furor se declaró particularmente contra Sancio, diácono, que era natural de Viena; contra Maturo, que acababa de recibir el Bautismo; contra Atalo, que habia nacido en Pérgamo de la Asia, y era respetado por una de las columnas de la iglesia de Leon; contra una tierna doncella llamada Blandina, cuya constancia dió testimonio de que la gracia no depende de edad, de sexo, ni de condicion. Era esclava, y de tan delicada complexion, que los demás cristianos, y aun su misma ama, agregada tambien al número de los Mártires, temian mucho que no tuviese ánimo para confesar que era cristiana; pero ninguno confesó á Cristo con mas valor ni con mayor magnanimidad en medio de los mas crueles tormentos. Su constancia llegó á cansar la barbaridad de los verdugos. Después de haberla despedazado, abrasado y atormentado inhumanamente por todo un dia, confesaron que alguna fuerza superior y divina debia de sostener á aquella doncella; pues no siendo así, el menor tormento de los que la habian hecho padecer bastaria para quitarla la vida. Con efecto, la dislocaron todos los huesos; llenaron todo su cuerpo de sulcos con uñas de hierro; descubriéronla hasta las entrañas con ramales acerados; y en medio de tan larga como horrible carnicería, no se la oia otra palabra que esta: *Soy cristiana, y entre los cristianos se ignora hasta el nombre del delito.* Los verdugos, cansados y rendidos, desesperaron de poder quitarla la vida; por lo que el tirano mandó que la volviesen á la prision.

No triunfó menos en el diácono Sancio la fe de Jesucristo en medio de los tormentos. Como era extranjero, le preguntaron su nombre, su patria, su condicion y su ministerio; pero á todas las preguntas respondió con dos solas palabras: *Soy cristiano.* Por mas que le despedazaron sus carnes hasta los huesos; por mas que se valieron del hierro, del fuego y de los mas crueles suplicios para arrancarle una leve señal de impaciencia, se conservó inalterable, sin oírsele otra cosa sino decir continuamente: *Por la gracia de Dios soy cristiano.* Atormentáronle tan horriblemente, que todo su cuerpo era una sola llaga; todo hinchado, todo encorvado, y todo encogido, apenas tenia figura de hombre. El gran deseo que tenian de vencer por lo menos la paciencia de alguno de los Mártires con la violencia de los tormentos, hizo creer á los verdugos algunos dias después, que si atormentasen de nuevo al santo Diácono sobre las llagas primeras, no podria resistir á la violencia del dolor; pero sucedió todo lo contrario, con gran confusion de los gentiles. Léjos de rendirse el cuer-

po del glorioso Mártir con el nuevo suplicio, cobró nuevas fuerzas con él, y volviendo á su primera forma, se restituyó tambien á su antiguo vigor.

Llenaban de confusion á los gentiles las victorias de los cristianos, y deseaban, por lo menos, arrancar alguna nueva calumnia de la boca de los cristianos mismos. Con este intento se les ofreció aplicar á la cuestion á una mujer llamada Biblis, que por haber renunciado la fe, atemorizada de los tormentos, creian que por librarse de la cuestion impondria á los cristianos los delitos mas atroces. Pero nunca triunfó con mayor esplendor la fe y la gracia de Jesucristo. Despertó Biblis, por decirlo así, de un profundo sueño en virtud de aquel tormento. Los dolores pasajeros que la atormentaban la trajeron á la memoria las penas eternas que la estaban aguardando si no se arrepentia con tiempo de su cobarde apostasía, y en vez de declarar algo contra los cristianos, tomó á su cargo defenderlos con esta generosa respuesta: ¿Cómo es posible que coman carne de niños aquellos á quienes está prohibido comer la sangre de los animales? ¿como es posible que cometan incestos los que miran con horror aun la menor impureza? Por lo demás no penseis haber triunfado ya de mi flaqueza y de mi cobardía; porque os declaro que soy cristiana; y por medio de esta generosa confesion volvió á entrar en la compañía de los Mártires.

Avergonzados los paganos de ver confundido su furor por la constancia de los fieles, tomaron la resolucion de hacerlos perecer de hambre y de miseria en las prisiones. Metiéronlos á todos en diferentes calabozos subterráneos, oscuros, hediondos, llenos de sabandijas y de insectos, y que mas parecian sentinas que calabozos. Encajáronlos de piés en unos cepos, dispuestos con tanta violencia que muchos espiraron en aquel cruel tormento; otros por la corrupcion del aire, y algunos de pura miseria. Entre estos fue san Potino, obispo de Leon, y cabeza de aquella generosa tropa, siendo á la sazon de noventa años. Sabian los gentiles que era la cabeza y como el padre de los cristianos; y habiéndose apoderado de él sin tener respeto á su venerable ancianidad ni á su debilidad extrema, le molieron á golpes; y arrastrándole por las calles hasta la plaza, le presentaron al gobernador, que luego le preguntó: ¿Quién era el Dios de los cristianos? Conocerásle, respondió el Santo, como tengas verdadero deseo de conocerle. Enfadado el gobernador con esta respuesta, le volvió las espaldas con desprecio. Arrojose después sobre el el populacho, y á puntillazos y á pedradas le dejó medio muerto, espi-

rando dos dias después en la prision. Regístrase el dia de hoy en una gruta de las antiguallas de Leon un agujero muy estrecho abierto en la misma peña, donde se dice que encajaron á golpes al santo Obispo, y le comprimieron con una cuña, y que dió su vida á Dios en aquel género de suplicio.

Habiendo llegado el dia señalado por el gobernador para dar á los gentiles el espectáculo de las fieras, exponiendo á ellas los santos Mártires, fueron sacados de la prision Maturo, Sancio, Blandina y Atalo. Pasaron como revista por delante de todo el pueblo, y en esta funcion iban los verdugos apaleando á los dos primeros. Apenas entraron en el circo cuando soltaron las fieras, y abalanzándose á ellos, los arrastraron y los despedazaron horriblemente. Viendo que aun no habian espirado, encarnizado el pueblo pidió que les hiciesen sufrir nuevos tormentos, y especialmente clamó por el de la jaula de hierro enrojada y encendida. Diole este gusto el gobernador, y metidos en ella los santos Mártires, aunque el ladeado humo de la carne refostada ofendia igualmente las narices y los ojos, no se dio por satisfecho el furor de la muchedumbre. Tampoco fueron bastantes para desalentar el valor de aquellos héroes cristianos tantos y tan espantosos tormentos; antes se les oia gritar: Siervos somos de Jesucristo, y nos tenemos por dichosos en derramar hasta la última gota de nuestra sangre á gloria de su santísimo nombre. Irritado de esta constancia uno de los verdugos, les paso la espada por el cuerpo; y quitándoles la vida, les abrió el camino para la corona del martirio á que aspiraban.

Habian atado á santa Blandina á un madero con los brazos extendidos en forma de cruz, y acercándose á ella las fieras, mostraron respetarla; por lo que mandó el gobernador que la volviesen á la carcel, especialmente habiendo observado que aquella maravilla hacia en el pueblo alguna impresion. Después pidieron á Atalo con el mayor empeño, por ser tan conocido de todos, haciéndole igualmente respetable su nacimiento y su virtud. Dió una vuelta al rededor del anfiteatro con un cartel en el pecho en que se leian estas palabras: *Este es Atalo el cristiano*. La gritería, la burla, la chacota y las injurias que el pueblo descargaba sobre él aumentaban visiblemente la alegría que se dejaba reparar en su semblante. Iba ya á entrar en el circo cuando tuvo noticia el gobernador de que era ciudadano romano; por lo que mandó le volviesen á la cárcel con los demás cristianos hasta tener respuesta del Emperador, á quien habia consultado lo que debia hacer con él y con los otros.

Era espectáculo digno de ternura y de admiracion ver en las prisiones aquella tropa de gloriosos confesores de Cristo, en cuyas heridas se leian los mas encarecidos elogios de su fe. Unos medio tostados, otros dislocados todos sus huesos, otros despedazadas sus carnes y todos cubiertos de llagas, triunfando de alegría por haber sido dignos de derramar la sangre, sufrir injurias y tormentos por el nombre de Jesucristo. Sobre todo era admirable su humildad; pues en medio de haber sido echados á las fieras, de haber padecido tan crueles suplicios, de haber pasado por todos los tormentos que supo inventar la crueldad, y de haber padecido tantas veces el martirio, todavía no podian sufrir que les diesen el nombre de mártires, y se encomendaban sin cesar á las oraciones de los fieles.

Necesariamente habian de hacer mucho fruto aquellos grandes ejemplos. Los que habian hecho traicion á la fe con indigna cobardía, movidos de un vivo arrepentimiento, resolvieron reparar el escándalo por medio de una generosa confesion de la fe que habian abrazado. Efectivamente, habiendo llegado la respuesta del Emperador con órden de que se quitase la vida á todos los que persistiesen en confesar á Jesucristo, y se diese libertad á los que hubiesen renunciado del cristianismo, quedó sorprendido el gobernador cuando vió que estos mismos pedian ser otra vez examinados acerca de su religion. El público arrepentimiento que mostraron de su primera flaqueza, la generosa confesion que hicieron de la fe que profesaban, y el ardiente deseo que mostraron de derramar toda su sangre en su defensa, les mereció la gracia y la dicha de ser agregados á los demás santos Mártires, y de entrar á la parte en su corona.

Hallábase en Leon un cristiano, por nombre Alejandro, médico de profesion, muy celebrado por su singular pericia en la facultad, pero mucho mas por el celo de la fe de Jesucristo, que predicaba en todas ocasiones con resolucion y con valor, aprovechando la oportunidad de visitar sus enfermos para persuadirles que se hiciesen cristianos. Estando junto al tribunal del juez mientras hacia el interrogatorio y tomaba la declaracion de los que antes habian apostatado, les hacia señas con la cabeza y con los ojos, exhortándolos á confesar el nombre de Jesucristo, y les hablaba con los gestos. Notólo el pueblo; y como estaba tan indignado contra los que se habian arrepentido de su apostasía, comenzó á gritar acusando al médico Alejandro de que tenia la culpa de aquella mudanza. Volvióse el gobernador hacia él, y preguntóle quién era. Soy cristiano, respondió intrépidamente Alejandro; y sin pasar mas adelante el juez,

irritado con esta respuesta, le condenó á ser despedazado por las fieras, mandando fuese llevado á la cárcel con los demás Mártires que ya estaban sentenciados á muerte. Dilatóse la ejecucion hasta el dia siguiente, por celebrarse en él una fiesta gentílica. Los primeros que expusieron á las fieras fueron Atalo y Alejandro, que habiendo sido arrastrados de ellas por largo tiempo, sacudidos y despedazados, los dejaron tendidos en la arena medio muertos. Quiso el pueblo divertirse con el cruel espectáculo de verlos asarse en la caja ó en la jaula de hierro ardiendo. Alejandro se mostró en ella perpetuamente unido con Dios, sin hablar palabra; pero Atalo, viendo que el pueblo se tapaba las narices por no poder tolerar el humo y el mal olor de la carne quemada, exclamó diciendo: *De vosotros, idólatras, sí que se puede decir os alimentais de carne humana, pues la asais para que á lo menos os entre el mal olor por las narices. Los que servimos á Jesucristo no sabemos qué cosa es alimentarnos con hombres, ni cometer ninguno de los delitos que nos imputais.* Preguntóle uno cómo se llamaba su Dios, y le respondió: *Los nombres se inventaron para distinguir la multitud, y el que es por esencia único, no ha menester nombre.* Poco tiempo después acabó gloriosamente su carrera.

Muertos ya cási todos los santos Mártires, salió al anfiteatro Blandina, acompañada de un niño cristiano, llamado Póntico, de edad de solos quince años, que se cree haber sido hermano de la santa doncella. De propósito reservaron á estos dos para los últimos, pareciéndoles que el flaco sexo de la una, y tierna edad del otro, con el terror que les causarian los tormentos que habian visto padecer á los demás, con cuyo fin todos los dias los sacaban al anfiteatro, los tendrian atemorizados, y perderian el ánimo. Pero su inmutable constancia en la religion cristiana irritó de tal manera al pueblo contra ellos, que hizo fuesen atormentados con toda suerte de crueldad y de barbarie. Ejecutaron en ellos todos cuantos suplicios pudieron imaginar para obligarles á jurar por los dioses inmortales; pero todo fue inútilmente. Animado Póntico con las exhortaciones de su santa hermana, se mantuvo invencible, y haciendo gloria de ser cristiano, espiró en los tormentos.

La última de aquella dichosa tropa que consiguió la corona del martirio fue santa Blandina, habiendo sido la primera que se presentó en el combate. No cabia en sí de gozo, viéndose tan cercana al fin de su carrera. Después de haber sido azotada con varas, de haberla de nuevo despedazado las fieras, de haberla vuelto á encerrar en la jaula encendida, diciendo siempre soy cristiana, la metieron

en una especie de red, y la expusieron á un bravo y furioso toro, que habiéndola dado terribles golpes, la arrojó varias veces al aire con las puntas; y mostrándose insensible á este tormento, ocupada su alma toda en Dios, al fin fue degollada como los demás. Así triunfó la fe de Jesucristo en la victoriosa constancia de estos cuarenta y ocho Mártires, que desde entonces se hicieron muy célebres en toda la santa Iglesia.

Los que murieron en la cárcel fueron los santos Potino, obispo de Leon, Arescio, Cornelio, Zósimo, Tito, Zórico, Julio, Apolonio, Germiniano, y las santas Julia, Emilia, Jamnica, Pompeya, Ausonia, Alomnia, Justa, Trofima y Autonia.

Los que acabaron degollados fueron los santos Epagato, Zacarías, Macario, Alcibiades, Silvio, Primo, Ulvio, Vital, Comino, Octubre, Filumino, Germino, y las santas Julia, Albina, Grata, Rogacia, Emilia, Postumiana, Pompeya, Rodana, Biblis, Cuarra, Materna y Elpa.

Los expuestos á las fieras fueron los santos Sancio, Maturo, Atalo, Alejandro, Póntico y santa Blandina, cuya veneracion en toda la Iglesia fue tan grande desde luego, que solo tenian el nombre de santa Blandina muchas iglesias consagradas á todos los cuarenta y ocho Mártires; y la de Viena aun el dia de hoy llama al dia de los Mártires de Leon la fiesta de santa Blandina y de sus compañeros, nombrando solamente á la Santa en la oracion del oficio.

No se dió por satisfecho el furor de los gentiles con la muerte de los santos Mártires, y se ensangrentó tambien contra sus sagradas cenizas, que arrojaron en el Ródano después de haber quemado sus cuerpos. Pero Dios las conservó juntándolas milagrosamente, y en el sitio en que se hallaron se edificó una iglesia en honor de los mismos mártires, cuyas cenizas se colocaron debajo del altar mayor; y porque se cree que este milagro sucedió el dia 2 de junio, desde entonces se llamó este dia *la fiesta de los milagros*.

Porque los Mártires de Leon se llaman tambien *los Mártires de Ainay*, que es un sitio de la misma ciudad, donde se juntan los dos rios, el Ródano y el Saona, piensan muchos que aquel fue el lugar de su martirio; lo cierto es que en aquel paraje estaba el altar de Augusto, donde se hacian los sacrificios, en cuyas fiestas les quitaron la vida. Otros, con mayor probabilidad, son de parecer que nuestros santos Mártires murieron en el anfiteatro, cuyas ruinas se registran aun el dia de hoy en la montaña que llaman de Fourviére, donde se ven las grutas subterráneas, que servian de calabozos, si ya

no eran las cuevas ó las jaulas donde se tenian encerradas las fieras. El haber sido quemados los cuerpos delante del altar de Augusto, pudo dar ocasion á que se llamasen *los Mártires de Ainay.*

El Martirologio romano hace conmemoracion de estos santos Mártires en el dia de ayer, 2 de junio; notándose empero alguna diferencia en ciertos nombres, pues Potino es llamado Fotino; Sancio, Santos; y Biblis, Biblides.

SAN ISAAC, MONJE.

Entre los ilustres Mártires de Jesucristo que dieron tanto honor á Córdoba y á la Iglesia, sacrificados por el bárbaro furor de los mahometanos, fue uno san Isaac, natural de la misma ciudad, hijo de padres de la primera nobleza de ella, en quien manifestó el cielo muy anticipadamente indicios nada equívocos de su santidad futura antes que naciese. Refiere san Eulogio, su historiador, que habló en el vientre de su madre, la que pasmada con la novedad, no pudo entender lo que decia. A los siete años, añade el mismo escritor, que una mujer religiosa vió descender de los cielos un globo de luz, y extendiendo Isaac las manos, cogiéndole, le introdujo por su boca.

Las grandes ideas que concibieron los padres en un hijo en que parece se interesaba el cielo, y las esperanzas de vincular su opulenta casa en sucesion tan dichosa, les empeñó en dar al niño una educacion cristiana, é imprimir desde luego en su corazon los altos dictámenes de la religion católica, para que después correspondiesen sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y con el esplendor de su sangre. Sobre tan sólidos principios, sin perder de vista las visibles ocupaciones del Estado, al que podria servir conforme á su nacimiento, procuraron educarle bajo la conducta de los mejores maestros, siguiendo las nobles disposiciones de su espíritu, logrando en muy breve tiempo, que hiciese en las letras maravillosos progresos. San Eulogio confiesa el grande ingenio de Isaac, las superiores luces de su entendimiento, y los profundos conocimientos que tuvo en las ciencias humanas y divinas. En efecto, era reputado en su tiempo por un portento de sabiduría, y estimado universalmente por un hombre de incomparable rectitud y prudencia. Y como se hallaba instruido perfectamente en la lengua árabe, y en el manejo público, sin embargo de la diferencia de religion, echaron mano de nuestro Santo los árabes, dominantes en España, en muchas ocasiones críticas, y aun le fiaron el cargo de síndico general, que desempeñó con grande reputacion.

Como juntaba Isaac una singular circunspeccion y gravedad de costumbres á aquella gran madurez de juicio y solidez de entendimiento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su espíritu los atractivos de una fortuna brillante. Inútilmente probó á su virtud todo aquello que mas pudiera tentar á cualquiera otro corazon menos desengañado, ó menos sólido. Nunca le deslumbraron los apreciables partidos de los empleos mas elevados, de que tanto se paga el mundo. Inspiróle su virtud dictámenes y máximas mas conformes á la religion que profesaba; y aunque jóven, rico, y en medio de la corte, vivia con la circunspeccion y arreglo que pudiera un solitario, empleado en oracion, obras de caridad, y en la lectura de libros espirituales. Todos aplaudian, y aun veneraban á Isaac como maravilla de la corte, cuando Dios le inspiró la resolucion de dejarla, por atender únicamente al negocio importante de su salvacion. Siguiendo vocacion tan acertada, y renunciando todas las grandezas y prosperidades mundanas, se retiró á servir á Dios en el monasterio de Tabana, poco mas de dos leguas distante de la ciudad de Córdoba, en lo muy espeso y enriscado de la Sierra-Morena, que habia fundado el ilustre mártir de Jesucristo san Jeremías, tio de nuestro Santo. A esta repentina mutacion atribuye san Eulogio los prodigiosos sucesos que ocurrieron en el tiempo de la preñez de su madre, y en la infancia de nuestro Santo, que se hizo admirar en el nuevo estado, bajo la disciplina del abad Martin, como un modelo de todas las virtudes, y un portento de humildad y mortificacion, acreditando en la total abstraccion de las cosas del siglo, y recogimiento de su espíritu, que solo vivia en Jesucristo.

Apenas habia tres años que se retiró del mundo, cuando el Señor le ofreció el campo de su glorioso combate, para el que se disponia con fervorosos deseos, suplicando á Dios continuamente le concediese esta gracia. Suscitó Abderraman por los años 851 una cruel persecucion contra los Cristianos con el depravado intento de destruir, si pudiese, hasta las reliquias de la Religion en sus Estados, para que dominase mas libremente la secta de su profeta falso. Tenia Dios siervos fieles, celosos y leales, que gemian por entonces bajo la dominacion de los bárbaros, de los cuales muchos, tanto de la ciudad, como de los campos de Córdoba, se presentaban con una santa intrepidez y con un valor increible ante los jueces árabes á confesar en alta voz la fe de Jesucristo, y aprovecharse de esta ocasion para sellar con su sangre las infalibles verdades. Uno de los prime-

ros que voluntariamente se ofreció al combate fue Isaac, cuyo ejemplo animó maravillosamente á los fieles restantes.

A pretexto de aprender la ley de Mahoma se presentó al juez árabe, solicitando le dijese las razones en que se fundaba; y persuadido el bárbaro, que movia á nuestro Santo el deseo de abrazar su secta, le manifestó los delirios y necedades de su falso profeta; y como Isaac se hallaba perfectamente instruido en el idioma árabe, en su lengua principió á reconvenirle sobre los errores crasos que adoptaba una secta toda llena de patrañas, repugnante á cuantos principios suministran las luces naturales, añadiéndole que extrañaba como unos hombres racionales se dejasen seducir de tan obvios engaños, sin otro apoyo que el de un profeta falso, maldito de Dios, y castigado en el infierno con la multitud de sus secuaces.

Turbóse el juez al oir respuesta tan inesperada, y embriagado de cólera, sin poder hablar palabra, se arrojó sobre Isaac furiosamente, y le dió de bofetadas. Recibió el Santo con increible paciencia aquella injuria, diciéndole solamente que daria al Señor cuenta por atreverse á herir sin motivo á su imágen. Pero continuando sin embargo en la defensa de la religion de Jesucristo, y en hacer ver la falsedad del engañador Mahoma, no atreviéndose el juez á deliberar por sí en aquel negocio, mandó ponerle en prision ínterin informaba al Rey de lo sucedido.

Olvidado el Rey bárbaro de las obligaciones que en otro tiempo debió á Isaac, cuando le sirvió con el mayor honor y fidelidad, irritado con el informe de su ministro, mandó que inmediatamente le quitasen la vida como á todos los que se atreviesen á maldecir de su profeta; pero no queriendo que fuese de un golpe para dilatar mas su martirio, ordenó que le atasen por los piés á una horca con la cabeza hácia bajo, y que le mantuviesen algunos dias en esta disposicion, para que sirviese del mas terrible espectáculo á todos los Cristianos. Ejecutóse tan inicua providencia; y quemado después vivo, logró la corona del martirio en el dia 3 de junio del año 851, y no satisfechos con este castigo los bárbaros arrojaron sus cenizas al rio con las de otros ilustres Mártires. Tenia Isaac entonces veinte y siete años.

Un santo monje del monasterio de Tabana, de donde salió Isaac para su glorioso combate, inmediatamente que se verificó su triunfo tuvo una revelacion, en la que vió un mancebo hermoso, que entregándole una esquela, leyó en ella lo siguiente: *Así como nuestro padre Abrahan ofreció á su hijo Isaac en sacrificio, del mismo modo se ha ofrecido Isaac al Señor por sus hermanos.*

SANTA CLOTILDE, REINA DE FRANCIA.

Fue hija de Chilperico, hermano menor de Gondebaldo, tirano rey de Borgoña, que le quitó la vida á él, á su mujer, y á los demás hermanos suyos, por usurpar la corona y sus dominios. En esta tragedia fueron perdonadas dos preciosas hijas de Chilperico, que entonces eran muy niñas. Una de ellas se hizo en adelante monja; la otra, llamada Clotilde, fue criada en la corte de su tio, y por una providencia singular, instruida en la religion católica, aunque educada entre Arrianos. Su mayor felicidad, supuesta la profesion de la Religion verdadera, fue haber sido inspirada desde su misma infancia con un desprecio del mundo traidor, que aumentaba cada dia con los ejercicios piadosos de su religion. Aunque se conocia rodeada de todos los encantos del mundo, y desde su infancia fue siempre ídolo de él, con todo, su corazon fue un yunque contra sus seducciones. Estaba dotada del conjunto de las virtudes, y la reputacion de su talento, hermosura, mansedumbre, modestia y piedad, la hizo objeto de la adoracion de los reinos todos circunvecinos; por lo que, Clodoveo I, llamado el Grande, victorioso rey de los francos, la pidió y la obtuvo de su tio por esposa, otorgándola cuantas condiciones desease para el libre y seguro ejercicio de su religion. Solemnizaron las bodas en Soissons en el año de 493. Clotilde hizo para sí un pequeño oratorio dentro del real palacio, en que invertia mucho tiempo en santa oracion y secretas mortificaciones. Templaba su devocion con la discrecion correspondiente, de modo que atendia á todos los negocios de su corte, era vigilante con sus damas, y lo hacia todo con tal órden, dignidad, piedad y edificacion, que encantaba al Rey, y á la corte toda. Su caridad con los pobres parecia un mar inagotable. Honraba á su real esposo, procuraba suavizar su temperamento marcial con mansedumbre cristiana, se conformaba con su humor en las cosas indiferentes; y para granjearse mas sus afectos, hacia asunto de sus discursos y alabanzas aquellas cosas no pecaminosas que conocia que le deleitaban. Luego que se vió dueña de su corazon, no dilató un momento la obra de ganarle para Dios, y muchas veces principió á hablarle sobre la vanidad de los ídolos, y sobre la excelencia de la verdadera Religion. El Rey la oia siempre con gusto; pero no habia llegado el momento de su conversion. Debia costarla antes muchas lágrimas, pruebas muy severas, y constante perseverancia. Después de bautizado su segundo hijo Clodo-

miro, y de haber convalecido la Santa de una enfermedad, instó con mas ahinco al Rey á que dejase el culto de los ídolos. Un dia con especialidad en que este Príncipe le habia dado muchas seguras muestras de su afecto, y aumentádola su viudedad con la donacion de algunos dominios feudales, le dijo ella que solo pedia á S. M. un favor, que era la libre licencia de discurrir con él sobre la santidad de su propia religion, y de traerle á la memoria la promesa que la habia hecho de abandonar la idolatría. Pero el miedo de ofender á su pueblo le habia hecho dilatar la ejecucion. Su milagrosa victoria sobre los alemanes, y su entera conversion en el año de 496 fueron al fin efectos de las oraciones de nuestra Santa.

Habiendo Clotilde ganado para Dios á este gran Monarca, no cesó un punto de excitarle á las gloriosas empresas en honor de Dios, y entre otras fundaciones religiosas erigió en Paris á solicitudes de ella en el año de 511 la iglesia mayor de San Pedro y san Pablo, llamada después de Santa Genoveva. Este Príncipe tenia una devocion grande á san Martin, y fué muchas veces á Tours á postrarse en oracion ante su tumba. Envió su real diadema, que al presente la llaman *el reino*, como en regalo al papa Hormisdas, en muestra de que dedicaba su reino á Dios. Su bárbara educacion y su temperamento marcial hacian muy difícil á Clotilde, en ciertos raptos de sus pasiones, doblegar la inclinacion que aquel Príncipe tenia á la ambicion y crueldad, de suerte que apenas dejó vivo príncipe alguno de su raza á excepcion de sus hijos. Murió Clodoveo en 27 de noviembre del año 511, el cuarenta y cinco de su edad, y el treinta de su reinado. Fue enterrado en la iglesia de los apóstoles san Pedro y san Pablo, llamada después de Santa Genoveva, donde aun permanece su tumba. Un antiguo y largo epitafio que en ella se puso, le conservó Aimoino, y le ha copiado Rivet. Su hijo mayor Teodorico, á quien tuvo en una concubina antes de su matrimonio, reinó en Reims sobre la Austrasia, ó partes orientales de Francia, que comprendian lo que ahora es Champaña, Lorena, Averre y varias provincias de Alemania. En cuanto á los tres hijos de Clotilde, Clodomiro reinó en Orleans, Childeberto en Paris, y Clotario I en Soissons. Esta division produjo muchas guerras y disensiones, hasta que en el año de 560 fue reunida toda la monarquía en Clotario, el menor de los tres hermanos. Santa Clotilde vivia cuando derrotó aquel á Clodomiro, y quitó la vida á Segismundo, rey de Borgoña; pero le vió poco después en el año de 524 vencido y muerto por Gundemaro, sucesor de Segismundo: á Gundemaro, vencido y muerto por Chil-

deberto y Clotario, y el reino de Borgoña unido con el de Francia. La afliccion mas sensible de esta piadosa Reina fue el asesinato de los dos hijos mayores de Clodomiro, cometido en el año de 526 por sus tios mismos Childeberto y Clotario, que se apoderaron del reino de Orleans. Este trágico desastre contribuyó mucho para acabar de apartar su corazon del mundo y de sus traiciones. Gastó, pues, el resto de sus dias en Tours, cerca de la tumba de san Martin, en ejercicios de oracion, limosna, vigilias, ayunos y penitencias, olvidando totalmente en todo su porte que habia sido Reina, y que sus hijos ocupaban el trono. La eternidad llenaba su corazon y empleaba todos sus pensamientos. La Santa predijo su muerte treinta dias antes que sucediese, habiendo sido amonestada de ella por Dios estando en oracion en la tumba de san Martin, comun pavimento de sus lágrimas. En su última enfermedad envió á llamar á sus dos hijos Childeberto, rey de Paris, y Clotario de Soissons, y les exhortó del modo mas patético á honrar á Dios y observar sus mandamientos; á proteger al pobre, reinar como padres de sus pueblos, vivir en union y conformidad recíproca, y amar, y procurar conservar siempre la paz y la tranquilidad. Apenas cesó un momento de rezar salmos con la devocion mas tierna, y de ordenar todo cuanto se habia de distribuir á los pobres, aunque ya quedaba muy poco; porque siempre habia vivido cuidadosa de enviarlo todo delante de ella distribuyendo sus riquezas con su propia mano. Al treinta de su enfermedad recibió los sacramentos, hizo la protestacion pública de su fe, y partió para el Señor en el dia 3 de junio de 845. Fue sepultada por órden suya en la iglesia de Santa Genoveva, y el Señor ha glorificado su sepulcro con muchos portentos, siendo su nombre aun memorable por las magníficas donaciones con que promovió los establecimientos de beneficencia, las casas de religion y los asilos de piedad.

La Misa es del comun de muchos Mártires, y la Oracion la siguiente:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos benignos intercesores con vos en nuestras necesidades á los que celebramos constantes en la confesion de tu santo nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XI *de la que escribió san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terrae. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Los Santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos: hombres que no los mereció el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Por la fe fueron los reinos conquistados por los Santos, y por ella hicieron obras de justicia. No es de admirar que los Santos obrasen tantas maravillas por medio de la fe; porque á la verdad, ¿qué no podrá con la fe un hombre santo? El asombro es que no seamos nosotros santos, profesando la misma fe y la misma doctrina; antes bien que seamos tan cobardes cuando se ofrece la ocasion. *Todo lo puedo.* decia el apóstol san Pablo, *en virtud de aquel Señor que me conforta.* (*Ad Philip.* IV). Una fe viva es todopoderosa; obliga, por decirlo así, á que el Señor haga milagros. Cuanto mas débil es el sugeto, mas se ostenta su poder. A una viva fe y á una perfecta confianza nada sabe negar el Señor; pero es menester que esta fe sea pura, que sea humilde, que sea animada con las obras, y que sea verdadera fe. Con esta fe cerraron los Santos la boca á los leones, apagaron la actividad del fuego, embotaron los filos de la espada, salieron con mas vigor de la misma enfermedad, se hicieron valerosos en la guerra,

derrotaron ejércitos de enemigos forasteros; es decir, que no solo domaron sus pasiones, no solo se rieron de los suplicios, sino que se burlaron de todo el infierno junto. *La victoria vence al mundo*, dice el evangelista san Juan (*I. Joan.* IV.); esto es, nuestra fe. Pero ¿será la fe de los Cristianos de estos tiempos? ¿será la nuestra? Mas ¿quién la despojó de su fuerza y de su virtud? ¿quién debilitó su constancia y su valor? ¿Podrémos decir que nuestra fe nos hace victoriosos del mundo, cuando somos siempre viles esclavos de sus máximas y de sus leyes; cuando somos víctimas de los respetos humanos; cuando estamos tan servilmente sujetos á sus modas y á sus caprichos? Apenas se reconoce otro dueño; por lo menos él es el mas imperioso, el mas duro, el mas fiero, el mas tirano, el mas absoluto, y con todo ningun otro es mejor servido. ¡Y nosotros somos los que nos preciamos de tener la misma fe que los Santos! ¡y será posible que nos lo queramos persuadir! Consultemos nuestras costumbres, consultemos nuestras obras. Mas son fantasma de fe, y acaso de religion; una en los labios, y ninguna en el pecho. ¿Será mucha nuestra religion cuando la fe está muerta, ó á lo menos moribunda? Y ¿cuál será nuestra suerte en la otra vida? ¡Oh! que nos convertiremos á la hora de la muerte; entonces se aviva la fe, no hay duda; pero es menester que resucite. Y ¿no sera de temer que nuestra fe en aquella hora sea como la de los demonios que creen y tiemblan? Harto desgraciados son aquellos cuya fe no produce otro efecto que el del miedo y el temor.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo.*

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae: quia abscondisti haec à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondió Jesús, y dijo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra: porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon, y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

El yugo del Señor es suave, y su carga ligera.

Punto primero.—Considera que en esta vida no hay consuelo puro sino en el servicio de Dios; todo lo demás es tumulto, aturdimiento, confusion y amargura. Todas las alegrías mundanas tienen su orígen en alguna pasion; y naciendo de tan desdichada fuente, no pueden dejar de acompañarlas la turbacion, el temor, los sinsabores, el fastidio y la mudanza. Todas son superficiales; rara flor nace en este valle de lágrimas que no sea artificial; ríese algo, pero se llora mucho mas; las cruces invisibles y las pesadumbres interiores son la renta mas activa y mas segura de los dichosos del siglo.

A la verdad, ni el amo á quien se sirve, ni las leyes que prescribe, imponen yugo mas suave, ni carga mas ligera. No hay cosa mas dura que la esclavitud con que se vive en el mundo; como reinan en él todas las pasiones, se le obedece como esclavos, y él manda como tirano. La emulacion roe el alma; la ambicion es su tormento; cuéntanse tantos enemigos como concurrentes, y tantos envidiosos como testigos. ¿Hubo nunca en el mundo amistad pura y sincera? El interés es aquel grande y único resorte que pone en movimiento toda la máquina; el amor propio el primer móvil que la agita; infiere de aquí si podrá haber tranquilidad y sosiego en el corazon de un hombre del mundo, mientras la paz inalterable y la alegría pura son la herencia de las almas justas.

De la paz de la conciencia nace la del corazon; esta es su madre, no tiene otra. Es verdad, no lo niego, que hay cruces en el camino de la virtud; pero el fruto que producen es de una exquisita dulzura. Carga el Señor á sus siervos con algun peso; pero tal, que sin trabajo lo puede llevar un niño. Tiene sus leyes nuestra Religion; mas solamente se hacen duras á los que no las observan; pocos de los que exactamente las guardan dejan de experimentar su dulzura; tanto, que algunas veces llegan á temer disminuya el mérito de su observancia el gusto y el deleite que ocasiona.

En esta materia, ¿quién debe ser mas creido que los Santos, cuya experiencia los habia hecho maestros, y en su virtud afianzaron el mas seguro testimonio de su veracidad? Un san Efren, un san Francisco Javier, una santa Teresa, una santa María Magdalena de

Pazzis se quejan amorosamente al Señor de los excesivos consuelos que inundaban sus dichosas almas. ¿Cuándo se han quejado de lo mismo los mundanos, esos declarados siervos, esos miserables esclavos del mundo? ¡Y después de esto hay, Señor, tan pocos hombres que os sirvan!

Punto segundo.—Considera que no solo segun la fe, sino tambien segun la razon natural, el yugo del Señor debe ser suave, y su carga muy ligera. Todas sus leyes tiran derechamente á cegar el manantial de nuestros disgustos; todo el Evangelio es un admirable secreto para endulzar los trabajos y aligerar las cruces de esta vida. No hay hombre mas dichoso que el que vive sin pasiones. Solamente los verdaderos siervos de Dios, solamente los Santos gozan de este privilegio; cuando no tengan del todo extinguidas sus pasiones, las tienen tan domadas, que ni hacen ruido, ni apenas les molestan, porque no están en términos de poder amotinarse.

¡Qué mayor gusto, qué mayor consuelo que cumplir cada uno con su obligacion! El testimonio de la buena conciencia, dice el Sabio, es una continua fiesta. ¿Dónde hay mayor gozo que el de no hacer cosa de que tenga uno después que arrepentirse? porque hablando en rigor, no son los bienes exteriores los que nos hacen felices; los cuidados y las desazones trepan hasta el trono. Es menester que el ánimo esté tranquilo y el corazon contento para gozar de una verdadera felicidad; de aquí nace que no hay que buscarla pura y verdadera en el mundo; resérvase toda para las almas fieles; solo pueden disfrutarla los buenos. Ellos solos tienen paz dentro y fuera de sí mismos, mientras los pecadores viven inquietos y mueren desesperados.

La tranquilidad de la conciencia es el fruto ordinario de la virtud: el que mas se dá á Dios, ese es el que la gusta mas; al que mas se le reserva, menos se le comunica. Señor, decia san Agustin, cuando no estoy lleno de Vos, no me puedo sufrir á mí mismo, y no puedo hallar contento sino cuando me doy á Vos enteramente. Desgracia es que no podamos formar una idea cabal y clara de aquella secreta dulzura con que Dios suaviza su yugo; de aquellos dichosos momentos en que se hace sentir de las almas santas; de aquella dulcísima esperanza con que anticipadamente las da á gustar algunos destellos de la gloria; de aquellos rayos de luz con que descubre á sus ojos toda la vanidad del mundo; de aquellas suavísimas lágrimas que algunas veces derraman á los piés del Crucifijo, en las cua-

les encuentran un gusto, una satisfaccion mas delicada y mas exquisita que todas las diversiones del mundo.

Los hombres carnales no comprenden estas espirituales delicías. Dadme, Señor, exclamaba el mismo san Agustin, dadme un corazon penetrado, abrasado de vuestro divino amor, y él comprenderá fácilmente este misterio. Parécenos incomprensible, porque nos falta este amor.

Haced, Señor, que yo guste la suavidad de vuestro yugo, otorgándome la gracia de que le lleve con alegría, guardando vuestra ley con fidelidad y exactitud. Sí, mi Dios, ámeos yo con generosidad y sin reserva, y entonces experimentaré qué cosa tan dulce es amaros.

Jaculatorias.—Sí, Señor, sois Dios manso, sois Dios suave, sois Dios lleno de misericordia para todos aquellos que confiadamente os invocan. (*Psalm.* LXXXV).

¡Oh Señor, qué dulce, qué bueno, qué suave es vuestro divino espíritu en todas las cosas! (*Sap.* XII).

PROPÓSITOS.

1 A un enfermo toda la comida le amarga, y á un convaleciente le parece enorme el peso mas ligero. Desengañémonos; no está la amargura en el yugo del Señor, consiste en la destemplanza de nuestro paladar, en el mal humor que se ha apoderado de él. Es artículo de fe que la ley de Dios es dulce, y fáciles sus mandamientos. ¿Quieres hacer la prueba? pues guárdalos con fidelidad. Todo se puede con el auxilio de la divina gracia. Comienza desde hoy á dar el mas exacto cumplimiento á todas tus obligaciones: oracion, devociones, empleo, obligaciones particulares del estado, y generales de cristiano, atenciones y deberes que pide la caridad y la buena crianza; cúmplelo todo con cuidado, y todo por un fin, por un motivo santo de religion; *cumple toda justicia,* y no se pasará el dia sin que experimentes aquella dulzura que Jesucristo nos promete. No se te piden cosas extraordinarias; haz solamente las mas comunes, pero por motivo cristiano: no se te piden mas que los deberes ordinarios de tu estado; pero no omitas alguno, si quieres que todos se te hagan fáciles y gustosos; no temas la opresion, porque solo es efecto de la poca exactitud. En punto de devocion todo el trabajo y toda la dificultad es para los tibios y para los indevotos; estos son los que la desacreditan.

2 Impónte una ley de hablar siempre con grande estimacion de la virtud; jamás la tomes en boca sino para alabarla; pero sobre todo, guárdate mucho de exagerar nunca las imaginarias dificultades que se hallan en su ejercicio. Nada la desacredita tanto, ninguna cosa la agravia mas que las injustas quejas y los injuriosos suspiros de los cristianos tibios y flojos, achacosos y enfermos por la mayor parte. Semejantes á los tímidos exploradores de la tierra de promision, los matorrales y las zarzas se les representan ejércitos armados; y los árboles cargados de frutas, monstruos que devoran los hombres. Todo lo que es pintar dificultosa la virtud, es pura imaginacion; todo lo que se exagera de su aspereza y de su carga, es mera calumnia que atemoriza y acobarda. Si nunca gustaste la dulzura de sus frutos, es porque nunca los cogiste, ó siempre los cogiste verdes y fuera de sazon. Nunca digas, pues, que cuesta mucho el ser santo, que los mandamientos de la ley de Dios son dificultosos, etc. Todas esas proposiciones solo sirven para turbar y para intimidar al hombre carnal, que no comprende los maravillosos secretos de la vida espiritual, ni la fuerza, virtud y poder de la divina gracia. Si tú no sabes la dulzura de esa vida; si no entiendes la facilidad que acompaña á la observancia de la ley de Dios, reconoce que es por tu indisposicion y por tu culpa; y no dando oidos mas que á tu fe y á tu corazon, habla de la virtud como hablan los que han gustado los frutos de esta tierra de promision. Dí que es una region donde reina eterna calma; que en ella siempre se descubre el cielo sereno; que es una tierra por donde corre un rio de leche y miel; cuyos habitadores gozan de una alegría pura, de una paz inalterable, y solamente los extranjeros no entienden su lenguaje. Sus términos parecen ásperos; pero es muy dulce su significado. Está, en fin, bien persuadido y enteramente convencido de esta verdad, que es de fe, y por consiguiente inalterable: *El yugo del Señor es suave, y su carga ligera.*

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Arecio y Daciano, en Roma.

San Quirino, obispo, en Siscia de la Esclavonia; el cual en tiempo del prefecto Galerio, por defender la fe de Jesucristo, como escribe Prudencio, fue arrojado en un rio con una rueda de molino atada al cuello; mas sobrenadando la piedra, estuvo el Santo largo tiempo exhortando á los cristianos que lo miraban á que no se atemorizasen por su muerte, sino que se mantuviesen

constantes en la fe: hasta que deseoso de la gloria del martirio, hizo oracion, y consiguió hundirse con la piedra en el agua.

San Clateo, obispo y mártir, en Brescia, en tiempo del emperador Neron.

Los santos mártires Rutilio y sus compañeros, en Hungría.

Santa Saturnina, vírgen y mártir, en Arras. *(Era germana de nacion y de ilustre cuna. Dedicada á la virtud desde la niñez, hizo voto de perpetua castidad, y huyó al monte para huir de las exigencias de sus padres que trataban de casarla. En la soledad se le presentó el jóven que la habia solicitado, y como la Santa se resistiese á satisfacer sus brutales apetitos, él furioso le cortó de un golpe la cabeza, muriendo así mártir de su integridad. En opinion de los Bolandistas y otros autores es algo dudoso lo que se refiere de que la gloriosa virgen tomando su propia cabeza con las manos, la presentó por sí misma en la cercana iglesia de San Remigio de la ciudad de Arras).*

San Quirino, mártir, en Tívoli.

San Metrophanes, obispo, en Constantinopla; ilustre confesor.

San Optato, obispo, en Milevo en la Numidia; esclarecido en santidad y doctrina.

San Alejandro, obispo, en Verona.

EL BEATO FRANCISCO CARACCIOLO, CONFESOR.

De la ilustre familia de los Caracciolos, distinguidísima en la Italia, enlazada con las principales casas de aquella region, y con las del reino de España, procedió D. Francisco Caracciolo, quien contrajo matrimonio con doña Isabel Baratuchi, señora en nada inferior á sus circunstancias: retirados ambos de la ciudad de Nápoles á la provincia del Bruzo, donde poseian gran parte de sus Estados, tuvieron la dichosa sucesion de cinco hijos, que consagraron al servicio del Señor, excepto el primogénito que llevó la casa. Nuestro Beato fue el segundo que dió á luz Isabel en el dia 13 de octubre del año 1563, en el pueblo llamado Santa María, no sin disposicion superior, para que se entendiese que nacia el niño bajo la proteccion de la santísima Vírgen, de quien seria su fidelísimo hijo, y el propagador mas celoso de sus glorias, como lo acreditó en su vida. Igualmente se manifestó en el tiempo misteriosa la divina Providencia disponiendo naciese el mismo año en que se concluyó el santo concilio Tridentino; á fin de manifestar al mundo un héroe admirable, que seria en lo futuro el modelo de la disciplina eclesiástica, y una viva pauta en el cumplimiento de las reglas sabias establecidas en aquella celebérrima asamblea.

Criáronle sus padres con el mayor desvelo en el temor santo de Dios, pero su bello natural é inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el deseado efecto de su buena educacion; habíale prevenido Dios con todas las disposiciones de naturaleza y gracia para los

nobles designios á que le destinaba su sabia Providencia. Por su gracia y hermosura robaba en su niñez las atenciones de todos, imprimiéndose en su alma, como blanda cera, las saludables instrucciones y consejos de sus padres. Distraido enteramente de los pueriles entretenimientos, reducia en los tiernos años sus diversiones á los ejercicios mas devotos, admirándose en él, aun en edad poco sensible de las miserias ajenas, una caridad asombrosa en favor de los pobres, en quienes invertia hasta su propio sustento.

Aplicáronle sus padres á los seis años de edad á la latinidad; y como se hallaba dotado de un ingenio excelente, logró tener á los nueve de esta y de la retórica un perfecto conocimiento; de que resultó ser su conversacion muy sazonada y elocuente en los progresos que hizo después en las letras. Dedicado en su juventud al manejo de las armas, siendo su cuidado principal el cultivo de la virtud, y modo de edificar con el ejemplo de su vida, no se distrajo de este objeto, ni se entregó á la licenciosidad, que por lo comun causa tantos males á los jóvenes que se dedican á esta profesion.

Visitóle el Señor á los veinte años con una enfermedad tan maligna, que en breve tiempo se cubrió de lepra. Desahuciado por los médicos, y desamparado de sus amigos, que huyeron de él temerosos del contagio; leyendo en este aviso el desprecio del mundo, convertido al Señor, prometió abrazar el estado religioso, para dedicarse enteramente á su santo servicio, cuando fuese de su agrado darle vida, como se verificó milagrosamente.

Aunque jamás olvidaba Francisco el cumplimiento de su voto, con todo esperaba ocasion oportuna para ponerle en ejecucion; venciendo en el ínterin las sugestiones fortísimas con que el enemigo de la salvacion intentaba separarle de su propósito. Pasó á Nápoles con motivo de visitar á sus parientes; é instándole un dia un amigo á que saliesen á pasear, habiéndose excusado por cierta oculta providencia, supo después que le cosieron á puñaladas; reflexionando sobre el hecho, y estimulándole el desgraciado suceso como aviso del Señor, para no dilatar mas tiempo su promesa, principió á disponerse con rígidos ayunos y asombrosas penitencias; eligió un sumo retiro, y negándose hasta á las visitas de urbanidad, solo salia de su casa para el templo, donde con fervorosas oraciones y súplicas reverentes pedia al Señor se dignase manifestarle la religion que debia abrazar.

Vivia en Nápoles por aquel tiempo Juan Agustin Adorno, natural de Génova, llamado por Dios para que fundase una nueva reli-

gion en su iglesia, segun le profetizó san Luis Beltran en los claustros del convento de Santo Domingo de Valencia en cierta ocasion que pasó á España; y aunque por entonces no hizo mucho aprecio del vaticinio, habiéndolo comunicado, después que volvió á su patria, con su director el P. Basilio Piñateli, le alentó este gran Padre al cumplimiento del aviso profético, llevándole consigo á Nápoles, para que fuera de su pais pudiera ejecutarlo con menos obstáculos.

Ordenóse Adorno de sacerdote, y se incorporó en la hermandad de los Blancos, ó de Nuestra Señora del Socorro, sita en Nápoles: conforme lo habia hecho nuestro Francisco para ejercer los oficios de caridad con los enfermos, encarcelados y ajusticiados, cuyo objeto era el designio de aquel respetable cuerpo. Tenia Adorno en la ciudad un íntimo amigo de la misma congregacion, llamado D. Fabricio Caracciolo, abad de Santa María la Mayor, sugeto de mucho mérito, en quien puso los ojos para que le ayudase al cumplimiento de sus ideas. Escribióle un papel en que le daba cuenta del vaticinio dicho, y de su intento, rogándole se dignase contribuir con su autoridad á su laudable empresa. Llevó el conductor por equivocacion el escrito á nuestro Beato, en tiempo que se hallaba en oracion, pidiendo al Señor que le manifestase la religion en que era de su agrado le sirviese; leyóle con atencion, y aunque le envió á Fabricio, conocida la equivocacion, con todo reflexionando que no hay acasos en la divina Providencia, teniendo por indicio de la voluntad de Dios aquel aviso, buscó á Adorno, y refiriéndole lo ocurrido, se ofreció gustoso á contribuir al establecimiento de la nueva religion.

Reunidos los tres dichos con los vínculos de la caridad mas pura, determinaron formar las reglas de los clérigos menores, conforme á la ilustracion que habia recibido del cielo Adorno, quien aunque elegido en primer lugar para el designio, no por esto excluyó la divina Providencia á Caracciolo de la cualidad de fundador; pues además de su intervencion en el establecimiento, después de la muerte de aquel, que ocurrió á los dos años de dar principio á la fundacion, cargó sobre el siervo de Dios la prosecucion del instituto, debiéndose á su infatigable celo su propagacion y aumento.

Pasaron á Roma Adorno y Caracciolo, animados de un mismo espíritu, á obtener del papa Sixto V la aprobacion de la nueva religion; y conseguida en efecto, vueltos á Nápoles, hicieron su profesion en manos del vicario general, por ausencia del arzobispo, en el oratorio de la Vírgen del Socorro en el dia 9 de abril de 1589, en

cuyo acto se mudó Caracciolo su primer nombre de Ascanio en el de Francisco, por la grande devocion que profesaba al seráfico Patriarca, á quien deseaba imitar con su vida.

Después que allanaron las muchas dificultades que ocurrieron en Nápoles sobre su fundacion en Santa María la Mayor, unidos con superior asistencia, deliberaron ambos pasar á España, á fin de plantar en ella el nuevo Instituto; pero por entonces no pudieron conseguirlo, á causa del decreto que acababa de expedirse sobre que en el reino no se admitiesen nuevas religiones. Vueltos á Italia, pasó Adorno á Roma en solicitud de la confirmacion de sus breves por la Santidad de Gregorio XIV, y conseguida, partió á Nápoles, donde de una enfermedad gravísima murió en el Señor; cargando todo el peso y gobierno del Instituto sobre Caracciolo, á quien en el primer capítulo que celebró la religion en el año 1593 eligieron por general á pesar de su humilde resistencia, no obstante que solo contaba treinta años de edad, persuadidos todos que solo su infatigable celo, consumada prudencia y eminente virtud podrian perfeccionar lo comenzado.

Gozó poco tiempo Nápoles de su amable presencia, porque ardiendo en su corazon los mas vivos deseos de establecer su religion en España, volvió segunda vez á ella, puesta en el Señor toda su confianza. Desde el principio de su marcha experimentó visiblemente la divina asistencia, pues pasando á la sazon D. Juan Bautista de Aponte desde aquella capital á la corte de Madrid con el empleo de presidente del supremo Consejo de las Indias, costeó el viaje al siervo de Dios y á sus compañeros; aunque no pudo conseguir se quedase en su casa, por haber elegido para hospedarse el hospital de los italianos, con el objeto de asistir á los pobres enfermos; en cuyo oficio, y otros no menos piadosos, brilló el heroismo de su caridad con admiracion de todos.

La mayor oposicion que tuvo Caracciolo para poner en ejecucion su proyecto fue la del Consejo, en fuerza del decreto referido, en vista de lo cual pasó al Escorial, donde se hallaba la majestad de Felipe II, de quien no pudo lograr favorable despacho. Padeció Francisco interin que continuaba con sus reverentes súplicas muchas necesidades, hasta que en cierto dia que se hallaba casi desfallecido, llegándose á él un caballero á pretexto de informarle de su pretension, contándole sus miserias, le socorrió liberalmente, alentó su confianza, y le aseguró que siempre seria despachado con toda felicidad.

Gravóse el Rey con los dolores de la gota que padecia, y escrupulizando sobre la repulsa que dió á Caracciolo, le mandó llamar al instante, para que le instruyese de su solicitud; hízolo con efecto, y en el ínterin que informó á S. M. le cesaron los dolores enteramente con admiracion del Soberano, quien agradecido del beneficio le envió al arzobispo de Toledo, con órden de que contribuyese al establecimiento del nuevo Instituto inmediatamente. Con el auxilio de este prelado dió principio Caracciolo á su laudable intento en una casa estrecha, que le cedió cierto caballero, disponiendo en ella en el modo posible las oficinas indispensables para una comunidad; ejercitóse en las funciones del confesonario y púlpito con tanto celo, y notorio aprovechamiento de las almas, que mereció el renombre de predicador del amor de Dios, conciliándose por esto y su virtud eminente la veneracion de toda la corte.

Sentia el enemigo comun los frutos que ofrecia el nuevo establecimiento, y para impedirlos empleó todos los esfuerzos de su refinada malicia. Tomó por instrumento al mismo caballero que cedió la habitacion á Caracciolo, quien no satisfecho con tener llave secreta para entrar en la casa cuando le pareciese, quiso internarse en lo interior del gobierno de la comunidad; pero resistiéndolo Francisco, tomando el pretexto de que no le dieron cuenta del ingreso de cierta limosna, principió á divulgar tales maliciosos y falsos supuestos contra el fundador y sus individuos, que informado siniestramente el Consejo dió órden para que se cerrase la iglesia, y que saliesen los religiosos de la corte en el preciso término de seis dias. Recibió Caracciolo con su acostumbrado sufrimiento tan terrible persecucion, y confiando como siempre en la proteccion de Dios, pasó al Escorial, é informando al Rey del suceso, logró se suspendiese la ejecucion de lo mandado; pero como los enemigos resentidos del real decreto no desistiesen de molestarle, sufrió por espacio de dos años otras muchas contradicciones con admirable paciencia.

En medio de estas tribulaciones fuele preciso pasar á Italia á establecer su Instituto en varias partes que lo deseaban con vivas ansias, y marchándose á Roma con el favor del cardenal Montalvo, protector de la religion, logró informar al papa Clemente VII de lo mucho que padecia su establecimiento en la corte de Madrid; y condolido Su Santidad de semejantes procedimientos, le dio la mas expresiva recomendacion para el Rey católico, la que fue capaz de sosegar todas las contradicciones.

Concluidos los negocios que tuvo que tratar con el sumo Pontífi-

ce, partió á Nápoles, y en el honorífico recibimiento que le hizo toda la ciudad, acreditó muy bien el alto concepto que tenia formado de la eminente virtud del siervo de Dios, quien se aplicó todo el tiempo que se mantuvo en ella á fomentar en su Órden los mas activos ejercicios de caridad, para lo cual obtuvo bula especial del Papa, á fin de que pudieran ser admitidos sus religiosos en la hermandad ó congregacion de los Blancos, para practicar los piadosos designios de aquel Instituto, como lo ejecutaron efectivamente con edificacion de todo el pueblo.

Después que perfeccionó en Nápoles y en otros pueblos de Italia sus establecimientos, volvió tercera vez á España, donde halló vencidas todas las contradicciones que dejó al tiempo que se ausentó de ella, y trasladados sus religiosos á la casa llamada del Espíritu Santo en la corte; pero habiendo sabido que se trataba de castigar los delitos de los falsos impostores, lleno de piedad, se interesó con los jueces para que los perdonasen, accion heróica que redobló el crédito de su gran virtud.

No satisfecho su infatigable celo con el establecimiento de su religion en Madrid, pasó al mismo fin á la ciudad de Valladolid, donde se hallaba la corte; y concediéndole el rey Felipe II una suma crecidísima para que tuviese efecto su fundacion, se dignó S. M. honrarle con su asistencia en el dia de la dedicacion de su casa al Señor. En seguida intentó Caracciolo la fundacion del colegio de Alcalá de Henares, con el objeto de que estudiasen en aquella célebre universidad sus religiosos, considerando no menos precisa la sabiduría que la virtud para recomendar su Instituto; logrólo en efecto, venciendo las muchas dificultades que ocurrieron, con admirables prodigios que obró el Señor por la intercesion de su amado siervo.

No es fácil comprender cómo un hombre solo sin fondos algunos temporales pudiera emprender tantas fundaciones, atender á tantos negocios, y á tanta multitud de acciones capaces de cansar las fuerzas de muchas y muy robustas personas, siendo él solo el alma y el espíritu de su tierna religion, que multiplicada prodigiosamente, disponia y arreglaba todos sus concertados movimientos; pero lo que mas asombró en la vida de este prodigioso héroe fue la inalterable conformidad de su conducta en tantas contradicciones como padeció, sin que se le oyese jamás la mas mínima expresion de queja ó resentimiento contra sus opositores, tan pobre, tan humilde y tan recogido en medio de las cortes, como en la soledad de su aposento.

En medio de tantas y tan penosas fatigas como le costó la propagacion de su Instituto, jamás se dispensó en el rigor de sus mortificaciones; su vida era un perpetuo ayuno, el que hacia á pan y agua tres dias á la semana, añadiendo á estos en el adviento, cuaresma y cuarenta dias precedentes á la Asuncion de Nuestra Señora, muy sangrientas disciplinas con que despedazaba sus carnes; de continuo llevaba pegado al cuerpo un jubon de cilicio, capaz de crucificarle, observando tan corto descanso por la noche que la mayor parte de ella la pasaba en contemplacion de los misterios de la Pasion y muerte de Jesucristo, sobre los cuales dejó escritas meditaciones para los siete dias de la semana. Estaba tan abrasado en el amor de este santo objeto, que le bastaba poner los ojos en un Crucifijo para salir fuera de sí, justificando muy bien en sus frecuentes transportes, éxtasis y deliquios, no pocas veces acompañados de admirables resplandores que despedia su rostro, el incendio en que se hallaba abrasado su corazon, en el cual se encontró escrito después de su muerte, *el celo de tu casa, Señor, me consumió;* de aquí resultaba aquella caridad sin límites para con los prójimos, por cuya salvacion suspiraba incesantemente, tomando sobre sí rigurosas penitencias, pidiendo limosnas por las calles para socorrer á los pobres, privándose no pocas veces del preciso sustento para mantenerles, brillando su piedad con los enfermos en las casas y hospitales en términos, que le merecieron el renombre de padre consolador de ellos.

Su devocion para con la santísima Vírgen, de cuyas glorias fue un propagador perpetuo, era tan fervorosa y tan tierna, que solo con oir el dulce nombre de María, eran sus ojos dos fuentes copiosas de amorosas lágrimas, distinguiéndose tan anticipadamente en él el afecto á la Reina de los Ángeles, á quien siempre llamaba mi piadosa Madre, que cuando no pueda decirse que nació con esta devocion, á lo menos se anticipó en ella al uso de la razon; bien acreditado en las expresiones de sus alabanzas antes que supiese hablar perfectamente.

A todo el mérito de la eminente virtud de Caracciolo daba un superior realce su profundísima humildad; tenia de sí formado tan bajo concepto, que quiso firmarse Francisco el Pecador, de que nacia que ocupado su corazon en esta basa fundamental del edificio espiritual, nada le ofendia mas que la estimacion y aplauso que hacian de su persona; lo que era bastante para que se ausentase á distintos lugares, aun cuando se hallase en las mas urgentes ocupaciones, buscando siempre arbitrios para disimular los prodigios que ejecutaba,

publicando que era la mas vil y despreciable de todas las criaturas.

Logró en fin que le exoncrase su religion del oficio de superior á fuerza de sus repetidas instancias, representando á los Padres en un capítulo que deseaba disponerse para morir retirado del mundo: concedido este favor, eligió para su habitacion un hueco de la escalera del convento, donde se ocupaba todo el dia y noche en una oracion continua, en altas contemplaciones y santos ejercicios de penitencia, acreditando Dios su eminente santidad con los dones de profecía, discrecion de espíritus, lágrimas y milagros.

Hallábase gustosísimo el siervo de Dios en su pobre habitacion, logrando en ella de extraordinarios favores celestiales, cuando tuvo aviso de los padres de san Felipe Neri de Auñon en el reino de Nápoles, que deseaban profesar su religion; ofreciéndole para el establecimiento del Instituto en aquella poblacion una nueva iglesia y casa: y comunicando al general esta noticia, le mandó concurrir personalmente á la eleccion. Obedeció Francisco el precepto en el instante, mas al tiempo de entrar en aquella tierra, expresó: *Aquí será mi descanso por los siglos de los siglos.* Recibiéronle los dichos Padres con las demostraciones mas reverentes, pero les duró poco su gozo, porque acometido á los dos dias de su llegada de una fuerte calentura, lo postró en cama con peligro inminente: en esta disposicion escribió á los cardenales Gimnasio y Montalvo, encargándoles encarecidamente la proteccion de su religion; y habiendo recibido los santos Sacramentos con la mayor ternura y devocion, entregó su espíritu en manos del Criador, á las siete de la tarde el dia 4 de junio de 1608.

Su cuerpo, que desde el instante que espiró despedia de sí una suavísima fragancia, se mantuvo en el féretro por el discurso de tres dias para satisfacer la devocion de las innumerables personas que concurrieron á venerarle, después de los cuales determinaron abrirle, y se halló ceñido con un áspero cilicio, bajo el que estaba una plancha de hierro tan adherida á la carne, que costó mucho trabajo despegarla, y quedándose los Padres de Auñon con el corazon y las entrañas, se hizo la traslacion de su cadáver á la iglesia de Santa María la Mayor de la ciudad de Nápoles.

Desde luego quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo por medio de no pocos milagros; y justificados plenamente los que obró en vida, y después de su muerte, con el heroismo de sus virtudes en el proceso informativo, hecho á este efecto, expidió el decreto de su beatificacion la Santidad de Benedicto XIV, en el dia 4 de junio del año de 1769, en el mismo dia de su exaltacion al trono.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es de fe que los fieles que mueren en gracia sin haber satisfecho suficientemente en esta vida por las penas debidas á sus culpas, satisfacen por ellas en la otra, padeciendo terribles tormentos en el purgatorio.

Los herejes de estos últimos tiempos, enemigos de la penitencia, no contentos con desterrarla en esta vida, la excluyeron tambien de la otra; y cegándoles el amor á la disolucion, tanto del corazon, como de las costumbres, conspiraron en negar el purgatorio contra el testimonio auténtico de la sagrada Escritura y de la tradicion; esto es, no quieren confesar que padezcan penas algunas aquellas almas que pasaron de esta vida á la otra sin estar bastantemente purificadas para entrar desde luego en el cielo. Si creyeran esto, se considerarian obligados á mortificarse, á macerar su carne, á cumplir las penitencias que se les impusiesen, y esto no se componia bien con la licencia á que aspiraban, siendo este el verdadero orígen de todos sus errores. En medio de eso es cierto que no hay punto mejor establecido ni mas claramente demostrado, así en la Escritura como en la tradicion.

Es cosa santa y saludable rogar á Dios por los difuntos para que sean libres de sus pecados, dice el Espíritu Santo en el segundo libro de los Macabeos. *Hay algunos pecados*, dice Cristo, *que no se perdonan en este mundo ni en el otro;* lo que no diria, glosa san Agustin, si muchos no se perdonaran en el otro. Es cierto que no se perdonan en el cielo, donde no entra cosa manchada; tampoco se perdonan en el infierno, de donde está desterrado todo perdon y toda misericordia; con que es preciso que solo en el purgatorio se perdonen. San Pablo dice, *que algunos fieles no se salvarán hasta que pasen por el fuego;* y san Agustin, san Cipriano, san Ambrosio, san Gerónimo, y hasta el mismo Orígenes entienden este tránsito por el fuego del purgatorio. Gran dolor es que haya hombres tan preocupados del error que se resistan á reconocer esta verdad.

Tampoco se puede poner en duda la tradicion del purgatorio; porque esta es, y esta fue siempre la doctrina de todas las iglesias del mundo desde Jesucristo acá. Hace evidencia de este punto el testimonio auténtico de los santos Padres que florecieron en todos los siglos, por el cual no solo consta cuál fue la fe de la Iglesia en todos tiempos sobre este artículo, sino tambien cuál fue en todos los si-

glos su ardiente caridad y su celo por el alivio de los fieles difuntos.

San Gregorio Nacianceno, doctor de la Iglesia, que vivió al principio del cuarto siglo, en el discurso sobre *las santas luminarias*, dice: Ningun hombre hay tan virtuoso, tan puro ni tan santo en este mundo, que acaso no necesite purificarse en el otro por el fuego: *In altero aevo igne fortasse baptizabuntur.*

San Juan Crisóstomo, una de las mas resplandecientes antorchas de la Iglesia, que floreció hácia la mitad del mismo siglo, en la homilía 21 sobre los Actos de los Apóstoles, dice: No penseis que son inútiles las oraciones, las limosnas ni las ofrendas que se hacen á Dios por los difuntos; *Non frustra oblationes pro defunctis, non frustra preces, non frustra eleemosynae.* El mismo Dios fue el que instituyó entre los fieles este piadoso comercio de caridad para que recíprocamente nos ayudásemos los unos á los otros: *Ut nos mutuum juvemus.* No se contenta el ministro del altar con clamar al Señor, implorando su misericordia en favor de los que murieron en la fe de Jesucristo: *Non simpliciter minister clamat pro his qui defuncti sunt in Christo:* ofrece tambien por ellos el divino sacrificio. Nosotros, pues, hermanos mios, convencidos de esta verdad, consideremos lo mucho que podemos aliviar á aquellas afligidas almas: *Haec scientes, consideremus quantas consolationes possumus mortuis, pro lacrymis, pro lamentis, pro monumentis praestare.* No, no las aliviarémos ni con las lágrimas, ni con los suspiros, ni con los soberbios sepulcros, sino con las oraciones y con las limosnas que hiciéremos por ellas: *Nempe eleemosynas, preces, orationes:* para que ellas y nosotros lleguemos, por las gracias y por la misericordia de nuestro Salvador Jesucristo, á la eterna bienaventuranza que nos está prometida: *Ut illi, et nos assequamur promissa bona, gratia et misericordia Unigeniti Filii,* etc.

El mismo san Crisóstomo en el tercer sermon que predicó sobre la Epístola del apóstol san Pablo á los Filipenses: Escuchad, dice, cómo habla Dios: Yo protegeré á esta ciudad por mi propio amor, y en consideracion de mi siervo David: *Audi Deum dicentem: Protegam urbem hanc propter me, et propter David servum meum.* Si la memoria sola de un hombre justo puede tanto con Dios, ¿cuánto podrán las buenas obras hechas por el alivio de los que están en el purgatorio? *Si sola justi memoria tantum valuit; ubi opera praeterea pro mortuo fiunt, quid non poterunt?* No sin razon nos manda el Apóstol rogar por los difuntos en el augusto y tremendo misterio del altar: *Non frustra haec ab apostolicis sunt legibus constituta, ut in venerandis atque horrificis mysteriis, memoria eorum fiat qui decesserunt.* Sabia bien el

gran provecho que de esto se les habia de seguir. *Noverat hinc multum ad illos lucri accedere, multum utilitatis.* Porque cuando el pueblo, junto con los sacerdotes, ofrece al Señor este tremendo y adorable sacrificio, ¿cómo puede dejar de mover el corazon de Dios en favor de los difuntos por cuyo alivio le ruega? *Eo enim tempore quo universus populus stat manibus pasis, ac coetus sacerdotalis: et illud horrorem venerationis plenum incutiens sacrificium: quomodo Deum non placabunt pro istis orantibus?* Hablo solo de aquellos que murieron con la fe después de recibido el Bautismo: *Atque id quidem de his qui in fide decesserunt:* pues por los catecúmenos difuntos no se puede ofrecer el divino sacrificio: *Cathecumeni neque hac dignantur consolatione:* por estos solo se puede hacer oracion y dar limosnas; caridad que les servirá de algun alivio y refrigerio: *Licet pauperibus pro ipsis dare; atque hinc aliquid percipiunt refrigerationis.*

San Agustin, aquel insigne doctor de la Iglesia, que vivió tambien en el mismo siglo, habiendo nacido el año de 354, en el libro del cuidado que se debe tener con los muertos, dirigido á su amigo Paulino, presbítero de Milan, el mismo que á ruego del Santo escribió la vida de san Ambrosio; san Agustin, vuelvo á decir, respondiendo á algunas dificultades que este su amigo le habia propuesto sobre el cuidado de los difuntos, así en órden al cuerpo dándoles sagrada sepultura, como en órden al alma haciendo oracion por ellos: Hay difuntos, dice el Santo, á quienes de nada sirven las oraciones ni los sacrificios, porque murieron en desgracia de Dios: *Sunt aliqui quos nihil omnino adjuvant ista quorum tam mala sunt merita, ut neque talibus digni sint adjuvari.* Hay otros que no necesitan de ellos, porque ya gozan del Señor en la patria celestial: *Quorum tam bona ut talibus non indigeant adjumentis.* Pero muchos hay que habiendo muerto en gracia sin haber satisfecho enteramente lo que debian á la divina justicia, pagan en la otra vida lo que no pagaron en esta, y á estos les son de gran provecho las oraciones de la Iglesia: *Et ita fit quod neque inaniter Ecclesia quod potuerit religionis impendat.*

Leemos en el libro de los Macabeos, continúa el santo Doctor, que se ofrecia sacrificio por los difuntos: *In Machabaeorum libris legimus oblatum pro mortuis sacrificium.* Pero aunque no nos dieran este testimonio las Escrituras, bastaria para autorizarlo la práctica de la Iglesia universal; pues nadie ignora que cuando el sacerdote ofrece por el pueblo el sacrificio del altar, siempre hace conmemoracion de los fieles difuntos: *Ubi in precibus sacerdotis, quae Domino Deo ad ejus altare funduntur, locum suum habet etiam commendatio mortuorum.*

Siendo esto así, concluye el Santo hácia el fin del mismo libro, no pensemos que pueden aprovechar á los muertos sino las oraciones, los sacrificios y las limosnas que hacemos por ellos: *Quae cum ita sint, non existimemus ad mortuos pro quibus curam gerimus pervenire, nisi quod pro eis sive altaris, sive orationum, sive eleemosynarum sacrificiis solemniter supplicamus.* Verdad es que no á todos aprovechan estos sufragios, sino solamente á aquellos que en vida merecieron les aprovechasen después de su muerte: *Quibus non pro quibus fuerit omnibus prosunt, sed iis tantum quibus dum vivunt comparatur ut prosint.* Pero como nosotros no podemos hacer esta distincion, ofrecemos generalmente por todos los fieles difuntos nuestros sacrificios, nuestras limosnas y nuestras oraciones, para que se aprovechen de ellas los que puedan: *Sed quia non discernimus qui sint, oportet ea pro regeneratis omnibus facere, ut nullus eorum praetermittatur, ad quos haec beneficia possint, et debeant pervenire.* Y añade el santo Doctor que estos sufragios cada uno los debe hacer con mas particularidad por sus parientes, para que sus parientes los hagan tambien por él: *Diligentius tamen facit haec quisque pro necessariis suis, quod pro illo fiat similiter à suis.*

Seria cosa larga referir aquí lo mucho que dicen los demás santos Padres sobre la caridad que se debe tener con aquellas dichosas almas que habiendo muerto en gracia, pero sin satisfacer enteramente lo que debian á la justicia de Dios, van á satisfacerlo en las penas del purgatorio. Puédese leer lo que dice Orígenes (autor que floreció en el segundo siglo) en la homilía sexta sobre el Éxodo, en la décimacuarta sobre el Levítico, y en la duodécima sobre Jeremías: lo que san Cipriano (que vivió en el tercero) dice sobre el mismo asunto en su Epístola á Antoniano; lo que san Cirilo, patriarca de Jerusalen, dice en la quinta Catéquesis; y en fin, lo que dice san Gregorio Niseno en su discurso sobre los muertos y sobre los párvulos. Léase tambien á san Gerónimo en el libro 2.° contra Joviniano, á san Paulino en su Epístola á Delfin, obispo de Burdeos, y á otros muchos de los primeros siglos, en los cuales se verá la antigua tradicion de la Iglesia desde el tiempo de los sagrados Apóstoles, sobre las oraciones y los sufragios por los difuntos; y el celo con que en todo tiempo exhortaron los santos Padres á todos los fieles para que tuviesen caridad con aquellas almas tan dichosas como afligidas.

Lo asombroso es, que los herejes de nuestros tiempos no quieran reconocer en esto sus errores, aunque no ignoran ni pueden ignorar la autoridad de esta tradicion; y que apretado el mismo Calvino con

la fuerza de tantos y tan evidentes testimonios tuviese desvergüenza para decir que todos los santos Padres, desde los Apóstoles acá, se engañaron groseramente, y cayeron en error: *Fatendum est in errorem fuisse obreptos;* al mismo tiempo que en otros cien lugares asegura que la fe se conservó en su pureza en los Padres de los seis primeros siglos.

Si son inexcusables los herejes que no quieren creer el purgatorio, ¿lo serán menos los Cristianos que creyéndole, se niegan ó se olvidan de aliviar las almas de sus hermanos que están padeciendo tan crueles penas en aquel calabozo de tormentos? ¡Qué crueldad! ¡qué impiedad, tener tan en la mano el modo de aliviarlas, de abreviar sus penas, de libertarlas de ellas, y no querer hacerlas este importantísimo bien! Mi Dios, ¿cuánto es de temer, y que justo será que algun dia digais á estos durísimos corazones: *Nonne ergo oportuit, et te misereri conservi tui?* Dime, ¿no era mucha razon que tú te compadecieses de tu compañero, de tu amigo, de tus hermanos, de tus hermanas, de tu padre y de tu madre? *Et iratus Dominus tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum.* Y el Señor justamente irritado te entregará á los ministros de su divina justicia para que te atormenten hasta que le pagues todo lo que le debes, hasta el último maravedí: *Judicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam;* porque al que no tuvo misericordia ni compasion de otros, es muy debido que se le juzgue sin compasion y sin misericordia.

La Misa es la cotidiana de difuntos, y la Oracion la siguiente:

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

Ó Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de tí. Que vives y reinas, etc.

La Epístola es del capítulo XIV *del Apocalipsi.*

In diebus illis: Audivi vocem de coelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES.

Ahora les dice el Espíritu que descansen de todos sus trabajos. No es esta vida el tiempo del descanso. Nació el hombre para el trabajo, y es la vida un mar agitado de continuas olas. Es una perpetua navegacion; ¡qué tempestades se han de experimentar! ¡qué escollos, qué borrascas, qué naufragios se deben temer! Es una continua guerra; ¡qué combates se han de dar! ¡qué asaltos se han de sufrir! ¡qué estratagemas, qué ardides del enemigo se han de precaver! ¡cuántos géneros de enemigos hay que superar! Es menester estar siempre de centinela contra los sentidos. El primer traidor es nuestro mismo corazon; conspiran cási todas las criaturas para ganarle y para corromperle; el amor propio es nuestro mayor enemigo; el mundo tiene jurada nuestra pérdida. En tan triste, en tan peligrosa situacion, ¿cómo podemos descuidarnos, entregados á una ociosa seguridad? Y ¿qué suerte será la de aquellos hombres haraganes, que pasan los dias enteros en una perpetua inaccion? No es el mundo lugar de reposo. ¡Qué caro costó á las vírgenes necias un breve rato de sueño! ¡al siervo flojo y perezoso cuánto le costó su pereza! Sobre todo el tiempo del trabajo es corto, y á un puñado de dias laboriosos seguirá una eternidad dulce, tranquila y sosegada. Solo el cielo es lugar de descanso, donde reina una eterna calma. Luego que entra el alma en el gozo de su Señor, acabáronse los cuidados, las inquietudes, los afanes, las pesadumbres; todo se desterró, todo se olvidó en aquella dichosa mansion; y si se hace alguna memoria de ello es para que la alegría presente sea mas pura, y la quietud mas deliciosa. Los empleos mas elevados del mundo son los que ordinariamente están mas expuestos á las tormentas y á las tempestades; en los valles hay mas abrigo que en las cumbres, pero tambien en ellos se deben siempre temer las inundaciones. Los honores, las riquezas, las dignidades, los empleos de mayor ruido, todas son cargas muy pesadas; y tanto, que por mas que se haga, es preciso gemir debajo de ellas. En todo cuanto hay criado se encuentra un vacío que disgusta. Solo en el cielo la alegría es pura, los gustos llenos, los bienes sólidos y la felicidad completa y eterna: *Opera enim illorum sequuntur illos.* ¿Es posible que un corazon racional y un corazon cristiano pueda tener otra ambicion, ni suspirar por otra fortuna?

El Evangelio es del capítulo VI *de san Juan.*

In illo tempore dixit Jesus turbis judaeorum: Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decian: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la muerte de los justos.

Punto primero.—Considera que es cosa dulce morir cuando se ha vivido bien. Es la muerte pena del pecado; con qué en rigor solamente debe causar dolor á las almas manchadas con la culpa. Y ¿cómo puede menos de llenar de consuelo y de alegría á las que vivieron en un continuo ejercicio de las virtudes cristianas? ¿Puede dejar de morir contento el que muere santo?

La muerte de los justos, dice el Profeta, *es preciosa en los ojos del Señor;* le es muy agradable. Todo lo precioso se estima; en cualquiera parte en que esté se cuida mucho de ello. Mas que mueran los justos destituidos de todo humano consuelo, como un san Pablo primer ermitaño, como un san Francisco Javier; mas que mueran de repente, nunca es imprevista su muerte, siempre tiene Dios un cuidado de ellos muy particular. ¿Cómo puede dejar de ser feliz una muerte tan preciosa? Con efecto, todo debe contribuir, y todo contribuye al consuelo de las almas justas en aquella hora. ¡Qué consuelo, qué gusto no siente en ella un hombre que vivió cristianamente, que se entregó á la virtud, que se dió al ejercicio de la penitencia! Y la esperanza de lo futuro, ¿cómo puede menos de mitigar los dolores del estado presente?

Ya en fin se pasó todo lo que parecia penoso en el servicio de Dios:

ayunos, retiro, penitencias, mortificacion, trabajos, desprecios, rigores, austeridad, todo se acabó; el bien y el mal igualmente se desvanecieron. ¡Qué consuelo el de aquella hora por no haber hecho todo el mal que se pudo! ¡y qué alegría por haber practicado todo el bien que se debió! Y mas cuando se trae á la memoria el dolor que entonces se tendria de no haberlo practicado.

Por largo tiempo que se haya vivido, en aquella hora se representa como un solo instante el espacio que corrió entre el dia del nacimiento y el último dia de la vida. Pues ¿cómo podrá uno dejar de darse á sí mismo el parabien de haber prevenido, por medio de una santa vida, los crueles remordimientos que sienten los pecadores en aquella hora?

¿De qué me servirá al presente, dice un moribundo, haber brillado, haber hecho una gran fortuna, haber tenido amigos poderosos, haber poseido los primeros empleos? ¿de qué me servirá haberme hallado en todas las diversiones, haber sido hombre de corte, haber seguido las máximas del mundo? Ahora condeno, y condenaré por toda la eternidad estas perniciosas máximas. ¿De qué me servirá todo esto, si no trabajé en mi salvacion? Ni todos los bienes ni todas las conexiones del mundo son capaces de diferir mi muerte por un solo instante; desterrado estoy ya para siempre de todos los pasatiempos, de todos los concursos, de todos los gustos de esta vida. ¿Qué consuelo puede causar la memoria de los entretenimientos pasados, ni de todas las fiestas mundanas? ¡Oh, y qué cuerdamente obré cuando detesté con tiempo aquello que me habia de condenar por toda la eternidad! ¡Ah, que al presente, quisiera ó no quisiera, todo lo habia de dejar; me habia de arrancar de aquellos gustos, habia de romper aquellos lazos! ¿Qué te parece? ¿no servirá de gran consuelo, no causará un suavísimo gozo el haberlos hecho pedazos muy de antemano voluntariamente?

Punto segundo. — Considera la impresion que hacen, así en el ánimo como en el corazon de un moribundo ajustado, las reflexiones que le ocurren cuando está para morir, después de haber tenido una vida verdaderamente cristiana.

El punto que se trataba era no menos que de una eternidad feliz, ó de una eternidad desdichada. Mi salvacion era mi único negocio; haber manejado con acierto todos los demás, y haber errado este, seria haberlo perdido todo, y estuve muy á peligro de errarle. ¡Ay de mí si le hubiera desacertado! Este pensamiento me estremece; pero

acertéle por la misericordia de mi Dios. ¡Ó Señor, y cuánto consuela este pensamiento!

Representémonos un hombre que viene de una provincia muy distante para un negocio de la mayor consecuencia. Trátase en él no menos que de su honra, de su hacienda y de su vida; llega en el tiempo crítico para hablar al príncipe, para informar á los jueces, para responder á las acusaciones, para justificar su causa: un dia, ó dos horas mas que se hubiera detenido, ya llegaba tarde; cerrábase el proceso, y se le condenaba á muerte sin remedio. ¡Qué gozo seria el de este hombre por no haberse detenido á fiesta ni á diversion en el camino! ¡Pues qué si por haber hecho aquella diligencia se le proporciona una deshecha fortuna; si va á ser colmado de bienes y de honras; si le declara el príncipe por su valido ó por su primer ministro; qué consuelo, qué gozo será el suyo por haber llegado tan á tiempo!

¿Se arrepentirá entonces de no haberse detenido á gozar algunas fiestas, ó de no haber disfrutado alguna mayor comodidad con que pudo hacer la jornada, haciéndola mas despacio? Sobre todo si llega á entender que tantos otros que hacian el propio camino y se hallaban en el mismo caso, ó por dejarse vencer de las importunas instancias de sus falsos amigos, ó por haber hecho muchas paradas, ó por querer caminar con todas las conveniencias perdieron el pleito, y para colmo de su desdicha, después de perder toda la hacienda, perdieron tambien la vida en una afrentosa horca. Imagina, si es posible, pensamiento de mayor consuelo, gozo mas puro ni mas sólido, satisfaccion mas completa. Pues todo esto no es mas que una imperfecta figura de lo que pasa en la muerte de los justos. ¡Buen Dios, y qué gusto es hablar en el puerto de los peligros que se corrieron, y dichosamente se evitaron en el golfo! Dos horas despues de la muerte ¡cuánto consuelo causa la memoria de los trabajos que se padecieron por Dios durante el curso de la vida! ¿Vino jamás al pensamiento de un moribundo el arrepentirse de no haber seguido con mas ardor las locas máximas del siglo; de no haber vivido con mayor regalo; de haber hecho una vida demasiadamente cristiana, recogida y pura; de haber sido mas humilde, mas contenido y mas mortificado de lo que fuera justo? Al contrario, entonces se llora el mucho tiempo que se malogró en las profanas diversiones del mundo; llórase el haber amado tanto la profanidad, la vanidad y los pasatiempos; llórase el haberse dejado tiranizar de los respetos humanos. ¡Ah, que acaso nuestra vida está únicamente llena de todo

aquello que causa cruel dolor y amargo arrepentimiento en la hora de la muerte!

No permitais, Señor, que algun dia me sirvan de esta desconsolada materia tan saludables y tan concluyentes reflexiones. Asistidme con vuestra divina gracia para que viva como vivieron los Santos, á fin de morir como los Santos murieron, y acompañarlos después en la vida eterna de la gloria. Amen.

Jaculatorias.—Dichosos aquellos que mueren en el Señor. (*Apoc.* XIV).

Muera yo con la muerte de los justos, y sea el fin de mi vida semejante en todo al suyo. (*Núm.* XXIII).

PROPÓSITOS.

1 Ninguno hay que no desee morir con la muerte de los justos, ninguno que no tenga envidia á su dichosa suerte. La muerte á todos nos iguala; por ella todos quedan á un nivel. Clases, dignidades, empleos, nacimiento ilustre, en la muerte todo se acaba, todos estos títulos dejan de serlo, y entonces no hay otros derechos que los que da la virtud. Vida pura, devocion sólida, bondad exacta, caridad sin mezcla, mortificacion continua, observancia constante; esto es lo que consuela, esto es lo que se estima, esto lo único que da contento en aquella última hora. Y ¿por qué no será todo esto el objeto de la ambicion, y la materia de los cuidados mientras dura la vida? Todos convienen en que esta es la mayor fortuna que se puede hacer; todos sabemos el secreto para hacerla; todos tenemos en nuestra mano los medios; ¿por qué razon no nos servirémos de ellos? Toma desde este mismo punto la generosa resolucion de trabajar eficazmente, con el auxilio de la divina gracia, en hacer esta gran fortuna. Sea de hoy en adelante el objeto de tu noble ambicion la dichosa suerte de los Santos. Díte á tí mismo con frecuencia lo que tantas veces se repetia á sí mismo san Bernardo: *Conviene morir con la muerte de los justos, mas para eso es menester vivir como ellos.* No emprendas cosa considerable sin examinar primero si será ó no será conducente para lograr una santa muerte. Al despertar por las mañanas, díte, como se decia santa Teresa: *Dios me da este dia mas para merecer en él la eterna bienaventuranza.* Siempre que dé el reloj las horas repite lo que decia la misma Santa: *Ya estamos una hora mas cerca de la muerte; quiera Dios que sea santa.* Acuérdate que

la vida mas observante, mas mortificada, mas ejemplar será inútil si no logras una buena muerte.

2 La Congregacion de la buena muerte está hoy muy extendida, no solo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino tambien en muchas de España; si la hubiere en el pueblo donde resides, alístate luego en ella, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa mas á todos los fieles, han franqueado los sumos Pontífices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que solo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente unos por otros para lograr la gracia de una dichosa muerte. Practícanse estos ejercicios, por lo mas comun, en las iglesias de los colegios de la Compañía. No malogres un medio de tanta importancia y tanto interés tuyo.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Marciano, Nicanor, Apolonio y otros, en Egipto; los cuales padecieron glorioso martirio en la persecucion de Maximiano Galerio. *(Su martirio fue esclarecido con una multitud de portentos con que el cielo atestiguó la santidad y gloria de estos sus siervos).*

Los santos mártires Florencio, Juliano, Ciriaco, Marcelino y Faustino, en Perusa; que fueron degollados en la persecucion de Decio.

El martirio de las santas Zenaida, Ciria, Valeria y Marcia, en Cesarea de Palestina; las cuales después de padecer muchos tormentos, consiguieron gozosas la corona del martirio.

San Doroteo, presbítero, en Tiro, el cual padeció muchos tormentos en tiempo de Diocleciano, y alcanzando los tiempos de Juliano, honró con el martirio sus venerables canas en la edad de ciento y siete años.

San Bonifacio, obispo de Maguncia, en el mismo dia; el cual de Inglaterra pasó á Roma, y el papa Gregorio II le envió á Alemania á predicar la fe católica á aquellas gentes; y habiendo convertido á la religion cristiana un gran número de almas, especialmente de los frisones, mereció llamarse el apóstol de Alemania: últimamente en Frisia enfurecidos los gentiles contra él, le pasaron con una espada, y consumó el martirio juntamente con Eobano, y algunos otros siervos de Dios. *(Véase su vida en las de hoy).*

El bienaventurado Sancho, jóven, en Córdoba de España; el cual aunque se habia criado en el palacio del rey, no obstante en la persecucion de los árabes no titubeó en padecer el martirio por defender la fe de Jesucristo. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razon el apóstol de Alemania, fue inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pequeño pueblo de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer por su bellísimo natural. Aun no tenia uso de razon, y ya mostraba inclinacion á la vida religiosa; pues antes de cumplir los cinco años, todo su gusto era oir hablar de Dios, y de la vida penitente que hacian los santos solitarios.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos que se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovecho admirablemente de esta ocasion que le ofrecia la divina Providencia. Oyóles decir, que para ser santo era menester negarse á sí mismo, y seguir á Jesucristo; que la vida religiosa era el camino mas seguro para salvarse; y que el mundo era un mar tempestuoso lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrarse en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposicion; y como amaba á Winfrido mas que á los otros hijos, se opuso á su intento, y le mandó que no dejase la casa de sus padres. Obedeció el santo Niño; pero Dios tomó de su cuenta el cumplimiento de su vocacion. Envió una grave enfermedad á su padre, y persuadido este que era justo castigo por su resistencia á la piadosa resolucion de su hijo, sin esperar á convalecer convocó á los parientes, y persistiendo Winfrido, á presencia de todos, en la determinacion de ser religioso, se decidió que uno de ellos le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfando vió y reconoció aquel aire modesto y apacible, aquel natural vivo é ingenuo, aquel entendimiento ya formado, y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. A vista del fervor con que el santo mancebo abrazó todos los ejercicios de la vida religiosa, le miraron los monjes como un don que el cielo les habia regalado, pronosticando desde luego, que algun dia seria uno de los mas ilustres ornamentos de la Iglesia. Concluidas las pruebas del noviciado, léjos de entibiarse, no teniendo mas que diez á doce años, fue un modelo cabal de religiosa perfeccion. Y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, con

una singular inclinacion al estudio, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella, donde florecian las letras mas que en la casa donde habia tomado el hábito. Allí encontró á un excelente director para la virtud, y un hábil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto; y aprovechó tanto en poco tiempo en ambas facultades, que le proponian por dechado á toda la comunidad.

Siendo ya uno de los mas santos y mas sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesía, la retórica, la historia y la filosofía á los monjes, á quienes explicó tambien la sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente y por su no menos singular virtud fue juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y ordenado de presbítero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvacion de las almas, y á instruir á los pueblos por el ministerio de la predicacion.

Estaba escondido este tesoro en la provincia de Winchester, cuando la divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra al tiempo que menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el país de Westfert, donde reinaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de Conturbel, para informarle del motivo de aquella repentina junta, que era sobre cierto negocio urgente y de la mayor importancia. Propusieron los abades para esta diputacion al presbítero Winfrido; y aprobada por el Sínodo la eleccion, desempeñó su comision con tanto acierto, que en adelante fue siempre llamado á todos los sínodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distincion, y resolvió mudar de país yendo á trabajar en la conversion de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intento su abad y los demás monjes; pero convencidos después de sus razones, no solamente le aprobaron, sino que le dieron dos religiosos para que le acompañasen en todos sus viajes.

Habiendo dejado las costas de Inglaterra, donde no hizo especial fruto su predicacion, dió fondo en las de Frisia por los años de 715. Tampoco aquí fue mas dichoso su celo, sirviéndole de estorbo la guerra que á la sazon estaba encendida entre Carlos Martel, príncipe de los franceses, y Rabbodo, duque de los frisones. Pasó á Utrecht, capital entonces de la Frisia, y no habiendo podido lograr del Duque cosa alguna, se vió precisado á volverse á Inglaterra, y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en qué deliberar para nombrar á nuestro Santo por sucesor suyo; pero jamás hubiera aceptado la abadía,

si no tuviera esperanza de renunciarla muy presto, como efectivamente la renunció en manos de Daniel, obispo de Winchester, luego que halló el prelado un sugeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derechura á Roma para echarse á los piés del Papa, y pedirle le señalase su mision, persuadido que su primer viaje no habia tenido efecto por no haber precedido esta diligencia de pedir la bendicion de Su Santidad. Informado Gregorio II del mérito y de la eminente virtud de nuestro Santo por las cartas del obispo de Winchester, le recibió con grandes muestras de estimacion y de benevolencia; tuvo con él largas conversaciones, en las cuales descubrió el fondo de su sabiduría, prudencia y virtud, que le constituian uno de los hombres mas grandes, y de los mas grandes Santos de su siglo.

Declaró al Papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversion de los infieles; aprobóselo mucho Su Santidad, y dándole todas las facultades y poderes necesarios para su mision, escribió á todos los príncipes que podian favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico celo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719; y entrando en Alemania por la Lombardía, se encaminó derechamente á Turingia para echar en ella la primera semilla de la fe de Jesucristo, segun la instruccion y órden que le habia dado el sumo Pontífice. Obró en ella grandes milagros, pero no fue el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del paganismo algunas reliquias de la religion cristiana, que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo casi toda la Turingia.

Supo entonces que habia muerto el duque Rabbodo, enemigo jurado de la fe de Jesucristo, y partió á Frisia, donde se juntó con san Willefrodo, fundador y primer obispo de la iglesia de Utrecht, y cultivó tan dichosamente aquella nueva viña, que en menos de tres años se vió todo el país poblado de cristianos, y los templos de los ídolos convertidos en iglesias. Hallándose san Willefrodo oprimido con el peso de los años y de los trabajos, determinó hacerle su coadjutor; pero apenas oyó Winfrido la proposicion, cuando estremecido y asustado se escapó, y se fué á predicar al país de Hesse. Detúvose en un lugar, que entonces se llamaba Omemburch, y después se llamó Amelburg; convirtió á dos señores, y fundó en él un célebre monasterio. En fin, cediendo todo al maravilloso celo de nuestro Santo, redujo á la fe todo aquel vasto país, y llevó la luz del Evangelio hasta el rio Elba.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y llegando á los oidos del Papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo Apóstol. Obedeció, y partió á Roma después de haber dado providencia para las necesidades espirituales de aquella nueva cristiandad; y fue recibido del sumo Pontífice con todas las demostraciones de amor y de estimacion que merecian sus grandes servicios y su virtud. Bendijo á Dios por los felicísimos sucesos con que se habia dignado acreditar sus apostólicos trabajos; y considerando el grande bien que se acrecentaria á la Iglesia si un hombre como aquel fuese elevado á la dignidad episcopal, sin dar oidos á su repugnancia ni á sus representaciones, el mismo Papa le consagró por obispo el dia de san Andres de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Colmado de honras y de bendiciones de Su Santidad, se restituyó el nuevo Obispo á su amada mision, donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Predicó siempre con maravilloso fruto; y administrando el sacramento de la Confirmacion á los que habia bautizado, por la gracia y fortaleza que con él se les comunicaba, se renovó el espíritu y el fervor en aquella tierna y recien nacida iglesia. Mandó cortar un árbol tan viejo como extraordinariamente corpulento, que llamaban *la fuerza de Júpiter*, y era ocasion de innumerables supersticiones, cuya madera empleó en la fábrica de una capilla en honra del apóstol san Pedro. Después que vió tan floreciente la religion cristiana en el país de Hesse y en Sajonia, hizo otro viaje á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de la verdadera virtud; y dejando en ella celosos predicadores, fué á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demonio, llamado Eremwulfo, que mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el país llenándole de groserísimos errores.

Por los negocios de las iglesias se vió precisado á volver tercera vez á Roma el año de 738, y fue recibido del papa Gregorio III aun con mayores demostraciones de amor y de estimacion que de su predecesor. Quiso Su Santidad que asistiese á un concilio que habia convocado; y después de haberle resuelto algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dió licencia para que volviese á continuar su apostólica mision.

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le habia convidado, y donde solo habia un obispo, llamado Vivilon.

enviado por Gregorio III, después de las conversiones que Bonifacio habia hecho. Aumentado el rebaño, fue menester aumentar tambien el número de pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le habia dado el sumo Pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzbourg, Frisinga y Ratisbona. En la bula en que el Papa confirma la ereccion de estos tres obispados rinde muchas gracias á Dios, que por su misericordia hizo entrar cien mil almas en el gremio de la Iglesia, siendo su conversion fruto de las fatigas de Bonifacio, y de la proteccion con que Carlos Martel le habia favorecido; nombra á nuestro Santo legado *à latere* de la Silla apostólica, y le exhorta á que no fije su residencia en algun lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda ella la fe de Jesucristo.

No podia el Papa mandarle cosa mas de su gusto. Corrió todo aquel vasto país con infinitos trabajos; pero con un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatacion de su celo. Erigió otros cuatro obispados, uno en Erfurd para la Turingia; el segundo en Buraburg para el Hesse, el que después se transfirio á Paderborn; el tercero en Eichstat para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg para la Franconia. Poco después convocó un concilio en el cual se formaron cánones muy útiles para la reforma de las costumbres y para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Tantas y tan maravillosas obras necesariamente habian de ser fruto de inmensos trabajos, y es facil concebir cuánto tendria el Santo que padecer en la conversion de tantos pueblos, todavía incultos, indóciles y bárbaros. Pero nada le parecian los ayunos, las penitencias, las fatigas, mientras sus portentosos trabajos no mereciesen ser coronados con la corona del martirio: *Todo el objeto de mis ansias* (escribia á Cuthberto arzobispo de Conturbel) *es derramar mi sangre por la fe de Jesucristo y en defensa del Evangelio. Combatamos por el Señor, pues nos hallamos en los tiempos de afliccion. Muramos, si Dios lo quiere, por las leyes de nuestros padres, para llegar con ellos á la herencia eterna. No seamos perros mudos, centinelas dormidos, ó mercenarios que huyen á vista de los lobos. Seamos pastores cuidadosos y vigilantes, predicando á todos sin excepcion de personas, y no lisonjeando al pecador.*

Convoco después otros dos concilios, uno en Esnes, en el obispado de Cambray, el año 744; y otro el año siguiente en Soissons, de donde parece inferirse que tambien era legado de la Silla apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y á la herejía,

fue causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relajados. Aldeberto y Clemente, dos públicos herejes, ejercitaron mucho su paciencia y su virtud; el primero fue condenado por el concilio de Soissons, y el segundo por el papa Zacarías, que sucedió á Gregorio.

Pero los graves negocios de su legacía no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Como iba creciendo la miés, fue menester llamar nuevos obreros, y así hizo venir de Inglaterra muchos santos monjes para gobernar los monasterios que habia fundado. Llamó á las santas Tecla, Lioba, Valburga, Vertigita, Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga, y en otras partes. Ni el cuidado pastoral de tantas iglesias le impedia atender á la direccion espiritual de muchas almas particulares, encaminándolas á la mas alta perfeccion. A sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el príncipe Carlomagno, duque de los franceses, que renunciando las grandezas del mundo abrazó la vida religiosa, por vacar únicamente al cuidado de su eterna salvacion. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que siendo reconocido por rey de los franceses Pipino, hermano segundo de Carlomagno, quiso ser consagrado por nuestro Santo, como lo ejecutó, celebrándose en Soissons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí san Bonifacio, como legado de la Silla apostolica, en ninguna parte habia fijado su residencia; pero habiendo vacado en este tiempo la silla episcopal de Maguncia, por haber sido depuesto Gervordo, el papa Zacarías, que no le estimaba menos que sus dos antecesores, le obligó á aceptar esta iglesia, después de haberla erigido en arzobispal y metropolitana, nombrando por sufragáneos suyos los obispados de Lieja, Utrecht, Colonia, Wormes, Spira, Strasburgo, Constancia, Coira, Ausburg, Eichstat, Wurtzburg, Erfurd y Buraburg. Pero presto renunció esta dignidad, porque acordándose perpetuamente que estaba dedicado á la conversion de los infieles, no pudo sosegar hasta desembarazarse de ella; y excitándose con nuevo ardor su celo por la conversion de las naciones del Norte, después de haber obtenido licencia del papa Zacarías para renunciar el arzobispado en su discípulo san Lulo, partió para la Frisia septentrional, sirviéndole como de presagio de su muerte el ardiente deseo que tenia del martirio. Dió las providencias convenientes á las iglesias de su legacía, y tomó el camino de las costas mas retiradas

de Frisia, acompañado de san Eobano, obispo de Utrecht, de tres presbíteros, tres diáconos, y de cuatro monjes, los cuales todos le ayudaron con tanto celo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Después que bautizó un gran número de ellas la vigilia de Pentecostes, señaló un dia de la semana para conferir á todas el sacramento de la Confirmacion; y por ser tantos, determinó celebrar esta funcion en el campo. Escogió para esto la llanura de Dukun, cerca del pequeño rio Borda. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse sobre los santos misioneros con las espadas desnudas. Viendo el Santo cumplidos sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose después á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándoles lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dejaron los bárbaros pasar mas adelante, y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eobano, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monjes, y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió san Bonifacio, apóstol de Alemania, la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el dia 5 de junio del año 754 ó 55, á los setenta y cinco de su edad, treinta y seis de su obispado, y á los cuarenta de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fue conducido á Utrecht, de allí dentro de poco tiempo fue trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por san Lulo, obispo, como lo habia deseado el mismo Santo. Con él fueron tambien traidos los libros que tenia consigo, y los gentiles, después de muerto, los habian arrojado por aquellos campos, conservándose todavía tres de ellos el dia de hoy; uno contiene los cánones del Nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo Mártir, es la carta de san Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres. Y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo san Bonifacio, es un libro de los Evangelios. Las cartas de san Bonifacio, así á los papas, como á los príncipes, que recogió y publicó el P. Serario, muestran su gran talento y su fervoroso celo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no me-

nos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

SAN FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL.

Uno de aquellos héroes del cristianismo, digno de los mas altos elogios por su prodigiosa vida, fue san Fernando, quinto hijo de Juan, primero de este nombre, y décimo entre los reyes de Portugal, y de Felipa, hermana de Enrique V de Inglaterra. Queria el Señor manifestar al mundo uno de los maravillosos prodigios de su divina gracia en Fernando, y así dispuso que hasta su nacimiento fuese portentoso. Sobrevinieron á su madre estando cercana al parto unas calenturas tan ardientes, que desesperando los facultativos de poderla salvar juntamente con lo que tenia en el vientre, resolvieron acelerar aquel con peligro del Infante. Resistióse la piadosa Reina á semejante determinacion, y no queriendo preferir su vida corporal á la espiritual de la criatura, puso toda su confianza en la santa parte del sacrosanto leño en que murió Nuestro Redentor, que se tenia en grande veneracion en la iglesia de Marmelor, perteneciente á los caballeros de san Juan de Jerusalen; y con efecto al contacto de la santa reliquia dió á luz con toda felicidad al ilustre Niño en el dia 29 de setiembre del año 1411.

Salió el Infante al mundo tan débil y tan macilento, que fue preciso administrarle el Bautismo por necesidad, creyendo todos que iba á espirar de momento en momento; de que provino que en los primeros veinte y seis años de su vida padeciese continuas enfermedades con dolores intensísimos; mas no por eso dejó de ejercitarse en todas las virtudes, y de instruirse en las ciencias, especialmente en las sagradas, para tener un perfecto conocimiento de las verdades eternas, el que tuvo mas infuso que adquirido por el conducto de la oracion, practicando desde la edad de catorce años la vida que pudiera el eclesiástico mas ejemplar. Todos los dias rezaba las horas canónicas en su capilla, la cual tenia ricamente adornada y surtida de todo lo necesario, con ministros continuos y con cantores excelentes, para que en ella se celebrasen los oficios divinos con toda magnificencia; pero no satisfecha su piedad con estos ejercicios dentro de palacio, asistia á todas las procesiones públicas, al Viático cuando se llevaba á los enfermos, á las funciones eclesiásticas, y con especialidad á las de Semana Santa y de resurreccion, observando puntualmente todas las sagradas ceremonias. Además de esto invertia todos sus bienes en socorro de los pobres de Jesucristo, á quienes

consolaba con palabras dulces, en caso de faltarle dinero, prometiéndoles subvenir sus necesidades cuando lo tuviese; y esmerándose con los cautivos, se interesaba en su rescate por todos los medios que le dictaba su caridad sin límites. Amaba á la castidad con un afecto tan particular, que jamás se le oyó expresion menos decente, ni permitió que otros la dijesen á su presencia; por cuya razon aborrecia en extremo á los lascivos, y separaba de sí todo cuanto podia provocar á la torpeza, estimando respecto de ella leves á los demás vicios. Sobre todas estas apreciables cualidades, añadia el Infante al rigor de asombrosas penitencias, un ayuno cási continuo, haciéndolo á pan y agua en todos los sábados y en todas las vigilias de las festividades de la santísima Vírgen; y condecorado con todas las virtudes, era Fernando el objeto de la admiracion de toda la corte.

Murió el rey D. Juan de Portugal, y no quedándole al Infante otra herencia para mantenerse que el pueblo de Salvatierra, le instó su hermano Eduardo, sucesor en la corona, que admitiese el empleo de gran maestre de *Abisio*, semejante al del Órden de Calatrava en España, el cual se hallaba vacante por fallecimiento de D. Fernando Rodriguez. Rehusólo Fernando por no querer gravar su conciencia con las rentas eclesiásticas; pero al fin le vencieron las súplicas de su hermano, haciéndole presente que podia invertirlas en los piadosos destinos de semejantes establecimientos. Vino á Portugal por aquel tiempo en clase de legado apostólico Fr. Gomez, abad florentino, á traer al Infante la insignia de cardenal, á nombre del papa Eugenio III; pero no fue posible reducirlo á que admitiese tan suprema dignidad, confesándose indigno de ser príncipe de la Iglesia.

Determinó el rey Eduardo hacer una expedicion contra los moros del África, y nombró por generales de su ejército á sus dos hermanos Enrique y Fernando. Sobrevino á este al tiempo de partir de Lisboa una apostema maligna, acompañada de una ardiente calentura; pero disimulando la indisposicion, porque no se ofreciese con este motivo algun impedimento que retardase la empresa, se embarcó con una grandeza extraordinaria de ánimo, supliendo este las fuerzas que le faltaban en el cuerpo. Hiciéronse á la vela los dos infantes con siete mil combatientes en el dia 22 de agosto del año 1437, y desembarcaron en Ceuta con toda felicidad; pero habiéndose aumentado los agudos dolores de la apostema de Fernando con la agitacion del viaje, se vió precisado á postrarse en cama con manifiesto peligro de su vida.

Salió Enrique de Ceuta en el 9 de setiembre con cinco mil solda-

dos, dejando dos mil para la custodia de la plaza; y entrando Fernando en las galeras, mejorado alguna cosa, llegaron ambos por mar y por tierra á Tanger. Hallábase el Santo cuando desembarco con tan agudos dolores, que apenas podia mantenerse sobre el caballo; pero á pesar de aquella indisposicion, capaz de rendir á otro ánimo menos valiente que el suyo, corrió por todo el ejército animando á los Cristianos á que peleasen valerosamente contra los enemigos de la fe. Acometieron con efecto á los moros, y sin embargo que el número de estos era tan excesivo, salieron los portugueses victoriosos en el primer combate, en el que se apoderaron de muchos despojos, que dejaron los africanos en el campo. Dióles el triunfo mayor ánimo, y volviendo á continuar la guerra, se hallaron con la novedad que venia contra ellos el rey de Fez y su general Lazaraquio con seiscientos mil combatientes, que juntaron de toda la Mauritania. Viendo los portugueses esta desigualdad, retrocedieron á sus campamentos, dispuestos á resistir el ímpetu de tanta multitud de enemigos; y habiendo sostenido el ataque por espacio de seis horas, los rechazaron valerosamente, distinguiéndose sobre todos Fernando no obstante la debilidad de fuerzas.

Continuaron los moros sus ataques, y viéndose ya los portugueses reducidos al corto número de tres mil soldados, imposibilitados á resistir por mas tiempo á tanta multitud de enemigos, enviaron sus embajadores á los moros, prometiéndoles á Ceuta, con la condicion de permitirles volver á sus galeras sin que les causasen molestia alguna; pero creyendo los bárbaros conseguir una completa victoria, prendieron á los emisarios, y volvieron con mayor coraje á continuar la guerra. Defendiéronse animosamente los Cristianos, infundiéndoles el Señor fortaleza para que no triunfasen los enemigos; y viendo los africanos frustradas sus intenciones, convinieron con la proposicion de los portugueses, fiados en que á su retirada á las galeras los derrotarian enteramente. Pidieron en rehenes á uno de los infantes hasta la entrega de Ceuta, y ofrecieron ellos de su parte dar á los Cristianos para la seguridad que apetecian al hijo primogénito de Zalambezala, señor de Melilla y Tanger.

No dudaba Fernando los innumerables trabajos a que se exponia entre una gente infiel y bárbara por naturaleza; mas como siempre estaba dispuesto á sacrificar la vida por los suyos, se entregó voluntariamente en el dia 16 de octubre del año 1437 con algunos principales portugueses, su médico, y su confesor, Fr. Gil Gonzalez, que le acompañaron. Era ya oscurecido cuando llegó á Tanger la ilustre

comitiva, y como los moros no habian cumplido su oferta, se mantuvo el Infante á la puerta de la ciudad sin querer entrar en ella, hasta que entregasen á los Cristianos al primogénito de Zalambezala, al que recibió D. Rodrigo Gomez de Silva. Partió este á embarcarse con los demás portugueses; pero faltando los moros á su palabra, los acometieron de improviso, y dieron muerte á cincuenta ó á sesenta soldados contra la seguridad prometida. Dispuso Zalambezala transportar al Infante á Melilla, con firme resolucion de retenerlo allí hasta que se concluyese el negocio de su rescate; y habiéndose mantenido Fernando en aquella fortaleza por espacio de siete meses, padeció gravísimas enfermedades acompañadas de intensísimos dolores; pero no por eso dejó de rezar todos los dias las horas canónicas y demás devociones que tenia de costumbre, y de ocuparse en obras de caridad para con los pobres cautivos, á los cuales suministraba todo lo necesario.

Instaba Zalambezala al Infante para que escribiese á su hermano Eduardo, rey de Portugal, sobre la entrega de Ceuta, todo con el fin de recuperar á su hijo dado en rehenes; pero como los africanos habian faltado á la condicion estipulada de no ofender á los Cristianos al regreso de las galeras, se resistian los portugueses á entregar la plaza, aunque trataban eficazmente de la libertad de Fernando á costa de cuantas sumas quisiesen los árabes. Viendo Zalambezala que le retardaba la entrega, y que se tomaban otros medios sobre el rescate del Infante, resolvió enviarlo al rey de Fez como soberano de toda la Mauritania; y considerando Fernando que aquel bárbaro era el mas cruel del mundo, instó á sus hermanos para que no dilatasen valerse de todos cuantos medios fuesen posibles para salvarlo.

Envió con efecto Zalambezala al Infante con su comitiva á Fez, y en el dilatado camino de treinta leguas que dista Melilla de aquella ciudad, padeció inmensos trabajos é innumerables desprecios de los africanos. Pusiéronlos en unas casas fortísimas donde se labraban varias obras reales, y hallándose en aquella fábrica dos cautivos portugueses, les manifestaron la oscura mazmorra y las pesadas cadenas que les tenian preparadas los moros; añadiéndoles que habian oido decir, que estaba determinado cortar á cada uno una mano y un pié, cuya infausta nueva fue la primera que tuvieron los desgraciados huéspedes. Dilataron los moros aprisionarlos hasta que pasase la Pascua que estaba próxima, y concluida esta festividad, en la que satisfacen los bárbaros sus brutales apetitos, encerraron al Infante en un lóbrego calabozo, cargando sobre su delicado cuerpo una disfor-

me cadena; y fiando su custodia á un bárbaro llamado Lazaraquio, el mas inhumano de todos los mortales, ejecutó con Fernando indecibles crueldades por espacio de cinco meses. Pasados estos sin tener efecto los mas eficaces medios que se tomaron sobre su rescate, hizo Lazaraquio desnudar al Infante de todos sus vestidos, y sacándole con los suyos de la prision amarrados á una cadena, les obligaba á cavar en los huertos del rey desde por la mañana hasta el oscurecer. Sufrió Fernando por mucho tiempo aquellos trabajos con tanta paciencia y con tal serenidad, que sirvió de admiracion hasta á los mismos infieles; pero agregándose á esta pena la infausta noticia de la muerte de su hermano Eduardo, fue tan vehemente el sentimiento que concibió su afligido corazon, que tuvo necesidad de toda su virtud para resignarse.

Sucedió á Eduardo en el reino de Portugal su hermano Pedro, quien no menos solícito que el difunto en procurar la libertad de Fernando, tuvo el desconsuelo de ver frustradas todas sus diligencias; las cuales no produjeron otro efecto que el de aumentar los trabajos, las injurias, las burlas, y los desprecios del Infante, que en el conjunto de tantas penas no tenia otro consuelo que el que le suministraban sus compañeros en la dura prision á que les redujo Lazaraquio; sin permitirles que saliesen de ella ni aun para las precisas necesidades. Pero no satisfecho aquel bárbaro con tan inhumanos tratamientos, mandó poner á Fernando separado de los suyos en una oscura mazmorra sumamente estrecha, sin ventana alguna, ni lumbrera donde se vió precisado á tener encendida una lamparilla por el dia y por la noche, leyendo á la luz artificial en cierto libro en que estaban escritas muchas piadosas meditaciones; y orando de continuo con ambas rodillas puestas en tierra, derramaba tanta abundancia de lágrimas que le hicieron en el rostro una canal por donde corrian. En este abandono discurrieron los suyos, para hablar á Fernando, el arbitrio de abrir un agujero en la pared que mediaba entre el calabozo y el palacio arruinado, donde trabajaban por órden de Lazaraquio, en el cual ponian un ladrillo para que no se conociese. Esta comunicacion, que era la única que dilataba el corazon del Infante, era el conducto por donde con frecuencia decia á sus amados compañeros: *Perdonadme por amor de Dios, puesto que por mi causa padeceis tantas molestias. Sabed, amigos, que os tengo en lugar de hijos, y que mi mayor gusto seria acompañaros en los trabajos sin alguna distincion, lo que preferiria al reino de Portugal: testigo es Dios que no miento. Solo por tres cosas quisiera vivir: la primera, para premiaros como mere-*

ceis; la segunda, para animar á los Cristianos á destruir estas bárbaras regiones, no por venganza de lo que padezco, pues cuanto hacen conmigo los moros lo recibo como ministros de mi salvacion; y la tercera, para persuadir á mis hermanos que librasen á los pobres cautivos, lo que yo haria mejor que otro alguno, habiendo sido testigo de las miserias que padecen.

Quiso en fin Dios premiar los trabajos de su fidelísimo siervo, y después de seis años del mas duro cautiverio, comenzó á padecer en el dia 1.° de junio del año 1443 una desenfrenada diarrea, que le puso en un sumo desfallecimiento. Dieron los guardas noticia de la novedad á Lazaraquio, y desentendiéndose el bárbaro de suministrarle los remedios necesarios, solo permitió que entrase al calabozo el confesor del Infante, que solo tenia facultad para hacerlo una vez á la semana, ó de quince á quince dias. Díjole á este Fernando (con la prevencion de que no lo revelase) lo siguiente: *Dos horas antes de amanecer estando considerando las miserias de esta vida y la felicidad de la eterna, comencé á sentir en mi corazon un gran consuelo y un deseo ardoroso de salir de este mundo. Fijé los ojos en la pared, y ví á una Señora sentada en un alto trono entre celestiales resplandores; conocí al instante que era la Vírgen santísima, y postrándome de rodillas, como pude, á su presencia, oí á uno de los de la comitiva, que por las señas era san Miguel, que la decia: Yo os ruego, Señora, que os compadezcais de este vuestro siervo: ved cuánto tiempo hace que padece, y que pide á vuestro querido Hijo que ponga término á sus miserias; por él intercedo, pues es mi especial devoto. Después hizo las mismas súplicas otro que sin duda fue san Juan Bautista, y en seguida ví á la Señora que me miraba con benignos ojos, con lo que desapareció inmediatamente.* Concluido este relato, hizo confesion general bañado en tierno llanto, y habiéndole aplicado el confesor la indulgencia plenaria concedida para el artículo de la muerte, se volvió al lado opuesto, y murió tranquilamente en el dia 5 de junio del año 1443, á los cuarenta y uno de su edad.

Supo Lazaraquio la muerte del Infante, y aunque no hizo aprecio alguno de la noticia, con todo quiso Dios que su infame lengua fuese panegirista de los elogios del difunto, diciendo á presencia de todos: *Si entre los perros cristianos hay algo de bueno, sin duda lo tuvo este que acaba de morir, el que si fuese moro, merecia tenerse por Santo. Sé que jamás mintió, ni de su boca se le oyeron nunca palabras de falsedad: cuantas veces envié exploradores para que viesen lo que hacia, siempre le encontraron en oracion, y ciertamente los de su nacion come-*

heron un grande pecado en dejarlo morir así; pero á pesar de esta confesion continuó sus crueldades con el venerable cadáver. Mandó á unos cautivos cristianos que le arrancasen los intestinos y las entrañas, y no satisfecho con una accion tan enorme, hizo que colgasen el venerable cuerpo por los piés en el muro de la ciudad, para que fuese el objeto de la burla y del desprecio de los africanos. Allí se mantuvo algun tiempo, hasta que cansados los bárbaros de insultar al ilustre Mártir, dieron permiso á los cautivos para que lo depositasen en la misma muralla dentro de una caja de madera.

No tardó el cielo en vengar las injusticias hechas al siervo de Dios por el impío Lazaraquio, pues queriendo este apoderarse de un pueblo llamado Gracelov, perteneciente á un moro principal, fue muerto alevosamente. Tambien quiso Dios manifestar la gloria del insigne Mártir con repetidos milagros, por cuya razon se tuvo en grande veneracion hasta de los mismos infieles; pero como no era justo que estuviesen las venerables reliquias en poder de los bárbaros, dispuso el Señor que se hiciese su traslacion á Portugal por medios extraordinarios, para que brillase en el acto su adorable Providencia. Tenia el rey de Fez un sobrino de recomendables prendas, y temiendo que por ser tan amado de los moros pudieran estos elevarle al imperio de Mauritania, comenzó á tratarle severamente. Quiso el jóven vengarse de las injurias que le causaba su tio, no dándole causa para ello; y creyendo que el mayor sentimiento que podia originarle era robar el cuerpo de san Fernando, se valió de dos cautivos cristianos, para que hiciesen el piadoso robo en una noche tenebrosa. Ejecutáronlo así, y transfiriéndolo á Melilla, que ya estaba en poder de los Cristianos, fue recibido por estos con las demostraciones de la mayor alegría. De allí lo condujo á Portugal el mismo sobrino del rey de Fez con los dos cautivos que intervinieron en una accion tan laudable; y habiendo llegado con toda felicidad al puerto de Lisboa, salió el Rey con toda la nobleza á recibir el precioso tesoro, llevándolo en solemne procesion por todas las calles y plazas de la ciudad, que se adornaron ricamente, hasta la iglesia catedral. Hiciéronse fiestas y regocijos públicos por la recuperacion de las santas reliquias del siervo de Dios; y concluidas estas, se trasladaron con majestuoso acompañamiento al monasterio de Nuestra Señora de la Victoria, de religiosos Dominicos, distante cuatro leguas de Lisboa; en el que el rey D. Juan I de Portugal hizo labrar una magnífica capilla con una suntuosa bóveda, para que en ella se enterrasen los reyes, los príncipes y los infantes de su real familia. Depositóse con efecto el venerable

cadáver de san Fernando en la real capilla, donde ya estaban sus intestinos y sus entrañas, traidas anteriormente por D. Juan Álvarez y D. Juan Ruiz, que estuvieron cautivos con el mismo Infante, y es tenido en grande veneracion, y se le tributa el culto como á ilustre Mártir, dignándose el Señor obrar muchos prodigios por la intercesion de su siervo.

SAN SANCHO, MÁRTIR.

Dos dias después que padeció el monje san Isaac, un ilustre mancebo llamado Sancho, discípulo de san Eulogio, dió la vida gloriosamente por la misma causa. Era natural de Albi ó de Albs, pueblo de la primera Aquitania, de aquella parte de Francia que llamaron los romanos Galia Comata, ó del Cabello largo, por el uso de traerlo así sus moradores. Hicieron los africanos, dueños de cási toda España, una de sus acostumbradas correrías por aquella region; y entre los muchos cautivos que llevaron á Córdoba fue uno Sancho, profesor de la religion de Jesucristo. Consiguió este dentro de poco tiempo su libertad, y fue admitido en el palacio del Rey entre otros ilustres jóvenes, que se habilitaban al mismo tiempo que servian al soberano en el ejercicio militar, para estar diestros en el uso de las armas en los casos de urgente necesidad; cuyo género de soldados se llamaban donceles, y se mantenian del erario público.

La dichosa suerte que cupo á Sancho no alteró en lo mas mínimo sus piadosos sentimientos; porque como juntaba á la gravedad de sus costumbres madurez de juicio y solidez de entendimento, descubrió sin dificultad los lazos que iba armando el mundo á su inocencia. Hicieron poca impresion en su corazon los atractivos de una brillante fortuna, y pusieron inútilmente su virtud en la mayor prueba todas aquellas prosperidades terrenas, que pudieran tentar á otro espíritu menos desengañado que el suyo, pues no aspiraba á los honoríficos empleos que solicitan con ansia los cortesanos, ni á las grandes apariencias de prosperidad de que tanto se paga el siglo. Estos dictámenes, tan conformes á la religion que profesaba, hicieron que no se manchase con los vicios regulares en palacio; y aunque en él se cometian toda clase de excesos, con todo la vanidad, la lisonja, ni la ambicion no hallaron entrada en el pecho de Sancho, ni menos la liviandad, tan autorizada entre los que servian á un bárbaro, con quien tenian mas privanza los mas obscenos.

Entregóse á la enseñanza de san Eulogio, del que se hacia sensible el suave olor de sus eminentes virtudes en todas sus palabras y

en todas sus acciones; é instruido por tan célebre maestro en todas las verdades esenciales de nuestra santa Religion, y en el heroismo con que se acreditan, deseaba Sancho con vivas ansias que se le presentase ocasion oportuna de dar al mundo pruebas públicas de la firmeza de su fe, abonada con la pureza de sus costumbres. No nos dice san Eulogio el motivo que obligó al ilustre jóven para hacer la pública confesion de la Religion que profesaba; pero es lo cierto que la ejecutó renunciando con admirable desinterés el sueldo y gajes reales.

Delataron los moros á sus jueces á Sancho porque maldecia á Mahoma; y sintiendo estos el atrevimiento del valeroso jóven, en desprecio de su profeta, le reconvinieron con las muchas obligaciones que tenia para con el Rey, dándole en rostro con la nota, de ser aquellos ingratos procedimientos los que le inspiraba su ley. Hirió á Sancho la reconvencion; no por la parte que afeaba el hecho de darse á conocer por cristiano, sino por las ofensas que hacian los árabes á la religion de Jesucristo, creyendo que enseñaba á sus profesores á ser ingratos; y queriendo defenderla de esta sospecha, les dijo: Mi ley es tan justificada, que enseña á obedecer á los príncipes del mundo, aunque sean infieles, en lo que es justo, como que toda potestad bien ordenada proviene de Dios: si me redarguyérais de esta inobediencia yo mismo culparia mi procedimiento; pero estoy satisfecho que no he faltado en lo mas mínimo en esta parte. Las mercedes y los favores que el Rey me ha dispensado las he remunerado sirviéndole con lealtad como buen criado y como fiel vasallo; pero si os parece que el no obedecerle en punto de religion es ingratitud, sabed que en órden á esto debo mayor respeto á Dios que á vuestro soberano; pues sus preceptos están muy ajenos de la justicia, y aun de lo que dicta la luz de la razon. Profesad vosotros la secta de vuestro profeta, indigno de este nombre por sus execrables vicios y enormísimos errores, pues yo creo en el verdadero Dios, cuya santa ley confieso sin estimar en comparacion de ella la libertad, la gracia del Rey, sus premios, ni mi propia vida. En este supuesto haced lo que os parezca, porque no habrá felicidad ni desgracia que baste para entibiar el firme propósito que tengo de sostener la verdad á costa de mi sangre.

En vista de esta confesion determinaron los magistrados privar á Sancho del sueldo y de los gajes reales, creyendo que reducirian por necesidad al que no pudieron con las mal compaginadas reconvenciones; pero el ilustre jóven despreció con admirable desinterés una

pena tan tenue, estimándola como anticipadas arras del martirio que esperaba. No se tardó mucho tiempo en lograr esta dicha; pues viendo los magistrados el ningun efecto que habia producido su providencia, persuadiéndose que cuantas tomaran, aunque fuesen del mayor rigor, serian inútiles para rendir á un hombre de aquel carácter, le sentenciaron á muerte. Sacáronle los ministros de la audiencia para el lugar del suplicio, y en cumplimiento de la injusta determinacion lo degollaron en el dia 5 de junio del año de 851. No satisfechos los bárbaros con aquel castigo, pusieron el venerable cadáver de Sancho en un palo á la vista de la ciudad, junto al de san Isaac, los cuales juntamente con los de san Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías, que fueron dos dias despues sacrificados al furor de los mahometanos, ya medio podridos los quemaron el dia 11 de junio, y echaron sus cenizas en el rio Guadalquivir; lo que hicieron con la perversa intencion de que los Cristianos no les tributasen la veneracion que acostumbraban á las reliquias de los Mártires. El año de 1613 el Dr. Gerónimo Gonzalez, canónigo penitenciario de Jaen, dotó una solemne fiesta á san Sancho, que se celebra anualmente en aquella iglesia.

La Misa es del comun de Mártir y Pontífice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Bonifacii martyris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tu bienaventurado mártir y pontífice Bonifacio; concédenos que tambien nos regocijemos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pe-

consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quae operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

ro ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud: ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, tambien hay muchos consuelos; estos se hallan aun en lo mismo que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulacion. Verdaderamente es digno de admiracion que muchos no acierten á concebir como puede hacerse exquisitamente dulce lo mas amargo y mas áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gusto en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Sin duda es menester, ó un motivo muy poderoso, ó un atractivo muy fuerte para exponerse á los riesgos de una batalla, de una brecha, ó de un asalto; para padecer las incomodidades que son inevitables en un ejército; trabajos insufribles, marchas fatigosas, puntualidad excesiva, obediencia sin réplica, falta total de todo, rigores de la estacion, inquietudes, enfados, desazones, continuas obligaciones del oficio. No se padece tanto ni con mucho en el servicio de nuestro buen Dios. Con todo eso, aquellas personas delicadas a quienes un solo dia de ayuno que manda la santa Iglesia las asusta, el nombre solo de penitencia las espanta; esas mismas delicadísimas personas, esos hijos únicos de las casas hallan singular gusto en el ejército, y muchas veces sin esperanza de otra recompensa que la inútil memoria de haber padecido tanto; y ¿no se creerá que los verdaderos siervos de Dios gusten un verdadero, pero delicadísimo placer en el ejercicio mismo de la penitencia; aquellos á quienes el mismo Dios consuela en medio de las tribulaciones; aquellos á quienes fortalece y sostiene en sus mayores trabajos; aquellos que están se-

guros de que no se perderá ni uno solo de sus cabellos; aquellos, en fin, á quienes Dios tiene prometida una bienaventuranza sin fin, una recompensa eterna? De este fondo de consuelo nace en ellos aquella igualdad inalterable, aquella imperturbable tranquilidad, aquella interior alegría, que ningun humano sentimiento puede desazonar, y que absolutamente ignoran los mundanos. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavía se quiere persuadir que solo es penoso el camino de la perfeccion, la vida ajustada, y el ejercicio de la virtud. ¡Insigne extravagancia! De donde es preciso concluir, que así como en el mundo solo se sustenta la imaginacion de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, no hay que admirar que reinen en él el desórden y el error.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque, ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios, para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy léjos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuánto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nuestra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que desciende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado Evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon, quiere que voluntariamente se le entregue; válese ya de promesas, ya de amenazas, porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo así, para hacernos conocer cuánto nos ama, cuánto desea nuestra eterna felicidad. ¿Hubiérase podido jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso obró Dios esta maravilla, y siendo tan grande, todavía le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. Cuesta nuestra alma todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios. A mucho menor precio pudo comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma: ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra salvacion, haciendo todo lo que hizo; ¿y nos parecerá á nosotros que hacemos demasiado por ella? Pero ¿quién podrá jamás hacer demasiado para salvarse? ¿Qué interés tiene Dios en que nos salvemos? Y con todo eso, ¿pudiera hacer mas aunque tuviese el mayor? Y nosotros (qué te parece) ¿tendrémos algun interés en salvarnos? Pero ¿podemos hacer menos?

En este mismo punto hay en el infierno millones de millones de almas rabiosas y desesperadas por no haber hecho lo que todavía puedo hacer yo; y yo mismo rabiaré, y me desesperaré con ellas si no lo hubiere hecho. ¿Qué otro motivo es menester para trabajar en es-

to incesantemente y sin intermision? Todos queremos levantar la gran fábrica de nuestra salvacion, sin echar la cuenta del coste que nos ha de tener. ¡Oh, qué imprudencia! San Bonifacio y todos los demás Santos, ¿no hicieron mas que lo que hacemos nosotros para salvarse? ¿Estarian hoy en el cielo si no hubiesen hecho mas? ¡Mi Dios! ¡qué materia esta para grandes reflexiones!

Punto segundo. — Considera que todas las cosas nos son motivo para trabajar en nuestra salvacion; todas nos persuaden que debemos trabajar en ella incesantemente, sin descanso y sin levantar la mano de la labor. La multitud de los estorbos, la frecuencia de los peligros, la inconstancia de nuestro corazon, la ligereza de nuestro ánimo, la velocidad del tiempo, el corto número de nuestros dias, la brevedad de la vida; todo nos clama, todo nos predica que no tenemos negocio mas importante que el de la salvacion; que ninguno pide mas aplicacion ni mas celo, y ninguno sufre menos dilacion.

Hemos dilatado hasta ahora el atender á este negocio: confesamos que nada ó cási nada hemos trabajado en él, no obstante los grandes motivos que hemos tenido para hacerlo, y en medio de que muchas veces lo hemos resuelto. Pero excusamos nuestra cobardía con varios pretextos, y la mayor de todas las razones es, que nunca hemos tenido voluntad eficaz. Mientras tanto pasáronse los dias de nuestra vida: aquellos dias que Dios nos dió para trabajar en nuestra salvacion; aquellos dias contados. Ya estoy tocando la sepultura con la mano; va declinando el dia; acércanse las sombras de la noche; de aquella noche en que ya nada se puede hacer. ¡Y sin embargo, todavía dilato el trabajar en mi salvacion!

Gracias á Dios aun nos hallamos en estado de poder trabajar. Estamos seguros de que este es el tiempo, y de que Dios nos brinda ahora con su gracia para hacerlo; la prueba son estas mismas reflexiones que hacemos y este mismo dictámen que formamos; ¿quién nos ha dicho que no sea este aquel importante momento de que pende nuestra salvacion? Estoy seguro de que con el auxilio de la divina gracia puedo al presente asegurar mi salvacion eterna por medio de una sincera conversion; tengo grande motivo, por lo menos para dudar, que si ahora no me convierto, no me hallaré en estado de convertirme jamás. ¡Y tengo valor para diferirlo ni por un solo momento!

Por lo menos estimemos nuestra alma tanto como el demonio la estima. Seria justo que hiciésemos tanto empeño para salvarnos, co-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

mo hace el demonio para perdernos. Es, sin duda, vergonzosa esta comparacion. Sin embargo, es mucha verdad que el demonio aprecia mucho mas nuestra alma, que lo que nosotros la apreciamos. No obstante de ser tan orgulloso y tan soberbio, se abate á las mas bajas, á las mas indecentes acciones solo por perder un alma; y por mas tiempo que esta le resista, no por eso se da por vencido, ni se cansa, ni desiste, ni aun se acobarda. ¡Cuán alerta está para tentarnos! ¡cuán diestro en aprovechar las menores ocasiones de perdernos! ¡Mi Dios, será posible que hemos de aprender del demonio la estimacion que debemos hacer de nuestra alma! ¡y será posible que un cristiano necesite hacer esta reflexion para encontrar motivos que le muevan á trabajar seriamente en el negocio de su salvacion eterna!

¡Señor, si será esto porque Vos no hicísteis todavía bastante para salvarme, y porque fuese menester buscar razones en otra parte para formar una justa idea de lo que vale mi alma! Avergüénzome solo de pensarlo. Señor, vuestra gracia, porque estoy muy resuelto á no dilatar ni un solo instante mi sincera conversion.

Jaculatorias.—No, Señor, no desampararé el propósito que hago de trabajar continuamente en mi salvacion. (*Job*, xxvii).

Comencé, Señor, desde hoy á guardar vuestra divina ley con fidelidad; no me confundais, y dadme el don de la perseverancia. (*Psalmus* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Poca razon, y aun poca religion es menester para convenir fácilmente en la importancia de la salvacion, en los poderosos motivos que tenemos para trabajar en ella sin dilacion, y en la insigne locura de los que dilatan este espinoso negocio para la hora de la muerte. Pero ¿de qué servirá esta confesion? Después que tú mismo has condenado así tu insensibilidad en el punto de la salvacion; ¿qué fruto has sacado de todas las reflexiones que has hecho sobre tus desórdenes pasados, sobre el dictámen que formas al presente, y sobre los justos temores que te sobresaltan acerca de tu futuro destino? ¿Es posible que siempre te has de contentar con desaprobar tu conducta sin pasar á reformarla? Comienza desde hoy á poner manos á la obra. Convencido ya del inestimable precio de tu alma, por lo mucho que ha costado, nada digas, nada hagas, nada emprendas, sin considerar primero si será ó no será en perjuicio suyo. Admirado de lo que hizo el Redentor del mundo por tu eterna salvacion, determina des-

de la mañana lo que has de hacer tú por ella en aquel dia. Dices que no tienes tiempo para meditar, ni sabes tener oracion: pase; pero sábete que habrás hecho una excelente meditacion, ó á lo menos lograrás el fruto de la mas perfecta oracion, si á la mañana determinas en particular lo que has de hacer en aquel dia para merecer el cielo. Este ejercicio es excelente.

2 Los propósitos generales, por lo comun, de nada ó de poco sirven; en órden á los actos de virtud se ha de descender á cosas particulares. Determina, pues, ciertas acciones, ciertas obras, ciertos ejercicios espirituales, que hayas de hacer puramente por el motivo de tu salvacion; v. gr. una confesion, una comunion extraordinaria; visitar los enfermos en los hospitales, alguna limosna á pobres vergonzantes, una visita de atencion; algun obsequio á aquella persona ó personas de quienes estás quejoso ú ofendido, que no son tus amigos; una visita al santísimo Sacramento y otros semejantes.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

San Norberto, obispo de Magdeburgo, fundador del Órden de los Premonstratenses. *(Véase su vida en este dia).*

San Felipe, uno de los siete primeros diáconos, en Cesarea de Palestina; el cual esclarecido en milagros y prodigios convirtió á la fe católica á los samaritanos, bautizó al eunuco de Candaces, reina de Etiopía, y finalmente murió en Cesarea, en donde fue sepultado juntamente con tres hijas suyas vírgenes, que tuvieron el don de profecía; la cuarta murió en Éfeso llena del Espíritu Santo.

San Artemio, con su mujer Cándida, y su hija Paulina, en Roma. Este Artemio, movido por la predicacion y milagros de san Pedro el Exorcista, creyó en Jesucristo, y bautizado con toda su familia por san Marcelino, presbítero, por sentencia del juez Sereno fue azotado con cordeles emplomados, y por último degollado. Á su mujer y su hija llevaron á empellones á una gruta, y allí las hundieron con piedras y escombros.

Veinte santos Mártires, en Tarso de Cilicia; los cuales en tiempo de Diocleciano y Maximiano, siendo juez Simplicio, padecieron diversos tormentos, glorificando á Dios en sus cuerpos.

Los santos mártires Amancio, Alejandro y sus compañeros, en Noyon de Francia.

San Alejandro, obispo y martir, en Fiesoli de Toscana. *(Habiendo trabado estrecha amistad con Atario, rey de los longobardos, convirtióle á él y toda su familia á la religion cristiana, familia que luego prestó importantes servicios á la Iglesia. Murió ahogado en un rio cerca de Bolonia, donde le arrojaron los enemigos de la Religion cuando iba á desempeñar una mision del rey Atario, el año* 841).

San Eustorgio II, obispo y confesor, en Milan.
San Juan, obispo, en Verona.
San Claudio, obispo, en Besanzon de Francia.

SAN NORBERTO, ARZOBISPO Y CONFESOR.

San Norberto, nobilísimo fruto de una de las mas ilustres casas de Alemania, fue hijo de Heriberto, conde de Genepp, emparentado con los emperadores, y de Hadvigis, ó Harvigis, descendiente de los duques de Lorena; nació el año de 1080 en el corto pueblo de Santen, del ducado de Cleves; y poco antes de nacer tuvo su madre un misterioso sueño, por el cual comprendió, que lo que traia en el vientre seria con el tiempo una de las mas brillantes antorchas de la santa Iglesia.

No correspondieron á esta esperanza los primeros años de la juventud de Norberto. Viéndose rico, bien dispuesto, lleno de espíritu, con un genio apacible, sociable, y acompañado todo de cierto aire tan noble como gracioso, siendo además de eso de humor desembarazado y festivo, se dió enteramente al mundo y á todos sus pasatiempos. Era Norberto como el alma de todas las diversiones y de todas las funciones de la corte. Pero esta inclinacion á divertirse no le sirvió de estorbo para dedicarse á los estudios; y como fue uno de los mas sobresalientes ingenios de su siglo, en poco tiempo hizo grandes progresos en todas las ciencias. Fue provisto en él un canonicato de la iglesia de Santen, y empeñado ya en el estado eclesiástico, se ordenó de epístola; pero con resolucion de no pasar de aquel grado para vivir con alguna mayor libertad. Representábale el obispo que deshonraba el estado con su desarreglada vida, y que para reformarse le convendria mucho recibir los demás sagrados órdenes; pero se hacia sordo á sus paternales amonestaciones, mirando con horror el diaconato y el sacerdocio, como lo hacen hoy no pocos, que con sobrescrito de respeto, huyen de estos dos sagrados órdenes, considerándolos poderoso freno de la licenciosa vida á que quieren entregarse.

Después de haber brillado en la corte de Federico, arzobispo de Colonia, quiso lucirlo con el mismo fausto y con la misma ostentacion en la del emperador Enrique, deudo suyo; y apenas se dejó ver en ella cuando se llevó las atenciones de todos por su esplendor, discrecion y bizarría. Hízole el Emperador su limosnero mayor, y después le nombró para el obispado de Cambray; pero no quiso aceptarle, no por virtud, sino por no mudar de vida. Mas el Señor, que

tenia destinado á Norberto para vaso de eleccion. le abatió en medio de la carrera.

Caminaba un dia á caballo á un lugarcito de la Westfalia llamado Freten, seguido de un solo lacayo suyo. El cielo estaba sereno, y encapotándose de repente, se levantó una furiosa tempestad de relámpagos y truenos. Deliberaron amo y criado sobre si pasarian adelante ó volverian atrás, cuando cayó un rayo á los piés del caballo de Norberto, que abriendo un boqueron en la tierra, derribó al jinete, y medio le sepultó. Cási una hora estuvo Norberto sin sentido, hasta que volviendo, en fin, en sí, se levantó, hincóse de rodillas, y elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó como otro Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Parecióle que le respondian interiormente: *Que dejes el mal y hagas el bien.* Resuelto á mudar de vida, retrocedió el camino, retiróse á Santen, y sin meter ruido se contentó por entonces con huir de todo pecado, y con traer un áspero cilicio debajo del vestido regular.

Poco después se retiró al monasterio de Sigisberto, que gobernaba el abad Canon, obispo que fue de Ratisbona, y este oportuno retiro perfeccionó su conversion. Instruido ya en los caminos del Señor, resolvió romper enteramente con el mundo; y sabiendo que celebraba órdenes el arzobispo de Colonia, pasó allá, echóse á sus piés, y le suplicó que le admitiese en la matrícula de los ordenandos. Gustosamente sorprendido el Arzobispo, viendo que le pedia con instancia aquello mismo que habia rehusado cuando voluntariamente se lo habian ofrecido, le prometió que le ordenaria de diácono: *No basta eso, señor*, respondió Norberto, *es menester que en el mismo dia me ordeneis tambien de sacerdote.* Aun mucho mas admirado el Arzobispo, le preguntó el motivo de aquélla prisa. A esto solo respondió con sus lágrimas; arrojóse á sus piés, suplicóle le oyese de penitencia, manifestóle todos sus desórdenes, pidió la absolucion, y rogóle que luego le confiriese el sacerdocio. Enternecido el Prelado, y atendiendo mas á las santas disposiciones de su penitente que á las de los sagrados cánones, creyó buenamente que podia darle aquel consuelo.

Llegado el dia de las órdenes, los demás ordenandos se presentaron en la iglesia revestidos de albas como es costumbre, y Norberto se dejó ver en ella con el vestido mas rico que tenia. Llevóle el sacristan el traje correspondiente, y llamando á un lacayo, se despojó de las galas seculares, vistióse una sotana hecha de pieles de oveja, y se la ciñó con una grosera cuerda; espectáculo que enterneció á todos los circunstantes, siendo pocos los que á vista de él pudieron con-

tener las lágrimas. Retiróse el nuevo sacerdote á la abadía de Sigisberto, donde se dispuso con cuarenta dias de retiro y de asperísima penitencia para celebrar la primera misa.

A instancia de su cabildo la celebró en la iglesia de Santen. Comunicóse á los asistentes la visible devocion del nuevo sacerdote; pero quedaron aturdidos, cuando acabado el Evangelio le vieron subir al púlpito, y predicar con tanta elocuencia y con tanto celo sobre la vanidad del mundo, sobre la brevedad de la vida, sobre la santidad del estado eclesiástico, sobre sus indispensables y muchas obligaciones, que se deshacia en lágrimas todo el concurso. Hubo cabildo al dia siguiente, y preguntado acerca de algunos puntos de la regla, habló con tanto espíritu, con tanta energía y con tanta mocion contra los abusos que se habian introducido, y contra las licenciosas costumbres de los eclesiásticos, que acabó de rendir con este discurso á los que ya estaban muy movidos con el antecedente. Es verdad que no fue universal el fruto, porque no á todos agradó aquella libertad apostólica; y temiendo tener en Norberto un continuo censor de sus desórdenes, tanto con sus palabras, como con sus ejemplos, hicieron cuanto pudieron para librarse de él. Cargáronle de injurias, insultáronle muchas veces, calumniáronle, y le acusaron al Papa, tratándole de hipócrita y de novador, que con el especioso pretexto de reforma, tiraba á introducir peligrosas novedades.

Por lo que tocaba á las injurias y á los ultrajes nada tuvo que hacer en tolerarlos, no solo con paciencia sino con alegría, porque era lo que él mas deseaba; pero le pareció que no debia sufrir le tuviesen por sospechoso en la fe. Confundió la calumnia en el concilio de Frizlar, que se celebró en presencia de un legado apostólico: y encendido en mayor celo de la salvacion de las almas, y en mas vivo deseo de su propia perfeccion, renunció en manos del arzobispo de Colonia todos los beneficios eclesiásticos que poseia, y eran muy pingües; vendió todos sus bienes y todos sus muebles, sin reservarse mas que los ornamentos para decir misa con decencia, y todo el producto lo repartió luego entre los pobres.

Quedólo él mas que los mismos á quienes acababa de hacer aquella limosna, y partió á pié y descalzo á buscar al papa Gelasio II, que estaba en San Gil de Langüedoc, acompañado de dos solos láicos, que se habian hecho sus discípulos. Postróse á los piés de Su Santidad, hizo con él una confesion general, absolvióle de sus culpas, y tambien de la irregularidad en que pudo haber incurrido por haberse ordenado en un mismo dia de diácono y de presbítero, contra lo dis-

puesto por los sagrados cánones; y bien informado el sumo Pontífice, así de la nobleza como del mérito personal de su penitente, prendado por otra parte de su sabiduría, de su virtud y de su celo, quiso tenerle en su corte; pero el Santo le suplicó humildemente se dignase permitirle seguir su vocacion, que era ir á predicar penitencia por todas partes con sus sermones y con sus ejemplos; y edificado el Papa de tan santa resolucion, le dió su bendicion con amplia facultad para predicar el Evangelio por todo el mundo.

No bastó para detener ni un solo punto al nuevo misionero el riguroso frio del invierno. Corrió con sus dos compañeros el Langüedoc, la Guyena, el Poitou, el Orleanés, predicando en todas partes con maravilloso fruto, sin admitir el menor alivio ni reparo contra los rigores de la estacion, caminando con los piés descalzos, y ayunando todos los dias; de suerte, que su misma vida predicaba penitencia.

Al pasar por Orleans encontró con un subdiácono, que animado del mismo celo se juntó á él, y con este nuevo refuerzo pasó al condado de Hainaut, y entrando en Valenciennes el sábado antes del domingo de Ramos, predicó este dia al pueblo con tanto fruto, que hizo todo cuanto pudo para detenerle; y con efecto, habiendo caido mortalmente enfermos sus tres compañeros, se vió precisado á hacer mansion en aquella ciudad por muchos dias. Con esta ocasion vió á Boncardo, obispo de Cambray, que habia venido á Valenciennes. Como este Prelado le habia conocido en la corte del Emperador, y se le habia dado el obispado porque Noberto no le quiso admitir, se enterneció mucho cuando le vió en aquel estado de penitencia, abrazóle estrechamente, y le miró con veneracion. Admirado un familiar del Obispo, llamado Hugo, de aquel recibimiento tan tierno como respetuoso, se informó de quién era aquel extranjero; y noticioso de su calidad, de sus circunstancias y de sus talentos, se hizo compañero suyo, y fue el mas célebre de todos sus discípulos. Los otros tres compañeros enfermos murieron todos cási en un mismo dia; y concluidas sus exequias partió Norberto de Valenciennes con el nuevo discípulo Hugo, para predicar, como lo hizo, en todas las ciudades, pueblos y aldeas del condado de Hainaut, del país de Lieja, y del Brabante, obrando en todas partes portentosas conversiones.

Teniendo noticia de que Calixto II, sucesor de Gelasio, habia convocado un concilio en Reims en que habia de presidir el mismo Papa, partió allá con su compañero Hugo, para suplicar al sumo Pontífice que confirmase su mision, y le diese facultad para escoger operarios

que le acompañasen en sus expediciones apostólicas. Halló los ánimos muy prevenidos en su favor, recibiéndole el Pontífice con grandes demostraciones de afecto y de estimacion, y no siendo menores las que le dieron todos los demás prelados. Bartolomé, obispo de Laon, admirado de su eminente santidad, suplicó al Papa se le concediese para reformar una abadía de su obispado; y condescendiendo el Pontífice, fueron tantos los estorbos que le salieron al encuentro en aquella reforma, que muy en breve se libró de la tal comision; pero no pudiendo el buen Obispo resolverse á permitir á Norberto que saliese de su obispado, le propuso que dentro de él escogiese el sitio que mejor le pareciese para edificar un monasterio, donde podria criar muchos discípulos de su mano, y si lo juzgase conveniente, prescribirle reglas particulares que formasen un nuevo Instituto. Pareció bien al Santo la proposicion; y habiendo examinado varios parajes, hizo alto en un valle muy desierto y muy estéril, llamado Premonstrato, en el bosque de Conci, donde halló una capilla medio arruinada, que pertenecia á la abadía de San Vicente de Laon. Pasó en ella la noche, y viniendo el Obispo á buscarle el dia siguiente: Este es, señor, le dijo el Santo, el lugar que Dios nos tiene señalado, en el cual se han de santificar muchos con su divina gracia. Esta noche se me representó una multitud de hombres vestidos de blanco con cruces, candeleros é incensarios en las manos, que iban en procesion cantando alabanzas á Dios por todo este contorno. Consiguióle el Obispo la posesion de aquel sitio, y partiendo Norberto hasta el Brabante en busca de compañeros, juntó trece, con los que volvió á Premonstrato, dándoles á todos el hábito blanco, disponiéndoles unas constituciones llenas del Espíritu Santo, y fundando aquel nuevo Instituto de canónicos reglares, tan fecundo en nombres ilustres y religiosos insignes, que después de seiscientos años conservan la disciplina regular en todo su vigor, y edifican la Iglesia con sus grandes ejemplos.

Tuvo principio el Orden Premonstratense el año de 1121; y en poco tiempo vió el santo Fundador mas de ochocientos religiosos y ocho abadías célebres de su Órden. La santa vida que en él se profesaba, las grandes penitencias que se hacian, la exactísima observancia que en todas partes reinaba, con el superior concepto que se merecia la elevada santidad de Norberto, autorizándola Dios cada dia con portentosos milagros, todo era motivo para que concurriese multitud de ilustres pretendientes, deseosos de abrazar el nuevo Instituto, y para que las ciudades y los prelados conspirasen como á porfía á fundar muchos monasterios. Hízose célebre el de Floref, cerca

de Namur, por haberse retirado á él el conde Godefrido tomando el hábito de lego; pero ninguno mas famoso ni mas glorioso para nuestro Santo que el de San Miguel de Amberes.

Aprovechándose de la ignorancia y de la disolucion que reinaba en esta ciudad un miserable hereje, llamado Tankelino, habia sembrado en ella sus errores con tan desgraciada felicidad, que contaba mas de tres mil sectarios. Desterró de ella el uso de los Sacramentos, particularmente el de la sagrada Eucaristía, siendo fruto de su perversa doctrina el desprecio de todas las leyes, la abolicion del culto de la santísima Vírgen y de los Santos, con el público y general abandono á las mayores torpezas; y aunque no estaba ya en el mundo este infame hereje, por haber perdido violentamente la vida el año de 1115, después de haber cometido mil abominaciones, no dejaba de tener muchos discípulos infatuados en sus detestables máximas, los cuales inficionaban todo el país. Pareció á todos los buenos que el remedio mas eficaz y mas pronto para atajar tanto mal, era llamar al santo Abad de Premonstrato. Acudió prontamente, acompañado de algunos discípulos suyos, y predicó con tanta eficacia, con tanto acierto y con tanta mocion, que en breve tiempo hizo volver al camino de la verdad y de la justicia á los que se habian desviado de él, y se vió mudado todo el semblante de la ciudad. Quedaron tan asombrados y tan movidos de esta maravilla los canónigos de San Miguel, que cedieron su misma iglesia á san Norberto para que fundase en ella un convento de su religion, y ellos se retiraron á la iglesia de Santa María, que es el dia de hoy la catedral.

Aun no estaba aprobado el nuevo Instituto sino por los legados del papa Calixto II, y san Norberto pasó á Roma para que le confirmase Honorio II, que á la sazon ocupaba la Silla de san Pedro. Recibiole el Pontífice con la ternura y con la estimacion que se merecen los Santos, y confirmó con grandes elogios su religion por una bula expedida en 16 de febrero de 1126.

Al volver de Roma tuvo precision de pasar por Alemania, y encontrando la corte imperial en Wurtzburgo, ciudad de la Franconia, fue recibido con gran veneracion del emperador Lotario, que tuvo devocion de oir su misa el dia de Pascua, y al acabarla dió vista á una mujer ciega; milagro que hizo tanta impresion en tres caballeros jóvenes hermanos y muy ricos, que arrojándose á sus piés, le pidieron los recibiese en su Órden, donde se consagraron á Dios, y fundaron de su hacienda un monasterio cerca de Wurtzburgo.

Luego que Norberto se restituyó á Premonstrato tuvo el consuelo

de que voluntariamente se sujetase á su santa regla la abadía de San Martin de Laon, que pocos años antes no habia querido admitir la reforma, y lo mismo hizo la de Valsery. Comenzaba en su amada soledad á disfrutar la dulzura del sosiego y del reposo, cuando el conde de Champaña le rogó quisiese acompañarle en un viaje á Alemania; y llegando á Espira, donde estaba el Emperador, se encontró con los discípulos de Magdeburg, que venian á pedir obispo para aquella iglesia, y todos de unánime consentimiento pusieron los ojos en el Abad de Premonstrato, eleccion que fue aplaudida de toda la corte; y sin dar oidos á su resistencia ni á sus razones, le pusieron guardas de vista, hasta que fue consagrado y conducido á Magdeburg, sin permitirle que volviese á su monasterio. Fue universal el gozo de todo el clero y de todo el pueblo, excediendo mucho á todas las esperanzas las bendiciones que derramó el cielo sobre sus ovejas por los méritos del santo pastor. En nada alteró su método de vida la nueva dignidad, y aunque se vio elevado á una de las mas respetables sillas episcopales de Alemania, siempre se conservó igualmente pobre, igualmente humilde, igualmente mortificado. Tenia muy debilitada la fe la licencia de las costumbres; pero nuestro Santo, armado de la palabra de Dios, y mucho mas de los ejemplos de su virtud, combatió el vicio y el error con todas sus fuerzas, reformó el clero, corrigió los abusos, y consiguió que volviese á florecer la Religion y la piedad en todo el obispado, no contribuyendo poco á estos felices sucesos su afabilidad, su caridad y su penitente vida. En breve tiempo comunicó á su rebaño aquella tierna devocion á la santísima Vírgen, que él la habia profesado siempre cási desde la cuna; pero en ninguna cosa se hizo mas visible su celo que en procurar se rindiese al santísimo Sacramento del altar el culto y veneracion que se le debia. Fue tan notoria su devocion y su amor al augusto Sacramento, que después de su muerte se le pintó con un viril en la mano, como en prueba de haber sido esta su devocion sobresaliente.

Siendo tan general la corrupcion de las costumbres, y siendo tan vivo y tan ardiente el celo del santo Prelado, era preciso que le suscitase muchos enemigos. No pocas veces determinaron asesinarle, y otras tantas tuvo el consuelo de ver convertidos á los asesinos. No perdonaron á medio alguno para aburrirle, para calumniarle y para perderle; pero rebatió estas violencias con las invencibles armas de su mansedumbre, de su caridad y de su paciencia. Trataba los enfermos frenéticos como verdadero médico; y si tal vez se veia precisado á usar de severidad en su correccion contra los hijos rebeldes, lo ha-

cia con entrañas de amoroso padre, lleno de ternura con ellos; y desarmando de esta manera con la virtud y con el sufrimiento á sus enemigos, cesó la tempestad; de cuya calma se aprovechó para hacer sus visitas pastorales con fruto jamás oido y con general satisfaccion.

Pero ni los cuidados ni el gobierno de su iglesia le servian de estorbo para atender tambien á las necesidades de su Órden. Dispuso que en su lugar fuese nombrado por abad general de la religion Hugo, el primero de sus discípulos. Habiendo asistido al concilio de Reims, en que Inocencio II fue reconocido por verdadero Papa, y condenado el antipapa Anacleto, hizo un viaje á Roma, donde trabajó eficazmente para acabar de extinguir las centellas del cisma; y restituido á su iglesia, le postró en la cama una enfermedad que al cabo de cuatro meses le quitó la vida, muriendo con la muerte de los Santos el dia 6 de junio de 1134, de edad de cincuenta y tres años, al octavo de su obispado, y al décimocuarto de la fundacion de su Religion. Mantúvose el santo cuerpo nueve dias sin enterrarse y sin la menor señal de corrupcion, manifestando el Señor por este tiempo la gloria de su siervo con grandes maravillas. Habiéndose apoderado los Luteranos de la ciudad de Magdeburg, el emperador Fernando II hizo trasladar sus reliquias en el año de 1627 á la ciudad de Praga en Bohemia.

La Misa es del comun de Confesor pontífice, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Norbertum confessorem tuum atque pontificem verbi tui praeconem eximium effecisti, et per eum Ecclesiam tuam nova prole foecundasti; praesta, quaesumus: ut ejusdem suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que hiciste tan excelente predicador de tu divina palabra al bienaventurado Norberto, tu confesor y pontífice, y por su medio te dignaste aumentar tu santa Iglesia con una nueva familia; concédenos por sus merecimientos, que practiquemos lo que nos enseñó tanto con su ejemplo como con sus palabras. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *y* XLV *del Eclesiástico.*

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes,

illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Colmóle de felicidad y de gloria para que ejerciese con dignidad todas las funciones de su ministerio, cantase las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo la gloria de su santo nombre, y ofreciese á Dios incienso digno de su grandeza y majestad. Este es un resúmen de las funciones que corresponden al ministerio sagrado, y de las disposiciones con que se deben ejercitar; pureza de costumbres, celo de religion, dignidad en el culto, fervor en la oracion, puntualidad en las obligaciones, y devocion en todo. No eleva Dios los ministros á la sublime dignidad del sacerdocio, sino para ser dignamente honrado por ellos. En cierta manera debe el sacerdote disputar á los Ángeles la inocencia y el fervor en el servicio de Dios; siendo iguales en el oficio de cantar las alabanzas del Señor, ¡cuál debe ser su modestia, su respeto y su devocion! ¡cuánto su amor y su celo!

Ni la Religion tiene cosa mas santa, ni el mismo Dios puede hacer cosa mas grande y mas respetable que el sacrificio de la misa. Institucion enteramente divina, oblacion santa, víctima de precio infinito, sacrificio del adorable cuerpo y sangre de un hombre Dios, pontífice igual y consustancial á él; ¿puede imaginarse cosa mas divina ni mas digna de nuestro culto? pues todo esto se halla en este divino misterio. No solo es el sacrificio de la misa el acto mas perfecto de nuestra Religion, sino el milagro de ella por excelencia; es como un compendio de toda ella. Esto es ese sacrificio que ofrecen los sacerdotes.

Pues ¡cuál debe ser la fe, cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de esos ministros del Altísimo! ¡de esos mediadores visibles entre Dios y los hombres! ¡de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad reverencian las potencias de la tierra, y cuyo sagrado

carácter respetan hasta los mismos Ángeles del cielo! ¿Podrán llegarse al altar sin sentirse preocupados de un santo y respetuoso temor? ¿podrán sostener en sus manos aquella hostia viva sin experimentar en sus corazones los efectos maravillosos de su adorable presencia? Sale Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte esparciendo rayos de su inflamado semblante; y ¿podrá salir un sacerdote del altar sin sentir nuevo fervor, sin devocion mas encendida, sin conocidas mejoras en la virtud? ¿podrá llegarse al altar con el corazon lleno de mundo? y ¿podrá retirarse de él con una fe amortiguada y con una casi moribunda caridad? ¿Se evitan en el dia de hoy aquellos justísimos cargos que hacia el Señor á los indignos sacerdotes, porque no se acercaban al altar? y ¿será legítima excusa para no ejercer el ministerio la falta de devocion? ¿Por ventura nos hizo Dios sacerdotes para que nos desviásemos del santo sacrificio? ¿Será buena disculpa para no acercarnos al altar el que las costumbres nos confundan con el pueblo? Impónenos una gravísima obligacion el sagrado carácter: es gran delito no ser uno aquello que debe ser; cuanto mas elevada es la dignidad, mas visibles se hacen los defectos; ninguna cosa puede dispensar á los ministros del altar en la eminente santidad á que les obliga su mismo carácter; raro defecto suyo dejará de ser escandaloso, y ninguno que no sea muy particularmente ofensivo de aquel Dios que los escogió por ministros suyos, y que por esta misma eleccion los distinguió del resto de los demás hombres.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque ta-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas: y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros

lenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

No hay condenado que no esté persuadido que se condenó porque quiso condenarse.

Punto primero. —Considera cuál será la rabia y la desesperacion de un condenado por toda la eternidad, considerando que la condenacion fue obra de sus manos. Si se condenó fue puramente por culpa suya; si se condenó fue porque así lo quiso él; si se condenó fue porque no le dió la gana de corresponder á la Gracia. Habia hecho Jesucristo todo el coste para su salvacion; no le excluyó este divino Salvador del beneficio de la redencion; nació, vivió en el mundo, padeció y murió por él como por todos; mereciólo y le dió tambien todos los auxilios suficientes para hacerse santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles; pero es de indecible dolor para los condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdicion; si no hubiera muerto por ellos; si les hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse; no por eso seria menos desdichada su suerte, ni su desgracia menos infinita; pero entonces toda su rabia y todo su furor se convertiria contra Dios, que solamente los habia criado para perderlos. Pero ¡cuánto será el furor, cuánta la rabia que tendrán contra sí mismos, conociendo que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel Juez fue un salvador que dió su sangre por todas ellas; que aquel Criador fue un amorosísimo padre que no negó á sus hijos ni la mas mínima parte de los bienes que les debia: que estos se los puso en las manos luego que

á ellos los colocó en este mundo; que ni uno solo de ellos dejó de recibir algun caudal, con órden de negociar con él su eterna salvacion, la cual solo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa! Condenáronse porque no quisieron oir la voz de aquel buen Pastor; saliéronse del redil, y no quisieron volver al aprisco. No fue culpa del pastor si el lobo despedazó las ovejas.

¿Qué motivo tuvieron para abandonar la casa del mejor padre, y para no querer vivir sujetos á sus suavísimas leyes? ¿puede haber mayor extravagancia que cansarse de una vida uniforme y arreglada? Sacúdese el yugo de la ley; quiérese vivir con libertad y sin dependencia; no se admite mas regla que la de las pasiones y de los deseos. No quiere Dios violentarnos, ó porque no gusta de servicios forzosos, ó porque respeta, digámoslo así, la libertad que dió al hombre. Aléjase muy luego este pródigo de la casa de su buen padre; encuentra presto su desgracia y su perdicion en su misma libertad. No hay condenado que no hubiese sido artífice de su reprobacion. ¡Mi Dios, qué dolor, qué desesperacion la de haber trabajado uno en su propia ruina, y deberse á sí mismo su condenacion eterna!

Punto segundo. — Considera que no hay Santo en el cielo que no conozca, y no esté plenamente convencido de que solo debe su salvacion á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Cuáles serán los afectos de amor y de agradecimiento á este divino Salvador! ¡cuánto su agradecimiento á su divina gracia! En el infierno ningun condenado hay que no palpe, que no esté igualmente convencido de que jamás se la negó á él el mismo Salvador; que él fue quien por su propia malicia no quiso seguir aquella saludable inspiracion, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le habia de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Cuáles serán los movimientos de cólera, de indignacion y despecho que tendrá contra sí mismo!

Aquel rico que se condenó por toda la eternidad, estará conociendo que en su mano tuvo rescatar sus pecados con sus limosnas; que se le proporcionaron grandes medios; que se le dieron muchos auxilios; que no le faltó la gracia, y solo le faltó la buena voluntad.

Aquella doncella, aquella dama infeliz jamás olvidará en el infierno todo lo que hizo Dios para salvarla; las piadosas máximas en que la imbuyeron desde su infancia; la cristiana educacion que logró; las fuertes inspiraciones que sintió; las obligaciones con que nació; los contratiempos, las enfermedades, los disgustos, todo lo disponia la

divina Providencia para que no se perdiese: condenóse porque se quiso condenar, y de esto estará siempre bien persuadida.

Aquella persona consagrada al Señor por los votos mas solemnes, si tiene la desgracia de ser precipitada en los abismos, eternamente conocerá que la hubiera costado mucho menos tener una vida ajustada, uniforme, regular en el estado eclesiástico ó religioso, que la aseglarada y aun escandalosa que trajo; verá que por sus propias manos se fabricó su condenacion; que para perderse fue menester obstinarse, endurecerse, armarse muy de propósito contra las excitaciones de la divina gracia, y resistirse con empeño á los remordimientos de la conciencia; vendarse los ojos con estudio, ó cerrarlos muy de intento á los rayos de su misma razon. ¡Ó Dios, un eclesiástico, un religioso, un sacerdote que se condenan! ¡qué dolor, que rabia, qué desesperacion será la suya!

Considera á un hombre que muy de intento pone fuego á su casa por un rapto de locura, ó por un ímpetu de cólera, ó por un exceso de borrachera. ¡Qué dolor será el suyo, cuando sosegada la cólera y disipada la embriaguez, ve á sangre fria que por sus mismas manos redujo á cenizas su propia casa, y en ellas se consumieron sus muebles, sus bienes, sus paneras, sus provisiones, y todo cuanto tenia en este mundo! Cuando hace reflexion que se ve reducido á mendigar solo porque quiso; que perdió por su antojo las conveniencias que tenia, y pudiendo vivir rico y acomodado, se halla infeliz y miserable por mero capricho suyo; ¡qué desesperacion será la de este insensato, cuando considere su necedad! pues considera ¡cuál será la de un infeliz condenado cuando piense (y lo estará pensando quiera ó no quiera por toda la eternidad) que se condenó porque quiso condenarse!

¡Mi Dios! pues me dais tiempo para prevenir esta desesperacion, dadme gracia para evitar esta pérdida. No, Dios mio, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á perderlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo. Salvadme, Señor, por vuestra divina gracia.

Jaculatorias.—Conozco, Señor, mis maldades; abomínolas, detéstolas, y nunca dejaré de echarme la culpa de ellas. (*Psalm.* L).

Señor, aun cuando nos castigais con el mayor rigor, sois justo, y nosotros nos debemos llenar de confusion; porque si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos. (*Dan.* IX).

PROPÓSITOS.

1 Ser un hombre infeliz por alguna inevitable fatalidad, triste cosa es; pero al fin no puede atribuirse á sí mismo la culpa de su desgracia, y le resta el consuelo de quejarse contra quien fue la causa de ella; pero ser supremamente desdichado, eternamente desdichado, y serlo porque él mismo lo quiso ser; comprende, si puedes, el cruel dolor de este suplicio. Mas ya si á lo menos se pudiera desviar de la imaginacion este pensamiento en el infierno; si pudiera persuadirse un condenado que con efecto le faltó la gracia necesaria para salvarse, y que no murió por todos Jesucristo, que no pudo obrar de otra manera: pero no puede ser, porque en el infierno no hay herejes; allí se conoce, se ve, se palpa que la reprobacion fue obra nuestra; sábese que se pudo no hacer resistencia á la gracia; confiésase que no faltó la necesaria para poderse salvar; pero que faltó la voluntad arrastrada del atractivo del deleite; que la pasion quedó victoriosa, porque el corazon fué de inteligencia con la pasion. ¡Ah, y qué de otra manera se viviria, si se rumiara frecuentemente esta verdad! Piensa continuamente en ella, y cuando fuere mas viva la tentacion, cuando sientas que la pasion está mas encendida y mas violenta, pregúntate á tí mismo: ¿Yo me quiero condenar? Pues doyme este gusto; pero cuidado, que el fruto de él ha de ser mi eterna condenacion. ¿Determínome libremente á pecar? Pues acepto la sentencia de ser eternamente condenado.

2 Considera todo pecado mortal como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobacion; como un instrumento auténtico que te asegura la posesion de tu eterna infelicidad. ¡Cuántas piadosas industrias usaron los Santos para que esta verdad se les hiciese mas sensible! Unos, cuando les apretaba la tentacion, escribian estas palabras: *Si consiento en este pecado, consiento en ser condenado.* Otros, aplicando la mano ó los dedos á la llama, se preguntaban á sí mismos: *¿Cómo podré habitar por toda la eternidad en medio de los ardores sempiternos?* Muchos en fin se familiarizaban con este pensamiento y con esta importantísima verdad: *Si me salvo, será obra de mi Señor Jesucristo; si me condeno, será obra de mis manos.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de san Pablo, obispo de Constantinopla en la misma ciudad; el cual por confesar la fe católica fue muchas veces depuesto de su silla por los Arrianos, y restituido á ella por el papa san Julio, por último el emperador Constancio, arriano, lo desterró á Cucusa, pequeña villa de Capadocia, en donde cruelmente martirizado por los mismos Arrianos, voló al reino celestial: su cuerpo fue trasladado con gran magnificencia á Constantinopla imperando Teodosio. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Licarion, mártir, en Egipto; el cual despues de haberle descarnado y azotado con varas de hierro ardiendo, y padecido otros muy crueles tormentos, por último consumó el martirio habiéndole degollado.

Los santos mártires Pedro, presbítero, Walabonso, diácono, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías, monjes, en Córdoba de España. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Roberto, abad, del Órden del Cister, en Inglaterra.

SAN PABLO, OBISPO Y MÁRTIR.

Fue san Pablo uno de los mas esclarecidos confesores de la divinidad de Jesucristo, y nació en Tesalónica de Macedonia hácia el principio del cuarto siglo. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios; y habiéndole dotado el mismo Señor de excelente ingenio, de una índole apacible y de costumbres muy inocentes, en breve tiempo hizo maravillosos progresos en las letras humanas y divinas: pero singularmente en la importante ciencia de la salvacion.

Fue enviado á Constantinopla, siendo patriarca de aquella ciudad san Metrófanes, y desde luego se hizo admirar en ella su ingenio, su elocuencia y su eminente virtud; de suerte, que admitido en el cuerpo de la clerecía, fue nombrado por secretario del presbítero Alejandro, señalado por san Metrófanes para asistir en su nombre al célebre concilio de Nicea, y con esta ocasion es probable que estrechó con san Atanasio la fina amistad que los unió toda la vida. En ella conocieron tambien los Arrianos que tenian en nuestro Santo uno de los mas formidables enemigos de su secta, y desde entonces comenzaron á perseguirle como á tal. El año 318 sucedió san Alejandro á san Metrófanes; y conociendo el singular mérito y la elevada virtud de Pablo, le ordenó de presbítero, y le encargó el cuidado de distribuir al pueblo el pan de la divina palabra.

Desempeñó tan felizmente este sagrado ministerio, que en breve tiempo mudó de semblante la ciudad de Constantinopla inficionada

ya de muchas herejías, y desacreditada con la licencia de las costumbres. Predicando tanto con sus ejemplos como con sus palabras, y no menos poderoso con sus virtudes que elocuente en sus discursos, hizo triunfar la fe, florecer la piedad, y desde entonces se declaró infatigable azote del arrianismo. Pocas horas antes de espirar san Alejandro protestó á su clero, que no hallaba sujeto mas digno de sucederle que el santo presbítero Pablo, cuya capacidad y virtud podian suplir la falta de los años, y que no debian atender á la resistencia que haria, sin duda, su humildad. Por mas artificios que usaron los Arrianos para que la eleccion recayese en Macedonio, pudieron mas los Católicos, y fue Pablo electo y consagrado en la basílica de la Paz con universal aplauso de clero y pueblo.

Tenia Macedonio tanta ambicion por aquella dignidad, como pocos deseos de ella nuestro Santo, y no perdonó á diligencia alguna para desacreditarle, procurando manchar su reputacion con las mas feas calumnias; pero viendo el ningun fruto de sus malignos esfuerzos, y que no podia su malicia disminuir el concepto que se tenia de su virtud y de la pureza de su fe, afectó mucho arrepentimiento, y se fué á echar á los piés del nuevo Obispo, que le recibió con ternura; y juzgándole sinceramente convertido, le confirió los órdenes sagrados hasta elevarle á la dignidad de sacerdote.

En medio de eso, aunque no tenia fundamento ni verisimilitud la acusacion, como era una tela que habian urdido los Arrianos, no la dejaron olvidar. Era como el jefe de esta secta Eusebio de Nicomedia, cuya ambicion mal satisfecha todavía con esta silla, adonde ascendió dejando la de Berito, jugaba todas las máquinas que podia mover para subir á la de Constantinopla, y le pareció que sosteniendo las acusaciones de Macedonio, tendria crédito y le sobrarian parciales para perder al santo Prelado. Siempre han costado poco á los herejes las mas atroces calumnias, y estando como sitiado de Eusebianos el emperador Constantino, llenaron de tantas sus imparciales oidos contra el patriarca Pablo, que le desterró al Ponto, pero sin permitir que se pasase á elegir otro en su lugar; y no volvió el Santo de su destierro, hasta que muerto el Emperador, salió el famoso decreto para que se restituyesen á sus iglesias todos los obispos desterrados.

Fácilmente se puede discurrir el gozo de las ovejas cuando vieron volver al santo Pastor. Resonaban los gritos de regocijo por toda la ciudad; y como no tenia otros enemigos que los que lo eran de la Religion, todos los Católicos le salieron á recibir, y le condujeron, co-

mo en triunfo, á su silla patriarcal. El primer sermon que predicó á su pueblo encendió en todos los estados el celo y el fervor, no acertando á admirar dignamente la mansedumbre, la paciencia y la caridad del santo Patriarca. No ignoraba los artífices de las groseras calumnias que le habian levantado; pero imitando fielmente á Jesucristo, jamás se le oyó una queja, ni se descuidó en una sola palabra que sonase á justificacion; ejemplo de moderacion que hizo grande fuerza en los ánimos, y obró portentosas conversiones.

Pero no duró mucho la calma; porque á la herejía nunca la desarma la virtud. Sucedió Constancio á su padre Constantino; y teniendo la desgracia de dejarse preocupar de los Arrianos, no bien llegó á Constantinopla, cuando dió muestras de su indignacion contra san Pablo; tanto, que irritado mas y mas cada dia por las sugestiones de los Eusebianos, que continuamente le cercaban, resolvió despojarle de su silla. Mandó que se juntasen todos los obispos que se hallaban en la corte, y todos estaban inficionados del arrianismo. Hubo poco que hacer en sustanciar la causa; y sin ser siquiera oido el santo Patriarca, fue depuesto como indigno del obispado, y colocado en su lugar Eusebio, el mismo que habia forjado ó manipulado las calumnias y las acusaciones contra él.

Dió nuevo lustre á su virtud la tranquilidad y la humilde alegría con que recibió este nuevo sonrojo; pero considerándose inútil á su pueblo y poco seguro en Constantinopla, como tambien en todo el Oriente donde reinaba el arrianismo, favorecido del emperador Constancio se retiró á los Estados de Constante. Noticioso del benigno recibimiento que este religioso Príncipe habia hecho á san Atanasio y á todos los demás obispos que habia arrojado del Oriente la persecucion de los Arrianos, pasó á buscarle á Tréveris, y fue recibido de él con grandes muestras de estimacion, de veneracion y de bondad, prometiéndole su imperial proteccion con su hermano Constancio. Era á la sazon obispo de Tréveris san Maximino, y conociendo el mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para que no experimentase las incomodidades del destierro.

Poco tiempo después partió para Roma, donde se hallaba tambien san Atanasio y algunos otros obispos orientales de los desterrados y perseguidos. Distinguióle mucho entre ellos el papa san Julio, cuyas particulares demostraciones de cariño y de estimacion acreditaron el especial concepto que hacia de su mérito y de su virtud. Convocó un concilio en Roma, donde fue examinada la causa de muchos obispos del Oriente perseguidos é injustamente despojados por los Arrianos,

á todos los cuales los restableció el Papa con su autoridad, mandándoles volver á sus iglesias.

Facilitó á nuestro Santo el restituirse á la suya la muerte del usurpador Eusebio, que sucedió el año de 341: libres ya los Católicos del intruso arriano, recibieron por la segunda vez á su santo Pastor como en nuevo triunfo; pero como el partido de los Arrianos no se habia enterrado con Eusebio, conducido por sus dos jefes Teognis de Nicea y Teodoro de Heraclea, ordenó al presbítero Macedonio, que se habia hecho arriano, y después se hizo heresiarca. Apoderóse de la silla patriarcal, acompañado de los sectarios, y quiso ser reconocido por obispo de Constantinopla. No pudieron sufrir los Católicos que el legítimo Pastor fuese arrojado de su silla tan injustamente, y se encendieron de manera, que paró la disputa en abierta sedicion y en una especie de guerra civil.

Hallábase el emperador Constancio en Antioquía, donde recibió la noticia del desórden; y prevenido siempre contra nuestro Santo en favor de los Arrianos, dió órden á Hermógenes, maestre de campo de la milicia que marchaba á Tracia, para que pasase por Constantinopla, y echase á Pablo de la ciudad. Fueron tantas las violencias que ejecutó aquel oficial con pretexto de su comision, que aumentó mas el incendio; tanto, que irritados el clero y el pueblo contra él, no bastó toda la elocuencia del santo Pastor para sosegarlos, ni pudo estorbar que tomasen las armas para defenderle. Creciendo el tumulto por la imprudencia de Hermógenes, le costó la vida, sin serle posible á san Pablo el retirarse. Noticioso el Emperador de lo que pasaba en Constantinopla, partió de Antioquía con resolucion de hacer un ejemplar castigo de todos los que resultasen cómplices en la sedicion: con todo eso, se dejó aplacar á ruegos del Senado, y á ninguno quitó la vida; pero descargó toda la cólera contra el santo Patriarca, a quien trató con la mayor indecencia, arrojándole de la ciudad.

Pero estaba la dificultad en poder salir, porque los Católicos guardaban las puertas dia y noche, protestando altamente que antes perderian todos la vida, que perder á su santo Obispo; mas el caritativo Pastor, porque no fuese maltratado su rebaño, á imitacion de otro Pablo, dispuso que secretamente le bajasen por la muralla dentro de una cesta, y con el mayor secreto que pudo se retiró á Tesalonica, lugar de su nacimiento. Cuando se supo en Constantinopla la fuga del santo Prelado, fue extrema la desolacion de todo el pueblo; y llegando el suceso á los oidos del emperador Constante, el año siguiente fue llamado, y por la tercera vez restituido á su iglesia.

Habia consentido Constancio en esta restitucion por fuerza y contra su voluntad, por lo que dió entera libertad á los Arrianos para que le persiguiesen cruelmente, y no cabe en la ponderacion lo que por espacio de cinco ó seis años le hicieron padecer aquellos enemigos de Jesucristo; insultos, calumnias, injurias, crueldades, á nada perdonaron. Siendo la faccion arriana la mas poderosa en Constantinopla, abrigada con la proteccion del Emperador, se vió el Santo expuesto á mil indignos tratamientos y á continuos peligros de la vida, sin otra defensa que el amor de su rebaño.

Habia mucho tiempo que los obispos perseguidos del Oriente clamaban por un concilio general; consiguiéronlo, en fin, y se celebró en Sárdica el año de 347. Hallóse en él san Atanasio; pero á san Pablo no le permitió concurrir el clero ni el pueblo de Constantinopla, temiendo alguna emboscada de sus enemigos en el camino. Depuso el concilio á Macedonio, y confirmó á san Pablo, dando solemne testimonio de su inocencia.

Comenzaba el santo Patriarca á gobernar su iglesia con alguna paz, cuando murió el emperador Constante el año de 350, y con esta ocasion volvió á excitarse la persecucion contra él. Libre ya Constancio del respeto y del miedo en que le tenia su hermano, y entregado enteramente á los Arrianos, mandó prender al Patriarca, y cargado de cadenas le envió primeramente á Singares en Mesopotamia, después á Emesa en Siria, y en fin, á Cucusa en los desiertos del monte Tauro, famosa desde entonces por el destierro de nuestro Santo, y después por el de san Juan Crisóstomo.

No es de admirar que los Arrianos hubiesen perseguido tan cruel y tan obstinadamente á san Pablo, estando en opinion del mas ilustre y mas ardiente defensor de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente del mas declarado y mas mortal enemigo de su secta. Por eso luego que le tuvieron en su poder determinaron deshacerse de él, y con este fin le encerraron en un calabozo muy estrecho y muy oscuro, sin darle de comer, con esperanza de que el hambre le quitase la vida; pero entrando á verle al cabo de seis dias, y encontrándole todavía vivo, le ahogaron con un cordel el dia 7 de enero del año 351. Así murió este glorioso defensor de la consustancialidad del Verbo, después de haber sido arrojado cuatro veces por los Arrianos de su silla patriarcal, y padecido los mas bárbaros tratamientos que pudo inventar el furor de los herejes, terminando su carrera, después de tan esforzados combates, por un ilustre martirio en el mismo lugar de su destierro. Diéronle sepultura en Cucusa, de donde

poco tiempo después fue elevado de la tierra su cuerpo con mucho honor, y conducido á Ancyra, de donde el año de 381 el gran Teodosio le hizo trasladar con pompa y con solemnidad á Constantinopla, conduciéndole como en triunfo, y colocándole en la iglesia de la Paz, que habia reedificado el impío Macedonio, enemigo y perseguidor de nuestro Santo. Asegúrase que andando el tiempo, en el año de 1226, fue llevado el santo cuerpo á Venecia, y depositado en la iglesia de San Lorenzo, donde es honrado y venerado con tanta devocion como concurso del pueblo.

LOS SANTOS MONJES PEDRO, WALABONSO, SABINIANO, WITRESMUNDO (Ó WISTREMUNDO), ABENCIO Y JEREMÍAS, MÁRTIRES DE CÓRDOBA.

En la sangrienta persecucion que suscitó contra los Cristianos el rey de los sarracenos Abderraman en Córdoba, capital de su reino en España, por los años de 851, entre otros ilustres Mártires que padecieron en ella por defensa de la fe de Jesucristo, se admiró el valor, fidelidad y constancia de Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio y Jeremías, que fueron víctimas del furor de los bárbaros cinco dias después que consumó san Isaac su sacrificio. No eran todos nacidos en el mismo lugar, ni tenian igual grado en la jerarquía de la Iglesia. San Eulogio, testigo ocular de sus triunfos, compañero después en el martirio, nos ha dado una relacion histórica de la naturaleza y hechos de estos gloriosos héroes.

Pedro sacerdote, dice, natural de Ecija, ciudad considerable en la Andalucía, en otro tiempo llamada Astigi; y Walabonso, diácono de Niebla, antiguamente Elepla en la misma provincia, habian venido en su juventud á Córdoba con el objeto de instruirse en las letras humanas y sagradas: el amor á la virtud, que ardia en el corazon de ambos, y el deseo de buscar asilo para conservar inviolable la inocencia, libres de los peligros del mundo, les hizo acudir á la escuela de un gran siervo de Dios, llamado Frugel, superior del monasterio de Santa María de Cateclara, pequeña poblacion situada al Occidente de Córdoba; y los fecundos talentos é incesante aplicacion en el estudio les dió á conocer bajo la direccion de tan insigne maestro la verdadera inteligencia de las santas Escrituras, y el mérito de las virtudes cristianas.

Sabiniano, natural de Froniano, lugar de la sierra de Córdoba, se habia consagrado á Dios en un monasterio de la diócesi, donde ha-

bia muchos años que observaba la vida austera, contemplativa y penitente de un perfecto religioso.

Wistremundo era un jóven de Écija, como el sacerdote Pedro, nuevamente profeso en la abadía de San Zoilo, de Armilata, Almelato, ó Guadalmelato, situada en las montañas desiertas al Septentrion de la misma Córdoba, donde se hallaba tambien Sabiniano retirado.

Abencio, natural de Córdoba, vivia dedicado enteramente al servicio del Señor en el monasterio de San Cristóbal, sito en la misma ciudad sobre la ribera del Guadalquivir, tan retirado del comercio de los hombres, que solo se dejaba ver por una ventana pequeña de los que iban á visitarle.

Jeremías era de la primera nobleza de Córdoba, casado con Isabel, mujer no menos ilustre, hermana de santa Columba. Desprendiéronse ambos de sus riquezas para fundar un monastario de hombres y mujeres que se llamaba Tabanense, distante de Córdoba dos leguas poco menos, donde Isabel fue abadesa, y Martin su hermano abad, y florecieron san Isaac, sobrino de Jeremías, y santa Fandila, y las santas Digna, Sabigoto y Columba. En este retiro se preparaba el anciano Jeremías con ayunos para dar la vida por Jesucristo.

Todos estos seis fortísimos y muy esclarecidos varones unidos en la voluntad y resolucion de dar la vida por Jesucristo, en un mismo dia á una misma hora se presentaron en Córdoba ante el tribunal, y á una voz dijeron al juez árabe: Tambien somos nosotros de la misma opinion, y sentimos lo mismo que nuestros hermanos Isaac y Sancho, á quienes por ello quitaste la vida. Ejecuta, pues, en los presentes la sentencia que en los pasados; y si mas quisieres, acrecienta cuanta fiereza pudieres en venganza de tu profeta; porque nosotros confesamos á Jesucristo verdadero Dios, y á vuestro profeta tenemos por un fanático impostor.

Estimó el juez árabe por el mayor atentado resolucion tan generosa; y advirtiendo en la santa comitiva que era una la voz, el alma y el objeto, hizo caer contra todos una misma sentencia de muerte, mandando que los decapitasen; pero irritado sobremanera contra el venerable anciano Jeremías, á causa de algunas expresiones que vertió llenas de fuego contra el falso profeta al tiempo de la confesion, quiso que antes que sufriese el último suplicio, despedazasen su cuerpo los verdugos con crueles azotes, en cuyo castigo murió gloriosamente. Conducidos los cinco al lugar de la ejecucion de tan injusta

providencia se iban alentando mutuamente á padecer por la defensa de la fe, mostrando en sus semblantes una alegría tan extraordinaria como si fuesen convidados á un gran festin. En fin fueron degollados en el dia 7 de junio del año 851, logrando por este medio la corona del martirio, por la que habian suspirado tanto tiempo. No satisfecho el furor de los bárbaros con este castigo, después que tuvieron sus venerables cuerpos atados á unos palos algunos dias, los quemaron, y arrojaron sus cenizas al rio para que no quedase á los fieles el consuelo de conservarlas.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion de san Pablo, obispo, la que sigue:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriae actionis gravat, beati Pauli martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat. Per Dominum nostrum Jesum Christum qui tecum vivit et regnat...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestras culpas, sostenednos por la intercesion de vuestro bienaventurado mártir y pontífice Pablo, mediante la de Nuestro Señor Jesucristo, que contigo vive y reina, etc.

La Epístola es del capítulo VIII *del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (Sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: aestimati sumus sicut oves occisionis). Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quae est in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada? (Como está escrito: Por tí cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo). Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesús Señor nuestro.

REFLEXIONES.

¿*Quién nos separará de la caridad de Cristo?* Todo aquello que fuere contra su santa ley; todo lo que se opusiere á su espíritu: todo lo que fuere contrario á sus preceptos: en una palabra, todo aquello

que extingue en nosotros la gracia y la caridad. *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* Demasiadas cosas son las que nos separan de él; una pasion, un vil interés, nuestro amor propio. ¿Disputa por largo tiempo el amor de Jesucristo la posesion de nuestro corazon al amor de las criaturas? ¿Serán muy difíciles de romper las amorosas prisiones que nos unen á nuestro dulcísimo Salvador? ¿están muy apretados estos amorosos lazos? ¿Habrá hoy muchas almas generosas que puedan desafiar á las tribulaciones, á las angustias, á las persecuciones, á la espada, á lo futuro, á lo presente, á la vida y á la muerte, para que prueben sus fuerzas, y vean si son capaces de desunirlas del amor de Jesucristo? Apágase al menor soplo de viento este sagrado fuego; el amor de Jesucristo cási es peregrino y extranjero entre los Cristianos; por lo menos es cierto que es muy raro; cualquiera otro amor va delante del amor de Dios. Ámase al mundo, ámase al propio interés, ámanse todos á sí mismos. Por tanto, en tratándose de satisfacer una pasion, todo se hace fácil. Por mas que sean muy penosos los servicios que pide el mundo, sus máximas pesadas y costosas, y se le tenga por un amo duro, ingrato y rígido; todo se traga, todo se tolera, á todo se sujetan los mundanos. ¿Por qué? Porque aman al mundo. Aunque sea menester trabajar, remar, sudar, consumirse, perder la salud por hacer fortuna, nada se consulta sino á la ambicion; no solo se sacrifica el gusto y la quietud, sino la misma vida. Cada cual se ama á sí mismo, y todo lo demás ha de ceder á este amor. Mas ¿qué se hace por nuestro Dios, por su amor y por su gloria? ¿Qué se piensa hacer? ¿qué se sacrifica? En esos ambiciosos proyectos, en esas vastas ideas, en esas empresas peligrosas, ¿se le consulta á Dios? ¿Camínase hácia ellas tomando por norte las luces de la fe? ¿Sirve de regla el Evangelio á todas esas medidas? ¿Cuéntase mucho con la salvacion y con la Religion para el gobierno de toda nuestra conducta? *¿Quién nos separará?* Pero qué, ¿estamos muy unidos á Jesucristo? Juzguémoslo por nuestra tibieza, por nuestra indevocion, por nuestras máximas, por nuestra cobardía en el servicio de Dios, por nuestro desacato en el templo, por nuestra irreverencia. Unidos á Jesucristo no lo estamos sino á nuestra sensualidad, á nuestros sentidos, á nuestras conveniencias, á nuestras inveteradas costumbres, de las cuales no nos han podido desviar todos los amorosos, todos los solícitos halagos de Jesucristo. *¿Quién nos separará del amor de Jesucristo?* ¡Ah! el dia de hoy se habia de preguntar por el contrario: *¿Qué cosa será capaz de obligarnos á amar á Jesucristo*, si la memoria de sus beneficios, si la consi-

deracion de su muerte, si el motivo de nuestra eterna salvacion, si los amables títulos de Criador, de Redentor, de Salvador y de Padre no son bastantes para unirnos inseparablemente al que es nuestro soberano bien? Hemos tenido la desdicha de estar separados del amor de Jesucristo durante el curso de nuestra desordenada vida. Pues la muerte separará á un infeliz condenado de este mismo amor por toda la eternidad. ¡Buen Dios, qué cruel, qué funesta separacion! ¡qué horrible! Pero esta es la desdichada suerte de todos los que mueren en vuestra desgracia.

El Evangelio es del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in coelis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envia la lluvia para los justos y para los injustos.

MEDITACION.

De la murmuracion.

Punto primero.—Considera que la murmuracion es uno de los pecados mas graves, y por consiguiente cuyo perdon sea quizá mas dificultoso. El amor del prójimo es como la base y el cimiento de nuestra Religion; por lo menos es la señal que caracteriza y distingue los discípulos de Jesucristo: *In hoc cognoscent omnes:* la señal, dice el mismo Salvador, por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amáreis los unos á los otros: *Hoc est praeceptum meum;* este es mi mandamiento: que recíprocamente os ameis, como yo os amo á todos. Pues ¿qué pecado hay mas opuesto á este grande mandamiento que el de la murmuracion ó maledicencia? No solo nace de un corazon avinagrado y ulcerado, sino que muerde al enemigo, y le despedaza. Ningun ladron hace robo mas sensible; ella quita al hombre lo mas precioso, lo mas estimado que tiene. Es la reputacion un bien que no se puede enajenar; es un tesoro inestimable; en rigor ella sola es nuestro propio privativo bien. Si una vez se pierde,

ninguna cosa puede resarcir esta pérdida. Pues contra este bien asesta sus tiros la murmuracion. ¡Cuántos hay en el mundo que no tienen otro! Húrtasele la maledicencia. Comprende, si puedes, la malicia de este pecado por la venganza que tomó Dios de Acab y de Jezabel, porque se apoderaron tiránicamente de la única viña que tenia el pobre Naboth.

La maledicencia á ninguno perdona. ¿Quién estará á cubierto de sus tiros? Lo mas respetable de la Iglesia y del Estado no está seguro de las dentelladas y de las envenenadas mordeduras de una lengua murmuradora y malhablada. ¡Qué brechas abre en la justicia, en la caridad y en la Religion! Basta una sola palabra para dejar manchada de por vida la inocencia mas pura. Dió aquel pobre un desgraciado tropiezo, que solo le supo Dios, el cómplice de su miseria, y algunos otros pocos tan cristianos como prudentes; borró luego con la penitencia este pecado; tiénele olvidado el mismo Dios; pero la murmuracion lo resucita. Opónese á la misericordia del mismo Dios; porque eterniza, y en cierta manera castiga lo que él perdona. Escoja Dios los mas fieles y mas celosos ministros suyos, envie sus héroes para convertir los pecadores; un golpe de lengua hace inútiles é infructuosos todos sus trabajos; frustra, por decirlo así, los mas ordinarios recursos de la divina Providencia. ¿No es la maledicencia la que apaga la caridad, la que rompe los mas estrechos lazos, la que siembra las mas mortales discordias, la que emponzoña las acciones mas inocentes, la que enciende los odios mas irreconciliables, la que tizna la reputacion mas brillante, la que desacredita la mas sólida virtud, y la que sofoca todas las prendas y todo el mérito de los sugetos mas recomendables? Vicio execrable á los ojos de los hombres, abominable á los de Dios, peste de las comunidades religiosas. No tiene la sociedad civil enemigo mas mortal. ¿Qué pecado llegará a su fea, á su negrísima malicia?

Punto segundo. — Considera que la murmuracion es pecado tanto mas grave, cuanto en cierta manera cási es irremisible por la moral imposibilidad de resarcir el daño que causa.

A los pecados mas enormes puede seguirse un arrepentimiento tan vivo, una contricion tan perfecta, que Dios, cuyas paternales entrañas están llenas de amor y de misericordia con los pecadores verdaderamente contritos, se los perdone todos: todos los absuelve una confesion sincera y dolorosa: en la maceracion de la carne, y en la mortificacion del cuerpo y del espíritu, unidas á los méritos de Nuestro

Señor Jesucristo, hay fondos para todas nuestras deudas, digámoslo así, personales; pero estos no alcanzan para satisfacer por la detraccion. Detesta en buen hora con horror este tu pecado; despedaza tu corazon con el mas vivo dolor de haberle cometido; confiesa tu culpa con la mayor sinceridad; castiga tu lengua murmuradora como merece su delito; todo es muy justo, todo muy loable, todo es de mucha importancia; pero todavía te resta una obligacion indispensable. Aquella persona inocente, cuya reputacion tan feamente manchaste, en cuyo honor echaste ese negro borron, te está pidiendo la restitucion de su crédito; y ni el mismo Dios te quiere perdonar ese pecado hasta que repares el enorme daño que causaste á tu hermano, hasta que borres y laves la mancha que estampaste en su asentada estimacion. Pero ¿eso te parece que será muy fácil?

Es la reputacion aquella buena opinion que los hombres tienen de la bondad, de la virtud y del mérito unos de otros; destrúyese esta buena opinion por la detraccion en el concepto de los que la oyen; ¿cómo podrá repararse? Es una luz que apagó la maledicencia; ¿cómo podrá volverse á encender? ¿Qué arte, qué industria bastará para desimpresionar á doscientas ó á trescientas personas de la mala opinion en que se puso al prójimo con ellas? ¿Cómo se hará deponer á toda una populosa ciudad el mal concepto que se la hizo formar, especialmente á vista de la inclinacion natural que se tiene siempre á creer todo lo malo? Y cuando fuese posible que el detractor arrepentido se desdijese públicamente, ¿restituirá á la inocencia, al mérito y á la virtud todo el lustre, todo aquel esplendor que las quitó? Por mas que se desdiga el detractor, el concepto de los demás no se muda tan fácilmente. Tanta verdad es que el daño que hace el murmurador es cási irreparable, y que por lo mismo es sumamente difícil el perdon de este pecado.

Sin embargo, es un pecado tan comun, que apenas hay otro mas ordinario, ni tampoco de que menos se arrepientan los hombres. Se murmura con tanta facilidad como se habla; sin esta salsa no tiene gusto la conversacion: se murmura por chanza, se murmura por cólera, se murmura por gracia, se murmura por costumbre, y falta poco para que se pretenda murmurar por acto de religion; tan comun como todo esto se ha hecho la detraccion. Es una especie de persecucion que el mundo tiene como declarada á la virtud; pocos Santos se libraron de ella: ella ejercitó bien la paciencia de san Pablo de Constantinopla. A nadie perdona la murmuracion; pero ¡cuál será en la eternidad la suerte de los murmuradores!

Dios mio, pues aquella recíproca caridad que tanto nos encomendais es un remedio tan poderoso contra la maledicencia, concededme, Señor, esta importantísima virtud. Ella me abrirá los ojos para que vea mis propias miserias, y me los cerrará para que no repare en las de mis hermanos; ó por lo menos ella sellará mis labios para que callen, ó no se abran sino para excusarlas.

JACULATORIAS.—Yo dije: de aquí adelante pondré gran cuidado en que no se deslice mi lengua. (*Psalm.* LXXXVIII).

Desviad, Señor, léjos de mí toda mentira y toda murmuracion. (*Prov.* XXX).

PROPÓSITOS.

1 Es la murmuracion un discurso injurioso y perjudicial al honor del prójimo. Todo lo altera, y todo lo desfigura. Erige voluntariamente un inicuo tribunal para juzgar las acciones y aun las intenciones ajenas, que con presuncion y con temeridad va á indagar hasta en lo mas escondido de los corazones. Nace siempre de cierta secreta envidia de la virtud, del mérito, de los talentos y de la estimacion de los otros; por eso tira á oscurecerlos, á ajarlos, á abatirlos, afectando despreciar aquello que nunca pueden llegar á merecer. Se puede decir sin exageracion, que la maledicencia se ha levantado el dia de hoy con todo el comercio del mundo; desmaya la conversacion, desfallece, cansa, se acaba luego, si no la alegra, si no la da espíritu, si no la sostiene la murmuracion. En medio de eso, nada es mas peligroso para la salvacion, nada se debe evitar mas, nada es mas digno de temerse: una gracia, una bufonada, una pulla, una agudeza, un chiste maligno presto se dice; pero ni la herida que abre es tan facil de curar, ni se puede fácilmente apagar el incendio que excita. ¡Mi Dios, cuántos y cuántas se han condenado solamente por la murmuracion! La malicia de este pecado, de su naturaleza siempre es grave; el daño que causa, punto menos que irreparable; considera si será fácil su perdon. Huye con el mayor horror de este pecado; imponte una ley, no solo de no decir jamas la menor cosa que aun levemente vulnere la caridad, ó manche la reputacion del prójimo, sino de excusar siempre aun las mas visibles faltas, nunca hablando de otros sino con grande estimacion. Si no puedes decir de él alguna cosa buena, calla y no hables palabra. Hay corazones tan malignos, genios tan naturalmente propensos á la mordacidad, que todo lo emponzoñan; míralos con horror, huye de su

trato, y está cierto de que la inclinacion y la costumbre de murmurar es una de las señales menos equívocas de reprobacion.

2 Hay muchos modos de murmurar. Murmúrase imputando falsamente algun delito á una persona inocente, y entonces es calumnia. Murmúrase dando por cierto lo que solamente se oyó por una voz vaga y dudosa; murmúrase descubriendo una falta verdadera, pero secreta; murmúrase comunicando á otro lo que á uno se le confió; murmúrase haciendo público un hecho que sabian pocos; murmúrase diciéndoselo en secreto á una sola persona, sin grave necesidad ó motivo que obligue á hacerlo: aun tratándose de cosas públicas se puede pecar refiriéndolas con exageracion, añadiendo ribetes y particularidades que no se sabian, y las hacen mas feas, ú omitiendo de estudio algunas circunstancias que disminuyen su torpeza. Tambien se pueden interpretar mal algunas acciones que son honestas en la apariencia; y entonces, ora sean con fundamento, ora sean sin él, nuestras sospechas, es detraccion el descubrirlas á otro. Hay murmuraciones habladoras, y hay murmuraciones mudas; un gesto, una risita falsa, una media palabra, cierto tonillo de voz, el mismo silencio seco y mudo pueden muy bien ser una sangrienta murmuracion. No suelen ser menos amargas las que se hacen en tono de zumba; hasta el bajo ejercicio de remedar suele ser especie de maledicencia. Propon con la mayor seriedad evitar cuidadosamente todos estos géneros de murmuraciones, y no decir jamás cosa que pueda hacer ridículo á otro, huyendo de hablar aun de aquellos defectos que son puramente naturales.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

San Maximino, primer obispo de Aix de Francia, en la misma ciudad, tenido por uno de los discípulos del Señor.

Santa Caliopa (ó Caliope), mártir, en el mismo dia, á la cual por confesar la fe de Jesucristo cortaron los pechos, quemaron las carnes, y revolcaron después sobre cascos de vidriado; y por último consiguió la palma del martirio siendo degollada. (*En la insigne colegiata de Lerma, distante una jornada de Burgos, se celebra hoy la festividad de esta Santa. Preténdese por algunos críticos que fue griega, y no española, sin embargo de indicar lo último el sobrenombre de* Lerama *que se le atribuye, derivacion de Lerma. De todos modos es indubitable la santidad y martirio de santa Caliope, recibida por patrona en la iglesia y abadía de Lerma, habiendo sido aprobada su fiesta por la Sagrada Congregacion de Ritos el año* 1724).

San Wilhelmo, arzobispo y confesor, en Yorck en Inglaterra; entre otros

ST. ALBERTUS COLLEGE LIBRARY

de los muchos milagros obrados en su sepulcro, fue notable el de resucitar tres muertos: canonizólo el papa Honorio III.

San Medardo, obispo de Noyon, en Soissons de Francia; cuya vida y preciosa muerte acreditan sus gloriosos milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Gildardo, obispo, hermano del mismo san Medardo, en Ruan; los cuales en un mismo dia nacieron, en un mismo dia fueron consagrados obispos, y en un mismo dia tambien murieron, y se fueron juntos á gozar de Dios. *(Véase su noticia en la vida de san Medardo).*

San Heraclio, obispo, en Sens.

San Clodulfo, obispo, en Metz.

San Severino, obispo de Setempeda, hoy *San Severino,* en la marca de Ancona.

San Salustiano, confesor, en Cerdeña. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Victorino, confesor, en Camerino.

SAN MEDARDO, OBISPO.

Fue san Medardo uno de los mas ilustres prelados que florecieron en Francia en el sexto siglo; nació en Salency de Vermandois por los años de 457, siendo su padre, que se llamaba Nectardo, un caballero francés muy calificado, y de los mas distinguidos en la corte; y su madre, por nombre Protagia, descendiente de una de aquellas antiguas familias romanas que se habian connaturalizado en Francia, tan rica, que trajo en dote á su marido la tierra de Salency. Criaron con el mayor desvelo al niño Medardo, hasta que tuvo edad proporcionada para que le enviasen á estudiar á Vermand, capital de la provincia.

No podia mejorarse su natural, ni sus inclinaciones podian ser mas piadosas; parecia haber nacido con el amor á la virtud, y singularmente con una tierna compasion á los pobres. Encontrando á uno de ellos en la calle, le dió un rico vestido que le acababan de hacer; y preguntado qué habia hecho del vestido, respondió: *Díselo á un pobrecito de Jesucristo, que le necesitaba mas que yo.*

Toda su ansia era dar limosna á los pobres que pasaban por el castillo donde vivian sus padres; y un dia que le pareció no era observado de la familia, repartió entre ellos todo lo que le habian puesto en la mesa para comer. Quejándose su padre de que le faltaba uno de los caballos de la caballeriza, supo no sin admiracion, que su hijo le habia dado de limosna á un pasajero á quien los ladrones habian robado cerca del castillo y dejádole á pié.

Esta caridad anticipada en un niño de tan pocos años, acompañada de una ternísima devocion á la Reina de los Ángeles, á quien amó

y respetó siempre como á su dulcísima madre, fue presagio seguro de su futura eminente santidad; y aun se tiene por cierto que desde entonces le favoreció Dios con el don de profecía, pues á otro niño compañero suyo, llamado Eleuterio, le pronosticó que habia de ser obispo, y el suceso lo verificó, habiéndolo sido de Tornay. Los escritores de su vida, que casi todos fueron sus contemporáneos, convienen unánimemente en que los años de su infancia fueron acompañados de grandes maravillas; y aun hoy dia se muestra una piedra en que se ve estampada la huella de un pié, que se dice ser del santo niño, el cual la descubrió, y era término de dos posesiones, sobre las cuales habia un ruidoso litigio; con cuyo descubrimiento cesó el pleito, y se hicieron las paces entre dos poderosas familias.

Viendo sus padres que cada dia iba creciendo en edad, en juicio y en prudencia, tuvieron gran gusto en que prosiguiese sus estudios en Vermand, cuyo obispo quiso tomar á su cargo el ser su maestro: y el discípulo correspondió tan maravillosamente al cultivo y á las lecciones del celoso prelado, dando cada dia mayores muestras de su extraordinaria virtud, que llenó de admiracion al maestro mismo. No sabia mas que á su cuarto, á la iglesia y á los hospitales. Derramaba su corazon en el templo al pié de los altares, siendo las lágrimas que corrian por sus ojos indicio de la tierna devocion que inflamaba su abrasado pecho; sus ayunos eran continuos; sus rigores tan excesivos, que fue menester moderarlos, y en medio de una vida tan penitente todavía se quejaba de la poca penitencia que le dejaban hacer.

No era razon que estuviese escondida debajo del celemin una antorcha tan brillante; y el obispo, que la conocia bien, no quiso que su Iglesia careciese de su luz. Admitió á Medardo en el clero, y desde luego fue honra y ornamento del Estado. Consagrado ya á Dios, y bien enterado de sus nuevas gravísimas obligaciones, las llenó todas cumplidamente; su frecuente oracion, su devocion, su modestia y sabiduría le granjearon la admiracion del público, y le merecieron el respeto y la veneracion de toda la clerecía. Por estas consideraciones, por la inocencia de su vida y por la integridad de sus costumbres se movió el obispo á conferirle los órdenes sagrados, y poco después le ordenó de presbítero; altísimo carácter que redobló su fervor, y añadió muchos realces á su elevada virtud. Encargósele el cuidado de repartir al pueblo el pan de la divina palabra; ministerio que ejercitó por espacio de cuarenta años, con tanto celo, con tanto espíritu y con tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesi. No se vió predicador mas fervoroso, ni director mas prudente; bastaba oirle

para convertirse, y bastaba verle en el altar celebrando el santo sacrificio de la misa, para sentirse movido á compuncion.

Murió el obispo de Vermand el año de 530: juntose el clero y el pueblo para la eleccion; hubo poco en que deliberar, y fue electo Medardo por unánime consentimiento de todos. Usó de mil industrias su humildad par excusarse, pero no le valieron; á pesar de todas ellas fue consagrado, y tardó poco la Francia en conocer que en toda ella no habia obispo mas santo.

Bien pudo la nueva dignidad añadir algun lustre exterior á todas sus virtudes, mas no por eso disminuyó un punto su humildad, ni el austero plan de su penitente vida; antes añadió á las antiguas penitencias las muchas mortificaciones que trae necesariamente consigo el cuidado y la carga pastoral. Estuvo tan léjos de considerar la mitra como título precioso de honor, y como pretexto de autoridad, de conveniencias y de regalo, que á los setenta y dos años de su edad se le veia con admiracion correr los pueblos, las aldeas, las chozas y las cabañas, enseñando, instruyendo, predicando y confirmando con un celo infatigable.

Desolado por los hunos, los vándalos y los húngaros todo el país que bañan el Oisa y el Soma, no hallaron otro recurso las ovejas descarriadas que la inmensa caridad de nuestro santo Pastor; pero como la ciudad de Vermand se hallaba sin defensa, y expuesta á las correrías de los bárbaros, cada dia se iba despoblando mas y mas; por lo cual el Santo transfirió la silla episcopal á la ciudad de Noyon, que ya desde aquel tiempo era plaza fuerte, y después se hizo famosa ciudad de la Francia, condecorada con el honor de condado.

No obstante el ser tan dilatada la diócesi de Noyon, parece que todavia no era bastante para el inmenso celo de Medardo; y otros pueblos la envidiaban la dicha de lograr tan fervoroso pastor. Por eso habiendo vacado en este tiempo la silla de Tornay, se empeñó el pueblo con porfía, y aun con obstinacion, en que habia de ser su obispo nuestro Santo. Esto, en suma, era aumentar el trabajo sin añadir la renta, que era todo lo que Medardo apetecia; pero como los sagrados cánones prohibian tan severamente el tránsito de un obispado á otro, ni quiso, ni pudo el santo Pastor condescender con sus instancias. No obstante, el rey Clotario, que á la sazon tenia su corte en Tornay, san Remigio, arzobispo de Reims, y los demás obispos de la provincia hicieron tan fuertes representaciones al papa Hormisdas sobre la necesidad que tenia aquella iglesia de Medardo, por conservarse aun la idolatría en una buena parte de ella, que el Pontí-

fice le mandó la gobernase como administrador, pero sin dejar el obispado que tenia, y á Medardo le fue forzoso obedecer.

En breve tiempo ya parecia otra la ciudad de Tornay y toda la diócesi. Padeció el santo Prelado por la persecucion de los gentiles, que no pudiendo sufrir viniese á atacar á la idolatría en su último atrincheramiento, hicieron cuanto pudieron para desembarazarse de él; cargáronle de injurias, arrastráronle impiamente, y llegó á tanto su furor, que en una ocasion le llevaban ya maniatado al lugar del sacrificio; pero no les dió licencia Dios para que le quitasen la vida; y el santo Obispo, léjos de acobardarse, dobló los esfuerzos de su celo, hasta que con su paciencia, con su constancia y con su mansedumbre logró domesticar aquellos bárbaros, haciéndose dueño de sus corazones, y desterrando el paganismo de todos aquellos parajes.

Tantas y tan asombrosas conversiones no podian hacerse sin muchos prodigios; obró tantos y tan grandes que le hicieron célebre en todo aquel país. Cargado de años, y debilitado con tan prolijos como penosos trabajos, consagró á las fatigas de su ministerio las pocas fuerzas que ya le restaban; y sin concederse el mas ligero alivio ni la mas leve dispensacion en las continuas penitencias con que por toda su dilatada vida habia macerado su inocente cuerpo, logró el mérito del martirio en lo mucho que padeció hasta ver disipadas de la Francia todas las reliquias de la idolatría. Hallándose en su iglesia de Noyon de vuelta de Tornay, dió el velo de religiosa á la reina santa Fredegunda; y acometido poco después de una grave enfermedad, fue general la consternacion en todo el país. Vino á visitarle el rey Clotario, que no quiso levantarse de sus piés hasta que le echó su bendicion, y el santo anciano, tan lleno de años como de merecimientos, dió el espíritu á su Criador el dia 8 de junio de 560, teniendo mas de ciento de edad.

Por los muchos milagros que habia hecho en vida, y por los que continuó el Señor en hacer por su intercesion después de muerto, tuvo desde luego la veneracion pública. Por entonces fue enterrado en su iglesia de Noyon; pero el rey Clotario, que tanto le habia venerado siempre, quiso que el sagrado cuerpo fuese trasladado á Soissons, corte de su reino. Hízose la traslacion con la mayor pompa, solemnidad y magnificencia; el cuerpo iba en una caja cubierta de ricas telas de plata y oro, cuajadas de pedrería; componíase el acompañamiento del clero de Noyon, del de Soissons, del rey Clotario, de los príncipes sus hijos, y de todos los señores de la corte. En una aldea inmediata á Soissons, llamada Crouy, se erigió provisionalmente

un pequeño oratorio de rejas ó celosías de madera, donde se depositaron las santas reliquias hasta que se acabase la iglesia que se habia comenzado á fabricar, poniendo el rey Clotario la primera piedra; pero habiendo muerto este Príncipe en Compiegne poco tiempo después, dejó encargada la conclusion del edificio al rey Sigisberto su hijo, que lo acabó con magnificencia verdaderamente real.

Ya en tiempo de Fortunato y de san Gregorio, obispo de Tours, que murió el año 565, era tan célebre la fiesta de san Medardo, que de todas las partes de Francia concurrian en tropa los pueblos á venerar su sepulcro. Extendióse esta devocion á Inglaterra, donde no menos que en Francia se erigieron muchas iglesias en honor del santo Obispo, durando su devocion hasta la fatal revolucion que causó el lastimoso cisma; y aun en medio de eso se lee el nombre de san Medardo en el calendario de la nueva liturgia anglicana.

San Gildardo fue hermano del glorioso san Medardo, y los dos nacieron de un parto en un dia, y en el mismo dia fueron los dos consagrados obispos, Medardo de Vermand y Gildardo, de Ruan, y en el mismo dia y hora murieron ambos; de suerte, que en vida, santidad y virtudes, y en muerte fueron tan conformes, que no hay que decir del uno mas que del otro, sino es, que Gildardo fue sepultado en su iglesia de Ruan, y ambos se gozan con Jesucristo en la gloria.

SAN SALUSTIANO, CONFESOR.

En este dia hace conmemoracion el Martirologio romano de san Salustiano, ó como otros llaman Silviniano ó Justiniano; varon de eminente santidad, y esclarecido en milagros; de quien nos dicen los escritores de sus actas, que vivió en Caller del reino de Cerdeña, en tiempo que florecieron en la misma provincia san Gabino y Críspulo, ilustres mártires de Jesucristo; tan célebre en aquella region como lo acredita el inmemorial culto con que siempre le han venerado desde su preciosa muerte. El cual se estima por el mismo Martirologio romano y varios autores en la clase de ilustre Confesor, aunque algunos opinan que padeció martirio en tiempo del emperador Adriano.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion de san Medardo es la que sigue:

Da nobis, quaesumus, Domine, ut beati Medardi confessoris tui atque

Concédenos, Señor, que la venerable festividad del bienaventurado Me-

pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

dardo, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la devocion y el deseo de la salvacion eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 del libro de la Sabiduría.

Benignus est Spiritus sapientiae, et non liberabit maledicum à labiis suis: quoniam regnum illius testis est Deus, et cordis illius scrutator est verus, et linguae ejus auditor. Custodite ergo à murmuratione, quae nihil prodest, et à detractione parcite linguae, quoniam sermo obscurus in vacuum non ibit: os autem quod mentitur, occidit animam.

El Espíritu de sabiduría es benigno, y no dejará sin castigo los labios del maldiciente: porque Dios es testigo de sus afectos, y escudriñador verdadero de su corazon, y oidor de sus palabras. Guardaos, pues, de la murmuracion, que nada aprovecha; y contened la lengua de la detraccion, porque los discursos secretos no quedarán sin castigo, y la boca que profiere mentira da muerte al alma.

REFLEXIONES.

Muy delincuentes deben de ser los labios del murmurador, cuando el espíritu de la sabiduría, que es todo bondad, no los dejará sin castigo. La lengua murmuradora siempre es argumento de genio maligno, de corazon cancerado; y á manera de lengua viperina, jamás sale de la boca sino para morder, ó para escupir el veneno. Si la envidia es tan comun en el mundo, ¿reinará menos en él la murmuracion? Todo se quiere saber para tomarse la libertad de decir después cuanto se sabe; hácese estudio particular de indagar las costumbres de las personas, para tener el gusto de desacreditarlas; no se perdona á lo sagrado, ni á lo profano, ni á los vicios, ni á las virtudes; no hay defecto en la vida ajena que no se descubra; mancha en las familias que no se propale; las acciones buenas, ó se desprecian ó no se quieren saber; las malas, ó se inquieren ó se adivinan. No solo se juzga mal de las acciones, sino tambien de los pensamientos y de las intenciones, cuyo juicio se ha reservado Dios; ni el corazon del hombre, aunque tan invisible y tan impenetrable, está exento de los discursos y de los insultos de los murmuradores. Cada cual tiene su modo de murmurar: uno descarga abiertamente el golpe de la lengua sobre la reputacion de su hermano, sin suavizar ó de alguna manera encubrir la punta que mortalmente le hiere; otro disimula el golpe con palabras halagüeñas; algunos afectan defender al mismo que pasan de parte á parte; muchos con grande discrecion y recato van diciendo en secreto á todo el mundo las flaquezas ima-

ginarias ó reales de su prójimo; pocos dejan de usar algun artificio cuando murmuran, para manchar y para herir con mayor seguridad, y ocultarse á sí mismos, si es posible, el daño que hacen; hasta el pretexto del celo y de la religion sirve de máscara á la maledicencia, porque es propio de este vicio introducirse insensiblemente en los corazones que parecen mas santos; penetrar en el mismo santuario, é inficionar la lengua del sacerdote, consagrada con la sangre de todo un Dios; en fin, insinuarse hasta en los claustros y en los desiertos: dase el color de celo, de religion y del bien público á las murmuraciones mas desapiadadas, y falta poco para que no se murmure por devocion: *Idolum zeli ad provocandam aemulationem*, dice el Profeta. No hay vicio mas sujeto á la ilusion y al engaño. Dícese que desacreditando al pecador se desacredita el pecado; que se reforman las costumbres gritando contra los desórdenes del tiempo, y contra los que los causan y toleran; créese que se hace á Dios un gran servicio infamando á toda una comunidad ó á todo un gremio por las faltas de algunos particulares; siéntese no sé qué secreta vanagloria en murmurar, porque censurando á los demás, indirectamente se alaba el murmurador á sí mismo. Es la murmuracion vicio propio de genios apocados, de entendimientos vulgares, de corazones malignos, de espíritus cobardes, y de conciencias callosas ó cauterizadas. Un ánimo noble y elevado aun en las acciones mas ruines halla algo que excusar; un hombre de honor y de crianza nunca levanta su mérito sobre las ruinas de otro. Seguramente no te atreverias á murmurar en presencia del que censuras: prueba clara de la cobardía de este vicio. Ninguno es ocasionado á mayores injusticias, y en medio de eso ninguno es mas ordinario ni mas comun. Muchos dejan de incurrir en el vicio de calumniar; pero del de murmurar muy raro se exime: y dijo bien san Paulino, que este era el último lazo del demonio: *Extremum diaboli laqueum*. *No manches tu lengua con la murmuracion*, dice el Espíritu Santo. Por mas pretextos que busques, Dios descubre todos los misterios de las conciencias, y penetra el interior de los corazones.

El Evangelio es del capítulo IX *de san Mateo.*

In illo tempore: Factum est discumbente eo in domo, ecce multi publicani et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu et discipulis ejus. Et videntes pharisaei, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis

En aquel tiempo: Sucedió que estando á la mesa (Jesús), hé aquí que vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron á la mesa con él, y con sus discípulos; y habiéndolo visto los fariseos, decian á sus discípulos:

et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus. Euntes autem discite quid est, Misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y con los pecadores? Pero Jesús habiéndolo oido, dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos: id, pues, y aprended qué quiere decir, Yo amo mas la misericordia que el sacrificio: porque no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

Del celo de la salvacion de las almas.

Punto primero. — Considera que el verdadero celo es un ardiente deseo de dilatar la gloria de Dios, y de oponerse á todo cuanto la pueda disminuir; es un santo deseo de extender el reino de Jesucristo, haciéndole triunfar de sus enemigos en todo el mundo; es una viva ansia de verle adorado y amado de todos, con un sensible dolor de que los hombres le honren y le amen tan poco; en fin, es un afecto de cristiana compasion, que moviéndonos á llorar la desgracia de las almas que se pierden, nos excita á trabajar y á procurar su salvacion. Es el celo el primer fruto de la caridad; inspírale el amor de Dios, porque el que ama, desea el bien del amado: amor frio ó insensible, es una quimera. Quien ama á otro, siente vivamente, se interesa mucho en todo lo que le gusta ó le desagrada. No se puede amar á Dios sin desear su mayor gloria; no se puede desear esta sin tener muy en el corazon la salvacion de las almas.

Es el celo la muestra mas clara y la medida mas justa de nuestro amor. No hubo Santo que no tuviese un ardiente celo de su propia perfeccion y de la salvacion del prójimo: sus penitencias, su observancia y su fervor eran fruto de su celo; y la ardiente caridad con sus hermanos era efecto necesario de su amor de Dios.

¿Ansiamos nosotros mucho por nuestra propia perfeccion? ¿Tenemos grande celo de nuestra salvacion y de la de nuestros hermanos? ¿Qué deberémos pensar de nuestra indiferencia y de nuestra frialdad? La falta de celo es pronóstico fatal. ¿Ámase á Dios cuando se hace tan poco por su gloria? El celo de la propia salvacion es el que pobló los desiertos, y el que está poblando cada dia los claustros religiosos; y el celo de la salvacion de los prójimos es el que hace exponerse á tantos trabajos á tantos siervos de Dios. Consideremos aquellos hombres llenos de una fogosa caridad, que dejando las delicias de su patria, atraviesan las tierras y los mares, y atropellando mil

peligros, caminan á los últimos ángulos del mundo para trabajar en la conversion de las almas, y para dilatar el imperio de Jesucristo. En todas las partes del orbe descubierto se ven hombres apostólicos que destituidos de todo humano consuelo, se aplican infatigablemente á servir á ingratos, á instruir bárbaros, á convencer obstinados, sin otro fin que traer aquellos pueblos al conocimiento del verdadero Dios; expuestos siempre á los desprecios y al odio de aquellos mismos á quienes solicitan salvar; frecuentemente expuestos á su furor y á su injusticia. No buscan otro interés en este mundo de todos sus trabajos. Aflígense á la vista del enorme crímen que cometen los idólatras que les quitan la vida; pero se tienen por dichosos en ofrecer su sangre por los mismos que se la hacen derramar, y por la gloria de aquel Señor que derramó toda la suya por ellos. Esto es lo que produce la caridad: pero ¿son estos los frutos de la nuestra? Ninguno deja de tener su particular mision; todos á poca costa pueden excitar su celo. El maestro, el padre de familias, el superior deben tener muy en el corazon la salvacion de sus súbditos, porque han de responder de ella. Este será un bello objeto de nuestra caridad y de nuestro celo. Aun aquellos que no tienen á su cargo la salvacion de otros, deben tener celo por el prójimo, ejercitándole con sus buenos ejemplos. ¡Dios mio, qué mayor prueba de nuestro poco amor que la tibieza de nuestro celo!

Punto segundo. — Considera que la caridad está llena de bondad, que es toda dulce, y consiguientemente el verdadero celo nunca puede ser amargo. En todo ha de ser nuestro modelo Jesucristo; ninguno le acusará de espíritu anchuroso ó relajado. Con sus lecciones, con su conducta, con sus ejemplos, con todo nos está predicando un grande horror al pecado; pero al mismo tiempo nos predica tambien una suma bondad de padre con todos los pecadores: *No sabeis*, decia á los discípulos que querian bajase fuego del cielo para consumir á los samaritanos, *de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no vino á quitar la vida á algunos, sino á darla á todos*. Aquel celo ardiente y duro que asola, tala y quema todo lo que coge delante, prueba las muchas máscaras con que se disfraza la ilusion. Llámase celo lo que muchas veces es cólera encendida, sangre requemada, genio repodrido, espíritu satírico, mal humor, que se quiere desahogar á costa de los demás; grítase, vocéase, repréndese mucho, y enmiéndase poco.

Esas correcciones demasiadamente duras y excesivamente agrias muestran bien la pasion que las produce; no es el celo su verdadero

padre, sino el furor, el encono y la venganza; por eso no hacen fruto. No tengan la correccion y el celo otro principio que la caridad; no tengan otro objeto que la gloria de Dios y la salvacion de las almas; y siempre será el celo paciente, benigno, bondadoso, compasivo y suave, pero eficaz; en mezclándose algo de hiel, siempre hay amargura, siempre malignidad; el celo del hombre humilde siempre será apacible. Aborrécese el pecado, y se trabaja eficazmente en destruirle; pero ámase al pecador, y solo se piensa en salvarle. Todo celo á quien falten estas calidades, es falso; si corriges como padre á tus hijos, á los criados y á los súbditos, nunca los reprenderás con demasiada severidad, ni con tantos gritos.

¡Buen Dios, puede haber mayor ilusion que gritar eternamente contra la licencia y contra el desórden de los otros, sin trabajar nunca eficazmente en reformarse á sí mismo! Si tenemos verdadero celo, ¿qué razon habrá para que su objeto sea siempre forastero? Bastante tenemos que hacer en desmontar nuestra propia heredad, sin matarnos tanto por los espinos y por los matorrales que brotan en la ajena. ¿Es posible que nunca nos hemos de aplicar á descubrir el verdadero orígen de este celo duro y amargo, que solo se sustenta de quejas, de murmuraciones y de interpretaciones malignas, y solo se explica en hiel, en sátiras y en censuras? No hay cosa mas contraria al espíritu de Jesucristo que esa inquieta severidad; guardémosla toda para nosotros mismos. No siempre son los mas severos consigo aquellos que predican á los otros el mayor rigor. Examinemos bien la indulgencia con que nos tratamos, á vista de la dureza y de la rigidez de nuestro celo respecto de los demás.

¡Oh, Dios mio, y cuánto es mi dolor por el poco celo que he tenido hasta aquí de la salvacion del prójimo, y aun de la mia propia! Dadme, Señor, vuestro amor, y seguramente tendré celo; trabajaré en vuestra mayor gloria, siempre que con la asistencia de vuestra divina gracia trabajare en mi propia perfeccion; y esto es lo que con ella resuelvo hacer desde este mismo instante.

Jaculatorias. — Abrasad, Señor, mi corazon y mis entrañas en el celo de mi salvacion y de vuestra gloria. (*Psalm.* xxv).

Desmayó de dolor mi corazon, o Dios y Señor mio, viendo el desprecio que hacen los pecadores de tu santa ley. *Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Es error imaginar que solo deben tener celo los misioneros y los predicadores; ninguno hay que dentro de su estado no deba hacer mision; ninguno que no sea responsable de su propia salvacion, y en cierta manera de la de sus hermanos. Tu propia salvacion es tu gran negocio; todos están encargados de él; pero todos deben edificar al prójimo con los buenos ejemplos. Esta especie de celo es comun á todos los estados, á todas las condiciones de los hombres. Pero ¿estás en empleo, tienes súbditos, tienes criados y familia? Pocos misioneros de profesion tendrán que dar á Dios cuenta tan estrecha de sus hermanos, como tú de tus dependientes: guárdate bien de olvidar esta obligacion, ni descuidar en ella por habérsela encargado á otros. Vela continuamente sobre la vida y proceder de aquellos que puso Dios á tu cuidado. Hijos, criados, súbditos son, por decirlo así, unos como depósitos de que has de dar cuenta á su soberano Dueño; fuera del buen ejemplo, les debes la educacion, la enseñanza, los consejos; procura que frecuenten cada mes los Sacramentos; que oigan misa cada dia; que se rece el rosario de comunidad en la familia, siendo tú el primero que asistas á él; que en tu presencia se lea á todos un rato competente en algun buen libro espiritual; vela sobre las costumbres de hijos y de criados; en punto de ellas y en punto de religion, nada les disimules; nunca toleres que alguno de tu casa dé mal ejemplo; advierte, amonesta, corrige con celo, pero con suavidad; no hay cosa mas eficaz que una correccion privada, que un aviso particular al hijo, al criado, al súbdito que tropezó; gánale el corazon este celo del amo, del padre y del prudente superior.

2 Evita siempre cuidadosamente todo celo áspero, amargo y desabrido. Esas vivacidades, ese desentono de voz siempre se reputa por cólera; y toda cólera en un superior disuena y le desautoriza; modera, reprime la indignacion á vista de la falta; el celo suave y compasivo, pero activo y eficaz, siempre saca fruto; hay celos enfadosos, que en vez de curar las llagas, las enconan mas; los hay ruidosos y vocingleros, que aturden, mas no corrigen; los hay duros, que como no los mueve la caridad, todo lo echan á perder; los hay impacientes, que solo sirven para enajenar los ánimos y desviar el corazon. Corrige todos estos defectos; ten mucho celo por la salvacion de las almas, pero ten por modelo y por regla del tuyo el celo de Jesucristo; sea tu celo dulce, humilde, paciente, compasivo, industrio-

so y tranquilo. Gobiérnese puramente por la caridad cristiana, y seguramente tendrá todas estas cualidades.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Primo y Feliciano, en el monte Celio de Roma, en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano. Estos gloriosos Mártires vivieron una larga vida en el Señor, padeciendo unas veces juntos, y otras separados, crueles y atroces tormentos; por último llegaron al término de sus combates, habiendo sido degollados por órden de Promoto, prefecto de la ciudad llamada Nomentana. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de san Vicente, diácono y mártir, en Agen de Francia.

Santa Pelagia, vírgen y martir, en Antioquía; de la cual hacen grandes elogios san Gregorio y san Juan Crisóstomo.

San Maximiano, obispo, en Siracusa; del cual hace muchas veces memoria san Gregorio, papa.

San Ricardo, primer obispo de Andri en la Pulla; esclarecido en milagros. *(Era natural de Inglaterra, y habiendo ido á Roma, siendo en breve conocido por lo esclarecido de sus virtudes y talentos, el Papa lo hizo obispo de Andri en la Pulla por los años de 492. Se presume que abrazó la religion católica estando en Roma, pues es sabido que los ingleses no abrazaron el cristianismo hasta por los años de 600. Las antiguas leyendas de los Santos de Italia hablan de este Santo con mucho elogio, ponderando su santidad y sus milagros).*

San Columbo, presbítero y confesor, en Escocia. *(Fue otro de los patriarcas mas célebres del órden monástico en Irlanda, habiendo compuesto una regla en irlandés que produjo los mas opimos frutos. Pasaba de ciento el número de monasterios que fundó entre Irlanda y Escocia, y con su predicacion convirtió á los escoceses á la religion de Jesucristo. Reconocidos los pictos á los beneficios del Santo, le cedieron la isla de Hy ó Jona, donde fundó un gran monasterio, que fue durante muchos siglos el principal seminario de los bretones y sepulcro de los reyes de Escocia. Así el monarca como el pueblo, ricos y pobres, todos buscaban sus consejos y su apoyo. Murió por los años de 597, rodeado de Ángeles que asistieron á su glorioso tránsito).*

San Julian, monje, en Edesa de Siria; cuyos ilustres hechos escribió san Efren, diácono.

SAN PRIMO Y FELICIANO, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Primo, y su hermano san Feliciano, fueron romanos, de una familia muy visible entre la plebe por sus grandes bienes y riquezas. Nacieron y fueron criados en las supersticiones de la idolatría; pero abriéndoles los ojos la gracia de Dios, conocieron su falsedad, y detestaron sus extravagancias. Tuvieron la dicha de convertirse por el celo del papa san Felix I; y fortaleciéndose su fe durante el tiempo de muchas persecuciones, se ocultaron á la crueldad de algunos em-

peradores gentiles, por socorrer con sus crecidas limosnas á gran número de cristianos.

No es fácil decir el celo y la intrepidez con que alentaban á los santos confesores y mártires, acompañándolos hasta los mismos cadalsos. Todos sus bienes eran de los pobres; pasaban los dias y las noches con los gloriosos confesores de Cristo en los calabozos; animaban á unos, fortalecian en la fe á otros, y hacian mucho bien á todos. Parecia que el furor de los gentiles respetaba á aquellos dos héroes cristianos; pues en medio de una declaracion tan pública y tan ruidosa de su fe, durante el fuego de la mas cruel persecucion, les dejaban entera libertad para asistir y para consolar á los fieles en la capital del paganismo, y á vista de los mas mortales enemigos del nombre cristiano.

Pero al fin quiso el Señor premiar tan heróica caridad con el triunfo de su fe, y coronar sus trabajos con la gloria del martirio. Hácia el año 286 asoció Diocleciano en el imperio á Maximiano Hercúleo, y se comenzó á declarar la guerra contra todos los Cristianos. Resolvióse exterminarlos, y se llenaron de sangre y de carnicería todas las provincias del imperio. Hallábanse en Roma los dos Emperadores, y fue aquella capital el teatro mayor del heroismo de los Mártires. Habia mas de treinta años que los dos santos hermanos desafiaban, por decirlo así, la barbaridad de los tiranos, y hacian que triunfase la caridad cristiana en la plaza mas fuerte de la idolatría, cuando los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver que cada dia se iba disminuyendo su crédito por los progresos que hacia en la ciudad la fe de Jesucristo, y teniendo noticia de las maravillas que obraba el celo de nuestros Santos después de tantos años, publicaron en todas partes que irritados los dioses no querian dar oráculos hasta que los cristianos Primo y Feliciano fuesen castigados, ó se les obligase á ofrecerles sacrificios.

Llegaron presto á oidos de los Emperadores estas amenazas ó denunciaciones de los dioses, y sublevaron toda la ciudad y toda la corte contra los dos hermanos. Prendiéronlos, y cargados de cadenas fueron presentados á los Emperadores, que mirándolos con ojos fulminantes: *¿Sois vosotros, desdichados,* les preguntaron llenos de cólera, *los que teneis descaro y desvergüenza para profesar públicamente una religion proscrita en todo el imperio romano, y esto con el mayor desprecio de nuestros dioses? Preparaos para padecer los mas espantosos tormentos, ó desde este mismo punto id y detestad vuestra obstinacion, ofreciéndoles sacrificios.*

San Primo, que ya tenia noventa años, respondió con mucha humildad y modestia á los Emperadores, que no habia otro verdadero Dios sino el Dios de los Cristianos, ni otra verdadera religion que la suya; y que estaban resueltos á derramar toda la sangre y dar la misma vida por conservar su fe.

No podia ser mas respetuosa ni mas moderada la respuesta; con todo eso entraron en furor los Emperadores, y mandaron volver los dos Santos á la cárcel; pero apenas fueron encerrados en los calabozos, cuando les vino á consolar un Ángel del Señor, y en el mismo instante se hallaron libres de las cadenas. Entonces derramando su espíritu en accion de gracias, exclamaron: «Bendito seais Vos, Pa-«dre de las misericordias, y Dios de todo consuelo, que os dignás-«teis consolar á vuestros siervos, haciendo pedazos sus prisiones, «como en otro tiempo lo hicísteis con san Pedro: pues nos habeis he-«cho la misma gracia que hicísteis al Apóstol en la prision, conceded-«nos tambien la misma constancia en los tormentos.»

Noticiosos los Príncipes de este suceso, lo atribuyeron á encanto; y mandando traer á su presencia los dos hermanos, después de haber intentado inútilmente pervertirlos con promesas y con amenazas, mandaron despedazarlos con crueles azotes, y que después les arrancasen el pellejo, sacándoselo con unas tenazas á bocados. Era espantoso el suplicio, y terrible el dolor; pero aquel Señor por cuya gloria lo sufrian, les mitigó aquel tormento, y les curó milagrosamente las heridas. Supiéronlo los Emperadores, y por no padecer la vergüenza de ser vencidos por la constancia de aquellos dos insignes ancianos, sabiendo el odio que profesaba á los Cristianos Promoto, gobernador de Nomentana ó Nomento, y la crueldad de su genio, se los enviaron con órden expresa de que los procurase pervertir, y cuando no, que les hiciese padecer los mas excesivos tormentos que pudiese inventar.

No hubo jamás órden mejor obedecida. Negándose los Santos á sacrificar á los dioses, los mandó Promoto azotar con correas armadas de bolas de plomo, y en medio de aquel granizo de golpes cantaban los Santos alabanzas al Señor, doblando sus fervorosas oraciones: *Asistidnos, Señor, única esperanza nuestra; libradnos por vuestra gloria del estado en que nos hallamos; júntese á vuestra bondad el interés de vuestro santo nombre, para concedernos el perdon de nuestros pecados; mostrad, Señor, vuestro poder en la flaqueza de vuestros siervos, para que no nos insulten vuestros enemigos, preguntándonos dónde está el Dios de los Cristianos.*

Viendo Promoto el valor y la alegria con que defendian su fe y su religion, hallándolos insensibles tanto á los tormentos, como á las amenazas, y pareciéndole que se animaban uno á otro con su presencia, mostrándose invencibles porque estaban unidos, los mandó separar, con esperanza de conseguir así su intento mas fácilmente. Atacó primero á Feliciano, y hablándole en tono halagüeño y amigable, le dijo: *Admírome que un hombre de tus años se obstine en querer morir en los tormentos, pudiendo pasar una vejez tranquila y sosegada. Vé, sacrifica á los dioses inmortales, y yo te prometo el favor de los Emperadores, constituyéndome desde luego por seguro fiador de tu fortuna.* — *Mas me admiro yo,* replicó Feliciano, *que un hombre como tú tenga por dioses las quimeras, pues quimera es la misma pluralidad de dioses. Aunque eres todavía tan mozo, por mucho que vivas será un puñado de años toda tu vida; trata de asegurarte una dichosa eternidad, renunciando tus paganas supersticiones, porque no hay salvacion sino en la religion cristiana: hazte cristiano si quieres ser feliz.*

Aturdió, pero no convirtió al Gobernador aquella tan generosa respuesta; antes irritado mas con la constancia del Santo, dió órden para que en el mismo calabozo fuese enclavado en un madero, dejándole así por espacio de tres dias enteros, no sin esperanza de que le haria perder el ánimo la viveza de los agudísimos dolores. Después, añadiendo la mentira y el artificio á la crueldad, el dia siguiente hizo venir á su presencia á Primo: le dijo que su hermano Feliciano habia en fin abierto los ojos á su propio bien, reconociendo que la religion cristiana era un tejido de extravagancias, sostenido por arte diabólico, y que habiendo sacrificado á Júpiter y á Hércules, se hallaba colmado de gracias y beneficios con que le habian honrado los Emperadores.

San Primo, á quien Dios por medio de un Ángel habia revelado todo lo sucedido con Feliciano, le respondió: «Admírome de la se-«riedad y de la serenidad con que mientes, disimulando tu indecente «artificio; sé muy bien la constancia con que mi hermano toleró los «mas crueles tormentos, y no ignoro las celestiales indecibles dulzu-«ras con que Dios le está consolando en este mismo punto en que te «hablo; espero en su bondad me concederá la gracia de que no le «sea menos fiel, ni menos generoso.» Enfurecido Promoto al oir estas palabras: *Tú sacrificarás á Júpiter,* le dijo, *ó tú sufrirás lo que hasta ahora ningun mortal ha sufrido.* «Yo, respondió el Santo, solo «sacrifico al verdadero Dios, y no á vuestro Júpiter, á quien vues-«tras mismas fábulas nos le representan como el hombre mas perver-

«so de todos los mortales; y por lo que mira á tus suplicios, veré-«mos quién se cansa primero, tú de atormentarme, ó yo de pade-«cer.» Lleno de rabiosa cólera el Gobernador, mandó que le moliesen á palos, y que aplicasen hachas encendidas á los cardenales y á las llagas. En este cruel tormento levantó el Santo los ojos al cielo dulcemente, y exclamó de esta manera: «Probásteme, mi Dios, co-«mo se prueba la plata con el fuego; vuestros enemigos se lisonjean «de que me han de quitar la vida; pero estoy vivo á su pesar, y pu-«blicaré vuestras maravillas: eternamente seais bendito, Salvador «mio Jesucristo, porque en virtud de vuestro poder, no siento dolor «en medio de los mayores tormentos.» Queriendo Promoto estorbar-le que cantase las alabanzas del Señor, le mandó echar en la boca plomo derretido á vista de su hermano Feliciano, á quien habia mandado ya que le desclavasen del madero; tragóse el Santo aquel plomo derretido como pudiera un vaso de agua; y volviéndose al ti-rano le dijo: «Reconoce ya por el milagro que acabas de ver, la vir-«tud omnipotente de mi Señor Jesucristo, y confiesa tu flaqueza en «medio de tu misma crueldad; la presencia de mi hermano Felicia-«no confunde la mentira de que te valiste para combatir mi fe; ¿se-«rá posible que tantos testimonios juntos no basten para que abras «los ojos, y para que despiertes del letargo en que te tienen sumer-«gido tus gentílicas supersticiones?»

No dando oidos el tirano mas que á su rabia contra los dos héroes de la religion cristiana, ordenó que los expusiesen á las fieras. Acudió á este espectáculo toda la ciudad. Salieron al anfiteatro dos leones furiosos, que con sus rugidos espantaban á los asistentes; al verlos partir ninguno dudó que los santos Mártires iban al instante á ser devorados y despedazados; pero todos quedaron aturdidos cuando los vieron echarse á sus piés como unos corderos, halagándolos blandemente con las colas. Echáronles después dos osos aun mucho mas furiosos; pero los osos hicieron lo mismo que los leones. Asombrado el pueblo á vista de aquel prodigio, comenzó á gritar que no habia otro verdadero Dios sino el Dios de los Cristianos; y en el mismo punto se convirtieron á la fe mil y quinientas personas. Aturdido Promoto con la vocería del pueblo, y mucho mas ofendido de la conversion de tanta gente, mandó cortar la cabeza á los dos Santos hermanos.

Tan fácil era al poder de Dios librarlos de este último suplicio como de los antecedentes; pero los Santos con la sagrada impaciencia de gozarle, consiguieron, en fin, la corona del martirio el dia 9 de

junio del año 287. Refieren las actas que san Feliciano tenia entonces noventa años, y que san Primo no era menos anciano.

Sus santos cuerpos fueron expuestos en el campo para que los comiesen los perros y los cuervos; pero los fieles de Nomento los retiraron, y les dieron sepultura en el mismo lugar donde se edificó después una iglesia. Por los años de 645 los trasladó á Roma el papa Teodoro, y los colocó en la iglesia de San Esteban en el monte Celio.

Nota. Segun Domenech, aun cuando en la villa de Besalú en Cataluña se celebra en tal dia como hoy la fiesta de san Primo y san Feliciano, sus patrones, no son san Primo y san Feliciano de Roma, cuya vida precede; sino otros Santos del mismo nombre, cuyos sagrados cuerpos posee aquella villa, los cuales padecieron martirio en la ciudad de Agen, ahora de Francia: su historia puede verse en el 6 de octubre, conformándonos con el citado Domenech en la general de los Santos de Cataluña.

La Misa es en honra de los Santos, y la Oracion la que sigue:

Fac nos, quaesumus, Domine, sanctorum martyrum tuorum Primi et Feliciani semper festa sectari: quorum suffragiis protectionis tuae dona sentiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, Señor, que celebremos siempre la fiesta de tus santos mártires Primo y Feliciano, y que por su intercesion merezcamos la gracia de tu proteccion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría.*

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum, sumet scutum inexpugnabile aequitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra les cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su celo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado, y por escudo inexpugnable la equidad.

REFLEXIONES.

La muerte entierra en la sepultura las obras mas ruidosas de la ambicion y la mas brillante gloria de los mortales; el último soplo que apaga la vida de los mayores monarcas, apaga tambien con ellos, por decirlo así, su poder, su magnificencia, y muchas veces hasta su misma reputacion. El temor, la sumision y el respeto de los pueblos á sus soberanos no pasa de su vida; no solo se olvidan sus beneficios.

hasta su mismo mérito se borra de la memoria. ¿Qué resta el dia de hoy de aquellos dichosos del mundo, que vivieron en los siglos mas remotos? ¿de aquellos poderosos príncipes que metieron tanto ruido en el universo? ¿de aquellos dioses de la tierra, á quienes se ofrecian votos y sacrificios, y todos doblaban la rodilla en su presencia? ¿Qué resta de aquellas falsas prosperidades de que vivian embriagadas tantas gentes? ¿de aquellas fortunas orgullosas, que parecian burlarse de la caducidad de los bienes criados? ¿Qué resta de aquel entonado fausto, de aquella pomposa mundanidad, de aquellas grandezas tan deslumbradas como deslumbradoras, que ó no hicieron mas que aparecer, ó si subsistieron largo tiempo, fue para hacer mas visible con su ruina la vanidad de todo lo que mas brilla en la tierra? Nombres vacíos, títulos en pergaminos roidos, mausoleos medio arruinados, tristes depositarios de un puñado de cenizas ó de unos huesos podridos; esto es todo lo que resta de aquellos dioses de farsa y de teatro, que divirtieron por algun tiempo y engañaron un poco en el tablado, para sepultarse después en un eterno olvido. Y aunque la posteridad conservase respetuosamente su memoria, si esos dichosos mundanos, si esos héroes del siglo se condenaron, ¿de qué consuelo, de qué utilidad les servirá el respeto de los hombres? *Justi autem in perpetuum vivent:* los justos son los que no mueren; ó por mejor decir, los que nunca viven, nunca reinan, nunca brillan mas que después de su muerte; no es menester la dureza del mármol, ni la constancia del bronce para conservar su memoria; no hay hombre mortal que no les pague el tributo de estimacion, de respeto y de veneracion; no se mira su nacimiento, su condicion, ni su dignidad; sola su virtud realza, eterniza su memoria. Que los oscureciese un maligno revés de la fortuna; que la maledicencia y la calumnia conspirasen en desacreditarlos; que fuesen tratados mientras vivieron como las heces del género humano: *Tamquam peripsema hujus mundi* (*I Cor.* IV); que sepultados en su misma humildad viviesen olvidados: *In perpetuum vivent;* la muerte hace ilustre el nacimiento de los Santos; ábreles la puerta á una nueva vida llena de gloria y de esplendor aun en el mismo mundo. Olvidáronse en España y en Polonia los nombres de muchos príncipes, de muchos monarcas; y hasta los mismos reyes respetan el dia de hoy con solemnidad y con reverencia la memoria de un san Isidro, pobre labrador, y de un san Estanislao de Koska, humilde novicio de la Compañía. Ni las revoluciones de los Estados alteran la veneracion de los pueblos á los Santos: la Suecia, la Inglaterra, la Escocia y la Dinamarca pueden per-

vertirse; pero no por eso dejará la Iglesia de celebrar hasta el fin de los siglos la gloriosa y triunfante memoria de las Brígidas, de los Eduardos, de las Margaritas, y de los Canutos; ni la herejía ha podido borrar su culto, ni desterrar sus nombres de los fastos y de los calendarios. En vano lisonjea el mundo á sus parciales; en vano pretende inmortalizar sus héroes; él mismo es el primero que los olvida, ó lo mas que puede hacer, es darles algun lugar en la historia. Frívola recompensa, consuelo muy triste á uno que se condena.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Mateo, pág. 58.*

MEDITACION.

De la falsa sabiduría del mundo.

Punto primero. — Considera que hay en el mundo una sabiduría falsa que engaña, deslumbra y conduce al precipicio; como yerra en los principios, no puede menos de engañarse en los medios y en el fin. Fúndase esta sabiduría en la ilusion y en la pasion; todos sus alcances nacen de su propio fondo, y nunca salen de su esfera; mezclados con las tinieblas, y cási del todo impedidos con la oscuridad, jamás miran los objetos como son. Siendo sabiduría puramente humana, y prudencia de la carne, ¿cuáles pueden ser sus discursos, cuál su sistema? Todo lo pesa en la balanza del interés y de la pasion; la ambicion lo regla todo, y la sensualidad lo autoriza. Esta sabiduría no reconoce otras máximas que las que forja la malignidad, y las que adopta la corrupcion del corazon; las del Evangelio se consideran como leyes de otro país, y á lo mas como leyes abolidas en el mundo por el no uso, y que el mismo mundo tiene desterradas; de aquí nace aquel disgusto, y aun aquel menosprecio de las mas sagradas máximas de la Religion; de aquí aquel plan de vida enteramente contrario al espíritu de Jesucristo; de aquí aquel estudio de los respetos, de los estilos del mundo, absolutamente opuesto á la ciencia del Evangelio.

Estos falsos sabios y discretos del mundo apenas conocen ya la Religion; el espíritu del mundo, aquel mortal enemigo de Jesucristo, les tiene prescritas otras reglas muy diferentes; la concupiscencia es la medida, y la ambicion los límites de sus deseos. Como se dé gusto á los que solo tienen el nombre de cristianos, no se buscan otros sufragios; diestros en saber disfrazarse, solo estudian en parecer francos, sociables, condescendientes y flexibles: esto se llama ser hombre de corte: aplicados escrupulosamente á las exterioridades de

la que se dice buena crianza, no reconocen otras obligaciones; toda su sabiduría se hizo precisamente para los hombres; toda su virtud á lo sumo es una virtud moral, que para precisamente en la conveniencia de la sociedad; hombres de bien, al parecer oficiosos, agasajadores, serviciales, honrados en todo lo que se ve, como el exterior parezca ajustado, poco se les dará del desórden interior, ni de los remordimientos de la conciencia; estos fácilmente los sufocan á fuerza de multiplicarlos. El último primor de esta falsa sabiduría es una aparente y artificiosa igualdad: toda la destreza consiste en saber ir cada cual á su fin; mas ¿qué fines son estos? La diversion, el interés, la distincion, los ascensos, las riquezas, estas ocupan en el mundo el lugar del último fin. De aquí nace que el que se sobrepone á todos los concurrentes, el que brilla con mas esplendor, el que hace mayor fortuna, ese es tenido en el mundo por mas sabio y por mas prudente. Pero, ¡mi Dios, á dónde conduce este espíritu! ¡en qué viene á parar toda esa sabiduría! *Vasa irae apta in interitum:* vasos de ira dispuestos á perecer; ¿qué otro fruto, qué otro fin es el de esa falsa sabiduría?

Punto segundo.—Considera si hay cosa mas baja, ni mas extravagante, ni mas insensata que ella: *Sapientia hujus mundi*, dice san Pablo, *stultitia est apud Deum:* la sabiduría de este mundo es ignorancia y necedad á los ojos de Dios. ¿Quién se engañará? Decidme, imaginarios espíritus fuertes, prudentes del mundo, ¿pretendeis que Dios os dé las gracias porque le corregísteis la plana, porque le enderezásteis cuando iba descaminado, combatiendo todas sus máximas? ¿Quereis que se os muestre agradecido y obligado por este importante descubrimiento? En vuestros principios se engañó enormemente el Salvador del mundo, cuando nos intimó una ley tan contraria á vuestro sistema; segun ellos, la Sabiduría increada nos trazo un camino errado; la vuestra sí que descubrió otro mas llano y mas derecho. ¡Sabiduría mundana! ¡lastimosos precipicios del humano entendimiento! ¡pruebas palpables de la mas insigne locura! ¿Hay cosa que mas deba humillar al hombre que esa falsa seguridad con que prefiere sus errores á los principios infalibles de la Religion? ¿hay ni puede haber otro sistema de sabiduría, ni otra regla de gobierno? ¿puede haber otro entendimiento, otra sabiduría ni otra prudencia sino aquella que se conforma á la soberana regla de las costumbres, y á las máximas del Evangelio?

No hay hombre de bien sino el buen cristiano. Esos que el mundo llama *hombres de bien*, serán á lo sumo hombres de alguna educa-

cion, mundanos un poco cultivados; pero muchas veces, si no siempre, serán unos disimulados disolutos, unos hombres que no tienen mucha religion; fantasmas de hombres de bien. ¿Es ser sabio ni prudente caminar á ciegas sin saber dónde se camina, ó seguir atolondrada y porfiadamente á los que se sabe que fueron descaminados? ¿preferir las ideas y los caprichos de los hombres del mundo á las mas respetables máximas de la Religion? ¿Es ser sabio anteponer el tiempo á la eternidad, menospreciar, sufocar el espíritu de cristiano, y hacer vanidad de una sabiduría gentílica? Hijos del siglo, ¿de qué os servirán esas exterioridades? A lo mas seréis filósofos; pero de ningun modo cristianos, si solo seguís las reprobadas leyes y máximas del mundo. ¿Qué conexion tiene el Señor con Belial? ¿el espíritu mundano con la fe? ¿las despreciables leyes del mundo con las del Evangelio? *Nemo se seducat,* dice el Apóstol; ninguno se engañe á sí mismo. *Si quis videtur inter vos sapiens esse in hoc saeculo, stultus fiat ut sit sapiens:* si alguno de vosotros presume de sabio en este mundo, para serlo verdaderamente hágase necio. Esta doctrina no será del gusto de muchas gentes, mas son verdades infalibles; verdades con circunstancias de misterios que quiso Dios ocultar á los sabios de la tierra. Todo se descubrirá, todo se hará patente en la hora de la muerte.

No aguardeis, Señor, á tan fatal extremo para concederme su clara inteligencia; hacedme sabio con esta celestial sabiduría; conozco que la de este siglo es verdadera ignorancia, y desde este mismo punto la detesto con horror.

Jaculatorias. —Concédeme, Señor, la sabiduría del cielo, y no quieras contarme en el número de los ignorantes que no son siervos tuyos. (*Sap.* IX).

Desprendedla, Señor, de las alturas, para que siempre me acompañe, y me enseñe lo que es agradable á vuestros divinos ojos. *(Ibid.).*

PROPÓSITOS.

1 Ser sabio es tomar bien las medidas para llegar al fin que se pretende; pero ¿será ser sabio errar el fin á que se debe dirigir todo lo que se hace? Este error es orígen de otros muchos. El que yerra en los principios, ¿cómo podrá dejar de descaminarse? ¡Qué digno de lástima es el que no trabaja por buen fin! Pero ¿será menos desgracia, será locura menos lastimosa tener un buen fin, y aban-

donar voluntariamente los medios de conseguirlo? ¿qué mayor extravagancia que presumir alcanzar la victoria sin pelear, curar las heridas sin aplicar el remedio, coger el fruto sin sembrar el grano? y ¿somos nosotros mas cuerdos cuando pretendemos ser santos sin vivir segun las máximas del Evangelio? En medio de eso el mundo está hoy dia lleno de esos cuerdos imaginarios, que haciendo una vida enteramente contraria á la que hicieron los Santos, esperan, y aun presumen llegar al mismo término adonde los Santos llegaron. Estáse continuamente ofendiendo al Señor, y al mismo tiempo se solicitan sus mayores gracias y sus especiales favores. Hazte ahora cargo de la injusticia, de la extravagancia, y aun de la impiedad de este proceder; entabla una conducta mas regular y mas cristiana; pregúntate continuamente á tí mismo: ¿qué fin tienes en esto? ¿cuál es tu último fin? y mira si aplicas los medios conducentes para arribar á él.

2 Todos aquellos que tienen la mas leve tintura de Religion conocen bien estos medios. El Evangelio los contiene todos; en él los encuentran todos los que los buscan; las vidas de los Santos nos los enseñan, mostrándonos al mismo tiempo el modo de usar de ellos. La inocencia sostenida con la mortificacion; la pureza de corazon inalterable; la fe constante y generosa; la humildad sincera; la caridad universal; la devocion firme á prueba de todos los accidentes; la frecuencia de Sacramentos con fruto; el amor tierno y reverente á Cristo en el Sacramento; la ternura y la confianza en la santísima Vírgen; estos son los medios seguros para llegar á nuestro último fin. ¿Te has servido tú de ellos hasta aquí?

DIA X.

MARTIROLOGIO.

Santa Margarita, reina, en Escocia, célebre por el amor á los pobres y por su voluntaria pobreza. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de san Getulio, varon muy ilustre y muy docto, y de sus compañeros Cereal, Amancio y Primitivo, en Roma, en la via Salaria; los cuales de órden del emperador Adriano fueron presos por el cónsul Licinio, y azotados; otra vez encarcelados y arrojados á una hoguera, de la cual salieron sin lesion: por último consumaron el martirio habiéndoles deshecho la cabeza á palos; sus cuerpos los recogió Sinforosa, mujer de san Getulio, y los enterró honoríficamente en una heredad suya.

El triunfo de los santos mártires Basílides, Tripodes, Mandales y otros veinte, tambien en Roma, en la via Aurelia, martirizados siendo emperador Aureliano, y de órden de Platon, prefecto de Roma.

San Zacarías, mártir, en Nicomedia.

San Timoteo, obispo y mártir, en Bursia de Bitinia, en tiempo de Juliano apóstata.

Los santos mártires Críspulo y Restituto, en España.

Los santos mártires Aresio, Rogato y otros quince, en África.

San Maurino, abad y mártir, en Colonia.

San Asterio, obispo, en Krach ó Arach, ciudad de la Arabia Petrea, el cual después de padecer muchas persecuciones por los Arrianos, defendiendo la fe católica valerosamente, de órden del emperador Constanzo fue desterrado al África, en donde murió glorioso confesor.

San Censurio, obispo, en Auxerre. *(Ilustró las Galias con su predicacion y sus milagros, siendo muchísimos los godos que convirtió á la religion de Jesucristo. Y á sus esfuerzos se debió la alianza entre vencedores y vencidos, la cual hizo de dos pueblos uno solo. No habia enemistad que resistiese á su amabilidad, de suerte que bien puede decirse que fue el hombre mas llorado de su tiempo cuando voló al Señor por los años de 520 á 527).*

El Calendario de Cataluña hace hoy conmemoracion de santa Oliva, vírgen y mártir, natural de Palermo, Santa muy venerada en algunas poblaciones del referido Principado, especialmente en Olesa. Puede verse la historia de su vida al fin del tomo.

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA.

Santa Margarita, verdadero modelo de una princesa cristiana, fue nieta de Edmundo II, rey de Inglaterra, por sobrenombre *Costilla de hierro*, el cual murió el año de 1017, después de haberse visto precisado á partir su reino con Canuto el Grande, rey de Dinamarca. Muerto Edmundo, no se contentó Canuto con la parte, y aspirando al todo, arrojó del reino á los hijos, al hermano y á los sobrinos del difunto, obligándoles á refugiarse en Alemania, donde los recibió san Esteban, rey de Hungría, declarándose tutor y padre de los hijos: el mayor, llamado Edmundo como su padre, casó con la hija del Rey; y el segundo, por nombre Eduardo, casó con Agata, sobrina del mismo san Esteban, y de este matrimonio nació santa Margarita el año de 1048.

Salió al mundo con las mas bellas disposiciones para la virtud. Destinada por la divina Providencia para verdadero modelo de una señora cristiana, la previno el Señor desde la cuna con las mas dulces bendiciones; dotóla de un corazon recto, generoso y compasivo; de un entendimiento vivo, sólido, pronto y perspicaz; de un genio muy apacible, y de una natural propension á la virtud, presagios todos de su futura eminente santidad. Fue reputada por la mas hermosa princesa de su siglo, y su singular modestia daba nuevo lustre y realce

mayor á su hermosura. Enemiga de la ociosidad, siempre se la veia santamente ocupada, repartiendo todo el tiempo en el trabajo y en la oracion.

Entre todas las demás virtudes sobresalia su tierna devocion á la santísima Vírgen, cuyo solo nombre la hacia muchas veces derramar dulces lágrimas de ternura; por su gusto pasaria dias enteros de rodillas delante del santísimo Sacramento; la oracion, la leccion de libros piadosos, y otros cien ejercicios de devocion fueron todos los entretenimientos de su infancia en la corte de un Rey santo. Ni las galas, ni la vanidad, tan natural en las de su sexo y de sus años, fueron jamás de su gusto; todo su adorno era la virtud, y solia decir á los que juzgaban excesiva la modestia de su traje, que el mérito de una doncella cristiana no consistia en el vestido. El tierno y compasivo amor que mostró ya desde entonces á los pobres, dió bien á entender que algun dia seria su madre y todo su consuelo.

Perdió á su padre siendo aun niña, y pensaba retirarse á un convento cuando subió al trono de Inglaterra Eduardo III, hermano de su abuelo, después de muerto Canuto, y luego hizo venir de Hungría á su sobrino Edgar con sus dos hermanas Margarita y Cristina.

Apenas se dejó ver en la corte de Inglaterra, cuando fueron la admiracion de toda ella su raro mérito y su eminente santidad, no hablándose de otra cosa que de las grandes prendas y extraordinaria virtud de la princesa Margarita. Vióla Malcolmo III, rey de Escocia, y prendado de ella la pidió por mujer. Rindióse á la voluntad de sus parientes; pero el resplandor de la corona no alteró su devocion, ni el trono sirvió mas que para que su virtud brillase desde mas alto. Miró el nuevo estado como camino en que Dios la habia puesto para que se hiciese mas santa; comprendió todas sus obligaciones; desempeñólas, y su primer cuidado fue estudiar bien el genio y la inclinacion de su marido, ganarle el corazon por el rendimiento y por la dulzura, y darle gusto en todo.

Dispuso Dios que encontrase en la persona de Malcolmo un esposo, cuyas inclinaciones y costumbres, aunque todavía poco cultivadas, tuviesen sin embargo bastante parentesco con las suyas; no halló en él genio extravagante, ni aversion á la virtud, ni oposicion á todo lo bueno que se quisiese hacer. Estas buenas disposiciones las fué cultivando la Reina con su apacibilidad, con su condescendencia y con sus suavísimos modales, de manera que Dios, en cuyas manos están los corazones de los reyes, la hizo tan dueña del de Malcolmo, que por influjo de la santa Reina floreció en sus Estados la justicia, res-

plandeció la Religion, y haciendo dichosos á los vasallos, hizo al Rey su marido unos de los príncipes mas virtuosos de su siglo.

Dedicóse desde luego al gobierno de su casa, y jamás quiso poner á cargo de otros la educacion de sus hijos ni el cuidado de su familia. Las únicas prendas que apreciaba y pedia en sus damas eran el pudor, la modestia y la virtud. No era posible verse corte mas ejemplar; cualquiera que pareciese poco cristiano incurria en la desgracia de la Reina; el único modo de hacerla la corte era ser verdaderamente virtuoso.

Admirado el Rey de los talentos, de los modales y del superior mérito de la piadosa Princesa, no menos que de la comprension y prudencia que mostraba en toda su conducta, no se contentó con dejarla enteramente libre todo el gobierno doméstico de la casa real; quiso que tambien tuviese parte en la administracion del Estado, tomando su consejo principalmente en todos aquellos negocios que concernian al gobierno económico del reino, á la quietud y felicidad de los pueblos, al mayor bien y gloria de la Religion.

Conociéronse presto en Escocia los efectos de la superior prudencia y elevada santidad de la princesa que gobernaba. Habíanse introducido en el reino monstruosos abusos que desfiguraban la Religion y hacian llorar á toda la Iglesia. Confundido el sacerdote con el lego, se juzgaba ya sin derecho para corregirlos; apenas se observaba la Cuaresma; el uso de la Confesion y de la Comunion estaba cási abolido; los domingos apenas se guardaban; el vicio lo tenia todo inundado; la licencia de las costumbres habia desterrado la vergüenza, y parecia haber roto la impiedad todos los diques. No bien se vió en el trono la virtuosa Reina, cuando resolvió hacer todo lo posible para que reinase Jesucristo, restituyendo en todas partes la disciplina de la Iglesia á su primitiva pureza, llamando de diferentes reinos santos y celosos predicadores, y encargando mucho á los obispos que proveyesen las parroquias de sabios y virtuosos pastores.

Logró felicísimos efectos el ardiente celo de santa Margarita, sostenido de sus grandes ejemplos; y en muy poco tiempo mudó de semblante todo el reino de Escocia. El desórden de las costumbres siempre debilita la fe, y amortiguada esta, se sigue naturalmente el disgusto y aun cierta especie de horror á la santa Comunion. Con el sobrescrito especioso de respeto muchos se retiran de ella, especialmente en las cortes, y quiera Dios que algunos no la dejen aun cuando les obliga el precepto pascual. En cierta ocasion se quejó de esto la Reina á algunos señores principales: respondiéronla ingenua-

mente que su misma indignidad los retiraba de la sagrada mesa, porque conociendo sus miserias y su inclinacion al mal, les parecia menos malo dejar de comulgar, que hacerlo indignamente; y que su desvío era efecto de su mismo reverente temor. La santa Reina, así por sí misma, como por medio de los predicadores, les hizo entender que solo estaban excluidos de la sagrada Comunion los pecadores impenitentes; esto es, aquellos que obstinados en sus culpas, no querian salir de ellas haciendo frutos dignos de penitencia, con limosnas y con otras buenas obras.

Era digno de un apóstol el fruto que hizo la santa Reina. Refloreció la Religion, resucitó la piedad, revivió el uso de los Sacramentos, desterráronse las supersticiones, reformáronse los abusos, y volvió la Iglesia á su primer lustre y hermosura. No solo se valió de su autoridad, sino tambien de los obispos del reino y de los ministros de justicia, para prohibir toda obra servil en los domingos y dias de fiesta, santificándose esta suspension del trabajo con la concurrencia del pueblo á los divinos oficios, y á oir la palabra de Dios. Con su aplicacion, con su teson y con su prudencia consiguió que se condenase y se proscribiese la simonía, la blasfemia, la usura, el concubinato, los matrimonios incestuosos, y otros cien desórdenes que presumian de legítimos en todo el reino por el derecho de prescripcion.

Asombrado el Rey cada dia mas y mas de los prodigios que obraba la prudencia y la virtud de la Reina, entró voluntariamente en todos sus pensamientos; y no contento con dejarla, por decirlo así, el gobierno del Estado, quiso que se manejase á su arbitrio la real hacienda.

Luego experimentaron los pueblos y las iglesias los efectos de su gran corazon, y de su liberalidad verdaderamente real. Mostrábase la indevocion de los pueblos y de los eclesiásticos hasta en la indecencia de los ornamentos y de los vasos sagrados. A todo proveyó la santa y religiosa Reina; hizo reparar muchas iglesias que amenazaban ruina; edificar otras de nuevo, y quiso que todo lo que servia al culto divino fuese no solo rico, sino magnífico, y de materia preciosa todos los vasos sagrados. Fundó liberalmente muchos conventos de monjas y muchos hospitales, y solia decir, que su mayor gusto seria agotar en limosnas todo el tesoro real.

Érala tan natural la ternura y la compasion de los pobres, que parecia haber nacido con ella. Sus profusiones con ellos eran tan grandes y tan continuas, que cási llegó á desterrar la mendicidad y la miseria. Como madre de los pobres, siempre que salia á la calle la

veian rodeada de viudas, de huérfanos y de miserables; cuando volvia á palacio encontraba otros tantos en la sala, á los cuales daba tambien limosna, y nunca despidió á alguno sin ella. Los mas respetados en la corte eran los pobres, y se consumia en limosna la mayor parte del erario. Después de evacuado su bolsillo, les daba las joyas y los muebles, sin agotarse jamás su caridad.

Antes de sentarse á la mesa daba siempre de comer á nueve doncellas huérfanas, y á otras veinte y cuatro pobres ancianas, sirviéndolas por sus mismas manos; muchas veces se hacian venir á palacio trescientos pobres, á quienes el Rey y la Reina servian de rodillas los mismos platos que estaban prevenidos para la mesa real. Todos los dias, después de oir misa, lavaba la Reina los piés á cierto número de pobres; y eran pocos los dias de la semana en que no acudia á los hospitales á ejercitar los mas humildes oficios de caridad con los enfermos. No se limitaba esta á los términos del reino, alcanzaban tambien sus limosnas á los dominios extraños, así para socorrer á los encarcelados, como para redimir á los cautivos.

Tantas y tan diferentes ocupaciones exteriores no debilitaban ni menos interrumpian su continua union con Dios. En medio de todas ellas se la observaba siempre un recogimiento interior que edificaba, y parecia estar en continua oracion, no pudiéndose comprender sin dificultad cómo podia dedicar tanto tiempo á este ejercicio: es verdad que dormia muy poco, y que se negaba enteramente á toda conversacion inútil.

Levantábase todas las noches para asistir á Maitines, y antes que se cantase en el coro rezaba en particular el oficio de la Trinidad, el de la Pasion, y el de la Vírgen, acabando con el oficio de difuntos; después volvia á su cuarto, donde lavaba los piés á seis pobres, y les daba una limosna; echábase un poco, y en despertando leia algun rato en algun libro piadoso; pasaba á su capilla, donde oia cinco ó seis misas, y lo que faltaba hasta comer lo empleaba en el despacho; las demás horas del dia no estaban menos ocupadas con devociones y otras obras de misericordia: de manera, que Dios, el Estado, la Iglesia y los pobres la llevaban todo el tiempo.

Sus penitencias y su abstinencia alguna vez llegaron á parecer excesivas. Comia tan poco, que se admiraban de que pudiese vivir; y se maceraba tanto, que se tuvo por cierto que las penitencias la acortaron la vida. Era su confesor ordinario el siervo de Dios Tierri, escritor de su misma vida, y su director el famoso Turgot. Sintiendo algunos prenuncios de su cercana muerte se confesó generalmente

con él; y conforme se iba acercando á su fin, iba tambien sensiblemente creciendo su fervor.

Debilitáronse sus fuerzas con la aplicacion al trabajo y con el rigor de tantas penitencias; rindióse a la cama; mas no por eso fueron menos activos su amor de Dios, su celo y su caridad con los pobres. En este tiempo quiso el Señor acabar de purificarla con una afliccion muy sensible. Hallábase á la sazon en guerra el rey Malcolmo con Guillelmo el Rojo, rey de Inglaterra, y habia entrado con poderosas fuerzas en la provincia de Northumberland, para volver á su obediencia los condados de Cumberland y Westmorland, que Guillelmo el Conquistador le habia usurpado; pero fue desgraciadamente muerto con su hijo primogénito el príncipe Eduardo en el año de 1093, al paso del rio Alne. Sintió profundamente la Reina este accidente, para el cual no halló otro consuelo que su Religion y su virtud; pero sobrevivió poco á esta noticia, porque se la excitó luego una calentura, que añadida á los demás achaques la puso en el último peligro. Confesóse, recibió el Viático y la Extremauncion con una devocion muy correspondiente á la santidad de su vida; y habiendo exhortado á sus hijos al amor de la virtud, y á toda su familia á la piedad y devocion cristiana, murió con la muerte de los Santos el dia 10 de junio de 1093. No hubo reina mas sentidamente llorada; llenó de luto su muerte á todo el reino, y en todos los pueblos resonaban los gemidos de los pobres, que lamentaban la pérdida de su madre. Enterróse el santo cuerpo con la solemnidad que acompaña siempre los funerales de los Santos en la iglesia de la Santísima Trinidad, que habia edificado la santa Reina, y en el mismo sitio que ocupaba la capilla donde se habia casado. Fueron tantos los milagros que obró desde luego el Señor para manifestar su santidad, que el papa Inocencio IV la canonizó solemnemente, y la puso en el catálogo de los Santos el año de 1251. A solicitud de Felipe II, rey de España, se condujo al Escorial una parte de sus reliquias y de las del rey Malcolmo su marido, á quien tambien se ha venerado siempre como Santo, donde se colocaron en una capilla que mandó edificar en honra de santa Margarita. Su preciosa cabeza se guarda con la mayor veneracion en la iglesia del seminario escocés de los Jesuitas de Duay.

LOS SANTOS CRÍSPULO Ó CRÍSPOLO Y RESTITUTO, MÁRTIRES.

En las persecuciones de los primeros siglos de la Iglesia, padeció en España tal dia como hoy por confesar la fe, un siervo de Dios lla-

mado Críspulo. En esto concuerdan los Martirologios antiguos, aunque no señalan el lugar donde fue martirizado, ni de esto ha quedado vestigio ó memoria en ninguna de nuestras iglesias.

San Restituto, presbítero y mártir, fue natural, en opinion de algunos autores, de Ilipla ó Elepla, hoy Niebla y Peñaflor, en el arzobispado de Sevilla; pero otros suponen que la patria de este santo Presbítero fue Epora, que hoy es Montoro, en la diócesis de Córdoba.

Interesados algunos críticos en inquirir el motivo por que dan á san Restituto por compañero en el martirio de san Críspulo, nos dicen que la causa de esta equivocacion ha consistido, en haber confundido nuestros Santos nacionales con otros San Críspulo y san Restituto, que padecieron juntos el martirio en Roma.

La variedad con que se aplican las actas de los dichos, que fueron romanos, con las de los nuestros, nada puede valer contra el testimonio de la fiesta que la Iglesia de Sevilla hace hoy á los santos Críspulo y Restituto, como propios de su arzobispado desde el año 1624.

La Misa es en honor de santa Margarita, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatam Margaritam, Scotorum reginam, eximia in pauperes charitate mirabilem effecisti; da, ut ejus intercessione et exemplo, tua in cordibus nostris charitas jugiter augeatur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que hiciste tan admirable á la bienaventurada Margarita, reina de Escocia, por la insigne caridad que ejercitó con los pobres, concédenos que por su imitacion y á su ejemplo se aumente perpetuamente en nuestros corazones el amor á vuestra divina Majestad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *de los Proverbios.*

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitae suae. Quaesivit lanam, et linum, et operata est consolatio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque praedam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á los criados. Reconoció una heredad y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y

Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suae à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terrae. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananaeo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiae, et lex clementiae in lingua ejus. Consideravit semitas domus suae, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam praedicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molestèn á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza; la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

El mérito y el valor de una señora cristiana no se han de apreciar por su hermosura ni por su entendimiento, sino por su virtud: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo.* Todo ese espíritu, toda esa vivacidad es fuego fatuo, brillantez aparente; todo ese desembarazo que hechiza, es ilusion que engaña, relámpago que desvanece. Cuanto mas vivaz es el ingenio, es mas superficial y menos sólido; su misma penetracion le disipa; cuanto mas brilla, tanto menos dura. Ni es menos vana la hermosura; mas consiste en la imaginacion que en la realidad; es una flor que se marchita, una exhalacion que el mas leve soplo la apaga; rara hay que no sea postiza, ninguna que pueda fundar un mérito verdadero; á lo mas es una proporcion de miembros y de facciones, que agrada á los ojos y á los sentidos. Solamente la virtud puede y debe servir de asunto al elogio de una mujer respetable por sus prendas; cualquiera otra alabanza es una insulsa lisonja. Veamos

ya la alta idea que nos da de esto el Espíritu Santo en el magnífico elogio que hace de una mujer.

El temor de Dios, dice, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como el cimiento de todas sus buenas prendas. Teme á Dios, y le ama; una de sus principales ocupaciones es el cuidado de vivir muy acorde con su marido, y de conservar la paz y la union en la familia; sobre todo, su mayor estudio es la vigilancia sobre las costumbres de los domésticos, y la aplicacion a que reine en todo el concierto y el buen órden. Humilde sin afectacion, modesta sin artificio, aseada segun su condicion, pero sin profanidad, inspira en todos su veneracion á la virtud; hácese admirar por su circunspeccion y por su prudencia en todas las palabras; sin salir de los límites de su estado arriba á una eminente santidad. Hizo cosas verdaderamente grandes, dice el Espíritu Santo. *Manum suam misit ad fortia.* Pero ¿qué maravillas fueron estas? Echó mano del huso y de la rueca: *Digiti ejus apprehenderunt fusum.* Admirable leccion para aquellas señoras del mundo que se tendrian por mujeres vulgares si echaran mano de esta labor: *De nocte surrexit, deditque praedam domesticis suis:* madrugaba antes del dia para cumplir mas exactamente con sus obligaciones; no era la menor de sus prendas la puntualidad con que pagaba la soldada á sus criados, y la caridad con que socorria todas sus necesidades; la que usaba con los menesterosos la ganó el corazon de los pobres; el tiempo que no gastaba en las obligaciones del estado, en obras de misericordia y en oracion, le ocupaba en la labor. A esto se reduce la pintura de la mujer perfecta y verdaderamente virtuosa, cuyo elogio hace el Espíritu Santo; añadiendo que una mujer como esta es mas rara y mas preciosa que las perlas que vienen de los últimos ángulos del mundo. ¿Serán muchas las mujeres que se reconozcan á sí mismas en este bello retrato? No se distinguió tanto esta mujer por acciones de mucho ruido; no por seguir caminos extraordinarios, sino por la fidelidad y por la exactitud con que atendió á las obligaciones mas comunes de su estado. ¿Qué excusa tendrán todas las señoras que fueren menos cristianas? Es cierto que no es del gusto de todas aquella devocion que nace y se fomenta en el cumplimiento de las obligaciones mas ordinarias; el retiro, el aire de la casa, la continua vista de la familia y de los hijos no acomodan mucho á no pocas mujeres casadas. En medio de eso esta es la verdadera, la sólida devocion. A la verdad, ella no es devocion muy de la moda; pero ¿dejará por eso de ser muy del agrado de Dios?

El Evangelio es del capítulo XIII *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Solo es sabio el que trabaja sin cesar en el importante negocio de su salvacion.

Punto primero.—Considera que ser sabio es tomar con acierto los medios necesarios y eficaces para llegar á su fin: ignorar cuál sea el último fin es estupidez, es brutalidad; saber cuál es, y no aplicar los medios indispensables para conseguirle, es impiedad, es locura; engañarse en la eleccion, es perderse. Y ¿será sabio, será prudente el que se pierde en el importante negocio de su salvacion?

Mas que tenga un hombre todo el entendimiento posible, tenga penetracion, vivacidad, brillantez, sea hábil en todas las artes, posea todas las ciencias, sea honrado, oficioso, atento, cultivado; si á este hombre le falta conducta, si por culpa suya pierde bienes, honra, for-

tuna; si se pierde á sí mismo para siempre, ese gran ingenio, ese gran hombre es un gran mentecato. La verdadera sabiduría y la verdadera prudencia consiste en saber discernir bien los objetos mas engañosos; en saber distinguir las preocupaciones mas comunes y mas bellamente disfrazadas; en saber hollar las falsas brillanteces que deslumbran; consiste en descubrir los enredos y los artificios del enemigo de nuestra salvacion; en no caer atolondradamente en sus lazos, en no equivocarse ni alucinarse. Dejarse engañar de la mas ligera sombra, de la mas leve apariencia de bien; equivocar una exhalacion instantánea con un astro fijo y luminoso; abandonar un bien real por correr tras otro imaginario y fantástico; ¿no es demencia y lastimosa imbecilidad de entendimiento? Y ¿qué otra cosa se hace en el mundo cuando no se trabaja en el importante negocio de la salvacion? El hombre virtuoso no se engaña, no se alucina; entre esas brillantes exterioridades descubre la vanidad de todos los bienes criados; en medio de ese engañoso esplendor está viendo la nada de esos honores que tanto deslumbran á los hombres del mundo; conoce la caduca inconstancia de esos puestos elevados que á tantos trastornan la cabeza; comprende la brevedad de este puñado de dias alborotados y poco serenos, que componen la mas dilatada vida; y convencido de que en solo Dios se encuentra nuestra felicidad, de que el hombre fue criado para solo Dios, de que ni aun el mismo Dios le pudo criar para otro fin mas alto que para sí, ni otro alguno le pudiera llenar ni satisfacer; á este solo dirige toda su ambicion, no se propone otro fin, ni aspira á otra fortuna que á la de agradar á Dios, de quien solo espera su eterna felicidad, y solo él es su último fin. ¿Qué te parece? Este hombre ¿será sabio? Y ¿merecerá el nombre de tal el que se gobernare de otra manera? Pues, Dios mio, ¡qué errores, qué extravagancias, qué locuras no he cometido yo en toda la conducta que he tenido hasta aquí!

Punto segundo. — Considera que no teniendo en este mundo otro negocio, propio y verdaderamente tal, que el negocio de la salvacion; no habiéndonos echado Dios á este mundo sino para trabajar en este único negocio, y pidiendo este negocio que se dedique á él todo el tiempo y todos los cuidados del mundo, el desatenderle, el olvidarle es la mayor de todas las locuras.

La salvacion es propiamente nuestro negocio personal, es el único negocio nuestro; todos los demás nos son extraños. Serán, si quieres, negocio del estado, del reino, del tribunal, de la guerra, del

comercio, de tu comunidad, de tu familia, de tus hijos, pero no son negocios tuyos; y si al salir de este mundo hiciste bien todos los demas, menos el de tu salvacion, haz cuenta que hiciste el negocio ajeno, y perdiste enteramente el propio. Al contrario; acertaste con el de tu salvacion, aunque todos los demás los hubieses perdido, consuélate, que hiciste tu negocio, y cada cual ha de trabajar para sí. ¡Cosa extraña es que amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexiones sobre esta importante verdad! *Cuarenta años há* (decia un cortesano en la hora de la muerte) *que estoy trabajando en los negocios del rey, y no he trabajado ni un cuarto de hora en el mio.* ¿Será prudencia, será discrecion hacer esto?

La salvacion es nuestro gran negocio, nuestro negocio principal. Ya se sabe que un negocio grande de tal manera se absorbe todo el tiempo, que no deja lugar para pensar en otros; como se salga con aquel, fácilmente se consuela uno, aunque los demás se pierdan. Para salir bien en un negocio grande, todo se pone en movimiento: aplícanse todas las posibles precauciones, todo el pensamiento está ocupado en él; no se acierta á hablar de otra cosa, y siempre se habla de él con la mayor viveza; aprovéchanse los instantes, espíanse las coyunturas, piérdese el sueño y el reposo; olvídanse hasta las necesidades naturales de la vida; córrese á todas partes, y se está en un continuo movimiento. Esto se llama tener juicio, ser hombre prudente, ser sabio. Pues aplica toda esta conducta al negocio de tu eterna salvacion; y pregúntate si has sido sabio, si has sido prudente, si hasta ahora has tenido mucho juicio.

En fin la salvacion es el único negocio verdadero; los demás á quienes el mundo da el nombre de negocios, son juegos de niños; como tales se les mira á la hora de la muerte, como tales los reputarás tú mismo en aquella última hora. ¿Será prudencia ocuparte toda la vida en esas puerilidades, en esos entretenimientos de muchachos, en perjuicio del grande, del único negocio de importancia, que es el de tu eterna salvacion? ¡Qué lástima es ver la seguridad y la serenidad con que desbarran esos imaginarios sabios del mundo! Desengañémonos, no hay hombre sabio sino aquel que trabaja sin cesar, y trabaja eficazmente en el negocio de la salvacion. Es la salvacion aquel tesoro escondido en el campo, aquella preciosa margarita de inestimable valor. Aquel es sabio, que vende todo cuanto tiene para comprar este campo, y para hacerse dueño de esta perla. Así lo hizo santa Margarita. ¿Hubiera sido prudente si se hubiera condenado con todas sus grandes prendas? Y ¿son prudentes los mundanos que tra-

bajan tan poco en asegurar su salvacion? Y ¿habrá algun condenado en el infierno que se persuada haber sido sabio?

Dios mio, pues os dignásteis darme á conocer en qué consiste la verdadera sabiduría, concededme este precioso don; haced que todo mi estudio, todo mi cuidado, todo mi empeño sea el de agradaros, el de caminar á Vos para poseeros eternamente.

JACULATORIAS.—Jerusalen celestial, centro de la felicidad eterna, si me olvidare de tí por dejarme llevar de una falsa alegría en este miserable destierro, que se olvide de mí mi misma mano derecha. (*Psalm.* CXXXVI).

Si no te tuviere siempre en mi memoria; si no prefiriere á todos los gustos del mundo el consuelo de pensar en tí perpetuamente; si viéndome distante de esa dichosa mansion diere lugar á la alegría, que mi lengua se pegue á mi paladar. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Causa admiracion que siendo tantos los que se precian de ser sabios, haya tan pocos que verdaderamente lo sean; porque al fin, no lo es el que todo lo quiere perder, bienes, honra, quietud, y su misma alma. No hay mas que un único negocio que manejar, que dirigir y que gobernar, que es el negocio de la propia salvacion. ¿Será sabiduría descuidar de este negocio, y por descuidar de él perderle entera y eternamente? En medio de eso, esta es la conducta de la mayor parte de los hombres. ¡Oh, y con cuánta razon dijo el Sabio que era infinito el número de los necios! No quieras ser de este número; nunca consideres la sabiduría sino en cuanto tiene conexion con el verdadero Bien. Discurrir con acierto en los negocios temporales: tener aquella moderacion y aquella espera que acreditan juicio, bondad y gratitud; ser hábil en todo lo que se llama negocios del mundo, y no serlo en el de la propia salvacion, ni es, ni fue jamás ser hombre sabio. Forma desde hoy una idea justa de la verdadera sabiduría; díte á tí mismo muchas veces, y repítelo con resolucion delante de todo el mundo: todo aquel que se condena es un ignorante, es un loco. No hay mayor necedad, no hay mayor locura que matarse uno á sí mismo á sangre fria; que echarse en un rio voluntariamente; que despeñarse de un precipicio por su antojo; pues ¿qué otra cosa hace el que voluntarirmente se condena? Pero esta última locura es tanto mayor que la otra, cuanto es mas lamentable la eterna pérdida del alma, que la temporal del cuerpo. Está bien conven-

cido y bien penetrado de esta importante verdad, y no ceses de inspirarla y de imprimirla continuamente en el corazon de tus hijos, de tus amigos, de tus inferiores y de tus criados. Solo es sabio el que se salva.

2 Haz estudio de no alabar sólida y rigurosamente sino á los que saben hacer fortuna para la otra vida. Si se pusiera cuidado en no dejar caer otras máximas delante de los hijos, de los criados y de la familia, seria el mundo un poco mas cristiano, y no se veria en él tanto desórden. Nunca emprendas cosa considerable sin reconocer primero si te servirá de medio para conseguir tu salvacion; emprender cosa que la pueda servir de estorbo, es locura. Si se lee una historia, si oyes hablar de los antiguos, si se refieren las hazañas de los grandes hombres de la antigüedad, nunca dejes de decirte á tí mismo, y tambien á los otros: ¿de qué les sirvieron sus proezas y su gran sabiduría si se condenaron?

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Bernabé, apóstol, natural de la isla de Chipre, y electo por los apóstoles Apóstol de los gentiles juntamente con san Pablo; con el cual recorrió muchos países predicando el Evangelio, cuyo cargo le habian encomendado; por último pasó á Chipre, donde honró su apostolado con un glorioso martirio. Su cuerpo fue hallado por revelacion suya en tiempo del emperador Zenon, y junto con él un ejemplar del Evangelio de san Mateo copiado de su mano. *(Véase su vida hoy).*

El martirio de los santos Félix y Fortunato, hermanos, en Aquileya; los cuales en la persecucion de Diocleciano y Maximiano, puestos en el potro, y después aplicándoles hachas encendidas á sus costados, que se apagaron milagrosamente, les bañaron el vientre con aceite hirviendo; y por último perseverando constantes en confesar á Jesucristo, fueron degollados.

San Parisio, confesor y monje del órden Camaldulense, en Bolonia.

La traslacion de san Gregorio Nacianceno, en Roma; cuyo sagrado cuerpo traido antes de Constantinopla á Roma, estuvo por mucho tiempo depositado en la iglesia de la Madre de Dios en el campo Marzo, y el papa Gregorio XIII lo trasladó con gran celebridad á una suntuosísima capilla que le hizo edificar en la iglesia de San Pedro, y al dia siguiente lo colocó debajo del altar con la debida reverencia.

SAN BERNABÉ, APÓSTOL.

San Bernabé fue judío de la tribu de Leví, y nació en Chipre, donde habia mucho tiempo que se habia establecido su familia; llamóse José ó Joseph hasta después de la Ascension del Salvador, que los

Apóstoles le dieron el nombre de Bernabé, que quiere decir *hijo de consolacion*, por el don particular que le habia dado Dios para consolar á los afligidos, teniendo especial gracia para endulzar las pesadumbres y tranquilizar los corazones. En todo era muy grato, dice san Juan Crisóstomo: bella disposicion, genio apacible, naturalmente liberal, recto, sincero, afable y bondadoso, de una fisonomía muy amable, de bello aire, de modales atentos y cortesanos; en fin, de tanta modestia y compostura, que desde luego se llevaba los corazones.

Su casa era muy acomodada, y así no perdonó á medio alguno para la buena educacion. Prendados sus padres de su amabilidad, de su natural inclinacion á la virtud, y de los talentos que ya manifestaba para las letras, le enviaron á Jerusalen para que las aprendiese bajo el magisterio del célebre Gamaliel, con cuya ocasion conoció á Saulo, que era de su misma edad con corta diferencia, y estudiaba tambien con el mismo maestro. Desde entonces estrecharon los dos aquella amistad que después contribuyó no poco á la conversion de los gentiles.

Al paso que el jóven José iba creciendo en edad, crecia tambien en juicio y en prudencia; no habia mozo mas virtuoso ni mas asentado. Como por su tribu habia nacido destinado al ministerio del templo, todo su estudio era hacerse digno de él con la pureza de las costumbres, siendo toda su ocupacion y todo su entretenimiento la oracion y la leccion de las santas Escrituras. Nunca se le hallaba sino en el templo ó con los doctores de la ley, y en todas partes era conocida y celebrada su virtud.

Hallábase Bernabé en esta gran reputacion cuando el Salvador del mundo se comenzó á manifestar en público con sus milagros. Hallóse presente al que hizo con el paralítico, y como suspiraba tanto por el Mesías, y no le tenian ofuscado las pasiones, conoció luego á Jesucristo; prevenido con la divina gracia se arrojó á los piés del Salvador, y le suplicó le admitiese en el número de sus discípulos; recibióle entre ellos el Señor, y colmóle de gracias con esta dichosa eleccion. Lleno ya Bernabé de caridad y de celo, quiso desde luego dar parte á su familia del tesoro que habia encontrado: tenia en Jerusalen una tia llamada María, hermana de Juan, por sobrenombre Marco; vase derecho á buscarla, anúnciala que habia hallado al Mesías en la persona de Cristo, conviértese toda la familia, y desde entonces fue aquella casa el hospedaje de Cristo en Jerusalen, y después que subió á los cielos el asilo de sus Apóstoles y de sus discípulos.

Admitido nuestro Santo en el número de los setenta y dos, corria las villas y las aldeas anunciando al Salvador, y autorizando con muchos milagros su predicacion. Nunca desmintió el celo y el amor que profesaba á su divino Maestro, ni le entibió su afrentosa muerte, antes sirvió para apretar mas el indisoluble lazo con que estaba unido al Salvador; de lo que dió presto grandes pruebas.

Era dueño de una posesion muy rica cerca de Jerusalen; vendióla después de la venida del Espíritu Santo, y puso todo el precio á los piés de los Apóstoles para que fuese distribuido entre los pobres. Sabiendo que su antiguo condiscípulo Saulo, movido de un falso celo, era enemigo mortal de los discípulos de Cristo, tuvo muchas conferencias con él; probóle invenciblemente la divinidad del Salvador: convenciólo, pero no le convirtió; porque Jesucristo se habia reservado á sí mismo esta conquista. Vuelto san Pablo á Jerusalen después de su famosa conversion, buscó luego á Bernabé; y habiéndole referido todo lo que le sucedió en el camino de Damasco y con Ananías, le rogó que le presentase á los Apóstoles, previniéndoles que de perseguidor de Jesucristo se habia convertido en predicador de su nombre.

Cuatro ó cinco años después vinieron á Antioquía algunos fieles de la isla de Chipre y de la ciudad de Cirene en África, los cuales convirtieron gran número de gentiles con sus palabras y con sus milagros. Llegó esto á noticia de los Apóstoles, y al punto enviaron á Bernabé á Antioquía para que fortaleciese en la fe á aquellos nuevos creyentes. Como era hombre bueno, dice san Lucas, lleno del Espíritu Santo, poderoso en obras y palabras, en poco tiempo hizo prodigiosas conversiones. Creciendo cada dia la miés, eran menester nuevos obreros; y sabiendo que san Pablo se habia retirado á Tarso de Cilicia después de su viaje á Jerusalen, pasó á buscarle, y le trajo consigo á Antioquía. Por espacio de un año trabajaron los dos en ella con tanta felicidad, que los que creian en Jesucristo comenzaron desde entonces á llamarse cristianos, no avergonzándose ya del Evangelio.

Por este tiempo vino á la misma ciudad de Antioquía el profeta Agabo, que fue uno de los evangélicos; y habiéndose pronunciado una hambre universal, recelosos los cristianos antioquenos de la necesidad que habian de padecer los fieles que estaban en Judea, resolvieron socorrerlos, cada uno segun su posibilidad, y rogaron á san Bernabé y á san Pablo que les llevasen este socorro. Á la vuelta se trajeron consigo á Antioquía á Juan, por sobrenombre Marco,

primo de san Bernabé y discípulo suyo, como le llama san Gerónimo.

Mientras Bernabé y Pablo trabajaban en la viña del Señor en Antioquía con Simon, llamado el Negro, con Lucio el de Cirene, y con Manahen, hermano de leche de Herodes, á los cuales llama la Escritura profetas y doctores, escogió Dios á Pablo y á Bernabé para apóstoles de los gentiles de un modo maravilloso. Estaban juntos un dia los ministros del Señor para celebrar los divinos misterios, y el Espíritu Santo ordenó por la boca de los Profetas, que Pablo y Bernabé fuesen segregados para emplearse en el ministerio á que los tenia destinados, que era anunciar á los gentiles el Evangelio. Luego fueron consagrados por la imposicion de las manos, que elevándolos á la dignidad de apóstoles, los llenó de los dones del Espíritu Santo, y les confirió la plenitud del sacerdocio. Este era entonces, dice san Crisóstomo, el modo de conferir los órdenes á los ministros públicos de la Iglesia, precedido frecuentemente de revelaciones y de un mandato expreso del Señor; pero siempre acompañado de ayunos, del santo sacrificio y de oraciones, confiriéndose siempre la gracia por la imposicion de las manos.

Recibida la mision, partió san Bernabé con san Pablo para Seleucia; desde allí pasaron á la isla de Chipre, donde dieron principio á las funciones de su apostolado; predicaron la fe de Jesucristo en Salamina con un fruto nunca oido; corrieron lo restante de la isla, y llegaron á Pafos, donde confundieron á un mago, judío de profesion, llamado Elimas, que se metia en profetizar lo que estaba por venir. De Chipre se encaminaron á Panfilia, y de allí á Perge, donde Juan Marco, no pudiendo ya con las fatigas del camino, se despidió de ellos, y se volvió á Jerusalen. Afligió mucho á los dos Apóstoles la ausencia de este querido discípulo, y mas cuando por no ser gravosos á ninguno se veian precisados á mantenerse con el trabajo de sus manos. Continuaron su viaje al Asia, y llevaron el Evangelio á Antioquía de Pisidia, donde consintieron en ser apedreados. Algunas mujeres judías que hacian profesion de piadosas, animadas de sus falsos doctores, que no podian sufrir las muchas conversiones que hacian los Apóstoles, los echaron de la ciudad; y en esta ocasion fue cuando volviéndose san Pablo y san Bernabé hácia aquellos endurecidos corazones, que no querian recibir el Evangelio, les dijeron en tono y con autoridad apostólica: *A vosotros primeramente debiamos anunciar la palabra de Dios; pero, pues, ciegos la despreciais, y os haceis indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á*

los gentiles. (*Act.* XIII). Sacudieron el polvo de los zapatos, abandonaron aquel país, y se encaminaron á Iconia, hoy Cogni, donde convirtieron algunos judíos y muchos idólatras. Pasaron á Listris ó Listria, ciudad de Licaonia, donde obraron tantas maravillas, que admirados los paganos tuvieron á Bernabé por el dios Júpiter, á causa de su bella presencia, y á Pablo por Mercurio, notando que siempre hablaba el primero; en cuya consideracion condujeron algunas víctimas á sus piés para ofrecerles sacrificios. Compadecidos los Apóstoles de su ceguedad, rasgaron sus vestiduras, y les dijeron: *¿Qué haceis, amigos, qué haceis? ¿no veis que somos hombres mortales como vosotros, que venimos á exhortaros dejeis esas supersticiones, y á que reconozcais al solo verdadero Dios, que crió el cielo y la tierra?* (*Act.* XIV). Costóles mucho trabajo el hacérselo creer; pero llegando á la sazon algunos judíos de Iconia, persuadieron al pueblo que los dos extranjeros eran dos insignes impostores, y todos sus aparentes milagros efectos del arte mágica. En un instante pasaron los idólatras de un extremo á otro; arrojáronlos á pedradas de la ciudad, faltando poco para que san Pablo pereciese en ella; y el dia siguiente tomaron los dos el camino de Derba.

En medio de todos estos trabajos se multiplicaba el número de los fieles; corrieron toda la Licaonia y la Pisidia; llegaron á Panfilia, predicaron en Perga, y después en Atalia, haciendo en todas partes portentosas conversiones, y fundando iglesias en todas; en fin, se restituyeron á Antioquía, donde contaron á los hermanos las maravillas y los prodigios que Dios habia obrado para acreditar su ministerio entre los gentiles, y en todos los lugares donde habian anunciado el Evangelio.

No fue menos laboriosa la estancia de san Bernabé en Antioquía, que lo habian sido sus viajes; no permitiéndole tomar algun descanso el ardiente celo que tenia por la salvacion de las almas. Hizo tambien algunas apostólicas excursiones en la Tracia y hasta Iliria, adelantando nuevas conquistas á Jesucristo. Algunos judíos recien convertidos, animados de un excesivo celo por las ceremonias antiguas, pretendian que á todos los fieles se les debia sujetar al yugo de la ley, y que la de Jesucristo no dispensaba la de Moisés. Esto puso en precision á Pablo y á Bernabé de hacer un viaje de Antioquía á Jerusalen, donde asistieron al concilio de los Apóstoles, y fueron reconocidos los dos por apóstoles de los gentiles. En el mismo concilio hicieron públicamente los dos Santos una puntual relacion de los asombrosos progresos que hacia todos los dias la fe entre los genti-

les, y de la felicidad con que se iba levantando la Iglesia sobre las ruinas de la idolatría.

Al oir tantas maravillas Juan Marco, primo de san Bernabé, arrepentido de su inconstancia y de su cobardía, protestó que ya nunca se apartaria de su lado, y desde entonces se hizo su discípulo. Volvieron los dos Apóstoles á Antioquía, y allí se separaron para ir cada uno á su mision: Pablo, tomando por compañero á Sylas, se dirigio al Asia; y Bernabé, en compañía de Juan Marco, partió á Chipre, donde muy en breve con su suavidad y con sus amabilísimos modales, tan propios para ganar los corazones, convirtió toda la isla á la fe de Jesucristo.

No podia encerrarse en los estrechos límites de ella un celo tan fervoroso y tan activo; extendióse mucho mas allá, y aun se asegura que llegó á Italia el santo Apóstol, gloriándose la célebre iglesia de Milan de haberle logrado por su primer apóstol. Vuelto á Chipre, confirmó en la fe á los Cristianos, aumentó el número con nuevas conversiones, é hizo muy floreciente aquella iglesia. No faltaba otra cosa á la gloria de nuestro Santo, que coronar con el martirio los trabajos de su apostolado; pero no tardó mucho en conseguir esta gracia. Irritaron á los judíos las insignes conversiones que hacia, y resolvieron librarse de él. Revelóselo Dios, como tambien el dia de su muerte, y se preparó con nuevo fervor para ser víctima de aquel sacrificio. Llegado el dichoso dia, muy de mañana ofreció á Dios el del altar, dando órden á Juan Marco de que se retirase, y no volviese sino á dar sepultura á su cuerpo. Los ancianos de la sinagoga de Salamina representaron al pueblo que las conquistas que hacia Bernabé á Jesucristo arruinaban la religion de Moisés, y faltaba poco para que la sinagoga se convirtiese en un desierto. Excitóse una sedicion popular, y echando mano del Apóstol, le arrastraron hasta fuera de la ciudad, donde le quitaron la vida á pedradas el dia 11 de junio, hácia el año 70 de Jesucristo; y con esta preciosa muerte terminó su gloriosa carrera nuestro gran Santo. Quisieron después quemar su cuerpo; pero su querido discípulo Juan Marco acudio la noche siguiente con otros cristianos, y hallándole entero, le dió sepultura á ciento veinte pasos de la ciudad.

Sobreviniendo poco tiempo después la persecucion, se olvidó el lugar de la sepultura, hasta que convertidos á la fe los Emperadores se hizo tan célebre con los milagros, que le llamaban *el sitio de la salud*. En fin, por los años 488, en tiempo del emperador Zenon, se descubrieron las preciosas reliquias por un sueño en que el mismo

Santo se las reveló á Antemo, obispo de Salamina. Formóse una procesion de todo el clero, seguido de toda la ciudad, que se encaminó al sitio que el Santo habia revelado; cavóse en él, y se encontró el santo cuerpo en una especie de gruta, teniendo sobre el pecho el Evangelio de san Mateo, escrito todo de mano del mismo san Bernabé. Envió Antemo este ejemplar al emperador Zenon, que le mandó guarnecer en láminas de oro, y guardar respetuosamente en su palacio. Después hizo edificar una magnífica iglesia en honor de san Bernabé en el mismo sitio donde se habia encontrado aquella preciosa reliquia, colocando el sepulcro del Santo al lado derecho del altar, enriquecido con relieves de plata y con grandes columnas de mármol.

Asegura san Gerónimo que san Bernabé escribió una epístola llena de edificacion para toda la Iglesia, en la cual prueba la abolicion de la ley por el Evangelio de Jesucristo, la inutilidad de las ceremonias legales, y la necesidad de la encarnacion y la muerte del Salvador, con otras instrucciones doctrinales muy provechosas. Dirigíase á los hebreos, esto es, á los judíos que habian abrazado la religion cristiana, pero que todavía estaban muy pegados á las observancias ceremoniales de la ley; en ella se califica el Santo á sí mismo *el último, y la escoria* de los mismos á quienes escribe, encomendándose en sus oraciones. Aunque esta epístola no está recibida por canónica, la citan muchas veces san Clemente Alejandrino, Tertuliano y Orígenes, que la llama *epístola católica*, esto es, dirigida á toda una nacion, y no á alguna iglesia ó persona particular.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos beati Barnabae apostoli tui meritis et intercessione laetificas; concede propitius, ut qui tua per eum beneficia poscimus, dona tuae gratiae consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios que nos consuelas con la intercesion de tu bienaventurado apóstol Bernabé, concédenos benigno, que consigamos por tu gracia aquellos beneficios que os pedimos por su ruego. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XI *y* XIII *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis: Multus numerus credentium Antiochiae conversus est ad Dominum. Pervenit autem sermo ad aures Ecclesiae quae erat Jerosolymis super istis: et miserunt Barnabam usque ad Antiochiam. Qui cum pervenisset, et vidisset gratiam Dei,

En aquellos dias: Gran número de gente en Antioquía habiendo creido, se convirtió al Señor. Y esta noticia llegó á oidos de la Iglesia que estaba en Jerusalen; y enviaron á Bernabé hasta Antioquía. El cual, habiendo llegado y visto la gracia de Dios, se alegró: y

gavisus est, et hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino: quia erat vir bonus, et plenus Spiritu Sancto, et fide. Et apposita est multa turba Domino. Profectus est autem Barnabas Tarsum, ut quaereret Saulum: quem cum invenisset, perduxit Antiochiam. Et annum totum conversati sunt ibi in Ecclesia: et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiae discipuli christiani. Erant autem in Ecclesia, quae erat Antiochiae prophetae, et doctores, in quibus Barnabas, et Simon, qui vocabatur Niger, et Lucius Cyrenensis, et Manahem, qui erat Herodis Tetrarchae collactaneus, et Saulus. Ministrantibus autem illis Domino, et jejunantibus, dixit illis Spiritus Sanctus: Segregate mihi Saulum et Barnabam in opus, ad quod assumpsi eos. Tunc jejunantes, et orantes, imponentesque eis manus, dimiserunt illos.

exhortaba á todos á permanecer en el Señor con constancia de corazon; porque él era hombre de bien, y lleno de Espíritu Santo y de fe. Y se adquirió gran multitud de gente para el Señor. Bernabé, pues, se partió para Tarso en busca de Saulo; y habiéndole encontrado, le condujo á Antioquía. Y se mantuvieron en aquella iglesia un año entero, y enseñaron á una gran multitud, de manera que en Antioquía fueron los primeros discípulos que se llamaron cristianos. Y habia en la iglesia de Antioquía profetas y doctores, entre los cuales Bernabé y Simon, llamado el Negro, y Lucio de Cirene, y Manahen, hermano de leche de Herodes tetrarca y Saulo. Mientras éstos ofrecian al Señor los sagrados misterios, y ayunaban, les dijo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y Bernabé para la obra á que los tengo destinados. Entonces después de haber ayunado y orado, imponiéndoles las manos, los despidieron.

REFLEXIONES.

Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que yo los he destinado. El Espíritu Santo es el que habla; el mismo Dios es el que los escoge para las funciones del sagrado ministerio; con semejante vocacion, ¿cómo podian dejar de ser poderosos en obras y en palabras? Por eso nunca se vieron misiones mas provechosas, celo mas eficaz, ni tantas conversiones. Y ¿qué no harian tambien todos los dias los ministros del Señor si se dedicaran siempre al sagrado ministerio por eleccion del Espíritu Santo? El ministerio siempre es verdaderamente divino: pero ¿es siempre verdaderamente divina la vocacion? ¿es siempre Dios el que llama á ese muchacho al servicio del altar? ¿es Dios el que le separa para sí? ¿es Dios el que le escoge para ese ministerio? ¡Ah, y cuántas veces no hay otra vocacion que la ambicion y la codicia! ¿Es el segundo ó el tercero de la casa? pues dedíquese á la Iglesia: si no tiene vocacion, sus padres la tienen por él: si le faltan los talentos necesarios para el cumplimiento de las graves obligaciones del estado, no importa, ya tendrá habilidad para coger las rentas del beneficio. En la prelacía solo se atiende á

las conveniencias temporales; el esplendor lisonjea la ambicion, y la opulencia á la codicia. Basta muchas veces que un jóven sea de mala figura, de poco espíritu, de corto entendimiento, que le falten aquellas prendas que brillan en el mundo, para que se le destine al estado eclesiástico. Dásele á Dios no pocas veces el desecho de las familias, y determina los estados la inclinacion de los parientes. Mas que llame Dios á un jóven al estado religioso; mas que su vocacion sea la mas fuerte, la mas indubitable; á nada de eso se atiende, solo se mira la predileccion de los padres y el interés de la familia. Basta que haya nacido el segundo para no dudar que se le ha de destinar á la Iglesia, y al formidable ministerio de los altares; pero si las cosas se mudaren, tambien se mudará su vocacion. No tiene dote una doncella: esto basta para que los padres se crean movidos del espíritu de Dios para decir que ha de ser religiosa: mas ¿tiene un dote considerable, es la heredera de la casa? pues su amor al retiro y su inclinacion al claustro es una conocida tentacion. Pregunto: ¿Es Dios el que preside á las elecciones de uno y de otro estado? ¿es el espíritu de Dios el que hace este repartimiento? De ningun modo: es una ciega predileccion, es la ambicion, es el interés, es el favor, es el derecho del nacimiento los que sin consultar á Dios deciden soberanamente de la suerte de los hijos; y en estos son miras y respetos puramente naturales los que les hacen tomar gusto á las mas sagradas dignidades, á las funciones mas graves del tremendo ministerio: y nos admirarémos que se les trastornen las cabezas á los que están en los empleos mas altos; de que el pan de la palabra de Dios no tenga fuerza ni sustancia en la boca de aquellos que no fueron escogidos de Dios para repartirle; de que el sacerdote se confunda con el lego por el desórden ó por la irregularidad de sus costumbres; de que los pastores de Israel se apacienten á sí mismos, en lugar de apacentar el rebaño, como se explica el Profeta; de que los cargos que hacia Dios en otro tiempo á los ministros de la ley antigua vengan tan ajustados á los de la ley nueva: *Lac comedebatis, et lanis operiebamini:* comíais la leche de mis ovejas, y os abrigábais con su lana: *et quod infirmum erat non consolidastis;* pero no os aplicábais á curar las fracturas de las perniquebradas, ni á limpiar las llagas de las que estaban heridas: *et quod aegrotum erat non sanastis;* ni á aplicar medicinas á las enfermas, ni á levantar las caidas, ni á buscar las que se habian perdido y descarriado, dejándolas perecer miserablemente: *et quod perierat non quaesistis:* reduciéndose todo vuestro cuidado á dominarlas con severidad y con al-

lanería : *cum austeritate imperabatis eis, et cum potentia.* De esta manera se esparcieron mis pobres ovejas, y fueron devoradas por el lobo : *dispersae sunt oves meae.* Pero yo os juro por mí mismo, dice el Señor, que pediré á esos indignos pastores la estrecha y terrible cuenta de las ovejas que dejaron perder, y del rebaño de que tanto descuidaron : *Vivo ego, dicit Dominus : requiram gregem meum de manu eorum.* Estos son los funestos efectos de esas vocaciones puramente humanas; esto es lo que producen esas instrucciones, esos destinos al estado eclesiástico sin vocacion.

El Evangelio es del capítulo x *de san Mateo.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. Estote ergo prudentes sicut serpentes, et simplices sicut columbae. Cavete autem ab hominibus. Tradent enim vos in conciliis, et in synagogis suis flagellabunt vos: et ad praesides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis, et gentibus. Cum autem tradent vos, nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini: non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis. Tradet autem frater fratrem in mortem, et pater filium: et insurgent filii in parentes, et morte eos afficient: et eritis odio omnibus propter nomen meum: qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos : Hé aquí que yo os envio como ovejas en medio de los lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Pero guardaos de los hombres; porque os harán comparecer en los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados por mi amor delante de los presidentes y de los reyes como testigos contra ellos y contra las naciones. Pero cuando os hagan comparecer no penseis del cómo ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que habeis de hablar. Porque no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano, pues, entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra sus padres y los harán morir : y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre ; pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

De la prudencia cristiana.

Punto primero.—Considera que la prudencia cristiana es aquella importante virtud que enseña á arreglar la vida y las costumbres segun las máximas de la ley de Dios, y á dirigir las palabras y las obras segun las reglas de la fe y de la religion que profesamos ; sin ella ni hay honradez, ni hay virtud, ni hay mérito ; sin ella todo es descamino, y sin esta luz cada paso es un tropiezo.

No hay cosa mas flaca ni mas falsa que la prudencia del mundo; todo su estudio tira á alucinarnos; yerra los fines, y desacierta los medios, con que por precision todas sus lecciones han de parar en engañarnos. ¡Qué dignos son de lástima los que se dejan conducir de semejante guia! fines torcidos, medidas desconcertadas, quimeras fantásticas, discursos falaces, manantial inagotable de disgustos y de arrepentimientos, estos son los funestos pero necesarios efectos de la prudencia de la carne. Mira como á un solo golpe de viento se desvanecen todos esos vastos proyectos de fortuna.

Considera bien esas medidas tomadas con tanto estudio, conducidas con tanta habilidad, sostenidas con tanto arte; por lo comun, si no siempre, se halla que se tomaron mal, y que no alcanzan. Nuestras luces son muy limitadas, nuestra destreza muy corta, y todas nuestras fuerzas no bastan para evitar los escollos en que se va á estrellar toda la prudencia humana. Es menester eleccion, prevision, discernimiento; es menester no perder jamás de vista la regla de las costumbres, la brevedad de la vida, la inmutabilidad de nuestro último fin; es menester conocer la vanidad, descubrir la falsa brillantez, comprender la nada de esos bienes criados que nos encantan: y esto ¿quién lo puede hacer sino sola la prudencia cristiana, que sabe sola representar los objetos como verdaderamente son, y ella sola sabe tomar las medidas justas?

¡Cosa extraña! toda la vida se está estudiando, toda se pasa en una continua agitacion, toda se consume en llegar cada uno á sus fines; artificios, sutilezas, enredos, disimulaciones, de todo se echa mano para hacer cada uno su fortuna. Prudencia humana, falsa prudencia, que cada dia se está Dios complaciendo en confundir por esas muertes imprevistas, por esas desgracias no esperadas, por esas súbitas revoluciones, que en menos de nada trastornan tanto las familias. ¡Qué lástima, ó por mejor decir, qué cosa mas risible que ver los afanes, las fatigas de los hijos de Noé para inmortalizar su nombre levantando una fortificacion contra la cólera del cielo, fabricarse un asilo contra todas las desgracias! ¡Qué necedad apoyarse en solos sus brazos! ¡contar con solo su crédito, con el poder de sus amigos, con el favor de sus protectores, con la virtud de sus riquezas, con la felicidad de su fortuna, y con los arbitrios de su habilidad y de su industria! *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam:* si el Señor no entra en nuestros proyectos, si no es el único fin y el móvil principal de todas nuestras empresas, si él mismo no fabrica nuestra fortuna, de nada sirven todas nuestras di-

ligencias y medidas. ¡Mi Dios, qué necedad la de fundarnos en nuestra prudencia!

Punto segundo.—Considera que solamente la prudencia cristiana, esto es, aquella prudencia que únicamente se apoya en los principios de la Religion, que solo sigue las luces de la razon alumbrada por la fe, que no tiene otra regla que las máximas del Evangelio; solamente esta prudencia no se descamina, solo ella es verdadera, sola puede hacer nuestra fortuna para el tiempo y para la eternidad. Ella sola posee el arte de aprovecharse igualmente de los bienes y de los males de esta vida: consígase ó no se consiga lo que se pretende, cuando solo se obra movido de un espíritu cristiano, y segun la prudencia del Evangelio, sálgase bien ó sálgase mal de lo que se intenta, si no se lograre la aprobacion de los hombres, se logra siempre la de Dios, que lleva cuenta fiel de todos nuestros pasos. Los Santos jamás conocieron otra prudencia; es cierto que no siempre votaron en favor de sus acciones los hijos de este siglo; pero al fin ¿quién no quisiera haber sido tan discreto y tan prudente como lo fueron los Santos?

Es verdad que la prudencia cristiana ignora todas esas sutilezas del ingenio humano, que tantas veces se burla de los corazones sencillos; ignora esas delicadas máximas de refinada política, que tal vez se adelantan á registrar y á revolver lo futuro, haciendo burla de la rectitud y de la simplicidad de una conciencia timorata; ignora todas esas bajezas, que son propias de una alma esclava de sus pasiones; todos esos artificios con que se pretende hacer fortuna, y tener la vanidad de que sea obra de la propia industria. Pero Dios reprueba y confunde esta prudencia: la prudencia cristiana tiene cimientos mas firmes, sigue guias mas seguras, y no engaña á los ojos mundanos. Acompáñala siempre la modestia, la humildad, el desinterés y el espíritu de religion, que continuamente le están inspirando moderacion y cordura. Es cierto que la hacen parecer menos brillante; pero ¿qué mérito no atesora? ¿qué consuelo y qué tranquilidad no la produce, tanto para esta vida como para la otra? Ríese el mundo alguna y muchas veces de la rectitud y de la buena fe de las almas timoratas; ríese de su franqueza y de su sinceridad; trata de imbecilidad la delicadeza de conciencia, ó cuando menos, de apocamiento de espíritu. Pero ¿se pensará lo mismo cuando se vea que esos ánimos apocados, esos imaginados simples poseyeron la ciencia de los Santos, y obraron segun el espíritu de Dios; que fueron sa-

bios á sus divinos ojos, y que solos ellos fueron prudentes y discretos? Es verdad que esta prudencia no sabe qué cosa es mentira ni artificio; que sacrifica á la conciencia y á la Religion todos los intereses; que ignora toda doblez y toda superchería; pero ¿será menos respetable por eso? ¿será menos segura? y ¿merecerá el nombre de prudente la conducta contraria que sigue la mayor parte del mundo? ¿no es una insigne locura? Y cualquiera que siga otra prudencia que la prudencia cristiana, ¿no será un pobre insensato?

Sin duda, mi Dios, sin duda; y hago esta sincera confesion con un íntimo dolor de mi desacertada conducta. Detestò con toda el alma esa desdichada política, esa perniciosa prudencia, esa falsa sabiduría. Vuestra ley, mi Dios, vuestros mandamientos, vuestro Evangelio, vuestras máximas, esa será de hoy en adelante toda mi política, toda mi prudencia y toda mi conducta; pero, divino Maestro mio, todo ha de ser con vuestra gracia, porque sin ella á nada se reducen todas mis resoluciones.

JACULATORIAS. —Dichosos aquellos que van por el camino de la inocencia, y caminan fielmente por el sendero de la ley santa de Dios. (*Psalm.* CXVIII).

Dichosos los que solo estudian en saber la voluntad de Dios para cumplirla, para no apartarse de ella. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas perjudicial á la verdadera virtud que la falsa prudencia; prudencia mundana, prudencia carnal, toda natural, que ni ve sino por los ofuscados ojos de la humana razon, ni juzga sino por el órgano falaz de los sentidos, ni tiene otro primer principio que el errado dictámen del amor propio. Tal es la prudencia que hoy reina en el mundo, y algunas veces tambien aun en los claustros religiosos: solamente se consulta á lo que se llama *buen juicio;* no se siguen otras luces que las débiles y oscurecidas del propio dictámen, ni se hace juicio de las cosas sino por las desacertadas máximas de la prudencia humana. Y como á las de Jesucristo, á las del Evangelio y á las de la fe, ni se las consulta, ni aun se las oye en su tribunal, siempre pierde el pleito en él la Religion. Todo se mide, todo se arregla, todo se ajusta á la perniciosa prudencia de la carne, la cual hace filósofos, pero no cristianos. Guárdate bien de seguir semejante guia, que siempre te descaminará; discurre en buen hora en todos los asuntos segun las luces de un entendimiento dere-

cho y de un juicio sano; pero jamás pierdas de vista en tu modo de discurrir los principios de la fe y las luces del Evangelio; estas han de purificar aquellas; sin las primeras todo lo que se llama *buen juicio* es mera ilusion, es extravagancia. En tanto serémos hombres de buen juicio, en cuanto nuestro espíritu se conformare con el de Jesucristo. Has de tener siempre esta verdad por un primer principio.

2 Desconfía siempre mucho de tu propio parecer, de tu imaginario buen juicio, y de todos tus alcances: la pasion, el amor propio y el interés todo lo ciegan; por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazon. Nunca te fíes de aquella prudencia mundana que con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atencion y de necesidad, favorece siempre á la pasion y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvacion. ¿Tratas de resolverte á algun negocio de consecuencia y de importancia? Da principio consultándolo con Dios, y pidiendole que te alumbre: después examina con madurez todas las circunstancias y todas las razones; pero discurriendo siempre con respecto á tu último fin, que en todas las cosas ha de ser tu primer principio. Considérate en la hora de la muerte cercano ya á dar cuenta de aquel negocio que quieres emprender; mirale ahora como le mirarias entonces; y en fin, no emprendas cosa alguna considerable sin haberla consultado primero con un sabio y santo director.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

San Juan de Sahagun, confesor, del órden de los Ermitaños de san Agustin, en Salamanca en España; fue esclarecido por su celo por la fe católica, y por su santa vida y milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

El tránsito de los santos mártires Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, soldados, en Roma en la via Aurelia; los cuales en la persecucion de Diocleciano y de Maximiano fueron encarcelados por el prefecto Aurelio, porque confesaban el nombre de Jesucristo; después fueron despedazados con escorpiones, y por último degollados. *(Véase su historia en las de hoy).*

Santa Antonina, mártir de la misma persecucion, en Nicea de Bitinia; la cual por órden del prefecto Prisciliano fue azotada con manojos de varas, puesta en el potro, descarnada por los costados, abrasada en las llamas, y por último degollada.

San Olimpio, obispo, en Tracia; el cual fue depuesto de su silla por los Arrianos, y murió confesor de la fe.

San Leon III, papa, en Roma, en la basílica de San Pedro, á quien le sacaron los ojos, y le cortaron la lengua unos facinerosos, y Dios se lo restituyó todo milagrosamente. *(Subió á la silla de san Pedro después de Adriano I en*

el año 793. Habiendo estallado en 799 una conjuracion contra su persona, se apoderaron de él, lo llevaron prisionero al monasterio de San Silvestre, y le maltrataron hasta el punto de cortarle la lengua y sacarle los ojos. El Señor, sin embargo, por un prodigio conservó á Leon los ojos y la lengua, de suerte que cuando llegaron los fieles que habian acudido á su defensa, lo hallaron cantando himnos. Sus amigos le acompañaron á Francia, y con los socorros que Carlomagno le dió pudo volver á Roma, donde vivió despues tranquilamente hasta su muerte, que acaeció el año 816. El pontificado de san Leon es de los mas gloriosos en la historia de la Iglesia).

San Amfion, obispo, en Cilicia; el cual fue un ilustre confesor en tiempo de Galerio Maximiano.

San Onofre, anacoreta, en Egipto; el cual vivió santamente por espacio de sesenta años en un áspero desierto ejercitándose en obras piadosas, y esclarecido en virtudes y méritos voló al cielo: el abad Pafnucio escribió su admirable vida. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN BASÍLIDES, CIRINO, NABOR Y NAZARIO, MÁRTIRES.

Entre aquella portentosa innumerable multitud de invictos Mártires con que ilustró á la santa Iglesia la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano, no ocupan el inferior ni el menos glorioso lugar los santos Basílides, Ciriano, Nabor y Nazario, cuatro bizarros jóvenes, todos caballeros romanos, tan señalados por sus prendas personales como por su ilustre nacimiento, pero mucho mas por la incomparable dicha de haber profesado la fe de Jesucristo. Siendo la carrera de las armas la única que correspondia á hombres de su distincion, y estando obligados á servir todos los caballeros romanos, los cuatro tomaron partido en los ejércitos de los Emperadores, y todos eran oficiales en el que mandaba en Italia Majencio, en quien su padre Maximiano habia renunciado el imperio, aun viviendo todavía Diocleciano.

Informado Majencio de que los Cristianos favorecian el partido de Constantino, proclamado emperador por el ejército de Inglaterra, él mismo fingió serlo para atraerlos á su servicio, y mandó cesar las pesquisas que en todas partes se hacian contra ellos; breve intervalo en que respiraron los fieles algun tanto de tan dilatada persecucion, que tenia inundado al mundo en sangre y en carnicería; pero duró poco la calma. Sufocó el tirano Majencio la rebelion de Alejandro, que se habia hecho proclamar emperador por las legiones de África, y pareciéndole á su orgullo que ya no tenia que temer á los Cristianos, se quitó la máscara, se declaró su enemigo, y los persiguió con extraordinario furor. En la persecucion de este implacable enemigo del cristianismo señalaron su fe nuestros cuatro campeones,

acreditando la Religion con aquella heróica constancia con que se burlaron de los mas crueles tormentos, y premiándosela el cielo con la triunfante corona del martirio.

Por los años de 309 renovó el tirano los sangrientos edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la Religion, mandando se hiciesen las mas exactas pesquisas de todos los que la profesaban. Ni Basílides y sus tres animosos compañeros eran tan cobardes ó tan tímidos que la quisiesen disimular, ni la pública y abierta profesion que hacian de ella podia nunca encubrirse; por lo que viendo que la tempestad iba á descargar sobre su cabeza, se previnieron al combate, y desprendiéndose de sus opulentos bienes, los distribuyeron todos entre los pobres.

Comenzaron por héroes de la caridad, para pasar luego á ser mártires de la fe. Dieron noticia á Aurelio, prefecto de la ciudad de Roma, de que habia en el ejército cuatro oficiales, tan léjos de avergonzarse de ser cristianos, que hacian ostentacion de serlo, despreciando con insolencia los edictos imperiales en punto de religion, y haciendo solemne burla de los dioses del imperio.

Quiso verlos el Prefecto; recibiólos con estimacion y con agrado, diciendo que los habia llamado para informarse de su misma boca de un hecho que les interesaba, y que él no podia creer: *Dícese por ahí*, continuó Aurelio, *que todos cuatro sois cristianos; téngolo por impostura, pues no me puedo persuadir que unos caballeros de vuestra edad, de vuestras obligaciones y de vuestros grandes talentos; unos oficiales de los primeros que cuenta y que respeta el ejército de los Emperadores, tan acreedores á esperar todo cuanto se puede esperar de su favor, como expuestos á temer todo cuanto se puede temer de su desgracia, sean capaces de caer en las ridículas extravagancias de los Cristianos, tantas veces proscritos por los Emperadores, y cuyo solo nombre se oye con horror, y suena como infamia en todo el romano imperio. El hecho es tal, que para justificaros conmigo no necesitais de mucha apología: sobrados honor y entendimiento para no incurrir jamas en la vileza y en la locura de ser cristianos. En medio de eso, como esta maliciosa voz se ha extendido demasiado, tengo por preciso que vengais conmigo al templo: diligencia que solo ella bastará para disipar una calumnia en que anda la grosería mezclada con la malignidad.*

Habló Aurelio con tanta satisfaccion, y al mismo tiempo con tanta rapidez, que no dió lugar ni aun con una breve pausa á que nuestros Santos le pudiesen responder; mas luego que cesó de hablar tomó la voz san Basílides, como el menos mozo de los cuatro, y

le dijo: *Nunca se debe tratar de calumnia una verdad que hace honor; dijéronte que éramos cristianos, y te dijeron la verdad. Ni podemos negar, ni debemos avergonzarnos de profesar una religion que es únicamente la verdadera. Sí, Aurelio, publicamos y publicarémos á gritos que no hay otro Dios que el que adoramos los Cristianos. Solo perdiendo el juicio, y trastornándose totalmente la razon, se pueden tener por Dios á los que fueron afrenta de la humanidad, y no merecieron vivir entre los hombres.*

Calla, impío, exclamó el Prefecto, encendido ya en furor al oir una respuesta que verdaderamente no esperaba; *calla, cese esa boca sacrílega, y cesa ya de blasfemar de nuestros dioses inmortales; deja, que yo sabré vengar su honor y castigar vuestra insolencia. Lleven á esos locos á la cárcel, y encierrenlos en un lóbrego hediondo calabozo, hasta que informe al Emperador de su impiedad y de su desobediencia.*

Ejecutóse la órden al momento; despojados de todos los honores y de todas las insignias militares, fueron encerrados en el mas tenebroso y mas inmundo calabozo de las prisiones de Roma. Pero tardó poco el Señor en hacerles experimentar los visibles efectos de su singular proteccion y de su divino poder; desprendióse del cielo una milagrosa luz que en un instante disipó las tinieblas del oscuro calabozo; iluminóle todo con mayor claridad que la del mas sereno y mas despejado mediodia; convirtióse la hedondez en una suavísima fragancia; y como el resplandor se propagó tanto, que aun á larga distancia se dejaba percibir, acudió el alcaide de la cárcel, por nombre Marcelo, á ser testigo ocular de esta maravilla; abre de repente el calabozo, encuentra á los santos prisioneros bañados de una celestial alegría; registra, examina, mira á todas partes por si descubre el orígen de aquella asombrosa luz, y convencido de que era verdaderamente milagrosa, confiesa no haber otro verdadero Dios que el Dios de los Cristianos, y arrojándose á los piés de los santos Mártires, les pidió el Bautismo con toda su familia. Hizo en Roma mucho ruido esta conversion; llegó á los oidos de Aurelio, y mandó que los prisioneros fuesen traidos á su presencia cargados de cadenas.

No vió Roma espectáculo, por una parte mas tierno, y por otra mas glorioso á Jesucristo, que cuando vió atravesar por sus calles cuatro caballeros romanos en la flor de su edad, de bizarra disposicion, de un aire tan noble como garboso, el semblante risueño y despejado, las manos atadas á las espaldas, cargados de hierro, y seguidos de la villana gritería del populacho. Llegados á palacio, les preguntó Aurelio si el calabozo y las prisiones les habia hecho cuer-

dos. *Dejaríamos de serlo*, respondió Basílides, *si dejásemos de ser cristianos. Prefecto, ten entendido que las prisiones no alteran la fe ni la constancia de los que solo suspiran por el martirio; la mayor dicha del hombre es dar la vida por el único que puede hacerle dichoso después de la muerte.*

Bien está, replicó Aurelio, *si las prisiones no os hicieron mas juiciosos, los tormentos os harán menos insolentes. Ó resolveos á sacrificar á los dioses, deshaciendo los hechizos con que trastornásteis la cabeza del infeliz alcaide, ó prevenios á sufrir mas espantosos suplicios. — Para dar á conocer al verdadero Dios*, respondieron los Santos, *no nos valemos de hechizos ni de encantamientos: lo que él mismo puede y sabe hacer para darse á conocer, pregúntaselo tú al mismo alcaide, á su mujer y á sus hijos. Por lo que toca á nosotros, ¿le parece que somos capaces de ofrecer sacrificio á los demonios? No adoramos, ni ofrecemos sacrificio á otro que al verdadero Dios; y tú mismo debieras avergonzarte de tener por dioses á las piedras y á los troncos.*

No como quiera se irritó; salió el Prefecto fuera de sí con la saña al oir una respuesta tan cristiana como generosa; y sin detenerse en mas razones dió sus órdenes para que se ejecutasen con los Santos inauditas crueldades. Mandólos azotar con los que llamaban *escorpiones:* eran unos ramales de hierro, ó sembrados de puntas aceradas, ó compuestos de mallas espinosas, con unas bolillas de plomo en los extremos, á cuyo golpe se caia la carne á pedazos, quedando despedazado el cuerpo con horribles surcos.

Teníase por tormento ignominioso, y al mismo tiempo era su dolor incomprensible. A poco tiempo quedaron descarnados á trozos los cuerpos de los santos Mártires, descubriéndoseles hasta los huesos, con horror de los mismos gentiles, que confesaban atónitos no era posible sobrevivir sin milagro á tan horroroso tormento. Hasta el tirano mismo quedó asombrado, y mas cuando le informaron que después de aquel granizo de azotes, á cual mas cruel y doloroso, léjos de blandear los Santos, ó á lo menos de mostrar algun abatimiento, cada instante confesaban á Cristo con mayor intrepidez. Mandó, pues, que los volviesen á la cárcel, no desconfiando de cansar su paciencia con la lentitud y dilatacion de los tormentos; persuadido tambien de que el mas cruel de todos ellos seria dejarlos en tan lastimoso estado, sin permitirles el menor alivio, para que cada dia se fuesen rasgando mas las heridas, y se exacerbase el dolor con la destemplanza del frio.

Siete dias estuvieron de esta manera en el calabozo, no solo sin

algun lenitivo humano, pero cási sin sustento; mas el cielo tomó de su cuenta el confortar aquellas generosas almas. Nunca fueron mayores ni mas abundantes los consuelos; y parecia que solo se multiplicaban las heridas para que se multiplicasen las bocas que aplaudiesen el triunfo de los Mártires, y engrandeciesen el poder del que sabe preparar los mayores gustos en medio de los mayores suplicios. En fin, llegó el suceso á noticia del Emperador, y queriendo informarse de la verdad por sí mismo, mandó que los trajesen á su presencia. Quedó atónito y horrorizado cuando vió aquellos destrozados cuerpos, cuyo primer aspecto representaba una sola, pero general y lastimosa llaga; preguntóles simple y sencillamente si persistian en la resolucion de no sacrificar á los dioses; aturdióle mucho mas la generosa, firme y determinada respuesta que le dieron: por algun tiempo se quedó como embargado y suspenso; y no pudiendo sufrir ya delante de sus mismos ojos una prueba tan ilustre como concluyente de la falsedad de sus quiméricas fabulosas divinidades, ni un testimonio tan ilustre de la divinidad de Jesucristo, y de la excelencia de la religion cristiana, pronunció sentencia de que les cortasen la cabeza, y sus cuerpos fuesen arrojados en un camino público; lo que se ejecutó inmediatamente, recibiendo la corona del martirio los cuatro nobles campeones el dia 11 de junio hácia el año de 309.

Cuidaron los Cristianos de la ciudad de recoger los santos cuerpos, á quienes habian respetado las aves y las fieras, y los enterraron en la via Aureliana, erigiéndose después una capilla en el lugar de su sepultura.

Con el tiempo san Crodegang, obispo de Metz, pidió y obtuvo del papa Paulo I las reliquias de los santos Nabor y Nazario, junto con las de san Gorgonio, tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de san Gorgonio en la célebre abadía de Gorza; las de san Nabor en la iglesia del monasterio de San Hilario, y las de san Nazario en la del de Lauresham, o de Lorch.

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR.

San Juan de Sahagun, unos de los mas brillantes ornamentos del sagrado Órden de los Ermitaños de san Agustin, nació por los años de 1419 en la villa de Sahagun, pueblo considerable por aquellos tiempos, perteneciente al reino de Leon, de donde tomó el sobrenombre, dejando el propio apellido de su familia; al modo que la

misma villa tuvo de san Facundo esta denominacion. Sus padres Juan Gonzalez de Castrillo, y Sancha Martinez, muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, vivian con el desconsuelo de no tener sucesion; y deseosos de obtenerla, recurrieron por medio de reverentes súplicas y fervorosas oraciones al cielo, solicitando su bendicion, é interesando para conseguirla á la santísima Vírgen; invocaban su proteccion con reverentes instancias ante una prodigiosa Imágen venerada con mucha devocion en una ermita contigua al pueblo. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, concibió Sancha, y dió á luz un modelo de perfeccion; al que se siguieron otros muchos hijos que se dignó concederle la divina piedad.

La docilidad con que Juan desde niño atendia á los laudables consejos de sus padres, la natural propension á la virtud, sus activas inclinaciones á todo género de obra buena, con especialidad á las humillaciones y mortificaciones, y en fin, la madurez de juicio que mostró en sus tiernos años, hicieron conocer desde luego como Dios le habia elegido para siervo suyo; y así solia decir el padre, que el que viviera, veria á su hijo santo. Todo el pueblo estaba poseido de una extrema admiracion, observándole distraido enteramente aun de los inocentes entretenimientos propios de la primera edad, siempre ocupado en los ejercicios de devocion. Tenia la sencilla costumbre de reprender á los niños aquellas vivezas y travesuras que pasan por naturales en la puerilidad; pero con un modo tan gracioso, tan lleno de decoro y gravedad, que les infundia respeto y veneracion; y valiéndose Juan de esta puntual deferencia á sus voces, los juntaba á todos, y así congregados, desde una piedra ó sitio elevado, conforme le ofrecia la oportunidad, les exhortaba á que sirviesen á Dios, que no jurasen ni blasfemasen su santo nombre, que no pecasen jamás, y que obedeciesen en todo á sus padres y maestros, con otros consejos á este tenor; revistiéndose para ello de tal espíritu y exterior compostura, que no dudaron los que lo vieron, ser aquellos hechos anticipados pronósticos de que en lo sucesivo seria un apostolico orador, como lo acreditó la experiencia.

Aplicáronle sus padres al estudio de las letras en el monasterio de religiosos Benedictinos de la misma villa, y desde luego observaron los monjes en él una gran discrecion en toda su conducta, un entendimiento sólido, mucha sinceridad, y un profundo rendimiento á los maestros, á que añadia una piedad y devocion inexplicables; de suerte, que aun á los mas fervorosos y perfectos hacian tal sensacion las virtudes de Juan, que le miraban como un pequeño prodigio de

la divina gracia. Instruyóse en las facultades que se enseñaban en aquella escuela, pero hizo todavía mayores progresos en la ciencia de los Santos. Facilitó su padre que se le diera el beneficio curado de Codornillos, para que á sus expensas siguiera la carrera de los estudios, valiéndose de un servidor para las funciones parroquiales: pero á pocos meses lo renunció, no pudiendo su escrupulosa conciencia avenirse á gozar rentas eclesiásticas sin estar en estado de ejercer personalmente el ministerio del altar, segun disponen los sagrados cánones; manteniéndose firme en esta resolucion, sin que bastasen á contenerlo las mas fuertes persuasiones de su padre y de sus deudos.

Hallándose á la sazon un tio suyo entre los familiares del arzobispo de Burgos, persuadió al padre de Juan, que le acomodase con este prelado, que entonces era D. Alonso de Cartagena, varon recomendable por su notoria sabiduría y sublimes cualidades. Siguióse el efecto al primer paso de la solicitud; porque informado el Prelado de las nobilísimas prendas del jóven, lo recibió en su familia, como una cosa venida de la mano de Dios. Y experimentando por su trato el fondo de virtud, devocion y justicia que se encerraba en el corazon de Juan, persuadido igualmente de la grande utilidad que resultaria á la Iglesia, consagrando á su servicio un ministro de tanto espíritu y celo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas, le ordenó de sacerdote, y le concedió una canonjía y un beneficio de Tañebueis, además de una rectoría y de dos capellanías que le dió el abad de Sahagun en prueba del singular amor que le profesaba. Aceptó nuestro Santo á los principios estas presentaciones, tanto por no incurrir en la nota de desagradecido, como por tener medios reales con que satisfacer su grande caridad en socorro de los pobres. Pero reflexionando por una parte la incompatibilidad de estos diferentes beneficios, tan reprobada por los santos cánones; y por otra los repetidos embarazos que ocurren en un palacio, capaces de estorbar á quien quiera darle todo su tiempo á Dios, y servirle en reposo, silencio y libertad; hizo dimision de todas sus rentas, con admirable desinterés, deseando vivísimamente observar una evangélica pobreza, y pidió permiso á su arzobispo para dedicarse enteramente al cultivo de la viña del Señor. Sintió este prelado en el alma la resolucion de Juan, pero no atreviéndose á impedir el órden de las sublimes ideas de que estaba movido, y los utilísimos progresos que resultarian de su ardiente celo á la Iglesia, y al bien espiritual de los prójimos; á pesar de su sentimiento accedió á la solicitud. Obtenida sin limitacion la licencia, se asignó á la iglesia de Santa

Águeda, vulgarmente llamada santa Gadea de la misma ciudad, reducido para mantenerse á los pequeños frutos de una escasa capellanía, pero ricamente dotado de la gracia de Dios. Aquí comenzó á predicar en el tono de un apóstol, siguiéndose generalmente el fruto de admirables conversiones al fuego de sus exhortaciones, y la viveza de sus discursos. Y persuadiéndose que no era justo predicar penitencia y desprecio del mundo, sin la fuerza del ejemplo, se entregó todo á la observancia de una vida asperísima, castigando su cuerpo con rígidos ayunos y asombrosas penitencias.

Después de algun tiempo que continuó en Burgos ejercitando las funciones de su mision, llegaron á sus oidos las tristes nuevas de la guerra civil en que ardia la ciudad de Salamanca con motivo de la enemistad de dos familias, Monroyos y Manzanos [1], los cuales trayendo á su partido una porcion de la ciudad lo tenian todo alborotado, y entregado el pueblo á la ira y á la venganza. Ningun vecino vivia seguro en su hogar, y mucho menos cuando salia por las calles; alcanzando esta infelicidad y desórden aun á las mismas iglesias. No habia mas ley que la fuerza, ni mas justicia que la pasion, ni mas recurso que vencer, ó pagar con la vida á la venganza del enemigo. Compadecido san Juan de Sahagun de tamaña desventura, é inspirado del cielo, determinó emplear en su remedio el talento de la predicacion que Dios le habia comunicado. Marchó, pues, á Salamanca, y en el primer sermon que se le ofreció predicar, que fue en la festividad de san Sebastian mártir, en su propia iglesia parroquial, fue tanto el ardor con que declamó contra los vicios que la dividian, contra el odio, la enemistad y la venganza, que desde luego le miraron como otro Jonás, censor severo de las abominaciones de Nínive. Halláronse presentes al discurso los colegiales del mayor de San Bartolomé, fundado por D. Diego Anaya, obispo de Cuenca, en el año de 410, y admirando el fuego apostólico del orador, le rogaron que admitiese la beca de capellan en el mismo colegio para seguir con mayor comodidad su carrera. Hízolo así Juan, se incorporó en

[1] Dos hermanos de la familia de los Manzanos dieron muerte á dos hijos de doña María de Monroy, llamada vulgarmente la *Brava*. Esta animosa é intrépida señora, poseida tanto de su dolor como del espíritu de venganza, quiso tomarla de aquellos que se habian retirado: siguióles disfrazada en traje militar hasta Portugal, y habiéndoles cortado las cabezas por su propia mano, las trajo en la punta de una lanza, y las puso por trofeo sobre el sepulcro de sus hijos. Una accion tan ruidosa sorprendió las gentes, y encendió tal odio entre ambas familias, una y otra poderosas en Salamanca, que dividida en bandos toda la nobleza, con presunciones de haber trascendido al pueblo inferior, hacia cási un siglo que sufria esta funesta fermentacion, sucediendo muer es todos los dias, sin perdonar el furor hasta las mismas iglesias.

el colegio, recibió los grados mayores en aquella universidad, y repartió su tiempo con un tan exacto órden, que sin hacer falta á las tareas del estudio, se empleaba infatigable en el ejercicio de su ministerio sacerdotal por todas las iglesias de la ciudad. Pero como no le fuese posible desatender varias ocurrencias en lo interior del colegio, que le parecian estorbar sus designios en favor de los prójimos, ó á lo menos no hacerlo con toda franqueza y libertad; para darse todo á este objeto, que era el principal de sus atenciones, después de tres ó cuatro años que habia vestido la beca, se retiró á casa de un venerable sacerdote, llamado D. Pedro Sanchez, en cuya compañía vivió diez años, continuamente ocupado en la direccion de las almas por medio del púlpito y el confesonario, en la asistencia de los pobres, sin otra renta que la de tres mil maravedís que le contribuia la ciudad en calidad de su predicador.

Por su ardiente aplicacion al estudio, por las extremas fatigas de un ejercicio casi diario, y por el indecible rigor de las penitencias con que castigaba su cuerpo, cayó en la gravísima enfermedad de dolores de piedra, que le pusieron á peligro de morir, sin otro remedio que el de permitirse á una cruenta operacion. Resolvióse Juan á sufrirla, ofreciendo con solemne voto á Dios abandonar el siglo, y entrar en religion, si sobrevivia á la violenta y arriesgada curacion. Permitió el Señor que el suceso fuese enteramente feliz, y apenas se restableció, cuando puso en movimiento todos los medios necesarios para cumplir su promesa. Eligió el Órden de los Ermitaños de san Agustin, y admitido en el convento de Salamanca con imponderable gozo de toda la comunidad, tomó el hábito en el dia 18 de junio de 1463, estando en los cuarenta y cuatro de su edad.

Ningun novicio principió con mas fervor las primeras pruebas de la disciplina regular; su pobreza evangélica, de que tenia dados repetidos testimonios, su ciega obediencia, su exacta asistencia al coro y á los divinos oficios, su continua oracion, y sus terribles penitencias, fuera de las mortificaciones ordinarias del noviciado, tenian asombrados á los mas perfectos religiosos. Profesó en dia de san Agustin del año siguiente de 1464; y desde aquel momento se empeñó en seguir el espíritu de la regla, componiendo segun la extension de ella todas sus acciones con tanta fidelidad, que en breve tiempo llegó al cúmulo de la perfeccion á que era llamado por su estado. El primer oficio que los superiores fiaron á su capacidad fue el de maestro de novicios; y lo desempeñó con tanta prudencia, dulzura y discrecion, como lo acreditaron su ejemplar conducta, su religiosísima

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

vida, y los discípulos que entraron en la religion por los años que ejercitó este ministerio nuestro Santo.

Serian necesarios muchos volúmenes para referir específicamente las heróicas virtudes con que Juan brillaba en la religion. Lo que principalmente distinguia su piedad era la escrupulosísima delicadeza de su conciencia, la singular devocion con que celebraba, y el celo apostólico de que se revestia ejercitando el alto ministerio de la predicacion. Todos los dias frecuentaba una ó mas veces el sacramento de la Penitencia, alegando por causal á los religiosos que á este efecto importunaba, que pecaba miserablemente todas las horas; y que no sabiendo en la que habia de morir, debia disponerse cada instante, y estar siempre prevenido. La misma exactitud observaba en la administracion de este Sacramento, pues aunque oia las confesiones de todos con una paciencia admirable, con mucha caridad, y una muy particular discrecion, con todo, no fácilmente contemporizaba con los penitentes. No concedia el beneficio de la absolucion sino á los que verdaderamente arrepentidos dejaban la habitud del pecado, y se apartaban de la ocasion. Frecuentemente exigia la restitucion actual de lo mal tenido, y la reparacion del honor vulnerado antes de reconciliarlos con la Iglesia. Su severidad se extendia con mas rigor todavía sobre los eclesiásticos que no vivian conforme a su estado, sobre las mujeres abandonadas y profanas, y sobre las personas de calidad, que mantenian el escándalo y el desórden, logrando por este medio muchas verdaderas conversiones.

Todos los dias celebraba con tanta ternura y devocion, que empleando muchas horas en la misa, llegó el caso de no haber quien le ayudase, y de mandarle por obediencia el superior, que abreviara para no ser molesto á los oyentes. Obedeció Juan por algun tiempo; pero conociendo que se le privaba de muchos consuelos celestiales, que ínterin la accion del sacrificio le dispensaba el Señor, suplicó humildemente al prior que le alzase el precepto por justas causas. Obligóle este á declararlas, y lleno de una santa confusion le dijo, ser porque Jesucristo en carne humana se le manifestaba visiblemente en aquel acto, unas veces con las señales de su pasion, y otras glorioso, enseñándole varios misterios, é instruyéndole sobre lo que habia de predicar. Oyó lleno de asombro el prelado la genuina y sencilla relacion de nuestro Santo, y ordenó que en adelante le asistiesen los ministros de la sacristía; los que observaron admirados, que unas veces se quedaba en el altar extático, y en una agradable suspension, otras que entre ciertas graciosas inquietudes despedia mu-

chos suspiros y sollozos de lo íntimo del corazon, y muy frecuentemente que regaba con tiernas lágrimas los corporales y la mesa del altar. Por deposicion de una persona fidedigna consta, que aplicándose un dia á mirarle de cerca, le oyó decir (teniendo la hostia en sus manos antes de comulgar, y permaneciendo en la misma postura por espacio de un cuarto de hora): *Señor, yo no te puedo recibir si no te vuelves á la primera especie eucarística.* Las mismas expresiones repitió en otra ocasion que decia misa á presencia de una gran multitud; y en no pocas otras todo el concurso observó que salian de su boca brillantes resplandores, indicios nada equívocos del grande fuego de amor de Dios que ardia en su pecho; y que al volverse á saludar al pueblo resplandecia la casulla como una nieve, aunque fuese de distintos colores.

Muchos de Salamanca habian llevado á mal que el Santo se hiciese religioso, temiendo que, segun la costumbre de las religiones, le trasladarian á otro convento, privando á Salamanca del apóstol que Dios le habia enviado para remedio de su ruina. Avivaba esta pena la experiencia dolorosa de haber visto renacer los bandos en el tiempo que fue novicio, y que no habia esgrimido contra ellos la ardiente espada de la divina palabra. Pero todos estos temores fueron vanos: porque sus prelados no quisieron privar á la ciudad del don que Dios la habia concedido, ni el Santo dejó por ser religioso de emplearse con nueva fuerza y vigor en sus antiguos sermones. Comenzó á combatir de nuevo el odio, la enemistad, y los sangrientos delitos y horrorosos sacrilegios en que aquellos vicios precipitaban á los ciudadanos. Como el Santo habia cobrado nuevas fuerzas y vigor con el estado religioso, se explicaba con mas vehemencia contra la fealdad de sus vicios, y contra la libertad y tiranía de los revoltosos. Esto le concilió gravísimas pesadumbres, que si pusieron en peligro su vida, no pudieron contrastar su fortaleza y su constancia; porque Dios le libró de todas ellas con visibles prodigios, que contribuyeron no poco á recomendar su santidad. En cierta ocasion se imaginó un magnate que habia hablado con injuria suya en uno de sus sermones; resentido como de una ofensa verdadera, buscó asesinos para que le vengasen, quitándole la vida, ó á lo menos le hiriesen de forma que le sirviera de escarmiento. Quisieron ejecutar el impío proyecto al salir el siervo del Señor de la iglesia de Santo Tomás; pero al primer impulso de acometerle, quedaron inmobles, pasmados, y los brazos sin actividad, hasta que reconociendo su error, y postrados á los piés del Santo, le pidieron perdon.

Pero entre todos los casos que dieron en que ejercitar la paciencia de este siervo de Dios, y manifestaron los portentos con que el cielo auxiliaba su predicacion, librándole milagrosamente de los atentados y persecuciones, merece un lugar muy distinguido el que le sucedió con D. García de Toledo, duque de Alba. Fué el Santo á predicar á esta villa, y hablando en el discurso del sermon de la conducta de los grandes, afeó en gran manera la tiranía con que oprimian á sus vasallos, cargándolos con insoportables tributos y gabelas. Afeóles además de esto el teson con que fomentaban y sostenian los bandos, declarándose protectores de los partidos. Entendió el Duque que lo habia dicho por él, y en presencia de varios caballeros dijo al Santo cuando fué á despedirse: *Padre, bien habeis soltado hoy vuestra lengua; y pues habeis hablado descortés y atrevidamente, no seria mucho que se os diese el pago de vuestro loco decir por esos caminos.* Respondió el Santo lleno de mansedumbre: *Señor, el oficio de predicador no es de decir lisonjas, sino la verdad de Jesucristo: todos los males que me pueden venir, son mucho menores que el detrimento de mi alma. Yo no he intentado ofender á persona alguna, sino cumplir con mi ministerio apostólico, declamando contra los vicios. Dios que está en el cielo ve la inocencia de mi corazon, y en él confio que sabrá defenderla.* Dicho esto se despidió del Duque y demás caballeros, y tomó el camino de Salamanca. Unas palabras que habian de producir la compuncion y arrepentimiento, irritaron mas el enojo del Duque; quien mandó á los criados que tomasen caballos y armas, y saliesen al camino á matar á aquel fraile. Pusieron en ejecucion la órden de su amo; y alcanzando al Santo en un sitio despoblado, conoció su compañero sus perversas intenciones, y las dió á entender al Santo con temor. Este, lleno de confianza en la bondad divina, le respondió sin alterarse: *No tengais cuidado, hermano, ni os asusteis al ver tan cerca de vos los caballos y las lanzas, que si Dios está con nosotros, ninguna fuerza hay en este mundo que pueda dañarnos ni en un cabello de la cabeza.* Verificóse así, porque apenas los desalmados escuderos, enristradas las lanzas, quisieron poner por obra sus sacrílegos intentos, cuando tanto los caballos como los caballeros se quedaron parados por divina virtud, y agitados de una convulsion tan violenta, que los puso en términos de perder la vida. Conocieron inmediatamente que aquel era castigo con que el cielo vengaba la atrocidad de su delito. Dieron voces al Santo, pidiéndole perdon, y que les socorriese en aquella miseria, á las cuales acudió san Juan de Sahagun, y echándoles su bendicion, concedió la sanidad y la vida á los que venian en áni-

mo de quitársela. A la misma hora que esto sucedia en el campo, padecia el Duque en su pueblo una fatiga y convulsion, que le llevaba por puntos al último extremo. Llegaron los escuderos: refirieron lo que les habia pasado: una luz sobrenatural le manifestó al Duque todo el horror de su delito; y enviando mensajeros al prior de San Agustin, le pidió encarecidamente que le enviase el santo fraile Juan, bien cierto de que si tardaba no le hallaria con vida. Condescendió el prior á esta súplica: entró el Santo donde estaba el Duque, el cual luego que le vió, se arrojó de la cama, se puso á sus piés de rodillas, confesando su culpa con lágrimas, y pidiéndole que alcanzase de Dios misericordia. El Santo le consoló: le dió saludables consejos para lo futuro; y haciendo oracion por él, quedó repentinamente sano. Dió el Duque muchas gracias á Dios por tan grande beneficio, y al convento de San Agustin de Salamanca muchas limosnas, entre las cuales un zamarro y unos corporales, que se conservan todavía en el sagrario del convento, como prendas de tan grandes maravillas.

A la virtud de la predicacion, de la oracion, de la caridad y la penitencia, juntaba el Santo otras muchas que le constituian en un grado sublime de santidad. Sin embargo, era tan bajo el concepto que tenia de sí mismo, y tan grande el temor de que su alma tuviese la menor mancha, que frecuentaba el sacramento de la Penitencia como si fuera muy defectuoso. Cuantas veces salia fuera del convento, otras tantas se confesaba: lo mismo hacia al tiempo de volver, y otras diferentes veces en el discurso del dia. Este esmero singular en conservar la pureza de conciencia, se lo remuneró Dios con un favor soberano, que excede la capacidad del humano entendimiento. Al tiempo de consumir la sagrada hostia, se dejaba ver Jesucristo con su cuerpo glorioso, despidiendo de todo él, y principalmente de las llagas, tan grandes resplandores, que ofuscarian la vista mortal, si el mismo Dios no la fortaleciese con su omnipotencia. Al mismo tiempo entendia el Santo cosas divinas y maravillosas de los sacrosantos misterios. Por esta causa sentia en su alma tan excelentes dulzuras, que se enajenaba de sí, y se detenia notablemente en la celebracion de la misa. Faltábale paciencia á los ministros que le ayudaban: quejáronse al prelado: reconvínole este, y estrechado por la obediencia, hubo de manifestar á pesar de su humildad los soberanos favores que del cielo recibia. Acompañó esta confesion con tantas demostraciones de sumision profunda, con tantos suspiros y lágrimas, que no pudo menos el prelado de conocer la verdad, y admirar las mise-

ricordias que ejecutaba Dios con su siervo, mandando á los ministros de la iglesia que de allí adelante tuviesen paciencia por mas que el Santo tardase en la celebracion de la misa.

A tan sublimes virtudes y tan excelentes favores quiso el cielo juntar el don de profecía, con que pronosticaba las cosas futuras, y descubria los ocultos secretos del corazon, y una superioridad sobre los elementos, que le hicieron célebre con repetidos milagros. Predicaba en cierta ocasion en la iglesia de San Lázaro de Salamanca, y conmoviéndose algunas personas que estaban entre sí enemistadas, les mandó el Santo que se aquietasen, porque el primero que incomodase turbando al auditorio, quedaria repentinamente muerto; lo cual se verificó. Experimentó igualmente esta virtud de penetrar los corazones una mujer, que habia propuesto matar á una hija, porque del trato con cierto hombre habia quedado deshonrada. Llegóse esta mujer, entre otras varias, á besar la mano á san Juan de Sahagun, cierto dia que pasaba por la calle: negósela, diciendola al oido: *No te la quiero dar porque estás endemoniada*. Turbose la infeliz oyendo esto: fuése al convento, y postrándose á los piés del Santo, le suplicó la dijese la causa de lo que habia dicho. Entonces san Juan de Sahagun la reveló todo el secreto, diciendo el estado de preñez en que se hallaba su hija; el proyecto que tenia de matarla: persuadióla a que no lo hiciese, asegurando que aquel hombre se casaria con ella, y vivirian pacíficamente en el santo matrimonio. Quedó la mujer admirada, viendo la verdad de cuanto decia tocante á su persona, y lo demás lo certificó la experiencia.

A proporcion de estas maravillas fueron las que ejecutó el Santo por el dominio que tenia sobre las aguas. Una de ellas fue, que habiendo caido un niño en un pozo á la sazon que el Santo pasaba por aquella calle, movido de las lágrimas de su madre, echó la bendicion á las aguas del pozo, y estas crecieron inmediatamente hasta el brocal, trayendo sobre sí al niño sin padecer lesion alguna. Alargole el Santo la correa, y asiéndola la criatura, se le entregó salvo á su madre, en quien eran iguales los extremos de alegría a los votos y gracias que ofrecia al cielo. En otra ocasion venia de predicar de Alba; y como su atencion la llevaba por lo comun en las cosas de Dios, cayó impensadamente en el rio Tormes; y cuando todos los que le vieron caer tenian su muerte por cierta, pues la corriente le habia arrebatado y hecho pasar por tres paradas de aceñas, que á la sazon molian, vieron con admiracion que salió sano y enjuto como si no hubiera estado en el rio. Esta maravilla la repitió el cielo mu-

chas veces con nuestro Santo, segun consta del proceso de su canonizacion. Sin embargo de que su virtud y santidad estaban testificadas con tan singulares prodigios, era tal la delicadeza de su conciencia, que en todo temia desagradar á aquel Dios que tan misericordiosamente le favorecia. Fué á su pueblo con licencia del prelado á ciertos negocios, y como para concluirlos no bastase el tiempo que habia llevado, fue tanta su afliccion, que angustiado su espíritu, no hallaba consuelo en las cosas de la tierra. Envió un mensajero á solicitar la próroga de la licencia, y mientras este venia se encerró en un cuarto en donde se tuvo encarcelado á sí mismo, hasta que el mensajero le trajo la licencia, y en ella el consuelo de su alma.

Una vida tan santa, llena de todos los ejercicios de las virtudes; una fe viva que el Hijo de Dios premiaba con su vista corporal en el Sacramento; una esperanza colocada en el Señor, por la cual cedia de su derecho toda la naturaleza cuando el Santo la mandaba; una caridad ardiente que se dirigia al beneficio del alma y del cuerpo, predicando, confesando, padeciendo injurias, y pidiendo limosna para socorrer á los pobres; la destruccion de unos bandos que no pudieron apaciguar tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los corazones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto san Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina sabiduría, esta misma humillacion le produjo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros, y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva después de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriese por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto, que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes habia el Santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fue poco á poco secando.

Siguióse al suceso dicho la muerte de nuestro Santo lleno de merecimientos en el dia 11 de junio de 1479, quedando su rostro con una extraordinaria hermosura, y su cuerpo flexible, despidiendo un suavísimo olor; al que dieron sepultura en la iglesia de su convento

de Salamanca, después de haberle tenido algunos dias en el féretro para satisfacer la devocion de las innumerables gentes que concurrian á venerarle. No tardó el Señor en acreditar la opinion de santidad que siempre tuvo su fiel siervo por medio de repetidos milagros, que hicieron célebre su sepulcro, visitado por lo mismo de la reina doña Isabel, Fernando V, Carlos V, y los reyes Felipes II y III, los cuales dieron motivo á que se tratase de su beatificacion y canonizacion, y que se hiciese la traslacion de sus reliquias en el año de 1533 á una capilla de Nuestra Señora, y de esta á otra, dispuesta en forma de tabernáculo, en el de 1569, donde hoy se veneran. Los procesos justificativos se pusieron en estado en el de 1525, y se reasumieron en el de 1545, continuados bajo diferentes Papas á instancias de los reyes de España, y de los Eremitas de san Agustin; en virtud de los cuales le declaró beato Gregorio XIII en el año 1572; y en 9 de junio de 1601 concedió Clemente VIII que pudiese celebrarse su oficio por todo el clero secular y regular de Salamanca; cuyo indulto, aplicado después á la provincia de Eremitas agustinos de Castilla, extendió Su Santidad á todo el órden y pueblos de Sahagun y Cea en 11 de octubre de 1603. Con todo esto no se cesó en proseguir la causa hasta su canonizacion, que hizo con efecto con las solemnidades acostumbradas la Santidad de Alejandro VIII en 16 de octubre de 1690 juntamente con las de san Lorenzo Justiniani, san Juan Capistrano, san Juan de Dios y san Pascual Bailon.

Escribió san Juan de Sahagun unas Confesiones de su vida, y notas marginales sobre la Biblia y sobre la Suma Bartolina.

SAN ONOFRE, ANACORETA.

Entre las vidas de los Santos, algunas hay de ermitaños y perfectísimos anacoretas, los cuales moraron muchos años en los desiertos, y siendo hombres como nosotros, vivieron tan ásperamente que suspende el entendimiento, considerando lo que puede nuestra frágil carne, confortada con el favor de aquel Señor que escoge y se sirve de las cosas flacas, por mostrar mas su poder. Tal es la vida de san Onofre, anacoreta, la cual escribió un santo monje llamado Pafnucio, y es de la manera siguiente:

Estando Pafnucio en el yermo, inspirado del Señor, le vinieron deseos de conocer y tratar los varones santos que habia en aquellos desiertos; y después de haber caminado algunos dias y vencido grandes dificultades de cansancio, hambre y sed, vió venir de léjos un

hombre desnudo, cubierto de cerdas, al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta hecha de hojas de árboles. Asombróse Pafnucio; y viendo que se dirigia á él, despavorido huyó y se subió á un monte; y el hombre desnudo le siguio hasta la falda del monte, y se dejó caer en tierra, y alzando como pudo la voz, le habló de esta manera: *Varon santo, desciende; que hombre soy mortal que vivo en este desierto.* Oyendo estas palabras, luego bajó Pafnucio; y se echo á sus piés, y él lo hizo levantar, y sentar junto á sí. Preguntóle por su nombre Pafnucio; y él respondió que se llamaba Onofre, y que habia sesenta años que vivia en aquella soledad, y que en todo este tiempo nunca habia visto otro hombre sino á él; porque siendo mozo y monje en el monasterio llamado Erico en Tebas (donde habitaban cien monjes, grandes siervos de Dios, y muy unidos en la misma fe y caridad), y habiendo oido decir de la vida que hizo el profeta Elías y san Juan Bautista en el desierto, y que era cosa mas perfecta vivir en soledad, apartado de los hombres, y pendiente de sola la providencia de Dios, que no en la comunidad donde hay tantas ayudas y socorros; se determinó á seguir lo que le decian, que era mas perfecto, y tomando algunos pocos panes, que le podian bastar para cuatro dias, salió del monasterio, y entró en el desierto, y vió una luz que iba delante de él guiándole, de que quedó algo turbado, no sabiendo lo que era, ni lo que haria; y que estando en esto, habia oido una voz que le dijo que no temiese, porque era el Ángel de su guarda, que venia á guiarle en aquella jornada, la cual era muy agradable á Dios Nuestro Señor. Dijo mas: que animado con aquella voz, y con tan buena compañía, caminó por aquella soledad como siete millas, hasta que llegó á una cueva, y queriendo saber si vivia allí algun solitario, llamó á la puerta, pidiendo que le bendijese el que estaba dentro; y que habia salido de ella un venerable viejo en traje de ermitaño con un rostro de mucha gracia y gravedad, y que cuando le vio, se derribó á sus piés, haciéndole la debida reverencia; mas que el santo viejo le levantó de la mano, diciéndole: *Tú eres, Onofre, mi huésped é imitador: entra, hijo, y persevera en lo que has comenzado, que Dios te ayudará;* y que habia entrado en la cueva, y estado en compañía del viejo algunos dias, aprendiendo de el la vida é instituto de los ermitaños; y cuando le pareció que ya estaba bien instruido, le dijo que le queria llevar á otra cueva mas apartada en que habitase solo, porque esta era la voluntad de Dios; y así le llevó mas adentro del desierto, cuatro dias de camino, donde hallando una palma cerca de una pobre choza, le dijo que aquel era el lugar que Dios

le tenia aparejado: y que estuvo treinta años con él, y cada año se veian una vez, hasta que murió, y enterró su cuerpo allí junto á la choza en que vivia. Todo esto dijo el santo viejo Onofre á Pafnucio con particular instinto del Señor, para su edificacion, y de otros que de él la oyesen, y porque sabia el fin para que Dios le habia traido á aquella soledad. Admirado Pafnucio de la narracion de Onofre, le preguntó: si en los principios, cuando comenzó aquella vida, habia padecido grandes molestias y dificultades; y él le respondió que habian sido tantas y tan terribles, que muchas veces habia pensado perecer de hambre, y de sed, y de frio, y de calor; pero que viendo Nuestro Señor su paciencia, y sus ayunos y penitencia, le habia enviado después su santo Ángel, que le traia el sustento cotidiano y un poco de agua; y que tambien aquella palma le daba al año doce racimos de dátiles, uno para cada mes: los cuales y algunas yerbas que comia, le parecian mas sabrosas y mas dulces que la miel. Todo esto trataron los santos monjes al pié del monte donde se encontraron, y Pafnucio estaba contentísimo y olvidado del trabajo que habia tenido en aquel camino, por haber hallado á tan santo varon. Levantóse el santo viejo, y díjole que se fuese con él. Llevóle á su choza o cueva, donde estaba la palma, y vieron en medio de ella pan y agua. Dieron gracias á Dios, y comieron siendo ya puesto el sol, y pasaron la noche en oracion, apartado el uno del otro. Amaneció el dia siguiente, y mirando Pafnucio el rostro de Onofre, le vió muy trocado de color, y turbóse. Notó esto el santo viejo, y díjole: *Hermano Pafnucio, no temas; porque el Señor, que es misericordioso, te ha enviado aquí para que entierres mi cuerpo; porque hoy acabo mi peregrinacion, y me voy al lugar de mi descanso. Y si fueres á Egipto, da cuenta á los monjes de lo que te he dicho, y de las grandes misericordias que he recibido de Dios; en cuya bondad confio hará muchas mercedes á los que se encomendaren á él, tomándome por intercesor; porque así lo he pedido y suplicado.* Díjole Pafnucio, que después de ser él muerto deseaba quedarse allí para vivir en aquel lugar; mas el santo viejo no vino en ello, diciéndole que no era aquella la voluntad de Dios, sino que se informase de las vidas y ejemplos de los Santos que moraban por aquellos desiertos, y los narrase á los otros monjes de Egipto para edificacion; y que así se volviese á su primera habitacion. Echóse Pafnucio á los piés del santo viejo Onofre, y pidióle que le bendijese, y que suplicase á Nuestro Señor, que como se le habia dejado ver en la tierra en carne mortal, se le dejase ver inmortal en el cielo. Y después de haberle dado Onofre su bendicion,

se puso de rodillas, é hizo oracion con muchas lágrimas y gemidos, y cayó en tierra su cansado cuerpo, y dió su bienaventurado espíritu con grande alegría á Dios. Oyéronse luego cantares de Ángeles que alababan al Señor. Pafnucio hizo dos partes de su hábito, y con la una cubrió el cuerpo desnudo de Onofre, que tanto habia padecido, y tan buen compañero habia sido á su bendita alma, y púsole en una piedra cavada á manera de cisterna, y muchas piedras á la boca; y deseando quedarse allí, y hacer su vida donde san Onofre habia vivido, vió que en aquel mismo punto se habia caido aquella pobre casilla en que moraba el santo viejo, y arrancado la palma de que comia; y asi entendió que no era la voluntad de Dios que allí permaneciese.

La muerte de san Onofre fue en tal dia como hoy, aunque no se sabe de cierto el tiempo que vivió.

La Misa es en honor de san Juan de Sahagun, y la Oracion es la que sigue:

Deus, auctor pacis, et amator charitatis, qui beatum Joannem confessorem tuum mirifica dissidentes componendi gratia decorasti: ejus meritis, et intercessione concede; ut in tua charitate firmati, nullis à te tentationibus separemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, autor de la paz, y amante de la caridad, que condecoraste al bienaventurado Juan, tu confesor, con la admirable gracia de componer á los enemistados: concédenos por sus méritos é intercesion, que afirmados en tu caridad, no nos separemos de tí por ningun motivo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico.*

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Bienaventurado el varon que se encontró sin mancha, y que no se condujo tras el oro, ni esperó en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabarémos? Porque hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este desinterés, y fue perfecto, será la gloria eterna. Pues pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantó, y hacer cosas malas, no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

El justo, que hizo cosas admirables en su vida, y dió pruebas de su desinterés acerca de los bienes caducos, es el que logra ser estimado de Dios, sin que le haga falta la estimacion de los hombres. Si está Dios á mi lado, decia el Apóstol, ¿qué falta me hacen los demás, ni á quién tengo que temer? ¡Mi Dios! ¿dónde se podrá encontrar ni bien que sea mas real, ni gloria que sea mas sólida, ni felicidad que sea mas verdadera, que en vuestra amistad y en vuestra gracia? No deberia discurrir de otra manera el que tiene algun rastro de religion; pero ¿discurre, piensa así el dia de hoy la mayor parte de los Cristianos?

Desengañémonos, que la verdadera alabanza solo se encuentra en la santidad verdadera. Aunque Moisés hubiera hecho mayores prodigios de los que hizo, ¿seria digno de alabanza, si se hubiera condenado? Conservóse Moisés en la gracia de Dios, afianzó en él sus bienes, y este fue su mérito, y esta fue su gloria. Aunque seas favorecido, honrado de los mayores reyes de la tierra, y aunque consigas las mas señaladas victorias de los enemigos del Estado y que tu nombre vuele en alas de la fama por todas las naciones del universo; ¿de qué te servirá todo esto si al cabo te condenas?

Por muchas veces que hagas estas reflexiones, nunca estarán de sobra, ni es posible hacer otras que sean mas importantes. Llenos están de ellas todos los libros sagrados, y apenas aciertan á hablarnos con otro lenguaje. Por mas oscurecida, por mas desordenada que esté en el mundo nuestra propia razon, tambien siente, tambien conoce lo mismo; pero nuestras costumbres dicen todo lo contrario. Confesemos, pues, que el que deja de ser buen cristiano, deja de ser racional. Ni se piensa, ni se discurre con acierto, sino cuando se discurre y se piensa arreglándose á las luces de la fe. Pero ¡ay Dios mio! ¿de qué servirá confesar que es innegable lo que ahora se está leyendo, si no se saca otro fruto que la lectura de esta inútil confesion?

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros riñones, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres que esperan á su Señor cuando vuelva de las bodas; para que

et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su señor, les encuentre vigilantes. En verdad os digo, que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aun cuando venga en la segunda ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido; porque si el padre de familias supiere la hora en que podria venir el ladron, velaria sin duda para no dejarle escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no penseis.

MEDITACION.

Que liberalmente premia Dios á los que le sirven.

Punto primero. — Considera con qué liberalidad premia Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios especiales, gracias superabundantes, el precio de los méritos y de la sangre de un Dios hombre, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto suele ser premio de una sola obrita de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un solo deseo de la alma justa.

Parece que olvida Dios los infinitos beneficios que nos ha hecho cuando se ofrece ocasion de hacernos otros nuevos, cuando le pone en ella nuestra fidelidad, nuestra buena correspondencia en su servicio. Cuando da los talentos, da tambien los medios, y la industria para agenciar con ellos, y si se adelantaron dos, él recompensa con cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos, que acreditan la liberalidad con que recompensa el Señor los mismos dones que él nos comunica.

Pero ¡con qué desvelo atiende a las necesidades de sus siervos! ¡Qué milagros no hace en favor de los que le siguen! ¿Van en su seguimiento las turbas, y olvidadas del alimento corporal, solo tienen hambre de sus divinas instrucciones? ¡Qué maravillas obra para que nada les falte!

Quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam. Porque fuiste fiel en poquito, yo te premiaré con mucho. ¡Qué proporcion hay entre el trabajo y el salario! ¡entre el mérito y el premio! Cuando se

trata de recompensar nuestros servicios no consulta Dios sino á su bizarrísimo corazon.

Pero ¿qué servicios podemos alegar respecto de Dios? ¿Por ventura cuanto podemos hacer no estamos esencialísimamente obligados á hacerlo? ¿No es sobrado premio, no es sobrada recompensa el tener la honra de estar en su servicio? Sin embargo, Dios quiere admitirnos por mérito el cumplimiento de nuestras obligaciones, y se digna destinar una recompensa infinita á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz, por haber dado en su nombre un vaso de agua, por haberle tributado nuestros respetos; la recompensa es un paraíso sin fin, una bienaventuranza eterna, la misma felicidad del mismo Dios. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y en medio de todo esto, divino Salvador mio, ¿será posible que yo me dedique á servir á otro dueño!

Punto segundo.—Considera que aunque Dios no hiciera mas que darse por bien servido de que le sirviésemos, quedarian nuestros servicios sobradamente recompensados. En la corte, en el servicio de un príncipe, ¿cuántas veces no se recibe otra recompensa? Estragóse la salud, perdióse la vida, arruinóse la casa en servicio de un monarca, y una palabra obligante, ó un mirar con agrado vale un elogio, y no pocas veces se reduce á solo esto todo el premio. Pero al contrario, el mas ligero acto de mortificacion, el mas leve sacrificio de un momento, una nada que se haga, ó que se padezca por Dios, al instante es recompensada con una asombrosa abundancia de bendiciones; el mismo Jesucristo en el dia de la cuenta no quiere hacer memoria sino de las cosillas mas comunes, de las de menos esplendor y menos ruido, de las mas fáciles. ¡Gran Dios! un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelo, una felicidad eterna é infinita, por un maravedí que se metió en vuestro tesoro, por una visita que se hizo á un pobre enfermo, á un encarcelado: por un acto de religion que no omití, cuando estaba obligado á hacerle bajo gravísimas penas. Y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, Vos mismo os obligais á ser mi recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios! ¡y después de todo esto teneis tan pocos que os sirvan! ¡y se hallan tantos, á quienes cuesta gran trabajo el serviros! ¡y se encuentran muchos que son tibios, que son negligentes, que están disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿estamos bien instruidos en lo que nos enseña nuestra Religion?

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Señor, decia san Pedro, *veis aquí que todo lo hemos dejado, y que os hemos seguido.* A la verdad no habian dejado mucha cosa; una barca carcomida y unas redes viejas. Pero ¡qué premio tan inmenso el suyo! La abundancia de dones del Espíritu Santo; el ser favorecidos y privilegiados del Dios vivo; sentarse al lado del mismo Jesucristo para juzgar á todos los mortales á la frente de los escogidos, y ser compañeros de Cristo en la gloria, como lo fueron en la tierra. ¡Ó gran Dios! ¡y qué liberalmente recompensais á los que os aman! ¡Oh, y cuánta razon tuvieron los Santos en serviros con tanto esfuerzo y con tanta fidelidad!

Y porque no se pensase que esta divina liberalidad se limitaba únicamente á los Apóstoles, añadió inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare á su casa y á sus hermanos; esto es, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardare mis mandamientos con perseverancia, yo seré su premio y su recompensa por toda la eternidad.* Sí; ni un solo paso que se dé por Dios será olvidado; ni un solo cabello que sea arrancado por su amor, dejará de ser contado para el premio; ni una sola accion exterior, ni un solo acto interior que tenga á Dios por motivo, se quedará sin recompensa. ¡Ó liberalidad! ¡ó prodigalidad divina, y cuánto nos confundes!

¡Qué dolor, mi Dios, qué desesperacion será la mia por no haber querido servir á un amo tan liberal, que cuenta por servicios los deseos! Yo os prometo servir con toda la sinceridad que me es posible. Os amaré toda la vida; os serviré hasta el postrer aliento con la mayor fidelidad.

Jaculatorias.—¡Qué grande es, Señor, la dulzura que teneis reservada para los que os temen y para los que os aman! (*Psalm.* xxx).

Vos, Señor, sois mi recompensa, y el premio de todo lo que hiciere y padeciere por Vos. (*Psalm.* xv).

PROPÓSITOS.

Aunque un Dios tan bueno y tan amable debiera ser servido por puro amor y sin el menor interés, pero no es incompatible con la verdadera virtud el fin de la recompensa; antes sirve para avivar nuestra confianza, y para animar nuestro fervor: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem,* decia el real profeta David. Aunque vuestros divinos preceptos son todas las delicias de mi corazon, con todo eso, este se inclina tambien á

guardarlos perpetuamente, por el premio que prometeis á los que fielmente los guardan. En todo tiempo es útil esta consideracion: pero sobre todo alienta mucho en ciertas ocasiones, en que el amor propio se queja del yugo del Señor; en que las pasiones meten mas ruido, y en que el tentador emplea sus artificios y sus máquinas. Tiénete oprimido esa vida retirada, modesta, uniforme y arreglada: tu genio y tus pasiones quisieran estar mas á sus anchuras; sientes no sé qué tedio, no sé qué repugnancia á los ejercicios espirituales. Imagínate que Cristo, que la santísima Vírgen, que el santo Ángel de tu guarda te dicen lo que aquella generosa madre decia al menor de sus hijos, á vista de los tormentos que le estaban preparados: *Yo te ruego, hijo mio, que vuelvas los ojos hácia el cielo, y que consideres la grandeza del premio que te está prometido, y la rica corona que te espera.* Cuando te parezca que se te ha resfriado la devocion; en medio de esas arideces, de esas sequedades espirituales, cuando padezcas algunas adversidades, al experimentar esas cruces, que brotan necesariamente en todos los estados; da de cuando en cuando algunas ojeadas hácia el cielo, y piensa en aquellas bellas palabras del Apóstol: *Nuestras tribulaciones, que se pasan en un momento, y son en sí tan ligeras, nos producen un premio eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á todo merecimiento.* Procura adquirir una especie de costumbre de mirar al cielo, y de considerar el premio que en él te aguarda.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

San Antonio, portugués, confesor, del Órden de Menores, en Padua; ilustre por la santidad de su vida, por sus milagros, y por su predicacion. *(Véase su vida en las de hoy).*

El triunfo de santa Felícula, vírgen y mártir, en Roma en la via Ardeatina; la cual no queriendo casarse con Flaco ni sacrificar á los ídolos, fue entregada á un juez, quien viéndola constante en confesar á Jesucristo, la encerró en una horrorosa cárcel, donde padeció grande hambre, y después poniéndola en un potro mandó descoyuntarla con tal crueldad, que murió en el tormento: su cuerpo fue arrojado á una cloaca; pero san Nicomedes lo sacó de aquel lugar indigno y le dió sepultura en la misma via Ardeatina.

Los santos mártires Fortunato y Luciano, en el África.

Santa Aquilina, vírgen y mártir, en Gibelet de la Palestina, en tiempo del emperador Diocleciano y del juez Voluciano; la cual siendo de doce años de edad, confesó á Jesucristo, y por ello fue abofeteada, azotada y punzada con

lesnas encendidas; y finalmente degollada, consagrando su virginidad con el martirio.

San Peregrino, obispo y mártir, en el Abruzzo; al cual por defender la fe católica le ahogaron los longobardos en el rio Pescara.

San Fandila, presbítero y monje en Córdoba; el cual fue martirizado en la persecucion de los árabes en España por defender la fe católica. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Trifilo, obispo, en Chipre.

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR.

San Antonio de Padua, llamado así por la dilatada residencia que hizo en esta ciudad, dichosa tambien y rica porque posee el precioso tesoro de su santo cuerpo, nació en Lisboa, corte de Portugal, el año de 1195, y en el bautismo se le puso el nombre de Fernando. Fueron sus padres Martin de Bulloens y María de Tavera, ambos de antigua y calificada nobleza; pero aun mas que por ella, distinguidos por su virtud sobresaliente, en fuerza de la cual no perdonaron medio alguno para dar á su hijo una educacion tan digna de su piedad como correspondiente á su ilustre nacimiento.

Ahorraron muchas lecciones á los maestros el ingenio, la inclinacion y el natural de Fernando, que desde luego dió señales de declararse alumno de la virtud. Era su padre oficial en el ejército del rey D. Alfonso; y no pudiendo atender por sí mismo á la mejor crianza de aquel hijo, á quien por tantos títulos amaba tiernamente, le puso á pension en los canónigos de la catedral de Lisboa, en cuya escuela se dedicó principalmente á los ejercicios de virtud, y juntando á la ciencia de los Santos la aplicacion y el estudio de las ciencias humanas, en poco tiempo llegó á ser tan virtuoso como sabio.

Al amor de la virtud se siguió naturalmente el tedio y el disgusto que le causaban todas las cosas del mundo. Conoció sus peligros, y resolvió huir de ellos, siendo todo su cuidado buscar en el retiro seguro asilo á su inocencia. Contaba solos quince años cuando tomó el hábito entre los canónigos reglares de San Agustin, cuya casa, con la advocacion de San Vicente, está sita en una arrabal de Lisboa. En poco tiempo fue el novicio dechado y confusion de los mas antiguos, siendo el ejemplo y la admiracion de todos su fervor, su devocion y su cordura. Pero como las frecuentes visitas de sus parientes turbasen algun tanto la quietud de su retiro, pidió y obtuvo licencia de los superiores para retirarse á la abadía de Santa Cruz de Coimbra. Luego que se vió en aquella dulce soledad, olvidando al mundo y á todo lo que en él amaba, se entregó á Dios enteramente. Distribuyó todo

el tiempo en la oracion, en la leccion de la sagrada Escritura y en el estudio de los santos Padres, acabando de perfeccionar aquel inocente corazon la contemplacion y la penitencia. Tomó Dios de su cuenta el magisterio de Fernando, instruyéndole en la oracion; y descollando su mérito á pesar de su humildad, desde entonces le reconocieron todos por uno de aquellos prodigios de virtud que envia Dios á su Iglesia, haciéndolos desear por muchos siglos.

Ocho ó nueve años habia empleado nuestro Santo en estos fervorosos ejercicios cuando llegaron á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos del seráfico Padre san Francisco, que habiendo pasado á Marruecos á predicar la fe de Jesucristo á aquellos mahometanos, recibieron en premio la gloriosa corona del martirio. Inflamóse el celo de nuestro Fernando á vista de aquellos ilustres Mártires, y se encendió en su corazon un ardentísimo deseo de derramar á su imitacion toda su sangre por amor de Jesucristo.

Al deseo del martirio se siguió como naturalmente el de trasladarse á una religion que ya daba mártires desde su misma cuna. Sobresaltó esta proposicion á los canonigos reglares; pero al fin, todo lo venció la constancia de Fernando. Tomó el hábito de san Francisco el año de 1221; y no faltó quien contó esta mudanza entre uno de los mayores milagros que obraron los cinco Mártires en mucha gloria de su Órden. Dejó el nombre de Fernando con el hábito de canonigo reglar, y tomó el de Antonio en honor de san Antonio abad, á quien estaba dedicado el convento que le recibió.

Creció muy en breve el fervor de Fr. Antonio á vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa y de la grande austeridad que profesaba la religion seráfica; tanto, que parecia no poder subir mas de punto el santo odio de sí mismo y desprendimiento de todo, y los ejemplos de la mas tierna devocion. Al mismo paso iba creciendo tambien cada dia el fervoroso deseo de derramar su sangre en defensa de la fe; impaciente ansia, que le hacia parecer importuno, solicitando incesantemente de los superiores la licencia para pasar al África, y dedicarse en ella á la conversion de los moros y de los sarracenos. Obtúvola finalmente; pero luego que se embarcó se sintió malo; detúvole la enfermedad en las costas de África todo el invierno, y sintiéndose cada dia mas débil, se vio precisado á restituirse á España. Distaba pocas millas del primer puerto, cuando un golpe de viento arrojó el bajel sobre las costas de Sicilia. Tomó tierra en Messina, donde tuvo noticia de que se celebraba en Asis un capítulo general de su Órden, al que habia de asistir ó asistia ya el

Padre san Francisco, y con las ansias de conocer al grande Patriarca, se encaminó á aquella ciudad.

Luego que este le abrazó, descubrió el precioso tesoro que se ocultaba en Antonio, dándolo á entender las demostraciones de amor y de estimacion con que le distinguió. No así los demás Padres guardianes á quienes se presentó; tuviéronle por un fraile inútil, y ninguno le quiso recibir para su convento. Movióse á compasion el Padre Graciani, provincial de la Romanía, y llevándosele consigo, le asignó para el desierto de Monte Paulo, que era un conventillo retirado en lo mas áspero de las montañas. No se le podia proporcionar á Fr. Antonio soledad mas de su gusto ni mas á propósito para que estuviesen ocultos sus milagrosos talentos. Mas al fin llegó el tiempo de que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero, saliendo debajo del celemin. Enviado á Forli para que recibiese los órdenes sagrados, concurrió con muchos religiosos jóvenes de santo Domingo que iban al mismo fin, y se hospedaron tambien en el convento de San Francisco. Sobre comida rogó el Padre guardian á estos religiosos que platicasen á la comunidad alguna cosa de edificacion; y habiéndose excusado todos, mandó á Fr. Antonio que lo hiciese. Subió al púlpito, y habló de repente con tanta dignidad, con tanta elocuencia, con tanta energía, que asombrados todos, se quejaron de que estuviesen sepultados tan singulares talentos en la soledad de Monte Paulo. Dió parte el Guardian de este suceso al patriarca san Francisco, y mandó el Santo que Fr. Antonio estudiase teología escolástica, antes que se le aplicase al ministerio de la predicacion. Hizo en poco tiempo tantos progresos en ella, que el mismo Patriarca le ordenó la enseñase públicamente, y á este fin le expidió una patente en estos precisos términos:

A su muy amado Fr. Antonio, Fr. Francisco, salud en Jesucristo. Paréceme que expliques los libros de la sagrada teología á los frailes: pero de suerte, como sobre todo te lo encargo, que el ejercicio del estudio no apague en tí ni en ellos el espíritu de la oracion, como lo previene la regla que profesamos. El Señor sea contigo.

Obedeció el Santo, y enseñó teología con admiracion en Bolonia, en Montpeller, en Tolosa y en Padua.

Es cierto que los errores del tiempo pedian un sabio teólogo; pero la licencia y el desórden de las costumbres no clamaban menos por un celoso misionero. Fuelo san Antonio, y con aquel género de fruto que solo es regular en los Apóstoles. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que predicó, que concurrian de todas partes á oirle.

No cabiendo los auditorios en las iglesias mas capaces, se veia precisado á predicar en las plazas y en los campos; cesaban los negocios, cerrábanse las tiendas, y se suspendian todos los oficios hasta acabarse el sermon. A ningun predicador se le oyó nunca con mayor atencion, ni con mayor silencio, ni con mayor ansia; pero tampoco ningun otro predicó con mayor fruto. Ordinariamente interrumpian el sermon los sollozos y los llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. Al acabar el sermon se veian frecuentemente venir á postrarse á los piés del Santo los mas empedernidos pecadores y los herejes mas obstinados; y era tan grande el número de confesiones, que no bastaban para oirlas todos los religiosos ni todos los sacerdotes seculares. No es posible decir el fruto que hizo en pocos años. Predicó en las tierras del Estado eclesiástico, en la Marca Trevisana, en la Provenza, en el Langüedoc, en el Lemosin, en Velay, en el ducado de Berry, en Sicilia, y particularmente en Roma y en Padua, siendo cási infinito el número de convertidos que hizo en todos estos parajes. A la verdad, tampoco se habia visto desde el tiempo de los Apóstoles hombre mas poderoso en obras y palabras.

Raro enfermo dejó de recobrar la salud después de haber recibido su bendicion; y se puede asegurar sin arrojo, que los milagros hechos por nuestro Santo, si no exceden, igualan á los mayores que se habian obrado hasta entonces, tanto en el número como en la calidad.

Confesándose un mozo con el Santo, se acusó de que habia dado un puntapié á su misma madre. Afeóle Antonio este delito con tanta eficacia y con tanta viveza, que el pobre mozo, aconsejándose solo con el horror que le causó su atrevimiento y con el dolor de haberle cometido, se retira perturbado á su casa, entra en su cuarto, y córtase el pié. Noticioso el Santo de aquella indiscreta y pecaminosa penitencia, parte apresurado á buscarle, repréndele su indiscrecion, pide el pié cortado, aplícale á la pierna, y queda de repente unido á ella á vista y con asombro de todos los concurrentes.

Hallábase en Padua cuando tuvo noticia de que su padre, acusado falsamente de un homicidio en Lisboa, estaba en peligro de ser sentenciado á muerte. Pide licencia al superior para marchar á Portugal, y en un instante se halla en Lisboa milagrosamente. Visita á los jueces, declara la inocencia de su padre; y viendo que no daban fe á su testimonio, los requiere que el cuerpo del difunto sea presentado en la sala de la audiencia. La novedad del caso habia traido á ella toda la ciudad; pregunta al difunto, y le manda en nombre

de Nuestro Señor Jesucristo, que declare en voz alta y perceptible, si su padre era autor del asesinato que se habia cometido en su persona; levantóse el cadáver, y declaró públicamente la inocencia del acusado; y hecha esta declaracion, se volvió otra vez á componer en su féretro. La admiracion y el pasmo que este suceso causó á los asistentes, es mas fácil de comprenderse que de explicarse. Hizo Antonio una fervorosa plática á toda su familia, exhortándola á la virtud; y en un momento se vió restituido á su convento de Padua.

Quizá no tuvo jamás la herejía enemigo mas formidable. Desarmóla y confundióla. Predicó un dia en Tolosa sobre la realidad del cuerpo de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía; oyóle un famoso hereje, y le confesó que sus razones no admitian réplica, mas que para creer necesitaba un milagro. Bien está, le replicó el Santo, escoge el que quisieres. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es, que mi mula, estando bien hambrienta, deje la paja y la cebada por postrarse delante de una hostia consagrada. Sea así, repuso Antonio; haz ayunar á tu mula el tiempo que te pareciere. Dejóla el hereje tres dias sin comer bocado, y al cabo de ellos toda la ciudad fue testigo del prodigio. Puesta la hostia consagrada delante del animal, y una cebadera bien proveida al otro lado, á pesar de la furiosa hambre que la incitaba, dobló las rodillas delante de la sagrada hostia, y hasta que se retiró no hubo forma de probar el pienso que la presentaban. No pudo resistirse la obstinacion á tan portentoso milagro. Convirtióse el hereje, y á su conversion se siguieron otras muchas.

Subió al púlpito en cierto pueblo marítimo lleno de herejes y de hombres perdidos; ninguno concurrió á oirle; vase á la orilla del mar, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces: *Pues no hay quien quiera oir la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid, y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! llenóse la playa de peces, que sacaron luego las cabezas en ademan de atentos; hízoles un patética exhortacion sobre la omnipotencia del Señor, y los despidió echándoles su bendicion; milagro que obró la conversion de todo el pueblo.

Todo predicaba en san Antonio; su modestia, su humildad, su mansedumbre, sus gratísimos modales. Primero ganaba los corazones, y después los convertia. Apoderóse de Verona, de Padua, y de cási toda la Marca Trevisana el tirano Ezelino; llenó á Italia de carnicería y de terror, burlándose igualmente de las fuerzas de los príncipes confederados contra él, que de las excomuniones de los sumos Pon-

tífices; solo á san Antonio se humilló. Púsole el Santo delante los ojos con tanto celo y con tanta intrepidez el número y la enorme gravedad de sus pecados; afeóle sus crueldades con tanta eficacia y energía, que detuvo el curso de aquel precipitado torrente. Respetóle Ezelino; echóse á sus piés, y prometió convertirse. No lo cumplió, pero se contuvo mientras el Santo vivió, aunque después de su muerte volvió á sus primeros desórdenes y tiranías.

Al mismo tiempo que Antonio trabajaba con tanto celo y con tanto fruto en la conversion de los pecadores, no se olvidaba de atender á las necesidades de su Órden. Habia sido electo por general de ella Fr. Elías, hombre ostentoso y arrogante, de espíritu muy contrario al del santo Patriarca. Comenzó á introducir en la seráfica familia la relajacion y la licencia. Era Antonio provincial de la Romanía, y se opuso valerosamente á las novedades del General. Recurrió al papa Gregorio IX, en cuya presencia defendió aquel admirable compendio de la santa regla, que se llama *el Testamento de san Francisco*, y conservó en la religion el vigor y el espíritu de pobreza y de austeridad que constituye su verdadero carácter. Citado á Roma Fr. Elías, fue despojado de su cargo; y como nuestro Santo solo se habia movido por el celo de la mayor gloria de Dios, obtuvo licencia de Su Santidad para renunciar su empleo, con privilegio de que nunca se le pudiese obligar á ninguno otro de la Órden. Quiso el Papa detenerle en la corte para servirse de su consejo en los negocios de la Iglesia; pero Antonio, suspirando siempre por el retiro, logró con sus reverentes súplicas le permitiese restituirse á su convento de Padua, donde continuó en las funciones de su apostólico ministerio, y trabajó tambien algunas obras espirituales, que fueron de mucha utilidad á toda la Iglesia de Dios.

Apenas se puede comprender cómo un hombre de solos treinta y seis años, de muy delicada salud, y sumamente quebrantada por sus excesivas penitencias, pudo en tan poco tiempo conseguir tantos triunfos de los herejes; convertir tantos pecadores; enseñar y predicar en las mas célebres ciudades con un séquito jamás oido; correr la Italia, la Francia, la Sicilia y la España con fruto tan universal, y llenar el mundo con la fama de sus hechos y portentosas maravillas; efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo. Pocas almas le amaron con mayor ternura, y pocas fueron mas tiernamente amadas del Salvador. Comunicóle un elevado don de contemplacion; éranle muy frecuentes las revelaciones, los éxtasis y las visiones. Movido un dia de curiosidad el huésped que le tenia

en su casa, quiso acechar lo que hacia en su cuarto, y le vió de rodillas con el niño Jesús en los brazos, que le estaba regalando con dulcísimas caricias; y en este tierno pasaje le representan los mas de sus retratos.

El que amaba con tanta ternura al Hijo, no podia menos de profesar una singularísima devocion á la Madre. Esta se puede decir que habia nacido con nuestro Antonio; por lo menos es cierto que en él se anticipó al uso de la razon. Dilatábasele el corazon cuando hablaba de esta Señora, acreditando sus amantes expresiones la ilimitada confianza que tenia colocada en ella. En sus sermones, en sus escritos y en sus conversaciones siempre se habia de hacer lugar á la devocion con la Vírgen; y en sus necesidades era el recurso mas regular decir algunos de los himnos que canta la Iglesia á esta soberana Reina.

Teniendo revelacion de su cercana muerte, se retiró á cierta ermita, que se llamaba Campiettro, distante una legua de Padua, para vacar á solo Dios. Pero duró poco este retiro, porque conociendo que ya estaba muy cercana la postrera hora, rogó á los frailes que estaban en su compañía le llevasen al convento. Tuvo el pueblo noticia de que le traian á él, y concurrió tanta gente á recibirle, que temerosos los frailes de que le oprimiesen, le metieron en el hospicio de los confesores del convento de Santa Clara, donde recibidos todos los Sacramentos con el fervor y con la devocion que acostumbran los Santos, pronunciando el himno: *Ó gloriosa Domina*, que le era tan familiar, entró en el gozo de su Señor el dia 13 de junio del año 1231, á los treinta y seis de su edad, y á los diez de su ingreso en la religion de san Francisco.

Luego que espiró se cubrió de luto toda la ciudad, y los niños corrian por las calles gritando: *El Santo ha muerto*. Hicieron las monjas de Santa Clara todo cuanto pudieron para quedarse con el precioso tesoro de su cuerpo; pero no lo consiguieron de los religiosos de san Francisco. El entierro mas pareció triunfo que pompa funeral. El prodigioso número de milagros que obró en su vida, y el de los que se repitieron en su glorioso sepulcro, movió al papa Gregorio IX, que le habia tratado y conocido, á mandar se procediese sin perder tiempo á las informaciones necesarias en órden á su canonizacion. Concluyéronse los procesos el año siguiente, y expidió el Papa la bula en Espoleto en 1.° de junio de 1232; de manera, que la primera fiesta que se celebró de nuestro Santo (sin ejemplar hasta entonces) fue puntualmente el primer dia aniversario de su preciosa muerte.

Treinta y dos años después de ella hizo levantar la devocion de los paduanos una de las mas suntuosas y magníficas iglesias que se admiran en el universo, á donde fueron trasladadas sus reliquias. Descubrióse la caja, y se halló toda la carne consumida; pero la lengua, instrumento de tantas conversiones, así de herejes como de pecadores, tan fresca, tan rubicunda y tan hermosa como si el cuerpo estuviera vivo. Tomóla en sus manos san Buenaventura, general á la sazon de la Órden, que asistió á esta traslacion; y teniéndola en ellas, exclamó diciendo: *¡O bienaventurada lengua, empleada siempre en alabar á Dios, y en hacer que otros le alabasen; tu incorrupcion muestra bien cuán agradable le fuiste!* Venérase hasta el dia de hoy esta admirable reliquia colocada en uno de los mas primorosos y mas ricos relicarios que se conocen en todo el orbe cristiano. Todos saben la general devocion que profesan los fieles á este gran Santo, y el universal recurso á su proteccion en todas las necesidades; pero singularmente para hallar las cosas perdidas. Ignórase cuál fue el verdadero orígen de este particular recurso; pero es verosímil no fuese otro que el haberse experimentado tan general su proteccion en todas las necesidades que acudia á ella la devota confianza. En un manuscrito muy antiguo se lee que un gran devoto de san Antonio, vecino de Lisboa, perdió un precioso anillo, dejándole caer por descuido en un pozo muy profundo; pocos dias después se cayó en el mismo pozo la herrada con que se sacaba agua de él; y habiéndola extraido un criado, se halló en el fondo de ella el perdido anillo, á cuya vista comenzó el criado á gritar: *Milagro, milagro.*

Todas las maravillas que cada dia está obrando Dios por los méritos de este prodigioso Santo, se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invoca la devocion á san Antonio:

Si quaeris miracula, mors, error, calamitas,
Daemon, lepra fugiunt; aegri surgunt sani:
Cedunt mare, vincula; membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cessat et necessitas;
Narrent hi qui sentiunt, dicant paduani.

«Si buscas milagros, hallarás que por la intercesion de san Antonio «la muerte se retira, el error se desvanece, los trabajos cesan, el «demonio huye, y la lepra se disipa. Los enfermos se levantan re- «pentinamente sanos, el mar alborotado se sosiega, y se rompen las «prisiones. Acuden á Antonio los jóvenes y los ancianos, así por los «miembros como por las demás cosas que perdieron: recobran los

«primeros, y encuéntranse con las segundas. En una palabra, des-«tierra los peligros, y ahuyenta la necesidad. Díganlo sino los pa-«duanos, y publíquenlo cuantos lo han experimentado.»

Las reliquias de san Antonio se han distribuido en diferentes lugares de la cristiandad. En Padua se veneran la lengua y la mandíbula inferior, que se exponen á la pública adoracion en dos preciosísimos relicarios; en Lisboa un hueso de sus brazos, que fue enviado al rey D. Sebastian el año de 1570; y en Venecia la parte de un brazo, colocada en el suntuoso altar que la serenísima República erigió á san Antonio en la iglesia de Nuestra Señora de la Salvacion.

SAN FANDILA, PRESBÍTERO Y MÁRTIR.

San Fandila nació en Acci, ciudad episcopal fundada en el sitio que llaman Guadix el Viejo, distante poco mas de una legua de la actual ciudad de Guadix, al Oriente y no léjos del rio Fardes. Sus padres, que eran cristianos y temerosos de Dios, deseando que se perfeccionase en las letras, le enviaron á Córdoba, cuyas escuelas gozaban entonces de grande reputacion. Empleó en los estudios aquella parte de edad que por lo regular gastan los jóvenes en diversiones y en pasatiempos; pero como á los conocimientos de la verdadera sabiduría, que se fundan sobre el sólido principio del santo temor de Dios, son consiguientes los deseos de aspirar á la virtud, quiso Fandila adquirirla por medio del estado mas perfecto, que es el religioso. Agradábale mucho la santa conversacion de los monjes; parecíanle muy bien sus arregladas costumbres, y enamorado de aquel género de vida, resolvió abrazarla para conservar su inocencia, retirado totalmente de los peligros del siglo. Reconoció los monasterios de Córdoba, y eligió entre todos el Tabanense, célebre entonces por el fervor de su observancia religiosa, y por el grande número de individuos que florecian en él con el mas alto concepto de santidad. Constituido en el claustro no es fácil explicar los grandes progresos que hizo el ilustre jóven en poco tiempo bajo la enseñanza del abad Martin, uno de los varones mas esclarecidos de su época; de forma que portándose como el mas humilde, el mas obediente, el mas exacto, y el mas mortificado de todos los individuos de aquella comunidad, le miraban desde luego los monjes como el modelo mas cabal de la perfeccion religiosa.

Esparcióse la fama de la eminente virtud de Fandila por todos los monasterios del territorio de Córdoba, y deseando los monjes del de

San Salvador, fundado por los padres de santa Pomposa, al Norte de Córdoba, al pié de Peñamelaria ó Peña de la miel, gozar del sabio y del prudente gobierno de un hombre tan celebrado, hicieron varias instancias á los del Tabanense para que les concediesen por padre á Fandila. Sintió este en el alma semejante solicitud; pero aunque procuró excusarse por cuantos medios le dictó su profunda humildad, se vió precisado á encargarse del empleo de abad del expresado monasterio, sacrificando la repugnancia que tenia de mandar al beneficio comun que pudiera resultar de su gobierno.

La nueva dignidad solo sirvió para que brillasen mas sus virtudes, puesto en mas eminente candelero. Su fervor y su ejemplo mas que sus sabias exhortaciones eran las lecciones con que alentaba á sus súbditos á que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamados; y supo gobernarlos con tanto celo, con tanta prudencia, y con tanta santidad, que se conoció desde luego cuánto puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion para manifestarse.

Vivia el insigne Abad tan distraido de las cosas de la tierra, y tan engolfado en las del cielo, que suspiraba continuamente como otro Pablo por verse libre de los vínculos carnales y unirse con Cristo. Habia mucho tiempo que deseaba con vivas ansias presentarse á derramar su sangre en defensa de la fe para alentar con su ejemplo á los Cristianos, que intimidados con el decreto que obtuvo Mahomet, los obispos se hallaban en inaccion de aquellos hechos heróicos que ennoblecieron el valor de los profesores de nuestra santa Religion en los gloriosos combates contra los enemigos de ella; y animado de este impulso bajó á Córdoba, y presentándose ante el tribunal del juez arabe, comenzó á predicar las infalibles verdades del Evangelio, exhortando con maravilloso brio á todos los oyentes á que desistiesen de los enormes delirios, y de las ridículas necedades que prescribió en su ley el falso profeta Mahoma. Quedó sorprendido el juez á vista de una accion tan inesperada, y graduándola por uno de los mayores atentados, mandó poner á Fandila entre los malhechores en un oscuro calabozo cargado de pesadas cadenas. Hizo el juez relacion al rey Mahomet del extraño suceso, y reflexionando el bárbaro príncipe que era Fandila el primero que se habia atrevido á quebrantar sus decretos, mandó prender al obispo que entonces gobernaba la iglesia de Córdoba, queriendo vengar en el pastor el agravio del súbdito. Mas como el obispo huyendo hubiese escapado de su furor, mandó el Rey decapitar á Fandila inmediatamente, y que ejecutado el castigo, pusiesen su cadáver á vista de la ciudad, para que sir-

viese de escarmiento á los Cristianos que se atreviesen á seguir su ejemplo. Fueron ejecutadas sus órdenes en el dia 13 de junio del año 853, y desde aquel punto se celebró la memoria del ilustre Mártir en Córdoba. Quiso tambien la ciudad de Guadix acreditar su estimacion para con aquel que miraba como honor inmortal de su patria, bajo cuyo supuesto estableció en ella su festividad el ilustrísimo obispo D. Juan de Fonseca á instancias de D. Diego de la Cruz y Savedra, á la que por voto asiste la ciudad, donde se erigió en honor del Santo una ilustre cofradía, que aprobó D. Juan de Cobarrubias, prelado que fue de la misma iglesia.

La Misa es en honor de san Antonio de Padua, y la Oracion la siguiente:

Ecclesiam tuam, Deus, beati Antonii confessoris tui solemnitas votiva laetificet; ut spiritualibus semper muniamur auxiliis, et gaudiis perfrui mereamur aeternis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Haced, Dios mio, que la solemne festividad de tu confesor Antonio regocije toda la Iglesia; para que fortificada con los socorros espirituales, merezca disfrutar los gozos eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV *de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, haec scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos; padecemos persecucion, y tenemos paciencia; somos blasfemados, y hacemos súplicas; hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Es la virtud cristiana como cierto género de espectáculo para el mundo, que no acierta á comprender cómo es dable que la virtud sea plausible; lo es para los Ángeles, que admiran en ella la fuerza de la gracia; y lo es tambien para los hombres, que la reconocen por único orígen de la verdadera felicidad. Ándase en busca de milagros, y acaso ninguno hay, ni mas estupendo, ni mas universal, ni que deba dar mas golpe, como tanto número de almas santas, de personas religiosas que son el espectáculo de su siglo. No se repara tanto en el milagro, por ser mas frecuente; pero no porque sea mas frecuente es menos milagro. Enciérranse muchos en los claustros, en la vida retirada, y en las virtudes escondidas de tantas virtuosas almas. Un jóven único heredero de una ilustre casa y opulentos mayorazgos, adornado de cuantas nobles prendas se pueden desear, solicitado de todos los halagüeños atractivos del mundo, en aquella edad que se considera la florida sazon de todas las diversiones; á la entrada de una carrera donde todo le brinda, todo le halaga, todo se le ríe; este jóven sacrifica sus riquezas, sus prendas, su nobleza, y hasta sus mismas esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida oscura, pobre, humilde y penitente. Pregunto: ¿tendrán mucha parte en esta maravilla ni la razon natural ni los sentidos?

Una bizarra doncella en la flor de su edad, distinguida por su noble nacimiento, pero mucho mas por su hermosura, por su discrecion y por su despejo; tan rica como entendida, y tal vez idolatrada de todo un pueblo, prefiere generosamente un grosero velo, un rústico sayal en que se amortaja y entierra, á todo el fausto y aparato de joyas y de galas, que naturalmente idolatraria ella misma. Bien sé que estos milagros de la gracia se suelen atribuir á caprichos del humor, ó á diferencias del genio; pero examínense mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuencias, compárese todo con nuestra natural flaqueza, y se hará patente el milagro mas claro que el mediodia.

Nosotros, dice el apóstol san Pablo, *nos hemos hecho insensatos por amor de Jesucristo*. Lo mismo pueden decir á cada paso tantas personas verdaderamente virtuosas que tienen horror á la prudencia de la carne, y por lo mismo están reputadas en el mundo por unas pobres simples. Pero ¿qué importa? ellas son las verdaderamente sabias. Es cierto que su sabiduría es muy superior á las limitadas lu-

ces de la razon natural; no pueden llegar á ella todos los alcances del entendimiento humano; es una sabiduría infalible, porque es la fe, y es el mismo Jesucristo quien la arregla; míresela con reflexion, y se descubrirá el milagro con todos sus efectos.

Padecemos hambre, sed y desnudez, continúa el Apóstol, *nos echan maldiciones, y correspondemos con bendiciones; nos ultrajan de palabra, y hacemos oracion por los que nos ultrajan.* ¿Llegó jamás á tanto la filosofía mas disimulada, la mas ambiciosa, ni la mas perfecta? esos llamados sabios de la Grecia ¿supieron nunca obrar por motivo de pura virtud? aquella su afectada tranquilidad, aquel desprecio de las injurias, ¿no era efecto de la mas fina venganza? el afectado y grosero menosprecio de las comodidades de la vida, ¿no era fruto de un orgullo refinado? Hablando en rigor, no hay virtud maravillosa fuera de la religion cristiana. Solamente los ciegos no conocen el milagro.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas, pág. 201.*

MEDITACION.

De la pronta correspondencia á la gracia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no habla solo de la hora de la muerte ni del juicio particular el Salvador del mundo, cuando tantas veces nos exhorta en el Evangelio á que abramos la puerta luego que el Señor llame á ella. Entonces inútilmente nos haríamos sordos; cuando llame en aquella hora no tiene remedio, es necesario partir; de nada sirve nuestra modorra ni nuestra insensibilidad, porque ni á una ni á otra se atiende. No siempre viene el Señor como severo juez; durante la vida nos llama muchas veces como padre, como esposo y como amigo; llámanos con sus inspiraciones, con sus piadosos impulsos ó movimientos, con su gracia; tambien habla, advierte y grita por medio de sus ministros, ya en el púlpito, y ya en el tribunal de la penitencia; habla al alma de cien modos en los libros espirituales, en los ejemplos de los Santos, y hasta en los sucesos y reveses de la vida. Pero donde mas ordinaria y mas fuertemente llama, es en la oracion y en la meditacion de las grandes, de las terribles verdades de la Religion. Considera de cuánta importancia es estar prontos á su voz, abrirle luego que llama, oirle desde que comienza á hablar. ¡Ah, qué preciosos, qué críticos son estos momentos! Si te niegas á oirle, calla; si no le abres luego, pasa

adelante. Aquella saludable inspiracion, aquella voz de Dios era una pura gracia ; pensaba Dios en tí, cuando tú no pensabas en él ; queria convertirte al mismo tiempo que eras enemigo suyo, cuando estabas mas anegado en los mayores desórdenes. Pondera bien cuánto vale esta gracia actual : ¿despréciasla? ¿resístesla? pues ya la perdiste. ¡Oh Dios, y qué pérdida! Perdida una vez esa gracia, ¿con qué industria, con qué medio se podrá recobrar? No hay condenado en el infierno que no hubiese logrado estos preciosos auxilios ; pero ninguno hay que se hubiese aprovechado de ellos. Dudar en materia de fe, es no creer; y deliberar en punto de conversion, es ponerse á peligro de no convertirse jamás.

Punto segundo. — Considera que si los Santos no hubieran sido prontos á aquellas primeras excitaciones de la gracia, á las cuales tenia Dios como aligados los grandes auxilios que los elevaron después á tan eminente santidad, quizá no hubieran sido santos ; y de cierto no lo serian tanto. Arriésgase mucho cuando se deja apagar aquella luz sobrenatural que con tanta claridad nos descubre la vanidad del mundo, y cuando se cierran los oidos á la voz interior que tan fuertemente nos llama. Si Zaqueo no hubiera bajado prontamente cuando le llamó el Salvador; ¿seria aquel dia de salvacion para su dichosa casa? Nota que el Salvador no le mandó bajar como quiera, sino bajar prontamente : *festinans descende ;* y con efecto prontamente bajó : *festinans descendit.* A poco que se hubiese descuidado, ya el Salvador se habria ido. Pues tan de paso suele venir la gracia como lo estaba entonces el Salvador ; en deteniéndose un poco, acaso ya no es tiempo.

Aquel Ángel que despertó á san Pedro en la cárcel, no le dijo puramente que se levantase, sino que se levantase con velocidad : *surge velociter.* Levantóse el Apóstol sin demora, y al punto se vió libre de las cadenas. ¡Ah, Señor, y á cuántos habeis dicho *festinans descende!* baja de esas alturas peligrosas á donde te ha elevado la altanería de tu orgullo ; baja en espíritu á la consideracion de tu misma nada, y en ella encontrarás remedios muy eficaces para curar muchas enfermedades del alma ; pero en todo caso baja prontamente.

¡A cuántos pecadores estais diciendo : *surge velociter ;* levántate ; pero levántate con velocidad si quieres que yo haga pedazos esas cadenas! Oyeron vuestra voz ; pensaron alguna vez en convertirse ; pero dilataron la conversion para otro tiempo, y murieron desdichadamente en brazos de la impenitencia. Y ¿que hay que admirar? Dig-

nase Dios llamarnos y convidarnos; ofrécenos su amistad concediéndonos esta gracia; ¡y todavía no se rinde el corazon! ¡no le da la gana! ¡todavía delibera! ¡Ó gran Dios, y cuántos están en el infierno por haber apagado estas luces sobrenaturales, y por haber sufocado estos piadosos movimientos! Cuando Cristo mandó á Lázaro que saliese de la sepultura, nota el Evangelio que al instante se levantó el difunto; *et statim prodiit.* Tan necesario como esto es que la obediencia sea pronta. Pero ¿hemos obedecido siempre con esta docilidad? ¿Por ventura todas las veces que nos llamó el Señor, le respondimos como Samuel: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus;* hablad, Señor, que vuestro siervo oye? Mil veces ha dicho el Salvador á vuestra alma: *Aperi mihi, amica mea;* ábreme la puerta, amiga mia; y no sé si siempre le hemos respondido como la esposa en los Cantares: *Vox dilecti mei pulsantis;* esta voz es la de mi amado que llama á la puerta; abrámosle sin detencion.

¡Ah, Señor, cuántos motivos de dolor, y cuántos de temor me está haciendo presentes la conciencia! ¡cuánto y cuánto tengo de que arrepentirme! ¡tantos buenos pensamientos sufocados! ¡tantas inspiraciones extinguidas! No os canseis, Señor, de hablar á vuestro siervo, que pronto estoy á prestaros dóciles oidos; pronto á abriros la puerta de mi corazon sin tardanza; mandad, Señor, y seréis obedecido.

Jaculatorias. — Hablad, Señor, que vuestro siervo oye. (*I Regum,* III).

Aquí me teneis, Señor, pues me llamásteis. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 Es la gracia una luz sobrenatural que fácilmente puede apagarse; es un piadoso movimiento de la voluntad; es una saludable inspiracion, que enseña al alma lo que debe hacer, y al mismo tiempo la comunica fuerzas para ejecutarlo. Pero si no se corresponde con fidelidad y sin dilacion á la gracia, se apaga esta preciosa luz, cesa este piadoso movimiento, y esta saludable inspiracion se convierte en nuevo cargo. Pues trae hoy á la memoria, si es posible, todas las gracias que has recibido en el discurso de tu vida; tantas veces como has conocido con la mayor claridad el vacío, la nada, la falsa brillantez de los bienes, de los deleites, de las honras de este mundo; tantas fuertes inspiraciones para que te fabricases una fortuna mas sólida, trabajando seriamente en el importantísimo negocio de tu sal-

vacion; tantos deseos, en fin, y aun tantos proyectos de convertirte, que todos se desvanecieron, porque á nada te resolviste desde aquel mismo punto. Ea, no pase adelante tu infidelidad; estas mismas reflexiones que ahora haces son una gracia importantísima, de la cual depende quizá tu eterna salvacion. No te contentes solo con el vivo dolor de haber sido hasta ahora tan infiel; logra tambien el consuelo de experimentar desde luego tu presente fidelidad. Cien veces has tenido pensamiento, y acaso tambien deseo de romper ese lazo, de domar esa pasion, de no concurrir á aquella casa, de no ver aquella persona, de reformar esa profanidad, de mostrar amor á aquel enemigo, de perdonar aquella injuria, de no quebrantar aquella regla, de no dejarte arrebatar de la cólera, de no reprender con arrebatamiento; en una palabra, has pensado, y aun has querido mudar enteramente de vida. Pues manos á la obra, y no se pase el dia sin haber puesto en práctica esta resolucion.

2 No te contentes con decir: *yo lo quiero;* ten el gusto de poder añadir: *así lo he hecho.* Todo lo que has leido hasta aquí es una prueba segura de que ahora tienes en tu mano la gracia; correspóndela sin dilacion, y da principio á esta correspondencia por la modestia y la atencion en el oficio divino y en tus oraciones; por la devocion en la misa, por el respeto en el templo y en todos los actos de religion, diciéndote á tí mismo, siempre que suene el reloj, aquellas devotas palabras de David: *Dixi, nunc coepi: haec mutatio dexterae Excelsi.* Hoy lo dije, y hoy lo ejecuté por la gracia del muy alto; en este dia he comenzado á vivir cristianamente.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

La consagracion de san Basilio, obispo, en Cesarea de Capadocia; el cual en tiempo del emperador Valente resplandeció maravillosamente por su doctrina, sabiduría y todo género de virtudes, y con una admirable constancia defendió la Iglesia contra los Arrianos y Macedonianos. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Eliseo, profeta, en Samaria de Palestina, de cuyo sepulcro huian los demonios, segun escribe san Gerónimo. Allí está enterrado tambien el profeta Abdías. *(Véase la historia de san Eliseo en las de hoy, y la de Abdías en las del 19 de noviembre).*

San Marciano, obispo, en Siracusa, consagrado por el apóstol San Pedro; el cual después de haber predicado el Evangelio fue martirizado por los judíos.

Los santos mártires Valerio y Rufino, en Soissons; los cuales en la per-

secucion de Diocleciano, después de crueles tormentos fueron degollados por mandato del prefecto Riciovaro.

Los santos mártires Anastasio, presbítero, Félix, monje, y Digna, vírgen, en Córdoba. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Metodio, obispo, en Constantinopla.

San Eterio, obispo, en Viena *(en Francia).*

San Quinciano, obispo, en Rodas.

SAN BASILIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Basilio, aquel portentoso varon que mereció el epíteto de *Grande*, tan eminente en erudicion y en sabiduría, como adornado de todas las virtudes, nació en Cesarea de Capadocia hácia el año de 328. Fue hijo de san Basilio y de santa Emilia, nieto de santa Macrina, hermano de san Gregorio Niseno, de san Pedro, obispo de Sebaste, y de santa Macrina la Moza, á cuya gran santidad confesaba el mismo san Basilio haber debido, así él como sus hermanos, la resolucion de abandonarlo todo, y retirarse del mundo.

Habiendo nacido de padres tan virtuosos, y en el seno de una familia tan santa, fácilmente se deja discurrir el cuidado con que le criarian. Luego que supo hablar dió claras muestras de su noble índole y de su apacible natural; sus preguntas, sus respuestas y sus prontitudes dieron luego á conocer la penetracion y la vivacidad de aquel prodigioso ingenio. Quiso encargarse de su primera educacion su abuela santa Macrina, y después se gloriaba nuestro Santo de que le hubiese enseñado los primeros principios de la Religion aquella que los habia inmediatamente bebido en la primera fuente de san Gregorio Taumaturgo. Viendo su padre los grandes talentos que descubria su hijo para adelantar en las ciencias, le aplicó sin perder tiempo á los estudios, en los que hizo Basilio tan rápidos progresos, que habiendo aprendido cuanto habia que saber en las letras humanas, á los quince años le envió á la capital del imperio para que se dedicase á las facultades mayores. Conocido desde luego por su ilustre nacimiento, lo fue no menos muy en breve por la brillantez, por la extension y por la superioridad de su ingenio, igualmente que por la irreprensible inocencia de sus costumbres, tanto mas sobresalientes, cuanto el licencioso desórden que reinaba en la ciudad era incentivo del vicio, y escollo de la virtud.

No teniendo ya que adelantar en Constantinopla, determinó pasar á Atenas, emporio entonces de las ciencias, de la elocuencia y de las floridas letras de toda la Grecia, donde encontró á Gregorio de Nacianzo, que por el mismo fin habia venido de Alejandría. Eran

los dos, con corta diferencia, de una misma edad, de igual ingenio y de costumbres muy parecidas; circunstancias todas que estrecharon desde entonces aquella fina amistad que los unió indisolublemente hasta el último aliento. Señalóse muy luego Basilio entre toda aquella república de sabios por su elocuencia y por su profunda erudicion; y como su aplicacion era tan grande, en breve tiempo fue generalmente reconocido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Estaba muy versado en la historia; era eminente en la poesía; hablaba todas las lenguas sabias, y poseia con perfeccion todas las ciencias. Singularmente su filosofía y su dialéctica eran la admiracion de toda la universidad; dedicóse tambien á la geometría, á la astronomía y á la medicina; pero en lo que mas sobresalió fue en el arte de hablar, de mover y de persuadir. No era su elocuencia aquella verbosidad asiática, llena de palabras redundantes y de pensamientos superfluos, sino una elocuencia masculina, nerviosa, elevada, majestuosa y llena de un fogoso ardor. Ni por dedicarse al estudio de las ciencias profanas abandonó el de las divinas letras; antes bien estas eran todas sus delicias, como quien se habia aplicado á ellas, digámoslo así, desde la cuna.

Mientras el ingenio y la sabiduría de Basilio daban materia á la admiracion y á los aplausos de Atenas, concurrió á estudiar en la misma universidad Juliano, primo hermano del emperador Constancio, tan conocido después por el renombre de *Apóstata*. Movido de la gran reputacion de Basilio y de Gregorio, solicitó su amistad; pero en su misma fisonomía descubrieron los dos Santos no sé qué señales, que sacando al semblante las inclinaciones del alma, les dieron á conocer el monstruo que abrigaba el seno del imperio en aquel jóven; como lo manifestó después cuando arrancó tantos gemidos al corazon de la Iglesia.

Acabados sus estudios en Atenas, se restituyó Basilio á Cesarea, arrimándose ya á los veinte y siete años de su edad. Ejercitó desde luego la abogacía, defendiendo algunos pleitos con tan universal aplauso, que andaba ya deliberando si fijaria su profesion á este glorioso ejercicio, consagrando sus estudios á la defensa de la justicia, cuando el cielo se valió de su hermana mayor santa Macrina para retirarle de las vanidades del mundo. Hallábase esta santa doncella en compañía de su madre santa Emilia, después de haber hecho á Dios el sacrificio de su virginidad; y viendo que su hermano se dejaba llevar con algun exceso de los aplausos que le granjeaban su reputacion y sus talentos, le habló un dia con tanta eficacia y con

tanta mocion sobre la falsa brillantez de los aparentes bienes de esta vida, que desde aquel punto tomó la generosa resolucion de volverles las espaldas, y de anhelar únicamente por los inmutables y verdaderos de la eterna.

«Véote, hermano mio, le dijo la iluminada doncella, cubierto de «honor, de estimacion y de gloria. La elevacion de tu ingenio, la «majestad de tu elocuencia, esa profunda sabiduría que te adorna, «son el asombro del público, y embelesan tu corazon con las mas «lisonjeras esperanzas. Pero ¿será posible que sabiendo tú todo cuan«to hay que saber, no cargues la consideracion en lo que ha de venir «á parar todo ese humo? ¿será posible que esa despejadísima ca«pacidad no advierta que todo es apariencia cuanto ostenta esa en«gañosa brillantez, y que no aspires á gloria mas consistente, á mas «sólidos honores? Créeme, no tiene el mundo todo cosa digna de tu «generosa ambicion. Tu salud es débil; pon los ojos en una fortuna «que no dependa de las felicidades, ni de los caprichos de esta vida; «yo no veo otra cosa que sea digna de tu nacimiento, de tu espíritu «y de ese grande corazon, que la santidad y la virtud.»

Convencido Basilio con las razones de su santa hermana, pero mucho mas movido por el interior impulso de la divina gracia, no la dió otra respuesta que la que le salió á los ojos en un sosegado llanto: *Entonces*, dice el Santo en una de sus epístolas, *desperté como de un profundo sueño, comencé á descubrir sin nubes la luz del Evangelio, y conocí por la primera vez la vanidad y la inanidad de la humana sabiduría*. Resolvió, pues, no dedicarse al ejercicio de otra ciencia que á la de los Santos, y partió en busca de modelos y de maestros á Egipto, á Palestina y á otras partes. Encontró muchos en aquellos vastos desiertos, y aprendió tantas lecciones cuantos grandes ejemplos notó en los anacoretas que los poblaban. Tuvo con ellos muchas conversaciones y conferencias espirituales, á las cuales somos deudores de aquel admirable tratado que se intitula: *La Moral de san Basilio*.

Cuando volvió á Cesarea le ordenó luego de lector el obispo Dianeo, temiendo que otra iglesia se adelantase á apropiársele; pero no perdiendo por eso su inclinacion á la soledad, se juntó con ciertos solitarios, cuya vida parecia acercarse mucho á la que hacian los monjes de Egipto y del Oriente: *Eran unos hombres*, dice el mismo Santo en la epístola 97, *de un exterior modesto, humilde y mortificado; su hábito rústico y grosero, con una vida en la apariencia penitente, me hicieron creer que adelantaría mucho mi espíritu en su trato y com-*

pañía. No faltaron algunos que le advirtieron como aquellos hombres estaban notados de sospechosos de arrianismo ; pero viendo las bellas exterioridades de su afectada virtud, creyó que aquellos dichos eran efectos de la maledicencia y de la envidia ; hasta que habiéndolos tratado mas de cerca, reconoció eran lobos carniceros cubiertos con piel de mansas ovejas : desde aquel punto se declaró enemigo mortal del arrianismo, cuyos parciales no tuvieron contrario mas formidable.

Impelido siempre de su amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia del Ponto, donde él solo practicó todas las grandes virtudes que habia observado en los anacoretas de Egipto y de Palestina. Traia siempre inmediato á las carnes un áspero cilicio que cubria cuidadosamente con un hábito grosero para no hacer ostentacion de la penitencia ; siendo sus ayunos tan continuos y tan rigurosos, que estragada del todo su salud, naturalmente delicada, parecia un esqueleto animado ; y no seria temeridad decir que sin milagro no parecia posible se conservase su vida los treinta años que vivió después.

Hiciéronse famosos los desiertos del Ponto con el retiro de Basilio, concurriendo de todas partes mucho número de personas para entregarse á su gobierno. Diólas unas reglas en que se contenia la mas elevada perfeccion ; y fueron, por decirlo así, como la fuente universal donde bebieron las suyas los santos fundadores de las sagradas familias. Hicieron cuanto pudieron los vecinos de Neocesarea para llevar al Santo á aquella ciudad ; pero no fue posible vencerle á que abandonase su retiro, hasta que le obligó á ello el celo y la caridad. Estos dos motivos le arrancaron de él, poniéndole en precision de partir á Cesarea para hacer presente al obispo lo mucho que habia escandalizado á la Iglesia firmando el famoso formulario de Rímini. Conoció el prelado que le habian engañado, y reparó el escándalo con su pública retractacion.

Muerto el obispo de Cesarea, le sucedió Eusebio en aquella silla : y conociendo bien el extraordinario mérito de nuestro Santo, sin dar oidos á su humildad ni á su resistencia, le ordenó de presbítero, y luego le mandó que predicase en su iglesia. Aunque Basilio se halló precisado á dejar su amada soledad, no por eso perdió la inclinacion al retiro, viviendo en medio de Cesarea como pudiera en el Ponto, en cuanto le permitian las funciones de su sagrado ministerio ; bien que no con tanta tranquilidad como en el desierto, por cierta indecente emulacion que desconcertó su sosiego. Entró en celos el Obispo

á vista de la universal estimacion y de la general confianza que mereció á todos Basilio, y le dió no poco en que merecer. Tratábale con tanto desabrimiento, y aun con tanta indignidad, que faltó poco para que todos los buenos se amotinasen contra el Prelado; y se hubiera introducido un cisma en la iglesia de Cesarea á no haberle prevenido la prudencia de nuestro Santo, que secretamente se huyó de la ciudad, y se retiró á su desierto del Ponto. Siguióle á él su amigo Gregorio de Nacianzo; pero como la iglesia de Cesarea no podia vivir sin Basilio, el mismo obispo Eusebio empeñó á san Gregorio para que restituyese á ella á su amigo; el que no se hizo mucho de rogar, especialmente cuando llegó á entender que los Arrianos triunfaban con su ausencia, prometiéndose echar por tierra la fe en Cesarea. Noticioso de su vuelta el emperador Valente, ciego fautor del arrianismo, hizo cuanto pudo para ganarle á nuestro Santo en favor de su partido; pero despreció sus promesas y se burló de sus amenazas, sirviendo unas y otras para encender mas su celo, y tener mas alerta su vigilancia en defensa de la Religion.

Murió en este tiempo el obispo de Cesarea; luego comenzaron los Arrianos á poner en movimiento cuantas máquinas y artificios pudieron discurrir para que recayese la futura eleccion en sugeto de su parcialidad, cundiendo el espíritu de division hasta en los mismos Católicos; pero pudo mas el mérito que la maquinacion, y salió electo Basilio. En vano se resistió, se escapó y se empeñó en ocultarse; fuele preciso, al fin, rendirse á tan visible disposicion de la divina Providencia, y fue consagrado el dia 14 de junio de 370. Triunfó la religion católica luego que Basilio ocupó el trono episcopal. Con su agrado, con su humildad, con su virtud y con su mérito se hizo dueño de los ánimos que habia enajenado el artificio de los malcontentos. Comenzó á predicar al pueblo, y acompañada siempre la eficacia de sus palabras con la energía mayor de sus ejemplos, hizo tanta impresion en los corazones, que á poquísimos dias ya no se conocia á sí misma la ciudad de Cesarea. Su vigilancia pastoral no le permitia ignorar las necesidades de sus ovejas, y en su inmensa caridad encontraba siempre fondos para remediarlas; de suerte, que solamente los pobres sabian en rigor hasta donde alcanzaban sus rentas.

Vióse revivir en Cesarea el espíritu y el fervor de la primitiva Iglesia, pasando los fieles en ella muchas veces desde media noche hasta el mediodia siguiente: *¡y qué consuelo es para mí*, escribe el Santo á un amigo suyo, *verlos comulgar á todos el miércoles, el viernes, el sábado y el domingo de cada semana!* Reformó las costumbres

en todo el obispado con sus frecuentes visitas; restituyó la disciplina eclesiastica á su primer vigor, y la vida de los monjes á su primitivo espíritu, dirigiendo gran número de personas en el camino de la perfeccion, tanto por cartas como de viva voz, y manifestando en todo su ardiente celo por la salvacion de las almas.

Siendo muy estrechos los límites de su diócesi, y aun de toda la provincia, para contener su caridad, rompió aquellas ceñidas márgenes, y se dilató á toda la Iglesia universal. Ligado íntimamente con san Atanasio, con san Melecio, con todos los obispos santos del Oriente, pero singularmente con la silla apostólica de Roma, declaró guerra mortal al arrianismo; hizo cuanto pudo por reducir á los Macedonianos; fue azote cruel de cuantos enemigos conspiraron contra la divinidad y contra la humanidad de Jesucristo, siendo generalmente reconocido por uno de los mas ardientes y mas generosos defensores de la religion católica que ilustraron la Iglesia, y venera la memoria en aquel siglo.

Persiguióla con furor el emperador Valente, habiendo abrazado sin disimulo el arrianismo; y no se olvidó de Basilio en su cruel persecucion. Descubrió nuestro Santo la hipocresía y los errores de Eustaro, obispo de Sebaste; y animado este de la venganza que le inspiraba su misma confusion, determinó perderle, enconando contra Basilio el ánimo del Emperador; hazaña que le costó poco esfuerzo. Irritado el Príncipe furiosamente contra él, partió á Cesarea, y cuando estaba ya muy cerca de ella, despachó un oficial llamado Modesto, con órden de intimar de su parte al Obispo, que ó comunicase con los Arrianos, ó saliese desterrado de la ciudad. Entró en ella Modesto con mucho estrépito; hizo llamar á san Basilio; y sin respetar su dignidad ni su persona, le preguntó luego con grosera altanería: *Dime, pobre hombre, ¿en qué piensas cuando no quieres obedecer al Emperador, á quien se rinde todo el mundo? Pienso...* le iba á responder nuestro Santo con su natural gravedad, serenidad y compostura; pero interrumpiéndole Modesto, añadió luego: *Pensarás en que no eres de la religion del Emperador. Y bien, ¿qué motivo tendrás para no serlo? Porque Dios me lo prohibe,* respondió Basilio. *Pues ¿por qué casta de hombres nos tienes á nosotros?* replicó el oficial. *Por unos hombres ilustres, segun el mundo, dignos de nuestro respeto; pero que al fin no sois la regla de lo que debemos creer,* respondió el Obispo. Irritado Modesto á vista de tan generosa constancia, le dijo enfurecido: *Por lo menos ya temerás experimentar los efectos de mi poder. ¿Que efectos?* replicó Basilio. *La confiscacion, el destierro, los tormentos, y*

aun la misma muerte, respondió el oficial. *Nada de eso habla conmigo,* repuso el Obispo: *el que nada tiene, no teme la confiscacion; salvo que necesites estos trapos viejos y algunos pocos de libros: á esto se reducen todos mis bienes. Destierro no le conozco, porque para mí todo el mundo lo es, no reconociendo otra patria que la celestial: los tormentos poco daño pueden hacer á quien apenas tiene cuerpo para padecerlos; al primer golpe se acabarán todos para mí: la muerte no la temo como castigo, antes la deseo como gracia, pues me llevará cuanto antes á mi Dios, para quien únicamente vivo.* Asombrado Modesto de aquel teson, dijo al Santo: *Hasta ahora ningun hombre ha tenido valor para hablarme de esa manera. Será sin duda,* respondió Basilio, *porque hasta ahora no habrás tratado con algun obispo, que estos en semejantes ocasiones no se explican de otro modo. A lo menos,* replicó el oficial en tono mas moderado, *ya estimarás en algo tener en tu ciudad al Emperador; y en conclusion todo se reduce á quitar del símbolo la palabra consustancial. Yo estimaría mucho,* repuso el Santo, *ver al Emperador reconciliado con la Iglesia, y exento de todo error en la fe; y por lo que toca al símbolo, no solo no sufriré que se quite ni añada una sola palabra, pero ni aun toleraré que se altere la material colocacion de las voces. En fin,* concluyó Modesto, *vete con Dios, y doyte toda esta noche para que lo pienses bien. Mañana seré el mismo que hoy,* respondió Basilio. Despidióle el oficial con bastante urbanidad; y partiendo en diligencia á encontrarse con el Emperador, le dijo no habia que esperar cosa alguna del obispo de Cesarea.

No pudo Valente disimular la grande estimacion que hacia de aquella heróica virtud. Quiso concurrir á la iglesia el dia de la Epifanía; dejóse ver en ella rodeado de sus guardias; quedó admirado cuando vió el concurso del innumerable pueblo, pero mucho mas cuando notó el órden, la modestia y la majestad con que se celebraban los divinos oficios, á los cuales asistió, y oyó el sermon que predicó nuestro Santo. Parecia Basilio en el altar un hombre enteramente divino, y los muchos ministros que le asistian mas se le representaban ángeles que hombres. Llenóle de tanto asombro aquel augusto teatro, que cási le dió un desmayo; y no se atrevió á acercarse al altar para llevar él mismo su ofrenda, y mas cuando observó que ninguno se presentaba para recibirla, temiendo seguro el desaire de que no se la admitiesen. Pero léjos de ofenderle aquel teson invencible de Basilio, le estimó mas desde entonces, y quiso tener algunas conversaciones con él. Hallóse presente á todo san Gregorio de Nacianzo, quien asegura habló Basilio con tanta elevacion sobre las mate-

rias de la fe, que todos los asistentes quedaron como extáticos, y todos fueron testigos de la admiracion del Príncipe, que tributó grandes honores al Santo, le dió muchas y muy ricas posesiones para sustentar á los pobres leprosos, y cesó de perseguir á los Católicos; bien que duraron poco estas treguas de la persecucion; porque los Arrianos, que perpetuamente tenian sitiado al Emperador, le hicieron aprender se interesaba el honor de su soberanía en obligar á Basilio á entrar en su comunion, tomando por pretexto para desterrarle su constante y valerosa resistencia. Expedido el decreto de destierro, estaba todo dispuesto para la ejecucion, entrada ya la noche, porque el pueblo no lo llegase á entender, prevenido el carruje, y pronto Basilio para partir, cuando de repente se halló asaltado de una ardiente y maligna calentura, que le puso á las puertas de la muerte, el hijo del Emperador, llamado Galates, niño de pocos años, y la Emperatriz su madre atormentada de vivísimos dolores. Entendieron todos que aquel accidente era justo castigo de la violencia y de la injusticia con que se trataba á san Basilio, y mas cuando apurada toda la habilidad de los médicos, se reconoció no habia remedio humano para la vida del Príncipe. Recurrieron entonces á las oraciones del Santo, que ya estaba para meterse en el coche y salir á su destierro, cuando recibió un recado muy respetuoso de Valente, rogándole pasase á ver á su hijo. Partió derecho á palacio, y luego que entró en él se sintió el Príncipe muy aliviado; pero Basilio protestó que no pediria á Dios por su vida, sino con la precisa condicion de que se le habia de permitir instruir al Príncipe en la religion católica, la que aceptó el Emperador, como lo testifica san Efren. Entonces hizo oracion san Basilio, y al punto quedó el niño enteramente sano; pero olvidado despues Valente de lo que habia prometido, y engañado de los Arrianos, dejó que le bautizase un obispo de esta secta, y recayendo el Príncipe en su enfermedad, murió dentro de pocos dias. Ni por eso abrió los ojos el Emperador para reconocer el orígen de su desgracia, porque se los tenian vendados los Arrianos, y á persuasion de ellos, segunda vez resolvió desterrar á san Basilio. Tomó una pluma para firmar el decreto, y se le hizo pedazos entre las manos. Cogió otra segunda, y negándole la tinta, jamás pudo formar una letra con ella; echó mano de la tercera, y rompiéndose luego en muchos trozos, le comenzó á temblar la mano, llenándose de pavor. Hizo pedazos el papel, revocó la órden, y dejó en paz á Basilio.

Fue testigo de tantos prodigios Modesto, prefecto del pretorio, y

asombrado de ellos se convirtió á la fe, siendo en adelante uno de los mas firmes y mas celosos católicos. No fue tan dichoso Eusebio, vicario del mismo Prefecto. Mandó sacar de la iglesia á una viuda que se habia refugiado á ella; y oponiéndose á esto san Basilio, le hizo comparecer en su tribunal. Cuando le vió en él, mandó que le quitasen la capa; alargóla luego el Santo, añadiendo estaba pronto á despojarse tambien de la túnica. Ofendióse el Vicario de esta noble intrepidez, teniéndola por insulto, y le amenazó con que le haria castigar; desnudó Basilio parte del esqueleto de sus huesos, cubiertos de la arrugada piel, diciéndole estaba aparejado para recibir los golpes. Cegóse Eusebio de cólera, y arrebatado de ella iba á precipitarse en los mayores excesos, cuando le dieron noticia de que sabedor el pueblo del tratamiento que hacia á su santo Obispo, se habia alborotado, y tenia sitiado el palacio del mismo Prefecto, resuelto á tomar venganza. Lleno de pavor Eusebio, se arrojó á los piés de Basilio, pidiéndole perdon con la mayor humildad, y rogándole apretadamente le sacase de aquel peligro. Compadecióse el Santo, sosegó el tumulto, y salvó al Prefecto la vida.

Dejándole ya en paz el Emperador y sus ministros, consagró al Señor esta quietud y el corto resto de sus débiles fuerzas corporales. En medio de las mas laboriosas ocupaciones nunca perdió de vista el estado religioso. Mantuvo siempre algunos monjes cerca de su persona, gobernándolos y educándolos en la vida monástica. Tambien habia en Cesarea un monasterio de monjas, que gobernaba una sobrina del mismo san Basilio, cuya iglesia estaba dedicada á los Cuarenta Mártires, venerándose en ella sus reliquias; y así estas religiosas como otras que estaban á su cargo, son las que en sus escritos llama *canónigas* ó *canónicas*, esto es, doncellas ó vírgenes consagradas á Dios, que viven debajo de alguna regla. En las que compuso el Santo para personas religiosas, se hallan muchas que hablan derechamente con mujeres; y las penitencias particulares que se imponen en ellas, cási todas son por las faltas que cometen en el demasiado hablar.

En todo estaba su vigilancia pastoral. Erigió en Sasimo un obispado, para el cual nombró á san Gregorio de Nacianzo; ejecutando lo mismo en otras ciudades de su provincia; á las que proveyó de santos y vigilantes pastores. Restituyó á su antiguo vigor la disciplina eclesiástica secular y regular, dando reglas para su gobierno á todos los estados. Como acérrimo defensor de la fe católica, persiguió valerosamente la herejía, atacandola hasta en sus últimos

atrincheramientos. Llegó á no tener en su cuerpo otra cosa sana mas que la mano y la cabeza; pero no por eso fue menos útil á la Iglesia. Fueron tantas las doctas y admirables cartas que escribió, que cuando no tuviéramos mas obras suyas, debiéramos admirarnos de que hallase tiempo para escribir tanto un hombre de tan poca salud, quebrantada con tantas y tan espantosas penitencias, y ocupado en tantos, tan graves y tan diferentes negocios. Las que escribió á san Anfiloquio contienen todos los principios de la doctrina cristiana; y con mucha razon se dice que en solos los escritos de san Basilio tenemos una completa librería. Fuera del compendio ó suma *del Moral*, de que ya hemos hablado, nos dejó un tratado *del Espíritu Santo, la obra de los seis dias, el tratado sobre algunos salmos, otro sobre Isaías, cinco libros contra la herejía de Eunomio, dos sobre el bautismo, uno de la virginidad, y diferentes homilías* sobre asuntos escogidos; admirándose en todos la claridad de su pluma, el nervio de sus razones y el vigor de su elocuencia; siendo muy pocas las obras de los Doctores, y aun de los santos Padres de la Iglesia, que sean mas instructivas y hagan tanta impresion.

Acercábase el fin de la vida de nuestro Santo, cuando san Efren, diácono de Edesa en Mesopotamia, movido de su gran reputacion, vino expresamente por conocerle, por tratarle y por oirle. Al primer sermon que le oyó, comenzó á deshacerse en alabanzas de san Basilio delante de todo el pueblo. Preguntóle el Santo la razon, y respondió: *Porque mientras tú estabas predicando, estaba yo viendo sobre tus hombros una paloma de maravillosa blancura que te estaba sugiriendo todo lo que decias.* Pocos dias después de esta visita quiso el Señor premiar los trabajos de su siervo, cuya solicitud pastoral le acompañó hasta el último suspiro; pues poco antes de espirar impuso las manos sobre muchos de sus discípulos para proveer de ministros dignos á todas las iglesias que tenian falta de ellos. En fin, lleno de merecimientos entregó el alma á su Criador el primer dia del año de 379, siendo de solos cincuenta y uno de edad; llorado no solo de los buenos, sino hasta de los judíos, y aun de los mismos paganos. Toda su provincia le lloró como á su padre, y en toda la Iglesia fue venerado por modelo de obispos católicos, y por doctor de la verdad. Desde el mismo dia en que murió comenzó á solemnizarse su fiesta, de manera que las honras fueron triunfos, y fueron generales. Pronunciaron su panegírico su hermano san Gregorio Niseno, san Anfiloquio, san Efren y san Gregorio de Nacianzo. Dióse á su cuerpo sepultura en la iglesia catedral, ansiando todos por lograr

alguna reliquia suya. Las familias religiosas le pueden justamente considerar como su primer patriarca, y la Iglesia universal le honra como á uno de sus mas ilustres doctores.

LOS SANTOS ANASTASIO, PRESBÍTERO; FÉLIX, MONJE, Y DIGNA, VÍRGEN.

Mucho ánimo puso en los pechos de los cristianos de Córdoba el ejemplo del santo monje Fandila que, como dejamos dicho en el dia de ayer, en la persecucion del cruel Mahomet vindicando la honra de la Religion ultrajada, dió la vida por Jesucristo. Al dia siguiente salieron tres ilustres campeones á seguirle en la gloria del triunfo.

El primero de estos fue Anastasio, natural de la misma ciudad de Córdoba, el cual se habia educado desde sus primeros años en laudables costumbres, é instruido en las ciencias en la iglesia de San Acisclo, bajo la enseñanza de los sabios maestros destinados en aquella escuela á enseñar á los niños y jóvenes cristianos las letras y las virtudes. Abrazó el estado eclesiástico con el designio de dedicarse enteramente al servicio del Señor; y habiendo ascendido por sus méritos personales al órden sacro de diácono, se portó en las funciones de su ministerio, y en todo el resto de su conducta con tanta edificacion, con tanta prudencia, y con tanta caridad, que se concilió el amor y la veneracion de todos los fieles. Creció su fervor con el nuevo carácter, y pareciéndole que separado de los tumultos del siglo, podria aspirar á la cumbre de la perfeccion que era lo que deseaba, se retiró al desierto no con otro fin que el de gozar con quietud las dulzuras que disfrutan las almas en la contemplacion de las grandezas divinas. Vivia Anastasio en el yermo con un perpetuo olvido de las cosas de la tierra, pero le duró muy poco su gozo, porque le arrancaron de su amada soledad los Cristianos, para que se ordenase de sacerdote, á fin de que atendiese á la urgente necesidad en que se hallaba la iglesia de Córdoba, necesitada en aquella infeliz época de operarios de su eminente virtud, y de su ardoroso celo.

Sintió Anastasio en el alma aquella determinacion; mas conociendo que en ella se interesaba nada menos que la utilidad comun de la Iglesia, se sujetó á la voluntad de Dios que así lo disponia. Elevado al sacerdocio, satisfizo todos los deseos de los Cristianos; pues no teniendo ocioso el ministerio que habia recibido, trabajaba sin cesar en la salvacion de las almas, ocupándose con una vigilancia infatigable en sostener á los flacos, en esforzar á los débiles, y en mante-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ner á los fuertes constantes en defender la fe á costa de su sangre; pero como estaba habituado á los consuelos que habia disfrutado en el desierto, todos sus deseos y todas sus ansias eran por su amada soledad, para dedicarse á la oracion que era todo el fuerte de sus atenciones: persuadiéndose con fundada razon, que no le dejarian los fieles retirarse, siéndoles tan necesaria su presencia; y encendido en vivísimos deseos de unirse con el Señor por camino mas breve, como lo era el del martirio, se presentó al consejo de los mágistrados agarenos, y haciendo una pública confesion de su fe, declamó con fervorosa elocuencia contra los clásicos errores, y contra las ridículas patrañas del Alcoran de Mahoma. No pudieron los jueces sufrir aquel insulto mucho tiempo, y graduándolo por uno de los mas enormes atentados que podian cometerse por los profesores de la religion cristiana, mandaron decapitarlo inmediatamente, con órden de poner en un palo el cadáver á vista de la ciudad, inmediato al de san Fandila, para que sirviese de público escarmiento; todo lo cual se ejecutó en el dia 14 de junio del año 853.

En el mismo dia dió igual prueba de su valor otro esforzado militar de Jesucristo, llamádo Félix, natural de Alcalá de Henares, que se retiró de su patria á las montañas de Asturias con el noble objeto de instruirse en los misterios de nuestra santa fe, y en otros científicos conocimientos; puesto que en aquel país vivian los Cristianos con mas libertad que no en Castilla ocupada por los moros. Abrazó allí el estado religioso, é hizo grandes progresos en la virtud; pero como sus deseos no eran otros que testificar con su sangre las infalibles verdades del santo Evangelio, se dirigió á Córdoba con este fin, y se estableció en el monasterio de San Justo y Pastor, ilustres mártires de Alcalá, donde quiso disponerse para el combate con los enemigos de la fe por medio de fervorosas oraciones, de rigorosos ayunos, y de asombrosas penitencias. Pasó algun tiempo con este tenor de vida, siendo la admiracion de aquella casa religiosa, sita en el interior de las montañas de Córdoba; mas no pudiendo resistirse a las fuertes violencias que sentia en su corazon sobre no diferir el cumplimiento de sus deseos, bajó á la ciudad, y se presentó en el palacio de Mahomet, á la sazon que salia el bárbaro acompañado de una numerosa comitiva. Hízole ver con valeroso espíritu la inhumanidad y la injusticia con que trataba él y sus ministros á los inocentes fieles, no por otra causa que la de no obedecer sus impíos decretos contrarios á los de Dios, que seguian los Cristianos fielmente, ansiosos de sacar á los moros de los enormes errores que prescribió en

su ley Mahoma, indigno del nombre de profeta, llevando por ellos á innumerables gentes por el camino de la perdicion. Quedó sorprendido el Rey á vista de aquella inesperada novedad, y arrebatado de un furor extraordinario, dió órden á sus ministros para que degollasen á Félix sin dilacion, y que clavasen su cuerpo en un leño, en la misma disposicion que estaban los de san Fandila y san Anastasio.

Iba ya declinando el dia 14, y hallándose cansados los jueces árabes de los combates que tuvieron con los Cristianos, no lo estaban estos para ofrecerse al sacrificio. Así lo hizo con un valor excesivo á la fragilidad de su sexo una ilustre doncella, llamada Digna, religiosa del monasterio Tabanense, del que era superiora la venerable Isabel, mujer del mártir Jeremías, fundadores de aquella célebre casa, que fue un seminario de Santos. Vivia Digna tan abrasada en las llamas del amor divino, y tan regalada de su amado Esposo, que para darle una prueba nada equívoca de su agradecimiento, deseaba ocasion oportuna de ofrecerle su vida en sacrificio. Engolfada en tan nobles pensamientos, estando recogida cierta noche vió en sueños á una hermosa vírgen rodeada de gloriosos resplandores, que traia en las manos un primoroso ramillete; preguntóla Digna quién era, y le respondió: *Yo soy Águeda, que en los siglos padecí grandes tormentos por amor de Jesucristo, y ahora vengo á repartir contigo las flores que traigo en las manos;* y poniendo una rosa en las de Digna desapareció inmediatamente.

Dispertó la ilustre vírgen llena de extraordinaria alegría, y teniendo la vision por un aviso del combate para que era llamada, á fin de que diese pruebas de su fe y de su cristiana fortaleza, habiendo entendido que en aquel mismo dia lograron la dicha que deseaban san Anastasio y san Félix, valiéndose de la oportunidad que le ofreció el corto descanso que tenian las religiosas por la siesta, abrió con mucho silencio las puertas del monasterio, y bajó de la Sierra á Córdoba con tanta aceleracion, que caminando cási dos leguas de distancia llegó á la ciudad á tiempo que pudo presentarse á los jueces agarenos. Habló les con aquel valor que es propio de los heroes del cristianismo, y reprendió varonilmente los injustos procedimientos contra los inocentes Mártires que acababan de sacrificar, sin mas motivo que el de ser obedientes á la ley santa de Dios, y el de impugnar los crasos errores del falso profeta Mahoma. En fin, hizo sobre esto tantas y tan conducentes reflexiones, que no pudiendo sufrir los magistrados el verse confundidos por una delicada doncella, para evi-

tar que cautivase con sus elocuentes discursos á los que la oyesen, la sentenciaron á muerte, con la prevencion de que ejecutado el castigo, se hiciese lo mismo con su cuerpo que con los de Fandila, Anastasio y Félix; pero no satisfechos los bárbaros con semejantes castigos, á pocos dias después arrojaron los venerables cadáveres á una ardiente hoguera, y habiéndolos consumido el fuego echaron las cenizas al rio Guadalquivir, con el perverso designio de que no pudieran los Cristianos tributarles la veneracion correspondiente.

Al otro dia que fueron martirizados estos Santos, padeció por la misma causa santa Benilde, de la cual hablarémos mañana.

SAN ELISEO, PROFETA.

El profeta Eliseo, cuyo nombre significa *salud de Dios*, fue hijo de Saphat y discípulo de Elías. Nació en Abelmeula, en la tribu de Manasés á diez millas de Scythópolis. Hallóle Elías arando, puso sobre él su capa, y Eliseo dejó su labranza, sus padres y parientes, y siguióle; y desde este instante el discípulo ya no se separó jamás del maestro, sin consentir en dejarle un momento, á pesar de sus instancias, no ocultándole este la maravilla de su futuro rapto. Llegaron ambos á orillas del Jordan; Elías plegó su manto y golpeó con él las aguas de aquel rio, las cuales al instante se dividieron, abriéndole libre paso, y con planta enjuta le atravesaron ambos Profetas. «Pídeme para tí lo que quieras antes de separarnos,» iba Elías diciendo á su discípulo; y este le contestaba: «Haz que repose en mí «tu doble espíritu.» Dicen comentadores que el doble espíritu de Elías era el don de profecía y el de milagros. «Pídesme una cosa difícil, «replicóle el maestro; mas será otorgada tu peticion, si me ves vo«lar arrebatado, y negada si no me vieres.» De esta suerte caminaban hablando, cuando los separó repentinamente la aparicion de un carro de fuego con caballos tambien de fuego.

Subió al cielo Elías en un torbellino, y Eliseo clamaba mirándole: «¡Padre mio, padre mio!» y su maestro desaparecia. Recogio el manto que el Profeta por divina permision dejó caer en su rapto, y vuelto á la orilla del Jordan, golpeó con el las aguas, como lo hiciera Elías; mas ellas no se dividieron, y él exclamó sentido: «¿Dón«de está el Dios de Elías?» Volvió á golpear las aguas, las cuales se dividieron, y él pudo pasar el rio.

Este milagro dió á conocer que el espíritu de Elías residia en Eliseo, y en breve siguióle otro no menos admirable. Se habia retirado

á Jericó, é informados de su valimiento con Dios, los habitantes de la ciudad le hicieron presente que esta, aunque por otra parte muy cómoda, tenia malísimas aguas, nocivas á los hombres al par que á los animales. Viva impresion produjo en Eliseo la miseria y la confianza de aquellas pobres gentes. «Traedme, les dijo, un vaso nue«vo, y llenadlo de sal.» Fuése á la fuente y derramó en ella la sal, pronunciando estas palabras: «Hé aquí lo que dice el Señor: He sa«nado estas aguas, y de hoy mas no habrá en ellas ni muerte ni es«terilidad.» Y así se cumplió conforme lo predijo, pues en el dia no se beben aguas mas saludables.

Desde allí pasó Eliseo á Bethel, ciudad abominable por el culto del becerro de oro, establecido en tiempo de Jeroboam, y donde aun para los niños eran los profetas un objeto de burla y menosprecio. Al acercarse á la ciudad, le salió al encuentro una porcion de mozuelos hartándole de improperios; maldíjoles el Profeta á nombre del Señor, sobre quien aquellas injurias recaian, y saliendo repentinamente dos osos de un bosque inmediato y arrojándose á los jóvenes de mala lengua, despedazaron á muchos de ellos en pena del desafuero que cometian con el ministro del Señor.

Otros muchos prodigios obró en seguida Eliseo para autorizar la mision que tenia de llamar al pueblo de Israel al legítimo culto, siendo el mas brillante el que hizo en favor del ejército de Israel. El rey de esta nacion, Joram sucesor de Acab, Josafat rey de Judá, y el rey de la Idumea reunieron sus fuerzas para atacar á los moabitas, dirigiéndose por un árido desierto, en el cual faltó agua al ejército, hallándose en peligro de morir de sed. En este apuro sabiendo Josafat que se hallaba en el campamento un profeta del Señor, fué con los otros dos príncipes á ver á Eliseo, quien con santa libertad hizo saber al de Israel que, si se hubiera presentado solo, no habria alcanzado el milagro, porque protegia la idolatría en sus Estados; mas Dios lo hacia por consideracion á Josafat, cuya piedad era merecedora de tal gracia, y continuó de esta manera: «Hé aquí lo que di«ce el Señor: No veréis viento ni lluvia; sin embargo se llenará es«te valle de fresquísimas aguas, de las cuales beberéis vosotros, «vuestros soldados, vuestros esclavos y aun vuestros caballos. Y po«quísimo es esto para el Señor, pues os entregará en las manos á los «moabitas, y os enseñorearéis de sus fortalezas y de sus ciudades.» Con efecto, á la mañana siguiente, hácia la hora del sacrificio se vió venir de la Idumea una gran copia de aguas, sin haberse levantado viento alguno, al cual naturalmente pudiera atribuirse tal aconte-

cimiento, y sin que hubiese caido en aquel país una sola gota de agua. Llenóse bien pronto el valle, y todo el ejército pudo saciar su sed devoradora.

Quejóse á Eliseo la pobre viuda de un profeta, que estaba adeudada por los gastos que hizo en dar de comer á muchos profetas en tiempo de la persecucion de Jezabel, y pidióle algun medio para satisfacer á sus acreedores. Preguntóle el Profeta: «¿Qué tienes en tu «casa?—Solo un poco de aceite, respondió la afligida mujer.—Pues «vé allá, dijo Eliseo, y pide prestados á tus vecinas cuantas vasijas «tuvieren, y cerrada tu puerta, tú y tus hijos echad del aceite en «las vasijas hasta que todas estén llenas.» Hízolo así la viuda con mucha fe, y acreció tanto el aceite, que en efecto se llenaron todas las vasijas. Vendió y pagó sus deudas, y de lo que sobró vivió con sus hijos. Es de notar en este prodigio que Eliseo mandó pedir vasijas vacías y cerrar la puerta, dando á entender que para pagar lo que á Dios debemos y para ser llenos de aceite de la gracia, dos cosas son importantes: la una, vaciarnos de nuestros apetitos y deseos de sensualidad; que el maná del cielo no lo dió Dios á los hebreos hasta que les faltó la harina que sacaron de Egipto: la otra, que debemos cerrar las puertas de nuestros sentidos; así el Hijo de Dios para resucitar á la hija del príncipe de la sinagoga mandó primero salir la gente.

Pasaba Eliseo por la ciudad de Suna algunas veces, y una mujer principal convidábalo á comer, y aun con el parecer del marido, aderezóle un pequeño aposento. Visto esto por el siervo de Dios, y deseando no dejar sin premio el servicio que se le hacia, como entendiese por relacion de su criado Giezi, que la mujer no tenia hijos y su marido era viejo, y estimaria en mucho alcanzar de Dios uno, llamóla Eliseo á la puerta de su celda, y díjole: «No pasará «mucho tiempo sin que tengas un hijo.» En efecto, concibió y parió la Sunamítide un hijo, el cual habiendo muerto siendo aun muy pequeño, resucitó el Profeta.

Naaman, general del rey de Siria, privado suyo y muy rico, era leproso, y oyendo referir á una esclava hebrea las maravillas que Eliseo obraba, determinó de ir á Samaria, y llevó muchas joyas de oro y plata para distribuir, y cartas de su rey para el de Israel. Eliseo envió á decir al Rey: «Venga á mí Naaman, y verá que hay «profeta en Israel.» Vino Naaman á la posada de Eliseo, y estando á la puerta, sin que le viese el Profeta, envióle á decir por su criado Giezi que fuése y se lavase en el Jordan siete veces, y seria

sano. Indignóse Naaman de esta respuesta; y volvíase ya despreciando el remedio, y diciendo que en su tierra no faltaban aguas mejores que las del Jordan, cuando sus criados le dijeron: «Señor, si el «Profeta te mandara hacer alguna cosa dificultosa no dudaras de ha«cerla; pues ¿por qué no harás cosa tan fácil?» Tomó este consejo Naaman, fué al Jordan, lavóse siete veces, y quedó perfectamente sano. Esto fue figura del santo Bautismo, que el que se bautiza aunque tenga toda la universidad de pecados (lo cual se significa por número de siete en la Escritura) queda de todos limpio; pues no solamente es medicina el Bautismo para el pecado original, mas para todos los pecados actuales que tiene el que se bautiza. Quiso manifestar Naaman su reconocimiento á Eliseo, ofreciéndole los ricos dones que habia traido; pero por mas que le importunó no los quiso recibir.

Trataba el rey de Siria de guerrear contra el de Israel y concertaba con la mayor reserva de poner celadas; pero cuanto se maquinaba otro tanto revelaba Eliseo al Rey, que siempre desconcertaba los proyectos de su adversario. El de Siria sospechó al fin que habia traicion, y deseando saber quién fuese el traidor, le dijeron: «Se«ñor, hay en Israel un profeta llamado Eliseo que entera á su mo«narca de cuanto se dice en el secreto de vuestro gabinete. — Id á «informaros dónde se halla para que lo haga prender,» repuso el Rey. No se pasó mucho tiempo sin que se descubriera la residencia del siervo de Dios, que era Dothaim, y envió tropas que cercaron la ciudad por la noche. Cuando el criado de Eliseo salió á la mañana y vió tanta gente de guerra, volvió azorado y dijo á su amo: «¿Qué «será de nosotros? ¡Perdidos somos! los sirios están á nuestras puer«tas.—No temas, le respondió Eliseo; mas son los que están de nues«tra parte para defendernos.» Pidió al Señor al mismo tiempo que abriese los ojos de aquel mozo para que viese lo que él veia, y vió todo el monte lleno de carros y de caballos de fuego para su defensa. Salio el Profeta de la ciudad y tomo el camino de Samaria, pidiendo al Señor que cegase á los de Siria. Fue oida su oracion, y los enemigos vieron los objetos en otra forma diversa de la que tenian. *Seguidme*, les dijo el Profeta, *yo os mostraré á Eliseo*. Los sirios le siguieron, y él llevólos hasta dentro de Samaria, en donde pidió y obtuvo del Señor que les diese su primera vista, con la cual vieron su inminente peligro. Quisiera el rey de Israel darles muerte; mas Eliseo se opuso á ello, porque no habian sido hechos prisioneros en lid, y aun les hizo dar lo necesario para que se volvieran.

Hizo aquí Eliseo lo que aconseja san Pablo, y lo que todos debieran hacer: no seais vencidos de lo malo, sino venced el mal con el bien; esto es, no se dé mal por mal, sino por mal bien.

Por los pecados de los israelitas permitia Dios que fuesen molestados de ordinario con guerras que siempre movian los sirios. Sucedió, pues, que reuniendo el rey de Siria todas sus tropas, sitió á Samaria por largo tiempo, y redujo á sus habitantes a una hambre tan extremada, que una mujer que mató su propio hijo para comer ella y otra su vecina, mediante concierto que otro dia hiciese esta lo mismo de otro hijo suyo, fué al rey de Israel Joram quejándose de que la vecina se negaba á lo concertado. Horrorizado Joram rasgó de dolor sus vestiduras, y vencido de cólera, pensando si aquel daño provenia de Eliseo, como en tiempo de su padre Acab habia sido ocasion el profeta Elías de que no lloviese, mandó á uno de sus guardias á matarle; pero arrepintiéndose al instante de ello, fué en persona para estorbarlo, y dijo al Profeta: «¿Que socorro puedo esperar del Señor, pues él mismo nos ha puesto en el punto de que las madres se comen á sus hijos?» Eliseo le contestó: «Mañana á esta misma hora valdrá la hanega de harina un siclo (unos cuatro reales), y dos de cebada otro siclo.» Oyendo esto el oficial que acompañaba al Rey, dijo: «Si Dios lloviese trigo no seria verdad lo que dices. — Pues bien, repuso Eliseo, verás esta abundancia, y no comerás de ella.» Al anochecer de aquel mismo dia, cuatro leprosos que estaban sentados á las puertas de la ciudad dijéronse entre sí: «Aquí morimos de hambre, pasemos, pues, al campo de los sirios á vivir ó morir.» Parten los cuatro, llegaron al campamento, y no hallaron hombre en él; porque ordenándolo Dios, habian oido estruendo formidable de hombres, caballos, y carros, semejante á muchos ejércitos que á combatirlos iban, y sobrecogidos de espanto en el silencio de la noche huyeron, pensando solo en salvar las vidas, y abandonando todas sus provisiones y riquezas. Lo primero que hicieron los leprosos fue comer y beber; mas luego volvieron á Samaria difundiendo en la ciudad tan buenas nuevas. Temióse de pronto no fuese esto ardid de guerra; pero asegurada ya, por la descubierta que se envió, la retirada de los enemigos, salió el gentío hambriento y saqueó el campamento, siendo tal el despojo, especialmente de trigo y cebada, que se dió al mismo precio que Eliseo señaló. Para impedir desórden puso el Rey á la puerta de la ciudad al oficial que habia dudado de la prediccion del Profeta, y fue tan grande el tropel de pueblo que cargó sobre el, que cayó en tierra y mu-

rió ahogado, cumpliéndose así el vaticinio del siervo de Dios, que lo veria y no lo comeria.

Muerto Benadad, rey de Siria, le sucedió en el reino Hazael, quien vino contra el rey de Israel, que todavía lo era Joram hijo de Acab y de la impía Jezabel, y llegando á batalla en Ramoth Galaad, fue herido Joram, que se retiró del ejército para curarse. Habia Dios declarado al profeta Elías, como Eliseo seria ungido por profeta en lugar suyo, y Hazael por rey de Siria, y Jehú por rey de Israel: Eliseo estaba ya en su puesto, y Hazael en el suyo, faltaba solo que Jehú consiguiese su dignidad. Así, pues, envió Eliseo á uno de los hijos de los profetas á Ramoth Galaad, donde estaba el ejército israelita; el cual llamando á Jehú á un lugar apartado de donde estaban los capitanes, derramó la uncion sobre su cabeza, y díjole: «Yo te unjo por rey de Israel, y destruirás la casa de Acab en ven-«ganza de la sangre de los profetas derramada por Jezabel, á la cual «comerán perros sin haber quien le dé sepultura.» Esto dijo el ministro de Eliseo; que declarado luego por el mismo Jehú á los capitanes con quienes antes estaba, produce en los ánimos tal sensacion repentina, que se levantan todos los oficiales, forman como un trono real, suben sobre él á Jehú, y al son de las trompetas exclaman: «Jehú es rey.» Este no perdió tiempo, pues aprovechando la favorable disposicion de los ánimos, marchó con el ejército contra Jezrael, donde Joram estaba curándose de la herida. Habia ido á visitarle Ochozías, rey de Judá, y estando los dos reyes juntos, llegó Jehú, y él mismo disparó una saeta á Joram, y le dió en el corazon derribándole muerto. Ochozías huyó; mas Jehú dió órden de perseguirle, y siendo alcanzado, fue muerto. Entró el vencedor en Jezrael, y viendo en una ventana á la orgullosa Jezabel, ricamente ataviada, la hizo precipitar desde la misma ventana, y su cuerpo fue devorado por los perros, cumpliéndose lo que de ella habia profetizado el profeta Elías.

Desde esta época la Escritura pasa en silencio las cosas del profeta Eliseo, bien que es de creer que serian notables, ejercitándose en procurar el bien de Israel. Murió Eliseo durante el reinado de Joás, quien habiendo ido á visitarle, y entendiendo que se moria, exclamó llorando: «Padre mio, padre mio, carro de Israel y carretero «suyo:» que fueron las palabras que el mismo Eliseo dijo á Elías en su rapto.

En el mismo año de su muerte sucedió que siendo asaltados por ladrones moabitas ciertos hombres que llevaban á enterrar á un di-

funto, echaron á este en la cueva y sepulcro de Eliseo, que fue lo que hallaron mas á mano; y así como el muerto tocó á los huesos del Profeta, resucitó y quedó con vida.

San Gerónimo afirma de Eliseo que permaneció vírgen toda su vida; y hácese larga mencion de él en los libros tercero y cuarto de los Reyes. Nómbrase tambien en el Eclesiástico. San Lucas escribe en su Evangelio el milagro que hizo de sanar á Naaman de la lepra. El sepulcro de Eliseo se vió mucho tiempo en Sebaste, ciudad de Samaria en Palestina, á donde fue tambien sepultado Abdías, profeta, y el glorioso precursor san Juan Bautista; y segun dice el ya citado san Gerónimo, por los méritos de estos Santos hizo Dios allí muchos milagros. De la historia de Eliseo usa la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de feria segunda de la Dominica nona después de Pentecostes.

La Misa es en honra de san Basilio, y la Oracion la que sigue:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Basilii confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que oigais las oraciones que os ofrecemos en la solemne fiesta de vuestro siervo y confesor san Basilio, librándonos de nuestros pecados por la intercesion y por los méritos del que te sirvió con tanta fidelidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo IV.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum; insta opportune, importune; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consu-

reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

mado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez; y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Tiempo vendrá en que los hombres no podrán sufrir la doctrina sana, y movidos de curiosidad buscarán maestros sobre maestros que les hablen al gusto de su paladar, negando los oidos á la verdad, y concediéndolos á las fábulas. Pregunto: ¿no es este un verdadero retrato de las costumbres de este desgraciado siglo? ¿En cuál otro se ha visto á los Cristianos menos inclinados á sufrir que se les enseñe la doctrina sana y verdadera? Las mas esenciales, las mas terribles verdades de la Religion, ó se intentan debilitar con vanas sutilezas, ó se les niega la entrada como á enemigas de la tranquilidad y del reposo. Unos no las quieren oir porque les espantan, y otros no las quieren considerar porque les turban; pero ¿serán menos irrefragables porque las desatienda nuestro olvido, ó porque las desestime nuestra malicia? ¿Serán menos verdaderas porque nuestra inconsideracion no las reflexione? No pueden sufrir los mundanos las verdades de nuestra Religion; ellas amargan mucho á las mujeres profanas que viven segun el siglo. ¡Dios mio, qué lenitivos, qué temperamentos no se buscan para predicarlas á los grandes de la tierra! La doctrina de Jesucristo estremece, las máximas del Evangelio chocan; y ¡cuántos cristianos indignos se avergüenzan de ellas! ¡A cuántos ministros del Señor les falta el celo, el valor y la fidelidad! No sufren los hombres la sana doctrina; pero en la Religion no hay mas que una fuente de agua pura; todas las demás están emponzoñadas. Ó doctrina sana, ó moral impía; no hay medio. Necesariamente se descamina, infaliblemente se precipita en los errores el que cierra los ojos á las luces de la fe.

Jamás hubo tanta curiosidad como en este siglo; pero ¿qué curiosidad? No ya una curiosidad respetuosa, dócil, inocente, sino una curiosidad fiera, arrogante, orgullosa, temeraria; indicio de un corazon corrompido, de un entendimiento limitado, y de una presuncion sin límites. Ya no es este el vicio de solas las mujeres; es, por decirlo así, el de la gran moda; es la pasion dominante del oficial, del mercader, del ciudadano; en una palabra, de todos los ignorantes, de todos los presumidos, y de todos los orgullosos que hay en

el cristianismo. Sujetar el entendimiento á la obediencia y á la ley de Jesucristo, eso era bueno para la ignorancia de nuestros abuelos; hoy es menester que la ley de Jesucristo se sujete al tribunal, y se examine á la luz del mas corto entendimiento. No se ha de rendir la razon á la fe; la fe se ha de rendir á la razon: á vista de esto no hay que admirarnos de tantos descaminos: *Todo aquel que obra mal, aborrece la luz,* dice el Salvador del mundo, *y huye de ella porque no se descubran las malas obras que hace.* Aborrécese la verdad, porque se aborrece la virtud. Es la virtud una luz que incomoda mucho á los ojos achacosos; disgusta la claridad, porque representa á cada uno como es; ciérranse los oidos á la verdad, porque abate el orgullo, hace oposicion á las pasiones, y oprime furiosamente al amor propio. Óyense las fábulas de buena gana, porque el espíritu del mundo y nuestro propio espíritu está muy inclinado y es muy fecundo en ilusiones. ¿Por ventura el dia de hoy nos alimentamos de otra cosa? ¿Sirve el Evangelio de regla á las costumbres de aquellos que se gobiernan por el espíritu del mundo? Pero ¿acaso tenemos otra regla? Cualquiera otra doctrina es error, es ilusion, es fábula, es delirio. ¡Ah, Señor, y cuántos mueren así!

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas, pág. 100.*

MEDITACION.

De los pocos discípulos que tiene Jesucristo.

Punto primero. — Considera que no basta ser cristianos para ser verdaderos discípulos de Jesucristo. El Bautismo nos constituye miembros de su místico cuerpo, nos hace parte de su pueblo; pero solamente somos discípulos suyos vistiendo su librea, observando sus máximas, y siguiendo sus ejemplos. Apenas hay verdad de nuestra Religion mas inculcada que esta; repítela el Salvador cási á cada página del Evangelio. Pero ¿qué condiciones nos pide para admitirnos en su servicio? No hay cosa mas expresa ni mas especificada: *El que quiere venir en pos de mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á sus hermanos* (aun esto es poco), *y no se aborrece á sí mismo, no puede ser mi discípulo.* Pero ¿bastará para serlo creer en Jesucristo y seguirle? De ningun modo. Muchas turbas creian en él y le seguian, pero se volvian á sus casas, con cuya ocasion dijo la sentencia que acabamos de referir; añadiendo después, que además de renunciar todo aquello que mas se ama, y fuera de negarse á sí mismo, si al-

guno no lleva tambien su cruz, *non potest meus esse discipulus:* no puede contarse en el número de sus discípulos. En otra parte dice: *El que no lleva su cruz y me sigue, no es digno de mí.* Fácilmente se comprende lo que significan estas condiciones: *Aborrecer sus parientes, renunciar lo que mas se ama, negarse á sí mismo, llevar la cruz, y seguir á Jesucristo.* No es menester grande ingenio para penetrar el sentido de estos oráculos; pero tampoco se necesita un ingenio peregrino para inferir de ellos que el número de los discípulos de Cristo debe ser muy limitado. Vé repasando con la consideracion todas las edades, todas las condiciones, todos los estados; la abnegacion, la mortificacion y la renuncia es el carácter, es el distintivo de los discípulos de Cristo; las cruces, los trabajos que sufren con resignacion, son su divisa. ¿Se hallarán muchos el dia de hoy con este distintivo? Consulta las costumbres de los mozos, las inclinaciones y los hábitos de los viejos, las máximas de los grandes, los dictámenes de los plebeyos, la conducta, en fin, de los mas de los cristianos; ¿encontrarás entre ellos muchos discípulos de Cristo? El amor propio reina soberanamente; en todas las resoluciones es el primer móvil la consideracion de la carne y sangre; cuida Dios de enviar cruces á todos los estados; pero ¿qué pocos las levantan, y cuántos menos las llevan? ¡Dios mio, y qué corto es el número de vuestros verdaderos discípulos! Pero á lo menos, ¿si seré yo de este corto número? Mis máximas, mis costumbres y todo mi proceder me desengañan; harto claramente me dicen lo que verdaderamente soy.

Punto segundo.—Considera que la doctrina de Jesucristo es igualmente especulativa y práctica; enseña lo que se ha de creer, y muestra cómo se debe vivir. La fe regla el entendimiento, y los preceptos el corazon. Es preciso creer; pero es indispensable vivir como se cree.

La señal, dice Jesucristo, *por donde se conocerá que sois discípulos mios, será si os amais unos á otros.* No es menos rara el dia de hoy esta señal que la precedente; y sino, pregunto: ¿es en estos tiempos la caridad una virtud muy comun entre los cristianos? ¿Qué significan sino esas antipatías, esas aversiones, esas diferencias entre las familias? ¿Qué significan esas venganzas, esas enemistades que reinan en todos los pueblos? No se ven hoy en todos ellos sino pleitos, disensiones y discordias. Ni aun en el claustro encuentra apenas seguro asilo la caridad. ¿En qué siglo ha reinado menos esta virtud? Introdúcese la amargura en el mismo santuario, y tal vez se

lleva el encono hasta á las mismas aras. Parece que la Religion se ha domesticado con el odio y con la venganza; hasta el celo sirve de máscara á esta villana pasion. Y á vista de esto ¿se dirá todavía que Cristo tiene muchos discípulos?

La emulacion, la envidia, el interés y la ambicion siembran la discordia en todas partes. Cada cual se ama á sí mismo; pero ¿ama igualmente á sus hermanos? ¡Ah, que cási ya no se tiene por vicio la indiferencia ni aun la frialdad!

¿A dónde se fueron aquellos dichosos dias, aquellos felices tiempos en que los fieles no tenian mas que una alma y un corazon? Entonces habia pocos cristianos que no fuesen discípulos de Cristo: hoy cuenta Cristo muy pocos discípulos entre los que se llaman cristianos. Cotejemos las costumbres de este siglo con las de aquellos primeros tiempos; comparémonos con los Antonios, con los Basilios y con todos los Santos, cuyas vidas admiramos, debiendo servirnos de modelos. Todos somos ovejas de un mismo rebaño, guiadas por un mismo pastor; el pasto es uno mismo, una misma la doctrina, y todos nos preciamos de discípulos de un mismo maestro. Pero ¡ah, Señor, y qué diferencia tan monstruosa! ¡Qué oposicion tan extraña! Mas ¿por cuál de los dos extremos militará la extrañeza? ¿Serán discípulos de Cristo aquellos espíritus mundanos que se aman tanto á sí mismos, que miran los trabajos con tanto horror, y que ignoran hasta el nombre de caridad? ¿Contaráme Cristo á mí en el número de sus discípulos? Mas si no entro en este número, ¿cuál será mi destino, cuál mi desgraciada suerte?

¿Será posible, Señor, que después de estos toques que me dais, después de estas reflexiones con que me favoreceis, todavía no mude de conducta, y no enmiende mi vida? Posible y muy posible seria; pero confio en vuestra piedad que con vuestros poderosos auxilios han de ser eficaces estas reflexiones, firmes mis resoluciones, y que desde este mismo punto comenzaré á ser vuestro verdadero discípulo, acreditándolo con la reforma general de mis costumbres.

Jaculatorias. — Padre mio, ya no soy digno de apellidarme hijo tuyo; tendréme por dichoso si me admites en el número de tus menores siervos. (*Luc.* xv).

Resuelto estoy, Señor, á ser vuestro humilde siervo; ilustrad mi entendimiento para conocer vuestra voluntad, y para obedecerla. (*Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Ser verdadero discípulo de Cristo, es guardar la ley, no tener apego á los bienes criados, llevar su cruz, vivir segun sus máximas, y seguirle. Por estas señales ¿conoces muchos discípulos del Salvador? ¿Conóceste por ellas á tí mismo? ¿A cuántos que llevan su librea los desconocerá algun dia? Explicóse, y se explicó mas de una vez sobre este punto con la mayor claridad. Ninguno puede ser verdadero discípulo suyo, si no se niega á sí mismo, si no sigue las máximas del Evangelio, si no lleva su cruz todos los dias. Díme si te conoces á tí mismo en este retrato de los verdaderos discípulos de Cristo. ¿No te has avergonzado alguna vez del Evangelio? ¿No antepones muchas de las máximas del mundo á las de tu divino Maestro? ¿No te corres tal vez de manifestarte por discípulo suyo en presencia de todo el mundo? Mira de aquí adelante con horror esta indecente vergüenza. Acuérdate de que el mismo Cristo desconocerá tambien por discípulos suyos delante de su Padre celestial á los que no le conocieren á él por su maestro delante de los hombres. ¡Cosa extraña! Ningun mundano hay, aunque se profese cristiano, que no haga vanidad de conformarse con las máximas, y de seguir el espíritu del mundo; y se encuentran muy raros discípulos de Cristo que no sientan algun empacho, alguna dificultad en declararse por tales. No temas la burla de los disolutos, ni los insulsos dichos de los indevotos; declárate por la virtud á cara descubierta, y no receles que sea vanidad parecer devoto, como lo seas efectivamente.

2 Para arreglar toda tu conducta consulta únicamente las máximas de la Religion, los ejemplos de los Santos, el fervor de las almas virtuosas. Léjos de gobernarte por las costumbres estragadas, ni aun por la vida floja y descuidada de los menos arreglados, haz profesion de que tu modestia, tu compostura, tu circunspeccion, tus máximas y tus conversaciones digan á todos la religion que profesas y la doctrina que sigues. Ten presente este motivo cuando aconsejes y cuando corrijas; ni en el exámen de la noche dejes de indagar siempre si pasaste el dia como verdadero discípulo de Cristo; siendo este el título que mas debes apreciar entre todos los de la vida.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de los santos mártires Vito, Modesto y Crescencia, en la Basilicata, junto al rio Silaro (ó Siluro), los cuales conducidos allá desde Sicilia en tiempo del emperador Diocleciano, fueron metidos entre plomo derretido, echados á las fieras, y atormentados con la garrucha; todo lo que vencieron por un efecto del poder divino, y acabaron el curso de su glorioso combate. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Esiquio, soldado, en Dorostoro en la Misia; el cual fue preso en tiempo del prefecto Máximo juntamente con san Julio, y recibió después de este la corona del martirio.

Santa Benilde, mártir, en Córdoba en España. *(Véase su noticia en las vidas de hoy).*

San Dulas, mártir, en Zefirio de Cilicia; el cual por decreto del prefecto Máximo, fue azotado con varas, puesto sobre parrillas ardiendo, y abrasado con aceite hirviendo, y padeció otros diversos tormentos por confesar el nombre de Jesucristo; de todos los cuales salió vencedor y alcanzó la palma del martirio.

Las santas mártires Libia y Leonides, hermanas, y Eutropia, niña de doce años, en Palmira de Siria; las cuales por medio de diversos tormentos alcanzaron la corona del martirio.

La dichosa muerte de san Landelino, abad, en Valenciennes.

San Abrahan, confesor, en Clermont de Auvernia, esclarecido en santidad y milagros. *(Fue un esclarecido anacoreta de Siria en el siglo VI, el cual desde su primera juventud se enterró en el desierto para hacer penitencia. Era el oráculo de su tiempo, y de todas partes acudian á solicitar su mediacion y consejo).*

San Bernardo de Menton, confesor, en Valesia en el monte Júpiter. *(Véase su historia en las de hoy).*

SAN VITO, MODESTO, Y SANTA CRESCENCIA, MÁRTIRES.

Fue san Vito siciliano de nacion, de familia muy ilustre; pero de padres gentiles por su desgracia. Aquel Señor, que en las mayores persecuciones manifestó siempre mas el poder milagroso de la gracia, y se complace tanto en echar mano de lo mas flaco del mundo para confusion de lo mas fuerte, escogió á nuestro Santo para que en la edad de doce á quince años fuese un niño de milagros.

Por dicha era cristiano el ayo que le buscaron sus padres, y se llamaba Modesto, del cual, como es verisímil, se valió Dios para sacar al niño Vito de las tinieblas de la idolatría, previniéndole desde luego con aquellas gracias extraordinarias que dan tan declaradamente á conocer la virtud del Todopoderoso. Estaba encendido en

todas partes el fuego de la persecucion contra los Cristianos; pero el tierno Vito, despreciándole con generosidad, hacia abierta profesion de este glorioso nombre, y en todas ocasiones se declaraba contra la ciega supersticion de los gentiles.

Llegó esto á noticia de Valeriano, gobernador de Sicilia por los emperadores Diocleciano y Maximiano; y llamando á Hylas, padre de nuestro Santo, le significó lo mucho que extrañaba tener entendido que su hijo era uno de los mas acalorados sectarios de la religion cristiana; y le añadió en tono severo: *Si quieres salvar la vida de ese inconsiderado muchacho, haz que tenga juicio, y que salga cuanto antes de su error.*

Era Hylas tan celoso gentil, como fervoroso cristiano su hijo; y llamándole sin perder instante de tiempo, le dijo con semblante desconsolado y afligido: *¿Qué es lo que oigo, hijo mio de mi vida? ¿Será posible que esta maldita raza de los Cristianos te haya hechizado de manera que adores por Dios á un vil Judío, colgado por sus delitos en un infame madero, y que por esta extravagancia incurras en la indignacion de los Emperadores, manchando con tan feo borron tu esclarecida familia?* Diciendo esto le daba estrechos abrazos, y derramaba copiosas lágrimas, explicando en estas demostraciones su dolor y su ternura.

Mantúvose el niño Vito con inmutable entereza, y respondió á su padre en esta sustancia: *Amado padre y señor, mucho os equivocais en el concepto que haceis de los Cristianos, teniéndolos por magos y por hechiceros; no hay cosa mas pura, no la hay mas santa que sus costumbres y que su doctrina. La muerte de Jesucristo en la cruz solo parece locura á los ojos de los gentiles; por lo demás ella fue el gran misterio de la redencion del mundo. Perdió el hombre la amistad de su Dios por el pecado, y fue menester que Dios se hiciese hombre, y muriese en esa cruz para restituirle á su gracia, porque cualquiera otra satisfaccion seria improporcionada. El que á vos se os representa suplicio fue un milagro de la divina clemencia; la que tratais de extravagancia es celestial sabiduría; y creedme, nunca podria yo añadir mayor lustre á toda la familia, que el que la comunico precisamente por la gloriosa profesion que hago, y espero siempre hacer de fervoroso cristiano.* Enmudeció Hylas á vista del respeto y de la intrepidez con que le habló el santo hijo; pudieron mas la admiracion y la ternura que la cólera y la indignacion. Retiróse sin hablar palabra, y dejó en paz al niño Vito.

No era posible que esta le durase mucho á vista del ruido que hacian las maravillas que Dios obraba por él. Cobraban vista los cie-

gos, y repentina salud los enfermos, solo con hacer Vito sobre ellos la señal de la santa cruz; y hasta los demonios, ó por malignidad, ó por precepto, publicaban sus virtudes por boca de los energúmenos. Dióse noticia de todo á Valeriano, atribuyéndolo á hechicería y encantamiento, segun la manía en que se habian encaprichado los gentiles; y mandando el gobernador llamar á Hylas: *Ya te previne*, le dijo en tono colérico y dominante, *que tu hijo era cristiano; te advertí que le redujeses á la razon; sin embargo sé que es uno de los mas perniciosos magos de esta maliciosa secta; no puedo ya dispensarme de hacerle comparecer en mi tribunal; quiero que tú estés presente, y que entiendas no podré dejar de castigarle si no me obedece con presteza.*

Compareció el santo niño, y tratándole Valeriano con cariñosa blandura, le preguntó: *¿En qué consiste, hijo mio, que no te dejes ver en nuestros templos, ni asistas á nuestros sacrificios? ¿Ignoras por ventura que los Emperadores mandan quitar la vida con los mas atroces tormentos á todos los Cristianos?—No señor*, respondió Vito sin dar muestras de la mas leve turbacion, *no lo ignoro; pues yo mismo he sido testigo de la crueldad de los suplicios, y de la constancia de los mártires; pero ¿qué razon habrá para obligarnos á reconocer por dioses á un pedazo de mármol, ó á un tronco sin vida, que no valen por el mas vil de todos los hombres? Por lo que toca á mí, resueltamente te digo que jamás adoraré á otro Dios que al único que lo es verdaderamente del cielo y de la tierra, porque tampoco hay otro.*

Cuando Hylas oyó estas palabras salió fuera de sí, y comenzó á exclamar como frenético: *¡Ay desdichado de mí! Compadeceos de la triste suerte de este desgraciado padre todos los que sois amigos mios: no tengo mas que un hijo, y ese le voy á perder miserablemente sin remedio.—No, padre mio, no me perderéis, ni yo pereceré*, replicó el Santo tan fresco como tranquilo, *pues no hay mayor felicidad que derramar toda la sangre por amor de Jesucristo, mereciendo por una dichosa muerte entrar en la compañía de los bienaventurados.* Quedó como atónito Valeriano al ver tanta cordura y tanta constancia en un niño de catorce á quince años; pero igualmente indignado de una respuesta tan animosa, le dijo: *Por respeto á tu calidad, y por la amistad que profeso con tu padre te he dejado hasta ahora de castigar; mas ya que abusas tanto de mi bondad, veremos si la pena te hace mas cuerdo y mas dócil.* Mandó, pues, que le despedazasen á azotes; órden que se ejecutó al punto con inhumanidad y con exceso, pero sin perder el santo niño un punto de su tranquilidad. En vano se valió el Gobernador de promesas y de amenazas: *Ya te he dicho de una vez para siempre,*

respondió el santo mancebo, *que jamás reconoceré ni adoraré otro Dios que á Jesucristo.* Colérico Valeriano, mandó que le aplicasen á la cuestion de tormento: íbanlo á ejecutar los verdugos, y se hallaron de repente con una general contraccion de todos los miembros, y al mismo Gobernador se le secó de repente la mano con agudísimos dolores. Al principio lo atribuyeron, segun su ordinaria cantinela, á la mágica profesion que suponian en todos los Cristianos; pero queriendo desengañarlos el niño Vito de que todos estos milagros eran solo por virtud del nombre de Jesucristo, pronunció sobre ellos este dulcísimo nombre, y al punto quedaron todos sanos. Neutral el Gobernador entre el agradecimiento y la cólera, se contentó con entregársele á su padre, repitiéndole el encargo de que le procurase reducir á obedecer á los Emperadores.

Parecióle á Hylas que los regalos, las diversiones y los deleites serian mas eficaces que los suplicios, y ninguno omitió de los mas propios para lisonjear el corazon, ablandarle y corromperle; pero el santo mancebo se mostró invencible á todo; y aun se dice que habiendo quedado repentinamente ciego el inconsiderado padre, en castigo de su indiscreta curiosidad, experimentó él mismo lo mucho que podia Dios con su milagroso hijo, porque recobró la vista solo con hacerle este la señal de la cruz sobre los ojos; milagro que en vez de obrar su pronta conversion, produjo un efecto enteramente contrario; pues persuadido de que su hijo era mago y hechicero, tomó desde entonces la bárbara resolucion de perderle; pero Modesto, antiguo preceptor del santo niño, fue avisado en sueños por un Ángel que secretamente le sacase del poder de su padre, y le condujese á la orilla del mar, donde encontraria un navío prevenido para llevarle donde le destinaba la divina Providencia. Declaró Modesto á Vito las disposiciones de esta, y encaminándose entrambos al sitio señalado, encontraron un navío que estaba para hacerse á la vela, y entrando en él dieron fondo en un puerto de la antigua Lucania, provincia del reino de Nápoles, que se llama hoy Basilicata. Hicieron alto en un desierto cerca del rio Siluro, tomando el Señor de su cuenta el mantenerlos por medio de una águila, que cada dia les traia la provision que bastaba para no morirse de hambre. Comenzaban á gustar los dulces consuelos de la soledad cuando se hallaron en precision de dejarla, para que triunfase Jesucristo en la capital del imperio, y á los ojos mismos del Emperador. Apoderóse el demonio de un ministro muy favorecido de Diocleciano, y atormentándole extrañamente, protestaba á voz en grito que no saldria de aquel cuerpo hasta que

Vito, solitario de Lucania, le compeliese á dejarle. Mandó buscar el Emperador á un hombre, cuya virtud poderosa mostraba temer el mismo demonio: halláronle en oracion con su preceptor Modesto; é informado el Emperador de que eran cristianos, dió por cierto que ambos serian dos insignes magos, y que tendrian estrecho comercio con el demonio, en cuya suposicion les hizo muchas preguntas. Las respuestas del santo niño hechizaron á Diocleciano, el cual le preguntó sobre todo, con qué artificio lanzaban los demonio de los cuerpas. *Señor,* le respondió Vito, *no hay otro artificio que la virtud omnipotente de mi Salvador Jesucristo, á cuyo nombre doblan la rodilla el cielo, la tierra y los abismos, reconociendo su infinito poder. — Pues hagamos la experiencia,* replicó el Emperador, *y libra del demonio á mi favorecido.* Hizo oracion el fervoroso mancebo; puso la mano sobre la cabeza del energúmeno, y haciendo en ella la señal de la cruz, dijo estas palabras: *Sal de ese cuerpo, espíritu inmundo, que así te lo mando en nombre de Jesucristo, mi Salvador y mi Dios.* Al punto salió el demonio con espantoso ruido, quitando la vida á muchos de los gentiles que se hallaban presentes, y habiendo vomitado mil blasfemias contra nuestra santa Religion.

Dicen las antiguas actas del martirio de nuestro Santo, que movido el Emperador de tantas maravillas, y enamorado de la gracia, del agrado, de la viveza y del brillante espíritu del santo niño, no perdonó á diligencia alguna para ganarle, hasta ofrecerle que le adoptaria por hijo, y le asociaria en el imperio, solo con que renunciase la fe de Jesucristo. Horrorizóse de la proposicion el invencible mancebo; y convirtiéndose en saña la ternura de Diocleciano, mandó que así á él como á Modesto los encerrasen en un tenebroso y hediondo calabozo, y los dejasen morir de hambre; pero apenas entraron en él cuando se abrieron las puertas, se hicieron pedazos las cadenas, y se apoderó un pavoroso terror de todos los corazones. Atónito el carcelero corrió exhalado á palacio, y temblando con el asombro y con la turbacion, dió cuenta al Emperador de lo que pasaba. Temió Diocleciano las consecuencias de aquella maravilla, y acudiendo prontamente á borrar la impresion que podia hacer en los ánimos á favor de los Cristianos, ordenó que luego al punto fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro. Alentaba Vito á Modesto á vista de los tigres y de los leones que habian soltado contra ellos, en presencia de mas de cinco mil personas que habian concurrido; pero apenas hicieron los Santos la señal de la cruz, invocando el nombre de Jesucristo, cuando los leones y los tigres se postraron á sus piés, halagándolos

blandamente con la cola. Resonaron al punto los gritos de admiracion en que prorumpió todo el pueblo, y al oirlos se irritó tanto el Emperador, que sin poder disimular su cólera, mandó se emplease el hierro y el fuego para atormentarlos; pero nada bastó para vencerlos. Convirtióse á la fe una mujer llamada Crescencia á vista de aquella heróica constancia y alegría, mereciendo ser condenada á morir con ellos. No pudo subir á mas la crueldad de los verdugos: despedazaron á los santos Mártires hasta descubrirse las entrañas, sin que por eso dejasen de cantar jamás las alabanzas del Señor. Iban ya á acabar con las dos víctimas, cuando de repente se sintió un furioso terremoto, que llenando á todos de espanto, disipó toda aquella muchedumbre. Aseguran las mismas actas, que los tres santos Mártires fueron sacados del cadalso por ministerio de los Ángeles, y conducidos al mismo lugar donde Vito y Modesto habian sido encontrados; y que habiendo suplicado Vito al Señor se dignase de consumar su sacrificio, todos tres rindieron en sus manos el espíritu el dia 15 de junio del año de 300.

Hácia la mitad del octavo siglo pasó á Roma Fulrado, abad de San Dionisio en Francia, y habiendo conseguido del papa Zacarías un cuerpo santo de los cementerios, con nombre de san Vito mártir, le depositó en una heredad de la diócesis de Paris, que pertenecia á un hermano suyo, donde se edificó una iglesia con la advocacion del Santo, y andando el tiempo, en el año de 836, fue trasladado este santo cuerpo con grande solemnidad á la abadía de Corwey en Sajonia. Pero este no es el cuerpo de san Vito, martirizado con san Modesto, del cual en ninguna parte se halla vestigio de que jamás fuese trasladado de Lucania á Roma; y lo mas concluyente es, que cincuenta años después que Fulrado llevó de Roma para Francia la referida reliquia, se hallaron los cuerpos de san Vito, san Modesto y santa Crescencia en su antigua sepultura, de la cual fueron transferidos á Polignano el año de 886, donde se mantienen hasta el dia de hoy con grande veneracion. Hállase tambien otro san Vito que fue martirizado en Roma, cuyas reliquias fueron sin duda las que llevó á Francia el abad Fulrado.

SAN PEDRO, LLAMADO COMPADRE.

En este dia se celebra en Oviedo, capital de Asturias, la memoria de san Pedro, llamado por sobrenombre Compadre, por ser esta la expresion con que acostumbraba llamar frecuentemente á cuantos trataba; de quien nos dicen varios escritores, que fue uno de aque-

llos ilustres hijos de san Francisco que envió el santo Patriarca desde Italia á España, para que dilatase su Instituto bajo el conocimiento de su eminente virtud. Llegó el célebre minorita á Oviedo, y en cumplimiento de su comision fundó por los años 1214 un convento en aquella ciudad segun el espíritu de la seráfica regla. No nos constan las actas de su prodigiosa vida, porque la injuria de los tiempos privó á la posteridad de su noticia; pero por la grande opinion de santidad en que murió, se infieren las heróicas virtudes en que se ejercitó, por cuya razon ha continuado su culto y su veneracion entre aquellos naturales desde su feliz tránsito. Dieron sepultura al cuerpo del Santo en la parte interior de la iglesia de su convento, donde se mantuvo hasta el año 1487, en el que á instancias y á expensas de D. Alfonso Balderrábano, gobernador de Asturias, se colocaron sus reliquias en el dia 26 de mayo sobre la puerta principal del mismo templo; mas con motivo de amenazar ruina la pared en que estaba, se trasladaron segunda vez á lugar mas decente por el guardian Fr. Luis de Quirós, con asistencia de D. Luis Carrillo de Mendoza, gobernador de Asturias, de los nobles, de las personas principales del principado, que concurrieron á solemnizar aquel acto; entre los que se distribuyeron algunos tantos de sus venerables huesos, siendo no pocos los milagros que se ha dignado el Señor obrar por la intercesion de su siervo.

EL BEATO BERNARDO DE MENTON, CONFESOR.

Fue por su nacimiento noble saboyano, y pasó su juventud en inocencia, penitencia y estudios serios. Cuando tuvo ya mas edad le propuso su padre un honroso casamiento; pero él, que deseaba consagrarse á Dios, se retiró secretamente por dedicarse al servicio de la Iglesia, y se puso bajo la direccion de Pedro, arcediano de Aoust, con quien hizo grandes progresos en piedad y sagrada doctrina. En el año de 966, el obispo de Aoust le hizo arcediano, cuya dignidad comprendia entonces la jurisdiccion de vicario general, y por consiguiente el gobierno de la diócesis bajo su obispo. Bernardo con piadosas meditaciones, oraciones y ayunos, y con una aplicacion infatigable á la funcion de predicar por espacio de cuarenta y dos años, emprendió misiones en las comarcas vecinas, principalmente en los montes, cuyos habitantes cási en estado salvaje conservaban todavía muchas supersticiones del paganismo; habiendo destruido un famoso ídolo de Júpiter, que estaba en una de las elevadas montañas de los Alpes, después de descubrir el engaño de los sacerdotes que daban

oráculos escondidos en un tronco hueco de aquel simulacro. Y no menos caritativo que ilustrado, no pudiendo contemplar con indiferencia los peligros y penalidades á que tenian que someterse los peregrinos que iban á Roma con el santo fin de ofrecer sus piadosos homenajes en el sepulcro de los santos Apóstoles, promovió y obtuvo en aquel mismo sitio la célebre fundacion de dos monasterios y hospitales llamados ahora el Grande San Bernardo el uno, y el Pequeño ó Chico San Bernardo el otro: siendo de advertir que antes de esta fundacion perecian anualmente por aquellos caminos intransitables, cubiertos constantemente de nieve, mas de ciento de los infelices que por allí viajaban. Estos monasterios-hospicios fueron en su principio servidos con la mas sublime abnegacion cristiana por canónigos regulares de San Agustin, y san Bernardo fue su primer prelado; pero el santo Fundador, después de haber asegurado socorros para aquellos heróicos solitarios y para los peregrinos que los visitasen, marchó á llevar la luz de la fe á los pueblos de la Lombardía, situados en la falda de aquellos montes. San Bernardo murió en Novara de ochenta y cinco años de edad, en el dia 28 de mayo de 1008. Es honrado con un oficio solemne en muchas iglesias del Piamonte, y en otras partes en 15 de junio, que fue el dia de su funeral; y su cuerpo se halla depositado en el monasterio de Novara. Pero su cabeza se muestra en una rica urna en el de Monte Joye, que tiene su mismo nombre, en la diócesis de Aoust.

SANTA BENILDE, MÁRTIR DE CÓRDOBA.

El siguiente dia al martirio de los santos Anastasio, Félix y Digna, mas irritados los moros con la constancia de los Cristianos que hartos de derramar su sangre, cebaron tambien su sed en la venerable persona de Benilde, mujer de muy santa vida, avanzada en edad y natural de Córdoba. No la conocia san Eulogio hasta que la vió seguir el camino de los pasados, saliendo en público á confesar á Jesucristo. Presentóse en el tribunal, y dirigiendo la palabra á los jueces: «Desdichados, les dijo, habeis dado la muerte á los que os «pretendian desengañar. Ahora vengo yo á haceros caer en la cuen«ta de vuestro yerro, y á aconsejaros que volvais sobre vosotros, y «conozcais que Jesucristo es verdadero Dios, que vive y reina en «asiento de majestad y gloria, igual al Padre y al Espíritu Santo. «Vuestro profeta fue un solemne embustero, maldito de Dios, bes«tia carnal, tizon del infierno.» No pudieron ellos sufrir esta confesion de la verdad, y al punto mandaron que Benilde fuese degolla-

da. Ejecutóse esta sentencia el año 853 á 15 de junio, en que celebra su fiesta la santa iglesia de Córdoba. Su cuerpo fue puesto como los otros en un palo á vista de la ciudad. Pocos dias después fueron quemados todos juntos en una hoguera, y sus cenizas arrojadas en el rio Guadalquivir porque no las venerasen los Cristianos.

La Misa es en honra de los santos mártires Vito, Modesto y Crescencia, y la Oracion la siguiente:

Da Ecclesiae tuae, quaesumus, Domine, sanctis martyribus tuis Vito, Modesto, atque Crescentia intercedentibus superbe non sapere, sed tibi placita humilitate proficere: ut prava despiciens, quaecumque recta sunt, libera exerceat charitate: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que por la intercesion de tus santos mártires Vito, Modesto y Crescencia, concedas á todos los fieles un santo horror á la mundana sabiduría, y gracia para hacer cada dia nuevos progresos en aquella santa humildad que tanto os agrada; á fin de que huyendo y menospreciando todo lo malo, se apliquen libre y generosamente á practicar todo lo bueno. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *del libro de la Sabiduría.*

Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et aestimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis bene disponentur; quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tamquam scintillae in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz: y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de la inmortalidad. Habiendo padecido ligeros males, recibirán grandes bienes: porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto; y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos; y su Señor reinará eternamente.

REFLEXIONES.

Las almas de los justos están en la mano de Dios: ¿á quién pueden temer? Ponga en movimiento la envidia todo su veneno; aseste todos sus tiros la maledicencia; use de todos sus artificios la mas denigrativa calumnia contra los justos; ¿qué podrá todo el mundo junto, aunque vaya de acuerdo con todo el infierno, contra un hombre á quien protege Dios? No perdonan las adversidades á la virtud, nacen los trabajos hasta en lo mas interior del mismo santuario; á los escogidos del Señor nunca les cupieron entre sus partijas las prosperidades de esta vida. Déjanse para los réprobos esas alegrías mundanas, ese continuo esparcimiento, esa perpetua cadena de diversiones, esos aires fieros y orgullosos que inspira la prosperidad. Los siervos de Dios visten otra librea; pásase la mayor parte de sus dias en amargo llanto, en miseria y en oscuridad; tiéneseles lástima, y se les trata como al desecho, como á las heces de todos los mortales. Es cierto que son dignos de compasion; pero á los ojos de los insensatos, y no mas. Parece que viven una vida sembrada de miserias y de aflicciones; pero mientras tanto viven, por decirlo así, en el centro de la felicidad, puesto que su alma está en las manos de Dios. ¿A qué gran señor ni á qué príncipe le ha pasado hasta ahora por el pensamiento tener envidia á un comediante que representa el papel de un augusto emperador? Sabe muy bien que todo aquel aparato de esplendor, de grandeza y de majestad solo dura mientras dura la comedia: en acabándose esta, después de haber deslumbrado por un rato los ojos y los oidos, quedó aquel hombre confundido con lo mas ínfimo del pueblo. La mayor parte de los hombres representan un buen papel en el teatro de la vida: mientras dura la representacion todo embelesa, todo encanta, todo brilla; pero ¿con qué despejo, y aun con qué desembarazo no se presentan en el teatro? ¿con qué entonamiento no hablan á los que están de mirones y de oyentes, aunque haya entre ellos personas muy respetables? Los justos mientras viven son, digámoslo así, unos mudos asistentes á la comedia de esta vida; cuando se acaba la comedia, cuando aquel disoluto se ve ya en los brazos de la muerte, cuando está para espirar aquella mujer mundana, cuando todos se retirán á sus casas, esto es, cuando entran en la casa de la eternidad, donde han de ir á parar todos los hombres; ¿tendrán mucha envidia á los representantes aquellos que no hicieron mas que asistir á la comedia? ¿reputarán entonces por el ápice de la felicidad aquella escena teatral de

mundanas prosperidades? ¿se les representará como la mayor de todas las desgracias aquella vida pura, santa, humilde, pobre, oscura y mortificada? Grandezas mundanas, esperanzas engañosas, todas pasais como relámpago; sois á lo mas un sueño agradable, que divierte mientras dura. ¿Pero los justos? *In paucis vexati, in multis bene disponentur.* Mientras vivieron los maltratásteis á vuestra satisfaccion: no obstante, ni por eso fueron tan dignos de compasion como os parecia: porque al fin sus trabajos fueron ligeros, duraron poco, y su recompensa, sobre ser muy grande, es eterna. En quien tiene fe, ¿puede haber locura mas insigne, ni mas calificada, que vivir segun las máximas del mundo, y no seguir el ejemplo de los Santos?

El Evangelio es del capítulo x *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me. Reversi sunt autem septuaginta duo cum gaudio, dicentes: Domine, etiam daemonia subjiciuntur nobis in nomine tuo. Et ait illis: Videbam Satanam sicut fulgur de coelo cadentem. Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones, et super omnem virtutem inimici: et nihil vobis nocebit. Verumtamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus nobis subjiciuntur: gaudete autem, quod nomina vestra scripta sunt in coelis.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que á vosotros os desprecia, me desprecia á mí. Y el que me desprecia á mí, desprecia al que me envió. Los setenta y dos (discípulos), pues, volvieron con alegría diciendo: Señor, hasta los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y él les dijo: Yo veia á Satanás caer del cielo como un rayo. Hé aquí que yo os he dado potestad de andar sobre serpientes y escorpiones, y de superar toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará. Sin embargo, no os alegreis por esto porque los espíritus se os sujeten, sino alegraos porque vuestros nombres están escritos en los cielos.

MEDITACION.

De la falsa confianza.

Punto primero. — Considera que tan pernicioso es tener poca confianza como tener demasiada. La primera es desconfianza, la segunda presuncion: aquella nace de una culpable pusilanimidad, esta de un orgullo que mira á Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la bondad infinita de Dios, en su poder, y en la dignacion con que quiere le consideremos como nuestro padre. Esta es aquella confianza que acredita nuestra fe, y nos pide continuamente el Señor como condicion indispensable para oir nuestras oraciones, bajo la cual no nos negará cosa que le pidamos. Pero hay otra confianza presun-

tuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud, y consiste en cierta opinion demasiadamente ventajosa que tiene el hombre de sí mismo, en una esperanza fundada en cierta virtud imaginaria que se atribuye á sí propio, y no á las especiales gracias con que el Señor nos ha querido favorecer; confianza que fácilmente se conoce cuánto engaña, y cuánto precipita. Cuéntase mucho con las máximas piadosas que se tienen frecuentemente en los labios; cuéntase con cierta como virtud de costumbre, de que nos lisonjea nuestro amor propio; cuéntase con una especie de ciega seguridad, que siempre es hija de una necia confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta vana opinion que tiene uno de sí mismo, bastaria para que delante de Dios fuese muy reprensible. ¿Quién puede presumir racionalmente de su fidelidad, ni mucho menos de su perseverancia en las ocasiones mas frecuentes y comunes? Se han visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, que la sirvieron de apoyo por algun tiempo; viéronse precipitar y se vieron eclipsar los mas brillantes astros, que por muchos años fueron luz, farol y guia de los fieles: un Salomon, á quien dotó Dios de tan portentosa sabiduría, se precipitó en los mayores excesos; un apostol del mismo Jesucristo, llamado al apostolado por el Señor, instruido en su divina escuela, paró en ser un alevoso traidor. Desbarraron en errores, y extraviáronse en descaminos muchos que hicieron milagros. ¿Y después de esto, habra todavía quien fie mucho de su aparente fervor, y de una virtud inconstante, mientras está expuesta á las tentaciones de esta vida? ¡Ah, Señor! que esta falsa confianza bastaria ella sola para precipitarnos en funestas caidas, y en desacertados desvaríos dentro de los caminos mismos de la perfeccion.

Punto segundo. — Considera que no es menos falsa, ni menos insuficiente la confianza fundada en los favores recibidos del Señor, si no la acompaña siempre una santa desconfianza de sí mismo; y si exponiéndose á las ocasiones mas peligrosas, se presume imprudentemente en auxilios extraordinarios, que siempre niega Dios á los orgullosos, y solamente los concede á las almas verdaderamente humildes.

Haz reflexion a la respuesta que dió á sus discípulos cuando tanto se gloriaban del poder que les habia dado para lanzar los demonios. *Mirad*, les dijo, *que yo ví caer á Satanás como un rayo precipitado del cielo*. Fue lo mismo que decirles: Guardaos bien de envaneceros por las gracias que habeis recibido de mi poderosa mano; mayores

habia yo concedido á aquellos espíritus puros que componian mi corte; enriquecidos con dones mas excelentes, y los escogí para hacerlos las criaturas mas nobles que habian salido del seno de mi poder; ocupaban en el cielo las primeras sillas, pero su orgullo y su presuncion los precipitó en los abismos. Cuanto mayores gracias se han recibido de la mano del Señor, mayor cuenta se ha de dar á su justicia; á los favores mas señalados corresponden mayores obligaciones de agradecimiento y de fidelidad. *Trabajad en el negocio de vuestra salvacion con temor y temblor,* dice el Apóstol (*Philip.* II): no te fies mucho de esa inocencia de costumbres, de esa constante devocion; es una flor que el aire la marchita; es un cristal que el menor soplo le empaña; un golpe de viento echa muchas veces á pique los mas fuertes navíos; basta un soplo para apagar el hacha mas luminosa. ¡Buen Dios, cuantos perecen por una falsa seguridad!

Las pasiones nunca se doman enteramente, ni al enemigo de la salvacion se le vence jamás por medio de la complacencia. Todo aquel que se descuida, es hombre perdido. Cuando el Salvador recomienda tanto el velar y orar, no habla precisamente con los pecadores de profesion; dirigió estas palabras á los tres apóstoles mas favorecidos suyos. ¿Expóneste á los mayores peligros de pecar, sin miedo de precipitarte, porque fuiste fiel hasta ahora? ¡Qué ilusion, qué confianza tan mal fundada! David habia salido victorioso de muchos combates; habia hecho grandes progresos en la virtud; y David, aquel hombre segun el corazon de Dios, luego que no desconfió de su flaqueza, cayó en los pecados mas enormes. Apenas hay tentacion mas digna de temerse que la falsa confianza: basta un solo pecado para perder en un momento todos los méritos de la vida mas santa y mas penitente: *Después que hayais hecho todo cuanto os he mandado* (dice Jesucristo), *decid: Siervos inútiles somos. Bienaventurado aquel que desconfia siempre de sí, y anda siempre temeroso.*

¡Ah, Señor, y cuánto tengo de que acusarme en este punto! Mis frecuentes caidas ¿no han sido por ventura efecto de mi demasiada confianza, ó por mejor decir, de mi necia presuncion? En vuestra sola gracia debo esperar, mi Dios, y en Vos solo coloco toda mi confianza; Vos solo sois toda mi esperanza y toda mi fortaleza; en mí no hay mas que miseria, y nunca perderé de vista mi pobreza y mi nada.

Jaculatorias. — Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo. (*Prov.* XXVIII).

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no

veo en mí mas que pobreza y miseria; pero Vos sois, Dios mio, toda mi confianza. (*Psalm.* LXVIII).

PROPÓSITOS.

1 Es la presuncion cierta opinion demasiadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba mas que uno se conoce poco, que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimiento ignorar hasta dónde llega la flaqueza propia; el que fia en su imaginaria virtud, esté cierto de que no la tiene. No hay, pues, que admirarse de que hociquen en caidas tan vergonzosas esas almas tan presumidas. Complácese Dios en confundir el orgullo humano; aprende á desconfiar de tí, sirviéndote de escarmiento tantos y tan ruidosos ejemplares; reconoce tu miseria y tu inclinacion al mal. Acuérdate sin cesar de que debes obrar el negocio de tu salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol; no hay virtud tan arraigada, ni hábito virtuoso tan antiguo que nos dispense en este saludable temor. Teme continuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazon; témete á tí mismo, porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Apóstol: *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2 No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo dia una eficaz resolucion de huir todo aquello que puede ser ocasion de pecado; de no hallarte en tal concurrencia; de no ver tal persona; de no tratar de tal asunto; de abstenerte de tal juego; de negarte á tal diversion; de no leer tal libro; de no reprender con cólera á tus criados ni á tus hijos; en una palabra, de evitar todo lo que puede servir de lazo á tu fidelidad y á tu inocencia. No hay que fiarte del valor ni de la fidelidad antecedente; así como ninguna cosa empeña mas al Señor para concedernos sus auxilios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así tambien ninguna cosa le irrita mas que la temeraria presuncion. Huye las ocasiones, si quieres vivir sin pecado.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Ferreolo, presbítero, y Ferrucion, diácono, en Besanzon de Francia; los cuales fueron enviados á predicar el Evangelio por el

santo obispo Irenco, y después de varios tormentos fueron degollados por órden del juez Claudio.

Los santos mártires Quirico y Julita su madre, en tiempo del emperador Diocleciano, en Tarso de Cilicia. Quirico era niño de tres años, y porque lloraba sin cesar viendo como azotaban cruelmente á su madre con nervios de buey, delante del juez Alejandro, estrellado por los verdugos contra las gradas del tribunal murió; Julita, después de aquellos crueles azotes y otros diversos tormentos, acabó el curso de su martirio nabiéndola degollado. *(Véase su historia en las de hoy).*

El martirio de los santos Aureo y Justina, su hermana, y otros mártires, en Maguncia; los cuales estando en la iglesia comulgando fueron hechos pedazos por los hunos, que andaban saqueando y devastando la Alemania.

San Ticon, obispo, en tiempo de Teodosio el Mozo, en Limiso de Chipre.

El tránsito de san Aureliano, obispo de Arles, en Leon de Francia. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Similiano, obispo y confesor, en Nantes en la Bretaña menor.

San Bennon, obispo, en Meysen en Alemania.

La dichosa muerte de san Juan Francisco de Regis, confesor, de la Compañía de Jesús, de singular caridad y paciencia en cuidar del bien de las almas, en Lalovesco, aldea de la diócesis de Viena en el Delfinado: fue canonizado por el papa Clemente XII. *(Vease su vida en las del dia 24 de mayo).*

Santa Lutgarda, vírgen, en Brabante. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MÁRTIRES.

Fue santa Julita una señora jóven cristiana, de casa ilustrísima y muy distinguida en el Asia, como descendiente de sus antiguos reyes; pero mas respetada por su eminente virtud que por su nobilísimo nacimiento. Nació en Iconia, hoy Cogni, capital de Licaonia, donde san Pablo y san Bernabé habian predicado la fe de Jesucristo con tanto fruto y con tan feliz suceso. Habiéndose casado con un caballero de la primera calidad, como correspondia á su nobleza, fue su virtud ejemplo de señoras cristianas, añadiendo su modestia nuevo lustroso realce á todas las demás prendas que la adornaban; de manera, que parecia como original del bello retrato de la mujer fuerte que pinta el Sabio en la sagrada Escritura.

Era una de sus primeras atenciones el cuidado de estrechar cada dia mas y mas la casta union con el esposo que el cielo la habia destinado, y el conservar la paz y buen gobierno en toda la familia, siendo esta su ordinaria y principal ocupacion. Humilde sin artificio, modesta sin afectacion, vestida con la decencia correspondiente á su clase, pero sin ostentacion ni profanidad, inspiraba aprecio y veneracion de la virtud en cuantos la conocian y la trataban. Por otra parte se hacia admirar, y aun adorar por la afabilidad con que se

hermanaba con todos, y por el peso, prudencia y discrecion que acompañaba á todas sus palabras. Ni era la menor de sus virtudes la exactitud con que pagaba el salario á sus criados, y el amor con que los socorria en sus necesidades. Su caridad con los miserables la mereció el nombre de madre de los pobres, ganándola el corazon de todos los necesitados. El tiempo que la dejaban libre las obligaciones domésticas, lo empleaba en la labor, en la oracion y en otras devociones.

Tal era Julita, cuando queriendo Dios perfeccionarla con los trabajos, y proponerla á la Iglesia como una mujer verdaderamente fuerte, la llevó á su marido en la flor de la edad, dejándola viuda á los veinte y dos años, sin mas hijos que un niño, llamado Quirico, único fruto de su matrimonio, que todavía estaba en la cuna. Libre de las cargas de casada, se dedicó enteramente á desempeñar las obligaciones del nuevo estado, sobresaliendo en el ejercicio de todas las virtudes, que pide á las viudas el Apóstol.

Fue su principal atencion criar al niño Quirico en el santo temor de Dios, inspirándole desde luego aquellas máximas cristianas, que le hicieron tan ilustre mártir aun sin haber salido de las primeras niñeces. Apenas sabia hablar, y ya sabia qué cosa era ser cristiano. Todo su gusto era ser instruido en la Religion, y aprender de memoria sus preceptos. Correspondia perfectamente á las piadosas inclinaciones del hijo el celo de la santa madre. Nunca le hablaba sino del culto divino y de los principios del Evangelio.

Tenia solos tres años el niño Quirico, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron su cruel edicto contra los Cristianos, empeñados en exterminarlos de todo el imperio. El gobernador de Licaonia, llamado Domiciano, fue uno de los ministros que se mostraron mas celosos en su puntual ejecucion, y fue general la consternacion en toda la provincia. En las plazas públicas no se veian mas que ecúleos, potros, horcas y cadalsos, ni se hablaba de otra cosa que de suplicios y de tormentos. Deseaba Julita con vivas ansias derramar su sangre por amor de Jesucristo, habiendo mucho tiempo que suspiraba por el martirio; pero se hallaba embarazada con la suerte de su hijo, temiendo que se le arrancarian de los brazos, y le criarian en la religion pagana. Resolvió, pues, ponerse á cubierto de la tempestad por algun tiempo, y dejó la ciudad y la provincia acompañada de solas dos criadas suyas. Abandonando, pues, su casa, sus conveniencias y todos sus grandes bienes por salvar su fe y la de su hijo, se retiró á Seleucia en la provincia de Isauria;

asilo poco seguro, por estar mas encendida la persecucion en aquella provincia que en la de Iconia. Su gobernador Alejandro, aun mas cruel que Domiciano, persiguiendo furiosamente á los Cristianos, satisfacia su ambicion y su despique, porque á un mismo tiempo lisonjeaba á los Emperadores y contentaba la aversion personal que profesaba al cristianismo. Obligada Julita á buscar abrigo mas seguro, á pesar de la fatiga y de las incomodidades de un viaje tan largo como penoso, se refugió en Tarso de Cilicia; pero el Señor, que la queria probar, y premiar al mismo tiempo su fe, permitió que la fuesen siguiendo allí sus perseguidores.

No bien habia llegado á dicha ciudad, cuando el Emperador despachó una órden á Alejandro, gobernador de Isauria, para que pasase á Tarso con comision particular de poner en ejecucion el edicto contra los Cristianos, mandándole expresamente en la instruccion que á ninguno perdonase. Conoció entonces nuestra Santa que Dios queria cumplir sus deseos, y que se habia llegado el tiempo de consumar su sacrificio; por lo que suplicó fervorosamente á su Majestad se dignase aceptar tambien la tierna víctima que le ofrecia con ella, no permitiendo que su querido hijo la sobreviviese; oracion que fue benignamente oida, y favorablemente despachada. Luego que llegó el Gobernador fue acusada en su tribunal la jóven viuda como cristiana, y haciéndola arrestar, fue llevada á su presencia con su hijo en los brazos, sin mostrar la Santa alteracion ni sobresalto.

Informado Alejandro de su alta calidad, la recibió con mucha cortesanía, y solamente la preguntó si era cristiana: *Soylo*, respondió Julita, *y tambien mi hijo lo es.* — *Admírome*, replicó el gobernador, *de que una señora de tu nacimiento, de tus años, de tus prendas y de tu espíritu se haya dejado infatuar de las extravagancias de esa religion.* — *Mas me admiro yo*, repuso la Santa, *de que un hombre que tenga no mas que una leve tintura de razon, pueda abandonarse á los absurdos y á las infamias del paganismo. Las que vosotros llamais extravagancias en la religion cristiana, son unas máximas en las cuales reina la verdadera sabiduría, el buen juicio y la verdad: ni aun vosotros ignorais que solo en esta religion se encuentran la inocencia, el honor y la virtud.* — *Mucho menos ignorais vosotros*, replicó el Gobernodor ciego ya de cólera, *que los tormentos se hicieron en el mundo para los Cristianos;* y diciendo estas palabras mandó que la arrancasen el hijo de los brazos y luego la pusiesen en el potro. Sintió mas santa Julita la violenta separacion de su hijo, que el tormento á que la iban á aplicar. Sus dos criadas, poseidas del miedo, la habian abandonado

desde los principios; pero recobradas del primer pavor volvieron luego á mezclarse entre la muchedumbre, para ver de léjos los tormentos que padecia su ama.

Era el ánimo del Gobernador aterrar á los Cristianos con esta primera ejecucion, y así fue verdaderamente cruel. Descargaron una espesa lluvia de azotes con nervios de bueyes sobre el delicado cuerpo de la Santa, á cuyos furiosos golpes corrian por todas partes arroyos de sangre, quedando su hermoso cuerpo espantosamente destrozado.

El niño mientras tanto, viéndose separado de su madre, comenzó á llorar y á gritar, haciendo cuantos esfuerzos podia para volverse á ella, y para desembarazarse de los que le tenian en sus brazos. Viéndole tan vivo y tan hermoso, mandó el Gobernador que se lo llevasen; púsole sobre las rodillas para acallarle; comenzó á halagarle y acariciarle, aplicando la boca para darle un beso; pero el niño volvió la cabeza, apartóle la cara con sus manecitas, y haciendo cuanto podia para desasirse de él, le daba con los piés, y le arañaba con sus pequeñas uñas. Por mas diligencias que hizo el Gobernador para que no mirase á su madre, nunca lo pudo conseguir, volviendo siempre el niño sus ojitos hácia ella, y gritando continuamente como la misma madre: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.* Irritado Alejandro con estos gritos, y furioso de verse tan burlado, entró en tan descompuesta cólera, que cogiendo al tierno infante por una pierna, y diciendo brutalmente: *Ya que eres cristiano como tu madre, perecerás con ella,* le estrelló con rabiosa violencia contra el pavimento del tribunal, haciéndose pedazos la pequeñita cabeza en la primera grada, esparcidos los sesos por el suelo, llenándose todo él de aquella inocente sangre; inhumanidad que detestaron con horror todos los asistentes, desahogando en un sordo murmullo su justa indignacion. Sola Julita vió con ojos enjutos aquel glorioso espectáculo, y manifestando á los gentiles cuánto la habia elevado la gracia de Jesucristo sobre los movimientos de la naturaleza, se conservó bañada de un gozo celestial, rindiendo en alta voz gracias al cielo porque se habia dignado coronar antes que á ella á su dulcísimo hijo.

Oyó Alejandro, como todos los demás, esta oracion; y á vista del generoso desprecio que hacia de la muerte, se desengañó de que ningun tormento seria capaz de doblarla. No obstante, por ejercitar su crueldad, mas que por entretener su esperanza, mandó que la volviesen al potro; que la despedazasen los costados con uñas aceradas; que echasen pez derretida sobre sus delicados piés; y mientras el pre-

gonero la exhortaba en alta voz á que sacrificase á los ídolos, la Santa levantando mucho mas la suya, gritaba: *Yo soy cristiana.*

Toda descoyuntada, despedazada y abrasada, no alentó el menor suspiro, ni abrió la boca sino para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo, y para declarar que los ídolos, á quienes querian ofreciese sacrificios, eran solos unos viles instrumentos del demonio para engañar á los hombres miserablemente. Amenazáronla con que seria tratada como su hijo, y ella exclamó: *¡Ah! si deseo con ansia alguna cosa, es tener parte en su dicha, y caminar cuanto antes á hacerle compañía en la gloria.* El silencio, el aire y todo el exterior de los concurrentes daban bien á entender la admiracion y asombro con que miraban la magnanimidad de aquella jóven señora, y la alta idea que concebian de su santa Religion; lo que advertido por el Gobernador, determinó quitársela cuanto antes de la vista, y mandó que la cortasen la cabeza. No pudo disimular su extraordinaria alegría luego que oyó la sentencia; y como era su mayor empeño que triunfase la fe de Jesucristo en medio de los tormentos gritando sin cesar que era cristiana, los verdugos la metieron en la boca una gran bola para que no pudiese hablar mientras la conducian al lugar del suplicio. En llegando á él, les pidió la concediesen un corto espacio de tiempo para hacer oracion: hincóse de rodillas; dió gracias á Dios por haber llevado para sí á su querido hijo; suplicóle se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su vida; levantó dulcemente los ojos al cielo, y tendiendo su cuello al verdugo, este de un golpe la separó la cabeza, y consumó su martirio con tan gloriosa muerte el dia 16 de junio por los años de 305.

Por la noche fueron las dos criadas suyas á retirar el santo cuerpo y el de su hijo san Quirico, los que enterraron en un sitio del territorio de Tarso, á bastante distancia del lugar de su martirio; y habiendo vivido una de ellas hasta que el grande Constantino, diez y ocho años después, dió la paz á toda la Iglesia, descubrió el precioso tesoro que habia escondido; y acudiendo todos apresuradamente á venerar las santas reliquias, se hizo desde entonces célebre su culto en todo el Oriente. Dícese, que habiendo hecho un viaje hácia aquellas partes san Amatro, obispo de Auxerre, trajo consigo los cuerpos de san Quirico y santa Julita, y los colocó en una iglesia que tuvo después su misma advocacion. Lo cierto es, que las muchas iglesias que hay en Francia dedicadas á estos dos Santos persuaden bastantemente que sus reliquias se repartieron entre varias, como en

Tolosa, en Clermont, en Arles, y singularmente en Nevers, que tiene por patron á san Ciro.

SAN AURELIANO, OBISPO Y CONFESOR.

Entre los prelados célebres que florecieron en la Iglesia de Francia en el siglo VI, fue uno san Aureliano, obispo de Arles, de quien ignoramos su orígen, sus progresos en la carrera literaria, y sus hechos siendo del clero inferior, por la negligencia de los sabios de su tiempo, que pudiendo recopilar estas y otras memorias, defraudaron á la posteridad de tan preciosos monumentos.

Sabemos que por el conocimiento de su eminente virtud y de sus sobresalientes talentos, fue elevado en el año 546 á la silla metropolitana de Arles, luego que quedó vacante por muerte del obispo Auxanio, sucesor del célebre san Cesario. El papa Vigilio, que gobernaba por entonces la cátedra apostólica, queriendo darle pruebas evidentes de cuánto aprobaba su eleccion, y manifestarle el aprecio que hacia de su gran sabiduría y ardoroso celo por la Religion y disciplina eclesiástica, le envió el palio, y condecoró con la jurisdiccion vicaría de la Santa Sede en todo el reino de Childeberto, hijo de Clodoveo, que reinaba en la parte de la monarquía llamada Neustria ó Francia occidental, y una porcion del reino de Borgoña, á donde se extendia la metropoli de Arles.

Aunque Aureliano no se distrajo jamás del particular cuidado que debia poner en el buen órden de su diócesi, valiéndose de la autoridad concedida por el romano Pontífice, aplicó toda su reputacion y sabiduría á la consecucion del bien público, y al establecimiento de varios cánones interesantes en la mejor política y gobierno de la Iglesia. Así lo acreditó en el concilio que se celebró en Orleans en el año 549, convocado de los tres reinos de Francia, á solicitud del rey Childeberto en el año 39 de su reinado, en el que presidió en virtud de sus facultades, segun opinan varios críticos, aunque otros atribuyen la presidencia de este sínodo á Sardo ó Sacerdote, obispo de Leon; teniendo gran parte en lo que allí se determinó acerca de la reformacion de costumbres y disciplina eclesiástica. Tambien supo aprovecharse útilmente y con mucha discrecion de la estimacion que de él hacia Childeberto para erigir varios monumentos de piedad, memorables entre ellos los dos monasterios que edificó en Arles, uno para hombres, y otro para las vírgenes consagradas á Dios, á los

que dió con mucha prudencia y sabiduría una doble regla, que tenemos en el código de las que recopiló Holstenio, donde parece aumentó algunos artículos sobre la de san Cesario su predecesor.

Agitábase en tiempo de este insigne Prelado la cuestion de los tres capítulos que miraban á la persona de Teodoro, obispo de Mosuesta, que habia sido maestro de Nestorio; á la carta de Ibas, obispo de Edesa; y á la respuesta de Teodoreto, obispo de Ciro, contra los Anatematismos de san Cirilo: empeñóse el emperador Justiniano en la condenacion de estos tres capítulos, sin mucha necesidad; resistíalo el papa Vigilio, temiendo debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia, que habia recibido en su comunion a Ibas y á Teodoreto, y que nada ordenó contra la memoria de Teodoro, aun cuando se leyeron en él los escritos de estos tres Prelados. Los obispos del África, que se mostraban mas ardientes que todos, rehusaban recibir el edicto de Justiniano; los de Francia, aunque mas moderados, no creian deber estar indiferentes en un negocio de tanta gravedad. Con este motivo escribió Aureliano á Vigilio sobre la sospecha que tenian formada algunos prelados de su condescendencia con el Emperador; pero Su Santidad le respondio, asegurándole que jamás permitiria cosa contraria á la doctrina de los cuatro concilios, Niceno, Efesino, Constantinopolitano I, y de Calcedonia, ni á las determinaciones de Celestino, Sixto y Leon, sus predecesores; ordenándole ademas que emplease su reputacion para con el rey Childeberto, á fin de que mostrase su solicitud en favor de la Iglesia de Dios, é impidiese con su poder el que Totila, rey de los godos, que habia tomado á Roma y saqueado la ciudad, no hiciese padecer á los Católicos, mediante á que hacia profesion de la herejía arriana.

Finalmente, este insigne Prelado, distinguidísimo por la defensa que siempre hizo de la religion católica, y por los establecimientos utilísimos para el mejor régimen de la Iglesia, con cuyo elogio le recomienda el Martirologio galicano, murió lleno de merecimientos por los años 551, en el dia 16 de junio, en Leon de Francia, aunque los escritores no nos dicen el motivo de su tránsito á aquella ciudad; donde se celebra su memoria en el mismo dia, y en el siguiente en la de Arles, á causa de estar impedido el 16 con la fiesta de san Quirico y Julita en esta iglesia.

Algunos confunden á este prelado con otro Aureliano, obispo de Leon, pero sin fundamento, por no hallarse este colocado en el catálogo de los Santos como el de Arles; cuyas reliquias se hallaron en Leon en el reconocimiento que se hizo de las existentes en la iglesia

de San Niceto por Ugo, obispo Tabariense, en virtud de comision en el año 1308, tercero del pontificado de Clemente V, para mas decente colocacion de las depositadas en aquel templo; leyéndose en la lápida de mármol del sepulcro de san Aureliano de Arles varios versos expresivos de sus laudables hechos y tiempo de su pontificado.

SANTA LUTGARDA Ó LUDGARDIS, MONJA DE LA ÓRDEN DEL CISTER, VÍRGEN.

Santa Lutgarda floreció en el ducado de Brabante; escribió su vida Fr. Tomás Cantipratense, que la conoció mucho, y fue su familiar. Nació esta vírgen en la ciudad de Tongre, de padres honrados. El padre deseó casarla, y la madre entrarla en algun monasterio. Prevaleció la voluntad de la madre; y siendo muchacha de doce años entró en un monasterio de Santa Catalina, de la Órden de san Benito, aunque, á lo que parece, no con intento y resolucion de ser monja; porque pretendiendo un caballero mozo casarse con ella, le dió oidos. Pero Cristo Nuestro Señor, que la habia escogido para esposa suya, estando un dia hablando con aquel mozo, le apareció en aquella figura con que vivió en la tierra, y descubriendo la sagrada llaga del costado, que destilaba sangre, le dijo: *Mira, de aquí adelante no te entretengas en estas falsas blanduras de amor necio; aquí contempla lo que debes amar, y por qué lo debes amar, que yo aquí te prometo todas las delicias, y regalos puros y macizos.* Con esta vision quedó tan confusa y presa del amor de Cristo la santa vírgen, que cerró las puertas de su corazon á cualquiera adulterino amor, y sus oidos á las palabras de aquel mozo, y de otros que después se quisieron casar con ella, como si fueran silbos de venenosas serpientes. Comenzó, pues, á darse á la oracion y meditacion de las cosas del cielo, y abrazarse con Cristo crucificado, con tanto fervor, como si le tuviera vivo y presente. Y como á algunas de las monjas ancianas les pareciese aquel fervor de novicia, y que presto se resfriaria, y por eso ella temiese su flaqueza, y se entristeciese, le apareció la sacratísima Vírgen Nuestra Señora, y con rostro alegre y sereno le dijo que no temiese, porque ella la ampararia, y la haria crecer de virtud en virtud. Tambien le apareció santa Catalina, vírgen y mártir, patrona de aquel monasterio, y la confortó, y prometió el don de perseverancia; y apareció á otra mujer, exhortándola á que tomase por abogada para con Dios á Lutgarda, porque tenia gran lugar aparejado en el cielo. Para prueba de esto la vieron las monjas en el

coro puesta en oracion, levantada en el aire dos codos alta de tierra, y otra noche una claridad sobre ella tan resplandeciente, que parecia el mismo sol. Y Nuestro Señor le dió una gracia tan singular, que tocando cualquiera enfermo con su mano, ó con su saliva, luego sanaba; y como por esta causa concurriese á ella gran multitud de enfermos para que los sanase, y la estorbasen su oracion, se volvió á su Esposo, y le dijo: *Señor, ¿para qué me habeis dado esta gracia, pues me estorba de estar con Vos? Quitádmela, y dadme otra de mas provecho para mí.* Y como el Señor le respondiese: *¿Qué gracia queria?* ella dijo: *Vuestro corazon quiero, Señor:* y el Señor: *Pues yo tambien quiero el tuyo;* y de allí en adelante quedó el corazon de Cristo tan unido y tan impreso en el corazon de la vírgen, que ni tuvo movimiento sensual, ni pensamiento torpe por un solo momento en toda la vida. Otra vez á la puerta de la iglesia le apareció Cristo crucificado, ensangrentado, y bajando el brazo de la cruz le extendió sobre ella, y la abrazó, y juntó la boca de ella con la llaga de su sagrado costado, del cual chupó y bebió una suavidad tan celestial y divina, que la saliva de su boca le quedó mas dulce que la miel. Para remedio de cualquiera trabajo y fatiga de su cuerpo, no tenia necesidad sino de mirar la imágen del Crucifijo, porque con esta sola vista, cerrados los ojos del cuerpo, se arrobaba en su espíritu: veia á Cristo, y su sacratísimo costado abierto; y con este regalo y dulzura del Señor se recreaba de manera, que ninguna cosa le daba pena ni afliccion.

Doce años estuvo en el monasterio de Santa Catalina, y siendo muerta la priora, y ella de solos veinte y cuatro años, la rogaron que lo fuese. Condescendió con la voluntad de las monjas; pero poco después, por divina revelacion, y por consejo de un santo varon, determinó dejar aquel monasterio, y se pasó á otro que estaba en el estado del duque de Brabante, y era de la Órden del Cister, y se llamaba Aquiria, con gran tristeza y sentimiento de todo el convento de Santa Catalina, que perdia en Lutgarda una madre y un vivo retrato de santidad; y ella como tan dulce y amorosa, se enterneció, y suplicó á Nuestro Señor por el monasterio que dejaba; y la Vírgen le apareció, y le prometió que por su intercesion lo haria, y tendria particular cuidado de él en lo espiritual y en lo temporal; y le agradeció que se pasase al monasterio de la Órden del Cister, porque estaba dedicado á su servicio, y especialmente debajo de su amparo y proteccion.

Esta es la vida de esta vírgen en el tiempo de su niñez, y que es-

tuvo en el convento de Santa Catalina; veamos ahora lo que le sucedió después que se pasó al convento del Cister.

Primeramente, luego que se supo que Lutgarda se habia pasado á aquel monasterio, otros muchos monasterios de monjas de la misma Órden, que á la sazon se fundaban, la desearon y pretendieron por su prelada, por la fama de su gran santidad, Súpolo ella y afligióse mucho, y suplicó á Nuestra Señora que la librase de tener cargo de otras; y la Vírgen sacratísima le apareció, y la consoló; porque la santa vírgen en cuarenta años que estuvo en aquel monasterio, en que las monjas hablaban francés, apenas pudo aprender de aquella lengua á pedir un poco de pan, cuando tenia hambre; y como todos aquellos monasterios fuesen de la misma lengua, entendiendo esto, la dejaron en su quietud y contemplacion.

Levantóse en su tiempo en Francia aquella tempestad tan horrible de los herejes albigenses. Aparecióle Nuestra Señora una vez con el rostro triste y lloroso; y preguntada la causa de aquella tristeza, respondió, que porque los herejes y malos cristianos escupian y crucificaban otra vez á su benditísimo Hijo Jesucristo; y le mandó que estuviese en continua penitencia y llanto, y ayunase siete años por los pecados del mundo, para que su Hijo no le asolase, que estaba muy airado contra él; y ella ayunó los siete años continuos, no comiendo sino un poco de pan, y bebiendo un poco de cerveza; y aunque algunos superiores suyos la mandaron algunas veces comer mas, y le hicieron fuerza, y ella por la obediencia queria comer, nunca pudo tragar de otro manjar la cantidad de una sola haba. Pasados estos siete años de este ayuno riguroso, le fue mandado por revelacion divina, que tomase otro ayuno por todos los pecadores; y esto lo hizo con gran voluntad, y ayunó otros siete años, comiendo cada dia un poco de pan y algunas yerbas, y no otra cosa.

Murió un caballero noble y rico, tudesco de nacion, llamado Simon, el cual renunciando la vanidad del mundo, habia entrado en la Orden del Cister, y siendo abad habia pasado a mejor vida. Hizo mucha oracion y penitencia la santa vírgen por el alma de este religioso, porque habia sido muy devoto suyo; y el Señor la oyó, y se le apareció, trayendo consigo el alma de Simon; la cual después le apareció muchas veces, haciéndole gracias por la merced que por sus oraciones habia recibido de Dios; porque decia, que si no fuera por ellas, once años habia de estar en las penas del purgatorio. Otras visiones tuvo maravillosas de personas, ó que estaban en el purgatorio, para que les ayudase, ó que ya estaban en el cielo, y le da-

ban parte de su gloria y bienaventuranza; porque era tanta su caridad, que todos los males y los bienes de sus prójimos los tenia por suyos propios.

Comulgaba todos los domingos, como lo aconseja san Agustin; y como en esto la santa vírgen fuese singular, la abadesa, que se llamaba Inés, le ordenó que no comulgase tan á menudo; y ella le respondió: *Madre, yo haré lo que me mandais; pero tengo por cierto, y ya veo, que lo habeis de pagar en vuestro cuerpo.* Dióle luego á la abadesa una tan recia enfermedad, que no podia entrar en la iglesia. Conoció su culpa, pidió perdon, y cobró salud; y Lutgarda prosiguió la santa costumbre de comulgar cada ocho dias. De esta manera fueron castigadas otras monjas que murmuraban de ella, ó quitándoles Dios la vida antes de tiempo, ó por otros caminos, dándoles á conocer su error.

Temíanla terriblemente los demonios, y no osaban llegarse á ella, ni al lugar de su oracion; y aunque no entendia latin, cuando se cantaba aquel verso: *Deus in adjutorium meum intende*, y otros algunos, veia huir los demonios con grande espanto, y entendia la eficacia que tenian las palabras divinas para ahuyentar aquellas bestias infernales, aunque no las entiendan los que las oyen.

Estaba tan ilustrada y llena de celestial luz, y dotada de un conocimiento tan raro y profundo de la soberana majestad de Dios, y de su nada, que en medio de tantas virtudes, grandezas, prerogativas y regalos que tuvo del Señor, la vanagloria nunca la molestaba. Si este conocimiento fue tan excelente y su humildad tan grande, no lo fue menos su caridad y el deseo encendido que tuvo de morir por Cristo; porque una noche tuvo un deseo ardentísimo de imitar á la gloriosa vírgen santa Inés, y morir, como habia muerto, por Cristo; y fue este deseo tan encendido, que pensó allí espirar, y se le rompió una vena cerca del corazon, y salió tanta sangre de ella, que bañó el hábito. Allí le apareció Cristo Nuestro Señor, y le dijo que tendria en el cielo el mismo premio que habia tenido santa Inés; porque aunque no habia derramado la sangre por él, como santa Inés, habia deseado derramarla; y toda la vida le duró la señal de la vena rompida y soldada. Era tanta su devocion, especialmente cuando meditaba la Pasion de Cristo Nuestro Señor, que se arrobaba, y le parecia quedar teñida en sangre. De esta virtud interior de su alma bienaventurada nacia una fuerza maravillosa, que Dios daba á las oraciones de su sierva, para convertir á los pecadores, dar salud á los enfermos, y obrar otras cosas miraculosas. Un

caballero, soldado, noble y rico, pero muy vicioso y perdido, á ruegos de una hija suya monja pidió á santa Lutgarda que le encomendase á Dios. Hízolo la santa vírgen con grande instancia; y dentro de poco tiempo el caballero perdió su hacienda, y de muy rico vino á gran pobreza, sufriéndola con gran paciencia; y finalmente se hizo religioso, y vivió y murió santamente. A una monja, que por su flaqueza y enfermedad no podia ayunar, ni dejar de comer, alcanzó del Señor fuerzas para poder seguir en todo la comunidad, y hacer otras penitencias: á otra, que por una vehemente tentacion estaba para desesperarse, la detuvo y consoló; y lo mismo le aconteció con otro hombre, que por sus grandes pecados desconfiaba de su salvacion. Sanó con sus oraciones á una mujer del todo sorda, y á otro enfermo de epilepsia. Penetraba las conciencias de las personas con quienes trataba, y los pecados ocultos que tenian, y que aun á sus mismos confesores no querian manifestarlos. Hablando en su lengua tudesca con algunas personas de lengua francesa, que no sabian la tudesca, milagrosamente la entendian. Y en otras muchas, y muy señaladas cosas, mostraba el Señor cuán dulce esposa era la santa vírgen, y los favores que le hacia.

Mas porque la perfeccion de la vida cristiana no consiste tanto en hacer cosas grandes y maravillosas, cuanto en padecer con alegría las duras y dificultosas por Cristo, once años antes que muriese la santa vírgen, la privó Dios de la vista corporal, para ejercitar mas su paciencia, y para que cerrados los ojos del cuerpo, abriese mas los del alma, y gozase mas puramente de la celestial y divina luz. Cinco años antes que se fuese al cielo, dijo el dia en que habia de morir; y el año antes le apareció su dulce Esposo, y le dijo: «Ya «se va llegando el tiempo en que has de recibir el premio de tus tra- «bajos, y estar eternamente conmigo; pero quiero hagas tres cosas «en este año: la primera, que me hagas muchas gracias por las mer- «cedes que de mí has recibido, y pidas á los Santos que hagan lo «mismo por tí: la segunda, que ruegues con grande afecto por los «pecadores á mi eterno Padre: la tercera, que dejando todos los «otros cuidados, con grande ansia desees venir á mí.» Otras veces tuvo revelacion de su muerte; y quince dias antes le apareció la sacratísima Vírgen y san Juan Bautista, del cual era devotísima, y le avisaron de su bienaventurado tránsito. Finalmente cayó mala de una recia calentura; y armada con los santos Sacramentos de la Iglesia, y visitada de los Santos, y de muchas almas bienaventuradas de las monjas de su monasterio, que ya gozaban de Dios, dió su bienaven-

turado espíritu al Señor en tal dia como hoy, del año de 1246, y al de sesenta y cuatro de su edad. Quedó su cuerpo blando y tratable, y el rostro blanco y resplandeciente. Una monja que era manca de una mano, tocando el cuerpo quedó sana; otra, que tenia en el cuello un carbunco, poniendo sobre él el velo de la Santa, luego sanó; y otros enfermos con sus reliquias cobraron salud.

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Cyrici et Julitae natalitia colere: da nobis in aeterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos haces la gracia de que celebremos el martirio de los santos mártires Quirico y Julita; concédenos que gocemos tambien en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del libro del Eclesiástico.*

Qui autem nimis diligit divitias, non justificabitur: et qui insequitur consumptionem, replebitur ex ea. Multi dati sunt in auri casus, et facta est in specie ipsius perditio illorum. Lignum offensionis est aurum sacrificantium: ve illis qui sectantur illud! et omnis imprudens deperiet in illa. Beatus dives qui inventus est sine macula.

El que ama las riquezas demasiado, no será justo; y el que va siguiendo la corrupcion se llenará de ella. Muchos se precipitaron por causa del oro, y su perdicion fue ocasionada de su hermosura. El oro es un cepo para aquellos que se sacrifican á él: ¡ay de aquellos que le buscan! y todos los imprudentes perecerán en él. Bienaventurado el rico que fuere encontrado sin mancha.

REFLEXIONES.

Siendo las riquezas beneficio del Señor, ningunos debieran servir á Dios con mayor reconocimiento ni con mas fidelidad que los ricos. Siempre habia de triunfar la virtud en medio de la abundancia; el que tiene mas medios para santificarse, habia de ser mas santo. Pero sucede todo lo contrario; no suelen ser los mas cristianos los mas ricos y los mas acomodados. La opulencia exime de las miserias de la tierra; pero ¿exime por ventura de las leyes del Evangelio? El que ha logrado mas bienes de fortuna que otros, ¿goza por eso de algun privilegio para ser menos ajustado, menos piadoso que los demás? Pregunta, á la verdad, disonante y ofensiva; pero ¿no hay sobrados motivos para hacerla? La licencia de costumbres, cierta libertad en el corazon y en el entendimiento, que se acerca mucho á una especie de irreligion; aquella conducta poco cristiana que se observa en la mayor parte de los que se llaman ricos, grandes y di-

chosos del siglo; ¿no da bastante motivo para preguntar si los nobles, si las señoras, si los ricos logran algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana? ¿si la desigualdad de fortunas supone alguna diversidad ó alguna exencion de los mandamientos en los que profesan una misma religion? Pero ¿quién podrá dudar que estas leyes son universales, sino el que ignore los primeros principios del cristianismo? No hay mas que un Evangelio; no puede haber mas que una moral; son invariables las máximas de Jesucristo; no hay condicion, no hay persona que pueda eximirse de ellas. Con todos hablan los mandamientos de la ley de Dios; con el noble como con el oficial; con la dama mas delicada como con el mas zafio labrador: todos deben seguir á Cristo llevando su cruz; todos han de macerar su cuerpo, mortificar sus sentidos, humillar su altivez, abatir el espíritu y el corazon, si han de ser sus discípulos. No hay edad, no hay sexo, no hay estado, no hay empleo, no hay clase, no hay condicion que dispense en esta pureza tan exacta, en este arreglo tan severo, en esta virtud indispensable á todos los Cristianos: *Soy cristiana*, decia santa Blandina; *y así no os debeis admirar de que no parezca en el teatro, de que no concurra á vuestras fiestas, de que tenga horror á todo lo que es contrario á la ley santa de Dios.* ¿Hallaránse hoy en el mundo muchas señoras que puedan decir lo mismo con verdad? Es razon, se dice, que se divierta la gente moza; las personas de cierta calidad, las de conveniencias, las que estan colocadas en cierta visibilidad, en cierta clase, no pueden dejar de acomodarse al gusto, á las modas, al espíritu y á las máximas del mundo. Pero dígannos, ¿en cuál de los Libros sagrados, en qué capítulo de la moral de Jesucristo, en qué parte del Evangelio se dispensa en las obligaciones comunes á todos los Cristianos, á los nobles, á los caballeros y á los ricos? ¿Qué concepto se haria de nuestra Religion, si todos los que la profesan, poco mas ó menos hubiesen de lograr la misma suerte, viviendo sujetos á unas mismas leyes, y habiendo entre ellos tanta diferencia de costumbres? Han de acompañarnos y han de seguirnos nuestras obras; pues desengañémonos, es menester vivir como cristianos para conseguir la dicha de los Santos.

El Evangelio es del capítulo VII *de san Lucas.*

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quae vocatur Nain: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copio-

En aquel tiempo: Iba Jesús á una ciudad, por nombre Naim: é iban con él sus discípulos, y una numerosa tur-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

sa. Cum autem appropinquaret portae civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae: et haec vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt). Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et coepit loqui. Et dedit illum matri suae. Accepit autem omnes timor, et magnificabant Deum, dicentes: Quia propheta magnus surrexit in nobis, et quia Deus visitavit plebem suam.

ba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban fuera un difunto, hijo único de su madre: y esta era viuda, y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. A la cual habiéndola visto el Señor, movido á compasion de ella, la dijo: No llores. Y se acercó al féretro, y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon.) Y dijo: Jóven, contigo hablo, levántate. Y el muerto se sentó, y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos, pues, les poseyó el temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un profeta grande ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su plebe.

MEDITACION.

De la crianza de los hijos.

Punto primero.—Considera que no hay en los padres y en las madres obligacion mas importante ni mas esencial; pero acaso tampoco la hay mas olvidada que la buena crianza de los hijos. Cúidase mucho de su vida; pero poco ó nada de su educacion. Con todo eso, de ella depende cási toda la economía de su vida y de su salvacion; ella es, por decirlo así, como la simiente del vicio ó de la virtud.

No hay inclinacion tan mala que no la enderece la buena educacion. Las tierras mas estériles se fertilizan con el cultivo, y las mas fértiles bastardean, produciendo matorrales cuando se las deja de cultivar. Atribúyense al mal natural las siniestras inclinaciones de un jóven; es engaño, son fruto regular de la mala educacion. No se hizo caso de enderezarlos cuando todavía eran plantas tiernas, ¡que mucho que creciesen torcidas, y que ya apenas se las pueda enderezar!

Apenas nacen los niños, cuando se les echa fuera de casa, y se les da á criar á personas desconocidas, cuyas costumbres se ignoran por lo comun; después nos admiramos de que degeneren tanto de su sangre, y de que tengan poco amor á sus parientes. Vuelven á ella á los tres ó cuatro años; pero ¿qué cuidado se pone en su educacion? ¿qué lecciones se les dan? ¿qué ejemplos ven? Abandónaseles por lo regular á merced de unos criados de pocas obligaciones y de costumbres perdidas, ó se les buscan unos maestros ignorantes, que

apenas saben ellos mismos ni aun los primeros principios. ¿Qué tal saldrá la crianza de estos niños? No bien abren un poco los ojos de la razon, cuando solo notan ejemplos perniciosos, y precisamente aprenden aquello que debieran ignorar toda la vida.

Un padre poco devoto, y acaso disoluto; una madre embebida enteramente en el espíritu del mundo, entregada al juego, á la vanidad y á las diversiones, ¿darán á sus hijos una educacion muy cristiana? ¿Y después se quejan de las pesadumbres con que les pagan cuando están mas adelantados en edad? ¿y después se duelen de su poca religion, de su amor á los deleites, de sus profanidades y de sus disoluciones? Pues, padres y madres, ¿habéisles por ventura enseñado otra cosa? Vuestros hijos siguieron vuestros ejemplos; ¿pues de qué os quejais? Si bebieron el veneno, ¿quién sino vosotros les brindó con él? Pero ¡qué cuenta tan estrecha habeis de dar á Dios de estos homicidios! Una educacion descuidada, una mala educacion pierde mas almas que todas las ocasiones, que todas las tentaciones de la vida. Rara vez se borran las primeras impresiones. ¡Oh buen Dios, cuántos padres y madres se han condenado por no haber dado á sus hijos una cristiana educacion! Esta es la primera y la principal obligacion de un padre y de una madre.

Punto segundo.—Considera que acaso no hay pecados que sean mas rigurosamente castigados en los padres y en las madres que el descuido en criar bien á sus hijos. Dióselos Dios precisamente para que los criasen en su santo temor; redimiólos él, suyos son: te los confió como en depósito, y le has de dar cuenta de ellos: te los entregó para que desde niños los instruyeses en los principios de la Religion, inspirándoles un grande horror al pecado, un ardiente amor á la virtud, una cristiana aversion á las máximas del mundo, enderezándoles aquellas primeras inclinaciones que dicen tanto respeto y tanto se enlazan con la salvacion. Pero tú ni aun consideraste como obligacion tuya este cuidado; y aun cuando estabas viendo que aquel terreno solo producia espinas y abrojos, ni siquiera te pasó por el pensamiento el arrancarlos. Inútilmente, dice el Señor, sembré en aquel campo un grano capaz de dar ciento por uno: todo se sufocó, y no se dieron oidos á mi voz; descarriáronse las pobres ovejas por no ser bien guiadas, y apenas se descaminaron cuando el lobo las despedazó: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram;* pero á tí te he de pedir cuenta de su sangre. ¡Cuántos hijos deben su condenacion á sus mismos padres!

Están viendo un padre y una madre muy á sangre fria la desordenada vida de sus hijos, y se mantienen muy serenos, diciendo que es menester dar algo á la mocedad. Esto quiere decir en buenos términos, que es menester cerrar los ojos á sus desórdenes, porque están en una edad en que cada dia han de ser mayores; que es menester dejarles seguir el mal ejemplo, porque con eso se precipitarán mas cada dia; que es menester disimular sus descaminos, porque todavía están al principio de la carrera. ¿Dejaríase á la discrecion de un pobre niño un vaso de bebida emponzoñado? ¿pondríasele en las manos un cuchillo? ¿No seria crueldad? ¿no seria locura? Y si se hiriese ó se matase, ¿no tendria la culpa el que le habia puesto en la ocasion? fácil es la aplicacion. Helí era un venerable anciano irreprensible en sus costumbres y muy religioso en las funciones de su ministerio; con todo eso, ¿con qué rigor castigó Dios la insensible y cobarde condescendencia que tuvo con sus hijos? Las desgracias, las tristes revoluciones, las funestas caidas de tantas familias deshonradas, arruinadas y aun totalmente extinguidas, son los menores trabajos con que Dios castiga á los padres, y son los frutos mas naturales de la mala educacion. Estas reflexiones no hablan solo con los padres de familias; extiéndense tambien á todos los que tienen empleos con súbditos ó dependientes de quien cuidar. ¡Mi Dios, y cuánto es de temer el menor descuido en esta gravísima obligacion!

Dignaos, Señor, darme luz para comprender todas estas consecuencias, inspirándome un celo ardiente por la salvacion de todos los que están á mi cargo, para que nunca contribuya á su condenacion, ni atribuyais sus desvarios á mi descuido ó negligencia.

Jaculatorias. — Haced, Señor, que nada tenga tan impreso en el alma como el cumplimiento de todas mis obligaciones, para que no sea confundido por mis descuidos. (*Psalm.* CXVIII).

¿Quién puede conocer perfectamente todo lo que le hace reo en vuestra presencia? Purificad, Señor, mi alma de los pecados que no conozco; perdonadme los que no estorbé, y aquellos de que fuí ocasion ó causa. (*Psalm.* XVIII).

PROPÓSITOS.

1 No hay en los pobres obligacion mas indispensable ni mas esencial que la de dar á sus hijos una buena educacion. Ninguna cosa puede dispensarlos de ella; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza, ni los negocios. Son los hijos un de-

pósito que Dios os confió ; os ha de pedir cuenta de él ; son vuestros primeros acreedores, y como á tales les debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos ejemplos. Tened en buen hora caridad con todos los menesterosos ; derramad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados ; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho ; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdísteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion, dándoles maestros excelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y cómo se aprovechan de la enseñanza : los maestros son vuestros ayudantes ; os alivian pero no os exoneran , y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á vos principalmente se os ha de pedir estrecha cuenta. Y ¿será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazonarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanas, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2 Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los dias el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no examines por tí mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquellos no te exime á tí de la tuya. Infórmate si tus hijos frecuentan los Sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan siquiera qué hacen sus hijos, ni se les dé cuidado por ello.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de doscientos sesenta y dos santos mártires, en Roma; los cuales fueron martirizados en la persecucion de Diocleciano por defender la fe católica, y sepultados en la via Salaria antigua, en lo alto de la cuesta del Cohombro.

San Montano, soldado, en Terracina ; el cual después de muchos tormen-

los alcanzó la corona del martirio en tiempo del emperador Adriano, y del cónsul Leoncio.

Los santos mártires Nicandro y Marciano, en Venafro; los cuales fueron degollados en la persecucion de Maximiano.

Los santos mártires Manuel, Sabel é Ismael, en Calcedonia; los cuales yendo por embajadores del rey de Persia para tratar de paces con Juliano apóstata, quiso este obligarlos á que adorasen los ídolos; pero rehusando ellos obedecer, y manteniéndose constantes en confesar á Jesucristo, fueron degollados. *(Véase su historia en las de hoy).*

Los santos mártires Isauro, diácono, Inocencio, Félix, Jeremías y Peregrino, atenienses, en Apolonia de Macedonia; los cuales por órden del tribuno Triponcio, después de crueles tormentos, fueron degollados.

San Imerio, obispo, en Amelia de Umbría; cuyo cuerpo fue trasladado á Cremona.

San Gundulfo, obispo, en una aldea de Bourges.

San Avito (ó Avy), presbítero y confesor, en Orleans. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Ipacio, confesor, en Frigia.

San Besarion, anacoreta, en el mismo país.

San Reinerio, confesor, en Pisa de Toscana.

SAN AVY Ó AVITO, ABAD DE MICY, CONFESOR.

Fue san Avy hijo de un pobre labrador, que habiendo nacido en Beauce, se estableció en el territorio de Orleans, y su madre fue tambien una pobre de solemnidad, que nació en Verdun, y vino pidiendo limosna; juntó algun dinerillo, y se casó con aquel paisano, de cuyo matrimonio fue fruto nuestro Santo. Nació hácia el fin del quinto siglo, y se asegura que en su nacimiento, de repente se vió cubierto el pobre cuarto de un milagroso resplandor, que deslumbró á todos los asistentes, y llegó á atemorizar á la comadre; maravilla que desde entonces se consideró como presagio de la virtud con que aquel niño habia de resplandecer algun dia.

Sus padres, aunque pobres, eran temerosos de Dios, y así se dedicaron á darle una cristiana educacion. El bello natural del niño Avy y su inclinacion á todo lo bueno, poco regular en los de aquella edad, le hicieron muy amable á cuantos le conocian. Nunca fueron de su gusto los entretenimientos pueriles, y toda su diversion era hacer oracion de rodillas en el campo ó en la iglesia.

Una virtud tan anticipada era digna de trasplantarse al fértil terreno de la Religion. Habiendo visto algunos monjes de la abadía de Micy, cerca de Orleans, se informó cuidadosamente del fin de su instituto y de la vida que profesaban. A esta inocente curiosidad se siguió luego el deseo de imitarlos; y pasando á echarse á los piés del

abad, le suplicó que si no le juzgaba digno de recibirle por monje, á lo menos le admitiese por criado, protestando que se dejaria morir á la puerta del monasterio antes que volverse al mundo.

Viendo el abad la humildad, la sinceridad y las vivas instancias del fervoroso mancebo, resolvió darle el hábito. Era abad san Maximino ó san Mesmino, el cual descubrió muy presto el tesoro con que Dios habia regalado á su comunidad. Mostróse el novicio tan sencillo y tan desnudo de propia voluntad, que la santa simplicidad con que obedecia á todos, dió asunto de risa y de diversion á los monjes que abusaban de ella. Teníanle por un estúpido, que sin réplica ni resistencia se dejaba conducir como un bruto á donde le querian llevar; pero la verdadera estupidez era la de ellos, pues no conocian el espíritu de Dios que gobernaba al hermano Avy. Algunos pocos ya llegaron á penetrar lo mucho que valia su virtud, y sobre todos el abad, que hechizado con el novicio, y viendo los progresos que hacia en la perfeccion, le nombró por ecónomo del monasterio, sin atender á su repugnancia ni al miedo que le ponian toda señal de distincion y todo empleo honorífico.

Precisábale este al cuidado de las provisiones y de mantener á los monjes, lo que le exponia á muchas murmuraciones, y á no pequeñas pruebas de su virtud, por mas que hiciese para prevenir hasta las mas ligeras necesidades; pero lo que suavizaba el trabajo que tenia en cumplir perfectamente con su oficio, era la ocasion que se le proporcionaba de satisfacer su ardiente caridad con los pobres, para cuyo sustento y abrigo cercenaba no pocas veces de su misma racion, y se desnudaba parte de su hábito, aun antes de entrar en el oficio. Haciase mas admirable esta caridad en un procurador, y con ella atrajo las bendiciones del cielo sobre el monasterio, donde parecia que las cosas se multiplicaban. Con todo eso, no cesaron las murmuraciones ni las quejas tan injustas como agrias de los imperfectos. Sirvióse el Señor de estas contradicciones para despertar en él los deseos que siempre habia tenido de retirarse á la soledad para vacar á solo Dios en algun espantoso desierto, y las distracciones inseparables en su empleo le confirmaron en este pensamiento; por lo que no dudando que era de Dios, solo trató de retirarse.

Habiéndose quedado una noche en la celda del abad, luego que le vió dormido, le metió silenciosamente debajo de la almohada todas las llaves del oficio, y se retiró aquella misma noche á un espeso bosque, no muy distante del monasterio, donde fabricó una celdilla ó cabaña con ramas de árboles, y comenzó á vivir en una pro-

funda soledad, haciendo espantosa penitencia. Cuando el abad despertó para asistir á Maitines quedó extrañamente sorprendido viendo las llaves de Fr. Avy debajo de su cabecera.

Pero como conocia mejor que otro alguno á nuestro Santo, fácilmente comprendió la causa de su retiro; y no dudando que el espíritu de Dios le habia conducido al desierto, le dejó gozar tranquilamente de su amada soledad. Libre en ella del molesto ruido de los negocios temporales, se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin límites. En la esterilidad de aquel desierto no encontraba otro alimento que hojas medio secas, frutas silvestres y algunas raíces amargas, que no contribuian poco á aumentar su mortificacion; pero endulzaba el Señor maravillosamente estos santos rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida cási una oracion continua, y el sueño tan breve que apenas interrumpia sus devociones.

Murió por este tiempo el santo abad Maximino, y como ya todos los monjes de Micy estaban desengañados, y habian depuesto las preocupaciones que tenian contra el Santo, todos de unánime consentimiento le eligieron por su abad, y pasaron á sacarle de su soledad de Soloña. Pero le era tan dulce aquel su amado retiro, y gozaba en él de tan celestial consuelo, que les costó el mayor trabajo del mundo arrancarle del desierto, y reducirle á aceptar aquella superioridad. A las instancias de los monjes se añadió la autoridad del obispo de Orleans, y sin que le valiesen súplicas ni lágrimas le fue preciso obedecer. Bendíjole el mismo prelado el año 520; y conducido al monasterio, bastó sola su presencia para resucitar en él la disciplina monástica en su primitivo vigor, mudando muy presto de semblante aquella comunidad con sus exhortaciones y á vista de sus ejemplos.

Pero fatigaba mucho este cargo á su humildad: cuantos mas honores le rendian, mas tiernamente se acordaba de su querido desierto; por él ansiaba, por él suspiraba continuamente; y conociendo que si volvia á Soloña presto darian con él, resolvió esconderse en algun lugar tan retirado que nadie le pudiese encontrar.

Parecióle el de la Percha muy acomodado para su intento. Era un desierto horrible, distante de toda poblacion, en un bosque tan espeso y tan cubierto de matorrales, que parecia absolutamente impenetrable. Llevó consigo á uno de sus monjes, animado del mismo espíritu; y dejando su renuncia por escrito, se retiró secretamente al desierto de la Percha. Por mas que le buscaron, no se pudo adquirir noticia alguna de su paradero, hasta que habiéndose hecho elec-

cion de otro abad de Micy, se supo finalmente donde estaba san Avy, porque le descubrió el ruido de sus milagros.

Fue singular el suceso con que Dios le manifestó. Habiendo penetrado muy á lo interior del bosque dos porqueros pastando su ganado, sobrevino la noche, y con ella una furiosa tempestad que los separó, sin poderse juntar por la oscuridad de las tinieblas. Uno de ellos, que era mudo cási desde su nacimiento, advirtió una luz en medio del bosque encendida en la choza de nuestro Santo; y partió derecho á ella para encender su tea de pino. San Avy, que jamás habia visto persona humana en aquel desierto, quedó altamente sorprendido cuando vió delante de sí un jóven que solo le hablaba con movimientos y con gestos. Creyendo al principio que era algun espectro ó algun artificio del enemigo, le hizo la señal de la cruz; y puesto de rodillas suplicó al Señor le diese á conocer si aquella vision era algun fantasma. Acabada la oracion volvió á hacer la señal de la cruz sobre el mudo, mandándole en nombre del Señor le dijese quién era, y qué queria. Sintiendo el pobre mozo que se le habia desatado la lengua, y que Dios le habia restituido el uso de ella, se arrojó á los piés del Santo, y comenzó á gritar: *Milagro, milagro.* Contó al Santo en pocas palabras lo que le habia sucedido; encendió su hachon, despidióse de él, y comenzó á gritar con todas sus fuerzas llamando á su compañero. Oyéndose este llamar por su mismo nombre de una voz desconocida, quedó como atónito; pero fue mayor su asombro cuando vió venir á su mudo que á gritos le comenzó á contar lo que le acababa de suceder, luego que llegó á paraje de donde podia ser oido.

Corrió la fama de este prodigio, y comenzóse á turbar la quietud de nuestro solitario, porque de todas partes concurrian gentes á verle, y muchos nunca le quisieron dejar. Creciendo el número de sus discípulos se vió precisado á edificar un monasterio, que tuvo después su nombre, en el que se renovaron aquellos asombrosos ejemplos que se habian visto en el Oriente bajo la conducta de los Antonios y de los Pacomios.

No obstante su grande amor al retiro, tal vez le obligaba á dejarle el mayor bien de los prójimos y el celo de la salvacion de las almas. Pasando á Orleans, el magistrado mandó abrir las prisiones, y dar libertad á los encarcelados por obsequiar al Santo, haciéndole estos honores en correspondencia de sus milagros. En aquella ciudad dió vista á un ciego de nacimiento; y el autor de su vida dice que oyó este milagro de boca del mismo ciego.

Reinaba en Orleans Clodomiro, el primero de los hijos que tuvo Clodoveo en su mujer santa Clotilde. Valiéndose san Avy de la confianza con que el Príncipe le trataba, le dió muchos consejos tan saludables como necesarios para la salvacion de su alma; singularmente le encargó mucho que tratase con mas dulzura y con mayor equidad á Sigismundo, rey de Borgoña, y á sus hijos, que eran sus prisioneros, prometiéndole de parte de Dios la victoria si les concedia la vida, y pronosticándole funesta suerte si los hacia morir. Justificó el suceso la profecía; porque Clodomiro fue muerto por los borgoñones un año después que quitó la vida á su santo Rey.

Aunque san Avy perpetuamente vivia recogido dentro de su interior, y en medio de las mas ruidosas ocupaciones nunca perdia á Dios de vista, con todo eso jamás dejaba de retirarse todos los años por algunos dias al sitio mas solitario del bosque para vacar únicamente á la contemplacion. Hallándose en uno de estos como ejercicios anuales, murió el monje que habia traido consigo del monasterio de san Mesmino. Fueron prontamente á dar noticia al santo Abad, quien volviendo al convento, no pudo contener las lágrimas, viendo en el féretro á su querido discípulo. Hincóse de rodillas, hizo una fervorosa oracion á Dios; y levantándose de repente, lleno de aquella viva confianza que el Señor comunica á sus fieles siervos, dijo al difunto: *Yo te mando en nombre de Dios todopoderoso que te levantes, y que vengas con nosotros á dar gracias á su Majestad por esta nueva vida que te ha concedido.* A estas palabras se levantó el difunto, arrojóse á los piés del Santo, y mezclándose con los demás monjes, fué con ellos á la iglesia á dar gracias al Señor. Fácilmente se puede comprender la impresion que haria en los ánimos este milagro, y el asombro con que se publicaria. San Lubin, obispo de Chartres, asegura que oyó este prodigio de boca del mismo monje resucitado, el cual sobrevivió muchos años á nuestro Santo, pero el Santo sobrevivió poco al milagro; porque consumido al rigor de sus penitencias, y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos en su monasterio el dia 17 de junio de 530, siendo de edad de poco mas de sesenta años.

Hubo un gran pleito entre los de Orleans y los de Chateaudum sobre la pertenencia del santo cuerpo, y se ajustó la diferencia repartiéndose las reliquias, cuya mayor parte tocó á la ciudad de Orleans, donde á cien pasos de ella se le erigió un magnífico sepulcro, al que fueron trasladadas con la mayor solemnidad. Volviendo victorioso de España el rey Childeberto, le hizo edificar una suntuosa

iglesia en el sitio donde estaba su sepulcro, conociendo que debia la victoria á la proteccion del Santo. Lo mismo hicieron los de Chateaudum en un lugar donde veneraban sus reliquias, sin que hasta el dia de hoy se haya resfriado la devocion de los pueblos á un Santo tan insigne.

LOS SANTOS MÁRTIRES MANUEL, SABEL É ISMAEL.

Por los años 362, en tiempo que los persas se hallaban en una sangrienta guerra con el emperador Juliano apóstata, florecian en aquel reino Manuel, Sabel, ó Sabelio, é Ismael, hijos de un padre gentil, y de una madre cristiana, la cual procuró que les educase en la religion de Jesucristo, é instruyese en las santas Escrituras cierto eunuco, presbítero, recomendable en ciencia y santidad. Hicieron los tres hermanos admirables progresos en las letras y virtud, bajo la disciplina de tan insigne maestro, llegándose á conciliar la estimacion de los persas por su irreprensible conducta y recto proceder.

Escribió Juliano al Persa sobre paz, y conociendo aquel soberano que para ajustar los tratados no tenia ministros en su reino de mas conocida habilidad y consumada prudencia que Manuel, Sabelio é Ismael, los envió á este efecto al Emperador, quien viéndolos jóvenes tan hermosos y discretos, los recibió con todo honor, haciéndoles quedar en su compañía.

Ausentóse Juliano de Constantinopla á la provincia de Bitinia; y habiendo llegado á Calcedonia dispuso una gran fiesta á los dioses, mandando al pueblo que les ofreciesen sacrificio en el lugar ó templo dicho Trigon. Concurrió alegre la multitud de infieles á obedecer el precepto del Emperador; y viendo los tres Santos la preocupacion de tantos miserables como rendian engañados sacrílegas adoraciones á los demonios, penetrado su corazon del mas vivo dolor, rogaron al Señor les conservase constantes en la fe, para que de modo alguno se contaminasen con los errores de los idólatras.

Advertido su resentimiento por un camarero de Juliano, llamado Arion, hizo que los prendiesen los ministros, y presentasen al Emperador; quien informado de la causa, olvidándose de las inmunidades debidas á los embajadores, mandó ponerlos en prision, con órden de que si no sacrificasen en aquel dia, sufriesen en el siguiente la mas severa cuestion de tormentos. Despreciaron los Santos tan injusto precepto, y con un semblante airado les preguntó el Emperador, luego que los tuvo á su presencia: *¿Acaso os ha enviado vuestro Rey, para que no celebreis conmigo las fiestas de nuestros dioses, ni*

les ofrezcais sacrificios? — *Nuestro soberano*, le respondieron los Santos, *nos ha enviado á tí para que tratemos de paz, no para que nos obligues á sacrificar á los ídolos. Nosotros somos profesores de la religion de Jesucristo, instruidos por un eunuco, admirable sacerdote, en el conocimiento del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, y de todas las criaturas, á quien solo rendimos adoracion.* — *Idiotas del todo me pareceis*, continuó Juliano, *viniendo á un emperador tan grande como yo.* — *No llames tales*, replicaron los Santos, *á los siervos de Dios, pues á su presencia apareceremos sabios, instruidos por aquel que nos tiene dicho en las santas Escrituras, que cuando estemos ante los reyes y presidentes enemigos, no pensemos en lo que hemos de hablar, pues el Espíritu Santo nos enseñará lo que conviene decir.* — *Tambien yo he leido*, siguió el Apóstata, *vuestras fatuidades, y de nada me ha servido ese Cristo de que hablais; yo os aconsejo que os separeis de él, y sacrifiqueis á los dioses inmortales, pues de lo contrario os haceis acreedores de exquisitos tormentos, sin que os aproveche de cosa alguna Cristo.* Entonces llenos los tres hermanos de un santo celo, le replicaron: *Impío, y profano Emperador, ¿cómo te has infatuado en tales términos que llegándote todos los dias á semejantes dioses, no les ves del todo mudos, siendo como son unas piedras inanimadas, y domicilios de los demonios para engañar á los hombres?*

Arrebatado Juliano en un extraordinario furor al oir los discursos de los Santos, les dijo: *Hombres los mas infelices de los mortales, ¿cómo recibidos por mí con tanta humanidad, blasfemais de los dioses, y os atreveis á llamarles piedras? yo haré por su nombre, propicio para mí, que experimenteis su poder.* Mando, pues, arrojarlos en tierra, y que los verdugos los azotasen con la mayor crueldad; pero como los ilustres confesores de Jesucristo repitiesen en medio de aquel castigo: *Nosotros no sacrificamos á las piedras inanimadas, sino al verdadero Dios que vive eternamente;* mas irritado el Apóstata, ordenó que colgados en un leño, les rasgasen los costados, y clavasen unos clavos por los talones.

Puestos en el suplicio clamaban los Santos: *Señor mio Jesucristo, que subiste al leño de la santa y venerable cruz para salvar al género humano, no te separes de nosotros, sálvanos de estos tormentos que nos circundan, pues conoces cuán enferma sea nuestra carne para semejante combate;* y hecha esta oracion les asistió un Ángel del Señor, y alivió sus trabajos.

Mandó el tirano bajarlos del leño, y queriendo seducirlos con blandura, afectando compasion, dijo á Sabelio y á Ismael: *Veo que este*

vuestro insensato hermano no asiste con nosotros á ofrecer á los dioses, por lo que recibirá la correspondiente retribucion; pero yo presumo de vuestro ingenuo aspecto, que os portaréis mejor. Entonces los dos hermanos le respondieron á una voz: *¿Piensas, príncipe impío, enemigo de Dios, que con tu doloso razonamiento nos podrás separar de Jesucristo? Persuade á tus dioses que nos hablen, si quieren recibir nuestro sacrificio, y entonces le ofrecerémos prontamente.*

Enfurecido Juliano con la respuesta, mandó á los verdugos que aplicasen hachas encendidas á sus costados; pero manteniéndose constantes en alabar y bendecir al Señor, vuelto á Manuel, ciego de cólera, le dijo: *Infelicísimo, y el mas miserable de los que contigo están, sacrifica á los dioses clementísimos, pues de lo contrario serás atormentado con severísimos castigos.* — *No discurras,* respondió el Santo, *que podrás hacer que falte en alguno de nosotros la esperanza que tenemos puesta en nuestro Señor. A la vista tenemos su santa cruz, que nos conducirá al fin á que aspiramos, y al mismo Jesucristo que alivia nuestros dolores.*

Viendo el tirano la invencible fortaleza del santo Mártir, mandó traer tres clavos, y clavarle uno por la cabeza, y dos por los hombros, y que conducidos los tres amarrados al muro de Constantino, que mira hácia Tracia, los decapitasen en el lugar llamado el Precipicio; después de lo cual quemasen sus cuerpos para que no pudiesen los Cristianos darles el honor de sepultura.

Habiendo llegado los Santos al lugar del suplicio, hicieron á Jesucristo una fervorosa oracion, suplicándole se dignase librarlos de las manos del impío Apóstata, é ilustrar á aquel miserable pueblo con el conocimiento de la verdad. Ejecutóse la sentencia en el dia 22 de junio por los años 362, pero dispuso Dios que se abriese la tierra en el momento, y ocultase en su seno los venerables cuerpos de los ilustres Mártires para impedir su combustion segun el mandato del tirano. Huyeron los verdugos aterrados, y se convirtieron muchos gentiles á vista de aquel prodigio, el cual sirvió de motivo para que los fieles enterrasen los cadáveres con el correspondiente honor.

Supo el Rey de los persas el atentado de Juliano con sus embajadores, y volviendo á la guerra con mas ardor, vengando el cielo las injurias hechas por aquel Apóstata á los Cristianos, hizo que pereciese miserablemente.

SANTA TERESA, MUJER DEL REY DON ALFONSO IX DE LEON, Y SANTA SANCHA, VÍRGEN.

La santa reina doña Teresa, mujer de D. Alfonso IX de Leon, y santa Sancha, á quienes con el título de santas Reinas se les tributa en Portugal el mas solemne culto, fueron hijas del rey D. Sancho I, rey de Portugal, y de doña Dulce, la hija de D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona, y de doña Petronila, reina de Aragon; eran ambos muy recomendables por su singular piedad, por la que les concedió el Señor entre otros hijos á las dichas Infantas, que con sus heróicas virtudes y sus laudables acciones añadieron mucho honor á su grandeza.

Tuvieron á Teresa, la mayor en edad, antes de reinar, en vida aun de D. Alfonso, primer rey de Portugal, padre de D. Sancho. A las prendas naturales de que Nuestro Señor la dotó con larga mano, hacian gran ventaja los dones de la gracia que se traslucian en todas sus obras. Desde muy niña se dejó ver en el mundo con un corazon recto y generoso, con un entendimiento sólido y perspicaz, y con una inclinacion como natural á la virtud; y reuniendo á estas especiales gracias el estudio de la piedad, la frecuencia de Sacramentos, la lectura espiritual, la contemplacion de las verdades eternas, y las mas ingeniosas mortificaciones para castigar su inocente cuerpo, fue su infancia un preludio de la eminente santidad á que llegó en lo sucesivo.

Y aunque las recomendables prendas de Teresa, acompañadas de un aire afable y majestuoso, arrebataban todas las atenciones de la corte, amante siempre de la modestia, miraba con indiferencia y con desprecio todas las vanidades del mundo; no dudando que los adornos, por mas brillantes que sean, no son capaces de dar el mas mínimo grado de mérito á las doncellas cristianas. De suerte que aun cuando se presentaba en palacio con preciosos vestidos por no disgustar á sus padres, traia ceñido á la carne un áspero cilicio; con cuyo dolor contenia la mas leve complacencia, viviendo en la corte como pudiera en el retiro del claustro la mas perfecta religiosa.

Corrió la fama de la singular hermosura y de la rara virtud de Teresa por los reinos de Europa, y se declararon pretendientes de su mano muchos príncipes, juzgando cada uno que seria feliz el que lograse por esposa á una dama de tan relevantes prendas. Prefirió entre todos su padre al rey de Leon Alfonso IX, muy conocido por

su gran valor, y sobre todo por la uniformidad de sentimientos con Teresa; y aunque deseaba esta conservar inviolable su virginidad y profesar vida religiosa, como era tan obediente á las órdenes de su padre, hizo su voluntad, casándose á fines del año 1190, cuando solo contaba los trece de su edad, y su esposo los diez y nueve; sin reparar los que intervinieron en el desposorio en el impedimento de consanguinidad que habia entre ambos contrayentes, siendo Alfonso y Teresa primos carnales; en lo que pudo disculparlos el estrépito de las guerras continuas que por entonces hacian á los reyes de Leon y de Portugal los agarenos, dueños de los territorios vecinos.

El esplendor de la corona no alteró un punto la modestia, ni la devocion de Teresa, ni le sirvió el trono de otra cosa, que para que mas brillasen sus eminentes virtudes desde mas alta esfera. No alteró la mudanza del nuevo estado las costumbres de la santa Reina, pues viviendo en Leon conforme habia vivido en Portugal, nunca dió entrada en su cuarto á aquellas vanas diversiones, ni á aquella cadena de frívolos pasatiempos, en que constituyen toda su ocupacion los cortesanos. El tiempo que le sobraba al cumplimiento de sus obligaciones, lo empleaba parte orando, parte leyendo en libros espirituales, y parte en sus habituales devociones; de suerte que por la justificacion de su conducta, llegó Teresa á ser el objeto de la admiracion y de los mas altos elogios de toda la corte de Leon; pero cuando ambos esposos vivian con la mayor tranquilidad, con los tres frutos de bendicion que les concedió el cielo, á saber, doña Sancha, D. Fernando y doña Dulce, quiso el Señor, que hasta entonces habia colmado de prosperidades á la santa Reina, darla parte de su cruz, para que viese el mundo que su eminente virtud era superior á todas las desgracias.

Ocurrieron en Portugal por aquel tiempo, sobre las continuas guerras de los moros, repetidísimas plagas, que pusieron el reino en la mayor consternacion; y reflexionando los naturales sobre la causa motiva de semejantes azotes, todos se persuadieron que no podia ser otra que el desprecio hecho al Vicario de Jesucristo, á quien no se pidió dispensa del impedimento de consanguinidad para desposarse Teresa. Bajo este concepto enviaron á Roma personas condecoradas, para que expusiesen al papa Celestino III todo lo ocurrido en el matrimonio de la santa Reina. Consultó el Papa el asunto con el sacro colegio de cardenales, y todos fueron de sentir, que se remitiese á España un legado *à latere*, que convocase un concilio, en el que oidas las partes se procediese conforme á lo que tenian dis-

puesto los sagrados cánones en semejante materia. Congregó en efecto el legado un sínodo provincial en Salamanca, al que concurrieron todos los obispos de Leon y de Portugal; y habiéndose disputado altamente entre los procuradores del rey D. Alfonso y los que sostenian la parte del derecho canónico, se declaró nulo el matrimonio; pero sin culpa de los contrayentes, puesto que lo celebraron de buena fe, sin tener consideracion al impedimento de consanguinidad que habia entre ambos.

Notificóse la sentencia ó determinacion del concilio á Teresa, y superando su piedad para con Dios, y su reverencia para con el Vicario de Jesucristo, á la inexplicable pena que concibió su corazon al verse en la precision de separarse de su fidelísimo esposo y de sus tres amados hijos, resolvió seriamente dejar el mundo, y poner en práctica aquellos primeros deseos que en sus juveniles años tuvo de consagrarse á Dios.

Habia dejado Sancho I por su disposicion testamentaria á sus cinco hijas Teresa, Sancha, Mafalda, Blanca y Berenguela varios pueblos y posesiones, para que se mantuviesen con la decencia debida á su alto nacimiento. Sucedióle en el reino de Portugal su hijo Alfonso II, quien juró en manos del obispo de Coimbra cumplir en un todo la voluntad de su padre; pero estimulado de una insaciable codicia, intentó despojar á sus hermanas de sus respectivas herencias. Valióse para ello de diferentes medios artificiosos contra el decoro de soberano; y como estos no produjeron el deseado efecto, recurrió al poder de las armas, faltando á la religion del juramento. Defendiéronse valerosamente las Infantas; mas conociendo Teresa, la mayor de todas, que no podian resistir á las superiores fuerzas del avaro Rey, recurrió á nombre de todas al sumo pontífice Inocencio III, rogándole que se dignase interponer su mediacion para con su hermano, á fin de que no se derramase la sangre de los vasallos inocentes por tan injusto motivo; y condolido Su Santidad de la afliccion que padecian las Infantas, contuvo con sus conminaciones la guerra que les hacia injustamente Alfonso.

Conseguida la paz por la mediacion del Vicario de Jesucristo y la entrada de D. Sancho II en la corona de Portugal, viéndose Teresa libre de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, se dedicó desde aquel instante al servicio de Dios, y á propagar por aquellas tierras la vida monástica. Habia cerca de Coimbra un monasterio del Órden de san Benito, llamado Lorvaon ó Lorbaño, en un valle cercado de montes, muy proporcionado para el retiro espiritual. Agra-

dó aquel sitio a la santa Reina, que concibió grandes deseos de vivir en él con algunas ilustres vírgenes que se ofrecieron voluntariamente á seguir sus designios; pero restaba la dificultad de remover á los monjes de aquella casa, que sentian dejarla por haber sido célebre en toda la region así por su antigüedad, como por la veneracion que se merecian; mas rendidos á los humildes ruegos de la santa Reina, que les proporcionó otro lugar mas cómodo, comenzó á edificar un magnífico monasterio capaz de contener gran número de religiosas, al cual después dotó con grandeza, é intituló de Santa María de Lorvaon.

Entre tanto amenazó á Leon una sangrienta guerra. Habia señalado el rey Alfonso IX herederas del reino á sus dos hijas doña Sancha y doña Dulce, excluyendo al hijo san Fernando, rey de Castilla, habido en la segunda mujer doña Berenguela. Por las Infantas se declararon los señores de Leon, que no venian bien en sujetarse a Castilla. San Fernardo tenia derecho y mas fuerzas. Para evitar los desastres de la guerra, determinaron arreglar este negocio nuestra Santa y doña Berenguela, que al efecto habia pasado ya á Leon con su corte. Vieronse, y con el amor de la paz que animaba á ambas Reinas, se convinieron en que san Fernando se quedase con los reinos de Castilla y Leon, y a las Infantas dotaron competentemente a satisfaccion de todos. Hízose esta concordia entre los hermanos á fines del año 1231 con aprobacion de Gregorio IX.

Florecia por entonces en Portugal la reforma del Cister en el primitivo fervor; y agradando a Teresa tan célebre Instituto, quiso que se siguiese en su monasterio. Obtuvo facultad del sumo Pontífice para llevar á él las religiosas mas perfectas que hubiese entre las Cistercienses; y habiéndolas buscado con exquisita diligencia, entró con ellas en aquella nueva casa del Señor con su hermana Blanca, y con otras doncellas nobilísimas, á entablar un género de vida en todo conforme al espíritu del insigne Fundador. Causó á todos admiracion ver el despojo que hizo la santa Reina de todo cuanto podia oler á soberanía; y portándose desde el instante que puso sus piés en el claustro como la religiosa mas pobre y mas humilde, todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fue dar todo el lleno á la alta idea de perfeccion á que era llamada. No parecia posible humildad mas profunda ni mas sincera, obediencia mas exacta ni mas sencilla; y aunque todas las monjas estaban igualmente confundidas que mortificadas, al ver una persona tan grande en los oficios mas bajos de la comunidad, era preciso condescender con su abatimiento. Lo que

sobre todo la hizo mas amable, fue aquella ardiente caridad con que atendia á socorrer á sus súbditas, y con especialidad á las enfermas, á las que visitaba, consolaba y asistia, dándolas por sus propias manos el alimento y las medicinas; esmerándose tanto para con las moribundas, que no sosegaba hasta que se les suministraban los últimos Sacramentos con los demás auxilios espirituales, para que espirasen con santas disposiciones.

Aunque la vida de Teresa habia sido antes de religiosa austera y penitente, desde que abrazó este estado redobló sus rigores, si bien para dar ejemplo á sus hermanas, mas para sujetar la carne al imperio de la razon, con cuya mira trataba á su cuerpo con excesiva crueldad. Cuando le faltaban en la mano fuerzas para disciplinarse por sí, mandaba á sus súbditas con precepto expreso, que la azotasen hasta derramar sangre; por lo cual caia muchas veces desmayada entre las que la castigaban por obediencia. Además de esto traia siempre ceñido á la carne un áspero cilicio, y para mayor mortificacion domaba el apetito con una hambre y con una sed suma. Todos los viernes, concluidos los oficios divinos, se encerraba en su celda á pedir al Señor deshecha en lágrimas perdon de sus culpas; y teniendo en las manos un Crucifijo, aplicaba su boca á las llagas de Nuestro Redentor con tanta adhesion, como que deseaba sacar de ellas la preciosa sangre con que lavar sus manchas. Su sueño era brevísimo, porque como estaba acostumbrada la mente á las dulzuras de la mas alta contemplacion, no permitia al cuerpo mucho descanso; esta era la causa de que su oracion fuese cási continua, dejándose ver no pocas veces en este santo ejercicio arrebatada en el aire con un rostro sereno, despidiendo de sí rayos de luz encendidos; indicios todos del ardiente fuego de amor divino en que se hallaba abrasada. Abstúvose de la oracion en público, porque llegó á entender aquellos síntomas que tanto sentia su profunda humildad; pero como el Señor queria hacer á todos notoria la santidad de su amada sierva, manifestaba los mismos indicios en los lugares mas secretos, á pesar de las industrias de que se valia para ocultarlos.

Doña Sancha, su santa hermana, brillaba al mismo tiempo que la reina santa Teresa, siendo el objeto de los mas altos elogios de todo el reino de Portugal por la santidad de su conducta. Nació esta Infanta cási con las mismas disposiciones de naturaleza y de gracia que Teresa, puesto que el Señor las habia elegido para unos mismos destinos. Adelantóse en ella la devocion á los años, y la prudencia á la edad en que por lo regular se dispierta el uso de la razon;

y acompañadas estas singulares gracias con una índole apacible, con una modestia singular, con una docilidad incomparable, y con una propension como natural á todo lo bueno, se conoció desde luego que no necesitaba la ilustre niña de muchas instrucciones para caminar arreglada por las sendas de la virtud. En efecto, desde sus mas tiernos años distribuyó el tiempo, y aun las horas, en oracion, en lectura espiritual y en obras de piedad; lo que observó con tanta exactitud, que ni aun las muchas enfermedades que padeció, la dispensaron de estos santos ejercicios.

Dejóla su padre Sancho I por herencia el pueblo y castillo de Alenquer, sitio fuerte, saludable, fértil, ameno y abundante de toda clase de frutos; y habiéndose retirado Sancha á él con su familia, entabló un género de vida verdaderamente religiosa, haciendo que en la capilla de su palacio la acompañasen sus damas en los santos ejercicios de devocion, de frecuencia de Sacramentos, y de alabanzas á Dios, trayendo bajo de sus vestidos un cruel cilicio con que crucificaba su inocente cuerpo, sin tener otro descanso que el de un corto tiempo que se reclinaba sobre la tierra, teniendo un leño por cabecera. Todos estos actos no impedian empero el que la Infanta atendiese á las obligaciones que tenia sobre sí, antes bien sabia conciliar con discrecion los oficios privados con los públicos de su cargo. En palacio oraba, velaba y trabajaba con su familia, y fuera de él daba á sus vasallos, como señora de ellos, las mas arregladas providencias; pero sobre todo en lo que mas brilló Sancha fue en la ardiente caridad para con los pobres, especialmente para con aquellos que ó por imposibilidad, ó por rubor, no podian participar de sus limosnas, teniendo destinadas personas de conocida piedad, á fin de que inquiriesen con escrupulosa diligencia los vergonzantes, las viudas y los huérfanos que necesitaban de sus socorros. Además de esto daba de comer todos los viernes del año á doce pobres mujeres, á quienes lavaba los piés con un profundo respeto, despidiéndolas con vestidos nuevos.

Envió por aquel tiempo san Francisco á sus hijos Zacarías y á Gualtero con otros ilustres Minoritas para que ampliasen su Instituto en España: entraron estos en Portugal, y habiendo hecho presente al rey Alfonso y á su mujer Urraca el fin de su venida, como les constaba la caridad de Sancha, los remitieron á ella, rogándola que contribuyese al designio del seráfico Patriarca. La Infanta, que en tratándose de obras de piedad no necesitaba de recomendacion, recibió benignamente á los Menores. Por su trato, por su pobreza y

por su humildad conoció muy en breve que eran verdaderos discípulos de aquel portentoso padre cuya fama de santidad volaba por toda Europa; y creyendo que haria al Señor un gran servicio en cooperar al establecimiento de una religion que tenia por objeto la salvacion de las almas, les dió por de pronto la capilla de Santa Catalina para que fundasen un hospicio, sin perjuicio de contribuir en adelante á mayores progresos. Supo este rasgo de piedad Fr. Suero, hijo de santo Domingo, enviado á España para el mismo fin que los Franciscanos, y presentándose á Sancha, erigió á sus expensas un convento del Órden de Predicadores; de suerte que á la piedad de la santa Infanta se debieron los primeros establecimientos de ambas Órdenes en el reino de Portugal.

Recibia Sancha frecuentes cartas de su hermana Teresa, en las que le manifestaba la tranquilidad del ánimo y la paz del corazon que disfrutaba en su monasterio de Lorvaon; y encendida en vivísimos deseos de seguir los pasos de su ilustre heroína, resolvió fundar otro monasterio no distante del de su hermana Teresa para dedicarse en él exclusivamente al servicio del Señor; pero antes quiso ceder su palacio á los religiosos de san Francisco, labrándoles un magnífico convento con retencion del hospicio de Santa Catalina, á fin de que se conservase la memoria del primer establecimiento de la Órden seráfica en Portugal. Hecha una accion tan generosa, capaz por sí sola de eternizar su memoria, pasó á Coimbra á poner en ejecucion sus nobilísimas ideas; y reflexionando sobre el sitio mas adecuado para el proyecto, escogió un lugar no muy distante de la ciudad llamado de las Celdas, por las muchas que en él habia de no pocas mujeres devotas que, retiradas del mundo, profesaban la vida solitaria. Erigió allí un célebre monasterio con el título de Santa María de las Celdas; y habiendo reunido una comunidad respetable, compuesta en gran parte de las mismas solitarias, y de otras insignes vírgenes que vivian en el castillo de Alenquer, animadas todas en unos mismos sentimientos, se ocuparon en el servicio de Dios con un perpetuo olvido de las cosas del siglo.

Mas adelante quiso ver Sancha á su hermana Teresa, cuyas heróicas virtudes tanto oia elogiar, para lo cual se condujo con algunas de sus compañeras al monasterio de Lorvaon. Quedó admirada al ver que la santidad de la ilustre Reina y la de sus hijas excedia sin comparacion á cuanto publicaba la fama; é informándose muy por menor del Instituto del Cister, determinó que se siguiese en su monasterio de las Celdas. Admitido que fue en él, vistió la Infanta

el hábito cisterciense, y renovado en el acto el voto de virginidad que tenia consagrada á Dios desde sus mas tiernos años, hizo empeño desde luego en observar á la letra las rígidas Constituciones de la reforma. Este era el documento capital que enseñaba á sus súbditas para que aspirasen á la cumbre de la perfeccion á que eran llamadas; y como su porte iba siempre acompañado de su gran prudencia y de una suma discrecion, mientras ella se aplicaba á imitar los rigores de los mas famosos solitarios, cuyas vidas leia frecuentemente, tenia gran cuidado de que su ejemplo no sirviese para mover á sus hermanas á inmoderadas penitencias, dando bien á entender que solamente era severa consigo misma. Siempre deseosa de mortificarse, traia inseparable de su inocente carne un áspero cilicio; á cuya mortificacion añadia diariamente sangrientas disciplinas, sin dispensarse de los ejercicios, ni por la multitud de sus ocupaciones, ni por los oficios de comunidad, manifestando hasta en los mas humildes y repugnantes una suma complacencia, de suerte que á la vista de su ejemplo se alentaban las menos fervorosas á seguir los pasos de su santa Fundadora, en quien solo observaban orar, meditar, contemplar, mortificar los sentidos, é inquirir los defectos con el mayor escrúpulo para confesarlos inmediatamente bañada en tiernas lágrimas.

Cayó en fin Sancha en una grave enfermedad originada del rigor de sus asombrosas penitencias; y sufriendo los agudísimos dolores del accidente con una paciencia inalterable, manifestó en la extraordinaria alegría de su semblante el ardiente deseo que tenia de disolverse de los vínculos carnales para unirse con su amado Esposo. Estaban inconsolables sus hijas considerándose próximas á verse sin tal madre; y queriendo templar sus penas la ilustre Infanta, las consolaba con la promesa de que las seria mas útil en la presencia de Dios. Supo Teresa el peligro en que se hallaba su hermana, y deseando asistirla en la hora de la muerte, pasó inmediatamente al monasterio de las Celdas. No pudo menos de quedar admirada al ver las disposiciones con que se preparaba Sancha á su felicísimo tránsito; el cual se verificó en el dia 13 de marzo del año 1230, teniendo al pecho la imágen de Jesucristo crucificado, entre cuyos brazos dió el último suspiro.

Queria Teresa dar sepultura al venerable cuerpo de su hermana en el monasterio de Lorvaon; pero considerando la justa resistencia que harian las religiosas de las Celdas, esperó á que estas se fuesen á descansar, hizo secretamente el piadoso robo, y llevó el cadáver en una litera á Lorvaon, donde lo depositó en un magnífico sepul-

ero, que se dignó el Señor hacer célebre con repetidos prodigios: memorable entre ellos el de una luz resplandeciente que se dejó ver en él por espacio de muchas noches, indicio nada equívoco de la luz perpetua que disfrutaba en la patria celestial.

El ardiente deseo que concibió la santa reina Teresa de acompañar á su hermana cuanto antes en la vision beatífica, la estimuló á redoblar su fervor; y persuadiéndose que la consideracion de la muerte la movería con mayor actividad á la práctica de todas las virtudes, hizo construir el sepulcro donde habia de enterrarse cerca del de Sancha, donde oraba y meditaba ansiosa de salir del destierro de esta vida. Dióse en fin por sentida la naturaleza, y fue necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigurosas penitencias y sus continuas vigilias; recibió los últimos Sacramentos con aquella devocion y con aquellos consuelos interiores que comunica el Señor á sus amadas esposas, y mandando á sus hermanas que cantasen el salmo de *Magnificat,* al llegar á aquel versículo: *Recibió Israel,* etc., reclinando la cabeza sobre los hombros, murió tranquilamente en el dia 17 de junio de 1250. No tardó el Señor en manifestar la gloria de su fidelísima sierva con portentosas maravillas: luego que espiró se dejó ver sobre el templo del monasterio de Lorvaon un globo de luz á manera de un sol, que se elevó sobre las nubes, como testificaron muchas personas fidedignas. Celebráronse las exequias con un aparato tan magnífico, que mas parecia triunfo que oficios funerales, y se depositó el venerable cuerpo en el mismo sepulcro que la santa Reina hizo labrar en vida, junto al de su hermana, tan incorporados que parecian uno los dos, conviniendo así para denotar que las que unió la naturaleza y la virtud, no las separó la muerte. Los muchos milagros que cada dia obraba Dios por la intercesion de las santas Reinas, movieron á las personas del mas alto carácter á tratar de su beatificacion y de su canonizacion. Cuatro procesos ordinarios se formaron á este fin: el primero por el serenísimo señor infante de Portugal Enrique, cardenal de la santa romana Iglesia, en el año 1574; el segundo por el obispo de Coimbra en el de 1575, de órden del rey D. Sebastian; el tercero en el año 1595 por Fr. Lorenzo del Espíritu Santo, dignísimo general de la reforma del Cister; y el cuarto en el de 1684 por D. Benito Almeida, arcediano de Coimbra en *sede vacante,* diputado para ello por su cabildo, en el que depusieron doscientos y cuarenta testigos sobre los milagros auténticos de las Santas. Presentáronse estas diligencias en Roma, y se despacharon por la sagrada Congregacion las correspondientes le-

tras apostólicas, con anuencia del papa Inocencio XII, en 17 de setiembre del año 1695, á instancias de los reyes, de los prelados, de los tribunales y de las religiones de Portugal. Fueron cometidas á los obispos de Coimbra y Lisboa para la justificacion de los milagros y del culto inmemorial de las santas Reinas; y resultando así comprobado plenamente en el proceso que formó el de Coimbra D. Juan Mello, se declaró por este en 13 de marzo de 1698, que el culto inmemorial de las Santas era de los exceptuados de los decretos de Urbano VIII; cuya sentencia aprobó la sagrada Congregacion, y confirmó el papa Clemente XI, declarándolas bienaventuradas en el dia 29 de diciembre de 1705; haciendo en su breve expresion de todos los progresos que tuvo la causa en tiempo de sus predecesores, y concediendo en su fiesta misa y oficio doble para la Órden del Cister y para el obispado de Coimbra, donde está el monasterio de Lorvaon. En el año 1713 se extendió el rezo á todo el reino de Portugal, y en el de 1724 aprobó la sagrada Congregacion de Ritos la oracion y lecciones propias que se compusieron para su oficio.

La Misa es en honra de los santos mártires Manuel, Sabelio é Ismael, y la Oracion es la siguiente:

Quaesumus, Domine, ut martyrum tuorum Manuelis, Sabellii et Ismaëlis nos foveat gloriosa solemnitas, et efficiat dignos tuo sancto servitio: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la gloriosa solemnidad de tus santos mártires Manuel, Sabelio é Ismael nos sea siempre provechosa, y nos haga dignos de tu santo servicio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del libro de la Sabiduría.*

Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui abstulerunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitatione insperatae salutis, dicentes intra se, poenitentiam agentes, et prae angustia spiritus gementes. Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum aestimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

Los justos se mantendrán con gran constancia, respecto de los que los angustiaron, y robaron sus trabajos. Estos al verlos (en la resurreccion universal) se consternarán de horrible temor, y se admirarán en la prontitud de su salvacion inesperada, diciendo dentro de sí arrepentidos, y gimiendo á fuerza de la angustia de su corazon: Esos son los que en otro tiempo burlábamos y despreciábamos. Nosotros insensatos, reputábamos por locura su modo de vivir, y su muerte sin honor; pero hé aquí como fueron computados entre los hijos de Dios, y su suerte existe entre los Santos.

REFLEXIONES.

Estos son aquellos de quienes en otro tiempo nos reimos y nos burlamos: *Hi sunt quos habuimus aliquando in derisum.* Estos fueron objeto de nuestras bufonadas y chocarrerías. ¡Ó insensatos de nosotros! teníamos su vida por locura, y ahora los vemos elevados á la dignidad de hijos de Dios. ¿Por qué razon no discurrirémos, y no hablarémos en vida, como hemos de hablar, y como hemos de discurrir á la hora de la muerte? Entonces se juzga sin preocupacion; no ciegan las pasiones; se miran de cerca los objetos, y no se padece engaño. Vuelven, por decirlo así, á entrar en posesion de sus derechos la razon, la religion y la fe; revélanse los misterios mas ocultos del corazon, y la verdad se deja ver con toda la luz, con toda la claridad que la corresponde. ¡Oh que bella atalaya! ¡oh qué fiel espejo es la cama á la hora de la muerte! ¡qué efecto producirán en el alma unas reflexiones que solo tienen por fruto estériles arrepentimientos; y unos arrepentimientos que van acompañados ó seguidos de una infinidad, de una eternidad de suplicios!

Hi sunt. Yo me burlaba de la modestia de aquel jóven, de la compostura, del recogimiento de aquella doncellita, de la ajustada y arreglada vida de aquellas personas devotas, que edificaban con su virtud á toda la ciudad, mientras yo era la fábula de toda ella.

Hi sunt. Miraba yo con una especie de lástima y de compasion á aquellas esposas de Jesucristo; su clausura me parecia una prision insufrible; su velo un yugo insoportable; su estado y su condicion una verdadera desgracia. Cuando yo estaba enfrascada en medio de ese gran mundo; cuando me habia de hallar precisamente en todo lo que era juego, diversion y entretenimiento; cuando era el alma del baile, del sarao, de la conversacion y del paseo; ¿trocaria yo mi suerte por la de aquella hermanita mia religiosa? ¡Con qué ojos compasivos y aun desdeñosos miraba yo aquellos ayunos, aquellas penitencias; y con qué soberanía, con qué empeño, con qué complacencia defendia yo mi profanidad, mis galas, mi vida regalona y licenciosa, mi indevocion y mi impiedad! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei.* ¡Y ahora mira, mira como está contada en el número de los hijos de Dios, mientras yo (¡infeliz de mí!) me veo condenada al fuego eterno; me veo precipitada en el infierno, siendo por toda la eternidad el oprobio del universo, el juguete de los demonios, la execracion de Dios y de los hombres!

Nos insensati! ¡Locos, necios, insensatos de nosotros! ¡Es por ven-

tura tiempo de conocer uno sus desaciertos, sus descaminos y sus locuras después de la muerte! ¡Es tiempo de que el reo se haga cargo de la enorme gravedad de su delito, cuando ya está en el cadalso! ¡Es tiempo de que el litigante advierta la injusticia de su pleito, cuando ya está sentenciado! Allá en medio de aquellos alegres dias, que estaban todos contados; allá, cuando lograbas una salud robusta, brillante y vigorosa; allá, cuando te ocupaba tanto tiempo inútilmente el sosiego, la ociosidad y el regalo; entonces sí que era ocasion oportuna de reconocer esas máximas tan contrarias al espíritu del cristianismo, entonces habias de descubrir el veneno de estas conversaciones tan poco cristianas, los lazos de esas concurrencias, el contagio de esas diversiones; entonces era tiempo de advertir los peligros de los espectáculos, la vanidad de esas galas profanas y orgullosas que alimentan ó irritan las pasiones; entonces debieras haber reparado en la infelicidad de esta vida ociosa, delicada y cási enteramente gentilica; entonces venia bien prevenir las funestas consecuencias de esas mesas de juego, de esos bailes, de esas ostentosas comilonas, de esas temporadas de quinta, de aldea ó de campaña, tan perniciosas á la inocencia, como ocasionadas á la disolucion. *Nos insensati!* ¡Qué insensatos somos, debieras clamar entonces, en dejarnos engañar de unas lisonjeras flores que se marchitan cási al mismo tiempo que se descogen! ¡insensatos en correr al precipicio con los ojos vendados! ¡insensatos, cuando estamos condenados á muerte, y nos estamos riendo!

El Evangelio es del capítulo IV *de san Juan.*

In illo tempore: Erat quidam regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cum audisset quia Jesus adveniret à Judea in Galilaeam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum regulus: Domine, descende prius quam moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus viveret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua me-

En aquel tiempo: Habia cierto ministro real, cuyo hijo se hallaba enfermo en Cafarnaum; y habiendo oido este que Jesús vino de Judea á Galilea, fuése á él, y le rogó bajase, y curase á su hijo, que estaba para morir: Si no viéreis demostraciones y prodigios, le respondió Jesús, no creeis. Insistió el ministro, diciendo: Baja, Señor, antes que mi hijo muera. Vé, le respondió Jesús, que tu hijo vive. Creyó aquel hombre lo que le dijo Jesús, y marchaba: cuando iba ya de camino le salieron al encuentro sus siervos anunciándole que vivia su hijo: preguntábales la hora en que se mejoró; y habiéndole dicho, que ayer á la hora

lius habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus: Filius tuus vivit: et credidit ipse et domus ejus tota.

séptima le dejó la calentura, conoció entonces el padre, que aquella era la misma hora en que le dijo Jesús: Tu hijo vive; y creyó él mismo, y toda su casa.

MEDITACION.

Del cuidado que los padres deben tener de la educacion de sus hijos.

Punto primero.—Considera que no hay obligacion mas esencial á los padres y á las madres que la de dar una cristiana educacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien: son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó la condenacion de los niños pende principalmente de su buena ó mala educacion.

Ningun padre, ninguna madre están dispensados de esta obligacion; pero ¿cuántos hay que se dispensan á sí mismos de ella? ¿cuántos hijos se condenaron por haber sido su mala crianza causa infeliz de su eterna desdicha? Esto es todo lo que debieron á sus crueles padres; pero si la sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra; ¿qué gritos estarán dando desde el profundo del infierno aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos y desnaturalizados padres, porque con su negligencia, con su abandono en darles una buena educacion, fueron causa de su eterna desgracia?

Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la religion cristiana; pero ¿será, por ventura, menor culpa no cuidar de que los que son cristianos vivan como manda la Religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y las madres tiene gran conexion con la salvacion de los hijos. Aquel y aquel, arreglados en su porte y en su conducta personal, que serian unos santos, si no tuvieran hijos, serán quizá condenados por el descuido en el gobierno de su familia. Aquella otra mujer seria irreprensible á los ojos de Dios, si no tuviera que responder á su Majestad de los desórdenes de aquella hija, que no cuidó de criarla con recogimiento y con temor de Dios. Heli era un hombre justo por lo que toca á su persona, pero ¿en qué abismos no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos?

No cuidar de ellos, dice el Apóstol, es renunciar la fe, y ser peor

que un infiel. El Espíritu Santo no gasta exageraciones. Y ¿será excusa legítima de los padres decir que fiaron este cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros ó de los extraños? La atencion de estos no descarga del todo á los padres de su obligacion; porque á lo mas les ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros; pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya, y si los educan bien; y aun es mas indispensable la obligacion que los estrecha á darles buen ejemplo. Mas imitan los niños lo que ven, que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no contraiga la malicia de escandalosa.

¡Qué cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres tan impíos, y aquellas madres tan poco cristianas, que apenas conocen á sus hijos, segun las pocas veces que los ven; y cuando los ven, parece que solo es para sembrar en sus corazones principios de irreligion con sus perversos ejemplos! Aquellos padres, á quienes no da mas cuidado la buena crianza de sus hijos, que si no fueran suyos, y juzgan haber satisfecho bastantemente á su obligacion con darles un maestro de escribir y otro de danzar. ¡Y después de esto nos admirarémos de que la gente moza salga tan disoluta; y de que la ira de Dios caiga sobre tantos padres negligentes, y sobre tantas madres descuidadas de la salvacion de sus hijos y de sus hijas! Este solo capítulo bastará para hacer desesperar á muchos padres y á muchas madres á la hora de la muerte.

Punto segundo.—Considera que si Dios pide tan estrecha cuenta, como dice el profeta Ezequiel (*cap.* III), á aquellos ministros mudos, ó nimiamente condescendientes, de la sangre del impío, á quien dejaron morir en su iniquidad; ¿qué cuenta pedirá á los padres descuidados en la cristiana educacion de sus hijos, que por esta negligencia fueron causa de su perdicion?

No aguarda Dios á la otra vida para castigarla. Esos trabajos, esas pesadumbres, esos pleitos, esas divisiones que se ven en las familias, que las arruinan y las aniquilan, frutos suelen ser de la mala crianza de los hijos, y justo castigo con que el Señor se anticipa á dar su merecido á la negligencia de los padres.

No se oyen por todas partes mas que amargas quejas de la desenfrenada licencia de la juventud; clámase contra la general corrupcion de las costumbres; grítase contra la disolucion, contra la irreligion de la gente jóven. Traten los padres de educar cristianamente

á sus hijos; no fien este cuidado enteramente á los extraños: autoricen su buena doctrina con sus buenos ejemplos, y presto se verá el mundo reformado. La buena educacion endereza las torcidas inclinaciones del mal genio, auxilia á la naturaleza, y sin ella los mejores talentos son tal vez infructuosos. ¿Qué producirá la mejor tierra faltándola el cultivo? Espinas y abrojos. El mejor natural bastardea, si le falta la educacion. Son los hijos unos depósitos que Dios confió á los padres: ¿no es lástima dejar estas tiernas plantas sin cultura? ¿no es crueldad, no es malicia sembrar en esta nueva tierra grano inútil ó pernicioso? Parece que muchos padres solamente lo son para trasplantar sus vicios en sus hijos.

El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, dice el Apóstol, *negó la fe, y es peor que un gentil.* ¿Libraránse de esta nota aquellos padres que apenas ven á sus hijos; aquellas madres que cuidando únicamente de sus galas, de su tocador y de sus divertimientos, abandonan la educacion de los hijos á merced de los criados?

¿De qué servirá dejar á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? A un hijo mal criado ¿qué honra le dará el mas rico patrimonio? La herencia mas preciosa que se puede dejar á un hijo es la de una buena educacion.

¡Ó Señor! ¡cuántas acusaciones, cuántos remordimientos descubro en mi corazon á la luz de estas reflexiones que acabo de hacer! ¡qué de descuidos ya con mis hijos, ya con mis criados, ya con mis súbditos, ya con todos aquellos que vos pusísteis á mi cargo! Dadme tiempo, Señor, y dadme gracia para reparar una negligencia tan culpable con una vigilancia ejemplar y cuidadosa.

Jaculatorias. —Perdonadme, Señor, los pecados personales que no conozco, y los que siendo ajenos, hice propios, por haberlos ocasionado mi descuido. (*Psalm.* xviii).

Hacedme bueno, Señor, para que yo pueda hacer tales á los que vos pusísteis á mi cargo. (*III Reg.* iii).

PROPÓSITOS.

Si á los niños se les criara en los principios y máximas de la Religion; si el padre, la madre, y aquellos que los tienen á su cargo, cumplieran con esta obligacion; si se les inclinara á la piedad desde sus mas tiernos años, creceria con la edad el horror al vicio, y seria en ellos como natural el amor á la virtud. Pero ¿qué es lo que se suele aplaudir en los niños? ¿y qué es lo que comunmente cele-

bra una madre indiscreta en una hija suya de corta edad? ¿La modestia? ¿la inclinacion á la virtud? ¿el horror al pecado? ¿unos ciertos asomos de piedad y de devocion? Estos debieran ser los frutos de sus primeras instrucciones. Pero, ¡ah! que acaso se dan lecciones muy contrarias á aquellas inocentes almas, ó á lo menos ejemplos perniciosos. Celébrase cierto despejo, cierta vivacidad anticipada en los niños y en las niñas; celébranse unos ofrecimientos ó prontitudes atrevidas; celébrase no sé qué airecillo de vanidad, de orgullo y de propia satisfaccion; unos modales desembarazados y demasiadamente libres; una cierta desenvoltura, que toca á la raya del descaro, y un gusto fino y delicado á todo lo que sabe al mundo; y apláudese el talle, la voz, la agilidad para la danza; alábanse las galas, las diversiones y las profanidades; y si tal vez se dan algunas lecciones de piedad ó de devocion, y esas muy secas, son únicamente á aquellos hijos á quienes se les destina para la Iglesia, ó para el claustro, siendo así que duran mucho las primeras impresiones, y que las primeras lecciones con dificultad se borran; por tanto sean siempre cristianas todas las que dés á tus hijos, procurando acompañarlas con dulzura y con insinuacion; pero desviándote cuidadosamente de cierta ternura excesiva, de cierta demasiada condescendencia, no menos perniciosa á los niños, que el excesivo rigor, ó nimia severidad. Nunca se reprende con fruto cuando se reprende con pasion; la destemplanza ó el furor del padre y de la madre son comunmente mas reprensibles que la falta del hijo que se pretende corregir. Y al contrario, una correccion séria, pero sosegada, rara vez se hace sin fruto. Tal vez hay algunas correcciones mudas, que son aun mas eficaces. Y en fin siempre se ha de cuidar que en la correccion entre algun motivo de religion y de piedad.

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Marco y Marceliano, hermanos, en Roma en la via Ardeatina; á los cuales en la persecucion de Diocleciano, prendió el juez Fabiano, y los mandó amarrar á un tronco, y atravesarles los piés con clavos agudos; pero como no cesasen de alabar á Jesucristo, les pasaron los costados con una lanza, y triunfantes con la gloria de este martirio volaron al reino celestial. *(Véase su vida en las de este dia).*

Los santos mártires Ciriaco y Paula, vírgen, en Málaga en España; los cuales siendo apedreados entregaron sus almas al Criador. *(Véase su noticia en las de hoy).*

San Leoncio, soldado, en Trípoli de Fenicia; el cual por mandato del prefecto Adriano padeció crueles tormentos, y consiguió la palma de mártir juntamente con Ipacio, tribuno, y Teodulo, convertidos á Jesucristo por el mismo.

San Eterio, mártir, en el mismo dia; quien durante la persecucion de Diocleciano, después de haber sufrido fuego y otros tormentos, fue degollado.

El martirio de santa Marina, vírgen, en Alejandría.

San Amando, obispo y confesor, en Burdeos.

San Calogero, ermitaño, en Sacca en Sicilia; cuya santidad resplandece especialmente en librar á los energúmenos.

Santa Isabel, vírgen, en Escomarigia; esclarecida por la observancia de la vida monástica.

SAN MARCO Y MARCELIANO, HERMANOS, MÁRTIRES.

San Marco y Marceliano, hermanos gemelos, fueron hijos de Tranquilino, caballero romano, y de Marcia, señora tambien romana, ambos muy distinguidos en Roma, tanto por su noble nacimiento, como por sus muchas riquezas. Tuvieron la desgracia de ser gentiles, y la misma tenia toda la familia; pero el Señor sacó grande fruto de tan mal terreno. Por dicha de los dos hermanos les deparó el mismo Señor un ayo cristiano, que los crió en la verdadera Religion, y sin que sus padres lo entendiesen llegaron á ser de los mas ardientes y mas celosos discípulos de Jesucristo.

Aunque ambos tenian grandes deseos de conservarse en el celibato, uno y otro se vieron precisados á casarse con dos doncellas paganas. Consolábanse con la esperanza de ganarlas algun dia para Jesucristo; y antes que con las palabras las comenzaron á predicar con su virtud, con su agrado y con sus buenos ejemplos. No se ignoraba ya en su familia la religion que profesaban; y tambien se tenia muy conocida su resolucion y su constancia. Por su prudencia y por su buen modo supieron ponerse á cubierto por algun tiempo contra los crueles edictos de Diocleciano. Asistian secretamente á los fieles, animaban á los santos confesores, socorrian todas las necesidades, y no tenia límites su caridad.

Pasaban los dias en piadosos ejercicios, y creciendo su celo conforme iba creciendo la persecucion, fueron presos por cristianos, y encerrados en un calabozo subterráneo, lóbrego y hediondo. Viéndose arrestados, fue su alegría tan grande, como indecible la consternacion de toda su familia. Habia mucho tiempo que era el martirio único objeto de toda su ambicion, esperando les concederia el Señor la gracia de derramar su sangre y dar la vida por su gloria. Por el

valor y por la constancia con que confesaron á Jesucristo en el tribunal del prefecto de Roma fueron condenados á azotes. Sufrieron este cruel é ignominioso suplicio con tanto valor, que hasta los mismos gentiles estaban asombrados. Acudió toda su familia á persuadirlos que obedeciesen los edictos de los Emperadores, ó á lo menos que disimulasen su Religion, afectando rendir algun culto á los ídolos; pero fueron inútiles sus exhortaciones. Enemiga su fervorosa fe de toda simulacion, se mantuvo siempre inalterable. Persistieron constantes en publicar á voz en grito, que la religion pagana era extravagante, infame, abominable, y que no habia ni podia haber otra verdadera que la que profesaban los Cristianos. Desesperado el juez de reducirlos, pronunció sentencia de que fuesen degollados.

Publicada esta sentencia, fue imponderable la afliccion de toda la familia. Arrojáronse todos los parientes á los piés del prefecto de la ciudad, ó de su teniente Cromacio, suplicándole suspendiese la ejecucion por algunos dias, no desconfiando de que los vencerian, y obligarian á renunciar la fe de Cristo por conservar la vida. Movido de sus ruegos y de sus lágrimas les concedió treinta dias de término, en cuyo tiempo se prometian jugar tan bien todas las máquinas, que al fin cansarian su constancia.

Por una órden expresa, signada de mano del Emperador, y firmada del prefecto, fueron entregados los dos hermanos Marco y Marceliano al alcaide mayor de la prefectura, el cual los pasó á su casa en lugar de cárcel. Aquí sufrieron los dos héroes de la Religion los combates mas poderosos que podian hacer á un corazon humano el amor, el agradecimiento y la ternura. Su padre Tranquilino, su madre Marcia, sus mujeres y sus hijos, todavía tiernos y de pecho, ya juntos, ya separados, acudieron todos á combatirlos, y no perdonaron á diligencia alguna para derribarlos. Lo mismo hicieron por su parte los amigos de ambos Santos, uniendo todas sus fuerzas para abatir aquella heróica constancia. No vió el mundo ataque mas violento, ni mas dificultoso de sostener.

Presentábase Tranquilino, anciano venerable, y sentado delante de sus hijos, les mostraba aquella cabeza toda cubierta de canas, aquel semblante todo surcado de arrugas, sin hablarles mas palabra ni acertar á explicar la grandeza de su dolor con otra voz que con el de un torrente de lágrimas sosegadas. Su madre Marcia, desgreñada y toda anegada en un descompuesto llanto, se arrojaba á sus piés, y les suplicaba que á lo menos tuviesen la piedad de quitarla la vida antes que padecer el tormento de sobrevivir á su suplicio. Resona-

ban en toda la casa los gritos, los llantos, los gemidos de sus dos afligidísimas mujeres, que teniendo los pequeñuelos hijos en los brazos, y mostrándoselos á sus maridos, les conjuraban que tuviesen compasion de aquellas inocentes víctimas. Ponianse de rodillas delante de ellos, y les decian cuanto afectuoso, cuanto tierno, cuanto eficaz pueden inspirar el amor mas encendido y el mas penetrante dolor. Los amigos mezclaban sus lágrimas con las de los parientes y de los criados, formando todos un ataque, tanto mas fuerte, cuanto mas repetido, porque cada dia volvian á la carga. Arrastraba luto toda la familia; y aquel conjunto de llantos, de gritos, de quejas, de gemidos y de objetos capaces de ablandar y deshacer el corazon mas insensible, era el espectáculo mas funesto y mas tentador que jamás se habia ofrecido á la vista; combate verdaderamente terrible, ora se considerasen todas las fuerzas unidas, ora viniesen al ataque separadas.

Por lo que toca á las razones de unos y otros, fácilmente las resistieron con vigor Marco y Marceliano; mas dificultad les costó pelear contra las lágrimas, y estorbar que no penetrasen hasta el corazon. Era á la verdad muy largo el término de treinta dias para sufrir cada uno de ellos tantos asaltos, y para hacer resistencia á tantas máquinas. Con efecto, como se emplearon contra los dos santos hermanos las mas poderosas armas que sabe afilar la ternura, los medios mas eficaces que puede aplicar el amor, los mas tiernos afectos que puede encender el excesivo amor de un padre y una madre, y los mas halagüeños artificios que sabe manejar la elocuencia natural de una esposa extremamente afligida, comenzaba á desmayar un poco su constancia; no se mostraban ya tan insensibles, y sin poderlas contener concedian algunas lágrimas á la violencia de los ataques. La tristeza del semblante y su mismo melancólico silencio daban á entender bastantemente que comenzaban á titubear, cuando san Sebastian, capitan de la primera compañía de guardias del Emperador, que todos los dias concurria á visitarlos, se declaró en su socorro muy á tiempo, y alentó aquellos ánimos vacilantes. «Pues qué, her-«manos mios, les dijo con tanto espíritu como divina elocuencia, ya «que estais cási tocando el fin de la gloriosa carrera, ¿será posible «que los gritos de vuestros hijos y de vuestros parientes os hayan de «hacer volver atrás con ignominia? Parece que sus lágrimas han apa-«gado vuestro amor de Dios y vuestra fe. ¿A dónde se fué aquella «cristiana magnanimidad que mostrásteis en los mayores tormentos? «¿Permitiréis que os arranque el laurel de la cabeza el artificioso

«llanto de vuestras mujeres, y el pueril de vuestros hijos? ¿Seréis «apóstatas por alargar algunos pocos dias mas la vida de un padre y «de una madre que ya no pueden durar mucho? ¿Ignorais que des- «de la cuna á la sepultura hay poco trecho, y desde la ancianidad á «ella cási ninguno?» Y volviéndose después á los presentes, les habló con tanta energía, con tanto ardor sobre la excelencia de nuestra Religion, sobre la dicha de dar la vida en defensa de la fe de Jesucristo; hízoles un retrato tan vivo de los bienes y de los males de la vida eterna, que no solamente fortificó á los dos hermanos en su confesion, haciéndolos invencibles, sino que convirtió al alcaide Nicostrato y á su mujer Zoe, con Tranquilino, padre de los dos ilustres Confesores, y con Marcia su madre.

No se puede explicar el gozo de los dos Santos cuando vieron convertidos en discípulos de Jesucristo á los mismos que habian hecho tantos esfuerzos para que ellos lo dejasen de ser. Hízoles san Marco un razonamiento dirigido particularmente á su padre, á su madre, á su mujer y á su cuñada, en que los exhortó á mantener constante y generosamente la fe que deseaban abrazar, sin temer cuanto el demonio podia intentar para arrancársela, despreciando, por conseguir una felicidad sin fin y sin límites, una triste caduca vida, expuesta á mil contingencias, y perenne manantial de aflicciones y de desdichas. Deshacíanse en lágrimas todos los concurrentes, mezclando el dolor de su pasada ceguedad con las gracias que rendian á Dios por haberlos sacado misericordiosamente de ella; y Nicostrato protestó que no comeria ni beberia hasta haber recibido el santo Bautismo.

Pasados los treinta dias llamó Cromacio á Tranquilino, y le preguntó si sus hijos se habian rendido, en fin, á sus paternales exhortaciones; pero quedó como atónito cuando le oyó decir que tambien él se habia hecho cristiano. Y por no repetir lo que ya dejamos escrito en la vida de san Sebastian, el mismo Cromacio siguió el ejemplo de Tranquilino, siendo uno de los mas ilustres jefes que capitaneó aquella tropa con tanto triunfo de nuestra santa Religion. Esta conversion facilitó la libertad de nuestros Santos, los que se quedaron en la ciudad con san Sebastian, socorriendo á los fieles, y alentando á los confesores.

Luego que Cromacio recibió el Bautismo renunció su empleo de teniente de prefecto, y habiéndole sucedido Fabiano, hombre cruel, y declarado enemigo de los Cristianos, renovó la persecucion contra ellos. Mandó se le trajesen todas las causas que habia dejado pendientes, ó habia suprimido su predecesor. Fueron segunda vez ar-

restados Marco y Marceliano, en los cuales, como ya estaban sentenciados á muerte, y como persistian generosamente en la confesion de Jesucristo, mandó que se ejecutase al punto la sentencia. Mostró su crueldad el nuevo juez en el género de suplicio á que los condeno, poco usado singularmente con personas de su calidad. Fueron atados á un tronco los dos santos Mártires, traspasándoles los piés con dos grandes clavos. Era el tormento de los mas dolorosos; pero en medio de serlo tanto, no fue capaz de debilitar su constancia, ni de suspender su alegría; mostrábanla en el semblante, y la manifiestaban en los devotos cánticos con que alababan al Señor, sin otro resentimiento ni otro miedo que el que se les acabase presto el padecer. Pasaron así un dia y una noche, sin que la vehemencia del dolor alterase su tranquilidad y su paciencia. Al dia siguiente, no pudiendo Fabiano sufrir mas su generosa perseverancia, mandó que les quitasen la vida traspasándolos con lanzas, y espiraron pronunciando los santos nombres de Jesús y de María el dia 18 de junio de 286. Fueron enterrados á cuatro leguas de la ciudad en un lugar que se llamaba *de las Arenas*, donde se fabricó después un cementerio de su nombre entre la via Apia y la Ardeatina. Algun tiempo después fueron trasladadas á Roma sus reliquias, las que estuvieron ocultas hasta el año de 1582, en el pontificado de Gregorio XIII, que se hallaron con el cuerpo de san Tranquilino en la iglesia de San Cosme y san Damian.

SAN CIRIACO Y PAULA, MÁRTIRES.

Las actas de estos dos esforzados adalides del cristianismo han padecido la misma desgraciada suerte que las de tantos otros que dieron su sangre en defensa de la fe que profesaban. Los tiranos, que conocian bien que la sangre derramada por Jesucristo era una fecunda semilla que producia multiplicados los frutos, llevaban su furor hasta el empeño de pretender borrar del mundo su memoria. Por este motivo hacian exquisitas diligencias para encontrar las actas de los Mártires, que paraban por lo comun en poder de los lectores de la Iglesia, y descubiertas las reducian á cenizas. Pero todas las astucias de los ministros del abismo no han podido jamás prevalecer contra los esmeros de la divina Providencia, que por modos maravillosos ha conservado la memoria de los esforzados soldados de Jesucristo. Así ha sucedido con los santos mártires Ciriaco y Paula, nobles ciudadanos de Málaga, cuya historia, deducida de varios escritos y breviarios antiguos, es como se sigue:

Los emperadores Diocleciano y Maximiano, contemplando que la seguridad de su imperio consistia en exterminar radicalmente el nombre cristiano, suscitaron una persecucion tan cruel y violenta en todas las provincias sujetas al imperio, que en el espacio de un mes dieron su vida gloriosamente por la fe diez y siete mil cristianos de todas calidades, edades y sexos; de donde se puede inferir cuán copioso é incalculable seria el número de Mártires en el tiempo de diez años que duró la sangrienta persecucion. Entre todas las provincias del mundo se señaló España, tanto por la multitud de los que derramaron su sangre, como por la atrocidad de los tormentos con que fue probada su constancia. Todas las cárceles y calabozos se veian llenos de esforzados testigos de la fe; en los tribunales de los jueces se oia publicar con fortaleza el nombre de Jesucristo; los ídolos profanos eran despreciados y escupidos en presencia de los mismos jueces y de los verdugos en el acto mismo de tener en las manos la sangrienta espada y los garfios crueles, y toda la tierra estaba empapada de arroyos de sangre, que se ofrecia valerosamente en testimonio de la verdad. Entonces fue cuando Justa y Rufina vencieron á Diogeniano en Sevilla; Enerátides y sus nobles compañeros á Daciano en Zaragoza, cuya ciudad tuvo la gloria de que sus Mártires llegasen á ser innumerables. Entonces se ilustró Toledo con el glorioso martirio de la vírgen Leocadia, que después de varios tormentos exhaló su alma purísima en los horrores de un calabozo. La noble Cómpluto fue teatro del mas tierno y admirable espectáculo que vieron los ojos de los hombres; pues en los delicados pechos de Justo y Pastor cupo la fortaleza de desafiar al tirano, yéndose á presentar desde la escuela á Daciano para afearle la crueldad con que perseguia la Religion sacrosanta; y despreciando sus caricias, sus promesas y sus amenazas, ilustrar con su sangre el campo laudable. Entonces triunfaron en Córdoba del impío Dion san Acisclo y santa Victoria, hermanos segun la carne, y á quienes la caridad los unió mucho mas en el martirio; y entonces, finalmente, entre otros innumerables que tuvo España padecieron en Málaga san Ciriaco y santa Paula, vírgen.

Llegó á esta ciudad el cruel perseguidor del nombre santo; y habiendo hecho las diligencias para descubrir los que seguian las banderas del Crucificado, halló que se distinguian entre ellos Ciriaco y Paula. Persuadido el inicuo juez que haciendo en estos un horrible castigo escarmentarian los demás, y se apartarian de una creencia que él tenia por supersticiosa, mandó prenderlos y presentarlos en su tribunal. Comparecieron los Santos, y sufrieron el interrogatorio que

era de costumbre. Es creible que el interés que tenia el tirano en seducir á dos personas, cuyo ejemplo seria muy poderoso respecto de la multitud, le moviese á hacerles grandes promesas de riquezas y de honores. Pero constantes los Santos en la fe que habian profesado en el Bautismo, se manifestaron invencibles á las promesas y amenazas. Viendo el juez que sus astucias no lograban el efecto premeditado, mandó atormentarlos con crueles tormentos, como dice Usuardo en su Martirologio en el dia 18 de junio. Todo el furor de los verdugos, y la dolorosa ejecucion de los tormentos, fue muy inferior á la gracia y fortaleza de que los Santos tenian provistas sus almas; y así, viendo el juez que nada aprovechaba, mandó apedrearlos, en cuyo tormento consiguieron la palma del martirio, que unió santa Paula á la de la virginidad.

Sucedió este triunfo cerca del año de nuestra salud de 300, y en el dia en que los celebra la Iglesia de España. Ignórase el lugar de su martirio, y el sitio en donde fueron sepultados; pero el P. Roa dice que vertieron su sangre junto al rio Guadalmedina, en donde la multitud de piedras que se encuentran daba facilidad para la ejecucion de la sentencia. Tambien afirma el dicho escritor, que en el mismo sitio es presumible hubiese estado en lo antiguo el sepulcro de estos Santos. Funda su conjetura en una antigua tradicion que hay en aquella ciudad, de haberse visto en aquel sitio en diversos tiempos unas luces milagrosas, con que parece que el cielo queria ilustrar aquel lugar dichoso en que los santos Mártires habian conseguido tan ilustre victoria. Poseida Málaga de los mahometanos, se extinguió enteramente la noticia de su sepulcro glorioso; pero siempre conservaron los fieles la memoria de estos santos Mártires, la cual resucitó por los años de 1487 en tiempo de los católicos reyes Fernando é Isabel. Estos gloriosos Monarcas, deseando librar á España del yugo de los bárbaros, proyectaron la conquista de Granada, en donde tenian reconcentradas todas sus fuerzas. Estando en Córdoba haciendo los preparativos para esta grande expedicion, fué á verse con un Padre del convento de Gerónimos de aquella ciudad, que trataba mucho con los Reyes, el santo varon Fr. Juan de Carmona. Amonestóle que dijese á la católica reina doña Isabel que hiciese voto de construir una iglesia en honor de los santos mártires de Málaga san Ciriaco y Paula, y que estuviese segura de que por su intercesion les concederia Dios una victoria completa, y la conquista de la ciudad. El Religioso dió inmediatamente cuenta á la Reina de este importante aviso, informándola de las sublimes virtudes y santidad del religioso que se

le habia dado, y asegurándola de que no podia proceder sino de superior ilustracion del cielo. La piadosa Reina asintió á la propuesta; y aunque por entonces no pensaban en la conquista de Málaga, hizo el voto á los santos Mártires, y enviaron allá el ejército, el cual se apoderó de la ciudad, y en su consecuencia de todo el reino de Granada. Dieron gracias á Dios por tan maravillosa victoria; y deseosos de que el Pastor universal de toda la Iglesia fuese participante de sus alegrías le dieron parte de todo, y principalmente del voto que habian hecho á san Ciriaco y Paula, á cuya proteccion se debia, no solamente la conquista de Málaga, sino la de todo el reino de Granada. El Pontífice romano, que era á la sazon Inocencio VIII, después de haber ofrecido á Dios las mas fervorosas gracias por ver restituida la fe y la Religion á su antiguo domicilio, escribió á los Reyes una carta expresiva, en que los certificaba que la ciudad de Málaga habia sido consagrada con la sangre de san Ciriaco y santa Paula, de la misma manera que lo habia sido Jerusalen con la del protomártir san Esteban. Edificóse el templo en honor de estos Santos, y los malagueños los tomaron por sus patronos, celebrando su fiesta con pompa muy solemne todos los años, yendo el clero, la nobleza y el pueblo en procesion al templo de los Santos, en donde manifiesta el cielo lo grata que le es esta devocion con continuos prodigios que les dispensa.

LOS SANTOS GERMAN, PAULINO, JUSTO Y SCICIO, MÁRTIRES.

Los gloriosos mártires san German, Paulino, Justo y Scicio, eran naturales de un lugar del Ampurdan en el principado de Cataluña, llamado la Pera. San German y san Paulino tuvieron por padres á Liro y Floris; san Justo y Scicio fueron hijos de Siro y de Gelida. Sucedió que estando Floris embarazada vió en sueños que de su vientre salia un gran fuego que alumbraba toda la tierra, y despertando refirió á su marido el sueño y la vision que habia tenido, de lo cual quedó muy maravillado. A su tiempo dió á luz la buena mujer á los bienaventurados German y Paulino, y contó la vision á otra mujer llamada Fecunda, que era cristiana. Esta inspirada del cielo interpretó el sueño, y le dijo: «Hija mia, este sueño que habeis tenido «os ha sido inspirado por mi Señor Jesucristo; porque os hago saber, «que estos dos hijos que teneis serán dos lumbreras de la Iglesia de «Dios. Y puesto que el Señor os hace tanta merced en descubriros este «secreto, no le seais ingrata, sino recibid el Bautismo luego para que «podais acompañarlos en el cielo.» Pudieron tanto con Floris estas

palabras, que se convirtió á la fe de Jesucristo, y pasados algunos dias murió. Muerta la madre, Liro envió sus hijos German y Paulino á casa de Gelida, tia de ellos. Algun tiempo después de este suceso, estando Gelida durmiendo, oyó una voz celestial que la llamaba por su nombre, y luego vió á su hermana Floris sobremanera hermosa y linda que le dijo: «¿Quieres, hermana, tener la belleza que ves «en mí? acude al sacerdote Esteban que está no muy léjos de aquí, «y él te dirá lo que has de hacer para conseguir hermosura perfecta.» El lugar donde estaba entonces el siervo de Dios Esteban, se llama ahora Nuestra Señora de los Angeles. Despertando Gelida y admirada de lo que en el sueño habia visto, púsose en camino sin saber á dónde iba, sino que el Señor, por cuya voluntad aquellas cosas se hacian, la condujo hasta el lugar donde vivia dicho sacerdote; el cual viendo venir á Gelida, inspirado por el Espíritu Santo, entendió el motivo por qué iba, y comenzó á explicarle la vida de Jesucristo, su muerte y otros artículos de la fe. Permaneció Gelida con el santo varon por espacio de tres dias, ayunando, haciendo oracion y oyendo sermones, y luego recibió el Bautismo, quedando tan inflamada en el amor de Dios, que puso en olvido todas las cosas del mundo.

Liro por este tiempo, marido de la difunta Floris y cuñado de la Gelida, casó con una prima hermana de su primera mujer, llamada Florencia, de la cual tuvo otros dos hijos, uno muy hermoso, y otro leproso, flaco y muy desmedrado. Gelida dijo: «Hermana mia, si tu «supieras el misterio que Dios ha obrado contigo, verias que tienes «mas ocasion de alegrarte que de entristecerte; porque en darte Dios «este hijo tan asqueroso entiende que ha querido significarte cuán «sucia y asquerosa es la ley de la gentilidad que tú profesas. Y si tu «quieres que alcance salud, cree en Nuestro Señor Jesucristo; tú y «tus hijos recibid el santo Bautismo, y verás las maravillas del Se«ñor.» Tras estas razones le refirió todo cuanto habia oido y visto del sacerdote Esteban; y siendo inspirada Florencia por la gracia del Espíritu Santo, rogóla que enviase inmediatamente por el dicho sacerdote Esteban.

Vino, pues, el santo sacerdote á casa de Florencia, y en ella estuvo por espacio de seis meses, enseñándole la fe, y luego dió el Bautismo á ella y á sus dos hijos. Quiso aquí la divina Majestad mostrar una gran maravilla, porque luego que el hijo leproso fue bautizado, curó de su enfermedad. De lo cual tomó Florencia motivo de amar al Señor con mayor fervor, y pidió que la dejasen oir misa. Fuele con-

cedido, y estando celebrándola el sacerdote, al levantar la sagrada hostia, German y Paulino vieron por los resquicios de la puerta á Jesucristo Salvador nuestro en sus manos, y luego comenzaron á dar voces, y con grande priesa entraron al aposento que les servia de iglesia, y acabada la misa, recibieron el Bautismo. Después que el ministro hubo acabado la misa y bautizado los dichos santos mancebos, estando hablando con Florencia, mientras Gelida andaba ocupada en los quehaceres domésticos, llegó su marido, y hallándola sola con aquel eclesiástico, movido de irreflexivos celos y lleno de cólera, tomó la espada y quísole matar. Pero mostró entonces Dios su poder, pues el dicho hombre quedó allí rabiando y sin poder moverse. Entonces Gelida y Florencia se postraron delante el altar de Nuestra Señora rogando á Dios que le quisiese remediar. Acabada la oracion vinieron á donde estaba Liro mostrándole á su hijo curado de la lepra, y dijéronle: «Si tú crees en Jesucristo y recibes el Bautismo recobrarás la salud.» Viéndose Liro atormentado de aquella manera, dijo: «Yo creo en Jesucristo, y quiero ser bautizado;» y quedo al instante curado. Avisado de esto Esteban, acudió allí y lo bautizó.

Después Gelida se fué á su casa con su marido Siro, el cual hallándola un dia en la cámara haciendo oracion, y entendiendo que era cristiana, tomó un cuchillo para degollarla. Pero al punto le apareció el Ángel del Señor en figura de niño, con gran claridad, y echó á Siro en tierra, de tal suerte que toda la noche estuvo fuera de sí. Venida la mañana Gelida llamó á su prima Florencia, y á Liro marido de esta, y ellos entendiendo el caso pasaron á visitar á Siro, que estaba como muerto; mas dispertando luego llamó á su mujer, y en presencia de todos los que allí estaban, dijo lo que habia visto, y muy espantado le pidió perdon, y diciendo que queria ser cristiano, recibió el Bautismo.

Los santos cuatro mancebos German, Paulino, Justo y Scicio, llegando á edad competente se aficionaron á la albañilería, entretalladura y mazonería, en cuyas artes salieron tan aventajados, que eran muy conocidos por su superioridad; porque de mazonería y entretalladura hacian estatuas muy primorosas así en piedra como en madera. Muertos ya sus padres, perseveraron viviendo juntos y sin casarse, dándose todos á Dios; y merecieron tanto delante de él, que por ellos hizo muchos milagros. Entre otros aconteció que labrando una casa en el lugar dicho Ultramort, un peon de los que ayudaban al edificio cayó, y se quebró los brazos y piernas de tal suerte, que no habia esperanza que viviese. Viendo los Santos al pobre hombre

con tanta necesidad, acudieron luego á él, y levantándole de la tierra, é invocando el nombre de Dios lo curaron de tal suerte, como si nunca tuviera enfermedad alguna. Acabada la obra, fueron á Flassa, y entrando en el lugar, vieron un sordo y mudo de su nacimiento, los cuales teniendo compasion de él, acercáronsele, y tocándole las orejas y la lengua le dijeron: «Hombre, oye y habla, y da gracias «á Dios.» Y luego el mancebo cobró el oido y la palabra, bendiciendo al Señor.

Comenzóse á divulgar la fama de este hecho por toda la villa de Flassa, y nuestros Santos queriendo huir las alabanzas de los hombres, se fueron á la villa de Monells. Llegados á ella hallaron un hombre endemoniado, é invocando el nombre de Jesucristo sobre él, le curaron, dejándole bueno y sano. Viendo los gloriosos Santos que allí tambien se divulgaba su fama, fueron á Gerona, y llegando a una de las puertas de la ciudad, hallaron un hombre viejo y cojo que pedia limosna; acercándose á él le dijeron: «En nombre de Jesu- «cristo levántate y camina; » y luego el hombre se levantó y fué tras ellos.

Imperaban entonces Diocleciano y Maximiano, cruelísimos enemigos de Jesucristo, los cuales enviaron el presidente Daciano á España, para que persiguiese á los Cristianos. Llegado este tirano á Gerona, prendió á san Félix, que habia venido de Ampurias, y entrególe á Rufino su teniente, aunque algunos autores dicen que no le prendió Daciano sino el mismo Rufino, enviado por aquel desde Valencia. Pidió Rufino si se hallarian en Gerona oficiales de mazonería y entretalladura para hacer ciertos dioses de madera ó piedra. Y como la habilidad de los santos Artistas era bien conocida, Rufino los llamó, diciendo: «Tengo entendido por fama ser vuestra habili- «dad grande, y así os he llamado para que me hagais ciertos dioses «del pueblo romano, á los cuales quiero que adoren todos los hom- «bres y mujeres.» Respondió el glorioso san German en nombre suyo y de todos los otros, y dijo: «Todos los dioses de los gentiles son de- «monios, porque no hay sino un Dios que ha hecho el cielo y la tier- «ra. Yo me maravillo que nos digas que hagamos tus dioses; porque «si nosotros los hiciéremos, mejores serémos que ellos, pues es claro «que el factor es mejor que la hechura. Conoce, ó Rufino, á Dios, «criador del cielo y de la tierra, que por su gran misericordia ha en- «viado á su Hijo, el cual nació de María Vírgen, ha padecido por los «pecados de los hombres, y este es el Rey de los reyes, y Señor de «los señores.» Oyendo esta respuesta Rufino, mandó que los echa-

sen en la cárcel, y que estuviesen en ella sin comer, para que de esta manera acabasen la vida por hambre, mandando á las guardias que tuviesen gran cuenta no se les diese cosa alguna. Pero el Ángel del Señor vino á la misma cárcel, y los consoló con palabras de mucho amor y esfuerzo, diciendo: «Caballeros de Jesucristo, no temais. «porque el omnipotente Dios no os dejara;» y habiéndoles dado consuelos desapareció.

Pasados ocho dias fueron presentados delante de Rufino, quien mandó que los desnudasen y azotasen con pelotas de plomo, y que les volviesen de nuevo á la cárcel, en la cual aparecióseles otra vez el Ángel del Señor para darles consuelo y esfuerzo, y les curó las llagas. El dia tercero Rufino los hizo traer delante de él y habló les con palabras blandas, diciendo: «¿Para qué quereis morir por el «Crucificado? Dejad á Cristo y negadlo adorando nuestros dioses, «porque yo os haré grandes en la tierra, y haré tambien que todos «os honren.» Entonces los santos Mártires todos á una voz respondieron: «Ó miembros de Satanás, adorad vosotros vuestros dioses, «que nosotros creemos en Jesucristo, y nunca adorarémos otro Dios «sino á él.»

Viendo Rufino la constancia de los Santos, hizo traer un tribunal delante del portal de la Valltenebrosa, y sentado en él, dió la sentencia siguiente: Á German que decia que Dios era Padre omnipotente, y su Hijo unigénito, le quebrasen la cabeza con una piedra y martillo; á Paulino que decia que Cristo habia muerto en una cruz, fuese degollado; á Justino que afirmaba que Cristo era cabeza de la Iglesia, le cortasen la suya; y a Scicio que decia que Cristo nuestro bien envió el Espíritu Santo sobre sus Apostoles en lenguas de fuego, fuese quemado.

Pronunciada ya la sentencia, los Mártires dieron gracias al Señor que les habia hecho merecedores no solamente de padecer trabajos por su amor, sino tambien de dar por él la vida. Y estando los sayones ejecutando la cruel sentencia, fue oida una voz del cielo acompañada de un gran trueno, que dijo: «Preciosa y dichosa es delante «del Señor la muerte de sus Santos.» Oyendo esto Rufino se espantó tanto que cayó en tierra postrado, y temblando con gran temor entró dentro del portal, mandándole cerrar á piedra y cal de tal suerte, que de entonces acá no se ha abierto, y el pueblo huyó á sus casas.

Algunas mujeres devotas vinieron de noche, y tomando los sagrados cuerpos de los Mártires sepultáronlos en la iglesia de Nuestra Se-

ñora fuera de los muros de la ciudad, donde es ahora la iglesia de San Félix, poniéndolos en sepulturas de piedra mármol, y haciendo en cada sepulcro su letrero, que declaraba quién era el que estaba allí sepultado. Fue este martirio por los años del Señor de 300.

Algunos siglos después Carlomagno conquistó de los moros la ciudad de Gerona, é hizo de su mezquita iglesia catedral, al cual entonces fue revelado que los dichos santos cuatro Mártires estaban sepultados en la iglesia de San Félix; y el devotísimo Príncipe hizo traer sus santas reliquias á la iglesia catedral y ponerlas con reverencia en el altar de Nuestra Señora.

Pasados después muchos años, el venerable Arnaldo de Monrodon, canónigo de la Seo de Gerona, hizo una capilla en honor de estos benditos Mártires con sepulcros para cada uno de ellos, y en ella fueron trasladados sus sagrados cuerpos, donde instituyó un beneficio; y por esto fué á Roma, de donde trajo esta historia.

Grandes son los favores que estos bienaventurados alcanzan de Dios para sus devotos. Roguémosles que nos alcancen de su divina Majestad que acertemos en servirle en esta vida, para que en la otra gocemos de su gloria. Celébrase su fiesta en Gerona el lunes después de la Santísima Trinidad, y nómbranles en las colectas de la misa y oficio divino. *(Doménech, historia de los Santos de Cataluña).*

La Misa es en honor de los santos Marco y Marceliano, y la Oracion la siguiente:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus; ut qui sanctorum martyrum tuorum Marci et Marcelliani natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus eorum intercessionibus liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que pues celebramos el nacimiento al cielo de tus santos mártires Marco y Marceliano, seamos libres por su intercesion de todos los males que nos amenazan. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v de la de san Pablo á los Romanos.

Fratres: Justificati ex fide, pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum: per quem et habemus accessum per fidem in gratiam, in qua stamus et gloriamur in spe gloriae filiorum Dei. Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatio patientiam operatur: patientia autem probationem, probatio vero spem,

Hermanos: Justificados por la fe, tengamos paz con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo; por el cual tenemos acceso en virtud de la fe á esta gracia, en la cual estamos constantes, y nos gloriamos con la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. No solo esto, sino que nos gloriamos tambien en las tribulaciones: sabiendo que la tribulacion produce la paciencia, la pa-

spes autem non confundit: quia charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.

ciencia el exámen, y el exámen la esperanza, la esperanza después no confunde; porque la caridad de Dios se derramó en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado.

REFLEXIONES.

La esperanza nace de la fe, y la caridad es inseparable de la verdadera fe y de la verdadera esperanza. El que verdaderamente cree, espera; el que verdaderamente espera y cree, ama. La luz de la fe nos descubre en Dios un poder tan ilimitado, una bondad tan infinita, una felicidad tan llena y tan sobreabundante, con una infalibilidad tan esencial y tan caracterizada, que no parece posible tener fe viva, y no amar á Dios sin reserva; como tampoco lo parece amarle con perfecta caridad, sin esperar de su bondad con firme confianza los bienes que nos tiene prometidos, y que Jesucristo nos mereció: cuales son la salvacion eterna, y aquellas gracias y auxilios que nos son necesarios para llegar á este dichoso término. La esperanza dudosa ó poco firme, es señal de una fe medio apagada; el que ama poco, espera menos. Es la fe el fundamento del edificio; nunca flaquea sin que el edificio se resienta; la fe sin obras es muerta, y el justo vive de la fe. Si queremos tener una justa idea de lo que creemos, no hay mas que examinar lo que obramos; al paso que se fueren estragando nuestras costumbres, experimentarémos que se va disminuyendo nuestra fe. Ninguna cosa fomenta mas, ni aun tanto, la esperanza, como la inocencia y la piedad. Quien desea animar su confianza, avive su fervor; las misericordias del Señor y su bondad hacen mas impresion en una conciencia pura; altérase la fe en estragándose el corazon.

La esperanza no engaña ni confunde: *Scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est:* sabed, hijos mios, dice el Espíritu Santo por el Eclesiástico, que ninguno esperó jamás en Dios que fuese confundido en su esperanza. *Quis enim permansit in mandatis ejus, et derelictus est?* Porque ¿quién permaneció constante en la observancia de sus mandamientos que jamás se viese desamparado? La misma proposicion ó el mismo desafío pudiéramos hacer nosotros; pero nuestra infidelidad confunde y hace vana nuestra esperanza. Esta es la que mas consuela á un cristiano; ella suaviza los trabajos de esta vida; ella sostiene nuestra paciencia; ella nos alienta en las adversidades, sufriéndolas con alegría, cuando se pone la vista en el premio que

nos espera. Hay tan poca proporcion entre el salario y el trabajo, entre la gloria del triunfo y la ligereza del combate, entre el camino y el término, que con mucha razon podemos decir con san Pablo: *Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis:* ninguna proporcion tienen los trabajos de esta vida temporal y caduca con la gloria que nos espera en la eterna. Derrámese el amor de Dios en nuestros corazones, y fácilmente comprenderémos este oráculo. Al que ama á Dios todo se le hace fácil.

El Evangelio es del capítulo XI *de san Lucas.*

In illo tempore dicebat Jesus scribis et pharisaeis: Vae vobis qui aedificatis monumenta prophetarum, patres autem vestri occiderunt illos. Profecto testificamini quod consentitis operibus patrum vestrorum: quoniam ipsi quidem eos occiderunt, vos autem aedificatis eorum sepulcra. Propterea et sapientia Dei dixit: Mittam ad illos prophetas, et apostolos, et ex illis occident, et persequentur, ut inquiratur sanguis omnium prophetarum, qui effusus est à constitutione mundi à generatione ista, à sanguine Abel usque ad sanguinem Zachariae, qui periit inter altare et aedem. Ita dico vobis, requiretur ab hac generatione.

En aquel tiempo decia Jesús á los escribas y fariseos: Ay de vosotros que edificais monumentos á los profetas, y vuestros padres fueron aquellos que los mataron. Ciertamente dais testimonio de que consentís en las obras de vuestros padres; porque ellos quitaron la vida á los profetas, y vosotros les edificais sepulcros. Por eso la sabiduría de Dios dijo: Yo les enviaré profetas y apóstoles, y á unos matarán, y á otros perseguirán para que se pida cuenta á esta generacion de la sangre de todos los profetas que se derramó desde el principio del mundo; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Y así os digo que se pedirá cuenta á esta generacion.

MEDITACION.

De la falsa conciencia.

Punto primero.—Considera que la conciencia, hablando propiamente, es aquella aplicacion de la ley que cada uno se hace á sí mismo. Esta aplicacion de la ley de Dios cada cual se la hace segun sus fines, segun sus alcances, segun el carácter de su entendimiento, y muchos segun los secretos movimientos, la inclinacion y la actual disposicion de su corazon. De aquí nace que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun, que formarse en el mundo una falsa conciencia, una conciencia conforme á sus deseos, arreglada á sus intereses; y esto es lo que estraga las costumbres, y lo que necesariamente desordena la conciencia. Considerado el órden de las cosas, que es el

órden de Dios, la conciencia debia ser la regla de los deseos, y no los deseos la regla de la conciencia; pero esta es la ilusion y la iniquidad á que estamos sujetos: en lugar de arreglar los deseos por la conciencia, hacemos conciencia de los mismos deseos, y porque aquella se funda en estos, todo lo que deseamos y queremos nos parece justo y bueno: *Quodcumque volumus bonum est;* y pasando adelante el error, tal vez nos parece perfecto y santo: *Et quodcumque placet sanctum est.* El entendimiento es el juguete del corazon, y nosotros lo somos de nuestra falsa conciencia. No se consulta ni la ley de Dios, ni el Evangelio; todo se pesa en nuestra balanza, y todo se juzga en nuestro tribunal; queremos que sean las cosas aquello que quisiéramos que fuesen; lo mas falso, lo mas inicuo y lo mas condenable, á fuerza de quererlo, es para nosotros lo mas cierto, lo mas justo, lo mas meritorio y lo mas perfecto. ¿De dónde viene este desórden del corazon? De que no se consulta á la razon, ni mucho menos á la Religion y á la fe, sino á la pasion; solo se da oidos á la voz de los deseos y del interés; este solo oráculo se respeta. De aquí nace el ahogarse los mas vivos remordimientos de la conciencia; por vivos que sean, le sobran fuerzas á la concupiscencia para sufocarlos. En apoderándose el amor propio ó la pasion del tribunal de la conciencia, todos los pleitos, todas las dudas se declaran en su favor. Este es el orígen de aquellas repentinas mudanzas que asombran; de aquellos caprichos, de aquella dureza de juicio, de aquella obstinacion en el propio dictámen, que dan tanto que hacer; de aquellos desvaríos en puntos de fe que nos arrancan tantos suspiros. Apenas hay heresiarca, cuyos errores no hayan dimanado de este principio; ni los herejes fomentan los suyos sino por medio de estas falsas conciencias. De ellas nacen los descaminos de tantos hombrecillos testarudos, y de tantas mujerzuelas alucinadas; búsquese el orígen, y se hallará que fue la concupiscencia, la ambicion, la pasion y el interés. Buen Dios, ¿qué tribunal hay mas comun el dia de hoy que el de la falsa conciencia?

Punto segundo.—Considera que no hay cosa mas perniciosa ni mas digna de temerse que la falsa conciencia. Todo error es peligroso, singularmente en materia de costumbres; pero no le hay mas perjudicial ni de mas funestas consecuencias, que el que inficiona el principio ó la regla de las mismas costumbres, que es la conciencia: *Si tus ojos no están claros,* dice el Salvador, *todo tu cuerpo andará en tinieblas.* Los ojos de que habla el Señor no son otros que la concien-

cia que nos alumbra, que nos guia, y que gobierna nuestras acciones. Si esta conciencia, que es el farol de nuestra alma, viene á apagarse, ó en parte á oscurecerse, necesariamente hemos de dar muchos traspiés. Con una falsa conciencia no hay mal que no se cometa, y se comete con toda seguridad; esto es, sin esperanza de remedio.

Considera hasta dónde pueden y suelen llegar los desórdenes de una conciencia ciega y presuntuosa desde el mismo punto que se mete á ser conciencia. ¿Qué delitos no excusa? ¿qué maldades no colorea? Cuando la conciencia va de acuerdo con el amor, con la inclinacion á los pasatiempos, con la ambicion, con la concupiscencia: cuando se forma por la animosidad, por el despique y por el odio: pervertida por una parte, y presumida de conciencia por otra, todo lo emprende, á todo se arroja, todo lo encubre, todo lo santifica, y todo lo permite. ¿Quién podra poner límites á la pasion, cuando esta no tiene freno? ¿cuando la autoriza hasta la misma conciencia? La falsa conciencia es un abismo sin suelo: *abyssus multa*. Pero ¿quién podrá salir de este abismo? No hay voz que grite, no hay trueno que espante: por el contrario, la misma conciencia sosiega, asegura, tranquiliza, adormece, amodorra, y hace que tengamos por enemigos de nuestra quietud todo lo que nos despierta, todo lo que nos inquieta, todo lo que nos perturba. ¡Ó santo Dios, y qué cosa tan terrible es una falsa conciencia en paz y en calma! A esto tira ella. No hay estado mas infeliz, no hay desdicha mas digna de temerse: el hombre mas disoluto, el pecador mas impío, esos son los mas tranquilos, los que menos sienten el peso de su iniquidad. Los remordimientos de una conciencia recta y verdadera dejan alguna esperanza al arrepentimiento y á la penitencia; pero la falsa conciencia tiene al pecador tan contento de sí mismo, tiénele sepultado en tan espesas tinieblas, que nada es capaz de abrirle los ojos para conocer que se descamina y que se pierde; esta funesta calma hace irremisible su mal. Los judíos erigian magníficos mausoleos á los profetas, á quienes sus mismos padres habian quitado la vida, y creian hacer gran servicio á Dios persiguiendo á los hombres justos. ¡Ó Dios mio, cuántas conciencias hay *cauterizadas*, segun la frase de la Escritura! ¡cuántos sistemas de conciencia, á cuya sombra reinan las pasiones, se fortifican los errores, y se estraga el corazon!

No permitais, Señor, que me suceda esta desgracia; venga sobre mí cualquiera otro castigo, antes que el de estas desdichadas tinieblas. ¿Cuáles han sido hasta aquí mis caminos ó mis descaminos? ¡Cuántas veces quise autorizar mis desvaríos, y calmar mis remor-

dimientos, sufocando las luces de vuestra gracia! Haced, Señor, que estas se vuelvan á encender en mi alma; concededme este favor, pues ya no quiero otra regla de mi conducta que la de vuestra santa ley.

Jaculatorias.—Guíame, Señor, por el camino de tus santos mandamientos, y entraré derecho por el de la verdad y la justicia. (*Psalm.* LXXXV).

Haced, Señor, que jamás pierda de vista vuestra santa ley. (*Matth.* XX).

PROPÓSITOS.

1 Desde hoy has de procurar comprender bien los funestos efectos de una conciencia errónea, sea en materia de fe, sea en materia de costumbres; es un manantial de aguas emponzoñadas que comunica su veneno á todos los arroyos que salen de él, siendo el mal tanto mayor, cuanto hace menos ruido. Se yerra, se descamina groseramente con tranquilidad; se peca contra las mas sagradas leyes de la Religion; y falta poco para que no se juzgue meritorio el odio y la venganza que se abriga en el corazon, y aun se comunica á las acciones, juzgando meritoria la ambicion, la vanidad, la profanidad, la dureza y la avaricia. ¡Cuántos viven amodorrados con una falsa seguridad en medio del error! ¡cuántos retienen los bienes ajenos, ó usan mal de los propios! ¡cuántos pasan la vida en comunicaciones ilícitas, en diversiones peligrosas, en una ociosidad nada cristiana al abrigo de una falsa conciencia! Cita desde luego á la tuya ante el tribunal del Evangelio: pues ella juzga de todo, bien es que de cuando en cuando sea tambien juzgada; y supuesto que tienes una regla segura de la fe y de las costumbres, examina con sinceridad si te has desviado de esta regla.

2 Desconfia de tu propio juicio; mira que está muy expuesto á ser corrompido por el amor propio y por las pasiones. Consulta con un santo y sabio director, y en su compañía examina si tus ideas, tus máximas y tu conducta se conforman con las máximas del Evangelio. ¿Es muy pura tu fe? ¿No te dejas llevar de algunas falsas preocupaciones, siguiendo cierto espíritu de parcialidad? ¿Ríndeste á las decisiones de la Iglesia con una sumision entera, humilde y universal? ¿No son alguna vez tus pasiones la regla de tus costumbres? Esa insaciable avaricia, esa dureza intratable, ese espíritu de venganza, esa sensualidad, esa delicadeza, ese apetito á la libertad, ¿son pruebas de una conciencia muy recta? Júzgate desde luego sin pie-

dad, y no esperes á que venga la muerte á ponerte de par en par las maldades de tu conciencia.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

Santa Juliana de Falconieri, vírgen, en Florencia; fue fundadora de las religiosas de la Órden de los Siervos de la Vírgen María en dicha ciudad, á la cual canonizó el papa Clemente XII. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Gervasio y Protasio, hermanos, en Milan: Gervasio por mandato del juez Astasio fue azotado con cordeles emplomados hasta que espiró; Protasio después de ser apaleado, fue degollado. San Ambrosio halló por divina revelacion los cuerpos de estos Santos bañados todavía en sangre, y tan enteros como si en aquel mismo dia hubiesen padecido; en su traslacion recobró la vista un ciego con el contacto de las andas en que los llevaban, y sanaron tambien muchos endemoniados. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Ursicino, mártir, en Ravena; el cual después de haber padecido crueles tormentos en tiempo del juez Paulino, perseverando constante en confesar á Jesucristo, consumó el martirio habiéndole degollado.

San Zósimo, mártir, en Sozópoli; el cual en la persecucion de Trajano, habiendo padecido acerbos tormentos por decreto del presidente Domiciano, fue degollado, y pasó victorioso al Señor.

Los santos mártires Gaudencio, obispo, y Culmacio, diácono, en Arezo en Toscana, víctimas del furor de los gentiles en tiempo de Valentiniano.

San Bonifacio, mártir, discípulo de san Romualdo, en el mismo dia; al cual envió el papa á la Rusia á predicar el Evangelio, en donde después de pasar por encima del fuego sin recibir ningun daño, bautizó al rey y al pueblo, y últimamente muerto á manos de una hermana del rey que estaba enfurecida contra él, recibió la corona del martirio que siempre habia deseado.

San Romualdo, anacoreta, en Ravena, padre de los monjes Camaldulenses; el cual restableció y extendió en Italia la disciplina eremítica, que estaba ya muy relajada; el dia 7 de febrero se hace tambien conmemoracion de este Santo. *(Véase su vida en las de dicho dia VII de febrero).*

SAN GERVASIO Y PROTASIO, MÁRTIRES.

Todo lo que sabemos de estos dos gloriosos Mártires, primicias de la iglesia de Milan, y tan célebres en toda la Iglesia de Dios desde el cuarto siglo, se lo debemos á san Ambrosio.

San Gervasio y Protasio, gemelos y naturales de Milan, fueron hijos de san Vidal mártir, y de santa Valeria, que volviendo de Ravena á donde habia ido á enterrar el cuerpo de su santo esposo, cayó en manos de una tropa de gentiles, á una legua de Milan, que hacian sacrificios al dios Silvano. Quisieron obligarla á que los acompañase en aquellas sacrílegas ceremonias; pero negándose la Santa

con resolucion, diciendo á gritos que era cristiana, allí mismo recibió luego la palma del martirio.

No podian menos de ser virtuosos los hijos de unos padres tan santos. Sirvió como de basa á la eminente perfeccion á que los elevó la divina gracia, la santa educacion que debieron á estos. Como nacieron poco tiempo después que nació la misma Iglesia, estaban animados con el fervor de los primitivos cristianos, y desde su infancia se distinguió en Milan su celo por la fe de Jesucristo.

Eran ambos mozos galanes y airosos, de una estatura prócer, haciéndose respetar hasta de los mismos gentiles por su inocencia y por su virtud. Pasaron su juventud en una vida de mucha edificacion, ejercitándose en obras de caridad cristiana. Habiendo heredado grandes riquezas por la gloriosa muerte de sus santos padres, determinaron hacer á Jesucristo heredero de ellas, repartiéndolas entre los pobres. No es fácil decir lo mucho que aprovechó esta generosa caridad á los fieles de Milan, ni las muchas familias pobres que se sustentaron á expensas de ella durante la persecucion que los idólatras excitaron contra los Cristianos; pero los que hacian tanto bien á los extraños, no se olvidaron de los propios: dieron libertad á todos sus esclavos; y habiendo proveido á sus necesidades, se retiraron á un cuarto, para dedicarse únicamente á la oracion, á la leccion de libros espirituales, y al ejercicio de todas las virtudes. Ocupados únicamente en solo Dios y empleados en servirle, pasaron diez años en aquella dulce soledad, viviendo mas como Ángeles que como hombres, y en medio de una populosa ciudad, haciendo, por decirlo así, un como diseño de aquella vida solitaria que con el tiempo habia de santificar á los desiertos. Era contínuo su ayuno, sirviéndoles de nueva penitencia el poco alimento que tomaban una sola vez al dia.

Sepultados en su retiro, solo tenian comunicacion con el cielo, pasando en oracion los dias y las noches, sin que apenas la interrumpiese el corto sueño que tomaban; y con una vida tan pura, tan fervorosa y tan penitente consiguieron del Padre de las misericordias la gracia que le pedian todos los dias de derramar su sangre por Jesucristo.

Aunque se habian hecho cási invisibles á los ojos de los hombres por su vida retirada, los rayos de su virtud no dejaban de penetrar por entre las sombras de aquella misma oscuridad. Todos los reconocian por cristianos; pero la mucha veneracion que profesaban á su vida ejemplar, hizo que los dejasen tranquilos. Con todo eso no duró mucho la calma. Transitando por Milan el conde Astasio, gene-

ral del ejército del Emperador contra los marcomanos, pueblo de la antigua Germania, fueron acusados los dos hermanos ante él. Presentáronsele los sacerdotes de los ídolos, y le dijeron, que si queria volver victorioso y entrar triunfante en Roma, obligase á los dos hermanos Gervasio y Protasio, ambos cristianos, á que sacrificasen á los dioses; sin cuya diligencia desde luego le anunciaban la entera y total rota de su numeroso ejército.

Atemorizado el General con aquellas amenazas, hizo venir á su presencia á los dos Santos, quedando admirado y aun compadecido cuando vió aquellos cuerpos extenuados, y sobre todo cuando observó su modesta gravedad y compostura. Hablóles al principio con mucho agrado, y les dijo tenia entendido que eran dos almas muy gratas á los ojos de los dioses protectores del imperio, por lo que habia resuelto llevarlos consigo al templo para que les ofreciesen sacrificios, rogándoles que bendijesen sus armas, haciendo gloriosa y feliz su expedicion. «Señor, le respondió Gervasio, dadme licencia para re- «presentaros que equivocais mucho los medios, si pretendeis conse- «guir ese fin. ¿A quién os dirigís, ni á quién ofreceis sacrificios? ¿qué «poder han de tener unos ídolos de metal ó de madera, que el fuego «los consume, y el tiempo los acaba? No ignorais, solo con no nega- «ros á la luz de la razon, que todos vuestros dioses juntos no valen «tanto como el mas vil de los hombres. ¿Quereis conseguir segura- «mente la victoria? Pues enderezad vuestros cultos al Dios de los ejér- «citos, que es el Dios de los Cristianos, y tambien el vuestro, puesto «que ni hay, ni puede haber otro Dios, criador del cielo y de la tier- «ra, dueño soberano de los imperios, y único árbitro de nuestra suer- «te. Este solo es el que puede daros la victoria, y a solo él se la de- «beis pedir.»

Sorprendió tanto al Conde este discurso, que al principio quedo como cortado; pero acudieron luego á irritarle los sacerdotes de los ídolos, no menos que las sediciosas voces del pueblo, el cual gritaba tumultuosamente, que si no se vengaba en caliente aquella gran blasfemia contra los dioses inmortales, amenazaba un terrible azote del cielo á la ciudad de Milan y á todo el imperio romano. Encendido Astasio en cólera, mandó azotar tan cruelmente á Gervasio con plomadas, que consumido ya al rigor de sus penitencias, rindió el alma en el mismo suplicio.

Pero como el Conde quisiera mas hacerles apostatar que quitarles la vida, no perdonó á diligencia alguna para persuadir á Protasio que por lo menos le acompañase hasta el templo, donde él iria y ofre-

ceria el sacrificio. Negóse á esto el santo mancebo generosamente, representándole con respeto, pero con resolucion, que no consistia la dicha del hombre en vivir, pues todos habian nacido sentenciados á la muerte, sino en conocer y en servir al verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra; que conocia bien no era muy de su gusto este discurso, pero que él ni podia disimular la verdad, ni debia hacer traicion á su conciencia; y que aun se atrevia á decir, que mas temia el conde Astasio á Protasio, que Protasio al conde Astasio, atento á que este temia perder la batalla si Protasio no ofrecia á los dioses un sacrílego sacrificio. Irritó furiosamente al General un discurso tan cristiano, pronunciado con modestia, pero con resolucion, y mas habiéndose imaginado que la cruel muerte de Gervasio tendria intimidado á su hermano. Díjole, lleno de cólera, que era tan insensato como aquel, y añadió: *Ya que quieres perecer, perecerás.* A que replicó Protasio: *No pereceré si tengo la gloria de morir por mi divino Maestro, porque el martirio es el camino mas seguro para la vida eterna. Solo moriré con el sentimiento de ver te quedas idólatra: compadéceme mucho tu desgracia, y no puedo menos de llorar tu ceguedad.* Conoció Astasio que iba blandeando su corazon, y temiendo que acabase de vencerle, resolvió deshacerse de él cuanto antes; por lo que mandó que luego le cortasen la cabeza, lo que se ejecutó al instante, habiendo sucedido esto hácia la mitad del primer siglo. Quedaron los dos santos cuerpos un dia entero expuestos á los ojos del público, y después fueron arrojados en un muladar, de donde un gran siervo de Dios, llamado Filipo, acompañado de su hijo los retiró secretamente de noche, los colocó en un sepulcro de mármol, escribió en un papel todo lo que acabamos de referir, puso el escrito debajo de la cabeza de los Santos, y después enterró el mismo sepulcro. Mas de trescientos años estuvo oculto este precioso tesoro, hasta que en el de 386 permitió Dios que los mismos santos Gervasio y Protasio se le revelasen á san Ambrosio, cuando el Santo se estaba disponiendo para dedicar la iglesia de Milan, que después se llamó la Basílica Ambrosiana, y hoy se llama San Ambrosio el Grande. Las palabras con que el mismo Santo refiere este suceso en la carta que escribió á su hermana santa Marcelina, son las siguientes:

« Disponiéndome yo para dedicar la nueva iglesia que hice cons-« truir en Milan, mostró el pueblo grandes deseos de que celebrase « esta funcion con la misma solemnidad con que habia dedicado la de « los Santos Apóstoles, cuando coloqué en ella sus reliquias. Respondí «que condescenderia gustoso con lo que deseaba, con tal que hallase

«reliquias de algunos Mártires que colocar ; y en aquel mismo punto «sentí no sé qué movimiento interior, que me pareció como presagio «de lo que después habia de suceder. Habiéndome hecho Dios la «gracia de que ayunase la cuaresma, pasándola en oracion con los «fieles, un dia me sentí cargado de sueño, y comenzaba ya á dor- «mirme, cuando despabilándome de repente, ví delante de mí dos «mancebos vestidos con una ropa talar, y cubiertos con un manto ó «capa de extraordinaria blancura, pareciéndome que los dos estaban «haciendo oracion. Desperté perfectamente, y desapareció la vision. «Inquieto por no saber lo que aquello significaba, doblé mi ayuno «y mis oraciones ; sucedióme segunda vez lo mismo ; y en fin, la «tercera noche, estando perfectamente despierto, se pusieron delante «de mí los dos mancebos acompañados de otro tercero que represen- «taba mas edad, y me pareció seria san Pablo ; por lo menos era muy «parecido al retrato que tenemos de este Apóstol. Los dos mancebos «no me hablaron palabra ; pero este tercero me dijo que aquellos dos «jóvenes eran dos ilustres Mártires de Jesucristo, cuya vida y cuya «muerte habia edificado mucho á la Iglesia, y que hallaria sus re- «liquias en el mismo sitio donde estaba haciendo oracion, las cuales «debia exponer á la veneracion de los fieles. Como yo me atreviese «á preguntarle por sus nombres, me fue respondido así : *Hallarás- «los escritos con una breve noticia de su vida y de su martirio en la «misma sepultura.* Habiendo dado parte de lo que acabo de referir «á los obispos vecinos y á mi clerecía, nos juntamos todos en la «iglesia de san Nabor y de san Félix, hicimos cavar la tierra al «rededor de las barandillas que cercan el sepulcro de los dos santos «mártires Félix y Nabor, y encontramos, en fin, el que contenia «aquellas preciosas reliquias ; abrímosle, y hallamos los cuerpos de «dos santos Mártires, cuyos huesos estaban enteros y en su situacion «natural. Estaba cubierto de sangre el fondo del sepulcro, y el ma- «ravilloso olor que salia de él se extendió por toda la iglesia : debajo «de la cabeza de los Santos se halló un escrito que contenia el com- «pendio de su vida y de su martirio.»

Antes que se elevasen los huesos de la tierra, ni se cantasen los himnos, se hicieron venir al sepulcro diferentes energúmenos, y luego testificaron los milagros la realidad de las reliquias. En el mismo dia fueron trasladadas á la basílica de Fausto, y porque ya era tarde se dejaron allí hasta el dia siguiente, pasándose la noche en oracion. «Fue prodigioso el concurso de gente que acudió de todas partes, «prosigue el Santo, y el dia siguiente se llevaron las santas reliquias

«á la basílica mayor con religiosa pompa, á la que se siguieron rego-«cijos públicos en toda la ciudad.» «Durante la procesion, continúa «san Ambrosio, sucedió la milagrosa curacion de un ciego, cono-«cido en todo Milan, que se llamaba Severo; apenas tocó los ojos «con el paño ó tafetan que cubria las reliquias de los Mártires, cuan-«do cobró en el mismo instante la vista; manifestando Dios la glo-«ria de los Santos con otros muchos milagros.» Subió al púlpito san Ambrosio, y teniendo á uno y á otro lado las dos cajas, predicó un sermon al pueblo en honra de los dos Santos, como se lo cuenta á su hermana santa Marcelina, y en él habló en estos términos: «Vosotros mismos habeis sido testigos de muchos energúmenos que «quedaron libres á vista de estas santas reliquias. ¡Cuántos enfermos «se vieron repentinamente sanos tocando el paño que cubre estos dos «santos cuerpos, y cuántos con la sombra sola de estas dos cajas! «¡cuántos oratorios se han erigido ya en honor suyo! ¡y cuántos pa-«ños, cuántos tafetanes se han mudado ya, por la piadosa persua-«sion de que todo lo que hubiese tocado los santos cuerpos tendria «virtud de hacer milagros! En fin, se tiene por dichoso el que logra «tocar el lienzo que los cubre: *Gaudent omnes extrema lintea contin-«gere.* Concibiendo una grande confianza de que al punto se verán «libres de sus dolencias: *Et qui contingerit, salvus erit.*»

Esta gloriosa traslacion, que desde entonces se hizo tan célebre en cási todo el mundo cristiano, se solemnizó el dia 19 de junio del año de 386, á cuyo dia fijó la Iglesia su fiesta.

SANTA JULIANA FALCONIERI Ó DE FALCONERIS, VÍRGEN.

Esta ilustre familia italiana recibió un lustre muy grande con la santidad de esta venerable vírgen. Su padre Charissimo Falconieri y su piadosa mujer Reguardata fueron ambos de edad muy avanzada, y ya parecia tener perdida la esperanza de sucesion, cuando en el año de 1270 fueron maravillosamente favorecidos con la bendicion del nacimiento de nuestra Santa. Dedicándose después únicamente á los ejercicios de religion, edificaron y fundaron á sus expensas una suntuosa iglesia bajo la advocacion de la Anunciacion de Nuestra Señora en Florencia, que tanto por sus riquezas como por lo excelente de su arquitectura puede colocarse en el dia entre los mayores edificios de Europa, y aun entre las maravillas del mundo. El beato Alejo Falconieri, único hermano de Charissimo, y tio por consiguiente de nuestra Santa, fue con san Felipe Beniti, uno de los siete primeros

propagadores y columnas del Órden de los Servitas, ó personas dedicadas al servicio de Dios bajo el especial patrocinio de la Vírgen María. Juliana en su misma infancia parecia anticipar el curso ordinario de la naturaleza en el uso de la razon por su temprana piedad: y las primeras palabras que aprendió á pronunciar fueron los sagrados nombres de Jesús y de María. La oracion fervorosa y la mortificacion llamó su principal atencion en una edad en que apenas parece capaz un niño de cosa alguna seria. Era tal su modestia angelical, que jamás se atrevió á levantar sus ojos para mirar á un hombre á la cara; y su horror á todo pecado fue tan grande, que el nombre solo le hacia desfallecer.

Á los diez y seis años de su edad, despreciando cuanto no pareciese conducente á la virtud, se despidió de todo pensamiento, idea y deleite mundano, renunció su opulento patrimonio, estados y fortuna, y para buscar con mas acierto la inestimable joya del Evangelio, consagró su virginidad á Dios, y recibió de mano de Felipe Beniti el velo religioso en las Mantellatas. Los religiosos entre los Servitas son llamados del primer órden: san Felipe estableció el que llaman segundo, que es de religiosas, en favor de ciertas mujeres devotas. Las Mantellatas son una especie de Órden tercero, y toman su nombre de un género de mangas de que usan en el hábito, mas á propósito para sus labores. Su instituto principal fue para asistir enfermos y hacer otros oficios de caridad; y al principio no estaban obligadas á guardar clausura. De este tercer Órden fue Juliana, bajo la direccion de san Felipe su fundador; y siendo ya de mas edad, la multitud de devotas que trajo su reputacion á aquella casa la obligó á aceptar el cargo de priora. Aunque era la madre espiritual de todas las demás, hacia todo su estudio y hallaba toda su delicia en servir á todas sus hermanas. Muchas veces se estaba los dias enteros en oracion, y los favores que del cielo recibia eran tambien muy frecuentes. Jamás dejó pasar ocasion de hacer obras de caridad con su prójimo, especialmente en reconciliar enemistades, convertir pecadores y servir á enfermos. Chupaba por mortificacion las úlceras mas asquerosas de los escorbúticos y leprosos; con cuya operacion solia curar las llagas sin dejar aun cicatrices, excusando las incisiones y penosas maniobras de los cirujanos, haciendo de todas suertes fáciles las curaciones. Con el ejemplo de esta Santa, é imitando esta mortificacion y acto de caridad, hubo muchos que en los hospitales ganaron sobre sí mismos una victoria heróica. Santa Juliana además de esto practicaba indecibles austeridades; y en su edad avanzada fue

afligida de penosas enfermedades, que soportaba con una paciencia y una alegría que no caben en expresion. Lo que únicamente la apesaraba en su última enfermedad era verse privada del consuelo del Sacramento del altar por la sagrada comunion, que no le era posible recibir por razon de que no podia con el continuo vómito retener su estómago alimento alguno. Sin embargo de esto fue llevado á su celda el Viático, y estando en ella desapareció repentinamente de las manos del sacerdote, y después de su muerte se encontró estampada al lado siniestro de su pecho la figura del Redentor sacramentado; por cuyo prodigio se juzgó dignamente, que Cristo habia milagrosamente satisfecho en aquella agonía sus ardientes deseos. Murió la Santa en su convento de Florencia en el año de 1340, al setenta de su edad. Por su intercesion se han visto obrados muchos milagros, entre los que varios han sido jurídicamente comprobados. El papa Benedicto XIII la puso en el catálogo de los bienaventurados en el año de 1729. Su sucesor Clemente XII publicó su canonizacion, como se ve en el Bullario romano *(tomo* 15, *pág. 141)*. Su Órden fue propagada en Italia y en Austria.

La Misa es en honra de los santos mártires Gervasio y Protasio, y la Oracion es la que sigue:

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Gervasii et Protasii solemnitate laetificas, concede propitius; ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad de tus santos mártires Gervasio y Protasio: asístenos con tu gracia para que nos inflamen con sus ejemplos aquellos que tanto nos regocijan con sus merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera del apóstol san Pedro, capítulo IV.

Charissimi: Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris gloriae, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit. Nemo autem vestrum patiatur ut homicida, aut fur, aut maledicus, aut alienorum appetitor. Si autem ut christianus non erubescat: glorificet autem Deum in isto nomine, quoniam tempus est ut incipiat judicium à domo Dei. Si autem primum à no-

Carísimos: Alegraos de participar de los trabajos de Cristo, para que os alegreis tambien y os regocijeis cuando se manifieste su gloria. Si sois tratados ignominiosamente por el nombre de Cristo, seréis dichosos: porque el honor, la gloria, y la virtud de Dios y su Espíritu reposa en vosotros. Pero ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, ó ladron, maldiciente ó acechador de los bienes ajenos. Pero si como cristiano, no se avergüence, sino glorifique á Dios por tal nombre; porque es tiempo de que co-

bis: quis finis eorum, qui non credunt Dei evangelio? Et si justus vix salvabitur, impius, et peccator ubi parebunt? Itaque et hi, qui patientur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.

mience el juicio por la casa de Dios. Y si primero por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Y si el justo apenas se salvará, ¿en dónde pararán el impío y el pecador? Por tanto, aquellos que padecen por voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de buenas obras.

REFLEXIONES.

Si el justo apenas se salva, el impío y el pecador ¿en qué pararán? Esta pregunta se ha de hacer á esos libertinos de profesion, á esos hombres cási sin religion, á esos mundanos que solo siguen sus gustos, que solo dan oidos á sus pasiones, y que cada dia se endurecen mas contra los remordimientos de su conciencia. Preguntemos á aquella persona jóven, que solo sabe tomar gusto á las máximas del mundo, cuyo corazon y cuyo espíritu, lleno todo de vanos proyectos de fortuna, de frívolas ideas de grandeza, solo suspira por los objetos de su ambicion, y mira con lástima á los que profesan una vida cristiana y arreglada; preguntemos á aquella mujer mundana, á esas gentes de las diversiones y de los pasatiempos, ¿cuál ha de ser su suerte? Tienen parientes, tienen amigos que profesan la misma religion, y su vida es muy diferente de la suya. Aquella señora, aquella dama tan indevota y tan esparcida, tiene una hermana en un convento, cuya inocencia se está manteniendo á favor de un continuo ejercicio de oracion, de una exacta observancia, de una rigurosa penitencia; y de esta dice el Apóstol que apenas se salvará. Esta digna esposa de Jesucristo, esta víctima del divino amor tan inocente, trabaja dia y noche en su salvacion con temor y con temblor, y apenas se salvará, segun el Apóstol; mientras su hermana, que es tan poco devota y tan mundana, criada en la maldad, y envejecida en las peligrosas diversiones del mundo, vive con una prodigiosa seguridad de su eterna salvacion. ¡Oh Dios, qué ceguedad tan funesta! ¡qué estado mas digno de temerse!

Los desiertos y los claustros están poblados de Santos; y estos Santos aun no juzgan segura su inocencia en aquel abrigo. ¡Qué circunspeccion en todos sus sentidos! ¡qué vigilancia sobre todos los movimientos del corazon! ¡qué oracion tan continua! Temen la tempestad hasta en aquel puerto; desconfian del enemigo hasta en aquel campo fortificado; no dan por asegurada la virtud, ni entre las es-

pinas, ni tras las trincheras de la penitencia; trabajan sin cesar llenos de temor debajo del saco y del cilicio; tiemblan hasta la muerte en medio de aquella horrorosa soledad: pues ¿en qué han de parar esas mujeres profanas, esas personas tan indevotas, tan poco cristianas, tan libres y tan licenciosas? ¿en qué han de parar esas almas expuestas á los mayores peligros, sin antídoto y sin preservativos? ¿esos esclavos de sus pasiones, cuya conciencia es un caos, cuya vida es una perpetua cadena de culpas, cuyas costumbres están tan estragadas? En una palabra: *Si el justo apenas se salva, ¿el impío y el pecador en qué pararán?*

El Evangelio es del cápitulo VI *de san Lucas.*

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judaea et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quaerebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tamquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate, ecce enim merces vestra multa est in coelo.

En aquel tiempo: Bajando Jesús del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

De la causa y de los efectos de la falsa conciencia.

Punto primero.—Considera que el orígen de la falsa conciencia es el amor propio, el cual corrompiendo el corazon, da paso al contagio hasta el entendimiento, y á este le ciega; con cuyos dos ase-

sores, por decirlo así, decide de todo como supremo juez: materias de religion, dudas de moral, casos de conciencia, puntos de fe, todo se resuelve en este tribunal. ¡Qué de errores! ¡qué de descaminos! Y ¿qué hay que admirar de que tantos se precipiten?

Los entendimientos mas cortos, los mas limitados son los mas expuestos á dar en el error, los menos capaces de conocerle, y por consiguiente de corregirle; de aquí nace que la dureza y obstinacion es inseparable de la falsa conciencia. Es indubitable que ningunos son mas fáciles á descaminarse que los hombres de poco entendimiento: cuanto mas cortos sean sus alcances, tanto mas seguros y tranquilos vivirán en sus errores; pues no admite disputa que el orgullo es uno de los principios de la falsa conciencia. Llenos de estimacion de sí mismos, soberanamente pagados de todas sus ideas, se juzgan infalibles en cuanto conciben. Tiene gran cuidado el amor propio de fomentar una presuncion tan declarada por sus intereses, tan aprobadora de todo cuanto le lisonjea, y esto es lo que produce la obstinacion en la falsa conciencia, y su falsa seguridad.

Siendo la conciencia un juicio secreto que forma el alma aprobando ó reprobando lo que hace, la falsa conciencia siempre introduce en este juicio el voto del corazon, naturalmente inclinado á todo lo que le gusta. Cuando concurren estos dos principios, y prevalece este voto, ¡qué desaciertos se cometen, y en qué ceguedad se vive! Con tal guia, ¡qué errados pasos no se dan! Entonces todo contribuye á amodorrar al pecador en su falsa paz, y en aparente tranquilidad de una conciencia engañada, que tiene por tentaciones los justos remordimientos. Es un espejo infiel que disimula y engaña; de donde proviene que rara vez conoce sus descaminos una conciencia errónea, y mas cuando se junta con corta capacidad; y del mismo principio nace aquel capricho y dureza de juicio, en fuerza de la cual se reputa por enemigo y por contrario todo lo que altera la falsa paz del corazon. ¡Buen Dios! y ¿quién podrá salir de este atolladero?

Punto segundo.—Considera que á esta falsa, á esta engañosa luz deben sus progresos las falsas devociones, los abusos mas groseros, y hasta las mismas herejías. La falsa conciencia es la que introdujo, ó por lo menos la que toleró y aprobó las ilusiones del entendimiento y del corazon; la que siempre las fomenta y las autoriza. No hay maldad que no se cometa con ella; porque ¿á qué excesos no se arroja un ambicioso cuando hace punto de conciencia de sus mismas engañadas máximas? Una conciencia, si os place, corrom-

pida con la ambicion, ¿qué celos tan malignos no inspira? ¿qué artificios no aconseja? y si es menester ¿de qué traiciones no se vale? Cuando la conciencia va de concierto con la codicia, nada le cuestan las mayores injusticias: no hay usuras que no favorezca; simonías á que no eche la capa; vejaciones, violencias, pleitos injustos, trampas y enredos que no santifique. Pues si la animosidad, si el rencor y el odio forman la conciencia, díme, ¿qué dicterios, qué murmuraciones, qué enconos autoriza, qué venganzas apoya, qué escandalosas divisiones, qué enemistades fomenta, qué desdenes, qué desprecios, qué sacudimientos aprueba? Nada detiene á una falsa conciencia; pervertida por una parte, y muy satisfecha de conciencia por otra, á todo se arroja, y todo lo lleva tras sí. Admirámonos, no pocas veces, de ver algunas personas, al parecer virtuosas, y aun devotas de profesion, que en medio de eso son vengativas, murmuradoras, orgullosas, rebeldes á las decisiones de los mas sabios doctores, y aun á las de la misma Iglesia. Todo es fruto, toda es obra de la falsa conciencia, que aprueba y autoriza cuanto lisonjea el amor propio, cuanto se acomoda á la concupiscencia y á la sensualidad. ¿Qué hicieron los judíos guiados de una falsa conciencia? Crucificaron al Santo de los Santos. ¿Qué hicieron, y qué hacen todos los dias tantos herejes? Por los artificios de la falsa conciencia, tantos pobres hombres, tantos pueblos ignorantes, tantas mujeres presumidas, sin la mas leve tintura de letras, se meten en decidir sobre los puntos mas impenetrables de la Religion, juzgan tranquilamente de todo, y escandalosamente se obstinan en no rendirse á las mas santas determinaciones de la Iglesia. A favor de la falsa conciencia se peca osada y tranquilamente, porque no se experimenta inquietud ni turbacion; se peca cási sin esperanza de remedio, porque el grande recurso del pecador es la recta y santa conciencia, la cual condena el pecado al mismo tiempo que le comete: por aquí le llama Dios; pero cuando enmudece esta voz, y cuando está cerrada esta puerta, ¿qué recurso le resta al pecador? La delicadeza de conciencia en los Santos, y los mismos escrúpulos de las almas timoratas, muestran bien cuánto temian el infeliz estado de la falsa conciencia.

¡Ah Señor! por irritado que esteis, no querais castigar jamás á vuestro pueblo con esta funesta ceguedad; descargad vuestra ira en todo lo demás, pero perdonadnos en este punto. Al contrario, hacednos tan delicados, tan detenidos en lo que toca á vuestros mandamientos, y dadnos una conciencia tan timorata, que desconfiemos siempre de nuestras propias luces; un corazon, un espíritu humil-

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

de, dócil, rendido, recto; y que vuestra santa ley sea siempre nuestra guia.

JACULATORIAS.—Bienaventurados los que nunca se desvian del camino de la inocencia, y van siempre adelante por la ley santa de Dios. (*Psalm.* CXVIII).

Olvidad, Señor, mis ilusiones y mis errores, y no os acordeis de los pecados de mi inconsiderada mocedad. (*Psalm.* XXIV).

PROPÓSITOS.

1 Mira con horror tan desacertada guia, y nada temas tanto como el engaño y la ilusion en punto de salvacion. Apenas se puede creer que tantas gentes lastimosamente precipitadas en el error, y tantos otros de una vida por otra parte tan arreglada, caigan miserablemente por pura malicia en tantos desórdenes sobre materia de costumbres, y vivan con tanta tranquilidad en costumbres tan desbaratadas y tan visiblemente opuestas á las máximas del Evangelio. La falsa conciencia es la que hace estos estragos, y la que produce todos estos frutos. ¿Seria posible que unos hombres, por otra parte capaces, rectos, y aun moralmente bien inclinados, dejasen de conocer que estaban fuera del camino de la salvacion, si no les cegase la falsa conciencia, y si esta ceguera no irritase sus pasiones, haciéndolos sordos é insensibles á todas las inspiraciones de la gracia? Debes precaverte contra un mal tan peligroso y tan comun; desconfia siempre de la dureza de juicio en punto de devocion; nunca te aferres en tu dictámen contra el parecer de tus directores, de tus padres y de tus amigos; guárdate bien de que tu capricho sea efecto de la falsa conciencia. Nunca te persuadas á que no hay inconveniente en ir á la comedia y á la ópera; á que puedes sin escrúpulo concurrir á ciertos parajes donde corre peligro la inocencia; á que no hay inconveniente, ni tiene misterio el pasar en el juego los dias y las noches. ¿Cuántas veces te parece estás obligado á encolerizarte, á mostrar tu mal humor á toda la familia, ejecutar con poca espera y con no mucha piedad á tus acreedores? Y esa aspereza con que tratas á tus dependientes, ¿no será tambien efecto de una falsa conciencia? Si eres eclesiástico ó religioso, ¿no te dispensas con demasiada facilidad en ciertas obligaciones? ¿y no vives quizá muy errado, pareciéndote que puedes con buena conciencia usar de tus rentas como usas de ellas, y aplicarlas á lo que las aplicas? ¿Tendrás motivo para estar muy asegurado de que cumples con la obligacion del oficio di-

vino, rezándole con la indevocion con que le rezas? ¿Y te podrán aquietar mucho los frívolos pretextos con que te excusas de celebrar el santo sacrificio de la misa? Es cierto que una conciencia desembarazada autoriza todos estos defectos; pero ¿te hará por eso menos culpado en cometerlos? Remedia sin dilacion estos desórdenes.

2 Guárdate mucho de buscar muy de propósito directores lisonjeros y laxos, confesores cómodos, profetas que solo anuncian lo que halaga al amor propio; todos son muy malas guias. ¿Qué ciego busca por lazarillo á otro ciego? Nunca te fies de jueces que sentencian siempre en favor de tu inclinacion. Expon sencillamente tus dudas á personas sabias, y conformate sin réplica con sus resoluciones.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Silverio, papa y mártir, el cual por no haber querido restituir en su silla á Antimo, obispo hereje, depuesto por su predecesor Agapito, á instancia de la impía emperatriz Teodora, fue desterrado por Belisario á la isla Poncia *(en su vida se lee isla Palmaria, hoy Palmerola)*, en donde consumido de trabajos murió por defender la fe. *(Véase su vida en las de hoy)*.

La dichosa muerte de san Novato, hijo de san Pudente senador, y hermano de san Timoteo, presbítero, y de las santas vírgenes de Jesucristo Pudenciana y Praxedes, en Roma; todos los cuales fueron instruidos en la fe por los Apóstoles: la casa de estos Santos fue consagrada en iglesia, que se llama el título del Pastor.

Los santos mártires Pablo y Ciriaco, en Tomis en el Ponto.

San Macario, obispo, en Petra en Palestina, el cual perseguido de varias maneras por los Arrianos murió desterrado en el África.

Santa Florencia (ó Florentina), vírgen, hermana de san Leandro y de san Isidoro, obispo, en Sevilla. *(Su festividad se celebra en España en el dia 14 de marzo, en cuyo dia puede verse su vida)*.

En la vida de Santa Quiteria, vírgen y mártir, que se lee en el dia 22 de mayo, se hace referencia á la vida de Santa Librada, dia 20 de junio, debiendo decir de julio, equivocacion copiada inadvertidamente del texto antiguo que sirve de original. Véase, pues, la vida de Santa Librada en el citado dia 20 de julio.

SAN SILVERIO, PAPA Y MÁRTIR.

Teodato, rey de los godos en Italia, asustado con las conquistas de Belisario, general del ejército del emperador Justiniano, obligó

al papa san Agapito á que hiciese un viaje á Constantinopla para pedir la paz al Emperador. No lo pudo conseguir el santo Papa ; pero en aquella corte mostró su celo y su vigor en defensa de los intereses de la Religion, negándose con invencible teson á recibir en su comunion á Antimo, obispo eutiquiano, y mostrándose inflexible, aunque le amenazaron con destierro, hasta que en fin consumido de trabajos y de penitencias, murió el año de 536.

Apenas se supo en Roma su muerte, cuando se juntó el clero para nombrarle sucesor. Era grande protectora de los Eutiquianos la emperatriz Teodora, singularmente de Antimo, á quien habia sacado de la silla de Trebisonda para colocarle en la patriarcal de Constantinopla ; y resuelta á tener un Papa que fuese de su entera devocion, hizo partir á Roma al diácono Vigilio, y escribió á Belisario que le hiciese nombrar por sucesor de Agapito ; pero el rey Teodato, que no queria por Pontífice á ninguno que fuese creatura del Emperador, previno á la Emperatriz, y obligó por fuerza al clero de Roma á que eligiese al subdiácono Silverio, natural de la Campaña de Roma, hijo de Hormisdas, que habiendo enviudado, se hizo diácono de la Iglesia romana, y después fue Papa.

Al principio no fue muy canónica la eleccion de Silverio ; pero el clero temiendo un cisma, y viendo en él un hombre muy á propósito para llenar la suprema dignidad á que habia sido elevado, enmendó los defectos, y unidos todos los votos confirmó libremente la primera eleccion con unánime consentimiento. Ordenóse, pues, de diácono y de presbítero, y después fue consagrado obispo el dia 20 de junio del año 536.

Aunque no habia entrado en el sumo pontificado con las mas santas disposiciones, no bien se vió revestido de aquella primera dignidad de la tierra cuando tomó la generosa resolucion de hacerse benemérito de ella. Ante todas cosas lloró delante de Dios los torcidos fines de su pasada ambicion, y dió principio edificando á toda la Iglesia con la pureza de sus costumbres y con toda su conducta. Por su vigilancia contra el error, por su celo en desterrarle, y por la solicitud pastoral en atender á todas las necesidades de la Iglesia, cuando la herejía, protegida del poder temporal, arrasaba la viña del Señor, fue reputado por uno de los mayores Papas.

Llegó Vigilio de Constantinopla con ánimo de apoderarse de la silla apostólica ; pero como encontró ya á Silverio colocado en ella con aplauso y satisfaccion universal, no se atrevió á intentar por entonces alguna novedad ; aunque no por eso desistió de su idea, con-

fiando en el poder de Belisario, á quien la Emperatriz habia escrito en su favor. Después que este General habia restituido la Sicilia á la obediencia del Emperador, y hecho cada dia nuevas conquistas en Italia sobre los godos, les tomó tambien la ciudad de Nápoles, á donde Vigilio le fué á buscar para entregarle las cartas de la Emperatriz; y leidas, le prometió poner en ejecucion lo que se le encargaba luego que se hiciese dueño de Roma. Tardó poco en poderle servir, porque atemorizado el pueblo romano con el saqueo de Nápoles, echó de sí la guarnicion de los godos, y llamó á Belisario. Inmediatamente volvieron los godos sobre Roma, y la pusieron sitio, que duró un año entero, en que la dieron sesenta y siete asaltos, manteniéndose siempre Belisario encerrado dentro de la ciudad. Y se notó durante el sitio, que los godos, aunque arrianos y bárbaros, no perdieron el respeto á las iglesias de los Católicos que estaban extramuros, y ni aun atacaron la ciudad por un paraje donde estaban medio arruinadas las murallas, y estaba tambien bajo la proteccion particular de san Pedro. Este respeto que los bárbaros mostraron al Apóstol, fue pernicioso al papa Silverio, porque sus enemigos tomaron de aquí ocasion de calumniarle, acusándole de que mantenia inteligencias secretas con ellos.

Volvió mientras tanto á Constantinopla el diácono Vigilio para informar á la Emperatriz de que ya habia encontrado la silla apostólica ocupada por una creatura del rey de los godos, y declarados en su favor todo el clero y todo el pueblo romano, haciendo cuanto pudo para persuadir á la Emperatriz á que le despojase de ella; pero antes de pasar á otra cosa esta sagaz Princesa, quiso sondear el ánimo del nuevo Papa, y probar si le podia reducir á sus intentos, sin llegar á términos de violencia. Escribióle, pues, pidiéndole que restableciese á Antimo en la silla de Constantinopla; que restituyese en las suyas á los demás herejes que su predecesor Agapito habia desposeido de ellas, y que abrogase el santo concilio de Calcedonia; bien resuelta á poner á Vigilio en lugar de Silverio si este le negaba lo que le pedia. Luego que el sumo Pontífice leyó las cartas conoció muy bien todo el ánimo de la Emperatriz; pero ni las amenazas que le insinuaron de su parte, ni el destierro que preveia, ni el horror de los suplicios que podia temer, fueron bastantes para acobardarle. Respondió, pues, á aquella Princesa con el mayor respeto, pero al mismo tiempo con un teson y con una fortaleza digna de un verdadero sucesor de san Pedro. Representóla, que tanto la deposicion de Antimo eutiquiano, como la de los demás herejes, habia sido no sola-

mente legítima sino necesaria; que restituirlos otra vez á sus sillas, de que tan legítimamente habian sido depuestos, seria volver á llamar los lobos para meterlos en medio de los rebaños; y que en fin, antes perderia la vida que hacer la mas mínima cosa contra el santo concilio de Calcedonia. Irritada la Emperatriz con tan generosa respuesta, escribió prontamente á Belisario, que sin andarse ya en atenciones ni en respetos con Silverio, arrojase de la silla apostólica á aquel enemigo mortal de los Eutiquianos, y colocase en ella á Vigilio.

Era el General temeroso de Dios, y le llenó esta órden de mucho dolor. Causábale horror poner las manos en el ungido del Señor, y temia atraer sobre sí y sobre todo el imperio la indignacion del cielo, si osaba desposeer al Papa; por lo que buscaba varios coloridos para ir eludiendo las órdenes de la corte; pero al fin, temiendo ser desgraciado, se resolvió á obedecer, y solo esperó algun aparente pretexto.

No le fue difícil encontrarle; porque fue acusado el santo Papa de que tenia correspondencia con los godos, y aun se presentaron algunas cartas que supusieron ser suyas. Bien conoció Belisario la falsedad y la calumnia, pero no tuvo espíritu para resistirla. Llamó á san Silverio á su palacio, y sin darle lugar á que se justificase, mandó que le quitasen el palio, que le despojasen de las vestiduras pontificales, y que le echasen á cuestas una cogulla de monje; después envió á decir al clero, á quien se le habia detenido en las antesalas de palacio cuando vino acompañando al santo Papa, que Silverio quedaba ya depuesto, y era monje. Atónitos los circunstantes al oir esta embajada, cada cual procuró escaparse como pudo, temiendo ser maltratado en una casa donde se trataba tan indignamente á un sumo Pontífice.

Pasó mas adelante Belisario. Viendo las lágrimas y los clamores del pueblo, que pedia á gritos á su santo Pastor, temió alguna sedicion, y envió á san Silverio desterrado á Patara, ciudad de Licia, en el Asia menor; después sin perder punto de tiempo hizo elegir en su lugar á Vigilio, sin que el clero se atreviese á oponerse á su voluntad; violencia escandalosa y sacrílego atentado, que llenó de luto á toda la Iglesia, y de llanto á todos los buenos católicos. Solo san Silverio se llenó de verdadero gozo, por verse tan maltratado en defensa de la fe y de los intereses de la Iglesia, considerando su destierro como premio de su celo y de sus apostólicos trabajos, sin que nunca se le hubiese visto mas contento que cuando estaba cargado de tantas persecuciones, y oprimido de miserias. *Dichoso yo*, solia de-

cir, *si puedo purgar los defectos de mi eleccion con las penalidades de mi destierro; pero mucho mas dichoso si logro derramar mi sangre por la Iglesia y por la fe.*

Con todo eso no dejó Dios de volver por el santo Pontífice. Apenas llegó á Patara, cuando el obispo de aquella ciudad, altamente condolido de ver al supremo Pastor arrojado de su silla con tanta injusticia como crueldad, pasó á la corte del Emperador, y le representó enérgicamente la indignidad de un tratamiento tan escandaloso como injusto. Era Justiniano príncipe católico y piadoso, pero mas condescendiente de lo que fuera razon con la Emperatriz, que era eutiquiana. No obstante mandó que el Papa fuese restituido á Italia, y que si se le justificase haber sido autor de las cartas al rey de los godos, que se le atribuian, no se le permitiese residir en Roma, aunque sí en cualquiera otra ciudad de Italia que mejor le pareciese; pero en caso de hallársele inocente, fuese restablecido en su silla. Hizo la Emperatriz cuanto pudo para que no tuviese efecto esta resolucion del Emperador; pero este se mantuvo firme, y volvió á Italia san Silverio.

Informado Vigilio de su vuelta, y protegido siempre con el favor de la Emperatriz, hizo tanto con Belisario, que al fin logró le pusiese en las manos al santo Papa; y apenas le tuvo en su poder, cuando le mandó llevar á una pequeña isla desierta del mar de Toscana, llamada Palmaria, hoy Palmerola. Gimió toda la cristiandad cuando supo la indignidad con que era tratado el sumo Pontífice; escribiéronle los mas de los obispos, manifestándole la mucha parte que les tocaba en su persecucion; y los de Terracina, Fundi, Termo y Minturno, vecinos al lugar de su destierro, pasaron personalmente á visitarle, y quedaron admirados de su invencible paciencia.

Pero considerándose siempre cabeza de la Iglesia, nunca descuidó su gobierno. Tan vigilante fue su solicitud pastoral en Palmerola, como lo habia sido en Roma; el mismo fue su celo contra los abusos; el mismo teson y la misma firmeza contra los artificios de una Emperatriz hereje, que solamente le perseguia porque constantemente se negaba á restituir en la silla de Constantinopla á Antimo, obispo eutiquiano, y porque no queria revocar el santo concilio de Calcedonia. En una de sus respuestas á los obispos que le habian escrito, se gloria de que solo se sustentaba con el pan de lágrimas en aquella tierra de tribulacion, y de que le tasaban el agua que bebia. En fin, consumido el santo Pontífice de miserias, pero colmado de merecimientos, murió en el mismo lugar de su destierro el dia 20 de ju-

nio del año 540; manifestando el Señor la santidad de su siervo con los milagros que obró en su sepultura. Siempre fue venerado como mártir, y la Iglesia le decretó los honores de tal.

Desde luego se consideró como uno de sus mayores milagros la maravillosa mudanza, ó por mejor decir, la portentosa conversion de Vigilio; porque viéndose legítimo sucesor suyo, por el unánime consentimiento de todo el clero después de la muerte del Santo, arrepentido sinceramente de su ambicion, mudó tanto de conducta, que fue uno de los mas celosos defensores de la fe, y verdaderamente un gran Papa. Tambien sintió Belisario los efectos de su proteccion; dolióse vivamente de la dureza con que le habia tratado, y para dejar á la posteridad un monumento eterno de su arrepentimiento hizo edificar en Roma una iglesia, y mandó poner en el frontis una inscripcion en que declaraba ser aquella obra una pública confesion y satisfaccion de su culpa.

SAN INOCENCIO, OBISPO.

En la ciudad de Mérida se celebra en este dia la memoria de san Inocencio, obispo, de quien nos dice el escritor Pablo Diácono en el libro de la vida y de los prodigios de los Padres que han florecido en aquella ilustre ciudad, que fue metropolitana de la misma provincia en tiempo de los romanos y de los godos, que después de la muerte del venerable Masona, sucedió en aquella silla episcopal un varon de suma sinceridad y de una humildad profundísima llamado Inocencio, nombre verdaderamente expresivo de la justificacion de su conducta, pues siempre se manifestó inocente en todas sus acciones y sus palabras. Así lo manifestó el Señor con los repetidos milagros que se dignó obrar por la poderosa intercesion del insigne Prelado, especialmente en la escasez de lluvias; en cuyos casos cuando concurrian los fieles acompañados con él á las basílicas de los Santos á implorar la divina misericordia, alcanzaba Inocencio el apetecido beneficio; sin que quedase alguna duda que era debido á las fervorosas oraciones y á las abundantes lágrimas del humildísimo y sencillísimo obispo, que murió en grande opinion de santidad, y se depositó su cadáver en una capilla poco distante de la insigne vírgen y mártir santa Eulalia de Mérida con los cuerpos de san Renobato, de san Pablo, de san Félix y Masona; donde concurrian los fieles á venerar el sepulcro de estos ilustrísimos prelados; pero habiéndose perdido la memoria de este lugar venerable con motivo de la ocupacion de Mérida

por los agarenos en la irrupcion que hicieron en España; recobrada aquella ciudad del poder de los bárbaros, se hallaron las reliquias de los dichos con las de otros Santos en el templo de santa Eulalia, en tiempo de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel; las cuales se colocaron en un precioso relicario junto al altar mayor, donde se les tributa el culto correspondiente, y se celebra la fiesta de su traslacion en la Dominica cuarta de la Cuaresma.

La Misa es en honor de san Silverio, y la Oracion la siguiente:

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriae actionis gravat, sancti Silverii martyris tui atque pontificis intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atended, ó Dios omnipotente, á nuestra flaqueza, y pues nos oprime el peso de nuestros pecados, aliviádnosle por la intercesion del bienaventurado mártir y pontífice Silverio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es sacada de la del apóstol san Judas.

Charissimi: Memores estote verborum, quae praedicta sunt ab Apostolis Domini nostri Jesu Christi, qui dicebant vobis, quoniam in novissimo tempore venient illusores, secundum desideria sua ambulantes in impietatibus. Hi sunt qui segregant semetipsos, animales, Spiritum non habentes. Vos autem, charissimi, superaedificantes vosmetipsos sanctissimae vestrae fidei, in Spiritu Sancto orantes, vosmetipsos in dilectione Dei servate, expectantes misericordiam Domini nostri Jesu Christi in vitam aeternam.

Carísimos: Acordaos de las palabras que os dijeron ya los Apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo: los cuales os decian como en el tiempo postrimero vendrán engañadores que caminan segun sus deseos en las impiedades. Estos son aquellos que se separan á sí mismos (de la Iglesia), como animales que no tienen espíritu. Pero vosotros, ó carísimos, edificándoos á vosotros mismos, sobre vuestra fe santísima, orando en el Espíritu Santo, conservaos á vosotros mismos en el amor de Dios, esperando la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna.

REFLEXIONES.

Acordaos de las cosas que ya os anunciaron los Apóstoles. Pocos desórdenes, pocos errores hay entre los Cristianos, que los Apóstoles no tuviesen bien previstos, y contra los cuales no hubiesen gritado para prevenir los ánimos con el contraveneno de sus saludables instrucciones. Pero todas estas precauciones y preservativos no han sido bastantes para que los herejes y los seductores no hiciesen conquistas en todos tiempos. Buen Dios, ¡qué fuerte es la inclinacion del corazon humano al mal! ¡y qué inconstante es su espíritu! Tuvieron gran cuidado los Apóstoles, después de Jesucristo, de prevenirle que en

los últimos tiempos vendrian ciertos hombres embusteros, cubiertos con piel de ovejas, y en realidad lobos carniceros, que solo acudirian á hacer miserables destrozos en el rebaño. No ha habido hereje que no afectase un exterior falso y engañoso. Calvino gritaba siempre contra la licencia de las costumbres, y continuamente estaba predicando reforma. La misma jerigonza usaban los herejes de los primeros siglos; este es el artificio mas antiguo de los enemigos de la Iglesia para engañar á los simples. Sin esta mascarilla no se puede deslumbrar á la gente; con el nombre de reforma ha hecho siempre su fortuna el error. Pero mídanse un poco á estos falsos reformadores con el espíritu del Evangelio; su fe y su doctrina es echar á rodar el ayuno y la abstinencia, suprimir las buenas obras, desterrar los Sacramentos, y todo aquello que en la Religion estrecha un poco la libertad. No ha habido hereje que no se haya declarado contra la silla apostólica; esta rendida sumision á la Iglesia sujeta el corazon y el espíritu. Camina siempre de acuerdo el amor propio con el orgullo; y como nunca falta pretexto para sacudir el yugo, la rebelion contra las sagradas leyes establece el imperio de las pasiones. Esto es precisamente á lo que se reducen esas imaginadas reformas. Y sino, diganme, ¿cuándo se vió á esos grandes reformadores sólidamente devotos y mortificados? ¿Se ha visto nunca apagada la fe, mientras se conservan puras las costumbres? Todo engañador camina al gusto de sus pasiones; y en sustancia solo por caminar al gusto de ellas se rebela contra la Iglesia. No hay herejía de puro entendimiento; ninguna es puramente especulativa; el entendimiento hace siempre la costa en favor de la voluntad. Si Calvino reprueba las buenas obras, y fija determinadamente el número de los predestinados, es únicamente para que corra sin freno la concupiscencia. Si se hablara tan claro estaria el lazo muy descubierto, y se haria el veneno muy visible. Es menester echar polvo á los ojos, valerse de engañosos rodeos, de sofismas cavilosos, de pretextos de religion, para deslumbrar á los simples; pero nunca dura la máscara hasta el fin. Siempre es mucha verdad lo que dice el Apóstol, que todo embustero en punto de religion, camina al gusto de sus pasiones por los caminos de la iniquidad, manteniéndole en ellos el desvío de los Sacramentos, y la desobediencia á la Iglesia. *Son unos hombres*, dice, *que se separan de los otros;* porque la singularidad es siempre inseparable del orgullo y del espíritu de parcialidad. *No soy como los demás hombres*, decia el fariseo; lo mismo piensa todo hereje de su imaginada virtud, teniendo lástima de los que inviolablemente están unidos á la Igle-

sia. *Hombres de vida animal, destituida de espíritu,* continúa el mismo Apóstol. Carácter verdadero de cuantos se descaminan en materia de fe, por mas que discurran como quisieren, por hábiles que sean en el arte de engañar, por mas ingenio, por mas osadía, por mas obstinacion que tengan, como regularmente la han tenido los herejes en todos los siglos. *No permanece el espíritu de Dios en el hombre que es todo carne:* de donde nace que no se pegan, no mueven las obras de los herejes. Pueden ser sabios, pueden brillar, pero se descaminan. *Amados mios,* concluye el Apóstol, *formando en vuestras personas un edificio que esté fundado en vuestra fe toda santa, y orando por el movimiento del Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, y esperad la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo para vivir eternamente.* Estas palabras contienen el carácter de la verdadera virtud, y son el puntual retrato de los verdaderos fieles.

El Evangelio es del capítulo XIV *de san Lucas, pág. 100.*

MEDITACION.

Del camino que nos lleva á Cristo.

Punto primero. — Considera que ninguno va al Padre sino por Cristo, y que para ir á Cristo es menester renunciarse á sí mismo, aborrecerse á sí, llevar su cruz, y no arrastrarla. Este camino que guia a Cristo parece estrecho y asusta á muchos; pero al fin no hay otro. Explicóse muy claramente el Salvador del mundo: *este es el camino;* los demás senderos son extraviados. Mas para entrar en este camino es preciso arrimar todo lo que embaraza; es muy estrecho, y no admite cargas ni bagajes. El mismo Cristo nos declara que para ir en pos de él es menester romper muchos lazos, como son el amor demasiadamente tierno y absoluto á los padres y parientes, y la excesiva pasion por todo lo que se quiere; ninguna cosa está mas claramente intimada, ni mas frecuentemente repetida en el Evangelio, que la renunciacion de los propios intereses, y la abnegacion de sí mismo. Es cierto que el amor propio protesta contra un decreto tan decisivo; pero ¿qué caso se debe hacer de sus representaciones? Diez y ocho siglos há que el espíritu y el corazon humano mancomunados con las pasiones se esfuerzan á apelar de esta sentencia; pero no hay tribunal superior ni aun igual al que la pronunció. Conspiraron contra esta doctrina de Jesucristo todas las herejías; aun aquellas mismas que en la apariencia gritaban mas contra la relajacion, en el fondo

solo tiraban á favorecer á la concupiscencia, y á dejar el amor propio á sus anchuras. ¡Cuántas quejas, á cual mas frívolas, ha dado el mundo contra esta aparente severidad de Jesucristo! ¡cuántos argumentos, á cual mas falsos y de menos sustancia, para eludir la universalidad de esta ley, para imaginar y aun para persuadir á cierta clase de personas que están dispensadas de ella! Mas el oráculo es general: *El que no lleva su cruz todos los dias, no puede ser mi discípulo.* Los grandes, los nobles, los ricos, las señoras, cuantos viven en el mundo, todos son comprendidos en este decreto. Muéstrennos sino que hay otro Evangelio y otra doctrina cristiana para ellos. Y si no la hay, ¿quién les dispensa en esta ley? ¿quién los justifica cuando viven de un modo tan contrario al que Cristo nos prescribió? Si las personas que traen una vida regalada, inmortificada, sensual y deliciosa, una vida totalmente mundana, se salvaran continuando en ella, se podria decir que se salvaban contra la palabra expresa del mismo Jesucristo.

Punto segundo. — Considera que cuando dice el Salvador que se debe aborrecer al padre, á la madre, á los hijos, á las hermanas y á los hermanos, no habla de aquel odio que es efecto de la enemistad. El que nos manda amar á nuestros mayores enemigos, no nos puede mandar que aborrezcamos á nuestros parientes; habla de aquel amor de preferencia, que siempre debemos profesar á Dios, de suerte que mirando únicamente á agradarle, estemos prontos á sacrificarlo todo, padres, parientes, amigos y nuestra propia vida, antes que ofenderle. Santiago y san Juan dejaron en la barca á su padre por seguir á Cristo; no permitió este Señor que aquel mancebo, á quien llamó á su servicio, le dejase ni aun con el pretexto de ir á dar sepultura á su padre. Segun esta doctrina del Salvador, y por conformarse con ella, todo lo abandonaron los Santos, y se despojaron de todo cuanto tenian por seguirle. Cada dia repiten este mismo sacrificio tantas personas religiosas. Gran desgracia es en los que una vez pusieron mano al arado, el mirar atrás. Aquellos que hasta dentro de los claustros fomentan en su corazon el excesivo amor á los parientes; aquellas personas religiosas que solo respiran el espíritu de la carne y sangre, ¿cómo observan este precepto? ¿cómo se conforman con esta doctrina? Pues sin esta desnudez, y sin esta abstraccion, ninguno puede ser discípulo de Jesucristo. No es menos indispensable la abnegacion de sí mismo; ¿y está hoy muy en uso esta abnegacion? ¡Ah, que cada cual busca su interés! El gran móvil de

todas las acciones es el interés; ni los que parecen mas devotos son siempre los mayores enemigos de sí mismos. Cada uno se busca á sí cási en todas las cosas; y aun los que se lisonjean de que siguen á Cristo, regularmente lo hacen en compañía del amor propio. Pues no nos admiremos ya de que en nuestros tiempos haya en el mundo, y quizá tambien en el estado religioso, tan poca virtud perfecta y verdadera, ni de que sea tan escaso el número de los discípulos de Cristo. Es preciso seguirle en todo, hacerse sordo á las voces de la carne y sangre, aborrecerse á sí mismo, mortificar los sentidos, llevar su cruz. Y ¿estamos bien persuadidos de que seguimos esta doctrina?

Dios mio, ¿cuál es nuestra conducta? Oimos y recibimos como oráculos las palabras de Jesucristo; sabemos que deben ser la regla de nuestras obras; estamos ciertos de que nuestras costumbres son enteramente opuestas á su doctrina; ¡y con todo eso vivimos amodorrados en una fatal seguridad! Conozco, Señor, y advierto por vuestra misericordia, mis ilusiones y mi error; haced que me aproveche de este conocimiento, y que estando como estoy convencido de la verdad y de la santidad de vuestra doctrina, ella sola sea en adelante la regla de mis costumbres.

Jaculatorias. — Haced, Señor, que jamás me desvie del camino de vuestros preceptos. (*Psalm.* cxviii).

¿Á quién sino á tí caminarémos, Señor, que tienes palabras de vida eterna? (*Joan.* vi).

PROPÓSITOS.

1 Cuando no hay mas que un camino para llegar al término, es locura ponerse á deliberar qué camino se ha de tomar. En nuestra religion no hay mas que una fe y una doctrina; con qué tampoco puede haber mas que una moral y un Evangelio, y este es el único camino para ir al cielo. No puede haber mayor extravagancia que tomar otro. Desasimiento sincero de los bienes caducos, desprendimiento generoso de la carne y sangre; victoria de las pasiones; odio santo de sí mismo; este es el único camino que conduce á la salvacion. Pero ¿es este el que nosotros seguimos? Pues cualquiera otro nos extravia. *Hay un camino,* dice el Sabio, *que al hombre le parece derecho, y su fin guia á la muerte.* No busques directores anchos y condescendientes; huye de opiniones laxas. ¿Qué motivo tienes para ir á este confesor mas que al otro? ¿Será acaso porque la estrechez de aquel te incomodaba, y tu amor propio, tu inmortificacion y tu flojedad se

entienden mejor con la indulgencia de este? ¡Qué necedad mas digna de compasion y de risa que buscar de propósito una guia para descaminarse! Examina bien los verdaderos motivos de esta eleccion: mira que es negocio de grande importancia para exponerle á contingencias.

2 Busca á Dios; pero mira si verdaderamente buscas á Dios en ese empleo, en ese estudio, en ese negocio, en esas diversiones; si es Dios á quien únicamente buscas en tu ministerio, en los ejercicios de tu celo; no sea que busques tus intereses, tu estimacion, ó que te busques á tí mismo. Estando consagrado á Dios en el estado eclesiástico ó religioso, no sirvas todavía al mundo, no tengas todavía tanto apego á tus parientes. Acuérdate de lo que dice Jesucristo, que en vano te lisonjeas de ser su discípulo, si todavía estás preso de la carne y sangre. No se pase el dia sin que prontamente te reformes sobre todos estos puntos.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

Santa Demetria, vírgen, en Roma, que fue coronada con el martirio en tiempo de Juliano apóstata.

El tránsito de los santos mártires Rufino y Marcia, en Siracusa en Sicilia.

Los santos mártires Ciriaco y Apolinario, en África.

San Albano, mártir, en Maguncia; el cual después de prolongados tormentos y duros combates por la fe católica, se hizo digno de la corona de la vida eterna.

San Eusebio, obispo de Samosata, en el mismo dia; el cual en tiempo de Constancio, emperador arriano, disfrazado de soldado visitaba ocultamente las iglesias, para confirmarlas en la fe católica. En tiempo de Valente fue desterrado á Tracia; mas en el de Teodosio, restituida la paz á la Iglesia, se le levantó el destierro; y volviendo de nuevo á visitar las iglesias, una mujer arriana le arrojó una teja desde el alto de una casa, y le rompió la cabeza, y de este modo murió mártir. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Terencio, obispo y mártir, en Iconio de Licaonia.

San Urcisceno, obispo y confesor, en Pavía.

San Martin, obispo, en Tungres.

San Leutfrido, abad, en la diócesis de Evreux.

San Luis Gonzaga, jesuita, en Roma, famoso por haber despreciado un principado, y por la candidez de su vida. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN LUIS GONZAGA, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

San Luis Gonzaga, príncipe de la casa de Mantua, tan ilustre por el desprecio que hizo de las grandezas del mundo, como por la inocencia de su vida, fue hijo de Ferrante ó Fernando, marqués de Castellon, y de Marta de Tana, de las mejores familias de Quiers en el Piamonte. Hallóse esta tan apurada en el parto de nuestro Santo, que llegaron á desahuciarla los médicos; pero apenas ofreció á la Vírgen el fruto que tenia en sus entrañas, cuando le dió á luz con toda felicidad el dia 9 de marzo de 1568. Bautizáronle de socorro luego que nació, y pocos dias después se le puso el nombre de Luis por su padrino y deudo muy cercano Guillelmo, duque de Mantua, cabeza de la casa de Gonzaga.

Persuadida la piadosa marquesa de Castellon á que la primera obligacion de una madre es dar á su hijo la mejor educacion, luego que vió á Luis capaz de alguna, tomó de su cuenta el darle ella misma la mas piadosa y la mas cristiana. Desde luego se conoció que no necesitaba de muchas instrucciones la bella índole del niño, cuyo aire, cuyas inclinaciones, y cuya natural propension á la virtud desde entonces le merecieron el renombre de ángel.

El Marqués, soldado de profesion y de genio, observando la viveza de su hijo, se persuadió que se inclinaba a las armas, y á los cinco años de edad le llevó consigo á Casal. Mostraba Luis grande gusto en los ejercicios militares, y en esto lisonjeaba mucho el de su padre: pero al niño le hubo de costar cara aquella marcial inclinacion; porque habiendo cargado él mismo una pieza de campaña que estaba en la muralla, y habiéndola dado fuego incautamente, faltó poco para que al retroceder la cureña no le hubiese hecho pedazos la violencia de las ruedas. Ni fue este el único peligro que corrió. Con el trato de los soldados se le pegaron algunas palabras demasiadamente libres; pero apenas fue reprendido por su ayo, cuando las miró con el mayor horror; y aunque las habia dicho sin entender su significado, esta fue la mayor culpa que cometió en toda la vida, llorándola amargamente en toda ella, y haciendo rigurosa penitencia.

Al paso que Luis crecia en edad, iba tambien creciendo en juicio y en virtud. Entregóse tan totalmente á Dios desde la edad de siete años, que asegura el cardenal Belarmino era ya su vida perfecta en aquella tierna edad. Tenia ya desde entonces sus devociones arregladas, en cuyo cumplimiento era tan exacto, que se observó no ha-

ber faltado ni una sola vez a ellas, aun en tiempo que por espacio de diez y ocho meses le debilitaron unas molestas cuartanas. Enamorado el Marqués del juicio y de las grandes prendas de su hijo, no omitió medio alguno de cuantos pudiesen conducir á cultivarlas, y á darle una educacion digna de su nacimiento. Llevóle á la corte del gran duque de Toscana, estrecho amigo suyo; y aunque el aire de la corte suele ser tan contagioso, singularmente para la juventud, nada alteró la inocencia de nuestro Luis. Hizo en Florencia asombrosos progresos en el camino de la perfeccion, reduciéndose todas sus diversiones á la oracion y al estudio. Desde entonces hizo propósito de no jugar en su vida á juego alguno, y jamás le quebrantó. Creció tanto su fervorosa devocion á la santísima Vírgen, que á los nueve años hizo voto de perpetua castidad. En la observancia de esta virtud era excesiva su delicadeza. Nunca permitió que le vistiese ni le desnudase su ayuda de cámara, y desde aquella edad se impuso la ley de no mirar jamás á la cara á mujer alguna.

Desde la corte de Florencia pasó á la del duque de Mantua, su cercano pariente; y en vez de deslumbrarle aquel nuevo teatro del esplendor y de la grandeza de su casa, allí fue donde resolvió dejar al mundo. Sirvióle de pretexto la falta de salud para salir de la corte y restituirse á casa de sus padres. Pasando por ella san Carlos Borromeo descubrió y admiró los tesoros de gracia y de perfeccion que encerraba el alma del santo niño; exhortóle á que cuanto antes comulgase por la primera vez; encargóle que después lo repitiese con frecuencia, y le dió otros muchos consejos espirituales que el jóven Príncipe tuvo gran cuidado de poner en práctica.

No es fácil explicar la tierna devocion y los fervorosos afectos con que aquella inocente alma recibió por la primera vez á Jesucristo; inflamado el semblante, y bañados sus ojos en dulces lágrimas daban testimonio del divino fuego que abrasaba aquel tierno corazon. Por toda su vida fue la devocion al santísimo Sacramento la mas sobresaliente de todas sus devociones, pasando horas enteras en su presencia al pié de los altares. Aplicábase ya entonces al estudio de las letras; pero este no debilitaba ni distraia el espíritu interior, que tenia cuidado de fomentar con el rigor de la penitencia. No parece podia subir mas de punto el santo odio que se tenia á sí mismo, ni que podia juntarse mayor inocencia con mayor austeridad. Ayunaba tres dias á la semana, y muchos á pan y agua. Sus penitencias pudieran acobardar á los religiosos mas austeros. Muchas veces se notaba salpicado de su inocente sangre hasta el techo de su cuarto; no pocas

era su cama la desnuda tierra; por no tener cilicios se aplicaba á sus delicadas carnes un cinto cuajado de estrellitas de espuelas; nunca se arrimaba al fuego, ni aun en el mayor rigor del invierno, y algunas noches se levantaba medio desnudo, pasando así muchas horas en oracion.

Enviáronle á la corte de Felipe II, donde desde luego se hizo admirar su anticipada madurez y su elevada santidad tanto como en todas partes. Parece que el Señor como que se complacia en irle mostrando á varias cortes de la Europa, para convencer con su ejemplo que la virtud no está reñida con alguna condicion, y que la inocencia puede y debe acompañarse con todas las edades. Hallándose en España, tomó la resolucion de abrazar el estado religioso. Los grandes ejemplos de virtud, de observancia, de desprendimiento del mundo que habia notado en los Padres Capuchinos y en los Barnabitas durante su residencia en Casal, y aquel espíritu de penitencia y de recogimiento interior que admiraba en los Carmelitas descalzos, le inclinaron algo al principio á entrar en alguna de estas sagradas religiones; pero al fin se resolvió á entrar en la Compañía de Jesús, por cuatro ó cinco razones que él mismo declaró: Primera: Porque siendo mas reciente su instituto, por precision se habia de conservar en su primitivo fervor. Segunda: Por el voto que en él se hace de no admitir dignidades eclesiásticas. Tercera: Porque en él se enseña á la juventud virtud y letras. Cuarta: Porque los Jesuitas se dedican por su instituto á la conversion de los herejes y de los gentiles en todas las partes del mundo. A estas cuatro razones añadia otra, y era la particular devocion que habia observado se profesaba á la santísima Vírgen en la Compañía; lo que confesaba no haber contribuido poco á determinarse á esta eleccion. Juntóse á todo esto que un dia de la Asuncion de esta gloriosa Reina á los cielos, después de haber comulgado le pareció haber percibido clara y distintamente una voz articulada por el hermoso simulacro de la soberana Reina, que con el título *del Buen Consejo* se venera en el Colegio imperial de Madrid, que le intimaba entrase en la Compañía. Pero la gran dificultad era conseguir la licencia y el consentimiento de sus padres. No hubo vocacion mas examinada, ni mejor probada. Pusiéronse en ejecucion para desviar á Luis de su piadosa resolucion cuantos medios pudo sugerir la reflexion á su elevado nacimiento, la circunstancia de primogénito, la ternura de sus padres y las lágrimas de sus vasallos. Lleváronle de propósito por las cortes de los príncipes de Italia; dispúsose que le hablasen personas constituidas en dignidad para disua-

dirle de que se hiciese religioso; pero todo fue en vano, hasta que el mismo Marqués, su padre, después de una repulsa demasiadamente seca y desabrida que le dió, encontrándole un dia postrado á los piés de un Crucifijo, con unas crueles disciplinas en la mano, bañado en lágrimas y en sangre, para conseguir de Dios lo que los hombres se obstinaban en negarle, atónito y enternecido, no menos que temeroso de resistir mas tiempo á una vocacion tan descubierta se rindió en fin á los santos deseos de su hijo, aunque quiso que antes de ponerlos en ejecucion pasase á Milan á terminar algunos negocios de la familia. Mostró en el manejo de ellos su gran capacidad, y faltó poco para que esto mismo le perjudicase, sirviendo de nuevo embarazo á sus intentos; porque prendado el Marqués de la destreza con que habia dado dichoso fin á unas dependencias tan graves como espinosas, no se pudo resolver á dejarle partir, y así le dijo á su vuelta de Milan: *Mucho te engañaste si creiste que yo consentiria en tu determinacion; pensarás en eso cuando tengas veinte y cinco años, y en este supuesto puedes tomar tus medidas.* Sobrecogido Luis al oir una resolucion tan no esperada, se arrojó á los piés del Marqués, y con aquella ingenuidad que siempre le ganaba los corazones de todos, le dijo: *No permita Dios, amado padre y señor, que yo me aparte jamás de vuestra voluntad: en todo y por todo seréis siempre obedecido. Solo os suplico tengais á bien os represente que Jesucristo me llama á su Compañía; si vos no me permitis entrar en ella, ciertamente os oponeis á la voluntad de Dios.* Hicieron impresion estas palabras en el corazon del Marqués; echóle los brazos al cuello, bañóle con sus lágrimas, y teniéndole abrazado por un rato, sin poder articular palabra, al cabo rompió en estas voces: *Hasme abierto, hijo mio, una herida en mi corazon, que manará sangre por mucho tiempo; yo te amo, y tú lo mereces; tenia fundadas en tí todas las esperanzas de la familia; pero pues estás tan cierto de que Dios te llama á su Compañía, ya no te detengo; vé, hijo mio, adonde te llama el Señor.* Acabando de decir estas palabras, se retiró el Marqués deshaciéndose en amargo llanto. Tampoco dejó de enternecerse un poco nuestro Luis; pero inundado por otra parte de gozo, se postró delante de un Crucifijo, y renovó su sacrificio. Partió luego á Mantua, donde hizo la renuncia del marquesado en favor de su hermano Rodulfo con licencia del Emperador, y despedido de sus padres y parientes se encaminó á Loreto. En aquella santa capilla corrió, por decirlo así, libremente su devocion y su ternura á la santísima Vírgen, desahogándose el corazon en inflamados afectos y en lágrimas de amor. Allí renovó el voto de castidad des-

pués de haber comulgado; y consagrándose de nuevo á la Madre de Dios, partió para Roma, donde recibida la bendicion del sumo Pontífice, y habiendo visitado á los cardenales parientes suyos, entró en el noviciado el año de 1585, no habiendo aun cumplido los diez y ocho de su edad, y habiendo arribado ya á una elevada perfeccion.

Los rápidos y extraordinarios progresos que hizo en aquella escuela de virtud asombraron á los mas perfectos. Desde luego se impuso una inviolable ley de observar con la última exactitud y puntualidad hasta las mas menudas reglas. No era fácil, ni apenas posible, que subiese mas de punto la observancia. Nada tuvieron que hacer los superiores sino moderar su fervor, y poner límites á los deseos de hacer grandes penitencias. La mayor falta que cometió en los dos años de noviciado fue haber levantado los ojos, y mirado á su hermano que estaba comiendo junto á él en la misma mesa. Ninguno olvidó mas perfectamente que él á su pueblo y á la casa de sus padres. Vino un vasallo suyo á empeñarle en cierto negocio, y le respondió, que como habia dos años que estaba muerto al mundo, ya no tenia en él ni crédito ni poder. El santo odio y desprecio de sí mismo no podia ser mayor. Cualquiera señal de distincion que se hiciese con él, era para Luis una verdadera pesadumbre. Jamás se excusó ni se disculpó, aunque tuviese mil razones para hacerlo; y llegó á tener escrúpulo de que sentia demasiada complacencia en ser reprendido. Era exquisito el gusto que experimentaba en los ejercicios mas humildes y mas repugnantes; tanto, que juzgó se debia acusar de lo mucho que habia contentado á su amor propio yendo por las calles de Roma con un vestido vil, y pidiendo limosna.

Del mismo principio nacia aquel perfecto desasimiento de todas las cosas, y aquel espíritu de pobreza que le hizo verdadero discípulo de Jesucristo. Un libro encuadernado con alguna curiosidad, un rosario menos comun, y dos sillas en su aposento, eran alhajas que lastimaban su delicadeza; ni jamás fue posible hacerle admitir un mueble de bien poca consideracion que le envió su madre la Marquesa, juzgando que tenia mucha necesidad de él; y costó gran trabajo reducirle á que recibiese dos estampas de papel, una de santo Tomás de Aquino, y otra de santa Catalina, por la particular devocion que profesaba á estos Santos. Notábase siempre en él una igualdad y una tranquilidad inalterable; la que singularmente se reconoció en la muerte de su padre, que sucedió poco tiempo después que entró en la Compañía. Sabíase el tierno amor que le profesaba, y con todo eso apenas mostró otro sentimiento que levantar los ojos y las manos al

cielo, y dar gracias á Nuestro Señor de que en adelante podria decir sin estorbo y á boca llena: *Padre nuestro, que estás en los cielos.*

Como tenia tan puro el corazon, continuamente estaba en la presencia de Dios, sin perderle jamás de vista. Dando cuenta de su conciencia, dijo con ingenuidad, que en el espacio de seis meses solo se habia distraido á su parecer, como por el tiempo de un *Ave María*. Temiendo el superior que los grandes dolores de cabeza que padecio toda la vida fuesen efecto de su intensa aplicacion á la oracion, le suspendió este ejercicio por algun tiempo; pero fue peor el remedio que la enfermedad. *No sé qué hacer*, decia el Santo con gracia; *mándanme que no piense en Dios, porque no me haga daño á la cabeza, y me le hace mucho mayor el trabajo que me cuesta el no pensar*. Casi desde la cuna tuvo un don de oracion muy elevado, siendo Dios su principal y aun su único maestro. Cuando el célebre cardenal Belarmino daba el ejercicio á los hermanos estudiantes del colegio, en tocando ciertos preceptos ó reglas de meditacion, solia decir: *Esto lo aprendí de nuestro Luis.*

Tenia tan mortificados todos sus sentidos, que parecia haber cási perdido el uso de ellos. Frecuentaba muchas veces alguna pieza o algun sitio, y no podia dar señas de él; solo hacia reflexion á lo que comia, para escoger lo que era mas ingrato al paladar; de manera, que la mortificacion era siempre la salsa de su comida. Era tan detenido en el hablar, que tocaba la raya de escrúpulo su circunspeccion; mas no por eso dejaba de ser muy divertida su conversacion, ni le faltaba una sal muy delicada para sazonarla. Juzgando los superiores que diria bien á su salud el aire de Nápoles, le enviaron allá para acabar los estudios, cuya aplicacion en nada entibió su fervor. Como era de un ingenio pronto, delicado y perspicaz, sobresalió mucho en ellos; y obligado á defender conclusiones públicas al fin de sus estudios, le persuadia su humildad á que de propósito se mostrase ignorante, y hubo menester toda su docilidad y rendimiento para sujetarse en esto á su director y á su maestro. Mereció en aquella funcion los aplausos de todo el colegio Romano, y no tuvo poco que padecer su modestia.

Pocos meses después que volvió á Roma se suscitó cierta diferencia entre su hermano Rodulfo y el duque de Mantua sobre la sucesion al señorío de Solferino, con cuya ocasion se vio precisado el Padre General á enviarle á Castellon. Recibianle en todas partes como á un ángel venido del cielo, y la Marquesa su madre luego que le vio se sintió movida de cierta especie de veneracion, que sin liber-

tad la hizo poner las rodillas en tierra; tanto fue el respeto y tan grande el concepto que formó de la santidad de su hijo. Siempre que salia de palacio se encontraba con una multitud de gente, formada en dos alas, que le llenaba de bendiciones y se deshacia en tiernas lágrimas, y cuando se retiraban todos á su casa, decian: *Ya hemos visto al Santo.* No obstante lo irritado que estaba el duque de Mantua con el marqués de Castellon, y en medio de hallarse los ánimos sobradamente encendidos, apenas les habló este Ángel de paz cuando se compusieron las diferencias; restituyósele al Marqués el señorío de Solferino, y quedó mas sólida y estrechamente arraigada que nunca la amistad entre los dos príncipes. Nunca se vió reconciliacion mas sincera, y desde luego se calificó por uno de los primeros milagros de san Luis.

Ni fue este el único que obró durante su estancia en Mantua y en Castellon. Fueron pocos los señores de las dos cortes que no se moviesen y no se reformasen con la conversacion del jóven Jesuita. Obligóle el rector del colegio de Mantua á que hiciese una plática doméstica á la comunidad; y él la hizo sobre la caridad con tanto fervor y con tanta mocion, que todos quedaron muy edificados. Antes de salir de Castellon pidió la Marquesa á los superiores que obligasen á Luis á que predicase á sus vasallos; hízolo con un prodigioso concurso, y con fruto tan copioso, que al acabarse el sermon se confesaron mas de setecientas personas, y se consideraron como otros tantos milagros las muchas conversiones que se siguieron.

No teniendo ya qué hacer en Castellon, recibió órden de pasar á Milan para continuar sus estudios; pero luego que llegó se halló con otra del General, en que se le mandaba restituirse á Roma. Obedecióle con el mayor gusto, y mas habiéndosele dado á entender en la oracion, con no sé qué cierta seguridad, que se acercaba el fin de su vida. Aunque toda ella habia sido una continua preparacion para la muerte, en este último año redobló su fervor. Hízose tan tierno y tan encendido su amor á Dios, que solo con oirle nombrar, sensiblemente se le alteraba é inflamaba el semblante. Cualquiera rasgo, cualquiera expresion afectuosa que oyese en la lectura del refectorio bastaba para obligarle á interrumpir la comida, haciendo tal impresion en su pecho que no la podia contener sin que se explicase en dulces lágrimas por los ojos. Con solo ver una estrella ó una flor crecian sus incendios. Teníase gran cuidado en las conversaciones de evitar ciertas voces algo mas afectuosas y expresivas, por excusarle una alteracion que podia perjudicar gravemente á su salud. Los mis-

mos efectos producia su tierna devocion á la santísima Vírgen; y siempre que comulgaba se quedaba como extáticamente arrebatado.

Afligida por este tiempo toda la Italia con una enfermedad popular, se refugiaron á Roma todos los pobres de las cercanías, y fue aquella ciudad doloroso teatro de la mas triste miseria. Distinguióse mucho en aquella ocasion la caridad de los Padres de la Compañía; porque además de su asistencia á todos los hospitales de la ciudad, erigió ella uno á su costa, en el cual el mismo Padre General servia á los enfermos. Imitaron este ejemplo todos los Jesuitas del colegio Romano y de la casa profesa; pero se hizo distinguir entre todos el fervor de nuestro Luis. No fue posible moderar su caridad y su celo; pero aunque se le procuró contener y libertar, destinándole á un hospital donde solo se recogian los enfermos que estaban fuera de peligro, quiso la divina Providencia que la caridad consumiese aquella preciosa víctima. Habiase llevado el contagio á muchos Jesuitas, y no perdonó á nuestro Santo. Apenas se sintió tocado, cuando no pudo disimular su alegría, tanto que hizo escrúpulo de ella, y consultó al P. Belarmino si habria alguna culpa en regocijarse tanto con la muerte, ó si en esto se podria esconder algun artificio del amor propio. Como desde luego se descubrió violenta la enfermedad, pidió con instancia se le administrasen los Sacramentos, y los recibió con tanta serenidad y con tanta devocion, que sacó las lágrimas á todos los circunstantes. Acordóse entonces de que varias veces le habian dicho que á la hora de la muerte habia de tener escrúpulo de sus excesivas penitencias, y suplicó al Padre rector asegurase á todos que este punto no le daba el mas mínimo cuidado, y que solo sentia no haber podido conseguir licencia de los superiores para hacer muchas mas. Declinó después su enfermedad en una calentura héctica, que parece solo le dilató algo mas de vida para que nos dejase mas ejemplos de virtud, y para que con los nuevos trabajos acaudalase mayores merecimientos. Oyendo decir que las enfermedades epidémicas que reinaban iban degenerando en peste, pidió licencia al Padre General para hacer voto de asistir á los apestados, si Dios le diese salud; y obtenido el permiso, hizo el voto con nuevo fervor.

Los cardenales de la Rovera y Gonzaga, sus parientes, que le visitaban con frecuencia, no acertaban á separarse de él, y salian siempre con el corazon penetrado de dolor, y sensiblemente movido con la devota impresion que hacian en todos sus palabras. No pudiendo disimular el consuelo que sentia su alma de verse morir Jesuita, todas las veces que le visitaba el cardenal Gonzaga le repetia las gra-

cias por los buenos oficios que le habia hecho para allanar las dificultades que se oponian á su vocacion. Tenia siempre en la mano un Crucifijo, y una imágen de la santísima Vírgen delante de los ojos. Habiendo recibido un expreso de la Marquesa su madre, la escribió despidiéndose de ella en términos tan tiernos y tan fervorosos, que se deshacian en lágrimas cuantos leyeron la carta. Dijéronle después que los médicos solo le daban ocho dias de vida, y fue tanto su gozo, que rogó á los que se hallaban en su aposento le ayudasen á rezar el *Te Deum* en accion de gracias al Señor por una noticia tan alegre. Vínole á visitar un Padre, y luego que le vió, exclamó como transportado: *Marchamos, padre mio, y marchamos con alegría.* Tres dias antes de morir se puso sobre el pecho un Crucifijo, y con semblante risueño repetia sin cesar aquellas palabras del Apóstol: *Deseo ser desatado, y estar con Jesucristo.* Aunque no se reconocia novedad alguna en su enfermedad, dijo positivamente con su acostumbrada y natural alegría que aquella noche moriria. Recibió la bendicion apostólica *in articulo mortis*, que le envió Su Santidad, y quiso tambien que le volviesen á administrar los Sacramentos; después de los cuales pidió le leyesen la recomendacion del alma con las últimas oraciones de la Iglesia, cuya postrera funcion enterneció y movió tanto á los circunstantes, que todos se querian recomendar en las del mismo moribundo. En fin, el jueves por la noche, 21 de junio de 1591, en que aquel año cayó la octava del Corpus, entregó dulcemente su dichoso espíritu en manos de su Criador, á los veinte y tres años, tres meses y once dias de edad, y á los seis de su entrada en la Compañía.

Cuando se divulgó por Roma que habia muerto san Luis Gonzaga, excitó esta noticia en los ánimos de todos aquellas impresiones de admiracion, de devocion y de respeto que de ordinario suele causar la muerte de los justos. Resonaba en todas partes de la ciudad esta voz general: *Murió el Santo.* Concurrian todos á besarle los piés y las manos, solicitando alguna reliquia suya. Fue tan grande el concurso á su entierro, y tanto el tropel de los que se abalanzaban á besarle los piés, ó á tocar por lo menos el féretro, que fue preciso interrumpir muchas veces el oficio. En fin, enterróse el santo cuerpo en la iglesia del colegio Romano, dedicada á la Anunciacion, y desde luego comenzó Dios á manifestar la santidad de su siervo por los muchos milagros que obró por su intercesion, haciendo célebre y gloriosa su sepultura. Siete años después, con aprobacion del sumo Pontífice, fue su santo cuerpo elevado de la tierra; y colocado en una caja de

plomo, se metió en el grueso de la pared de la misma capilla de la Virgen. Treinta años después, el de 1621, le beatificó el papa Gregorio XV, permitiendo á los religiosos de la Compañía que rezasen de él el dia 21 de junio, que fue el de su muerte. El de 1691 fueron trasladadas con grande solemnidad sus preciosas reliquias á la magnífica capilla de la misma iglesia, que el marqués Scipion Lanceloto hizo fabricar en honor del Santo, y es reputada por una de las mas ricas y mas brillantes de Roma. Finalmente, el último dia del año de 1727 el papa Benedicto XIII le canonizó, y le puso en el catálogo de los Santos.

El autor de la vida de santa María Magdalena de Pazzis asegura que el dia 4 de abril del año 1600, estando la Santa en uno de sus acostumbrados éxtasis, comenzó á exclamar de repente con una especie de entusiasmo: «¡Oh, qué gloria es la de Luis, hijo de Ignacio! Nunca la hubiera creido, si no me la hubiera mostrado el Señor. Paréceme que no he visto en el cielo gloria igual á la de Luis; «digo que Luis es un gran Santo. Tenemos muchos Santos en la Iglesia que no creo estén tan elevados. Quisiera poder ir por todo el «mundo para decir que Luis, hijo de Ignacio, es un gran Santo; y «quisiera poder mostrar la gloria de que goza, para que fuese glorificado el mismo Dios; fue elevado á grado tan sublime, porque «trajo una vida interior. ¿Quién pudiera explicar el valor y el precio de la vida interior? No hay comparacion de la interior á la exterior. Mientras Luis vivió acá abajo, siempre tuvo fijos los ojos en «el divino Verbo. Luis fue mártir oculto; porque el que os conoce, «mi Dios, os conoce tan grande y tan amable, que es un verdadero «martirio ver que no os ama tanto como desea amaros, y que léjos de «ser amado de las criaturas, seais ofendido. Fue tambien mártir, «porque él mismo se atormentó mucho. ¡Oh cuánto amó Luis en el «mundo! Por eso goza ahora de Dios en el cielo con una plenitud de «amor. Cuando estaba en esta vida mortal continuamente lanzaba «flechas de amor al corazon del Verbo; ahora que está en el cielo «vuelven estas flechas hácia el mismo corazon, y se mantienen clavadas en él, porque los actos de amor y de caridad que hacia en«tonces le causan una extremada alegría.» Dichas estas palabras enmudeció la Santa por un rato, teniendo fijos los ojos en el cielo, y después exclamó: «Yo quiero aplicarme á ayudar á las almas, para «que si alguna de las que ayudare fuere al cielo, ruegue á Dios por «mí, como lo hace Luis por todos aquellos que le hicieron este beneficio.»

SAN RAIMUNDO, OBISPO DE BARBASTRO.

San Raimundo, decoroso ornamento del órden episcopal, tan celebrado por su eminente virtud, como por la heróica paciencia con que toleró el violento despojo de su cátedra, nació en Durban, pueblo del obispado de Tolosa, de la ilustre casa de aquellos condes. Aplicáronse sus padres á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre nacimiento; pero su bello natural y su inclinacion á lo bueno, facilitaron mas que todo el efecto de sus buenos deseos. Quisieron que siguiese los estudios; pero luego que adquirió algunos tenues conocimientos en las letras, le dedicaron á la carrera militar, por ser aquel ejercicio muy frecuente en los jóvenes de sus circunstancias; y no siendo aquella profesion para la que Dios tenia elegido á Raimundo, le inspiró que volviese á continuar el estudio. No se resistió un punto á la vocacion del cielo el devoto mancebo, y como se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, juntando con ellos una suma aplicacion, hizo en muy breve tiempo grandes progresos en las ciencias, y nada inferiores en la virtud; mas como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo abrazado el estado eclesiástico, ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que se vió revestido del sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y empeñando para el logro de este fin todo su fervor y toda su eficacia, se distinguió entre todos los clérigos por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría.

Quisieron los canónigos de San Saturnino de Tolosa tener al frente una persona tan recomendable como Raimundo, y para ello le eligieron prior de aquel ilustre cabildo, bajo el concepto de que daria mucho lustre á su iglesia. No salieron frustradas sus esperanzas, pues con el nuevo empleo adquirió nuevo esplendor la virtud del célebre sacerdote, sirviéndole de estímulo para aumentar su fervor y para que tuviesen mas extension los ardorosos impulsos de su celo verdaderamente apostólico. Habíale Dios dotado con el don especial de atraer á muchas gentes á verdadero conocimiento con sus sabias y con sus amorosas exhortaciones; y haciendo uso de esta gracia especial, convirtió innumerables pecadores, ya con sus conversaciones familiares, ya con sus elocuentes predicaciones; en cuyo ministerio trabajó infatigablemente algunos años, correspondiendo el fruto á la

actividad del celoso operario, que solo pensaba en su propia santificacion, y en la del pueblo, siendo siempre eficaces sus exhortaciones, porque siempre iban acompañadas con el ejemplo.

Esparcióse la fama de las eminentes virtudes de Raimundo no solo por el territorio de Tolosa, sino es por todas las provincias inmediatas; y habiendo vacado la silla episcopal de Barbastro, fue promovido á aquella cátedra, hallándose muy distante de apetecer honoríficos empleos. No fue tan fácil el consentimiento del ilustre Prior, como habia sido la eleccion, pues se mantuvo inflexible á las mas fuertes instancias de los electores, sin que le obligasen los respetos del rey D. Pedro de Aragon, con cuya aprobacion se hizo el nombramiento. Crecian al paso de la repugnancia del Santo los deseos de los interesados en la admision, y viendo frustrados cuantos medios estimaron precisos para obligarle, lo condujeron con violencia á Barbastro, entronizándole con universal aclamacion de todo el pueblo.

No ignoraba Raimundo los formidables cargos de la dignidad episcopal, y lleno de confianza en aquel Señor que se la cargó sobre sus hombros, esperanzado en la divina piedad que le daria todas aquellas luces y todas las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con los deberes de su alto ministerio, comenzó á ejecutarlo con aquella vigilancia y con aquella solicitud que exige el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Visitó su obispado personalmente; y cada visita no era como quiera una reforma, sino una visible transformacion de las costumbres de los pueblos. Apacentó sus ovejas con los abundantes pastos de la doctrina cristiana, plantó en ellas las virtudes que enseñaba, mas con el ejemplo que con sus sabias exhortaciones, y aplicó todo su esfuerzo á desarraigar los vicios que afeaban la hermosura de la Iglesia; y cuando otros obispos tocados de la raíz de todos los males, que es la codicia, solicitaban atesorar riquezas, valiéndose Raimundo de la oportunidad que le ofrecian aquellos calamitosos tiempos, se portaba muy al contrario, buscando solo como celoso pastor las cosas pertenecientes al servicio del Señor y á la salvacion de sus ovejas, cuyos oficios practicaba con tan maravilloso desinterés, que parecia serle característica la pobreza evangélica.

Seria una especie de prodigio si una virtud tan eminente como la de Raimundo estuviese exenta de la prueba de la persecucion. Aquella armoniosa union que reinaba entre el pastor y el rebaño se turbó por el artificio del infierno, sobre cuyos dominios hacia cada dia el insigne Prelado nuevas conquistas para Jesucristo. Desagradó mu-

cho al enemigo comun así la solicitud pastoral, como los grandes frutos que hacia el Santo cada dia, y enfurecido contra él, desplegó todas las máquinas de su diabólica astucia. Incitó á Esteban, obispo de Huesca, hombre de una insaciable codicia, para que á pretexto de ciertos derechos imaginarios inquietase al santo Obispo en la posesion pacífica de su silla: adoptó Esteban un pensamiento tan indigno, y habiendo entrado con mano armada en Barbastro, valiéndose del favor que le dispensaba Alfonso, rey de Aragon, prendió á Raimundo en el mismo altar, y le expelió ignominiosamente de la ciudad. Sufrió el siervo de Dios con indecible paciencia aquel execrable insulto, y saliéndose á pié de Barbastro, le siguió su amado pueblo, hasta los judíos y los gentiles, llorando todos amargamente la desgracia que tan injustamente se le ocasionaba. Llegó el ilustre Prelado á un pueblo de su diócesi con la comitiva que le acompañaba; predicóle con aquel fervor y con aquel celo que era propio de su carácter, y volviéndose hácia Barbastro, excomulgó á Esteban por invasor y por espoliador sacrílego contra las reglas prescritas en los sagrados cánones.

Retiróse el Santo á Roda, que tambien era iglesia suya, en virtud de la union que hizo de ella con la de Barbastro el rey D. Pedro de Aragon en el año 1101, cuando la recuperó del poder de los mahometanos. Apeló sobre el enorme atentado á Pascual II, que por entonces regia la cátedra de san Pedro; y sintiendo el Papa el sacrílego despojo, escribió al invasor, abominando el indigno procedimiento, y mandándole que dentro del preciso término de dos meses diese á Raimundo la satisfaccion que era debida, bajo la pena de suspension de todas las funciones de su oficio. Asimismo escribió al rey Alfonso de Aragon en tono bastantemente sensible, quejándose del auxilio que habia dado al de Huesca para un arrojo tan temerario; amonestándole que jamás permitiese el que se invadiesen los términos señalados respectivamente en las iglesias, los que en el presente caso se hallaban prescritos por los gloriosos reyes su padre y su hermano con aprobacion de la Santa Sede. No tuvieron el deseado efecto las letras apostólicas durante el despojo de Raimundo, que se ocupaba en Roda en santas vigilias, en rigurosos ayunos y en asombrosas penitencias; y electo obispo de Ribagorza, dispensó el ministerio con el mismo celo y con la misma vigilancia pastoral que se portó en Barbastro.

Pasó Raimundo á Zaragoza por causa de ciertos negocios urgentes, y fue recibido del obispo y de los canónigos con aquellas demos-

traciones de amor y de respeto que eran debidas á su eminente virtud. Quedó admirado al ver tanta caridad en una iglesia recien conquistada del poder de los agarenos; y rogando á aquel ilustre cabildo que le hiciesen participante de sus beneficios piadosos, lo ejecutaron así con la mayor complacencia: desde cuyo tiempo tuvo principio la confraternidad que hasta el dia se conserva entre los canónigos de Zaragoza y Roda. Pidieron con este motivo los de Zaragoza á Raimundo, que les diese alguna parte de las reliquias de san Valerio que estaban en la iglesia de Roda; y conociendo el Santo lo justo de la súplica, les concedió un brazo de aquel insigne Prelado, que se trasladó á Zaragoza en el año 1118 con imponderable gozo de todos los ciudadanos.

Crecia cada dia la fama de la eminente santidad de Raimundo; y pesaroso el rey Alfonso de Aragon de haber dado auxilio para que se le despojase de su cátedra, quiso darle pruebas de su arrepentimiento y del alto concepto en que le tenia. Determinó aquel valeroso príncipe, conocido por el glorioso título de Batallador, penetrar hasta lo mas remoto de Andalucía, con el noble objeto de expeler á los moros de aquella fertilísima provincia; y para que Dios echase la bendicion sobre sus armas, determinó llevar á Raimundo en su compañía, á fin de que le ayudase con sus poderosas oraciones, y que animase al ejército con sus celosas predicaciones. Obedeció el santo Prelado, olvidándose de las injurias que el Rey le habia hecho, como verdadero discípulo de Jesucristo: llegó Alfonso á Málaga, después de los innumerables trabajos que padecieron sus tropas en una marcha tan dilatada: salió á contener sus ímpetus una innumerable multitud de agarenos; y orando Raimundo como otro Moisés, mientras peleaban los soldados, conocieron todos visiblemente que los progresos felices de aquella empresa tan ardua eran debidos mas á las fervorosas oraciones del Santo que al poder de las armas.

Volvió el ilustre Prelado de aquella expedicion con órden del rey Alfonso, para que se le restituyese en la silla de Barbastro: vino indispuesto todo el camino, y agravándose la enfermedad luego que llegó á Huesca, dió aviso del peligro en que se hallaba á los canónigos de Roda. Recurrieron estos inmediatamente á visitar al santo Obispo; y si fue grande el gozo que tuvieron con verle, fue sin comparacion mayor la pena, conociendo que estaba en inminente peligro. Creció la indisposicion de dia en dia; y habiendo recibido los últimos Sacramentos con aquella devocion que era propia de un hombre tan ejemplar, murió tranquilamente en el dia 21 de julio del

año 1126, después que dispensó el ministerio episcopal como un verdadero sucesor de los Apóstoles por espacio de veinte y un años, ocho meses y veinte dias. Depositóse el venerable cuerpo del ilustre Prelado en la iglesia de Roda; y queriendo el Señor hacer célebre su sepulcro, obró muchos prodigios en favor de los que concurrian á visitarle.

Sintió Esteban, obispo de Huesca, después de la muerte de Raimundo el sacrílego atentado que habia cometido, y movido del remordimiento de su conciencia, se condujo á Roma á pedir la absolucion de su censura; pero queriendo el cielo castigar su enorme delito, murió infelizmente á manos de unos ladrones. En vista de este escarmiento, procuró el rey Alfonso dar á todo el mundo un testimonio público de su arrepentimiento: convocó á muchos obispos y varones religiosos, y habiendo confesado ante ellos lo mal que habia procedido en auxiliar el injusto despojo de Raimundo, dijo: *Pero ahora temiendo el juicio de Dios, confirmo á Pedro, obispo de Roda, y á todos sus sucesores todos los derechos que le competen á la silla de Barbastro, en virtud de los establecimientos hechos por mi padre y hermanos, confirmados por la Santa Sede.*

Quiso Gaufrido, sucesor de Raimundo, colocar las reliquias de su santo predecesor en lugar mas decente, con las de otros Santos que estaban enterrados fuera de los muros de Roda en varios huertos, donde los ocultaron los Cristianos en la irrupcion de los moros. Convocó para la solemnidad de aquel acto religioso á muchos obispos, abades, nobles y personas distinguidas de los pueblos vecinos, y con asistencia de tan lucido concurso se trasladaron las del ilustre Prelado en el dia 16 de noviembre de 1143 á un sepulcro de mármol, que se colocó en el altar mayor de la iglesia de Roda, donde se ha dignado Dios obrar muchos milagros, que justificados en forma, y remitidos á Roma, se obtuvo la canonizacion del siervo de Dios verosímilmente por el papa Inocencio II á los diez años después de su muerte.

SAN EUSEBIO, OBISPO DE SAMOSATA, MÁRTIR.

Esta ciudad, capital de Comagenes en Siria, llamada ahora Sempsat, fue una silla episcopal antiquísima bajo el metropolitano de Hierápolis. Por destino de la Providencia divina fue san Eusebio colocado en ella á un tiempo en que todos los obispados circunvecinos estaban ocupados de Arrianos, que fue en el año de 361. En el mismo asistió á un concilio en Antioquía, compuesto la mayor parte de

Arrianos, estando en aquella ciudad el emperador Constancio. San Eusebio concurrió y esforzó acérrimamente la eleccion de san Melecio, patriarca de Antioquía, porque estaba muy seguro de su celo por la fe ortodoxa. Era tal la opinion que los mismos Arrianos tenian formada de la virtud de san Eusebio, que aunque conocian que era un enemigo irreconciliable de su herejía, ponian en su probidad una entera confianza. Por esta razon fiaron á su prudencia la acta sinódica de la eleccion de san Melecio. A pocos dias de esto, provocados sumamente del fervor con que Melecio predicaba la fe del concilio Niceno en el primer discurso que hizo al pueblo, principiaron á pensar en quitarle de en medio, y á solicitudes de los herejes envió el emperador Constancio un oficial suyo á Eusebio para que le quitase á este la acta de aquella sinódica eleccion. El Santo respondió que él no podia entregarla sin el consentimiento unánime de los que la habian puesto en sus manos: el oficial le amenazó con que le cortaria la mano derecha si se resistia á entregarla, ó rehusaba cumplir las órdenes del Emperador. El Santo extendió no solo su derecha sino su izquierda tambien, diciéndole que bien podia cortárselas ambas; pero que él de modo ninguno consentiria en una accion tan injusta. Tanto el oficial como el Emperador admiraron su heroicidad, y elogiaron una accion tan grande, aunque trastornaba todos sus proyectos. Algunos tiempos no se negó san Eusebio á asistir á los conciliábulos y conferencias de los Arrianos por mantener contra ellos la verdad; pero viendo que ya su conducta escandalizaba á algunos, rompió toda comunicacion con ellos en las materias eclesiásticas después del concilio de Antioquía, celebrado en el año de 363, en el reinado de Joviano. En el de 370 asistió á la eleccion de san Basilio, arzobispo de Cesarea, y contrajo una amistad estrechísima con aquella columna de la fe y de la virtud. Tan admirable fue el celo de nuestro Santo y tan brillante el lustre de su santidad, que san Gregorio Nacianceno en una carta que escribió por aquel tiempo, le llama columna de la verdad, luz del mundo, instrumento de los favores de Dios para su pueblo, sustentáculo y gloria de todos los Católicos.

Cuando principió á enfurecerse la persecucion de Valente, no contento Eusebio con precaver á su grey contra el veneno de la herejía, hizo varios viajes por la Siria, Fenicia y Palestina, disfrazado en hábito de oficial, para fortalecer en la fe á los Católicos, ordenar presbíteros donde hacian falta, y ayudar á los obispos ortodoxos á llenar las sillas vacantes de pastores dignos y celosos. Su celo daba cada dia nuevos golpes al partido arriano; de suerte que en el año de 374

el emperador Valente envió una órden para que fuese desterrado á Tracia. El mensajero imperial llegó por la tarde á Samosata, significó al Obispo las órdenes del Emperador, el cual le suplicó guardase el secreto, diciéndole: «que si lo llegaba á entender el pueblo, era «tal el celo de todos por la fe, que se levantarian contra él, y podia «su muerte ir á cargo del prelado.» El santo Obispo celebró el oficio nocturno segun acostumbraba, y luego que todos fueron en busca del descanso, salió con un criado de confianza hasta el Eufrates, que corre por bajo de los muros de la ciudad, donde embarcándose en un pequeño bajel surcó las aguas rio abajo hasta Zeugma, que está unas setenta millas distante. A la mañana se extendió el rumor de la noticia, y en un momento se vieron cubiertas las riberas del rio de bajeles y botes en busca suya. Cogiéronle en efecto en Zeugma, y le suplicaron que no les dejase en la boca de aquellos lobos. Mucho le conmovieron al Santo sus ruegos, pero viéndose en la necesidad fatal de obedecer, les exhortó á tener en Dios confianza. Ofreciéronle dinero, esclavos, vestidos y toda especie de provisiones; pero no quiso aceptar cosa de consideracion, y encomendando á Dios á su amada grey prosiguió su jornada á Tracia. Los Arrianos intrusaron á un tal Eunomio en su silla, no el famoso heresiarca de su nombre, sino un hombre de gran moderacion. Con todo, el pueblo lo resistió, y el concilio de la ciudad y los magistrados mas que todos los demás: no habia un solo habitante, pobre ni rico, viejo ni mozo, eclesiástico ni secular, que quisiera verle; y bien fuese en la iglesia, bien en su casa, ó últimamente en los sitios públicos, siempre estaba solo el infeliz Prelado. Disgustado de esta situacoin, se retiró de la ciudad, y dejó al pueblo gozar de su libertad. Los herejes pusieron en lugar de aquel á un tal Lucio, hombre violento, que desterró al diácono Evolcio al desierto de Oasis al otro lado de Egipto; á un sacerdote llamado Antíoco á un remoto clima de Armenia, y á otros á diversas partes solitarias y temibles. Sin embargo de esto no pudo granjearse un amigo para su partido. La conducta del pueblo era la misma que habia sido con Eunomio, de cuya verdad se da un ejemplo en que pasando un dia por un sitio público en que estaban jugando algunos muchachos, tocó la pelota en un casco de la mula, y como si por esto hubiera quedado impura, ó inquinada ó poluta, la arrojaron al fuego. Devastaron los godos á Tracia en el año de 379, y para escapar de sus crueldades consiguió licencia Eusebio para volver á su silla; pero esto fue para coronar sus penas con el martirio. De ningun modo parecia abatido ni amedrentado con su destierro, sino aun

mas infatigable que antes en sus esmeros por defender á su iglesia. Cuando la muerte de Valente puso fin á su persecucion en el año de 378, habia el Santo viajado por varios países, procurando que las sillas vacantes se fuesen ocupando de pastores católicos. Esto tuvo efecto en Berea, Hierápolis y Ciro. En Dolicha, pequeña ciudad episcopal en Comagenes, cuarenta y una millas distante de Samosata, fue ordenado obispo por direccion y á diligencias suyas un tal Mario. Como toda la ciudad se componia de obstinados Arrianos, san Eusebio quiso acompañarle á ella cuando fué á tomar posesion de su silla. Una mujer arriana que le vió pasar por la calle le tiró una teja desde lo alto de una casa, le cayó sobre la cabeza, y á pocos dias murió el Santo de la herida, en el año de 379, ó 380. En sus últimos momentos, á imitacion de su divino Maestro, obligó á sus amigos con juramento á no perseguir en tiempo alguno á su asesina, ni á sus cómplices; y es honrado por los griegos en el dia 22, y por los latinos en el 21 de junio.

SAN PALLADIO, ARZOBISPO DE EMBRU DE LA PROVINCIA DE ALVERNIA, CONFESOR.

San Palladio fue natural de Embru, ciudad de la antigua provincia de Alvernia del reino de Francia, hijo de padres nobles y católicos. Ya desde su tierna edad mostró lo que habia de ser por el tiempo venidero, porque tenia en poco las cosas de este mundo, aplicándose del todo á las del servicio de Dios, como se lo habia enseñado el arzobispo de la misma ciudad.

Aconteció que los herejes echaron de Embru al arzobispo, el cual se fué, como desterrado, á Viena, y Palladio le quiso acompañar en su destierro. Llegando á la dicha ciudad de Viena fueron benignamente recibidos por san Avito, obispo de ella, donde estuvieron muchos años ejercitándose en obras santas y tocantes al servicio de Dios.

Murió, segun se entiende, el arzobispo de Embru, y quedó elegido en su lugar el bienaventurado san Gallicano, el cual habiendo vivido poco en el cargo, fue elegido después con grande aplauso y consentimiento de todos, así seglares como eclesiásticos, el bienaventurado san Palladio. Hízose esta eleccion ciertamente por inspiracion del Espíritu Santo, porque segun contaba él á sus discípulos, todo lo que habia de hacer, tratar ó enseñar, le era revelado por los Ángeles, que nunca se apartaban de su compañía.

Era este gran siervo de Dios muy fervoroso en la oracion, y tan

dichoso en ella que todo cuanto pedia alcanzaba. Tenia grande caridad con los pobres, y sustentaba de sus rentas muchos huérfanos y viudas. Y de tal suerte socorria á los peregrinos, extraños y á otras personas pobres, que nunca alguno le pidió limosna que se fuese sin ella. Fue devotísimo de la pasion de Cristo nuestro bien, y así con la santa señal de la cruz venció muchas veces al demonio. Tuvo espíritu de profecía, porque mucho antes de morir dijo el dia de su muerte, y profetizó tambien la del bienaventurado san Sigismundo, rey de Borgoña, y la destruccion de su reino: el cual sin duda le trató, pues estuvo en casa de san Avito, arzobispo de Viena y maestro de san Sigismundo.

Vivió en el arzobispado por espacio de cinco años, y en este tiempo hizo fabricar en su iglesia metropolitana cinco altares para honra y gloria de Dios. Fue su gobierno santísimo y muy acertado, porque teniendo aviso de las faltas de sus feligreses por los Ángeles, fácilmente acudia á poner el remedio conveniente. Ofendíase muchísimo de cualquier cosa por mínima que fuese, como tocase á la honra de Dios.

Finalmente habiendo vivido santísimamente, quiso su divina Majestad premiarle sus trabajos quitándole la vida corporal y dándole por ella la vida eterna. Murió el año del Señor 518, reinando en Francia Childeberto, Clotario y Teodorico, hijos de Clodoveo.

Rézase de este santo confesor en Camprodon, obispado de Gerona, en Cataluña; nombrándole en la colecta de la misa y oficio divino.

Celébrase su fiesta en tal dia como hoy, que es el dia de la traslacion de su santo cuerpo, cuando de Francia, donde estaba sepultado, fue traido á Camprodon. Lo trajo un monje de la Órden de san Benito del monasterio de la Portella del obispado de Vich, y quedóse en Camprodon milagrosamente. Porque llegado que hubo allí no fue posible pasar mas adelante, y así fue solemnemente puesto en el monasterio de San Pedro de la dicha villa, que es de la misma Órden. Sus reliquias están guardadas en una arca de plata, las cuales acostumbran mostrar con gran solemnidad al pueblo el dia de su fiesta.

Ha obrado Dios por intercesion de san Palladio grandes milagros, así en vida como después de muerto. Los breviarios antiguos de los obispados de Gerona y Barcelona cuentan, que yendo un dia á un castillo llamado Alagon no léjos de la ciudad de Émbru, súbitamente cayó una peña grande, la cual amenazaba dar sobre el Santo. Levantó él la mano, y haciendo la señal de la cruz contra ella, obedeció aquella criatura insensible, como si tuviera uso de razon, y se

desvió por otra parte, y este fue el primer milagro que se divulgó por la ciudad. Habia en Embru un hombre puesto en el artículo de la muerte, y tan desmayado que no podia tomar cosa alguna. Acudieron al Santo, el cual echando su bendicion á un pedazo de pan, mandó le diesen á comer de él. Hízose así, y en habiendo gustado el enfermo del pan se halló libre de la enfermedad. Cierta doncella tenia un brazo emponzoñado, por haberla mordido un escorpion, y estando afligida y con gran peligro de la vida, acudió al siervo de Dios para que le valiese, el cual se puso en oracion, y luego después de ella fue la doncella curada.

Estos y otros milagros hizo el glorioso Santo en esta vida; pero los que ha hecho después de muerto son innumerables, particularmente en la ciudad de Perpiñan y villa de Camprodon. Recien traido su santo cuerpo á Camprodon, pusieron un niño muerto sobre el altar donde le tenian, y fue servido Dios resucitarle por sus méritos é intercesion.

Es este bienaventurado Santo abogado contra la tempestad y piedra; y hase visto tambien por experiencia su poderosa intercesion en las enfermedades contagiosas. En los que padecen mal de ojos es un milagro continuado, poniendo una piedra del Santo sobre ellos, la cual se tiene por cosa averiguada es la que el Santo llevaba en su anillo. Los que se sienten con dolor de cabeza, poniéndose una medida que haya tocado la cabeza del siervo de Dios, hallan alivio ó se ven enteramente libres al instante. A las mujeres que tienen mal parto alcanzan gracia de Nuestro Señor que luego sean libres, si con devocion le invocan. Finalmente es san Palladio abogado contra toda clase de enfermedades.

Por los años de 1470 los franceses robaron con otras reliquias el cuerpo de este Santo, cuando tomaron la villa de Camprodon y la saquearon, y fue llevado á Perpiñan, luego á Carcasona, y después transferido al castillo de Bellcaire cerca de Montpeller. Últimamente, habiendo manifestado el Santo con reiterados y asombrosos prodigios que queria ser restituido á la villa de Camprodon, lo fue por la vizcondesa de la Valette, viuda del capitan detentor, el cual murió diciendo en presencia del rey de Francia, que su muerte era ocasionada por el pecado grande que habia cometido en detenerse por tanto tiempo el cuerpo santo de Camprodon, á pesar de las reiteradas inspiraciones y avisos que habia recibido para efectuarlo; y que por lo tanto suplicaba á S. M. le diese licencia para que pudiese hacer la restitucion. Concedió el rey la peticion, y él hizo luego testa-

mento, en el cual mandó que el cuerpo de san Palladio fuese devuelto á Camprodon. Fueron tres eclesiásticos y un jurado, y la Vizcondesa les entregó con las reliquias del Santo la santa Vera Cruz, la espina de la corona de Jesucristo nuestro Señor con lo demás que tenia de aquel lugar.

En entrando las reliquias por Cataluña las campanas de cada lugar por donde pasaban, se tañian por sí mismas, y de esta suerte fue restituido el bienaventurado san Palladio al monasterio de San Pedro de Camprodon, y recibido en él con toda solemnidad. (*Domènech, historia de los Santos de Cataluña*).

La Misa es en honra de san Luis Gonzaga, y la Oracion la que sigue:

Coelestium donorum distributor, Deus, qui angelico juvene Aloysio miram vitae innocentiam pari cum poenitentia sociasti; ejus meritis et intercessione concede, ut innocentem non secuti, poenitentem imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, repartidor de los dones celestiales, que juntaste en el angelical mancebo Luis una grande inocencia de alma con una maravillosa mortificacion de su cuerpo; concédenos por su intercesion y por sus merecimientos, que imitemos en la penitencia por nuestras culpas al que no hemos imitado en la inocencia de la vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XXXI *del Eclesiástico, pág. 200.*

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ni esperó en los tesoros del dinero. Hasta la felicidad de esta vida es herencia únicamente de los pobres evangélicos; porque de los ricos que ponen su confianza en sus tesoros nunca se apartan los cuidados, los desasosiegos, los temores, los sustos, las inquietudes y las zozobras. ¡Qué mayor prueba que la avaricia! Ella hace vivir y morir como si se padeciera la mayor necesidad. El avariento parece pobre, y efectivamente lo es; porque ó ya le hurte sus bienes un ladron, ó ya le prive del uso de ellos su insaciable pasion, aunque los principios de la pobreza sean diferentes, los efectos siempre son unos mismos. Al avariento no le aprovechan mas sus tesoros, que al pobre su indigencia. *Divites egueruut, et esurierunt.* (*Psalm.* XXXIII). Se puede decir, que el avariento tiene el dominio de sus bienes, sin gozar el usufructo. ¡Qué digno de compasion es el que está tiranizado de tan vergonzosa pasion! Parece que hay en eso cierta especie de fascinacion ó de encanto. ¡Tan irracional y tan servil es el ciego amor que el avariento profesa

á su tesoro, y el furioso apego de su corazon á él! Es menester que la muerte arranque el alma del cuerpo, para que su corazon se desprenda del dinero. ¡Qué vicio tan vergonzoso para un hombre que tenga un poco de honor! cuanto mas para un cristiano, que por su misma religion está obligado á no tener mas apego á los bienes de la tierra, que si no los poseyese: *Tamquam non possidentes.* Pero si á lo menos abriese los ojos un avariento, y se hiciese mas racional, considerando el ridículo papel que representa en el mundo, no seria sin remedio su enfermedad; pero enfermos de esta especie pocas esperanzas dan de sanar: *Audiebant omnia haec pharisaei, qui erant avari, et deridebant.* (*Luc.* XVI). No hay pasion menos dócil; como se cria en la oscuridad, envilece el corazon y abate el espíritu; acostumbrada á ser objeto del desprecio, se la da poco de las risibles escenas que representa. Todas las cosas concurren á hacer infeliz á un avariento; la abundancia irrita mas su pasion; la carestía le sobresalta; la medianía le altera y le pone de mal humor. De todas estas inquietudes libra la pobreza evangélica; ella sola arranca todas las espinas, ó las embota las puntas para que no piquen, igualando y facilitando el terreno. Equivócase mucho el que imagina que turba la tranquilidad, que causa mil inquietudes, y que pone la virtud en terribles pruebas; nunca está el alma mas tranquila, nunca mas contenta, que cuando siente en sí este voluntario y universal desasimiento. Está entonces Dios como obligado á proveernos en todas nuestras necesidades; y haciéndose el sacrificio de todos nuestros bienes, se ponen como á censo, por decirlo así, sobre el mismo Dios, quedando hipotecada su misma omnipotencia; de manera, que todos los bienes que tiene Dios quedan como obligados á los pocos que nosotros le sacrificamos. Con estas condiciones, ¿se podrá ya tener lástima de un pobre de Jesucristo?

El Evangelio es del capítulo XXII *de san Mateo.*

In illo tempore: Respondens Jesus, ait sadducaeis: Erratis, nescientes Scripturas, neque virtutem Dei. In resurrectione enim neque nubent, neque nubentur: sed erunt sicut angeli Dei in coelo. De resurrectione autem mortuorum non legistis quod dictum est à Deo dicente vobis: Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob? Non est Deus mortuorum, sed viventium. Et audientes

En aquel tiempo: Respondiendo Jesús, dijo á los saduceos: Errais no entendiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurreccion ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que serán como los Ángeles de Dios en el cielo. Y en órden á la resurreccion de los muertos, ¿no habeis leido lo que Dios afirmó, diciéndoos: Yo soy el Dios de Abrahan, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de los

turbae, mirabantur in doctrina ejus. Pharisaei autem audientes quod silentium imposuisset sadducaeis, convenerunt in unum: et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetae.

muertos, sino de los que viven. Oyendo esto las turbas, admiraban su doctrina. Pero los fariseos sabiendo como habia hecho callar á los saduceos, se juntaron; y uno de ellos, doctor en la ley le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley? Respondióle Jesús: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el mandamiento máximo y el primero. El segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

MEDITACION.

De la inocencia.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas preciosa que la inocencia: en ningun tiempo la hay mas delicada, en ninguno mas frágil; y se puede añadir, que tampoco la hay mas rara que en nuestros dias. Nada hay que se deba conservar con mayor cuidado y vigilancia, y nada á que se apliquen menos precauciones para conservarse. Tenemos este tesoro en vasos de tierra; es una luz que un leve soplo la apaga; sin ella nos quedamos en tinieblas. La inocencia es la que da lustre y valor á todos los demas talentos. La hermosura y el mérito de la inocencia se ha de conocer por los tristes efectos, y por la fealdad del pecado. ¿Qué es el nacimiento ilustre? ¿Qué son las riquezas? Todas las conveniencias del mundo, todas las prendas imaginables del alma y cuerpo nada son sin aquel bello realce: *Nomen habes quod vivas*, decia el Ángel del Apocalipsi, *et mortuus es*. Los grandes nombres, los títulos pomposos, las altas dignidades, los empleos elevados, las clases distinguidas; considera todo esto en un ataud, ó en un hombre que ya murió. *Mas vale un perro vivo, que un leon muerto*, dice el Eclesiástico. El alma inocente y pura, no como quiera es grata á los ojos de Dios, sino que la quiere, la ama, la admite á que tenga parte en sus gracias y favores; y como la ennoblece la gracia santificante, el precio de la sangre y de los méritos de Jesucristo, es muy estimable, enriqueciéndola aquel mismo fondo que colma de bienes y de alegría á los bienaventurados en la gloria. Si hay alguna cosa que nos pueda acercar de alguna manera á aquel dichoso estado, á aquella edad de oro, y á aquella noble cons-

ST ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

titucion en que fue criado el primer hombre, es la inocencia; las pasiones la respetan; reina la razon en el alma inocente sin tumultos ni facciones; domina la fe sin nubes; triunfa la Religion sin combates, y hasta el infierno la venera, porque está mirando en ella una imágen, un retrato de Dios, que solo borra y desfigura el pecado. Esta es aquel hermoso cíngulo que aprieta los riñones; esta aquella lámpara encendida con la cual se está esperando tranquilamente al Señor cuando vuelva de las bodas, pronta el alma para abrirle inmediatamente que toque á la puerta, y con la cual será siempre bien recibida. ¡Ó buen Dios! ¿dónde hay tesoro mas precioso que el de la inocencia?

Punto segundo. — Considera lo poco que se estima este precioso tesoro, cuando se le arriesga tan sin temor, y se pierde tan sin dolor. ¿Considérase hoy la inocencia como una gala de mucho valor? ¿Conservase con mucho cuidado esta piedra preciosa? Y si alguna vez se pierde, ¿se hacen prontas y exquisitas diligencias para recobrarla? ¡Ah! todos convienen, todos asientan que ninguna cosa corre mas peligro en el mundo que la inocencia. Pero ¿qué se hace para conservarla? ó por mejor decir, ¿qué no se hace para perderla? No se ignora que el mundo está lleno de enemigos de la inocencia; que en él todo es escollos, todo lazos; y en medio de eso á todo se expone el alma sin defensas ni precauciones. Sábese que no hay cosa mas delicada; confiésase que el aire del mundo es contagioso; pero ¿qué preservativos se aplican contra el contagio? Expónense todos á las concurrencias mundanas; córrese á los espectáculos; pero ¿se vuelve á casa con la inocencia que se sacó de ella? A vista de objetos á cual mas tentadores; en medio de tantos peligros; entre golpes de viento tan furiosos, ¡cuántos tropiezos y cuántos naufragios es preciso se ofrezcan! ¡Y luego nos admirarémos que sea tan rara la inocencia! ¡que sea tan universal la corrupcion de las costumbres! ¡que el número de los escogidos sea tan corto! Imitemos á los Santos si queremos conservar nuestra inocencia. Por conservar este tesoro sacrificó san Luis Gonzaga su principado y su marquesado con todos los bienes que tenia; por no perder esta piedra preciosa guardóla con una humildad profunda. Este fue el preservativo de que se valió contra el contagio. Su devocion ejemplar, su frecuencia de Sacramentos, su amor de Dios tan encendido, su devocion á la Vírgen tan tierna como fervorosa; estos fueron los medios que practicó para conservar aquella inocencia que fue como la basa de la eminente santidad á

que ascendió. La exacta puntualidad en el cumplimiento de todas sus obligaciones; la vigilante observancia de las mas menudas reglas eran necesarias para vivir y para morir como santo. Y ¿serémos nosotros santos, conservarémos nuestra inocencia siguiendo un camino tan opuesto, y procediendo con tan distinta conducta?

¡Dios mio, qué digno de compasion es el que no conoce su infelicidad! Pero ¡cuánto mas infeliz será el que está mirando con ojos serenos su misma perdicion! Esta ha sido hasta aquí mi suerte, divino Salvador mio; dignaos olvidar mis maldades; perdonadme mis pecados; restituidme por vuestra misericordia la preciosa estola de la inocencia, y no permitais que jamás la vuelva á perder.

Jaculatorias. —Borrad, Señor, mis pecados, restituidme la inocencia, y purificadme cada dia mas y mas. (*Psalm.* L).

Criad, Señor, en mí un nuevo corazon limpio y puro, y renovad aquel espíritu recto con que caminaba á Vos en otro tiempo. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas preciosa que la inocencia, pero tampoco la hay mas frágil ni mas delicada. Es un tesoro en vasos de tierra, como dice el Apóstol; una flor que el aire marchita, un espejo que le empaña un vapor. Nunca fue el mundo abrigo de la inocencia; es su aire contagioso. Presto desaparece una piedra preciosa que no está bien guardada. Luego se marchita una flor que no se defiende del aire; dura poco un espejo que anda en manos de todos. Guarda bien este tesoro; ten gran cuidado de que no te le hurten; consérvale con diligencia; ténle bien encerrado. Es decir, vela continuamente, está siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos. La inocencia solo se conserva huyendo las ocasiones, con la oracion y con la vigilancia. Desengañémonos; es presuncion, es locura querer conservar la inocencia en medio del contagio y de los peligros. En el mundo todo es tentacion, todo lazos; nunca te expongas á él sin preservativos; guarda tus sentidos; por estas ventanas entra la muerte, segun la expresion del Profeta. Huye, huye de la frecuente conversacion con personas de otro sexo. Usa á menudo de las oraciones jaculatorias, porque estas sirven de contraveneno en el ambiente malsano.

2 De cualquiera condicion y de cualquiera edad que seas, te es indispensablemente necesaria la mortificacion si has de conservar la inocencia. Sin esta sal se puede decir que se corrompe el corazon. Todos los Santos practicaron el ayuno, y es indispensable á todos los

fieles. La primera y la mas necesaria mortificacion de todas son los ayunos que prescribe la Iglesia; nunca te dispenses en ellos sino con clara necesidad. El ayunar los sábados en honor de la santísima Vírgen es una devocion muy saludable, y muy propia para conservar la inocencia. Consulta con tu director las mortificaciones que puedes hacer, y ninguna penitencia considerable hagas sin su consejo. No dejes pasar dia alguno sin alguna mortificacion corporal.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

El triunfo de san Paulino, obispo y confesor, en Nola, ciudad de Campaña; el cual siendo muy noble y muy rico, se hizo por Jesucristo muy pobre y muy humilde, tanto que no teniendo con que rescatar el hijo de una viuda, que habian llevado los vándalos cautivo al África cuando arruinaron y saquearon la Campaña, se vendió á sí mismo por esclavo para rescatarlo. Fue esclarecido no solo por su saber y eminente santidad de vida, sino tambien por su gran poderío contra los demonios. San Ambrosio, san Gerónimo, san Agustin y san Gregorio, en sus escritos celebran las virtudes de este Santo. Su cuerpo trasladado á Roma, se guarda con suma veneracion en la iglesia de San Bartolomé, de la isla del Tíber, junto con el cuerpo del mismo Apóstol. *(Véase su vida en las de hoy).*

El martirio de diez mil Santos mártires, en el monte Ararat, los cuales fueron crucificados. *(Véase su historia en las de hoy*: Vida de san Acacio y Heliades, etc.).

San Albano, mártir, en Venolam de Inglaterra; el cual entregándose á sí mismo por salvar á un clérigo que tenia hospedado en su casa, en tiempo de Diocleciano, fue azotado, cruelmente atormentado, y por último degollado. Con él padeció tambien uno de los soldados que lo conducian al suplicio, el cual convirtiéndose á Jesucristo en el camino, mereció ser bautizado con su propia sangre. *(San Albano, llamado en anglo-sajon* Albaner, *es el protomártir de Inglaterra, y tan grande fue la gloria de su triunfo, que se lee su nombre entre los mas famosos de toda la Iglesia, conforme lo asegura Fortunato. Aconteció su martirio en tal dia como hoy, unos dicen que en el año de* 286. *y otros con mas probabilidad que en el de* 303, *imperando Diocleciano).*

Los santos mil cuatrocientos y ochenta Mártires, en Samaria, en tiempo de Cosroas, rey de Persia.

La traslacion de san Flavio Clemente, cónsul y mártir, en Roma; el cual murió por la fe por órden del emperador Domiciano, su cuerpo hallado poco ha en la basílica de san Clemente, papa, fue depositado en la misma con solemne pompa.

San Nigeas, obispo de Romaciano, en el mismo dia; esclarecido por su saber y santas costumbres.

San Juan, obispo, en Nápoles: el cual fue llamado al reino celestial por san Paulino, obispo de Nola.

Santa Consorcia, vírgen, en el monasterio de Cluny.

SAN PAULINO, OBISPO DE NOLA.

San Paulino, objeto de la admiracion y de la veneracion de los mayores hombres de su siglo, tan célebre en toda la Iglesia, como dice el Martirologio romano, no solo por su grande erudicion, por su eminente virtud y por su insigne caridad, sino tambien por el gran poder que tuvo contra los demonios, fue hijo de Poncio Paulino, prefecto del pretorio que habia sido en las Galias, contando gran número de senadores en su familia, tanto por la línea paterna como por la materna. Nació el año de 353 en Burdeos, ó como quieren otros, en una aldea, que Ausonio llama Hebromage, á cuatro leguas de aquella ciudad. Criáronle sus padres con todo el cuidado que pedia su ilustre nacimiento; bien que dejaron poco que hacer á la educacion las nobles prendas de cuerpo, de corazon y de entendimiento con que habia nacido. Hacian sus padres profesion de la religion cristiana, y le educaron en los principios de ella. Fue su preceptor Ausonio, uno de los mayores hombres de su tiempo en la poesía y en la elocuencia. Hizo el discípulo tantos progresos en las letras humanas, que á poco tiempo pareció mas hábil, y fue mas estimado que su mismo maestro. San Gerónimo confiesa ingenuamente que no conocia hombre mas elocuente que Paulino. La pureza de su estilo, la delicadeza y la brillantez de sus pensamientos, la extension de sus noticias, el aire y la facilidad en explicarse, el fuego de su imaginacion, la fuerza y la suavidad de su elocuencia, junto todo á los inmensos bienes de fortuna de que se halló presto heredero, hicieron célebre en el mundo el nombre de Paulino.

Pero mucho mas se dió á estimar por la pureza de sus costumbres. Amaba naturalmente la gloria, y como no era mas que catecúmeno, era tambien muy superficial el gusto que tomaba á la doctrina de Jesucristo. Casóse con una doncella de nacimiento española, noble y rica [1], pero mucho mas virtuosa, la que contribuyó no poco á inspirarle máximas mas cristianas. A los veinte y cinco años fue creado cónsul de Roma, y poco después prefecto de la ciudad; dignidades que fomentaban su ambicion, pero sin estragar sus costumbres. Así por los negocios públicos que le encomendaron, como por los domésticos y de familia que se le ofrecieron, se vió precisado en quince años á hacer muchos viajes por Italia, Francia y España, y en ellos conoció en Milan á san Ambrosio y á san Agustin; en Tours

[1] Muratori y Florez conjeturan que esta insigne mujer era de Alcalá de Henares, y que allí se hizo el casamiento.

á san Martin; en Ruan á san Victricio, y en Burdeos á san Delfin, que habiéndole instruido fundamentalmente en los misterios de la Religion, le persuadió y le redujo á que recibiese el Bautismo.

Ilustrado con las nuevas luces de la gracia que recibió en el Sacramento, descubrió Paulino la falsa brillantez de todo lo que tanto deslumbra los ojos de los mundanos. Añadióse á esto que las mudanzas sucedidas en el imperio se comunicaron tambien á su fortuna; y juntándose á estos contratiempos las muchas enfermedades que padeció, contribuyeron no poco á desprender su corazon de los bienes caducos de esta vida, y á que suspirase únicamente por los eternos. Al disgusto de las grandezas humanas se siguió el tedio al tumulto y al bullicio. Retiróse á una casa de campo, donde se entregó enteramente al servicio de Dios, santificando aquel retiro con la oracion y el ayuno. Pero como le interrumpiesen las frecuentes visitas de sus amigos, tomó la resolucion de escaparse á España, á donde le siguió su mujer Terasia, no obstante hallarse muy adelantada en su preñado; porque habiendo tenido tanta parte en sus santas resoluciones, quiso ser fiel compañera suya en la penitencia. A poco tiempo después que llegaron á España parió Terasia un niño que vivio solos ocho dias; y privado Paulino de este único fruto de su matrimonio, resolvió vivir en adelante con su mujer en perpetua continencia, como hermano con hermana, y de comun consentimiento se obligaron á ello con voto los dos, dedicándose á una vida perfecta.

Volvió á Italia para visitar el sepulcro de san Félix mártir, presbítero de Nola, á quien profesaba particular devocion, y en aquella ciudad tomó la resolucion de dejar enteramente el mundo. Despidióse del Senado romano, en cuya presencia renunció solemnemente la dignidad de senador; hizo lo mismo con toda su ilustre parentela; vendió todas sus posesiones y bienes, que eran muy cuantiosos, y repartió el precio entre los pobres. Lo mismo hizo Terasia con todos los que habia traido al matrimonio, que tambien eran muchos, reservando de su dote no mas que lo preciso para las necesidades indispensables. Asombró y edificó á toda la Iglesia tan generoso como universal despojo. Ansioso ya únicamente de vivir desconocido, escogió para esto la ciudad de Barcelona [1]. Vistióse un hábito pobre,

[1] Terasia fue celebrada por muchos santos doctores de aquel siglo. Alaban en ella el menosprecio por todo lo de acá, el amor de la virtud, el ansia con que atesoraba riquezas para el cielo. San Agustin la contrapone á Eva, y dice que indujo á su esposo no á relajacion, sino á fortaleza. Vinose á España con su marido, donde acabaron de repartir á los pobres los bienes que aquí tenian, y se obligaron á vivir en continencia perpetua.

entabló una vida oscura, dejóse ver con un aire humilde, penitente y mortificado; pero todo sirvió para dar nuevo lustre á su virtud, y mayor veneracion á su persona. Era su ánimo volverse á Nola, y pasar sus dias junto al sepulcro de san Félix, encerrándose en una celdilla cerca de la iglesia para hacer oficio de portero, cuando, á pesar de su humildad, fue elevado al sacerdocio, por un suceso verdaderamente singular. Hallábase en la iglesia el dia de Navidad, absorto en la contemplacion de aquel tierno y sagrado misterio, cuando el clero y el pueblo, movidos de una repentina inspiracion, levantaron el grito, y todos á una voz pidieron que Paulino fuese elevado á los sagrados órdenes, y que se le hiciese presbítero. En vano desplegó las velas de su elocuencia abogando en favor de su humildad; no fueron oidas sus razones, y el obispo Lampio le confirió los sagrados órdenes, no haciendo caso de su humilde resistencia.

Creció el fervor con la santidad del carácter, y conociendo bien la pureza de costumbres y la santidad de vida con que debia llegarse á las sagradas aras, aplicó todo su estudio á purificar el corazon con las mayores penitencias, y á desviarle de los riesgos en la seguridad del retiro. Sobresaltado con la singular veneracion que todos le profesaban en Barcelona, pensó seriamente en huir de ella, buscando asilo mas seguro á su profunda humildad. Y como su devocion le llamaba siempre á Nola, se volvió á Italia: y entrando en Roma, noticioso el pueblo de su venida, se conmovió todo, y concurrió de tropel á verle. Apenas podian conocer al antiguo senador y cónsul entre el humilde traje de monje. Todo el estado eclesiástico secular y regular le rindió grandes honores. Solo el papa Siricio, que aun no confiaba mucho de aquella virtud tan tierna y tan bisoña, juzgó que convenia recibirle con aparente frialdad y con exterior indiferencia. Léjos de ofender esto á Paulino, hizo mas aprecio de la sequedad del Papa, que de cuantos honores y aclamaciones le habian tributado. Cumplió con sus devociones; visitó los sepulcros de los santos Mártires, y encaminóse á Nola, donde desde luego comenzó á practicar el retiro por que tanto habia suspirado. Concurrieron á él muchas personas de distincion, convertidas con su ejemplo; y poniéndose debajo de su direccion, se formó presto una especie de comunidad religiosa, en que se vivia con la mas exacta observancia. Era continuo y muy riguroso el ayuno, reviviendo en aquel nuevo desierto, por el ejemplo de san Paulino, todas las virtudes de los antiguos anacoretas; solo se comia un pan grosero con algunas legumbres, y no se bebia mas que agua. Aquel antiguo senador, aquel cónsul de Roma,

aquel hombre tan enfermo y tan delicado se dejaba ver cubierto de un áspero cilicio, debajo de una túnica de pieles de cabra, ceñida con una cuerda, siendo siempre el primero en todos los ejercicios mas viles y mas penosos.

Pero con ser tan pura y tan penitente su vida, no estaba exenta de las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Por largo tiempo fue ejercitado con las mas violentas, siendo el combate dilatado y cruel; pero el Señor le sacó victorioso. Fueron sus armas la humildad, huir de las ocasiones, la oracion y la penitencia. Sirvióle siempre de gran socorro su tierna devocion á la santísima Vírgen; y en virtud de la mucha que profesaba á san Félix mártir, por mucho tiempo le componia cada año un poema el dia de su fiesta. Todos los años iba tambien una vez á Roma á renovar sus votos delante del sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y en fin, no omitia medio alguno de cuantos juzgaba oportunos para aumentar su devocion y su fervor.

Extendióse luego su fama por todo el orbe cristiano, y apenas hubo siervo de Dios en aquel tiempo que no solicitase tener por lo menos correspondencia de cartas con el santo presbítero Paulino. Dos veces vino á Nola por verle desde las riberas del Danubio san Nicetas, obispo de Dacas. No solicitaron con menos ansia su amistad los mayores obispos de Italia, de las Galias, de la África y de la Iliria, y el papa san Anastasio en todas las ocasiones le dió las mayores pruebas de su estimacion y de su benevolencia. San Martin le proponia á sus discípulos por modelo de la perfeccion evangélica, y san Ambrosio hizo un magnífico elogio de su desprendimiento y de su generosidad. Recomendándole san Agustin á un discípulo suyo, le dice que le envia á su escuela para que le enseñe á ser perfecto; y san Gerónimo le escribe que no es tan tranquila su soledad de Belen, como su desierto de Campania.

Hallábase Paulino en este alto concepto de santidad, cuando vacó la silla episcopal de Nola por la muerte del obispo Paulo; y hubo bien poco en que deliberar, porque de unánime consentimiento fue aclamado para ocuparla; y á pesar de los esfuerzos que hizo para resistir á una dignidad de que se consideraba tan indigno, fue consagrado obispo hácia el fin del año 409, con aplauso universal de todos los fieles. Experimentó presto el rebaño los efectos de la vigilancia y de la eminente virtud del santo pastor, conociéndose muy luego lo mucho que puede un prelado santo. Proveyó su solicitud pastoral á todas las necesidades de los menesterosos; hízose todo para todos

por ganarlos á todos para Jesucristo; con su afabilidad, con su dulzura y con su caridad ganó primero los corazones, y después fácilmente los convirtió, viendo de repente mudado el semblante de toda la diócesis.

No tenia un año de obispo, cuando los godos, conducidos de Alarico, después de haber tomado y saqueado á Roma, se extendieron por la provincia de Campania para talarla y arrasarla. Trataron á Nola como á Roma; pero respetaron la virtud de Paulino. Registraron toda su casa, aunque veneraron su piedad, y muchas veces le oyeron hacer á Dios esta oracion: *No permitais, Señor, que yo sea atormentado por la plata ni por el oro; pues bien sabeis que he puesto todos mis bienes en manos de los pobres.* Disipada la tempestad con la muerte de Alarico, en poco tiempo hizo olvidar la caridad de nuestro Santo todas las miserias que habian causado los bárbaros.

El cisma del antipapa Eulalio turbó la eleccion del papa san Bonifacio; y habiéndose convocado un concilio en Ravena para restituir la paz á la Iglesia, rogó el emperador Honorio á san Paulino que asistiese á él; y como le hubiese asaltado una enfermedad que no se lo permitia, quiso el Emperador que se difiriese el concilio hasta que se recobrase el santo Obispo. Sola su presencia disipó las facciones, y su voto era el oráculo que decidia.

No contento san Agustin con mantener correspondencia por cartas con san Paulino, le dedicó el libro que intituló: *Del cuidado de los muertos;* por haberle compuesto con ocasion de la pregunta que le hizo el mismo Paulino, sobre si podia ser de algun provecho el mandarse enterrar al pié de algun determinado altar, ó en tal iglesia dedicada á tal Santo.

Gobernaba pacíficamente el santo Obispo su rebaño con una prudencia, con un celo y con una caridad que le hacian verdaderamente feliz, cuando descargó sobre toda la Italia otra nueva tempestad. Excitada la codicia de los vándalos con el ejemplo de los godos, y por la facilidad con que la habian arrasado, sacando inmensos tesoros de ella, quisieron tambien aprovecharse de la ocasion, y entraron á talarla, comenzando por Campania. En tan grande y general desolacion fue el único recurso la caridad de san Paulino. No contento con visitar, exhortar y consolar á todos, vendió cuanto le habia quedado para socorrer á los miserables. En esta ocasion, dice san Gregorio, dió san Paulino á todo el universo el ejemplo de la mas generosa y mas perfecta caridad cristiana. Echóse á sus piés una pobre viuda, toda afligida y desolada, suplicándole la diese con que rescatar á un

único hijo que tenia, y se le habia llevado por esclavo el rey de los vándalos. Hallábase el Santo sin un maravedí, é imposibilitado de consolar á aquella afligida mujer; pero su ardiente caridad le sugirió el medio mas extraordinario para socorrer tan urgente necesidad: *Hija*, respondió el Santo á la triste viuda, *no tengo otra cosa que darte sino mi persona; desde luego me declaro por esclavo tuyo, y consiento en que me canjees por tu hijo; esto es en lo que te puedo servir*. Cortóse y sorprendióse la buena mujer al oir tan extraña proposicion; pero volviendo luego sobre sí, y pareciéndola que al Obispo no le podian faltar medios para recobrar presto su libertad, estimulada del natural y tierno amor á su único hijo, aceptó el partido, y presentó su nuevo esclavo para el canje. Al principio reparó el bárbaro en la edad; pero preguntando al Santo qué oficio sabia, y respondiéndole que el de jardinero, luego consintió en el trueque. Luego que llegó á África se aplicó á cultivar los jardines de su amo, y echando Dios la bendicion á su trabajo, se granjeó toda la estimacion de aquel, quien conoció á breves dias los extraordinarios talentos de su jardinero. Fue luego reconocido el santo Obispo por los otros esclavos, y no se hablaba de otra cosa en toda el África que de la excesiva caridad del santo Prelado. Habiendo pronosticado á su amo la muerte del rey su suegro, todos le miraban ya como á un hombre milagroso. En fin, el príncipe le dió libertad; entrególe todos los esclavos italianos, y le volvió á enviar á su obispado colmado de beneficios.

Fácilmente se puede discurrir el gozo con que seria recibido. No hubo triunfo mas glorioso que la entrada de Paulino en la ciudad de Nola. Pero sobrevivió poco á su gloriosa vuelta, porque así los trabajos del cautiverio, como las apostólicas fatigas del obispado y sus continuas penitencias habian estragado mucho su preciosa salud. Sintióse acometido de un violento dolor de costado que no cedió á los mas eficaces remedios. Visitáronle tres dias antes de su muerte dos obispos vecinos suyos, Simaco y Acindino; mostró mucho consuelo con su venida; mandó poner un altar en su mismo cuarto, y asistido de los dos prelados celebró el santo sacrificio, y reconcilió con la Iglesia á los que habia separado de su comunion. Pasó los dos dias siguientes con una serenidad de espíritu y con una paciencia admirable; solo abria la boca para bendecir á Dios, para darle gracias por los beneficios recibidos, y para exhortar á la virtud á todos los que le visitaban. Díjole el presbítero Postumino que todavía se debia algun dinero á los mercaderes que habian prestado el paño para ves-

tir á los pobres; á que respondió sonriéndose: *Ya no tengo un cuarto; pero la divina Providencia no me dejará morir con trampas;* y un instante después le entregaron un bolsillo que le enviaban un obispo de Lucania y cierto caballero, con lo que bastaba para satisfacer á todos sus acreedores. Rezó después todo el oficio divino con los eclesiásticos que le acompañaban; y acabado, se quedó como en oracion, en la que se le oia derramar su corazon delante de Dios con sensible devocion. Algunos momentos antes de espirar tembló el cuarto y se estremeció la cama, y un instante después entregó el alma á su Criador, el dia 22 de junio de 431, á los setenta y cuatro años de su edad. Todos le lloraron igualmente; hasta los judíos y los gentiles mostraron públicamente su dolor. Fue enterrado en la iglesia que habia hecho edificar en honor de san Félix, á quien siempre habia profesado muy particular devocion. Andando el tiempo fue trasladado á Roma, y colocado en la iglesia de San Bartolomé, á donde acude el pueblo de tropel á venerarle, movido de los muchos milagros que obra el Señor por su intercesion. En sus epístolas y en sus poesías, cuya conservacion debemos al cuidado de su grande amigo san Amante, obispo de Burdeos, se admira aun el dia de hoy aquella elevacion de pensamientos, aquella elegancia de estilo, y aquella devota mocion que en parte formaban el carácter de este gran Santo.

Nos quedan de san Paulino hasta cincuenta cartas sobre varios puntos de fe y de costumbres, treinta y dos poemas, diez de ellos tratan de san Félix, presbítero de Nola. Otras muchas obras escribió en prosa y en verso, el panegírico ó apología de Teodosio, una carta á su hermana sobre el desprecio del mundo, un tratado sobre la penitencia, otro en alabanza de todos los Mártires, la pasion de san Genesto de Arles. San Agustin hace memoria de una obra contra los paganos que estaba escribiendo san Paulino.

SAN ACACIO Y HELIADES, CON LOS DIEZ MIL MÁRTIRES.

Imperando en Roma Adriano y Antonio, se rebelaron contra el romano imperio los sarracenos y comarcanos del rio Eufrates. Tenian á la sazon los Emperadores su asiento y trono en Alejandría de Armenia la Mayor, junto al rio Tigris, y enviaron contra los rebeldes nueve mil soldados por una parte, y por otra otro batallon de siete mil, de todos los cuales iba por general Acacio, y maestre de campo Heliades. Luego que dieron vista al enemigo, reparando en que tenia un poderoso ejército de mas de cien mil hombres, temieron gran-

demente, y con afrenta volvieron las espaldas. Después unos y otros se preguntaban ¿cómo era posible que soldados del imperio romano hubiesen podido caer en tanta ignominia y afrenta, que vilmente hubiesen vuelto la espalda al enemigo, aunque tuviera un millon de gente? Y resolvieron entre sí, que sin duda los dioses estaban indignados contra ellos, porque antes de dar vista al enemigo no les habian sacrificado. Conformes todos en este parecer, determinaron, con especialidad, sacrificarles un cabrito, con muchas ceremonias gentílicas, y asimismo ofrecieron grandes sacrificios á todos sus ídolos. Después de esto vinieron otra vez sobre ellos los enemigos, y tuvieron mayor miedo que antes; y así huyeron con mayor afrenta y pérdida de su reputacion.

Estando de tal suceso afligidos, se les apareció un Ángel en figura de un hermoso mancebo, y dijo: Que supiesen y estuviesen ciertos de que los dioses de los gentiles eran demonios, y que habian huido dos veces porque les habian pedido favor; mas que si querian creer en Jesucristo, Hijo de Dios y Rey inmortal, alcanzarian victoria de sus enemigos; porque el mismo Dios pelearia por ellos. Todos entonces unánimes y conformes dijeron, que querian creer en Cristo; y el Ángel se les desapareció. Al dia siguiente todo el ejército pidió favor y socorro á Cristo Señor Nuestro, diciendo: *En ti, Señor Jesucristo, creemos y prometemos cumplir lo que tu Ángel nos ha amonestado y descubierto.* Armados todos con esta breve oracion, y de gran confianza, fueron contra sus enemigos; y el Ángel se les apareció y puso delante, y los comenzó á guiar y esforzar; y luego hirieron con grande esfuerzo y valor á los bárbaros, y quitaron infinitas vidas, haciendo que los pocos que quisieron salvarlas huyesen ignominiosamente, y de estos pocos que huyeron los mas se ahogaron en un lago. Habiendo conseguido tan señalada y célebre victoria, el mismo Ángel llevó á los gloriosos vencedores al monte Ararat de Armenia, que fue el mismo donde paró el arca de Noé después del diluvio, y de él hace mencion Jeremías en la vision contra Babilonia; y allí se puso en medio de ellos, y los comenzó á instruir en la fe de Jesucristo, y luego los cielos se abrieron, y visiblemente bajaron á ellos otros siete Ángeles, los cuales dijeron: Bienaventurados sois, pues creísteis en Dios vivo; pasados tres dias seréis llevados á la presencia de las potestades del mundo: no tengais temor alguno, pues Dios os asiste.

Desaparecieron los Ángeles; y los gloriosos Mártires, fundados ya en el amor de Cristo, se estuvieron en oracion en aquel monte tres

dias, sin comer ni beber cosa criada. A este tiempo los Emperadores los esperaban para darles el premio y gracias del triunfo que habian alcanzado de sus enemigos; pero maravillados de ver su detencion, enviaron correos á saber cuál era la causa, y supieron como se habian vuelto cristianos; por lo cual escribieron luego á siete reyes, ó generales de aquella tierra, llamados Adriano, Tiberino, Sapor y otros tres Máximos, para que fuesen con grande ejército contra ellos y los castigasen; y si no querian adorar los ídolos, les quitasen las vidas con toda crueldad y rigor. Los generales juntaron un grande ejército y fueron al monte Ararat, donde hallaron á Acacio y Heliades con sus nueve mil soldados puestos en oracion, y suplicando al Señor los hiciese dignos de ser sus Mártires, y testigos de como Cristo Jesús era Dios é Hijo de Dios verdadero; y luego con unos soldados les enviaron á decir viniesen á donde ellos estaban. Los esforzados y nuevos soldados de Jesucristo hicieron otra vez oracion al Señor, y se le encomendaron mucho, y los unos á los otros se confortaron, y á la misma hora tambien fueron consolados y confortados de una voz celestial; y con esto se partieron para donde los generales estaban. Luego que llegaron, Adriano les preguntó: que ¿por qué después que habian conseguido tan gran victoria, se habian vuelto al Nazareno crucificado, y no habian temido traspasar las leyes de los augustos Emperadores? Acacio en nombre de todos respondió, y dijo la causa que habian tenido, y todo cuanto les habia sucedido, y con voz alta y libre, predicó á Cristo por Señor de todas las cosas criadas en el universo, y todos los soldados añadieron que Cristo solo era el verdadero Dios, criador de cielo y tierra.

Entonces Adriano les amenazó, diciendo que les haria dar todos los tormentos y penas que el Crucificado habia pasado, si no adoraban los ídolos. Carcerio, que era el sargento mayor del ejército, respondió animoso y resuelto por todos, que ellos se tendrian por dichosos y bienaventurados, si merecian recibir semejante muerte y pasion, como la que recibió su Señor Jesucristo. Los del ejército gentílico, que así los oyeron hablar libremente, daban contra ellos muchas voces; y ellos mayores, confesando á Cristo por verdadero Dios. Los gentiles, encendidos en ira y furor, tomaron piedras contra ellos y los comenzaron á apedrear; mas por disposicion y voluntad de aquel soberano Señor que confesaban, las piedras se volvian contra los mismos que las tiraban, con que murieron muchos de los gentiles, sin que los gloriosos Santos recibiesen daño alguno. Viendo esto los generales, lo atribuyeron á arte mágica, y mandaron que con escor-

piones de hierro los azotasen. Hiriéronlos mucho tiempo, y como el tormento era tan cruel, uno de ellos de tierna edad, llamado Draconario, vino á desfallecer por la falta de la sangre; y así pidió consuelo á Acacio, el cual lo consoló y animó; y con grande eficacia, porque algun otro no desfalleciese, rogó al Señor que los librase de aquel tan cruel tormento; y al instante, penetrando su oracion los cielos, hubo gran terremoto, y tan espantoso, que los gentiles ni tuvieron mas ánimo para herirlos, ni pudieron, aunque quisieran; porque á los verdugos se les secaron en el mismo instante los brazos con que los azotaban. Viendo este tan gran milagro un maestre de campo que se llamaba Teodoro, que habia venido con el general Máximo, y tenia debajo de sus banderas mil soldados, quedó admirado; y tocándole Dios el corazon, vino á creer en su divina Majestad, y con alta voz dijo: *Señor, Dios del cielo y de la tierra, que diste el favor de tu misericordia á los nueve mil soldados tus siervos, ten por bien de contarnos, aunque somos pecadores, en el número de tus Mártires;* y en diciendo esto, se pasó á la parte de Acacio y sus compañeros, siguiéndole gozosos y alegres todos sus mil soldados. Máximo recibió tanto disgusto, que por vengarse, mandó llevar gran muchedumbre de clavos de tres puntas, que llaman abrojos, y que los sembrasen por el espacio de veinte estadios, que venian á hacer cási tres millas, ó una legua corta (porque cada estadio, segun Plinio y otros, constaba de ciento veinte y tres pasos, ó seiscientos veinte y cinco piés, con que hacen los veinte estadios cási una legua); y que hiciesen andar sobre ellos á los santos Mártires con los piés descalzos.

Los soldados gentiles lo hicieron así, pero Dios lo dispuso de otra suerte; pues envió sus soldados y santos Ángeles, que iban delante de los santos Mártires apartando los abrojos, y haciendo á una y otra parte montañas de ellos. Los generales juzgaban que aquellos Ángeles eran sus falsos dioses; por lo cual aconsejaban con mas vehemencia á los Santos que adorasen los ídolos, pues usando los dioses con ellos de misericordia, los libraban del peligro y tormento de los abrojos. Poco aprovecharon estas persuasiones, pues todos los diez mil Santos á grandes voces decian que solo el Crucificado era el verdadero Dios. Enojados los siete generales, mandaron que les diesen todos los tormentos que padeció el Crucificado. Al instante les pusieron en las cabezas coronas de espinas; les abrieron con lanzas los costados, y haciéndoles reverencias, los escarnecian, mofaban y herian, dándoles crueles bofetadas. Todo lo sufrian con gran constancia los invictísimos y esforzados caballeros de Cristo, y con su pro-

pia sangre teñian sus frentes por el Bautismo que no habian recibido. Hecho esto, los llevaron á crucificar, y en lugar del monte Calvario, porque fuese tambien en monte, los volvieron á subir al monte Ararat, y á la hora de tercia los crucificaron á todos.

El valeroso Acacio, estando enclavado en su cruz, á pedimento de Heliades, consolaba y esforzaba á todos sus diez mil gloriosos compañeros, viéndolos á todos en sus cruces, y les decia el símbolo de la fe, que es el Credo. Y porque la pasion y muerte de estos gloriosísimos Mártires en todo fuese semejante á la del Señor, hubo milagros y cosas extrañas á la hora de su muerte; pues desde la hora de sexta hasta la de nona el sol se oscureció, y hubo un gran terremoto; de tal suerte, que muchos edificios cayeron, y muchísimas piedras muy grandes se desapegaban de los mas fuertes edificios, y cuantos lo veian quedaban asombrados. Los santos Mártires, antes de espirar, rogaron al Señor: *Que todos los que los invocasen en cualquiera necesidad, alcanzasen el efecto de su peticion; y que los que ayunasen su vigilia, consiguiesen un año de perdon y remision de las penas debidas por sus pecados;* y luego bajó de los cielos, y se oyó una voz divina, que los convidaba y llamaba para el reino de los cielos, á gozar del eterno descanso, y les dijo: *Como su peticion habia sido de Dios otorgada.* De allí á poco, siendo la hora de nona, rodeó todo el monte una grande y resplandeciente luz; y los gloriosos Mártires, encomendando á grandes voces sus almas en las manos del Señor, se las entregaron todas; y sus santísimos cuerpos fueron bajados de las cruces por manos de Ángeles, y sepultados por los mismos en el mismo monte. Celébrase su fiesta y martirio, en unas partes á los 21 de junio, y en otras á los 22, que sin duda fue en uno de los dos dias, ó en ambos, por los años del Señor de 108.

La Misa es en honor de san Paulino, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus, ut beati Paulini, confessoris tui atque pontificis veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que la venerable festividad de tu confesor y pontífice san Paulino aumente en nosotros la devocion y el deseo de nuestra salvacion eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del apóstol san Pablo en el capítulo VIII *de la segunda á los Corintios.*

Fratres: Scitis gratiam Domini nostri Jesu Christi, quoniam propter

Hermanos: Sabeis la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo

vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. Et consilium in hoc do: hoc enim vobis utile est, qui non solum facere, sed et velle coepistis ab anno priore: nunc vero et facto perficite: ut quemadmodum promptus est animus voluntatis, ita sit et perficiendi ex eo quod habetis. Si enim voluntas prompta est, secundum id, quod habet, accepta est, non secundum id quod non habet. Non enim ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio; sed ex aequalitate. In praesenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas, sicut scriptum est: Qui multum, non abundavit: et qui modicum, non minoravit.

rico se hizo pobre por vosotros, para que con su pobreza fuéseis vosotros ricos. Y en esto os doy consejo; porque esto es útil á vosotros; que desde el año pasado comenzásteis, no solamente á hacerlo, sino tambien á quererlo. Ahora, pues, perfeccionadlo con la obra; para que así como está pronto el ánimo á querer, de la misma manera lo esté para ejecutar segun vuestras fuerzas. Porque si la voluntad está pronta, es acepta segun aquello que uno tiene; no segun aquello que no tiene. No, pues, para que otros vivan con comodidad, y vosotros con tribulacion; sino para que haya igualdad. Al presente vuestra abundancia supla la indigencia de ellos, para que tambien su abundancia supla á vuestra pobreza; para que haya igualdad, segun está escrito: El que tuvo mucho no (tuvo) superfluo; y el que (tuvo) poco no careció de lo necesario.

REFLEXIONES.

Ya sabeis la misericordia que usó Jesucristo Nuestro Señor, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros os hiciéseis ricos por su pobreza. ¿Conócese bien esta insigne, esta inmensa, esta incomprensible misericordia que usó Jesucristo con nosotros? ¿conócese su grandeza, su excelencia y su valor? A fuerza de oir hablar desde la infancia del misterio inefable de la Encarnacion, de la vida y muerte de Jesucristo, se acostumbran los oidos á estas voces, sin que hagan fuerza al corazon, porque no se para la consideracion en lo que significan. Un Dios que se hace hombre sin dejar de ser Dios: un Dios que se abate á la humilde condicion de los hombres para hacerse semejante á ellos, ¿pudo valerse de medio mas sensible para obligarlos á amarle? Un Dios que se sujetó á experimentar todas nuestras enfermedades y miserias, salvo el pecado, para compadecerse de ellas, y por parecerse á nosotros; un Dios, soberano dueño del universo, que se hizo pobre por nosotros, á fin de que por su pobreza fuese la nuestra un perenne manantial de bienes, y mediante su gracia nos adquiriese una felicidad eterna; todo únicamente para demostrarnos, para hacernos ver lo mucho que nos ama. Sabemos todo esto: ¡y con todo eso no amamos á Jesucristo! ¿Qué prue-

bas damos de nuestra fe? ¿qué provecho sacamos de este conocimiento? Si un amigo vendiera todos sus bienes por satisfacer las deudas de otro amigo, ¡qué agradecimiento corresponderia á una amistad tan generosa, de que hay bien pocos ejemplos! Que un san Paulino se entregase á sí mismo por esclavo para rescatar una oveja suya, fue un exceso de caridad que está llenando de admiracion á todo el mundo, y todavía se hace cási increible. ¿Qué seria, dice san Bernardo, si el hijo único de un poderoso monarca se quisiese entregar á la muerte por librar de ella á uno de sus vasallos? Este exceso de amor asombraria á todos; el mismo pasmo embargaria la voz á todos los espíritus. Pero ¿seria menor el pasmo, menor el asombro, menor la indignacion, si el ingrato vasallo no mostrase mas que un frio, un ligero reconocimiento á tan insigne bienhechor? ¿si fuese menester amenazarle con los mas terribles tormentos, y con la muerte misma, para obligarle á respetar al príncipe, de quien habia recibido tan inestimable beneficio? ¡Ah, Señor! ¿y no hay sobrada razon para decir á la mayor parte de los cristianos: *Tu es ille vir?* Hizo Jesucristo por nosotros mucho mas de lo que podíamos imaginar; y ¿acaso por eso es honrado, es servido y es amado? ¡Oh, y cuántos asuntos nos dan para grandes reflexiones nuestra conducta, nuestras máximas y nuestras costumbres, cuando las careamos con aquello mismo que creemos!

Bien sabes tú cuánta fue la bondad de Nuestro Señor Jesucristo; no es menester que yo me valga de grandes discursos para obligarte á amar á tus hermanos, cuando te debe bastar y servir de ley el ejemplo de Jesucristo. Este Señor, que siendo rico segun la naturaleza divina que estaba en él; y que por ella era no solo soberanamente feliz, sino la misma felicidad esencial, dueño y árbitro de todo el universo, se hizo pobre por su encarnacion, para que tú te hicieses rico por su pobreza; esto es, para adquirirte los tesoros de la gracia, de la justicia y de la vida eterna. Esta misericordia de Jesucristo debiera, sin duda, excitar nuestra caridad. Nunca empobrece á los ricos la limosna que hacen á los pobres; antes al contrario, si quieres asegurar por dilatados siglos las floridísimas herencias; si quieres como eternizar las alegres prosperidades; si quieres poner las mas brillantes fortunas á cubierto de los reveses y de los contratiempos, derrama la limosna á manos llenas, y no solo estarán seguros tus bienes, sino que visiblemente se multiplicarán entre las manos de los pobres. Siempre se da á usura lo que se da á Dios: *Foeneratur Domino qui miseretur pauperis, et vicissitudinem suam red-*

det ei. El que da limosna á los pobres, presta á Dios con interés, recibiendo con ganancias lo que le prestó.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quae possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in coelis: quo fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, donde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la misericordia con los pobres.

Punto primero.—Considera que la misericordia es una tierna compasion del alma á vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre; apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas y el desconsuelo de otros; ninguna cosa hace mas semejantes los hombres á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento ó precepto suyo muy particular, queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó los precisos títulos, por los cuales se nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¡A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto! Pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna, que á él mismo se la damos: *mihi fecistis:* tiénese por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas

entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fue efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero, mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion, ni en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable obligacion y carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡Ó buen Dios, cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

Punto segundo. — Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! Cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos por el deseo de gloria, de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dio. Por el contrario, ¿cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana? ¿Qué accion mas gloriosa ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte á un número sin número de infelices? Y aun segun el mundo, ¿qué obra mas heróica ni mas magnífica que ser por tu liberalidad como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil casos que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de esos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así

no hay que extrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quítate el fondo: *Aliis locavit agricolis*. Si se ciega el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordia, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; sus bendiciones conjuran las tempestades; el bien que se hace á ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se da, se pone á lucro. No esperes que tu habilidad ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda; mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las criaturas ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Paulino. ¡Que obispo mas caritativo! Su caridad le despojó de todos sus bienes, hasta de su misma libertad. Pero ¡qué gloria, qué consuelo el de este gran Santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¡Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia; y así os lo pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS. — Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion. (*Psalm.* XL).

Alarga tu mano al pobre, para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes. (*Eccli.* VII).

PROPÓSITOS.

1 Acuérdate que no te hizo Dios rico para tí solo; diote los bienes que posees para tí y para los pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste mas que ellos; de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. No atribuyas á tu nacimiento, ni á tu industria, ni á tus méritos esa fortuna en que te ves elevado. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hu-*

bieras recibido? dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso; esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes; pero quiere al mismo tiempo que los pobres tengan tambien parte en ellos. No olvides, pues, esta obligacion de una caridad indispensable, y desde hoy mismo impónte una ley de que no pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor, y el soberano de todo. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion sobre lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que bastaria eso solo para sacar de miseria á un gran número de infelices.

2 No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes, aunque lo hicieron muchos Santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroismo de caridad que todos admiramos en san Paulino. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia, antes bien enriquecerán no solo á los pobres, sino á tus mismos herederos. En fin rescata tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos; susténtale y vístele en la persona de un pobre.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de san Juan Bautista.

San Juan, presbítero, en Roma; el cual en tiempo de Juliano apóstata, en la via Salaria antigua, fue degollado delante de la estatua del Sol. Su cuerpo le sepultó san Concordio, presbítero, en el cementerio llamado el Concilio de los Mártires. *(No constando con certeza la existencia de sus reliquias en alguna de las iglesias de Roma, donde fue enterrado en la via Salaria, este ha sido el motivo de opinar con variedad los escritores acerca de ellas. Algunos son de sentir, que la cabeza que se conserva en la iglesia de San Silvestre, en el campo Marcio, es de este ilustre Mártir, y no de san Juan Bautista, como otros quieren. Tamayo Salazar en su Martirologio español dice: que entre las reliquias concedidas á los Padres Trinitarios descalzos por la santidad de Urbano VIII para que enriqueciesen los conventos de su Órden, fueron*

unas las de este célebre Presbítero, lo que dudan los Bolandos, fundados en el documento de la donacion que el mismo Salazar trae á la letra en el dia segundo de marzo, en el que con efecto no se hace expresion de las de san Juan, como de las de otros Santos).

Santa Agripina, vírgen y mártir, tambien en Roma, en tiempo del emperador Valeriano; su cuerpo resplandeciente en muchos milagros fue trasladado á Sicilia.

San Félix, presbítero, en Sutri de Toscana; cuyo rostro por mandato del prefecto Turcio fue quebrantado con una piedra hasta que murió.

La conmemoracion de muchos santos Mártires, en Nicomedia, los cuales ocultándose en las cuevas y en los montes, en tiempo de Diocleciano, padecieron gustosos el martirio por el nombre de Jesucristo.

Los santos mártires Zenon y Zenas su esclavo, en Filadelfia de la Arabia: besando Zenas las cadenas con que estaba preso su amo, y pidiéndole que se dignase recibirlo por compañero en los tormentos, lo prendieron los soldados, y lo martirizaron juntamente con él.

Santa Edeltruda (Etheldreda, ó Audrica), reina y vírgen, en Inglaterra, la cual esclarecida en santidad y milagros voló al Señor: su cuerpo se halló incorrupto once años después de su muerte. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN SIMEON STILITA, EL MENOR.

San Simeon Stilita, llamado *el Menor* para distinguirle del otro mas antiguo, cuyo nombre le pusieron en el Bautismo, y cuyos ejemplos emuló en su penitencia, nació en Antioquía el año de 521, donde su padre, llamado Juan, que era natural de Edesa, habia fijado su domicilio, siendo mercader de bálsamos y drogas aromáticas. Tuvo por madre á una mujer moza y virtuosa, llamada Marta, la cual, hallándose embarazada, y haciendo fervorosa oracion á Dios en cierta capilla dedicada á san Juan Bautista tuvo una especie de revelacion, en que se la dió á entender que muy presto daria á luz un hijo, cuya elevada santidad y penitente vida le haria grande en los ojos del Señor; pronóstico que tardó poco en verificarse, porque Simeon desde la misma niñez manifestó no tomar gusto á otra cosa que al ayuno y á la abstinencia.

A los cinco años perdió á su padre, con la desgracia de quedar este sepultado en las ruinas de su casa, por un terremoto que echó por tierra toda la ciudad de Antioquía; y hallándose nuestro Santo con su madre en la capilla de san Juan Bautista, fueron preservados de la desgracia comun.

Distinguió el cielo su niñez con tan singulares favores, que todos reconocian se iba criando un gran santo en aquel tierno infante. Apenas contaba doce años cuando pensó seriamente en retirarse á un desierto para dedicarse á vida mas perfecta. Connaturalizóse tanto con

el ayuno, y era tan escaso su alimento, que parecia vivia de milagro. Por sus escritos contra los herejes se conoce que la madre no se descuidó de su educacion; sino que digamos que su natural ingenio y la luz sobrenatural del cielo suplieron la falta de los maestros.

Lisonjeábale el mundo con grandes esperanzas; pero despreciándolas generosamente su corazon, se retiró de él, cuando otros apenas comienzan á reconocerle; ni fueron capaces de alterar su resolucion las tiernas persuasiones ni las amargas lágrimas de su querida y desconsolada madre. No dudando de que la vocacion de Dios le llamaba al retiro de la soledad, sin hacerle fuerza sus pocos años, se salió de la ciudad, y se encaminó á un monasterio de Siria, colocado al pié del monte Taumastoro, que quiere decir *Monte admirable*. Era poco numeroso el monasterio por la extraordinaria austeridad que se profesaba en él, la que no acobardó al niño Simeon, que pidió el hábito de monje con las mas vivas instancias. Representáronle las rigurosas penitencias que se hacian en aquella casa, sus pocos años, y la debilidad de su complexion; pero á todo respondió que el Señor le llamaba poderosamente á ella, que las fuerzas de su divina gracia suplirian las que faltaban á la naturaleza, y serian muy superiores á las que no tenia su edad. Mostró tanta ingenuidad y tanto juicio en sus respuestas; descubrióse tanta virtud en su porte, y conocióse tan clara y tan señalada su vocacion, que fue admitido entre los religiosos, y entregado á la direccion de un monje, varon de señalada virtud, y de espíritu muy penitente. Llamábase Juan el Stilita, porque ordinariamente vivia sobre una columna elevada dentro del recinto del monasterio; género de penitencia que se hizo muy comun en varias partes, y de que singularmente la Siria puso á los ojos del mundo muchos ejemplos.

Era muy conforme á la inclinacion del discípulo el espíritu severo del director, y en breve tiempo dejó muy atrás al director la rigurosa penitencia del discípulo. Al principio solo se sustentaba de legumbres remojadas en un poco de agua, y aun este escaso sustento no le tomaba sino de dos en dos dias; después probó á pasar tres dias sin sustento alguno, y al cabo llegó á no comer mas que una sola vez en toda la semana. Empleaba en oracion la mayor parte del dia y de la noche, continuándola aun mas que interrumpiéndola lo restante del tiempo con el trabajo de manos y con la leccion de libros piadosos. Notábasele siempre unido con Dios, siendo el mejor testimonio de los espirituales consuelos que gustaba su corazon aquella perpetua alegría que se derramaba en su semblante. Era jóven bien dis-

puesto, y como á eso se juntaba aquella modestia natural, aquella cara siempre risueña y aquella serenidad inalterable, se hacia admirar de todos; por otra parte su extraordinaria virtud, su profunda humildad y su penitente vida le hicieron tan respetable, que apenas se hablaba en todas partes de otra cosa que de su rara santidad.

Envidioso el enemigo comun, no perdono á medio alguno para perderle. Puso en la cabeza á un pobre pastor de aquellas cercanías que aquel monje que metia tanto ruido era un hipocriton y un malvado, preocupándole tanto la imaginacion con este diabólico concepto, que el infeliz tomó en fin la resolucion de quitar la vida al santo mozo; pero apenas cogió en la mano un cuchillo para poner en ejecucion su alevoso intento, cuando se le secó la mano de repente, quedando el brazo tan sin vigor y tan descarnado, que solo se veia el hueso cubierto de la piel encogida y arrugada. Atónito el miserable pastor corrió exhalado al abad del monasterio; y explicándose mas con lágrimas que con voces, le descubrió como pudo su delito. El abad, que tenia bien conocida la virtud de nuestro Santo, le llevó á su celda, y arrojándose á sus piés confesó su pecado, pidiéndole humildemente perdon, y que con sus oraciones le alcanzase de Dios no menos la salud del alma que la del cuerpo. Enternecido Simeon, y compadecido al mismo tiempo, echó los brazos al cuello, y estrechó en ellos dulcemente al afligido pastor, sanándole y convirtiéndole con su milagroso abrazo.

Crecia con la edad el ardiente deseo de mas y mas perfeccion; y pareciéndole á nuestro Santo que todavía le llamaba Dios á vida mas penitente, mas retirada y de mayor recogimiento, comunicó estas inspiraciones con su santo director, con cuya aprobacion y licencia hizo levantar una columna dentro de los muros del monasterio, sobre la cual se mantuvo sesenta y ocho años á la inclemencia de todos los temporales, en continua contemplacion de las verdades mas sublimes de nuestra Religion, y en asombroso ejercicio de la mas portentosa penitencia.

Era muy alta su columna, pero tan estrecha, que solo le permitia estar de pié ó de rodillas, colocada enfrente de la de su director para no caminar sin guia, y para tener siempre á la vista un testigo fiel y celoso de sus operaciones. Era cada dia mas riguroso su ayuno, sustentándose ya únicamente con las hojas de los arbustos ó matorrales que nacian al rededor del monte; y rarísima vez bebia. Ciñóse tan fuertemente una cuerda á todo el cuerpo, que hundida en las carnes, é hinchándose estas horrorosamente, todo él era una sola llaga.

manando de ella tanta podre, que se hacia intolerable su pestilencial olor, y apenas habia quien tuviese valor para acercarse. Mandóle el director que se quitase aquella cuerda; obedeció, pero para mayor tormento suyo; porque no se pudo arrancar sin cortar grandes pedazos de carne, que le causaron imponderables dolores.

Todas las noches cantaba todo el Salterio, y muchos salmos entre dia, acompañándolos con genuflexiones y con otras varias oraciones. No podia menos de ser muy agradable á Nuestro Señor una vida tan pura como penitente; premiándola su liberalidad con mil consuelos celestiales, y con el don de milagros.

Desenfrenado todo el infierno junto contra nuestro Santo, echó el resto su malicia para atemorizarle, ó para perderle. Una noche excitó el demonio una tempestad tan terrible, que todos le creyeron ó dividido á la violencia de un rayo, ó sepultado entre las ruinas de su misma columna; pero artificios tan groseros no podian acobardar á tan valeroso soldado. Por la mañana le hallaron tan sereno como si no hubiera habido semejante tempestad; y después de esta victoria, solo su nombre era terror de los espíritus malignos. Todavía hizo otro esfuerzo el tentador para derribar su constancia, y ejercitar su paciencia, inquietándole con sucias tentaciones; pero sin otro fruto que el de purificar su virtud, y añadir grados á sus merecimientos. Mientras duró este molesto combate se le oia por las noches dirigir incesantemente al cielo estas oraciones jaculatorias: *Miserere mei, Deus, miserere mei; quoniam in te confidit anima mea.* (*Psalm.* LVI). Ten misericordia de mí, Dios mio, ten misericordia de mí; porque mi alma tiene puesta en tí su confianza. *Sub umbra alarum tuarum sperabo: Deus meus, ne longe recedas à me.* (*Psalm.* XVI). Esperaré, Señor, protegido á la sombra de tus alas; no te desvies léjos de mí, Dios mio. *Deus in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina.* (*Psalm.* LXIX). Venid, Señor, á ayudarme, y daos priesa á socorrerme.

Después de haberle purificado el Señor con todo género de pruebas, le colmó de gracias y de favores. Comunicóle un don de contemplacion tan elevado, que su oracion era un éxtasis continuo; y en estas íntimas familiaridades que tenia con su Dios adquirió aquel superior conocimiento y aquella como penetracion de los mas altos misterios de nuestra Religion. En el don de milagros pocos Santos le hicieron ventajas. A solo el nombre de Simeon se amansaban las fieras, y nada negaba el Señor á la oracion de este taumaturgo.

Animado de un ardiente celo por la salvacion de las almas, acom-

pañaba todas las curaciones milagrosas con tan vivas exhortaciones, que hizo conversiones insignes, y no fueron estas el menor de sus milagros. Movidos de tantas maravillas el patriarca de Antioquía y el obispo de Seleucia vinieron á visitarle. Fueron testigos oculares de los prodigios que publicaba la fama; y considerando los grandes bienes que resultarian á la Iglesia de Dios, si aquel extático y portentoso varon fuese consagrado al ministerio de los altares, á pesar de su humilde resistencia le confirieron los sagrados órdenes, y poco después el obispo de Seleucia le promovió á la dignidad del sacerdocio.

Con ella parece como que adquirió nuevo resplandor su virtud, sirviéndole de estímulo para aumentar sus rigores, y de motivo para dar mayor extension á los ardientes impulsos de su celo. No contentándose con predicar y exhortar de viva voz á los que concurrian á verle, escribia muchas cartas á los ausentes desde lo alto de su columna. Entre otras escribió una al emperador Justiniano, animándole á que defendiese vigorosamente el honor de las imágenes de Cristo, de la Vírgen y de los Santos, y exhortándole á que emplease toda su imperial autoridad en reducir á los herejes.

Como los samaritanos que habitaban en Porfireon de Palestina hubiesen echado por tierra algunas cruces, abatiendo y ultrajando las imágenes de Cristo y de su Madre, á quien nuestro Santo profesaba la mas tierna y mas ardiente devocion, el obispo de aquella diócesis le suplicó que diese sus quejas al Emperador. Escribióle una carta llena de fuego, representándole que dirigiéndose inmediatamente á Cristo y á los Santos el culto que se les rinde en sus imágenes, el ultraje que se hace á estas se refunde directamente en aquellos; y le suplica vengue religiosamente su honor, castigando el sacrilegio de los samaritanos, puesto que si las leyes civiles mandan castigar con rigor á los que pierden el respeto á las estatuas y á los retratos del César, no parece justo queden sin castigo los que tan impiamente se le perdieron á las imágenes del Hijo de Dios y de su santísima Madre. A esta carta llamaba el Emperador *su tesoro;* y más de doscientos años después fue de gran peso en el segundo concilio ecuménico de Nicea. Los Iconoclastas intentaron convencerla de supositicia; pero el papa Adriano I hizo demostracion al emperador Carlomagno de que era verdadera, y en lo mismo convino todo el Oriente.

Tambien escribió nuestro Santo al mismo Emperador contra los errores de Nestorio y de Eutiques; cuya extirpacion solicitó con el mayor celo en todas ocasiones. Además de las cartas que escribió en defensa de las imágenes, y contra las herejías, compuso san Simeon

otras obrillas espirituales, en todas las cuales se hace visible que el mismo Dios fue su principal maestro.

Habiéndole favorecido Dios con el don de profecía, supo muy anticipadamente el dia de su muerte; y mandando convocar á los religiosos del monasterio, que todos se profesaban sus discípulos, después de encomendarles mucho la puntualidad y mas exacta observancia de sus reglas, les declaró que entre las muchas gracias con que la liberal mano del Señor le habia favorecido desde su mas tierna infancia, singularmente le habia comunicado una, que ya era tiempo de manifestársela á todos, lo que hacia de muy buena gana, por cuanto no ignoraba que habia excitado la curiosidad de muchos haciéndoseles incomprensible. *Siendo niño*, les dijo, *pedí á Dios muy de veras que me librase de la necesidad de comer, y tuve una vision: Apareciósemе un varon vestido de sacerdote, que llevaba en la mano un plato lleno de viandas exquisitas; probélas, y desde entonces no tuve necesidad de comer. Todos los domingos al fin de la misa se me repitió la misma vision; y veis aquí por qué me he sustentado con tan corto alimento.*

En fin, á los setenta y cinco años de su edad, el dia 24 de mayo, rodeándole todos sus hermanos, entregó el siervo de Dios su espíritu al Criador con aquella tranquilidad y con aquella alegría que es como la aurora de la gloria que los bienaventurados gozan en el cielo.

SANTA ETHELDREDA, Ó AUDRICA, VÍRGEN Y ABADESA.

Santa Etheldreda, ó Ediltrudis, llamada comunmente Aurica, fue hija tercera de Annas, ó Anna, santo rey de los estanglos, y de santa Hereswida. Fue hermana menor de santa Sexburga y de santa Ethelburga, que murió vírgen y monja en Francia; y fue hermana tambien mayor que santa Withburga. Nació en Ermynge, famosa villa de Susfolk, y fue educada en el temor de Dios. Por condescender con el gusto de sus hermanos y amigos se casó con Tombercht, príncipe de los girvios meridionales; pero vivieron en perpetua continencia. Tres años después de casada, y uno de la muerte de su padre, perdió Etheldreda á su marido, quien en viudedad la dejó la isla de Ely. Retiróse la santa vírgen y viuda á aquella soledad, donde vivió cinco años mas como habitante del cielo que como en vida mortal. Hollando con sus piés cuanto alucina á los seducidos mundanos, hacia su deleite y su gloria la pobreza y la humildad, y cantar las alabanzas divinas con los Ángeles noche y dia, con una noble ambi-

cion y empeño santo. Por mas que hizo por ocultarse de los ojos del mundo, sus virtudes mismas rasgaron el velo que ella pretendia echarlas por encubrirlas, y resplandeció con un lustre que se redoblaba al reflejo de los rayos que despedia su humildad. Oyendo Egfrido, rey poderoso de Northumberland, la fama de sus gloriosas virtudes, á importunaciones y ruegos exigió de ella el consentimiento para casarse con él, con lo que se vió obligada á enlazarse segunda vez con el vínculo del matrimonio. La tradicion de la Iglesia, que con su aprobacion y cánones ha autorizado esta conducta en muchos Santos, es una fiel pregonera de que el contrato del matrimonio, no consumado todavía, no priva á ninguna de las partes contrayentes de la noble libertad de preferir á su uso el estado de mayor perfeccion. Sobre este principio santa Etheldreda durante los doce años que vivió y reinó con su marido, permaneció con él como si hubiera sido hermana suya no mas, y no como mujer; cuyo tiempo le empleó todo en ejercicios de piedad y devocion. Últimamente adoptando el consejo de san Wilfrido, y recibido de sus manos mismas el velo religioso, se retiró al monasterio de Coldingham mas allá de Berwick, y en él vivió en santa obediencia bajo la devota abadesa santa Ebba. Despues en el año de 672, segun Tomás de Ely, volvió á esta isla, y fundó en ella dos monasterios en sus Estados mismos. Gobernó ella misma aquellas monjas, y con su ejemplo fue una regla viva de perfeccion para sus hermanas. Una vez sola comia al dia, á no ser en las grandes fiestas, ó estando enferma; nunca vistió lino, sino lana y sayal; jamás volvia á la cama después de los Maitines que se cantaban á media noche, sino que continuaba en la iglesia hasta por la mañana sus oraciones. Regocijábase en las penalidades y con las humillaciones, y en su última enfermedad daba gracias á Dios porque la habia afligido con una penosa llaga corrosiva en el cuello, que consideraba la Santa como justo castigo de su vanidad, cuando en su juventud llevaba en la corte ricos collares guarnecidos de preciosas perlas y exquisitos brillantes. Después de una prolija enfermedad exhaló su pura alma con profundos sentimientos de compuncion á 23 de junio del año de 679. Fue enterrada conforme á su voluntad en un ataud de madera. Su hermana Sexburga, viuda de Ercomberto, rey de Kent, la sucedió en el gobierno de su monasterio, y mandó que se recogiese su cuerpo, se le pusiese en una tumba de piedra, y fuese trasladado á la iglesia. En cuya ocasion fue hallado incorrupto, y los mismos cirujanos que habian hecho una incision en su garganta para curarle la úlcera un poco antes que muriese, queda-

ron pasmados al ver la llaga y herida perfectamente sanas. Beda testifica que con la aplicacion de sus reliquias se habian obrado, y obraban muchos milagros, y con tocar el lienzo y vestiduras que se habian sacado de su ataud; y lo mismo se confirma por un antiguo himno latino, que este mismo autor inserta en su historia.

Esta gran Reina y Santa hacia tanto aprecio de la virtud de la virginidad, porque aprendió en la escuela de Cristo cuán preciosa era esta joya, y cuán brillante ornamento es el de esta virtud á los ojos de Dios, como que es Esposo casto y amante de las verdaderas vírgenes, que coronan su castidad con el espíritu de oracion, humildad sencilla y ardiente caridad. Estas almas se presentan sin mácula ante el trono del Señor; son entresacadas de entre los hombres, como primicias de Dios y del Cordero, siendo propiamente la herencia escogida para Dios y consagrada únicamente á él; cantan un nuevo cántico ante su trono, que otros no pueden cantar, y siguen al Cordero inmaculado á cualquiera parte que va. «¿Dónde pensais que va «el Cordero? Donde ninguno otro se atreve á ir, ni á seguirle, exclama san Agustin; ¿dónde pensais que va? ¿á qué arboledas, á qué «pastos? Donde se hallan las alegrías, no como las de este mundo, «falsas, caducas y traidoras, ni aun como aquellas que se dan en el «reino de Dios mismo á aquellos que no son vírgenes, sino unas ale«grías distintas de estas. Las alegrías de las vírgenes de Cristo están «formadas de Cristo mismo, en Cristo, con Cristo, y para Cristo. «Las alegrías peculiares de las vírgenes de este Señor no son las mis«mas que las de aquellos que no son vírgenes; porque aunque los «demás tienen sus alegrías, no como aquellas;» y añade: «Cuidad «mucho de no perder este tesoro, porque una vez perdido, nunca se «puede recuperar. Todos los demás bienaventurados os verán, y no «podrán seguir como vosotros al Cordero tan adelante. Os verán, pe«ro no os envidiarán; antes bien regocijándose en vuestra felicidad «poseerán en vosotras lo que en sí mismos no posean. Y aquel nuevo «cántico que ellos no serán capaces de entonar, lo oirán á lo menos, «y se regocijarán sumamente con un bien tan grande como el que «poseeréis. Pero vosotros los que podréis cantarle y oirle, os rego«cijaréis mas dichosamente, y reinará en vuestros corazones una ale«gría mas completa.»

La Misa es de la Dominica precedente, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Simeonis confessoris tui annua solemnitate laetifi-

Ó Dios, que cada año nos alegras con la festividad del bienaventurado Si-

cas; concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

meon, confesor tuyo, concédenos que imitemos los ejemplos de aquel cuyo nacimiento á la gloria celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo v *del apóstol san Pablo á los Efesios.*

Fratres: Fornicatio, et omnis immunditia, aut avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet: sed magis gratiarum actio. Hoc enim scitote intelligentes: quod omnis fornicator, aut immundus, aut avarus, quod est idolorum servitus, non habet haereditatem in regno Christi, et Dei. Nemo vos seducat inanibus verbis: propter haec enim venit ira Dei in filios diffidentiae. Nolite ergo effici participes eorum.

Hermanos: No se nombre entre vosotros la fornicacion, ó cualquiera impureza, ó la avaricia, como corresponde á los Santos: ni la obscenidad, ni las palabras necias, ni las bufonadas que son fuera de tiempo: sino antes bien la accion de gracias. Sabed, pues, esto; y entended, que ningun fornicador, ó impuro, ó avariento, ni cuanto pertenece á la servidumbre de los ídolos, no tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas: porque por tales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desconfianza. No querais, pues, hacer compañía con ellos.

REFLEXIONES.

Después de haber leido lo que san Pablo escribe aquí á los efesinos, ¿habrá todavía quien pregunte seriamente qué pecado es pasar la vida entre los regalos, entre las diversiones y entre los pasatiempos? ¿qué pecado es asistir á los espectáculos? ¿dónde prohibe el Evangelio las diversiones profanas? A esto se responde, que todo el Evangelio es una manifesta condenacion de ellas. Ciertamente; aun cuando se despojara el teatro de aquellos artificiosos atractivos en que consiste su principal embeleso, y que hacen tanta impresion en el alma; no se puede negar que todo lo que compone el espectáculo conspira á excitar las pasiones; todo lo que constituye esta profana diversion con tanta lisonja de los sentidos, es lazo que se arma á la virtud. ¿Qué pudor tan delicado, qué inocencia tan austera, expuesta sin preservativo al mas contagioso aire del mundo, en medio de una multitud de objetos á cual mas tentadores, siendo el blanco, y estando al descubierto de una espesa lluvia de flechas á cual mas emponzoñadas, podrá escaparse, sin milagro, de salir mortalmente herida? Y ¿qué derecho tendrá para pedir un milagro el que libremente se va á meter en semejante peligro? Si la mas consumada virtud, si la inocencia mas arraigada, si la mas rígida penitencia, si un ana-

coreta esqueleto, criado toda la vida en una cueva, ó en una sepultura de la Tebaida, concurriera á estos espectáculos, todo lo arriesgaria; ¡y aquel corazon tierno, regalado, criado entre delicias, y medio corrompido, nos quiere persuadir que es insensible á tantos incentivos! Pero, mi Dios, ¿á qué fin hemos de buscar fuera de los mismos espectáculos otras razones para condenar semejantes pasatiempos?

Una gran sala donde concurre toda la gente ociosa, alegre y aun disoluta de una ciudad, los mas de costumbres estragadas, y muy contados los de buena vida; una concurrencia donde cada uno se presenta con toda la profanidad, con toda la bizarría que puede; donde todo embelesa, todo brilla; donde los jovenes de uno y otro sexo emplean lo mas fino, lo mas exquisito que ha inventado el estudio y el artificio, para que unos á otros se parezcan bien, y para tentarse recíprocamente: un patio de comedias, cuyos cuartos están llenos de escollos tanto mas peligrosos cuanto mas cubiertos, donde los ojos pueden juntar de una sola vez muchos objetos á cual mas dignos de temerse, y que á estos mudos peligros se añade el dulce y pegajoso veneno de las conversaciones demasiadamente tiernas, ó demasiadamente libres. ¿No será este lugar concurso de manifiesto peligro? ¿Podrá menos de pasar por idiota ó por un temerario el que se empeñe en mirarle sino como de perdicion?

Sin embargo, estos no son mas que los funestos preludios de las conquistas que hacen las pasiones en esta clase de pasatiempos. En ellos todas las cosas concurren á enternecer el corazon, á tentarle y á pervertirle. Hasta la luz natural del sol, por ser demasiadamente pura y clara, parece que incomoda; y asi es mas del gusto y mas de la moda de los espectáculos la luz artificial y débil de los blandones ó de las bujías. Entran desde luego á preocupar los sentidos las decoraciones, las voces y los instrumentos; y puestos aquellos de acuerdo con las pasiones, ¿cómo es posible que dejen tranquila el alma? Empléanse en derretirla, en moverla y en embelesarla lo mas delicado de la música, lo mas tierno de la armonía, lo mas patético de la composicion, y toda la dulzura que puede comunicar el arte á la voz y á los instrumentos. Fija los ojos la magnífica decoracion; arrebatan el ánimo las máquinas del teatro; suspéndele el desenredo de los lances, y queda preocupado cási sin reflexion para prevenirse contra las sorpresas. En esta disposicion de todos los sentidos, ó ganados ó cautivos, y en esta constitucion del corazon, tan propenso ya á dejarse cautivar, se dejan ver de repente en el teatro los actores y las

actrices, adornadas con todo el artificio que supo inventar el mas ingenioso y mas fino espíritu del mundo para prendar y para seducir, añadiendo al artificio todo lo que puede inspirar la pasion que representan y sienten. Y como la pasion dominante del teatro es el amor, es fácil discurrir á qué fin se dirigen aquellas quejas amorosas, aquellas relaciones tiernas, y mas representadas por unas mujeres mozas, hermosas por lo comun, dedicadas á tan peligroso oficio menos por necesidad que por inclinacion á la libertad y al desahogo, cuya mayor gloria consiste en agradar, asalariadas ó gratificadas para inspirar con viveza la pasion que representan; y todo con una voz dulce y pegajosa, y con un aire blando y halagüeño; con mil movimientos libres, mezclados de palabras tiernas, de versos emponzoñados, compuestos con el mayor artificio para inspirar el amor, y recitados por unas cortesanas, que aun sin hablar palabra se valen del arte, de la profanidad y del embuste para armar lazos á la inocencia. Este prodigioso conjunto de artificios y de incentivos, el menor de los cuales, considerado separadamente, seria una peligrosa tentacion, ¿es posible que en el dictámen de los mundanos ha de ser un pasatiempo indiferente, una inocente diversion? ¡Y podrá uno ser buen cristiano discurriendo de esta manera!

El Evangelio es del capítulo IX *de san Marcos.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si scandalizaverit te manus tua, abscide illam: bonum est tibi debilem introire in vitam, quam duas manus habentem ire in gehennam, in ignem inextinguibilem: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur. Et si pes tuus te scandalizat, amputa illum: bonum est tibi claudum introire in vitam aeternam, quam duos pedes habentem mitti in gehennam ignis inextinguibilis: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si te escandalizare tu mano, córtatela: mejor te es entrar débil á la vida, que ir teniendo dos manos al infierno, á un fuego inextinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga. Y si tu pié te escandaliza, córtatele: mejor te es entrar cojo á la vida eterna, que teniendo dos piés ser echado á un infierno de fuego inextinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.

MEDITACION.

De las ocasiones voluntarias del pecado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que siempre se debe temer la ocasion de pecar, ora se busque, ora no se busque. Conociéndose la in-

clinacion que todos tenemos á lo malo; á vista del desórden de la concupiscencia, del atractivo de los objetos y de la impresion que hacen en el alma; reflexionadas bien nuestras reincidencias, nuestra debilidad y nuestra flaqueza, ¿quién no temerá cuando se halla en la ocasion? Temieron y temblaron los Santos, cuando el acaso, la necesidad ó la malicia del demonio los metió en alguna; no tuvieron por ajeno de su espíritu ni de su valor el ponerse pálidos á vista de un peligro, en que no se trataba menos que de perder el alma, y de perder á su Dios. Aun en los mismos desiertos no se consideraban bastantemente desviados de las ocasiones; levantaron columnas para perder de vista á los hombres, por explicarme de esta manera. Pero cuando se busca la ocasion, es mucho mas digna de temerse: *El que ama el peligro perecerá en él* (*Eccli.* III), dice el Espíritu Santo.

No buscó David la ocasion, y en medio de eso un objeto peligroso, que sin pensar en él, ni haberle tratado jamás, se le puso á la vista, trastornó á aquel gran Santo. Y ¿será posible que no han de hacer la menor impresion en el alma, no han de poner en peligro la inocencia los mas tentadores objetos todos juntos, que de propósito se van á buscar, y á los cuales te expones voluntariamente y tan de asiento? ¿Mudóse por ventura el corazon del hombre? ¿No nacen con él las pasiones? ¿Están confirmados en gracia todos aquellos que corren apresuradamente á meterse en tan espantosos peligros? Mas ha de sesenta años (decia un venerable anciano que habia envejecido en el desierto) mas ha de sesenta años que estoy macerando mi carne, que trabajo sin cesar en domar mi cuerpo con el ayuno, con el cilicio y con las mas vigorosas penitencias, y todavía reconozco dispuestas mis pasiones á encenderse con la centella del menor peligro; y unos mozos con las pasiones extremadamente vivas, con una virtud ó muy flaca, ó acaso ninguna, con los sentidos inmortificados, naturalmente propensos á lo peor, con las inclinaciones viciosas, estragado el espíritu y el corazon; unos mozos para quienes todo es peligro, todo tentacion, van serenamente á buscar las ocasiones mas tentadoras, se exponen á todos los peligros, corren apresuradamente á los espectáculos. Malo es no conocer su flaqueza; pero es mas digno de lástima aquel, que conociendo el precipicio, corre á él, y no le teme.

Punto segundo. — Considera que el mismo meterse voluntariamente en la ocasion es pecado mortal. Supongamos (lo que no es verisímil) que no se beba el veneno que se prepara; la misma preparacion bastó para emponzoñar. Grande error es lisonjearse uno, y aun

llegar á persuadirse que puede estar mano á mano horas enteras con aquella persona, asistir tardes y noches á los concursos mundanos y peligrosos, fijar voluntaria y curiosamente los ojos en objetos lascivos ó provocativos, leer muy de propósito libros perniciosos, asistir con ansia y con gusto á todo género de espectáculos, y persuadirse, vuelvo á decir, de que nada le remuerde la conciencia, y de que en nada hubo pecado. Búscanse estas ocasiones, porque se encuentra gusto en ellas; el corazon, de acuerdo con los sentidos, intenta satisfacerse; porque vamos claros, ¿concúrrese á ellas para mortificarse, para domar las pasiones, para hacerse violencia á sí mismo? ¿Podrá decir alguno que solo son unas inocentes diversiones del ánimo, en las cuales no tiene parte el corazon? ¡Lastimosa salida! ¿Quién podrá prometer grandes victorias en unas ocasiones que precisamente busca para ser vencido? Si apenas hay fuerzas para resistir á la natural inclinacion que arrastra hácia la ocasion de pecar, ¿cómo será posible, metido ya en la misma ocasion, resistir á la violenta inclinacion que empuja poderosamente hácia el mismo pecado, y mas hallándose ya atacado el corazon por todos los atractivos que le acompañan? El que no se puede tener en pié sobre el borde del precipicio cuando ninguno lo empuja, ¿cómo se tendrá puesto ya en el despeñadero, impelido con la presencia del objeto, impetuosamente movido por la pasion, y solicitado vivamente por mil poderosos incentivos? De buena fe, ¿podrá ningun hombre de razon persuadirse, á menos que se quiera cegar ó aturdir voluntariamente, que no hay pecado alguno en buscar muy de propósito las ocasiones de pecar? ¿Dejará de ser temeridad meterse por gusto y sin necesidad en un mar tempestuoso, rodeado de escollos, donde naufragaron millares de millares? No se atreverian á exponerse los pilotos mas diestros y mas experimentados; y se entran en él sin miedo ni aprehension los que se dejan llevar á merced de las olas y los vientos. Parece que los naufragios solo se hicieron para los cautos y para los prudentes, cuando los atolondrados y los disolutos se consideran seguros en medio de las borrascas. Digámoslo sin rebozo: un cuerpo muerto nada siente; el demonio tienta poco á una alma perdida, porque ella misma se tienta sobradamente á sí propia; ¿ni á qué fin ha de dar nuevos asaltos á una plaza que ya está rendida? Dicen que esos objetos les hacen poca ó ninguna impresion, porque están acostumbrados á ellos. Esto quiere decir en buenos términos, que acostumbrados ya á consentir en el pecado, ni les espantan ni les hacen novedad aquellas acciones que ya son ordinarias y familiares en ellos. Cuando la conciencia está

gangrenada, no siente la culpa; pero á una conciencia sana, sola su sombra la estremece.

Espantado estoy, Señor, y gimo íntimamente al acordarme de las ocasiones en que me metí, y de la funesta seguridad con que me mantenia en medio de ellas. Bien veis, Dios mio, la disposicion en que mi corazon se halla al presente; dadme gracia para que mis propósitos sean eficaces, y para que ningun motivo humano sea capaz de exponerme á las ocasiones de pecar.

Jaculatorias. —Ó Señor, libra mi alma de toda ocasion de perderte. (*Psalm.* cxiv).

Resuelto estoy á retirarme del mundo, á esconderme en la soledad por huir de los peligros. (*Psalm.* liv).

PROPÓSITOS.

1 *El que ama el peligro, perecerá en él,* dice el Sabio. Vana é injustamente se echa la culpa al tentador y á la tentacion; poca necesidad tiene el demonio de sus artificios, y no ha menester cansarse mucho para pervertirnos; mas almas tienen en el infierno las ocasiones de pecar en que voluntariamente se pusieron ellas mismas, que las mas violentas tentaciones, ni todas las máquinas del tentador son capaces de condenar. Convienen todos en que en el mundo todo es peligro: objetos, modas, trajes, juegos, juntas, diversiones, conversaciones, y hasta el espíritu del mismo mundo, todos son lazos. Y en medio de eso, se exponen á ellos, corren á ellos, y en ellos pasan los mundanos la mayor parte de la vida, sin temor, sin preservativos, con el espíritu ya vencido, con el corazon estragado; contentándose con decir en tono lastimero: *Muy dificultoso es salvarse un hombre en el mundo; Dios se apiade de nosotros.* Prepárase el veneno con cuidado; vase bebiendo á sorbos, ó de muchas veces; y después danse muchas quejas de que es corta la vida, de que se muere la gente en lo mejor de la edad, de que Dios nos da poca salud. Aprovéchate de la locura de tantos otros, y acaso tambien de la tuya misma; ten horror á todo cuanto te pueda ser ocasion de pecar, y estremécete en este particular hasta de la misma duda. Nunca digas víme en tal ocasion, y no caí. No todos los venenos causan convulsiones ni inquietudes; los mas perniciosos son aquellos que menos se sienten. Basta que la persona, que la concurrencia, que el lugar sea ocasion próxima de pecar, para que efectivamente se peque solo con ponerse en ella. Huye todo lo que puede vulnerar la inocencia; huye

todo lo que tiene asomo de peligro; huye todo lo que puede servirte de tropiezo; huye todo lo que te tienta ó te puede tentar.

2 Por mas que el mundo quiera justificar sus usos, sus modas, sus diversiones, sus pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia; todo es engaño, ilusion, error: gobiérnate por principios mas cristianos, y no te dejes alucinar voluntariamente. Está el mundo sembrado, es verdad, de ocasiones, de peligros de pecar; pero en tu mano está evitarlos. Ocasiones son muy peligrosas los espectáculos, los bailes, los saraos; esas casas de juego públicas, esas tablajerías donde concurren todos los ociosos y toda la gente libre del pueblo; esas tertulias, de donde está desterrado para siempre el espíritu del cristianismo; esas largas, estudiadas, cultas y cortesanas conversaciones con personas de diferente sexo; esa leccion de libros galantes ó sospechosos en materia de religion; ciertos dijes, ciertas alhajuelas, que recíprocamente se regalan entre sí ciertas personas; ciertos libros y ciertas pinturas, que son muy propias para avivar la pasion; ciertas visitas, ciertos dias de campo; un convite, una merienda, una persona, pueden ser para tí ocasiones de pecar; húyelas, córtalas sin dilacion, cuéstete lo que te costare. Pocos pecados hay que mas merezcan el castigo, ni que parezcan menos dignos de misericordia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA, precursor del Señor, hijo de san Zacarías y de santa Isabel, santificado en el vientre de su madre. *(Véase su vida hoy).*

La conmemoracion de muchísimos santos Mártires, en Roma; los cuales en tiempo del emperador Neron, acusados falsamente de haber puesto fuego á la ciudad, fueron cruelmente martirizados con diversos suplicios por órden del mismo Neron: unos cubiertos con pieles de fieras fueron echados á los perros para que los despedazasen: otros crucificados, otros arrojados al fuego para que sirviesen de luces durante la noche. Todos estos eran discípulos de los Apóstoles, y fueron las primicias de los Mártires que la Iglesia romana, como campo fértil de estos frutos, envió al cielo delante de los santos Apóstoles.

Los santos martires Fausto y otros veinte y tres, tambien en Roma.

Los santos siete hermanos mártires Oroncio, Heros, Farnacio, Fermin, Firmo, Ciriaco y Longinos, soldados, en Sataló de Armenia; á los cuales porque eran cristianos privó el emperador Maximiano de las insignias militares; y separados unos de otros los desterró á diversos lugares, en donde entre muchos trabajos y aflicciones murieron en el Señor.

El suplicio de los santos mártires Agoardo y Agliberto, con otros innumerables cristianos de ambos sexos, en Cretcil, territorio de Paris.

La dichosa muerte de san Simplicio, obispo y confesor, en Autun.

San Teodulfo, obispo, en Loubes.

San Juan, llamado Terestes, en Stilo de Calabria, esclarecido por su santidad y observancia de la vida monástica.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

El año de 5198 de la creacion del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reinado de Herodes Ascalonita en Idumea, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fue servido el Señor dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquías que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta, y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habia de acabar la ley y los profetas; aquel santo precursor, en fin, del verdadero Mesías, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo á todo el universo, y cuya concepcion fue acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mismo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mujeres; Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, á la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendables uno y otro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el Evangelio, llenando las obligaciones de la religion y de la ley; pero no tenian hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarías sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evitar la confusion en el ejercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir, para ofrecer el incienso al Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarías. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestíbulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel dia mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisímil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fue el caso, que mientras Zacarías estaba

ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un Ángel en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar. Al principio se llenó de un religioso temor el santo sacerdote; pero el Ángel le confortó diciéndole: *No temas, Zacarías, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo; porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios: destinado para Precursor del Mesías: santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre: por todo el discurso de su vida guardará una rígida abstinencia: no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar: predicará con tanto celo, que convertirá muchos hijos de Israel á su Señor y á su Dios; y este mismo Dios hecho hombre no se dejará ver en público hasta que Juan, su Precursor, haya anunciado su venida, caminando delante de él con la virtud y con el espíritu de Elías; harálo con tanta eficacia, con tanta felicidad, que los padres se regocijarán de ver como resucitada en sus hijos su piedad y su fe; muchos de los que ahora están ciegos y son incrédulos, abrirán entonces los ojos, conocerán sus descaminos, y llenos de celestial sabiduría se aplicarán únicamente á buscar á aquel que viene á salvarlos, para que cuando llegue los encuentre enteramente dispuestos á recibirle, á obedecerle y á seguirle.*

No dudó Zacarías que era Ángel del Señor el que le hablaba; con todo eso, como eran tan portentosas y tan sobre las fuerzas de la naturaleza las cosas que le prometia, no se pudo resolver á creerlas. *¿Cómo me puedo persuadir,* le replicó, *que suceda lo que me dices, siendo yo tan viejo como soy, y siéndolo mi mujer poco menos que yo?* Presto experimentó el castigo de su poca fe y de su poca confianza. Para mostrarle el Ángel ante todas cosas la sinrazon con que dudaba de lo que habia oido, le declaró quién era, qué empleo tenia, y quién le enviaba. *Yo,* dijo, *soy el ángel Gabriel, uno de los espíritus que asisten mas cerca del Señor, prontos siempre á ejecutar sus divinas órdenes: él mismo me envió á tí para anunciarte esta dichosa nueva; mas porque dudaste de lo que te he dicho, ves aquí que desde este mismo punto quedarás mudo, y no recobrarás el uso de la lengua hasta que se cumplan todas estas cosas.*

Esperaba mientras tanto el pueblo á que saliese Zacarías, admirados todos de que tardase tanto en ofrecer el sacrificio; pero se asombraron mucho mas cuando al salir advirtieron que estaba sordo y mudo; novedad, que añadida al espanto y á la turbacion que notaron en su semblante, los persuadió á que sin duda habia tenido alguna vision. Concluida la semana de su ministerio, se retiró á una casa suya en la tribu de Judá, situada en las montañas, que se cree fuesen las de Hebron. Poco tiempo después se hizo preñada Isabel; y como si se avergonzase de parecerlo en aquella edad, estuvo cinco meses sin salir de casa, dando continuas gracias al Señor por la merced que la habia hecho.

A los seis meses de preñado vino á visitarla su prima la santísima Vírgen, cuando acababa de concebir en su purísimo vientre al Hijo de Dios por obra y gracia del Espíritu Santo. Noticiosa esta Señora del milagroso preñado de su prima, por habérsele anunciado el mismo Ángel que se apareció á Zacarías en el altar de los inciensos, y conducida del Espíritu Santo, partió de Nazareth á Judea, no permitiéndola diferir un momento este viaje la misma divina inspiracion que se le habia sugerido. Llegando á Hebron, entra en casa de Zacarías, saluda á Isabel, y en el mismo punto de la salutacion el niño de seis meses que esta tenia en sus entrañas da saltos de alegría dentro del mismo vientre á la voz de la santísima Vírgen, y queda santificado antes de nacer por la presencia de su Señor, que aquella purísima doncella llevaba en su casto seno. Los saltos y la santificacion del hijo fueron acompañados de un torrente de gracias que desprendió el cielo sobre la santa madre. Conoció en el mismo instante el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo; y no pudiendo contener el gozo y el respeto, mirando á su dulcísima prima, prorumpió en estas tiernas exclamaciones: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta dicha, que la Madre de mi Señor y de mi Dios se digne visitarme? Luego que llegaron á mis oidos las primeras palabras de tu salutacion, el hijo que tengo en mis entrañas saltó de gozo dentro de mi vientre, y yo misma me sentí ilustrada de una nueva luz.* Ya se deja discurrir que la estancia de la santísima Vírgen en casa de Isabel seria un contínuo manantial de gracias para toda la familia. Cerca de tres meses se detuvo la Señora en casa de su prima, y apenas salió de ella, cuando Isabel dió felicísimamente á luz aquel dichoso hijo, que segun las promesas del Ángel, habia de causar tanta alegría á todo el mundo.

Apenas se extendió por la mañana la noticia de su feliz alumbramiento, cuando concurrieron de todas partes los vecinos y los parientes á darla mil parabienes por la merced que el Señor la habia hecho, dándola finalmente un hijo al cabo de tantos años de esterilidad. Ocho dias después se volvieron á juntar los parientes, segun la costumbre, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, no dudando que se llamaria Zacarías como su padre; y ya le iban á nombrar de esta manera, cuando la madre se opuso, diciendo que se habia de llamar Juan. Representáronla que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia de que alguno de ella le hubiese tenido jamás; pero manteniéndose firme Isabel en que se habia de llamar Juan, sin duda por habérselo tambien revelado á ella el mismo Ángel, determinaron los parientes consultar al padre, y conformarse con lo que este resolviese. Preguntáronle por señas qué nombre queria se pusiese al niño; y Zacarías pidiendo una pluma, escribió estas palabras: *Juan es su nombre.* Quedaron todos atónitos; pero lo quedaron mucho mas cuando vieron que soltándosele de repente la lengua, recobró el uso de la voz, y comenzó á cantar alabanzas al Señor por las maravillas que habia hecho en su favor. Recibió tambien al mismo tiempo el don de profecía, no cesando de publicar las misericordias del Señor, que iba en fin á cumplir las promesas hechas á su siervo Abrahan en órden al Mesías; asegurando que su hijo era su profeta y su precursor.

Llenáronse todos de un respetuoso temor á vista de tan maravilloso suceso, y prorumpieron en alabanzas del Señor. Extendida la voz por toda la Judea, quedaron igualmente asombrados cuantos le oyeron; y como hasta entonces no se habia visto semejante maravilla, todos hablaban de ella con cierto lenguaje de extático estupor. *¿Quien piensas será este niño?* se decian unos á otros. Verdaderamente que hasta ahora no hay noticia de otro algun nacimiento de otro profeta, acompañado de tantos prodigios; y si hemos de hacer juicio de lo que será en lo futuro por lo que vemos en lo presente, será el mayor hombre que haya nacido de mujeres. Así hablaban y así discurrian aun aquellos que tenian menos interés en los favores que dispensaba la divina bondad al recien nacido infante, y á toda la familia de Zacarías.

Como este dichoso padre de un hijo tan querido de Dios pasó repentinamente de mudo á profeta y á un hombre lleno del Espíritu Santo, sintiéndose ilustrado de una nueva luz, y encendido su corazon de un divino fuego, quiso luego dar parte á todo el mundo de

la alegría que le causaba aquel bien, que habia de ser comun á todas las naciones de la tierra, y exclamó en este inspirado cántico:

«Bendito sea para siempre el Señor Dios de Israel, que se dignó «visitar á su pueblo, y librarle de la esclavitud en que gemia des- «pués de tantos siglos. Abatida la real casa de David, habiendo de- «caido de su majestad, de su grandeza y de su poder, vuelve otra «vez á levantarla, y la restituye á su esplendor, enviándola el Sal- «vador que nos habian prometido los Profetas que nos precedieron, «asegurándonos, que por formidables que fuesen los enemigos de «nuestra salvacion, él nos libraria de sus manos. Muestra bien que «no puede nunca olvidar la alianza contraida con Abrahan nuestro «padre, y la promesa que le hizo de ejercitar sus misericordias con «nuestros padres, extendiéndolas hasta nosotros; para que libres de «la esclavitud de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con una «vida pura y santa, caminando continuamente en su presencia, y «sirviéndole con fidelidad y con amor.» Así publicaba á todos el san- to viejo las misericordias del Señor, cuando volviéndose hácia su hijo, y mirándole fijamente, le dijo como arrebatado: «Tú, hijo mio, «estás destinado para precursor y profeta del Salvador de los hom- «bres: irás delante de él, allanarás el camino, y dispondrás los pue- «blos para recibirle; enseñarás á los pecadores la ciencia de la sal- «vacion, para que volviendo á él por la penitencia consigan el per- «don de sus pecados. Estos son los efectos de aquella incomprensible «misericordia que nos muestra en este tiempo, haciéndose semejan- «te á nosotros, y bajando del cielo para visitar y para alumbrar á «los que están sepultados en las tinieblas y en las sombras de la muer- «te, y conducirnos á todos al camino de la paz.»

El concurso de tantas maravillas como sucedieron en el nacimiento del niño Juan, le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere san Pedro Alejandrino como un hecho de pública notoriedad, que cuando Herodes buscó al niño Jesús para quitarle la vida, quiso hacer lo mismo con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre santa Isabel, retirándose con él al desierto, hasta que muerto Herodes, la madre se pudo volver libremente á buscar á Zacarías, aunque dejándose á san Juan en el mismo desierto, donde queria el Espíritu Santo se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. La vida que hizo en él, la sabemos por relacion de los mismos Evangelistas: manteníase de miel silvestre, que es muy insípida, como tambien de langostas; y aun de esto era tan escaso y tan cási ninguno su alimento, como que no dudó decir

de él la misma Verdad eterna, que no comia ni bebia. A la austeridad del alimento correspondia la del vestido; reducíase á una como zamarra de pelo de camello, atada á la cintura con una correa de cuero, pasando los dias y las noches en conversar con Dios, y disponiéndose con la oracion, con el ayuno y con todo género de penitencias para el ejercicio de su ministerio. Por esta inocente y penitente vida que hizo en el desierto, dicen san Agustin y san Gerónimo, es tenido san Juan por modelo de la vida austera y retirada de los anacoretas.

La Iglesia, dice san Bernardo, celebra la vida y la muerte de los demás Santos, porque fueron santos; pero festeja el nacimiento temporal de san Juan Bautista, porque fue santo el mismo nacimiento, y orígen de una santa alegría. Es tan antigua la institucion de esta solemnidad, que en uno de los sermones de ella dice san Agustin la celebraban ya los fieles de su tiempo como de tradicion apostólica; y fue siempre tan solemne, que por algunos siglos se celebraban tres misas en este dia como en el de Navidad. Es tan general la alegría cási en todas las naciones, que se ve cumplido el vaticinio del Ángel, cuando predijo á Zacarías que el nacimiento de Juan causaria alegría universal á todo el mundo; como se está verificando aun el dia de hoy, habiéndose pasado cási diez y ocho siglos. Testifica el citado san Bernardo que este dia no solo es uno de los mas alegres en el cristianismo, sino que hasta los mismos gentiles le solemnizan con luminarias, con hogueras y con otros regocijos. Lo mismo hacen en él los turcos y todos los orientales, segun nos lo refieren los viajeros. Lo cierto es, que después de las principales fiestas de la Redencion, no hay otra mas solemne desde los primeros siglos de la Iglesia que la natividad de san Juan Bautista; y el concilio de Agda, celebrado el año de 506, la cuenta por una de las mas principales después de la Pascua, Navidad, Epifanía, Pentecostes y Ascension; ni es menos antigua que la misma fiesta la solemnidad de su vigilia. Para disponerse á ella instituyó el concilio de Salgunstad un ayuno de catorce dias; aunque no tuvo mucho efecto esta institucion particular.

Habiendo dicho el Ángel á Zacarías que el hijo que le anunciaba estaria lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, es evidente que san Juan conoció á Jesucristo y fue santificado antes de nacer. Por eso dice san Ambrosio que su padre Zacarías dirigió al mismo niño su cántico, bien persuadido de que le entendia; y san Gregorio asegura que antes de nacer estaba ya dotado del don de profecía.

HIMNO.

Ut queant laxis resonare fibris
Mira gestorum famuli tuorum,
Solve polluti labii reatum,
Sancte Joannes.

Juan, para que resuenen nuestras voces,
Cantando tus proezas portentosas,
Desata las prisiones de la culpa,
Que la voz desentonan.

Nuntius celso veniens Olympo,
Te patri magnum fore nasciturum;
Nomen, et vitae seriem gerendae,
Ordine promit.

Del cielo vino un Angel, que á tu padre
Tu nombre anuncia, y la serie toda
De tu vida, y que has de nacer grande:
Por su órden cada cosa.

Ille promissi dubius superni,
Perdidit promptae modulos loquelae,
Sed reformasti genitus peremptae
Organa vocis.

Desde entonces perdió tu padre el habla,
Por dudar lo que el santo Angel le informa:
Pero tú, luego que naciste al mundo,
Se la volviste pronta.

Ventris obstruso recubans cubili,
Sensorans Regem thalamo manentem:
Hinc parens nati meritis uterque
Abdita pandit.

Cuando en el vientre estabas encerrado,
Sentiste al Rey, que en su talamo posa,
Y en virtud de tus méritos, tus padres
Profetizan y asombran.

Sit decus Patri, genitaeque Proli,
Et tibi compar utriusque virtus
Spiritus semper, Deus unus, omni
Temporis aevo.
Amen.

La honra sea al Padre y á su Hijo,
Y á tí su igual, virtud de ambas Personas,
Espíritu, un Dios sólo en la sustancia
Por la eternidad toda.
Amen

La Misa es en reverencia del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui praesentem diem honorabilem nobis in beati Joannis nativitate fecisti: da populis tuis spiritualium gratiam gaudiorum, et omnium fidelium mentes dirige in viam salutis aeternae: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que hiciste este dia tan solemne para nosotros por el nacimiento de san Juan Bautista, concede á tu pueblo la gracia de los espirituales regocijos, y endereza las almas de todos los fieles por el camino de la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLIX *de Isaías.*

Audite, insulae, et attendite, populi de longe: Dominus ab utero vocavit me, de ventre matris meae recordatus est nominis mei. Et posuit os meum quasi gladium acutum: in umbra manus suae protexit me, et posuit me sicut sagittam electam: in pharetra sua abscondit me. Et dixit mihi: Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor. Et nunc dicit Dominus, formans me ex utero servum sibi: Ecce

Oid, islas, y vosotras, gentes remotas, atended: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre, y desde su seno se acordó de mi nombre. Y hizo mi boca como espada aguda: me protegió bajo de la sombra de su mano; é hizo de mí como una sacta selecta, y me guardó en su aljaba. Y me dijo: Tú, Israel, eres mi siervo, en tí me gloriaré. Y ahora el Señor que me formó siervo suyo desde mi concepcion, dice:

dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terrae. Reges videbunt, et consurgent principes, et adorabunt propter Dominum, et sanctum Israel, qui elegit te.

Hé aquí que yo te he constituido luz de las gentes, para que tú seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes y los príncipes se levantarán al verte, y te adorarán por causa del Señor, y el Santo de Israel que te eligió.

REFLEXIONES.

Oid, islas, escuchad con atencion, pueblos distantes: El Señor me llamó desde el vientre de mi madre. Aplica la Iglesia estas palabras del Profeta á san Juan Bautista, y con efecto tienen mucha relacion con el precursor del Mesías; pero si las queremos entender en el sentido moral, ¿quién de nosotros no tendrá motivo para convidar á todos los pueblos del mundo á admirar las misericordias del Señor, y á reconocer el insigne beneficio que nos hizo, disponiendo que naciésemos dentro del seno de la santa Iglesia? ¿quién de nosotros no podrá exclamar con David: *Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animae meae?* Todos los que temeis á Dios, venid, escuchad, y os contaré cuántos beneficios ha recibido mi alma de su liberal mano. Antes que fuese concebido pensó en mí; y ¡con qué bondad fué disponiendo aquella continua serie de providencias particulares, sin las cuales seguramente no hubiera sobrevivido á mi nacimiento! Pero donde manifestó mas su bondad y su amorosa providencia, fue en toda la admirable economía de nuestra salvacion. ¡Qué sabiduría en disponer los medios, en desviar los peligros, y en multiplicar las gracias y los auxilios! El que tiene espíritu y entendimiento verdaderamente cristiano, descubre un sin fin de maravillas en toda la economía de la divina Providencia. Acordóse el Señor de nosotros; y ¿qué seria de nosotros si nos hubiera olvidado? y ¿qué debemos esperar, si nosotros mismos nos olvidamos del Señor? Inspirado el Profeta del espíritu de Dios, antes de referir los favores y los beneficios recibidos de su liberal mano, da principio convidando á todo el universo mundo para que vengan á reconocerlos. Estamos nosotros como inundados, como anegados en los beneficios del Señor; el cielo, la tierra, los elementos, las estaciones, todo nos predica su liberalidad; vivimos de sus bienes, no hay dia que no señale con algun nuevo beneficio. Ya que no nos privilegió en el nacimiento, por lo menos á pocos dias nos santificó la gracia del Bautismo; y si nuestra inocencia no ha durado tanto como nuestra edad, no quedó por su misericordia. Pero ¿dónde está nuestro agradecimiento? Y ¿quién de nosotros no tendrá razon para de-

cir que el Señor le protegió á la sombra de su mano? Trae á la memoria aquellos dias peligrosos, aquellas ocasiones secretas, aquellos enemigos encubiertos, aquellos ocultos venenos tan dignos de temerse. ¿Sacóte por ventura el arte de los médicos de aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, cuando tenias tanta necesidad de vivir para enmendar tu mala vida? ¿Debiste á tu industria ó á tu habilidad el salir tan felizmente de aquel estrecho lance en que corrian igual peligro tu vida y tu salvacion? ¿Somos, en fin, deudores de tantos dichosos sucesos, á nuestros imaginarios méritos? *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* Sí, mi Dios; bien lo sabemos, ningun hombre racional puede dudarlo, que todos estos beneficios, todas estas gracias, todas estas misericordias han sido efecto puro de vuestra inmensa bondad. Pero si lo sabemos, ¿cómo somos tan ingratos? ¿Cuántos habrá que hasta ahora no han dado gracias al Señor por el beneficio de haberlos hecho nacer de padres cristianos, y por el de haberlos reengendrado después en las aguas del Bautismo? ¡Oh buen Dios, y cuántos remordimientos nos ahorraria un poco de reflexion!

El Evangelio es del capítulo 1 *de san Lucas.*

Elisabeth impletum est tempus pariendi, et peperit filium. Et audierunt vicini, et cognati ejus, quia magnificavit Dominus misericordiam suam cum illa, et congratulabantur ei. Et factum est in die octavo, venerunt circumcidere puerum, et vocabant eum nomine patris sui Zachariam. Et respondens mater ejus, dixit: Nequaquam, sed vocabitur Joannes. Et dixerunt ad illam: Quia nemo est in cognatione tua, qui vocetur hoc nomine. Innuebant autem patris ejus, quem vellet vocari eum. Et postulans pugillarem scripsit, dicens: Joannes est nomen ejus. Et mirati sunt universi. Apertum est autem illico os ejus, et lingua ejus, et loquebatur benedicens Deum. Et factus est timor super omnes vicinos eorum; et super omnia montana Judaeae divulgabantur omnia verba haec: et posuerunt omnes, qui audierant in corde suo, dicentes: Quis, putas, puer iste erit? Etenim

Cumplióse á Isabel el tiempo de parir, y parió un hijo. Y sus vecinos y parientes oyeron como el Señor habia ensalzado con ella su misericordia, y la daban parabienes. Y sucedió que á los ocho dias fueron á circuncidar el niño, y le llamaban Zacarías como á su padre. Y respondiendo su madre, dijo: De ningun modo, sino que se ha de llamar Juan. Y la dijeron: No hay ninguno en tu parentela que se llame con este nombre. Y hacian señas á su padre, cómo queria que se le llamase. Y pidiendo el estilo, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y todos se admiraron. Y en aquel mismo instante fue abierta su boca, y desatada su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y sus vecinos fueron poseidos del temor: y todas estas cosas se divulgaron por todas las montañas de Judea: y todos cuantos las habian oido, las ponderaban en su corazon diciendo: ¿Qué niño será este? porque la mano del Se-

manus Domini erat cum illo. Et Zacharias pater ejus repletus est Spiritu Sancto; et prophetavit, dicens: Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suae.

ñor estaba con él. Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo. Y profetizó diciendo: Bendito el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo.

MEDITACION.

Sobre aquellas palabras: ¿Quién piensas será este niño?

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precitos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hombre, aquella mujer profana? y ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiere tener un presagio poco dudoso del destino que le espera después de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máximas y por sus obras.

¿Seguiráse una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? Un espíritu mundano, un corazon libertino, y unas costumbres estragadas, ¿podrán llevar frutos dignos de la vida eterna? El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, ¿admitirá á una alma enteramente carnal? Y ¿se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El Evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el Evangelio; no ignoramos las reglas, las máximas ni los preceptos del uno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la otra. Todos son unos testigos que no pode-

mos recusar; los hechos están probados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con qué parece que no es difícil adivinar cuál ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor! ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando Vos os explicásteis tan claramente: *El que no cree, ya está condenado.* No es menester consultar el otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo,* dice el Apóstol, *come y bebe su eterna condenacion.* Examínese cada uno segun la religion y segun el Evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

Punto segundo.—Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máximas en materia de religion, nuestras costumbres y toda nuestra conducta es un pronóstico del paradero que algun dia hemos de tener. Esa desenfrenada codicia, esa impetuosa ambicion, esa licenciosa disolucion de costumbres, esa indevocion tan visible, esa poca religion, no pronostican cosa buena. Si apenas vives como cristiano, ¿puedes racionalmente esperar morir como santo? ¿Cuántos actos de religion haces en todo el dia?

El negocio esencial, personal y único de la eterna salvacion, pide todo el tiempo de la vida: ¿cuánto empleas tú en este negocio? Unas oraciones vocales de mera costumbre, y con perpetuas distracciones; un aparecerte de ocho en ocho dias en la iglesia sin devocion, y aun sin religion algunas veces; un recibir los Sacramentos, capaz de entibiar la fe, y aun de desacreditar la Religion, por el poco fruto que se saca de ellos, ó por mejor decir, por la mala disposicion con que se reciben, la que estorba el fruto que habia de sacarse. Confesiones sin enmienda; comuniones sin aumento de gracia y sin fervor; ejercicios espirituales sin mérito; todo esto no pronostica buen fin, no anuncia suerte dichosa. Confesémoslo; no somos nosotros solos los artífices de nuestra eterna felicidad; debémosla á la gracia y á la misericordia del Redentor; pero nosotros solos somos los que nos fabricamos nuestra eterna condenacion, nuestra perdicion eterna. No hay réprobo, no hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que tuvo los auxilios necesarios para salvarse, y que si se condenó fue porque no quiso corresponder á la gracia. Pues el desprecio que ahora se hace de ella, esa infidelidad con que se la trata, ese abuso de los Sacramentos, esas costumbres viciosas, esas continuas reincidencias, ese fondo de indevocion, de insensibilidad y

de irreligion, todo esto puede ser un pronóstico poco incierto, y casi palpable del destino que te espera por toda la eternidad. *Porque vendrá el Hijo del hombre con la gloria de su Padre, y acompañado de sus Ángeles, y entonces dará á cada uno lo que le corresponde conforme á sus obras.* Consultemos pues nuestras obras, y por ellas podrémos juzgar qué será eternamente de nosotros.

¡Mi Dios! ¿á qué fin serémos tan curiosos por saber nuestro destino? ¡Ah! que mis costumbres, mis acciones y mis máximas me ofrecen sobrados materiales para satisfacer mi curiosidad; pero tambien me los ofrecen, y muy espantosos, para fundar mi temor. Todo cuanto al presente veo en mí, me pronostica la mayor de las desdichas. Vos, Señor, podeis conjurar con una nueva gracia, y hacer que no se verifiquen todos estos funestísimos presagios; concededme, Dios mio, esta gracia de mi perfecta conversion, y no permitais sean inútiles para mí estas reflexiones que acabo de hacer por vuestra misericordia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á vivir cristianamente en adelante, y que mi vida sea el mejor pronostico de mi eterna dichosa suerte.

Jaculatorias.—Dignaos, Señor, de tener misericordia de mí; haced que me convierta, y será dichoso mi destino. (*Psalm.* cxviii).

Haced, Señor, que en adelante guarde vuestra ley, y no pereceré. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 ¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máximas, tu devocion, tus costumbres y tu conducta son el horóscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el tiempo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, cuanto mas crecen mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con ellos; no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos ímpetus, porque los refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raíz cada dia es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su orígen. Es cierto que cuanto mas se extienden hacen menos ruido; pero ¿hacen por eso menos daño? La lujuria, la cólera, la avaricia, etc., cada dia cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razon. Consi-

dera cuánto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposicion en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. No quisieras morir al presente, y te pareceria segura tu reprobacion si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfeccion sobre el plan que te has formado.

2 Seas del estado que fueres en el mundo, ora del eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfeccion á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exactamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada accion sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada una de ellas, ó á lo menos muchas veces al dia, díte á tí mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza: y da lugar á esta consideracion en todas tus oraciones y en tus exámenes de conciencia. Examina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostica el porte de aquel dia.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

El tránsito de san Sosipatro, discípulo del apóstol san Pablo, en Berea. *(Habiendo sido enviado por el mismo apóstol san Pablo á predicar el Evangelio á la isla de Córcega, fue después obispo de Iconio. Vuelto después á Córcega, Cercilino, rey de la isla, mandó que fuese atormentado juntamente con siete ladrones, á los cuales habia convertido estando en la cárcel; pero mientras los Santos estaban sufriendo, bajó fuego del cielo que consumió á los dos hijos y á la esposa del Rey. En vista del milagro, el Rey invocó al Dios de Sosipatro, y después fue bautizado).*

Santa Lucía, vírgen y mártir, con otros veinte y dos, en Roma. *(Esta Santa era de Urbino, y fue llevada á Roma para satisfacer la sensualidad del emperador; y como se negase á ello, diciendo que estaba desposada con Jesucristo, fue atormentada, y luego degollada juntamente con otros veinte y dos Mártires en el año* 301).

San Galicano, mártir y cónsul, en Alejandría; exaltado á la honra del triunfo, y privado del emperador Constantino. Convirtiéronle á la fe de Jesucristo los santos Juan y Pablo, y se retiró con san Hilarino á Ostia, en donde se dedicó todo á la hospitalidad y al servicio de los enfermos; lo cual divulgándose por todo el mundo, venian muchos de diversas partes á ver al que de patricio y cónsul se bajaba á lavar los piés á los pobres, á ponerles la mesa, á lavarles las manos, y á servirles con mucho cuidado en sus enfermedades; y se

ejercitaba en todas las demás obras de misericordia. Desterrado de Ostia por órden de Juliano apóstata, se fué á Alejandría, en donde forzándole el juez Rauciano á que adorase á los ídolos, lo rehusó con constancia; por lo cual lo mandó degollar, y consiguió la corona del martirio.

Santa Febronia, vírgen y mártir, en Sibápolis de Siria; la cual en la persecucion de Diocleciano, por conservar la fe y la castidad, por mandato del presidente Lisimaco, primeramente fue azotada con nervios, y atormentada en el potro, después descarnada con peines de hierro, y echada en el fuego: finalmente habiéndola arrancado los dientes y cortado los pechos, por último la degollaron, y adornada de tantas joyas de tormentos, voló á su Esposo. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Antidio, obispo y mártir, en Besanzon de Francia, al cual dieron muerte los vándalos por defender la fe católica.

San Próspero de Aquitania, obispo de Reggio, en esta misma ciudad; ilustre en erudicion y piedad, el cual combatió acérrimamente contra los Pelagianos en defensa de la fe católica.

San Máximo, obispo y confesor, en Turin, famoso por su saber y santidad. *(Fue otra de las luminosas antorchas del siglo V. Asistió al concilio de Milan en el año 451, y al de Roma en tiempo del papa Hilario en el de 465, suscribiendo en este último después del Papa. Poco después de este año murió, dejando un número considerable de homilías, de las cuales se han sacado varias lecciones para insertar en el Breviario. En su homilía sobre unos santos Mártires dice: «Todos los Mártires deben ser honrados por nosotros, pero «especialmente aquellos cuyas reliquias poseemos. Nos asisten y ayudan con «sus preces, nos defienden á nosotros y á nuestros cuerpos en esta vida, y «nos reciben cuando partimos de ella para la otra»).*

San Adelberto, confesor, en Holanda, discípulo de san Vilibrordo obispo.

San Guillelmo, confesor, padre de los ermitaños del Monte-Vírgen, en territorio de Guleto junto á Nusco. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN GUILLELMO, ABAD.

San Guillelmo, célebre solitario del siglo XI, recomendable por la austeridad de vida y laudables costumbres, sobre que erigió el nuevo Órden religioso conocido bajo el nombre del *Monte de la Vírgen*, nació en Vercelí, antigua ciudad de Italia en el Piamonte, de padres muy distinguidos en el país por su nobleza, pero mucho mas por su esclarecida piedad. Apenas puede decirse que los conoció Guillelmo, pues uno y otro murieron cási al salir de la cuna. Habiendo quedado bajo la tutela de sus parientes, se dedicaron á darle una educacion conforme al espíritu de la ley santa de Dios, y á fomentar en el niño las ideas de virtud que descubrió desde muy luego; estaban admirados de verle distraido en sus mas tiernos años de los inocentes entretenimientos de la niñez, entretenido únicamente en ejercicios devotos, manifestando en aquella edad la madurez del juicio, y gravedad de un anciano.

El deseo que ardia en su corazon de visitar los santos lugares que se veneran en la cristiandad, le hizo ausentarse de su patria á los quince años, y emprender la peregrinacion al sepulcro de Santiago de Galicia, á pié descalzo, vestido de un mal saco, sin alguna prevencion, confiado solo en la Providencia. En esta expedicion entró en un pueblo donde un sugeto, herrero de profesion, tenia la costumbre de hospedar á los peregrinos; y admirado de ver á aquel jóven contentarse con pan y agua, reclinarse en el duro suelo, y de otros rigores de su vida penitente; queriendo suministrarle algun alivio, le hizo varias ofertas. Para no incurrir Guillelmo en la nota de desagradecido, le pidió únicamente le hiciese dos cercos de hierro, uno para el estómago, y otro para el pecho, y que se los clavase con dos barras por los hombros, á fin de que no pudiesen caerse; los que llevó todo el discurso de su vida.

Vuelto á su patria, no satisfecha su piedad con los trabajos é incomodidades de la dicha expedicion, se propuso hacer otra mas penosa y dilatada á la Palestina, con el fin de visitar y venerar personalmente los Santos Lugares de Jerusalen, donde obró Jesucristo los misterios de nuestra santa Religion. Mas Dios por visibles medios separó de él este pensamiento al punto de ejecutar su marcha, manifestándole que era su voluntad fundase una nueva congregacion de eremitas en su Iglesia. Para hallar menos obstáculos el Santo dejó su país, y pasando al reino de Nápoles, escogió en aquel territorio una montaña espantosa, donde se ocupó en los mas admirables ejércicios de oracion y penitencia, y castigaba su inocente cuerpo con extraordinarias austéridades. No pudo permanecer allí desconocido mucho tiempo, segun apetecian sus deseos. La fama de sus mortificaciones, y la de su eminente santidad, que comenzó á esparcirse por toda aquella region, á virtud de un milagro que obró dando vista á un ciego con solo su bendicion, le obligó á dejar aquella estancia, y retirarse á otro monte que juzgó muy conveniente para su proyecto, llamado Virgiliano, á causa de la morada que se decia por tradicion haber hecho en él el poeta Virgilio, cuyo nombre mudó despues que construyó allí Guillelmo una suntuosa iglesia dedicada á la Reina de los Ángeles, llamado por este motivo el *Monte-Vírgen*, ó de la Vírgen, que es ahora una ciudad del reino de Nápoles, poblada con ocasion de este establecimiento en la provincia del principado ulterior entre Noco y Benevento.

No pudo evitar Guillelmo en este lugar los inconvenientes que le habian hecho huir de su primer retiro: dióle Dios á conocer los de-

signios que sobre él tenia su providencia; y no excusándose á ponerlos en ejecucion, resolvió aprovecharse de las importunidades de aquellos que incesantemente concurrian á visitarle. Muchos sacerdotes seculares de aquellos pueblos circunvecinos, tocados de su amable conversacion y de la santidad de su conducta, solicitaron con vivas ansias que les recibiese por sus discípulos, y les admitiese á la sociedad de sus penitencias; hiciéronlo con tanto empeño, que se vió obligado á admitirlos, viendo que sus deseos únicamente tenian por objeto la salvacion. Estos fueron los principios sobre que Guillelmo erigió la congregacion religiosa, del Monte-Vírgen, cuyo edificio piadosísimo y ejemplar comenzó á levantarse en el pontificado de Calixto II por los años 1119; y no siendo capaz la humilde habitacion primera para tanto número de nuevos discípulos como concurria cada dia, á expensas de no pocos visibles prodigios dispuso el Santo un grande monasterio donde pudieron cómodamente colocarse todos. Tanto fue el fervor de aquellos primeros alumnos del nuevo establecimiento, bajo la conducta de tal maestro, que era voz comun en todo el reino, que la Tebaida y Nitria se habian trasladado al Monte-Vírgen, donde las penitencias que hacian aquellos varones religiosos competian con las de los antiguos anacoretas de aquellas soledades; sin embargo de no estar pendientes de una regla escrita, por no ser otra la que les dió el santo Fundador que la del Evangelio y observancia de los primeros monjes; previniéndoles que debian alimentarse y vestirse con la labor de sus manos, mirando siempre la oracion y alabanzas divinas como principal objeto del Instituto.

Cuando Guillelmo no pensaba en otra cosa que en mantener y aumentar el fervor y caridad que ligaba á sus hermanos con él en tan laudables ejercicios, el espíritu de la discordia turbó la paz que reinaba entre todos: so color de ciertos pretextos al parecer convenientes, los que habian entrado en la Congregacion con el ardor de un precipitado movimiento, comenzaron á murmurar contra el nuevo Moises. Quejábanse de que les obligaba á las obras de los rústicos; que les conducia por rutas impracticables, capaces de ponerlos en inminente peligro; que las austeridades prescritas ni eran discretas, ni soportables; que por las penitencias y otras mortificaciones impuestas desatendia á la magnificencia del culto, que debia ser el único objeto de los sacerdotes; que les faltaba templo á propósito, vestidos sagrados y libros de coro para solemnizar los oficios divinos; y por último, que iba á arruinar el monasterio con las excesivas limosnas que daba sin límites. Pero aunque Guillelmo, temeroso de que se

resfriase su fervor, les proveyó de todo cuanto pedian relativo al culto divino é Iglesia, con el auxilio de muchos devotos suyos; con todo, trayendo los descontentos á otros menos fervorosos á su partido, formaron una especie de conspiracion que llenó de espanto al insigne Fundador; quien no pudiendo aquietar á los díscolos con su dulzura y santa elocuencia, exhortándolos á que se conformasen con la vida que habian abrazado voluntariamente, determinó tomar otro rumbo.

En este estado, no creyendo deber resolverse á relajar nada de su Instituto; viendo que los espíritus rebeldes continuaban sin esperanza de poderlos reducir, tomó el partido de ausentarse de ellos, y de quitarles con su ausencia el objeto de sus quejas. Pero Dios, que permitió semejante insulto, dispuso para confusion de los malévolos, que sirviese el retiro de nuestro Santo para mayores ventajas de la nueva Congregacion que habia instituido; asistiéndole con visibles prodigios en las fundaciones de otros monasterios en diferentes partes del reino de Nápoles, erigidos á expensas de las liberalidades de muchas personas poderosas, movidas de la alta opinion de la santidad de Guillelmo.

Habiendo dejado el Santo por superior en el Monte-Vírgen á Alberto, pasó con cinco legos de sus hermanos á buscar soledades á propósito para la dilatacion de su establecimiento; llegó al monte Cuneato, llamado vulgarmente *Serra-cognata;* y estando en oracion en una ocasion que pasó el conde Roberto á caza de fieras, viendo algunos de la comitiva aquel espectáculo de penitencia, preguntándole el mas animoso, ¿si era explorador? respondiéndole con su natural ingenuidad, que lo era de lugares aptos para su religion, le hirieron gravemente. No tardó el cielo en vengar la injuria hecha á su siervo, pues al instante invadió al atrevido un espíritu inmundo que le atormentaba furiosamente. Referido el suceso al Conde, conoció por tan repentino castigo ser aquella persona de grande mérito: como lo experimentó conduciéndose á su presencia con el energúmeno, á quien sanó el Santo á ruegos de Roberto con sola su bendicion, olvidándose de la injuria como verdadero discípulo de Jesucristo. Por cuyo beneficio le ofreció el Conde todo lo necesario para la edificacion de un monasterio donde ampliase su Instituto, lo que ejecutó en efecto en la citada montaña.

De aquí hizo tránsito al valle Compsa, vulgo Conza, entre Nusco y el templo del Santo Ángel; y habiéndose mantenido por espacio de un año en la concavidad de un árbol, ilustrando á toda aquella region con su admirable vida y prodigiosos ejemplos; advirtiendo en

el territorio de Goleta, ó Guleto, cerca de Nusco, pequeña poblacion del principado ulterior, un sitio muy á propósito para un nuevo establecimiento por la fertilidad de la tierra y abundancia de aguas, fundó dos monasterios, uno para religiosos, y otro para religiosas de su Congregacion dedicados al Salvador del mundo, á quienes se dice dió por reglamentos el que no comiesen carne, huevos, manteca, queso, ni grosura de animales, ni bebiesen vino; previniéndoles fuese solo el pan y yerbas su diario alimento, y que ayunasen á pan y agua tres dias á la semana, y lo mismo desde los Santos á Natividad, y desde la dominica de Septuagésima á la Pascua de Resurreccion, todo con el objeto de que crucificasen los apetitos carnales, muriesen al mundo, y que solo viviesen para Dios.

La reputacion con que corria Guillelmo en toda aquella region le hizo bien presto conocer á Rogero, que de conde y duque fue hecho después rey de Sicilia. Hízole este Príncipe venir á su corte, y quedó tan edificado de su virtud, que le costeó un monasterio de su Congregacion en Salerno cerca de su palacio, para tenerle siempre cerca de su persona. Sirvióse el Santo de esta ocasion no para adquirir rentas, ni promover privilegios á su Órden, sino para trabajar con infatigable celo en la salvacion de Rogero, y en el bien de sus súbditos. Sin embargo de sus piadosas intenciones demostradas en toda su conducta, y en la noble simplicidad de sus consejos, no pudo evitar la malignidad de los cortesanos, que trataron de hacerle pasar por un hipócrita en el concepto del Rey. A fin de darle pruebas reales de esta calumniosa imputacion, apostaron una cortesana muy diestra en el arte de pervertir para que le corrompiese; pero la que prometió prenderle con el anzuelo de su artificiosa desenvoltura, viendo que se arrojó á una hoguera encendida de órden del mismo Santo con prevision del suceso, quedó confundida y convertida al Señor á virtud de las persuasiones de Guillelmo.

Permaneció algunos años este insigne varon en el monasterio de Salerno, haciendo mucho fruto en la corte con sus instrucciones y ejemplos de penitencia. Pero luego que conoció por la extremada debilidad de sus fuerzas, y por el sensible aumento de sus enfermedades, que no podia vivir largo tiempo; habiendo dado á Rogero los mas saludables consejos, y encargándole la tutela de su religion, se retiró al monasterio de Goleta á disponerse para recibir la muerte. Allí redobló sus austeridades y penitencias de un modo tan extraordinario, cuanto increible á su débil constitucion. Finalmente consumido á fuerza de tantas penalidades y trabajos murió con la muerte

de los justos en el dia 25 de junio de 1142; diéronle sepultura en la iglesia del monasterio del Salvador, en un sepulcro de mármol colocado al lado izquierdo del templo. De allí fue trasladado después á la suntuosa capilla que en honor suyo hizo construir la abadesa Inés, donde se ofrece un epitafio expresivo de las virtudes y milagros de Guillelmo, cuya gloria y santidad quiso Dios manifestar en vida y después de muerto con repetidos prodigios que hicieron célebre su memoria, los cuales motivaron á la santidad de Gregorio XIII para que le declarase en el catálogo de los Santos, y mandase colocar en el Martirologio romano,

No habiendo dado Guillelmo regla por escrito á sus religiosos, Roberto, sucesor de Alberto, á quien habia dejado el Santo por superior en el monasterio de Monte-Vírgen, previendo que la Órden no podia subsistir sobre simples tradiciones y votos inciertos, capaces de alteraciones y mutaciones arbitrarias, la puso bajo la regla de san Benito por autoridad de Alejandro III.

SANTA FEBRONIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Durante la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncella cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo tirano, y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun de los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupadas únicamente en meditar las misericordias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años habia criado en el monasterio, y era de diez y nueve á la sazon. Sobresalia entre todas no menos por su discrecion que por su hermosura; siendo esta tan peregrina, que se dudaba con razon si habia otra mayor en el mundo, dándola mucho realce su virginal pudor y su inocencia. La tia, que estimaba este tesoro sobre todos los de la tierra, puso el mayor cuidado en tenerle bien escondido, pues en mas de diez y siete años de ninguno la dejó ver.

Febronia, que desde su niñez habia tomado la generosa resolucion de no admitir otro esposo que á Jesucristo, á quien por los vo-

los religiosos habia consagrado solemnemente su virginidad, aborrecia tanto la hermosura de su cuerpo, como la admiraban las demás, y no perdonaba medio alguno para ajarla, y aun para destruirla, llegando á tocar la raya de excesivas sus mortificaciones y sus penitencias. Ayunaba regularmente la mayor parte del año, y aun la misma comida era nuevo ejercicio de mortificacion, porque se reducia á legumbres y raíces con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias enteros sin comer. Dormia en el duro suelo ó en una estrecha y bronca tarima, sin mas ropa que la que traia á cuestas; pero léjos de que esta penitente y rigurosa vida descompusiese su hermosura, cada dia adquiria nuevos grados, y cuanto mas se mortificaba, mas bella y mas perfecta parecia.

No era fácil que dejase de rezumarse hácia afuera, á pesar del velo y de la retirada profesion, la noticia de una mujer tan peregrina. Sabíase que habia en el convento una religiosa de extremada belleza, y de virtud aun mucho mas singular. Practicáronse mil medios y aun mil ardides para verla y para hablarla; mas no fue posible conseguirlo, porque jamás se quiso dejar ver de persona alguna de fuera, ni aun de sus mismos parientes.

Entre otras, una señora viuda, moza y muy ilustre llamada Hieria, que aun era catecúmena, tuvo tanta ansia por conocerla y por hablarla, que hizo extraordinarias diligencias para conseguirlo; y como nada pudiese alcanzar de la superiora ni con sus razones, ni con sus ruegos, ni con sus lágrimas, se arrojó á sus piés, protestando que no se levantaria de ellos, ni se apartaria de aquel sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Compadecida la superiora de sus lágrimas y de su piadosa afliccion, consintió en darla gusto; pero como sabia bien la resolucion de su sobrina de no ver jamás á persona seglar, ni de uno ni de otro sexo, la dijo que no seria posible vencerla mientras estuviese en aquel traje, y que así seria preciso se vistiese de religiosa, con lo que ella la introduciria en el convento como que era monja forastera. Salió bien el artificio; recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad; diósela órden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion; hízolo ella tan notable y tan elevadamente, habló la de la dicha del estado religioso con tanta mocion y eficacia, que cuando Hieria solo pensaba hasta entonces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto antes el Bautismo, y en retirarse del mundo, convirtiendo después ella misma toda su familia á la fe de Jesucristo.

A esta conquista se siguió poco tiempo después otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia, cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisímaco y su tio Seleno venian á Sibápolis con órdenes terribles de los Emperadores para exterminar á todos los Cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles, como tambien los cadalsos que se levantaban en las plazas públicas. Con esta noticia se llenaron los fieles de consternacion. Eclesiásticos, religiosos, seculares y hasta el mismo obispo todos huian, y cada uno se ocultaba donde podia. Pero fue mayor la turbacion entre las religiosas; y ocupadas de terror á vista de lo que se contaba de la inhumanidad de los tiranos, estaban indeciblemente afligidas todas aquellas santas vírgenes. Conociendo el obispo el peligro á que se exponian si se quedaban en el monasterio, las dió licencia para que se saliesen de él, y se pusiesen en seguridad con la fuga. Era espectáculo verdaderamente tierno ver aquella numerosa comunidad en punto de separarse, deshaciéndose en lágrimas, y sin abrigo donde recogerse; combatiendo entre dos afectos, y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad, y entre el natural temor que les causaba el horror de los tormentos. La superiora, con un espíritu muy superior á su sexo y á su edad, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse, aunque ella estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no pudiendo ya disimular por mas tiempo su dolor, añadió: *Toda mi ansia es saber qué hará mi querida Febronia.—¿Qué haré yo?* respondió la santa doncella con una resolucion noble, firme y generosa, *¿qué haré yo? mantenerme aquí bajo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo, y al amparo de mi amada madre la santísima Virgen María. No temais, tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecile ya el sacrificio de mi corazon, y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿A qué mayor gloria, ni á qué mayor dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo?* Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolucion y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir el ejemplo de Febronia, las mas, haciendo su oficio la flaqueza natural, buscaron en otras partes el asilo que pudieron contra el furor de los tiranos.

Era Lisímaco un jóven de veinte años no cumplidos, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno, á quien su padre le habia dejado

muy encomendado estando para morir. Estimaba mucho el emperador Diocleciano á esta familia, y para darla pruebas de su amor hizo á Lisímaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por asesor á su tio Seleno, que sabia muy bien era enemigo cruel de los Cristianos. No así Lisímaco, que habiendo nacido de madre cristiana, los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision, le fue preciso salir á la frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo, su primo hermano; pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera ejecucion de las órdenes del Emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con inaudita crueldad un número sin número de Cristianos. Llenóse de horror Lisímaco á vista de tan bárbara carnicería, y confesó reservadamente al conde Primo, que como habia nacido de madre cristiana, no podia mirar sin mucho dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Entró Primo en el dictámen del Prefecto, y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fieles. Hízolo así; pero no bastó toda su buena voluntad para estorbar que no se ejecutasen en ellos todo género de suplicios. Dieron noticia á Seleno los gentiles de que habia un célebre monasterio de religiosas cristianas, y al punto destacó una compañía de soldados para que se apoderase de él. Forzaron las puertas del convento, y presentándose en ellas la superiora, iban ya á degollarla, cuando santa Febronia se arrojó á los piés de aquellos bárbaros, pidiéndoles por gracia que fuese ella la primera víctima por donde se diese principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un poco á vista de aquella intrepidez; pero cuando repararon mas en tan peregrina hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. A este tiempo llegó el general Primo; echó de allí á todos los soldados, y sabiendo que las mas de las religiosas se habian escapado, no pudo contenerse sin exclamar: *¡ Válganme los dioses inmortales! y ¿por qué no hicísteis vosotras lo mismo?* añadiendo, *todavía estais en tiempo, creedme, poneos á cubierto de esta tempestad.*

Dió mientras tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes; y pasando á dar cuenta á Lisímaco de lo sucedido, retirándole aparte, le dijo: *Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya; es una doncella, que en todo su aire muestra ser persona de mucha calidad; y lo cierto es, que su hermosura, en mi concepto, es la mayor de todo el mundo.* Pero Lisímaco le respondió: *Oí decir á mi madre, que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo, y así yo me guardaré bien de aspirar*

á semejante boda. No fue tan reservada esta conversacion, que no la hubiese oido toda un soldado, el cual partió al punto á dar el soplo á Seleno, diciéndole como el conde Primo trataba de casar á su sobrino con una doncella cristiana de incomparable belleza. Entró en furiosa cólera Seleno; y como era el mas cruel enemigo que tuvo jamás el nombre cristiano, dió órden para que al instante fuese traida Febronia á su presencia. Fue espectáculo verdaderamente lastimoso ver aquella tierna y hermosísima doncella cargada de pesadas cadenas, como una inocente oveja que los lobos arrancan del medio del rebaño, y la llevan al monte para despedazarla. Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla en el martirio; pero declarando los soldados que solo tenian órden para llevar á esta, las fue preciso conformarse, y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor, se contentó con decirla al tiempo de abrazarla: *Anda, hija mia, muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo antes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir.* No la permitió decir mas el dolor y la violencia; enterneciéronse todas, y sola Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Pusiéronla en presencia de Seleno, y luego que la vió quedó como cortado y mudo; pero volviendo en sí, dió principio al interrogatorio, preguntándola quién era, y si era esclava ó libre. *Soy esclava*, respondió la Santa. *¿Y de quien?* replicó el tirano. *De mi Señor Jesucristo*, respondió Febronia, *mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna. Lástima es*, repuso Seleno, *que tan presto te dejases infatuar de esa vil secta; conoce ya tu desacierto, y abre los ojos á tu dicha; los dioses, á quienes te mando que sacrifiques, fabricarán tu fortuna;* y mostrándola á Lisímaco, añadió: *Quiero hacerte sobrina mia, dándote por esposo á este caballerito mozo, mi sobrino; serás mujer de un caballero romano, y una de las primeras señoras del imperio. Ea, quitenla esas cadenas.* La Santa entonces agarrando las cadenas con las dos manos, y revistiéndose de cierto aire majestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: *Ruégote, señor*, le dijo, *que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya, como estoy, consagrada al soberano Dueño del universo, es ocioso convidarme con todos los grandes, ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demonios, solo el oirla me causa horror. No pienses que por ser mujer y niña tengo miedo á tus tormentos; soy cristiana, y con esto lo he dicho todo; cuantos mas tormentos me hagas padecer en defensa de mi*

Religion, mas contribuirás á la gloria de mi Señor Jesucristo, y tambien á mi triunfo, si me es lícito hablar de esta manera.

Aturdió esta respuesta al tirano, y dejó como encantados á todos los concurrentes; pero volviendo de su asombro, mandó que al instante despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas. Horrorizó á los asistentes la barbaridad del juez y la crueldad de los verdugos; pero no alteró la constancia de la Santa. Era todo su virginal cuerpo una sola llaga, y en medio de los tormentos se la oia cantar incesantemente alabanzas al Señor. Parecióle á Seleno que le insultaba, y creciendo su furor, dió órden de que la extendiesen en una especie de parrillas, y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Era espantoso el tormento y vivísimo el dolor, retirándose la mayor parte aun de los mismos paganos, por no tener valor para ver aquella bárbara crueldad; solo la Santa, con generosa intrepidez, no cesaba de dar gracias á su divino Esposo por la gran merced que la hacia. Esta constancia hizo subir de punto la cólera y la rabia del tirano; mandó que la magullasen la boca, que la hiciesen pedazos todos los dientes, y la arrancasen los pechos. Pero no bastando los azotes, el hierro, ni el fuego para disminuir su fervor, ni para debilitar su constancia; horrorizada toda la ciudad á vista de la inhumanidad de Seleno, al mismo punto en que Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de Jesús, su divino Esposo, fue separada la cabeza de su virginal cuerpo el dia 25 de junio hácia el principio del cuarto siglo.

Habian sido testigos Primo y Lisímaco, así del combate como del triunfo de la Santa, y estaban hablando de la magnanimidad de aquella doncella y del gran poder del Dios de los Cristianos; cuando les vinieron á decir que Seleno, perdiendo el juicio de repente, y agitado de un ímpetu furioso, se habia hecho pedazos la cabeza contra un pilar, y que habia espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su cuarto, y quedaron sobrecogidos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. Solo este rasgo faltaba, dijo Lisímaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo; anda, amado Primo mio, entrégate del cuerpo de esa heroína cristiana; recoge hasta la tierra que esté teñida de su inestimable sangre; enciérralo todo en una rica caja; y si se opusiere algun oficial, díle resueltamente que es órden mia. En el mismo dia mandaron Primo y Lísimaco que cesase la persecucion; hiciéronse ambos cristianos, y á su conversion se siguió la de otros muchos.

SANTA EUROSIA Ú OROSIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aunque convienen todos los escritores que el glorioso martirio de santa Eurosia fue en España en la desgraciada época de la irrupcion de los mahometanos; siendo como son varias las opiniones sobre el orígen de esta ilustre Mártir de Jesucristo, nos precisa dar alguna noticia en esta parte, no con otro objeto que el de no defraudar á la nacion de haber sido patria de esta célebre heroína, á quien venera la ciudad de Jaca por su patrona; por cuya sangre, con la de otras ilustres mujeres, se restauró el reino de Aragon del poder de los bárbaros africanos, segun nos dice D. Nicolás Antonio.

Muchos hacen á Eurosia natural de Bohemia, hija de los reyes Barivorio y Ludimila, los cuales, segun escriben los mismos, la enviaron á España á contraer matrimonio con un hijo del monarca; y habiendo ocurrido la pérdida de la nacion al tiempo que entró en ella la noble doncella, fue martirizada por los moros cerca del año 714; pero reparando algunos críticos, que en aquella desgraciada época no tenia hijo alguno el rey de España, que á la sazon era D. Rodrigo, añadiendo á esto, el que Bohemia no habia recibido por entonces la fe, para que solicitasen sus padres desposarla con algun príncipe cristiano, puesto que después de muchos años al suceso predicó el Evangelio en aquel reino su apóstol san Metodio; por estos poderosos fundamentos niegan que fuese natural de Bohemia. Otros discurren, que nació en Boya, ciudad de Aquitania, por la que entienden á Bayona de Francia, y que fue hija del régulo ó regente de aquella provincia, que la envió con un lucido acompañamiento á desposarse con cierto gobernador de la España citerior; con cuyo motivo padeció martirio cerca de la ciudad de Jaca en la época insinuada; pero no constándonos la certeza de ninguna de las dos referidas opiniones, no hay razon para negar que fuese natural de España, á lo que se inclinan los Padres Bolandos cuando critican las actas de su glorioso martirio, las que referimos adoptando lo mas verosímil en los hechos.

Ocurrió en España la detestable violencia que hizo el rey D. Rodrigo á Florinda, conocida en la historia de la nacion con el nombre de la Caba; era esta hija del conde D. Julian, gobernador de Ceuta, y quejándose á su padre con las mas vivas expresiones del insulto cometido por el Rey, graduándole el Conde por el borron mas infame que pudo echarse á su ilustre prosapia, determinó vengarle por uno

de los mas enormes atentados que se leen en los anales. Convínose con Muza, famoso general de los moros en el África, para que pasase á España con un formidable ejército á fin de apoderarse de la nacion, facilitándole los mas ventajosos medios, bajo el seguro de que todos los vasallos vivian descontentos con D. Rodrigo. No despreció Muza el pensamiento, y deseoso de establecer su dominio en una península que era el objeto de toda su ambicion, como lo fue en los siglos precedentes de todas las gentes bárbaras codiciosas de tan precioso terreno, entró en España con un poderoso ejército cerca del año 711; y habiendo vencido á D. Rodrigo, que quiso oponerse á la innumerable multitud de bárbaros, hechos estos dueños de toda la Andalucía, extendieron su conquista hasta las cumbres de los Pirineos por los años 714, causando en todos los pueblos por donde hicieron tránsito los formidables estragos que son fáciles de creer en su acostumbrada inhumanidad.

Vivia por entonces Eurosia fidelísima observante de todas las piadosas máximas que enseña nuestra santa Religion, y temiendo los insultos que cometian los moros con todas las doncellas cristianas, se retiró á una caverna horrorosa del monte Yebra, sito en el obispado de Jaca, no distante de los Pirineos, cerca de la cual se conserva una cristalina fuente con el nombre de la Santa, que se cree haber manado á sus ruegos, para satisfacer su ardiente sed, y la de los ilustres compañeros que se refugiaron con ella en la misma gruta, huyendo del furor de los agarenos. Pareció á Eurosia estar segura en aquella espantosa cueva por estar rodeada de ásperas malezas; pero á pesar de ser el sitio tan desconocido, fue descubierta por los africanos. Quedaron admirados estos luego que vieron la peregrina belleza de la ilustrísima doncella; y persuadiéndose que no podrian hacer á su general mayor obsequio que presentársela, lo hicieron así inmediatamente. Recibió el general la oferta lleno de placer, no menos sorprendido de la rara hermosura de Eurosia, que de su singular modestia: quiso obligarla á que renegase de Jesucristo para desposarse con ella, segun sienten unos, ó á que condescendiese con sus torpes deseos, como opinan otros; pero resistiéndose la castísima doncella con heróica fortaleza á las violentas pretensiones del bárbaro, arrebatado en un furor extraordinario, viendo su desprecio, mandó degollarla inmediatamente, y que la cortasen las manos, los brazos y los piés, bien fuese viva ó después de muerta, lo que no nos dicen los escritores.

Logró Eurosia la corona del martirio en el 25 de junio del año 714,

segun el mas prudente cálculo, y sepultaron los fieles su venerable cadáver en el mismo lugar que padeció el martirio; pero oscurecida la memoria de su sepultura con motivo de las sangrientas guerras y continuas irrupciones que hicieron los moros en aquel país, no queriendo Dios que estuviese oculto tan precioso tesoro, se dignó manifestarlo por medio de una revelacion hecha á cierto pastor, que apacentaba su grey en aquel territorio; lo que fue causa para que se trasladasen las santas reliquias con toda solemnidad á la catedral de Jaca, donde permanecen su carne y miembros íntegros, despidiendo de sí una fragancia exquisita; excepto la cabeza, que se guarda con parte de los cabellos en el mismo sitio donde fue martirizada, juntamente con una porcion de sangre que se conserva en una ampolla, la que vertió el cadáver después de muchos siglos, en cierta ocasion que D. Juan Navarro, obispo de Jaca, quiso cortar parte de la carne de la Santa para tener tan preciosa reliquia. Muchos han sido y son los prodigios que el Señor ha obrado y obra por la intercesion de su fidelísima sierva, especialmente en los tiempos de escasez de lluvia; sin que suceda jamás el que deje Dios de favorecer con abundancia de aguas á aquellos naturales, llevando en rogativa las preciosas reliquias de la ilustre Mártir, como tenian de costumbre en semejantes urgencias; por cuya razon es grande la devocion que la profesan, como se acredita en el dia que celebran su fiesta, que es el inmediato al de san Juan Bautista, en el que concurren los pueblos de la comarca con sus respectivas cruces parroquiales á la solemne procesion, que se ejecuta con la mas fervorosa reverencia.

SAN FÉLIX Ó FELICES.

En el ramo del Pirineo que entra en España, y dividia antiguamente á los berones de los vardulos y cántabros coniscos, junto á la boca por donde el rio Ebro pasa de la region de los cántabros á la de los berones, hubo un pueblo antiguo llamado Bilibio, y junto á él un castillo muy fuerte, al cual san Braulio en la vida de san Millan llama *Castrum Bilibium*.

En este pueblo vivia en el siglo V Félix, varon muy esclarecido en doctrina y en santidad, dado por Dios para que fuese luz y consuelo de la Rioja en aquellos tiempos turbados y calamitosos en que comenzaba á sentir España el yugo de los bárbaros que se habian apoderado de ella. Por testimonio de san Braulio consta que era ya pública la santidad de Félix, cuando san Millan á los veinte años de su edad fue llamado de Dios á la perfeccion cristiana. Era esto por

los años 493. Tuvo Millan noticia, como dice san Braulio, de que en el castillo Bilibio vivia Félix, ermitaño de muy santa vida; y deseoso de emprender con su ejemplo y direccion el camino de la virtud, le buscó, y se sometió á él para que le enseñase á salvarse. Dábanos á entender con este hecho, añade el santo Obispo, que nadie sin maestro que lo dirija se puede prometer buen éxito en el viaje de la eternidad. Y así ni este anduvo en él sin guia, ni Cristo por sí mismo adoctrinó á Pablo, ni el divino poder dió á Samuel licencia para que resolviese por sí solo; pues Millan fue enviado á Félix, y Pablo á Ananías, y Samuel á Helí aun después que los habia alentado con maravillas y con palabras de su boca. Con las lecciones de tan buen maestro, instruido Millan en la ciencia de los Santos, alentado para correr por la senda angosta, lleno de riquezas del cielo, volvió á su patria. Esta es la memoria que Braulio dejó de nuestro san Félix, cuyas virtudes no dibujó con mas extension por no ser este el objeto de su escrito; pero en el provecho que á san Millan hizo su compañía, se ve como un bosquejo de lo que era su santo director. No se sabe fijamente el año en que murió san Félix; su muerte fue en el castillo de Bilibio, en cuyo oratorio lo sepultaron, y se conservó venerado de aquellos pueblos hasta el año 1090.

La agregacion de Bilibio y sus montes á la villa de Haro, que se hizo por donacion del rey D. Alonso en la era 1225, dió motivo á que se pensase en trasladar las reliquias de san Félix al monasterio de San Millan que dista del castillo cinco leguas.

Ya el rey D. García, hácia la mitad del siglo XI, habia intentado trasladar este santo cuerpo al monasterio de Nájera, cuyo encargo hizo á García, obispo de Álava; el cual al primer golpe que dió para abrir el sepulcro, fue apartado de él con una fuerza oculta, y quedó con la boca torcida. Al mismo tiempo se levantó una recia tempestad que acabó de determinar al Obispo á desistir de su empresa, y reconociendo en aquellos castigos la voluntad de Dios, hizo grandes votos para aplacar su ira; mas nunca volvio á recobrar perfectamente la salud.

Son muchos los prodigios que ha obrado Nuestro Señor por intercesion de su siervo san Felices, los cuales han contribuido al singular culto y veneracion en que son tenidas sus sagradas reliquias. Hállanse estas junto al cuerpo de san Millan en una arca de plata rodeada de piedras de cristal y de otras muy preciosas, labrada con ricas y exquisitas labores conforme al gusto del tiempo en que se hizo.

El dia 25 de junio del año 1607 fue trasladada a la iglesia parro-

quial de Santo Tomás apóstol de Haro una insigne reliquia de san Felices, y colocada en el altar dedicado á su nombre. En este mismo dia le celebra solemne fiesta aquella villa como á su patrono.

La Misa es en honor de san Guillelmo, y la Oracion es la que se sigue:

Intercessio nos, quaesumus Domine, beati Guillelmi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de san Guillelmo, abad, nos haga gratos á vuestra Majestad para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo XLV *del Eclesiástico, pág. 19.*

REFLEXIONES.

No se halla en el mundo otra cosa sino todo lo que halaga, lo que brilla, y lo que nutre el espíritu mundano. Ser estimado de los grandes, ser recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se admira, esto es lo que agrada. La virtud vive avergonzada en un rincon oscuro. Mete poco ruido, brilla poco, y es poco conocida para que los hijos del siglo la alaben. Llega finalmente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la felicidad mundana; viene la muerte, y da en tierra con esos colosos del orgullo, con su soñada felicidad, y hasta su memoria se acaba. Respetos, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se enterró con ellos. Por el contrario, aquellas almas puras é inocentes, tan queridas de Dios, aquellos amigos del Esposo celestial, aquellas personas humildes y mortificadas, aquellos hombres justos, de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco, y otras la compasion del mismo mundo; esos acabaron sus dias trabajosos para comenzar á vivir en la gloria. Su memoria permanece en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es, que tarde ó temprano se paga el tributo que se debe á la virtud; y si en vida se le niega á las personas virtuosas, en la muerte se le restituye el cien doblado. Porque al fin, ¿quiénes son los aplaudidos y alabados después de la muerte cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interés tienen parte en los aplausos? Alábase á un san Luis, á un san Eduardo, á un san Enrique: hónrase á un pobre labrador, á un pastor que amaron á Dios, y que fueron amados de Dios; esos son aquellos cuya memoria está en bendicion. ¿Podemos

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

nosotros esperar la misma suerte? ¿Será tan bendita y tan venerada nuestra memoria? Eso díganoslo nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacer su fortuna, que sabe hacerse santo. El santo vive de la fe; la apacibilidad, la suavidad y la dulzura es en parte el carácter de la vida de un hombre justo: *In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum.* La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad, y aun se puede añadir que tambien lo es de la inocencia. Por tanto no debe causar admiracion que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los Santos.

El Evangelio es del capítulo XIX *de san Mateo, pág. 20.*

MEDITACION.

Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios.

PUNTO PRIMERO. —Considera que estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin reserva; por la misma razon debemos estar prontos á dejarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradarle. Esta es consecuencia precisa del primer mandamiento.

Solo nos atamos á las criaturas por el corazon; los lazos son las inclinaciones y la complacencia; donde hay mas nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazon; si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, poco nos costará sacrificarle el amor de todas las criaturas, porque las amarémos muy poco.

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y todos los demás sacrificios que parecen dificultosos, solamente son sensibles por los lazos que es necesario romper; pues el amor de Dios los consume, los abrasa todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

Pero ¿no merece Dios ese gran desasimiento, esos grandes sacrificios? Compasion causa oir esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿Qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en que idolatramos. Tenémoslos como en depósito; y a lo mas como en arriendo. Si tenemos talentos, él nos los dió, y nos los dió para negociar con ellos; nos ha de pedir estrecha cuenta de su administracion; concedionos no mas que el uso de ellos por cierto tiempo; prestónoslos por pocos dias, y hablando en rigor, solo somos

unos meros arrendatarios del Padre de familias. ¿Puede haber mayor extravagancia, mayor locura que resistirse á restituir esos bienes, cuando clama por ellos su legítimo Dueño?

Admiremos la bondad de nuestro gran Dios; quiere que le concedamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia. Quiere que hagamos mérito de lo mismo que le debemos; quiere que le regalemos con lo que es suyo; porque en realidad ¿qué podemos ofrecerle, ni sacrificarle que sea nuestro? Premia Dios en nosotros sus mismos dones. ¡Qué indignidad, Señor, y qué injusticia no querer daros cosa alguna sin repugnancia y sin dolor! ¡Y que sean menester infinitos discursos, mandamientos expresos, y aun tambien amenazas para concederos aquello que un accidente repentino nos puede quitar en cualquier hora! ¡Qué mala vergüenza! digámoslo mejor, ¡qué falta de religion, sentir dificultad en dar por su amor! ¿qué digo por su amor? ¡en darle á él mismo una corta limosna de sus mismos bienes! ¡Y luego nos admirarémos de que aquellas casas opulentas vengan á caer en la mayor miseria; de que aquellas ricas herencias no lleguen á la tercera generacion; de que los piratas se aprovechen, y las olas se traguen en una hora el fruto de muchos años; de que un infiel corresponsal se levante con todos esos caudales de que rehusamos á Dios una pequeña parte!

Punto segundo. — Considera que no solo es justicia, sino interés nuestro dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo, sino para darnos mucho mas. Nada le damos, á que no corresponda prontamente con el cien doblado.

El que dejare por mi y por el Evangelio á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á sus bienes, recibirá de presente el cien doblado, y después la vida eterna. Dignóse el divino Salvador explicar este cien doblado para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien que no dilata para tan allá el premio de los que le sirven con generosidad; desde luego, y aun en esta vida recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del dia de la vida se da el cielo; pero el cien doblado se paga dentro del mismo dia, y al fin de él no se hace caso del cien doblado, ni entra en cuenta para el premio.

Ni reciben luego visiblemente este cien doblado solo aquellas personas religiosas que lo renunciaron todo efectivamente; tambien le reciben todos aquellos, que obligados por su estado á conservar el

uso de los bienes temporales, se los sacrifican á Dios con el corazon, por medio de un perfecto y sincero desasimiento de ellos. Pagales Dios este despego, y recibe como sacrificio efectivo el que no es mas que efectivo desprendimiento. De aquí nacen aquellas bendiciones espirituales y temporales que derrama el Señor de ordinario sobre los buenos; de aquí aquellos recursos nunca imaginados, que tanto los alientan; de aquí aquellas prosperidades jamás esperadas, que suelen ser fruto de la Religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios! ¡qué de misterios ocultos revelará la muerte!

Dirás que no se experimenta ese cien doblado. Bien; pero ¿se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿se da con todo el corazon lo que se tiene? ¿se deja sin dolor lo que se posee? ¿No se suspira jamás por lo que se dejó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese espíritu de adquirir, esa ansia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restitucion á pesar de tantos remordimientos, esos salarios tan disputados, esa dificultad en dar limosna, todo esto ¿es prueba de un grande desasimiento? ¿es testimonio de que nuestro corazon está pronto á los grandes sacrificios? ¡Ah! está muy asido á los bienes temporales, cada dia se multiplican los lazos, y nos quejamos de que no recibimos el cien doblado.

¿Cuándo podré, Dios mio, decir con vuestro Apóstol: *Señor, ves aquí que todo lo he dejado por Vos?* ¿Cuándo me aprovecharé del grande ejemplo que me da san Guillelmo abad de este perfecto desasimiento? ¿Esperaré, por ventura, á que la muerte me lo quite, para decir que lo he dejado, y que os sigo? No, divino Salvador mio, que entonces seria muy inútil el dolor y el arrepentimiento. No quiero ya tener pegado mi corazon á cosa criada. Todo lo dejo por seguiros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

Jaculatorias. —¿Qué puedo yo, Dios mio, desear en el cielo ni en la tierra fuera de Vos? (*Psalm.* LXXII).

¿A qué parte, ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor, si solo Vos teneis palabra de vida eterna? (*Joan.* VI).

PROPÓSITOS.

1 Jesucristo dió por tí hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo? ¡Cosa extraña! Nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida: todas las criaturas nos predican sus dones; solo de su liberalidad esperamos todo aquello que apetecemos; y con todo eso ¿cuánto negamos á Dios?

¿Obedecemos su voluntad, y observamos con puntualidad y con respeto sus santos mandamientos? ¿Son muy exactas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante materia es esta para confundirnos. Bien notoria nos es la voluntad de Dios por la Iglesia, por los superiores, por los directores y por nuestras reglas. Considera si la cumples con fidelidad, y si en nada te opones á ella. Mucho tiempo há que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificacion y de ese resentimiento; ¿cuándo has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este dia sin que pongas en ejecucion lo que tanto tiempo há estás prometiendo inútilmente.

2 Pocos dias hay, y dentro de los dias pocas horas en que no se ofrezca ocasion de hacer á Dios algun sacrificio; una palabrita, una vista curiosa, un levísimo acto de mortificacion puede ser muchas veces de gran mérito. No te se pase dia sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oracion de la mañana cuál ha de ser el de aquel dia. Unas veces tal bocado, otras tal plato, otras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversion, tal gusto. Tambien podrá sacrificarle la resolucion de hacer una visita de atencion, ó de cariño, á tal, ó tal persona que te ha desobligado, y á quien ya miras con frialdad y con resentimiento. Estas son aquellas industrias espirituales con que se fabrican los Santos. Ya en otra parte se dijo lo mucho que agrada á Dios la piadosa práctica de algunos, que el primer dia del año sacan por suerte la fruta de que se han de abstener en todo él por su divino amor. Verdaderamente el amor de Dios es ingenioso.

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Juan y Pablo, hermanos, en Roma en el monte Celio: Juan era mayordomo, y Pablo primer secretario de Constancia, vírgen, hija del emperador Constantino; los cuales en tiempo de Juliano apóstata fueron degollados, y coronados con el martirio. *(Véase su vida en las de hoy).*

San Vigilio, obispo, en Trento; el cual esforzándose á extirpar de raiz la idolatría, fue apedreado por la barbarie y ferocidad de aquellos habitantes: *(esto es, por una turba de idólatras á quienes ofendia con sus discursos y sermones),* y consumó el martirio en defensa del nombre de Cristo.

El triunfo de san Pelayo, jóven, en Córdoba en España; el cual confesando la fe católica, por órden de Abderramen, rey de los sarracenos, fue despedazado miembro por miembro con unas tenazas de hierro, consumando así gloriosamente su martirio. *(Véase su historia en las de hoy).*

El suplicio de los santos Salvio, obispo de Angulema, y Superio, mártires, en Valenciennes. *(Véase su vida en las de hoy).*

La conmemoracion de san Antelmo, obispo de Belley.

San Majencio, presbítero y confesor, en una aldea de Poitou, esclarecido en milagros. *(Este Santo nació en Agda, y fue bautizado con el nombre de Adjutorio, que cambió con el de Majencio, cuando huyendo del mundo, se puso bajo la direccion de un santo abad llamado Agapito. Llenos de pasmo quedaron sus hermanos religiosos al ver á un jóven tan mortificado, tan lleno de caridad y tan ilustrado en el camino de la salvacion; por lo que unánimemente le eligieron por su superior. Á la sazon Clodoveo, rey de Francia, estaba en guerra con Alarico, rey de los visogodos que reinaban en España, Langüedoc y Aquitania: y un ejército de estos bárbaros fue contenido con solo la presencia del Santo, y dejaron de saquear el monasterio; y un soldado que intentó herirle ó matarle, fue acometido repentinamente de una inmovilidad ó torpeza, de que no se vió libre hasta que el Santo mismo le curó de ella: en fin, la naturaleza en muchas ocasiones obedeció su voz, dice san Gregorio de Tours. Murió por los años de 515).*

San David, ermitaño, en Tesalónica.

Santa Perseveranda, vírgen, en el mismo dia.

SAN JUAN Y SAN PABLO, HERMANOS, MÁRTIRES.

Estos dos ilustres Mártires tan célebres en la universal Iglesia fueron italianos de nacion, y á lo que se cree, de muy noble nacimiento; pero se hicieron respetar mucho mas por su mérito personal y por aquel inviolable amor á la religion cristiana, de cuya pública profesion hacian el mas generoso alarde.

La princesa Constancia, hija del emperador Constantino el Grande, sanó repentinamente de cierta molesta enfermedad por la intercesion de santa Inés; y agradecida á este beneficio del cielo, determinó renunciar las vanidades del mundo, haciendo voto de castidad, por lo que suplicó al Emperador su padre tuviese á bien que sin dejar la corte hiciese una vida retirada, ejemplar y recogida. Sorprendió gustosamente al piadoso Emperador la generosa resolucion de la Princesa, y él mismo quiso disponer la casa echando mano de aquellos criados y oficiales, cuya virtud y talentos juzgó habian de congeniar mas con la cristiana inclinacion de su hija, nombrando á Pablo por su primer caballerizo, y á Juan por su mayordomo mayor.

Muy en breve se hizo distinguir y se comenzó á celebrar en toda la corte su prudencia, su despejo, su cultura, su urbanidad, y sobre todo su virtud, siendo el asunto mas frecuente de las conversaciones de palacio. Especialmente la Princesa, que los trataba mas de cerca, y conocia mejor que todos la sólida piedad de aquellos dos señores,

no se hartaba de alabarlos; pero los hizo mucho mas célebres un suceso sin duda muy singular.

Los escitas, nacion bárbara y cruel, entraron en la Tracia con un formidable ejército, llenándolo todo de terror, hasta las mismas puertas de Constantinopla, que actualmente estaba edificando Constantino, y todavía no se hallaba en estado de defensa. Levantó prontamente el Emperador todas las tropas que pudo para oponerlas á aquel torrente; y sabiendo que el mejor general de sus ejércitos era Galicano, como lo habia experimentado en la guerra contra los persas que acababa de terminar gloriosamente, le nombró general del ejército que mandó marchar contra los escitas.

Aunque Galicano estaba todavía sepultado en las tinieblas de la gentilidad, con todo eso era un señor muy estimado en la corte por su valor y por las victorias que habia conseguido contra los enemigos del imperio. Ya habia sido cónsul, y aspiraba por sus méritos á los primeros empleos; por lo que no quiso admitir el mando de aquella expedicion, sino con las dos precisas condiciones de que si volvia victorioso se le habia de hacer cónsul segunda vez, y el Emperador le habia de dar por esposa á la princesa Constancia.

En la primera no habia dificultad; pero en la segunda se halló muy embarazado el Emperador, como quien no ignoraba la resolucion de la Princesa, y no pudo disimular su inquietud. Informada Constancia del embarazo en que se hallaba el Emperador su padre, pasó á su cuarto, y conociendo la falta que le hacia aquel oficial, llena de confianza en Dios, y muy asegurada de que el mismo Señor tomaria de su cargo la custodia de su virginidad, dió su consentimiento para que la prometiese á Galicano por esposa; pero con la condicion de que el General llevase en su compañía á sus dos gentiles hombres Juan y Pablo, dejando en la de la misma Princesa á sus dos hijas Ática y Artemia, que habia tenido en el primer matrimonio. Aceptóse prontamente la condicion, y aquellas dos damas pasaron luego al servicio de Constancia, marchando Juan y Pablo al ejército en compañía de Galicano. Dió este la batalla á los escitas, y fue cási del todo derrotado, quedando hecha pedazos una gran parte del ejército, de manera que ya solo pensaba en retirarse, cuando los dos hermanos Juan y Pablo le aconsejaron hiciese voto de abrazar la religion cristiana si Dios le concedia la victoria. Hízolo, y de repente ocupó tal terror el corazon de los bárbaros, que bajando las armas y abatiendo las banderas se le rindieron á discrecion cuando ya parecia tener en las manos una victoria completa.

Pero mas gloriosa la acababa de conseguir la Princesa, triunfando en fin de la obstinacion con que Ática y Artemia se habian atrincherado hasta entonces en el paganismo; pues abriendo finalmente los ojos á los rayos de la divina gracia, y movidas no menos de los ejemplos que de las exhortaciones de su ama, abrazaron ambas nuestra santa Religion.

Mientras en la corte del Emperador se celebraba el triunfo de la fe en la insigne conversion de aquellas dos señoras, llegó la noticia de la completa victoria que Galicano habia conseguido de los escitas: mas ninguna otra circunstancia la hizo tan plausible como la milagrosa conversion del General, que después de haber obligado á los bárbaros á abandonar todo el bagaje, á retirarse á su país y á pagar anualmente un tributo al Emperador, volvió á la corte, no ya con el pensamiento de recibir la toga consular, ni de desposarse con la princesa Constancia, sino con la resolucion de abrazar la religion cristiana, y retirarse del mundo para dedicarse á Dios enteramente. No obstante, reconocido el Emperador á sus grandes servicios, le creó cónsul, y le decretó los honores del triunfo. Concluido su consulado, en el cual dió libertad á cinco mil esclavos suyos, se retiró á Ostia con san Hilario, fijando allí su habitacion, y fundando un gran hospital, cuya direccion tomó él mismo á su cargo, sirviendo por su persona á los pobres con tanta caridad, que su nombre se hizo famoso en toda la universal Iglesia. El emperador Juliano Apóstata, que sucedió al hijo de Constantino el año de 361, noticioso del retiro de Galicano, y del celo con que socorria á los Cristianos, le envió órden para que sacrificase á los ídolos, ó saliese al punto de Italia. Retiróse á Alejandría, donde continuó sus oficios de caridad alentando á los fieles y atendiendo á sus necesidades por todos los medios posibles, hasta que mereció la corona del martirio en el dia 25 de junio en que la Iglesia celebra su memoria.

Mientras tanto restituidos ya Juan y Pablo á la corte para servir sus empleos en el cuarto de la Princesa Constancia, proseguian con mayor fervor que nunca en el ejercicio de sus devociones y obras de misericordia, distinguiéndose cada dia mas por sus crecidas limosnas y por su insigne caridad. Del favor que lograban con la princesa y con el Emperador solo se valian para el consuelo de los infelices; recurriendo todos á ellos como á protectores de huérfanos, padres de pobres, y amparo de desvalidos.

Muerto Constantino el Grande se mantuvieron en la corte Juan y Pablo con el mismo valimiento y estimacion de sus hijos, que habian

logrado durante la vida de su padre, conservándoseles en sus empleos aun después que murió tambien la Princesa. Pero luego que subió al trono Juliano Apóstata, y se declaró enemigo de Jesucristo con resolucion de exterminar la religion cristiana, nuestros Santos hicieron dimision de sus cargos; renunciaron el elevado lugar que ocupaban en el Estado, y retirándose de la corte, como personas particulares, se dedicaron enteramente al ejercicio de buenas obras.

Disimuló por algun tiempo Juliano, conteniéndole la calidad y el mérito de los dos santos hermanos; pero noticioso del mucho bien que hacian á los Cristianos, y de la singular veneracion que se merecian, tanto de los grandes como del menudo pueblo, resolvió pervertirlos ó perderlos. Con este intento dió órden á Terenciano, capitan de una compañía de sus guardias, para que pasase á verse con ellos, y les dijese de su parte, que siendo su ánimo honrar á los oficiales antiguos de Constantino y de los hijos de este Príncipe, sus predecesores, deseaba viniesen á la corte y ejerciesen las funciones de sus empleos. Respondieron los dos Santos que estaban sumamente reconocidos al honor con que la bondad del Emperador se dignaba distinguirlos; pero que siendo cristianos los dos, no se podian resolver á servir en el palacio de un emperador que tan altamente se habia declarado contra la religion que profesaban.

Dió cuenta Terenciano al Emperador de esta respuesta; mostró irritarse mucho con ella, y en tono colérico y arrebatado protestó que solamente les concedia diez dias de término para que tomasen su partido; y que si pasados estos no se rendian á su voluntad, él les haria experimentar hasta dónde podian llegar los efectos de su indignacion. Informados los Santos de las amenazas del Emperador por el oficial que les intimó su resolucion, le respondieron podia asegurar á S. M. que no habiendo en el mundo respeto alguno capaz de hacerles titubear en la fe que profesaban, era ociosa tanta dilacion; que ni diez dias ni diez años los harian apostatar; que ni reconocian ni adoraban otro Dios que el verdadero, y estaban prontos á dar su sangre por su amor y por su gloria.

No obstante lo mucho que ofendió á Juliano tan generosa respuesta, disimuló, y dejó en paz á los dos hermanos. Aprovecharon aquel tiempo los ilustres confesores de Cristo para prevenirse al martirio; distribuyeron todos sus bienes á los pobres, y se emplearon dia y noche en ejercicios de devocion y en obras de misericordia. Pasados los diez dias los buscó en una casa Terenciano, y después de mil protestas de amistad no perdonó á diligencia alguna para persuadir-

les que á lo menos en la apariencia condescendiesen con la voluntad del Emperador: *No os pide S. M.*, les decia, *que renuncieis públicamente vuestra religion; no pretende que concurrais á los templos, y que en ellos rindais adoraciones á los dioses del imperio; conténtase con que privadamente tributeis culto al gran Júpiter, cuya imágen os presento;* y diciendo esto sacó debajo de la capa un idolillo de aquella mentida deidad. Horrorizados los dos Santos al ver dentro de su casa aquella sacrílega estatua: *Hacednos, señor, merced,* exclamaron sobresaltados, *de apartar de nuestros ojos objeto tan abominable. ¿Es posible que un hombre, no ya de vuestro despejado entendimiento, sino de mediana razon, pueda incurrir en semejantes desaciertos, y que la idea sola que tenemos de Dios no baste á convenceros que no es posible haya mas que uno, y que todo aquel visible monton de soñadas deidades no es mas que una impía extravagancia?*

Interrumpiólos Terenciano, y les dijo, que pues persistian en ser cristianos, era preciso se resolviesen á perder la vida. Al oir esta sentencia los dos santos hermanos, se hincaron de rodillas, y levantando los ojos al cielo rindieron mil gracias á Dios por la merced que les hacia.

Temióse una sedicion en Roma, por la general estimacion que se merecian los dos Santos, si llegaba á los oidos del pueblo la noticia de su muerte; por lo que se dió órden al oficial que la ejecutase en secreto. Así lo hizo, mandándoles cortar las cabezas á media noche dentro de su misma casa, en cuya huerta hizo abrir una profunda fosa, donde los mandó enterrar, muy satisfecho de que igualmente quedaba sepultada la noticia de su martirio. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando supo la mañana siguiente que la publicaban todos los poseidos del demonio, quejándose á gritos de lo mucho que los atormentaba el Dios de los mártires Juan y Pablo; siendo el que mas levantaba la voz un hijo del mismo Terenciano, de quien se apoderó de repente el enemigo. Pero implorando su padre la intercesion de los mismos Santos, quedó el hijo repentinamente libre, con cuyo milagro se convirtió Terenciano y toda su familia. Desde entonces, esto es, desde el año de 363, fue célebre en toda la Iglesia el culto de los dos Santos, erigiéndose poco tiempo después una muy magnífica en el sitio de su misma casa, que hasta el dia de hoy tiene su nombre, y es título de cardenal, venerándose en ella sus reliquias. Los Sacramentarios antiguos de la Iglesia romana, especialmente el del papa Gelasio y el de san Gregorio el Grande, no solo traen misa particular para el dia de su fiesta, sino tambien para el

de su vigilia, que antiguamente era de ayuno; lo que acredita la solemnidad con que se celebraba.

SAN PELAYO, MÁRTIR.

El glorioso mártir san Pelayo, que consagró la niñez con el sacrificio de su vida á Nuestro Señor Jesucristo, fue natural de Galicia. Hasta hoy dura en aquella provincia la persuasion de que era patrimonio de Pelayo el sitio donde estuvo el monasterio de religiosas Benedictinas intitulado *San Payo* en el lugar de *Albeos*, distante seis leguas de Tuy: creen tambien aquellos naturales que á dos leguas y media de la misma ciudad, en Ramallosa del valle de Miñor estuvo la casa de nuestro Santo.

Llamóse *Pelagio*, voz muy usada en aquel tiempo, la cual por corrupcion ha degenerado en los nombres de Pelayo y de Payo. Su padre era rico, hermano de Hermigio, obispo de Tuy á principios del siglo X. Fue criado con opulencia, como suelen serlo los hijos de tales padres. La ocasion de su venida á Córdoba, que fue la de su martirio, refiérela un sacerdote de ella llamado Raguel, de quien la copiaron nuestros historiadores.

Ensoberbecido Abderramen III, rey de Córdoba, con el poder y con la extension de su imperio, no contenta su ambicion con poseer todo el precioso terreno de Andalucía, quiso hacerse dueño de las restantes provincias de España habitadas por los Cristianos, á quienes profesaba un odio mortal. Con esta idea llamó en el año 920 á los moros del África, y entró con un poderoso ejército por Castilla en el reino de Galicia, abrasando las tierras por donde pasaba, en tiempo que D. Ordoño, rey de Leon, lo era tambien de aquella provincia. Supo este Príncipe religioso la determinacion del orgulloso agareno, y auxiliado de D. García, rey de Navarra, de los grandes, y de algunos prelados eclesiásticos de ambos reinos, salió á contener el ímpetu de los bárbaros, que á manera de una furiosa inundacion arrasaban todos los pueblos y todos los campos por donde transitaban. Trabóse la batalla de ambos ejércitos, segun la opinion de unos cerca de Mondoñedo, y segun la de otros, en el valle de la Junquera junto á Salinas de Oro, villa de Navarra; pero prescindiendo de esta controversia, es lo cierto, que siendo incomparable el número de los Cristianos con el de los moros, quedó la victoria por estos, á pesar del valor con que sostuvieron aquellos uno de los mas reñidos combates que se vieron en aquellas desgraciadas épocas.

Volvieron á Córdoba los bárbaros vencedores cargados de despo-

jos; y entre los muchos cautivos que llevaron fue uno Hermigio, obispo de Tuy, al que pusieron cargado de prisiones en una oscura mazmorra, tratándole como á un vil esclavo, cuando poco antes habia sido señor de muchos vasallos. Quedábanle en Córdoba algunos amigos, desde que siendo presbítero estuvo en aquella ciudad, y de ella trasladó las reliquias de san Eulogio. Cansado el ilustre Prelado de las miserias y de los trabajos de la prision, trató al cabo de año y medio de su rescate, ofreciendo á los moros las sumas que quisiesen. Para mas fianza de su palabra dejó en rehenes á un sobrino suyo llamado Pelayo, niño de una rara hermosura y de unos extraordinarios talentos; y puesto en prision, no fueron sus ocupaciones las regulares en los niños de su edad, que era la de diez años, sino la de un perfecto anciano, segun el elogio de la santa Escritura, que computa la venerable ancianidad no por las canas, sino es por las laudables costumbres. Tenia destinado el cielo á Pelayo para hacer en él ostentacion del poder de su gracia, y así le iba disponiendo con todos aquellos auxilios especiales que concede á los héroes del cristianismo, para que triunfen gloriosamente de los enemigos de la fe: bajo cuyo supuesto se dejó ver el ilustre niño resignado con la voluntad de Dios, sin quejarse de la dureza de la prision, como otros cautivos. Eligió por su maestro á san Pablo, leyendo sus Cartas con una suma atencion; y meditando sobre sus apostólicos trabajos, solo pensaba en imitarle. Guardaba tanta gravedad en todas sus conversaciones, que contenia á los que se desmandaban, y si por casualidad ó de propósito trataban los infieles sobre la Religion, los confundia con la verdad de la doctrina revelada; en sustancia, adornado Pelayo con todas las virtudes, tenian en él alivio los compañeros, instruccion los ignorantes, consuelo los afligidos, freno los disolutos, y ejemplo todos que imitar.

No podia el enemigo de la salvacion mirar con indiferencia los progresos que hacia Pelayo en la virtud; quien sostuvo con inalterable paciencia los trabajos y las infelicidades de la prision cerca de tres años y medio, siendo la admiracion de todos los encarcelados, que como testigos de su conducta, lo fueron después de sus elogios; y valiéndose el infierno de todos los artificios que le dictó su malicia, puso al ilustre niño en las mas terribles pruebas. Pareció al demonio, que el medio mas eficaz seria ponerle en ocasion de manchar su pureza; y habiendo puesto en ejecucion este perverso pensamiento, se sirvió el Señor de él para premiar la virtud de su siervo con la gloria del martirio.

Vió por casualidad un hijo ó paje del rey á Pelayo en la prision, y admirado de su rara hermosura, fue tanto lo que la ponderó á Abderramen, que mandó traerlo inmediatamente á su presencia. Procuraron los moros presentarle con vestidos exquisitos, para que hiciese mas gracia á su rey; y encendiéndose este en los mas torpes deseos á la vista de la singular belleza del cautivo, le hizo grandes ofertas, si renegaba de Jesucristo, y abrazaba su ley. No deslumbraron al ilustre niño las ventajosas promesas del bárbaro, antes bien despreciándolas con la generosidad propia de un héroe cristiano, le respondió: *Sabe, que todo cuanto me ofreces tiene un fin perecedero, no así los bienes eternos, que espero conseguir siendo cristiano; bajo cuyo supuesto jamás negaré á mi Señor Jesucristo, á quien adoro y confieso por verdadero Dios.* Pareció á Abderramen que aquellas expresiones nacian de un corazon pueril, y queriendo acariciarlo, le tocó en el rostro con cierto cariñoso juguete; pero revestido Pelayo de un valor superior á su edad, le repelió diciendo: *Aparta, perro, ¿piensas por ventura que soy yo alguno de tus afeminados sirvientes?* Y arrojando en seguida los preciosos vestidos que le pusieron los árabes, se preparó al combate en tono de un militar esforzado de Jesucristo. Disimuló el Rey aquel desaire, lisonjeándose que con el tiempo reduciria á Pelayo á que condescendiese con sus intenciones: fió la empresa á unos cortesanos lisonjeros, que creyéndose felices si desempeñaban la comision, no omitieron medio alguno de cuantos podian contribuir á pervertir al nobilísimo mancebo. Ponderáronle las conveniencias, los honores y los regalos que podia disfrutar, condescendiendo con la voluntad del Soberano; amenazándole, que en caso de resistencia se exponia á ser la víctima de su furor; y habiendo insistido en tan fuertes ataques por algun tiempo, cansado ya el ilustre niño de sus porfías, les respondió: Que se molestaban en vano, puesto que no temia la ira del Rey, que solo podia quitarle la vida corporal, mas no la eterna, que era por la que aspiraba únicamente.

Dieron noticia á Abderramen los lisonjeros de la inflexible resistencia de Pelayo; y trocando su amorosa pasion en una rabiosa cólera, mandó que asiéndolo apretadamente con unas tenazas de hierro, lo alzasen del suelo y lo bajasen muchas veces y con gran crueldad, hasta que, ó negase á Jesucristo ó acabase la vida en el tormento. Ejecutaban los verdugos esta sentencia con pechos de tigres. El santo niño con esfuerzo de varon celestial, saliéndole á la cara el gozo del alma, decia: *Cristiano soy y siervo de mi Señor Jesucristo; no hay cosa en el mundo que me pueda arrancar de su obedien-*

cia y de la confesion de su fe. Sabiendo el Rey cuan en vano era tentada la constancia del niño, y avergonzado de ella, ciego y poseido de la ira, mandó que lo hiciesen tajadas, y lo echasen al rio. Arremetieron contra Pelayo los verdugos, y comenzaron á hacer en su cuerpo la carnicería que aquel lobo mandaba. Despedazábanlo con algazara, sin verse en sus caras sombra de piedad: levantaba el niño las manos pidiendo á Dios fortaleza para consumar su sacrificio; derribáronselas luego con el alfanje, segáronle otros los brazos ya troncos, otros los piés, otros le cortaron por fin la cabeza, y así hecho pedazos lo echaron en el rio Guadalquivir. Duró este glorioso combate desde las once y media de la mañana hasta las dos de la tarde del dia 26 de junio de 925, que fue domingo aquel año. Y fue este martirio en el sitio donde hoy está el convento de los Mártires, á la orilla del rio. Pudieron los Cristianos recoger sus reliquias: la cabeza la sepultaron en la iglesia de San Ginés, que estaba á la parte de abajo de la ciudad, en el barrio de los Tercios; los demás miembros en el de San Cipriano. Fue este triunfo de san Pelayo muy glorioso para la Iglesia, y presto se extendió su fama por todas partes, tanto, que celebrólo en verso heróico Roswita, monja que florecia en Sajonia por los años de 980. Consérvase un ejemplar antiquísimo de estas actas en San Lorenzo el Real, y trájolo Ambrosio Morales por mandato de Felipe II, del monasterio de San Pedro de Cardeña. Otras dos copias de ellas tienen las iglesias de Toledo y de Tuy.

Por los años 959 sucedió Sancho I llamado el Gordo á su hermano Ordoño III en el reino de Leon, é imposibilitado á continuar la guerra contra los moros, se vió en la precision de hacer paces con el de Córdoba, con cuyo permiso pasó á aquella ciudad, á que le curasen de la hidropesía los famosos médicos árabes. Supo en este tiempo el glorioso martirio de san Pelayo, que habia sucedido treinta y cuatro años antes, y concibió gran deseo de llevarse á Leon estas santas reliquias, cuando se viese restituido á su reino. Luego que lo fue sin contradiccion el año 960, desde luego comenzó á edificar un monasterio de la Órden de san Benito, bajo la invocacion de san Pelayo, para colocar en su iglesia el sagrado cuerpo; y envió á Córdoba á D. Velasco, obispo de Leon, y á otros caballeros de su corte con embajada particular, á pedir al Moro el sagrado cuerpo, asegurado por la amistad de ambos que no se lo negaria. Ayudaban mucho al intento del Rey doña Teresa su mujer, y su hermana monja la infanta doña Elvira.

El año siguiente 961 murió Abderramen. Sucedióle su hijo Alba-

can ó Haliatan, con quien D. Sancho renovó la paz que con su padre tenia hecha, alcanzando de él por medio de sus embajadores enviase las reliquias de san Pelayo. Llevólas á Leon el obispo Velasco ya cuando D. Sancho habia muerto, el año 967, que fue el primero del reinado de Ramiro III su hijo. Fueron recibidas con gran pompa de obispos, prelados y grandes del reino, y con devocion y alegria de todo el pueblo, y colocadas en una arca de plata en el templo que habia edificado D. Sancho.

Allí permanecieron las santas reliquias hasta que enflaquecido el poder de los Cristianos, primero por falta del Rey, después por las desavenencias de los condes, creció el de los moros. Tanto que en la segunda entrada que hizo Alamanzor talando las tierras de Castilla, como los leoneses y asturianos temiesen el saco y la profanacion de las cosas sagradas, pusieron en salvo las escrituras de los archivos y los tesoros de las iglesias y las reliquias, entre las cuales se cuentan las de san Pelayo, que fueron llevadas á Oviedo, y colocadas en el convento de religiosas de San Juan Bautista, cuya prelada era la reina doña Teresa, viuda de D. Sancho, la cual desde Leon se retiró á Oviedo, y hacia vida religiosa, conforme á lo establecido para las reinas viudas. En este monasterio estaban ya las reliquias de san Pelayo el año 996, como consta de un privilegio de D. Bermudo II que cita Morales como expedido en aquel año.

Finalmente, el año 1053 el rey D. Fernando I hallándose pacífico en el reino pasó á Oviedo con doña Sancha su mujer y algunos obispos, é hizo trasladar el cuerpo de san Pelayo al altar mayor de la misma iglesia; mejoróle tambien el arca de plata en que ahora se guarda. Hay gran devocion á san Pelayo en Asturias, en Galicia y Castilla, y tienen dedicadas á su nombre muchas iglesias. La santa iglesia de Oviedo celebra su martirio el dia 26 de junio; la de Córdoba el dia 21. En Salamanca tambien le hacen fiesta, y hay en esta ciudad una parroquia dedicada á nuestro Santo.

SAN SALVIO, OBISPO Y MÁRTIR.

El bienaventurado san Salvio fue francés de nacion, natural de la provincia de Albernia. Ocupóse tanto en las letras y dióse de tal suerte á la virtud, que vacando el obispado Engolismense lo eligieron por su prelado. Teniendo la dignidad de pontífice hizo vida santísima y de grande ejemplo. Quiso la bondad de Dios mostrarla con grandes y asombrosos milagros, porque daba la vista á los ciegos, á

los sordos oido, á los cojos curaba de su enfermedad, y así remediaba á todos. Sobre todo era en grado heroico el celo que tenia de la honra de Dios. Habiendo el rey Hilperico caido miserablemente en la secta de Arrio, escribió á nuestro bienaventurado Obispo rogándole que fuese de su parte en la defension de aquel error. Pero el santo Prelado echando de ver la iniquidad del Rey, tomó tanta cólera santa de semejante atrevimiento hecho contra la verdad de nuestra santa fe católica, que si llegara á sus manos la carta, como él solia decirlo á sus familiares, hiciera de ella mil pedazos. Segun eso san Salvio fue obispo mas de setenta años; porque Hilperico murió el año de 726, y este Santo el año de 801. Fue insigne predicador, y era bien menester en aquellos tiempos de tan mal rey arriano como era Hilperico; y deseando mucho recibir martirio, segun dice san Antonino, por eso llevaba consigo públicamente el aparato episcopal de oro, los vestidos tambien bordados de oro y piedras preciosas, el cordon tejido del mismo metal; á fin de que esta ostentacion, de lo que el mundo llama riqueza, fuese ocasion del martirio que apetecia.

Partióse de su ciudad de Amiens para Gascuña, donde, segun se colige de su historia, predicó mucho tiempo la palabra de Dios Nuestro Señor; y llegó á un lugar llamado Valenciennes. Aconteciole en él que un dia de Pascua después que hubo celebrado misa, y predicado al pueblo, le convidó á comer cierto hombre principal de aquella tierra llamado Genardo, ó como otros dicen, Gonardo, cuyo hijo llamado Vuinegardo, deseando apoderarse de las riquezas que el Santo llevaba en su episcopal, echó á él y á san Superio su compañero en la cárcel, y les quitó cuanto traian; y luego mandó á un criado que quitase la vida al Santo y á su compañero.

Hízolo el criado de la suerte que se le mandó, ocasionando con su bárbara obediencia gloriosas coronas de martirio á los Santos encarcelados. Todos los autores que escriben la historia de este Santo, le llaman mártir; y así es de creer sin duda que le mató el sacrílego Vuinegardo no solamente por gozar de sus riquezas, sino tambien por haberle reprendido sus maldades en los sermones que hacia, ó por alguna otra buena obra que hizo. Padecieron martirio los dos compañeros en tal dia como hoy, año de 801, siendo rey de Francia y emperador de romanos Carlomagno. Poco después fueron sus cuerpos llevados escondidamente á un establo, donde los pastores recogian de noche sus bueyes. Quiso la bondad de Dios mostrar allá grandes milagros en favor de su siervo Salvio y de su compañero, no solo respetando á los santos Mártires los animales irracionales,

sino aun bajando muchas veces clara luz del cielo y los mismos Ángeles. Entre los otros bueyes habia allí uno muy grande y bravo, el cual guardaba con gran diligencia que los otros animales no llegasen al lugar donde estaban sepultados los Santos; y si acaso caia alguna basura encima de él, no sosegaba hasta que lo habia limpiado. Mostró otra gran maravilla en favor de san Salvio y de su compañero la Majestad de Dios, y fue que estando una mujer despierta vió gran claridad en el establo donde estaba su sepulcro, y llegándose á la puerta vió en él dos lámparas ardiendo que lo alumbraban todo. Publicólo ella á sus vecinos, y como acaecia ver muchas veces aquellas lumbres, dieron razon de ello á los sacerdotes. Dicen las Adiciones á Usuardo, que los mismos Ángeles entonces guardaban el cuerpo de san Salvio y de su compañero con gran reverencia, señal bien clara de su grandísima santidad. Al devotísimo príncipe Carlomagno entonces le apareció un Ángel mandándole que enviase á Valenciennes, y allí hiciese buscar el cuerpo del bienaventurado san Salvio y su compañero, continuándole por tres noches la dicha revelacion. Mandó el Príncipe ir por ellos, y fueron hallados los santos cuerpos, manifestando el lugar donde estaban el mismo Genardo, padre del que les hizo matar. Viendo esto el Emperador, mandó traer delante de sí á los homicidas, é hizo en ellos un ejemplar castigo; porque á Genardo y á su hijo Vuinegardo, que habia mandado matar á los Santos, les hizo arrancar los ojos y las partes vergonzosas, y solos los ojos á Vuinegardo, criado que los mató. Luego puestos los santos cuerpos sobre un carro triunfal, para llevarlos á la iglesia de San Vedasto, sucedió, que aunque fueron aplicados muchos pares de bueyes para tirarlo, no lo pudieron mover de su lugar. A vista del milagro dejaron en el carro solamente dos bueyes con libertad para ir donde quisiesen, y ellos con grande priesa se fueron luego á la iglesia de San Martin, donde san Salvio acostumbraba tener oracion, y sepultaron en ella los santos cuerpos con grande honra y veneracion, y allí la Majestad de Dios por intercesion de san Salvio ha hecho grandes milagros. Entre otros acaeció por el mismo tiempo que dos hermanas de un duque francés llegaron delante del emperador Carlomagno quejándose que su hermano el duque las habia quitado su herencia. El santo Príncipe hizo venir delante de su presencia al dicho caballero, y pidiéndole razon de su iniquidad, respondió que no habia quitado á sus hermanas cosa alguna. Replicó el Emperador diciendo: que jurase delante el cuerpo de san Salvio que ninguna cosa debia de las que le pedian. El duque muy alegre lo juró, y re-

ventó al instante saliéndole la sangre por los ojos, narices, orejas y boca, y dentro dos horas murió.

Genardo, padre del que lo mandó matar, habiendo perdido los ojos corporales, cobró los espirituales; y dando á san Salvio todo lo que tenia, se quedó en su casa haciendo penitencia del pecado cometido. Vuinegardo su hijo se fué á la iglesia donde estaba sepultado el Mártir, y estando allí suplicándole que le volviese la vista, conmovióse todo el templo, y él saliendo huyendo acogióse al monasterio de San Amando, donde estuvo todos los dias que le duró la vida llorando su pecado. Vuinegardo, el criado que mató á los Santos de su mano, se postró delante el cuerpo de san Salvio con muchas lágrimas, y el bienaventurado Mártir no acordándose de la injuria, le volvió la vista en un ojo, y él guardó toda su vida las ovejas en servicio del Santo.

En muchas partes de Cataluña tienen grande devocion á san Salvio, y muy especialmente en el término de la parroquia de San Miguel de Cladelles, del obispado de Gerona, donde hay un templo principal dedicado á su santo nombre, y donde hace Dios por él grandes milagros. *(Doménech, historia de los Santos de Cataluña).*

Nota. Escribe el mismo Doménech como cosa averiguada, que el san Salvio, que tiene por patron la iglesia de San Miguel de Cladelles, es el obispo Engolismense de que hace mérito el Martirologio romano en el dia de hoy, ó como dice san Antonino, obispo de Amiens; pues aunque el citado Martirologio romano pone san Salvio obispo de Amiens en 11 de enero [1], y el Engolismense en 26 de junio, y así parece que pone dos Santos obispos y mártires de este nombre, segun él entiende son ambos un mismo Santo; porque autores gravísimos refieren la misma historia del uno y del otro. Y esto hacen porque debió de ser obispo juntamente de dos catedrales, como nuestro san Olegario, que murió obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona; siendo de notar que Juan Molano en las Adiciones á Usuardo afirma que este san Salvio, á quien él hace obispo Engolismense, vino de su ciudad de Amiens á Francia. Y aun cuando en la precitada iglesia de San Miguel de Cladelles se hace la fiesta á 10 de setiembre, dia dedicado á la de san Salvio, obispo de Albi y confesor, segun el Martirologio romano, constando como consta de doscientos y mas años que siempre se ha tenido por mártir el glorioso Santo que allí invocan, no puede ser el de Albi, que no tiene esta circunstancia; y no es cosa nueva tomar un dia por otro en iglesias particulares en lo del dia que celebran sus fiestas, cuando hay muchos Santos de un mismo nombre.

[1] Por equivocacion del original del Martirologio romano, impreso en Madrid en la imprenta real, año 1791, en el martirologio del dia 11 de enero se lee San Silvio, obispo y mártir, en Amiens de Francia; debiendo decir: San Salvio, etc.

La Misa es en honor de los santos Juan y Pablo, y la Oracion la que sigue:

Quaesumus, omnipotens Deus, ut nos geminata laetitia hodiernae festivitatis excipiat, quae de beatorum Joannis et Pauli glorificatione procedit; quos eadem fides et passio vere fecit esse germanos. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, llenéis nuestras almas del duplicado gozo que nos corresponde por la duplicada gloria de los dos santos Juan y Pablo, verdaderamente hermanos en la constancia de la fe y en la corona del martirio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XLIV *del Eclesiástico.*

Hi viri misericordiae sunt, quorum pietates non defuerunt: cum semine eorum permanent bona, haereditas sancta nepotes eorum, et in testamentis stetit semen eorum: et filii eorum propter illos usque in aeternum manent: semen eorum et gloria eorum non derelinquetur. Corpora ipsorum in pace sepulta sunt, et nomen eorum vivit in generationem et generationem. Sapientiam ipsorum narrent populi, et laudem eorum nuntiet Ecclesia.

Estos son varones de misericordia, cuyas piedades no se han olvidado. Con su estirpe permanecen los bienes: sus nietos son un pueblo santo, y sus descendientes estuvieron firmes en la alianza, y por su mérito durará eternamente su descendencia: su estirpe y su gloria no se olvidará. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive por todos los siglos. Los pueblos celebrarán su sabiduría, y la Iglesia anunciará sus alabanzas.

REFLEXIONES.

¿De dónde nace aquella continua serie de bendiciones como hereditarias que fijan las prosperidades de las familias, y en cierto modo las hacen felices como por derecho de sucesion? Ciertamente no nace de los bienes que se amontonaron; pues vemos á cada paso casas muy opulentas, cuya prosperidad no hace mas que asomarse, y á la segunda generacion vuelven á caer en la miseria y en la oscuridad de donde salieron. ¡Cuántas familias ilustres se han visto extinguidas! ¡cuántos padres ricos que dejaron arruinados á sus herederos! ¡cuántos hijos estúpidos é insensatos de padres entendidos y discretos! ¡cuántos disipadores de los bienes que amontonaron sus padres á costa de su afan y de su prudente economía! El genio de la fortuna es inquieto; por buen recibimiento que se la haga en las familias no hay que esperar se mantenga en ella muy de asiento. ¡Oh, y de cuántos altos y bajos se compone nuestra vida! ¡qué de revoluciones hay en ella! Ellas prueban concluyentemente que la mas

brillante prosperidad es un relámpago que deslumbra y desaparece. Desengañémonos, solo el amor y la fidelidad á la Religion, solo el retiro y la soledad hacen hereditarias las prosperidades; sobre todo, la caridad y la limosna siembran la fortuna y aseguran la felicidad. No hay mejor defensivo contra el golpe de los vientos y contra el estrago de los temporales que las chozas de los pobres. Sus bendiciones conjuran las tempestades; sus manos, por decirlo así, sostienen la buena fortuna. Los hombres de caridad y de misericordia siempre dejan una rica herencia. Fuera de que siempre subsisten los monumentos de su piedad, y se hacen permanentes los bienes que traspasan á sus herederos. Pero aquellas almas duras con los infelices, aquellos corazones insensibles á las miserias ajenas, aquellos hombres sin piedad y sin misericordia, amontonan de ordinario grandes tesoros de iniquidad, que cunde frecuentemente hasta las mas retiradas generaciones; pero sus riquezas las roe el gusano y la polilla, sin que por lo comun lleguen á manos de sus nietos: *El que derrama abundantemente sus bienes en el seno de los pobres*, dice el Profeta, *nunca se desvia del sendero de la justicia, y será elevado á la cumbre del poder y de la gloria*. Lo mismo dice el Sabio que el Profeta, porque el mismo espíritu los animaba á los dos. *Dichoso aquel que se compadece del pobre y del afligido; si él mismo llegare á verse en afliccion y en necesidad, el Señor acudirá pronto á consolarle y á socorrerle; él le fortificará y le conservará en todos los peligros de la vida; le hará dichoso en la tierra, á pesar de cuantos esfuerzos hagan sus enemigos para perderle.* ¡Cosa extraña! Apúrase todo el entendimiento humano en discurrir precauciones, y toda la jurisprudencia es inventar términos para asegurar las herencias y las ricas sucesiones; sustituciones, fideicomisos, donaciones, glosas, etc., y nada basta para evitar las revoluciones, ni para fijar la fortuna. Elévase una sobre las ruinas de otras, y las mas rápidas no suelen ser mas durables. Todos esos colosos estriban sobre piés de arena. ¿Quieres que sea menos perecedera esa fortuna? ¿quieres que sea eterna? Pues fúndala sobre el cimiento de la caridad, si es lícito hablar así. Se hombre de misericordia, y permaneceran los bienes que dejares á tus herederos.

El Evangelio es del capítulo XII *de san Lucas.*

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fermento pharisaeorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non revelatur: neque absconditum, quod non

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir; ni escondido, que no se ha-

sciatur. Quoniam quae in tenebris dixistis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, praedicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post haec non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres vaeneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

ya de saber. Porque las cosas que dijísteis en lo oscuro, se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. Á vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quién debeis temer: temed á aquel que después de quitar la vida, tiene potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo: temed á este. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues; vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del Hombre delante de los Ángeles de Dios.

MEDITACION.

De la hipocresía.

Punto primero. — Considera que la hipocresía es una máscara en materia de devocion, tanto mas execrable cuanto es mas impía, pues del mismo culto de Dios se sirve contra Dios mismo. Echa mano del aire, del nombre y del semblante de la virtud para encubrir el vicio. No hay en la religion cosa tan augusta ni tan sagrada que no la profane; ninguna tan divina de que no abuse; en fin, la hipocresía es una doble impiedad.

Contrahace todas las virtudes para deslumbrar y para engañar con mayor seguridad. Devocion tierna, humildad profunda, desinterés universal, celo ardiente, caridad generosa, mortificacion exterior, dulzura aparente, y sobre todo una modestia afectada, la mas propia para alucinar y para engañar; de todo se vale para granjearse una inmerecida reputacion. El orgullo es el alma de la hipocresía, y su fruto natural es la irreligion.

Se puede comparar la hipocresía á aquella mujer de quien habla san Juan en el Apocalipsi, vestida de púrpura y de escarlata, cu-

bierta de oro, cuajada de perlas y de pedrería, con una copa de oro en la mano, pero llena de abominacion. Todos los vicios hacen fortuna cubiertos con el velo de la hipocresía; búrlase siempre de las almas sencillas, las cuales indefectiblemente caen en su lazo; porque no es fácil defenderse de un enemigo de quien no se desconfia. El veneno de que se sirve el hipócrita se comunica por los ojos y por los oidos. Todo lo que se ve edifica; todo lo que se oye de su boca es loable; ni aun siquiera se ofrece á la imaginacion el artificio: con que es preciso que muchos caigan en la red. No inventó el demonio enredo mas comun ni mas poderoso para perder á muchas almas. Por la hipocresía se introdujeron cási todas las herejías; á ella la deben sus progresos; ella es su principal agente. Busca una sola que no se haya cubierto con el bello vestido de reforma, que no se haya entrado gritando contra la relajacion. Arrio afecta un exterior tan humilde, tan compuesto y tan devoto, que le hacen la corte todas las mujeres devotas de Alejandría. El obispo Nestorio y el monje Eutiques engañan al pueblo y á los grandes con su ejemplar exterioridad. Pelagio es reputado por un santo sacerdote. Lutero y Calvino solo predican reforma; en fin, siempre se extendió el veneno de la herejía con el nombre de Religion, de mortificacion y de piedad. Santo Dios, ¡qué vicio mas pernicioso! ¡qué impiedad mas digna de temerse!

Punto segundo.—Considera que contra ningun otro vicio se explicó mas fuertemente Jesucristo; cuando trataba de él parece que se olvidaba de su moderacion, y que arrimaba á un lado todo comedimiento y medida. ¡Ay de vosotros, decia', escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados; por afuera hermosos á los ojos de los hombres, y por adentro ceniza, calaveras, huesos, hediondez y podredumbre! Así sois vosotros: en lo exterior hombres ajustados, en lo interior gente perversa, atestados de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres las puertas del reino de los cielos; y como vosotros jamás habeis de entrar por ellas, quereis estén tapiadas para los demás que se presenten con deseo de que se les franqueen! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que haceis en el templo largas oraciones, y después devorais las casas de las pobres viudas! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que siendo muy escrupulosos en pagar exactamente el diezmo del cilantro, del anís y del comino, atropellais lo mas importante de la ley,

abandonando la justicia, la misericordia y la fidelidad! Bueno es hacer lo primero, mas sin omitir lo segundo. Directores ciegos, infelices y descaminados, que cuando bebeis haceis escrúpulo de tragar un mosquito, y no le haceis de tragaros un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, muy cuidadosos de la limpieza exterior del plato y de la capa, al mismo tiempo que en lo interior todo es rapiña y basura! Serpientes, generacion de víboras, ¿cómo os libraréis de ser precipitados en el infierno? Considera que el que habla así es el mismo Jesucristo; aquel dulcísimo Salvador, cuyo carácter era el de la blandura y de la misericordia; aquel que absolvió á la mujer adúltera, que defendió á la pecadora, que comia con los publicanos, y trataba blandamente con los pecadores. Él mismo es el que trata con tanto desprecio, con tanta dureza á los hipócritas. Comprende la enormidad de este pecado por el horror que le profesa, y mas cuando no se sabe hubiese convertido ni á un solo hipócrita.

Pero ¡cuántos géneros hay de hipocresía! disimulaciones, artificios, fingirse uno lo que no es, y ocultar lo que es en materia de devocion, de honradez, de amistad y de virtud. Todo está lleno de simulaciones, todo de máscaras de diferentes especies; pero la hipocresía mas peligrosa es la que remeda la virtud y la devocion. Se puede dudar si el hipócrita cree en Dios, por no agraviarle mas diciendo que se burla de él. Acordémonos de que el antiguo y nuevo Testamento están llenos de imprecaciones contra los embusteros, contra los enmascarados, contra los disimulados, contra los hipócritas: objetos dignos del aborrecimiento de Dios y de la indignacion de los hombres de bien.

¡Mi Dios, y cuánto tengo de que enmendarme en este punto! ¡cuántas veces me he disfrazado, no ya para engañaros á Vos, Dios de mi vida, sino para engañarme á mí mismo y á los demás! Atendiendo mas á componer el exterior, que á arreglar mi corazon, para que caminase en espíritu de rectitud y de sinceridad; ¡qué de veces me lisonjeé interiormente de lo que es preciso me haga llorar algun dia! Perdonadme, Señor, por vuestra infinita misericordia, esta falta de sinceridad. Vos estais mirando, Vos estais penetrando el corazon del hombre; confio en vuestra divina gracia que ya no veréis ni sombra de hipocresía en el mio.

Jaculatorias. —¿En qué coloca su confianza el hipócrita? ¿acaso oirá Dios sus clamores cuando venga sobre él el dia de la tribulacion? (*Job*, xxvii).

Renueva, Señor, en mi corazon el espíritu de verdad y de sencillez. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 ¿Cuántas hipocresías juzga el hombre que le son permitidas para disimular lo que es, y para afectar lo que no es; sobre todo, cuando se considera necesaria la buena reputacion para el bien comun? ¿Cuánta multitud de hombres hay en el mundo, cuya vida es una continua hipocresía, ocupada toda en ostentar virtudes aparentes, y en ocultar vicios verdaderos? Como el arte es mas industrioso que la naturaleza, siempre deja muy atrás la hipocresía á la verdadera virtud. ¡Qué horror debes tener á este vicio! Hay muchas suertes de hipocresía; simulacion de amistad, simulacion de compostura, simulacion de gravedad, simulacion de juicio, simulacion de modestia, simulacion de crianza y de urbanidad. Pero la mas peligrosa de todas las hipocresías, como ya se ha dicho, es la que se emplea en remedar la virtud y la devocion. Huye de todas cuidadosamente, imponiéndote una ley irrevocable de ser siempre el mismo que pareces hácia afuera. No hay cosa mas odiosa en la vida civil, ni en la cristiana, que el representar un personaje de comedia. Sé siempre en el fondo del corazon buen amigo, buen amo, buen criado, buen religioso y buen cristiano. Si admiran todos tu exterior dulzura y suavidad, nunca dés lugar en tu corazon ni á hiel, ni á resentimiento, ni á amargura. Si se celebra tu modestia, sea la misma tu circunspeccion y tu reserva cuando estás solo en tu cuarto, que cuando sales á la calle, ó te dejes ver en medio de la plaza; observa la misma compostura, la misma gravedad, la misma cortesanía en particular que en público; porque nunca es lícito á un hombre honrado hacer papel de farsa.

2 Ya que queda advertido que la mas odiosa de todas las hipocresías es la de fingir virtud y devocion, trata de ser sólidamente virtuoso y devoto sin intermision; nunca dependa tu fervor del humor, ni del tiempo, ni de la salud, ni de la continuacion de tus negocios; en todas ocasiones y en todas circunstancias debes ser humilde, devoto, religioso y mortificado. Puede y debe avivarse tu fervor en las fiestas grandes; pero la devocion nunca ha de hacer ausencia: podrás alguna vez ser menos fervoroso; pero nunca te es lícito ser indevoto. Al público debes la edificacion; á Dios y á tí la perseverancia. Jamás te dispenses en tus ejercicios espirituales; si alguna vez te vieres obligado á mudar de director, no por eso mudes tu re-

gla de vivir, sino que sea para adelantar en perfeccion. Las mortificaciones interiores y ocultas son menos sospechosas; el ruido disminuye por lo comun el mérito de la virtud; no conviene que las alabanzas pongan en peligro la virtud, la turben ó la alteren. Igual devocion se debe profesar, ya sea entre los aplausos, ya entre los desprecios.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

San Crescente, discípulo del apóstol san Pablo, en Galacia; el cual pasando por Francia, con su predicacion convirtió muchos infieles á la fe católica; y volviendo á su obispado, confirmó á los gálatas hasta el fin de su vida en las obras del Señor; y últimamente en tiempo de Trajano consumó el martirio.

Los santos mártires Zoilo y otros diez y nueve, en Córdoba. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Anecto, mártir, en Cesarea de Palestina; el cual en la persecucion de Diocleciano, siendo prefecto Urbano, habiendo exhortado á otros al martirio, y derribado los ídolos con su oracion, fue azotado por diez soldados, le cortaron las manos y los piés, y finalmente lo degollaron.

San Sanson, presbítero y hospedador de pobres, en Constantinopla. *(Era romano, y se dedicó á la medicina. Habiéndose mostrado desde niño sumamente compasivo con los pobres, apenas se vió dueño de su patrimonio, vendió cuanto tenia, y lo distribuyó entre los mas necesitados de Roma, saliendo en seguida de esta ciudad para Constantinopla. Allí aunque habitaba en una casa muy reducida, no dejaba por esto de recibir cuantos pobres cabian en ella, curando al mismo tiempo á los enfermos que necesitaban de su arte. El emperador Justiniano cayó enfermo, y ya desahuciado de los médicos, el santo Sanson le restituyó la salud milagrosamente. Agradecido el Emperador mandó edificar en Constantinopla un hospital que dotó competentemente, cediéndole luego á Sanson para que pudiese en él ejercitar mas desahogadamente los impulsos de su caridad. Entonces se ordenó de sacerdote. Murió en el Señor de edad muy avanzada, y cantando himnos en el año 530. « Los milagros que obró después de su muerte, dice cierto autor antiguo, son en tanto « número y tan asombrosos, que ni la imaginacion basta á comprenderlos, « ni la lengua puede expresarlos. »)*

San Juan, presbítero y confesor, en una aldea de Tornay.

San Ladislao, rey, en Waradin en Hungría, el cual hasta hoy resplandece con esclarecidos milagros. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN LADISLAO, REY DE HUNGRÍA.

San Ladislao, mas ilustre por sus virtudes y por sus milagros, que por sus conquistas y por su corona, fue hijo del rey Bela, nieto de un primo hermano de san Esteban, llamado Apóstol de Hungría. Nació el año de 1041 en Polonia, donde se habia refugiado su padre

huyendo de las violencias de Pedro, sucesor de san Esteban. Crióse juntamente con su hermano mayor Geyza al lado de su madre, hija del duque de Polonia, princesa virtuosa, que dedicó el mas vigilante cuidado á su mejor y mas cristiana educacion; aunque el bello natural de Ladislao se anticipaba á todas las instrucciones.

Observóse desde luego en el jóven Príncipe una índole tan apacible, una compostura y una docilidad, que arrebataba los corazones y la admiracion. Adelantóse la devocion á los años, y al uso de la razon la prudencia y la cordura. Eran las nobles prendas de Ladislao el hechizo de la corte de Polonia, cuando volvió á Hungría su real casa por una repentina revolucion de aquel reino.

Muerto el rey Pedro, subió al trono Andrés, hermano mayor de Bela, y tio de Ladislao. Llamó á la corte á su hermano, dióle el título de duque, y quiso que sus dos sobrinos Geyza y Ladislao se criasen en su palacio, y á vista de su persona. Dentro de poco tiempo fue Ladislao el embeleso de la corte de Hungría, como lo habia sido de la de Polonia. Era casto, sobrio, compuesto, afable con todo el mundo, respetado por su eminente virtud, sobre todo lleno de compasion y de caridad con los pobres; no menos enemigo de la ambicion que de la avaricia. Conocióse esto cuando su padre Bela ascendió á la corona de Hungría, porque no pudo disimular su disgusto y su dolor, viéndole en el trono por haber quitado la vida á su propio hermano Andrés en un sangriento combate. Explicó públicamente su desaprobacion y su justo sentimiento, mostrando después por toda su conducta que en esto solo se gobernaba por las reglas de la equidad y por los principios de la Religion; porque siendo electiva la corona, trabajó cuanto pudo, muerto ya su padre, para que recayese en las sienes de Salomon, hijo de Andrés, sin atender al interés que le resultaria en solicitarla para su hermano Geyza, ó para su misma persona.

Hízose á todos odioso Salomon por sus crueldades y por otros muchos excesos. Juntóse Ladislao á Geyza para arrojarle del trono. Subió Geyza á él, y le ocupó solos tres años. Muerto Geyza, los prelados, la nobleza del reino y los magistrados de las ciudades, todos de unánime consentimiento eligieron á Ladislao para sucederle. Vivia todavía Salomon en el lugar de su destierro, y con una generosidad acaso sin ejemplo, acordándose Ladislao de las razones que habia tenido presentes la primera vez para preferirle á su hermano, por las mismas quiso ahora preferirle á sí mismo, y pasó los mas vivos oficios con las Cortes del reino para que le restableciesen en el trono;

pero las Cortes negaron resueltamente los oidos á su repugnancia y á su modestia. Rindióse en fin á las instancias de los grandes y á los clamores del pueblo, y fue coronado con general aplauso y satisfaccion el año de 1080.

Luego que Ladislao se vió rey de Hungría resolvió hacer reinar en sus Estados á Jesucristo. Fueron sus primeras providencias restituir la Religion á su primitivo esplendor, y establecer la paz, la buena fe, la tranquilidad y la abundancia en su pueblo. Dentro de poco tiempo se vieron reflorecer en Hungría aquella pureza de costumbres, aquella modestia en todos los estados, y aquella exacta honradez en todas edades, sexos y condiciones, que en tiempo de san Esteban le habian hecho el reino mas feliz de toda la cristiandad. Las artes, el comercio, la agricultura, todo se renovó con la virtud; y en breves dias se conoció lo mucho que puede para hacer dichosos á sus vasallos un rey santo, que junta, como sucede por lo comun, á una sólida piedad una heróica magnanimidad, una prudencia consumada y un esforzado valor.

Solo el antiguo rey Salomon no podia llevar en paciencia la general aclamacion de todas las órdenes, y el universal amor que los vasallos profesaban á Ladislao, pareciéndole que la primera confirmaba su exclusion, y la segunda cerraba del todo la puerta á la esperanza de volver á ocupar el trono algun dia; pensamientos que le traian muy inquieto, y se observaban en él bastantes señales de querer turbar el reino. Hízole entender Ladislao el poco apego que le merecia la corona, declarándole lo dispuesto que se hallaba á renunciarla á su favor, y retirarse á su ducado para disfrutar la dulce tranquilidad de la vida particular, como él pudiese obtener el consentimiento de los húngaros; desinterés que por entonces ganó la voluntad de Salomon, y cediendo todos sus derechos se contento con una pension que le consignó Ladislao; y aun en lo sucesivo se la aumentó. Pero su inquieto natural no le permitió estar sosegado. Comenzó á mover los ánimos, y se descubrió que tramaba una conjuracion contra el Príncipe, por lo que Ladislao se vió precisado á prenderle; aunque pudiendo mas su bondad que todas las consideraciones políticas, le puso luego en libertad, y aun le hizo venir á la corte, para fijar su inconstancia con nuevos favores, y vencer su mala inclinacion á fuerza de beneficios. Nada bastó para corregir aquel genio turbulento; pues insensible é ingrato á tantas piedades del Rey, se retiró á los Estados del reino de los hunos, á quien hizo tomar las armas contra Ladislao, y poniéndose él mismo á la frente de un cuer-

po de bandidos, fue enteramente derrotado, viéndose obligado á salvar la vida con la fuga. Escondióse entre la maleza de un espesísimo bosque, donde se dice le tocó Dios tan vivamente el corazon, infundiéndole tal espíritu de penitencia á vista de sus continuas desgracias, fruto necesario de sus desórdenes, que jamás quiso salir de aquella soledad, donde pasó el resto de su vida, llorando dia y noche sus pecados, y no omitiendo medio alguno para borrarlos con los rigores de la mas severa penitencia.

Libre ya Ladislao de este cuidado, se dedicó enteramente á restablecer la justicia, el órden y la policía en todo su esplendor. Convocó una junta general de los prelados, de la nobleza y del estado llano. Presidió el mismo Rey; y las ordenanzas que se formaron en ella, muy oportunas para conservar y para perpetuar la felicidad de un Estado, se recopilaron en tres libros separados, y son reputadas por la quinta esencia de la política cristiana.

Era como preciso que tantas y tan gloriosas felicidades despertasen la envidia y los celos de los príncipes vecinos. Hallóse de repente acometido de enemigos formidables, que considerándole mas devoto que valiente, hicieron varias irrupciones en sus Estados, aspirando no menos que á la conquista de todo el reino. Tentó el santo Rey todos los medios de paz para reducirlos á la razon; pero experimentándolos inútiles, hizo levas, juntó tropas, púsose á la frente de ellas, y marchó intrépidamente á derrotar á sus enemigos. Como no era menos capitan que santo, contó el número de las victorias por el número de las batallas. Obligó á los bohemos á contenerse dentro de los términos de su deber; arrojó de sus dominios á los hunos, que asolaban la Hungría, y les obligó á pedir la paz; tomó á Cracovia; domó á los polacos y á los rusos; quitó á los bárbaros la Dalmacia y la Croacia; deshizo mas de una vez á los tártaros, y conquistó gran parte de la Bulgaria y de la Rusia.

Pero estas acciones militares no disminuian el desvelo y aplicacion que dedicaba á que reinase Dios en el corazon de sus vasallos, y á que floreciese la virtud en sus Estados. Predicaban elocuentemente á todos su devocion, su dulzura y sus ejemplos; bastaba verle en la iglesia para inspirar fe, compostura y respeto á la Religion. No se vió príncipe en el mundo que se mostrase mas tierno padre de su pueblo, mas enemigo del error, ni mas religioso en todo. Sus diversiones se reducian á sus ejercicios espirituales y al cumplimiento de sus reales obligaciones. Su palacio mas parecia casa de religion, que corte de un gran príncipe. Raro dia dejaba de asistir á los oficios di-

vinos, y ninguno sin dar audiencia á sus vasallos. Él mismo les hacia justicia, acomodaba sus diferencias, trataba con todo el mundo, y todos le amaban como á padre.

Su corte era magnífica, y espléndida su mesa; pero su vida era muy austera. Ayunaba rigurosamente muchos dias en la semana; dormia sobre la dura tierra, y en medio de ser tan inocente su vida, maceraba su carne con rígidas penitencias. Por el grande amor que profesó á la castidad toda su vida, miraba con positiva repugnancia el matrimonio; y aunque los grandes y los pueblos le rogaron, le instaron, le importunaron sobre que se casase, para perpetuar en el trono su posteridad, no fue posible hacer blandear su constancia, tocando cási la raya de excesiva su delicadeza en este particular.

Fue verdaderamente magnífica su caridad con los pobres; tanto, que era ya como dicho comun en la Europa que el rey de Hungría solo era poderoso para fundar hospitales, para erigir iglesias, y para socorrer á los necesitados. Antes de salir á campaña disponia que se publicasen tres dias de ayuno y de rogativas públicas en las iglesias; pasaba horas enteras postrado á los piés de los altares, y su devocion, cada dia mas fervorosa, se fomentaba con la frecuencia de los Sacramentos. Siempre que comulgaba manifestaba en el semblante su viva fe y su abrasado amor á Jesucristo en la adorable Eucaristía.

La tierna devocion á la santísima Vírgen fue cási desde la cuna en nuestro santo Rey la mas favorecida entre todas sus devociones; y la célebre basílica de Nuestra Señora de Waradin, que hizo levantar desde sus cimientos, será eterno monumento á la posteridad de su amor y de su ternura á la Vírgen Madre de Dios.

Habia mucho tiempo que se abrasaba Ladislao en ardientes deseos de sacrificar su vida, y derramar su sangre en honor y amor de Jesucristo. Con este intento aceptó el mando general de la gran Cruzada de Occidente, que de unánime conformidad le ofrecieron todos los príncipes cruzados para librar la Tierra Santa del yugo de los sarracenos. Unidos para tan santa empresa gran número de príncipes cristianos á las poderosas solicitaciones y fervoroso celo del papa Urbano II, después del célebre concilio de Clermont en Aubernia, que presidió el mismo Pontífice; los príncipes de España, Francia é Inglaterra que se cruzaron, hicieron justo concepto de que no era posible encontrar jefe mas digno, ni mas valeroso capitan que el rey de Hungría. Despacháronle, pues, una solemnísima embajada para suplicarle á nombre de todos que aceptase el comando general de un

ejército, compuesto de cási trescientos mil combatientes. No podia negarse Ladislao á una expedicion que por tan santa se conformaba tanto con su religioso genio; pero se contentó el Señor con su generosa disposicion, porque le retiró de este mundo para que reinase en el cielo, cuando se estaba previniendo para hacer que el mismo Señor reinase en Palestina. Murió, segun Bonfinio, el dia 30 de julio del año 1095, á los cincuenta y cuatro de su edad, y al décimoquinto de su glorioso reinado.

Apenas se publicó la muerte del santo Rey, cuando se llenó de luto y de dolor todo el reino de Hungría. No hubo monarca cuya pérdida fuese mas sentida, ni llorada con lágrimas mas sinceras. Fue conducido su cuerpo á la iglesia de Nuestra Señora de Waradin, que habia fundado; el convoy mas parecia triunfo que pompa funeral. Tardó poco Dios en manifestar la gloria de su fiel siervo con ilustres maravillas. Dícese que habiéndose dormido en la última mansion los que acompañaban el cuerpo mas de lo que era menester para llegar á tiempo, el carro en que iba el santo cadáver marchó por sí solo, sin caballos ni mano alguna visible que le tirase, y caminó hasta Waradin, parándose en el lugar de la sepultura antes que le pudiesen alcanzar los del acompañamiento. Así por la santidad de su vida, como por la multitud de milagros que obró Dios en su sepulcro, le canonizó el papa Celestino III el año de 1198. El Martirologio romano señala su fiesta el dia 27 de junio, que verisímilmente fue aquel en que se celebró la traslacion de sus reliquias.

SAN ZOILO Ó ZOIL, Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

En el tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padeció, florecia en Córdoba san Zoilo, natural de la misma ciudad, á quien Prudencio llama *Zoelo*, descendiente de distinguida prosapia, acreditando por sus laudables acciones la nobleza de su calidad. Educado en la fe de Jesucristo, no satisfecho con seguir ocultamente la profesion de cristiano, como lo ejecutaban otros en aquellas calamitosas edades, hacia en la juventud pública ostentacion de su religion, predicando sus infalibles verdades á vista de los paganos con animosa resolucion.

Venido Daciano á Córdoba por junio del año 303, le dió luego en rostro la fama de este ilustre mancebo, y creyó que venciéndole á él, tenia allanada en gran parte la conquista infernal que venia á

hacer en España. Y si se resistia á adorar los ídolos, dejaria escarmentados á los otros con su castigo. Conduciéndose, pues, con esta idea, principió á reconvenirle en estos términos: *¿Por qué siendo noble, pones á tu linaje tan feo borron, siguiendo el sistema de una gente vil como los Cristianos, que no teniendo títulos de honor con que darse á conocer en la república, querrian hacerse conocidos por inventores de novedades? Nuestra religion está autorizada con la antigüedad; pero la vuestra nació ayer, tan desvalida, que es afrenta profesarla, y tan perseguida, que el no dejarla es temeridad. Créeme, Zoilo, obra como caballero, deja el error en que estás, pues de lo contrario serás la víctima de mi indignacion, y el escarmiento de tus semejantes.*

Vicio de infames son las mentiras, respondió Zoilo, *así como es propio de los nobles decir y defender la verdad. La ley de los Cristianos lo es sin duda, pues es su autor el verdadero Dios. Vuestras deidades sí que son de ayer, hechuras de las manos de los hombres, que no pueden ni son capaces de dar divinidad á las piedras, ni á los leños de que formais vuestros vanos ídolos..¿Qué caso se ha de hacer de una religion que tributa culto á los adúlteros, homicidas, y hombres perversos, confesados así por vuestros mismos poetas en la historia de sus vidas?*

No teniendo el Presidente que responder á semejantes discursos, le dijo: *A vosotros los Cristianos no se ha de satisfacer con palabras, sino con obras, pues estais tan preocupados con vuestras necedades, que ni de vosotros mismos teneis compasion, arrojándoos como desesperados á vuestra ruina: escoge, pues, ó vivir con honor y comodidad, sacrificando á los dioses, ó morir á la violencia de diferentes tormentos.* No alteró al santo jóven tan terrible amenaza, antes bien deseoso de testificar con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, comenzó á predicarla con mas valor, declamando con igual brio contra los delirios y necedades de la idolatría.

Irritó una resolucion tan genorosa tanto el ánimo de Daciano, que mudando de tono, mandó que le azotasen furiosamente, y que despedazasen sus carnes con garfios de hierro; pero manteniéndose Zoilo en medio de las crueldades con un semblante sereno, dando gracias al Señor, porque le hacia digno de padecer por su amor, vuelto al tirano, le decia: *Hiere, rasga, y despedaza mi cuerpo, pues mientras mas le atormentes, mas crecerá mi corona; pues mi Maestro y Señor Jesucristo enseña en su Evangelio á sus discípulos á no temer á aquellos que solo pueden causar la muerte corporal. Sabe que esta para mí es el fin de todos los males, y el principio de una inamisible felicidad; pero para tí será entrada á una eterna noche de tinieblas infernales don-*

de en compañia de los demonios serás atormentado por los siglos de los siglos sin esperanza alguna de refrigerio.

El juez no podia sufrir aquella firmeza celestial que condenaba su fiereza. Bebieron el coraje de Daciano sus ministros, y como embriagados de igual rabia arremetieron de nuevo contra el santo mozo, y abriéndole con cuchillos las espaldas, le rasgaron las entrañas, y le sacaron los riñones; crueldad apenas vista en fieras. Mostró Dios entonces el poder de su brazo, conservando la vida al que debiera morir segun las leyes de la naturaleza. Holgaba el bendito mancebo de verse descarnado por Cristo, cuyo amor tenia tan entrañado en el pecho, que ni aun con las entrañas se lo pudieron arrancar. Corrian del cuerpo roto arroyos de sangre, y envuelto en ella el aliento de la vida; mas restaba entera la alegria de padecer. No pudo ya el tirano sufrir por mas tiempo tan ilustre ejemplo de fortaleza, tan alto menosprecio de los bienes caducos de esta vida, tanta burla, ni desprecio como hacia Zoilo de su ira y de sus tormentos; y embriagado en su propia cólera, usurpando el oficio a los verdugos, le cortó la cabeza con sus mismas manos.

Con él, ó poco después de él, fueron tambien degollados hasta diez y nueve ó veinte santos Confesores, que estaban encarcelados por la fe [1], mandándolos enterrar vilmente entre las sepulturas de los peregrinos y extranjeros, para que mezclados con los otros cadáveres no pudiesen ser conocidos y sacados de allí por los Cristianos. Fue su martirio tal dia como hoy por los años 303, en que se publicó el edicto de Diocleciano y Maximiano contra la Iglesia.

Allí se mantuvo desconocido el cuerpo de nuestro Santo por el espacio de muchos siglos, hasta el reinado de Sisebuto cerca del año 613, en que el mismo Santo aparecio al obispo de Cordoba, llamado Agapito [2], y manifestándole el sitio de su sepultura, le previno era voluntad de Dios el que trasladase su cadáver á mas decente lugar. Pasó el Obispo inmediatamente acompañado del clero y pueblo al lugar indicado, y tomando la azada, no dejo de cavar en la tierra, hasta que descubrio las santas reliquias, besandolas tantas veces, y con tanta intension, que se le cayeron dos dientes en el acto de aquella profunda veneracion. Alegres todos por tan feliz hallazgo entre

[1] En el número de los compañeros de san Zoilo no están de acuerdo los documentos que tenemos de su martirio. Unos dicen que fueron veinte y dos, algunos Martirologios nombran doce, otros diez y ocho, etc.

[2] No debe confundirse este Obispo con otro del mismo nombre de la misma ciudad, que en el año 589 asistió al concilio III de Toledo, en que los godos abjuraron la herejía arriana. Fue este concilio en tiempo de Recaredo.

suaves cánticos y festivos parabienes, le colocaron por entonces en la pequeña iglesia de San Félix, hasta que habiendo edificado Agapito un magnífico templo dedicado al Santo, se trasladó á él, donde después se enterraron los santos Cristóbal, Leovigildo, Pablo, diácono, Teodomiro y otros muchos Mártires de los que padecieron en las persecuciones de los agarenos.

En la iglesia dicha permanecieron las reliquias de san Zoilo hasta que se trasladaron al monasterio de Carrion, del Órden benedictino, por los años de 1070 poco mas ó menos, por el siguiente motivo: Habia servido al rey moro de Córdoba el conde Fernan Gomez de Carrion en la guerra que tuvo contra otros moros sus enemigos, y pidiéndole en recompensa el cuerpo de san Zoilo, concedido gustosamente por el árabe, le trasladó con el de san Félix al expresado monasterio, fundado por su madre doña Teresa, mujer del conde D. Gomez de Carrion, donde se les depositaron en dos arcas preciosas de plata, dignándose el Señor obrar repetidos prodigios por la intercesion de su fiel siervo.

No fue esta traslacion al parecer de todo el cuerpo entero, porque consta que cási doscientos años antes de ella envió san Eulogio al obispo de Pamplona Wilesindo la canilla de un brazo, pidiéndole edificase iglesia donde colocarla con la debida decencia.

Trató en el año de 1600 la ciudad de Córdoba con el General benedictino, que era á la sazon Fr. Juan de los Arcos, y con Fr. Plácido de Huesca, abad del de Carrion, que le concediesen algunas reliquias del Santo; y habiéndose abierto el arca de su depósito, después de tantos siglos, se hallaron los huesos, camisa, ropa y cíngulo de san Zoilo bañados con la sangre de su pasion. Por entonces no tuvo efecto el llevar á Córdoba las reliquias que ofrecieron aquellos monjes por la peste que sobrevino á aquella ciudad, y por la muerte del obispo D. Francisco Reinoso que favorecia mucho el deseo de ella. De san Zoilo habian quedado reliquias en Córdoba en la iglesia de los tres santos Fausto y sus compañeros, que hoy es de san Pedro, las cuales se hallaron en tiempo de Roa. El año 1714 se llevó de Carrion á Córdoba una reliquia de san Zoilo, la cual fue colocada en la ermita de nuestro Santo, que está enfrente de la iglesia parroquial de San Miguel.

En Córdoba se conservan junto á la citada antigua iglesia de san Miguel unas casas, que por tradicion se cree haber sido las de la habitacion del Santo, en las cuales se tiene en grande veneracion un pozo que llaman de san Zoilo, cuyas aguas han hecho admirables cu-

raciones de los dolores de riñones; por lo que confirman los naturales otra de las actas que se refieren de su martirio; á saber, que enfurecido el tirano de ver su constancia en la pasion, mandó sacarle los riñones por las espaldas, los que arrojaron en este pozo.

De los milagros de san Zoilo dejó escrita una coleccion á ruego de san Pedro Venerable el monje Rodulfo, que estaba en el convento de Carrion de los Condes por los años 1136, cuyo original se guarda ó se guardaba en aquel archivo.

La Misa es de la Octava de san Juan Bautista, y la Oracion de san Ladislao es la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Ladislai confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit praecibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oid, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Ladislao, para que los que no confiamos en nuestros méritos, seamos ayudados de vuestra gracia por los ruegos del que tuvo la dicha de agradaros. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 31 del Eclesiástico, pág. 200.

REFLEXIONES.

El texto dice: *Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha ni defecto.* Realmente no hay fenómeno mas raro ni mas digno de admiracion que un hombre rico, y al mismo tiempo inocente y justo, que no coloque su confianza en las riquezas. El efecto natural de estas es inspirar orgullo y presuncion. Pero al mismo tiempo tampoco hay vanidad mas tonta ni mas necia. Porque á la verdad: ¿qué mérito comunica á la persona la multitud de rentas, grandes tierras, dilatadas posesiones? Si el heredero es un idiota, un mentecato, un disoluto, ¿qué virtud, qué sabiduría, qué discrecion, qué entendimiento le comunicará la rica herencia? Una estatua de madera dorada nunca es mas que una estatua de madera. Las riquezas hinchan; pero ¿dónde hay vanidad mas mal fundada? Un hombre infeliz y de las heces del pueblo, que representó en el teatro el papel de príncipe, en desnudándose de los vestidos ricos se quedó tan despreciable como lo era antes. Ningunos debieran ser mas humildes que los ricos, si todo su mérito consiste en sus tesoros; porque no hay cosa mas forastera á la persona que el valor y precio del dinero: y si el rico no tiene mas mérito por otra parte, solo se estima en él lo que es suyo,

pero no lo que es él mismo. ¡Ó mi Dios, y cuántas inflamaciones del alma curaria un poco de reflexion! Nada debiera humillar tanto al hombre como oir que solo se alaba su mesa, sus muebles, sus salas, sus pasiones, su equipaje, sus libreas, sus caballos; y á la verdad, ¿qué otra cosa se alaba por lo comun en casa de un poderoso? Pero esta vanidad aun es mucho mas sensible en una mujer mundana. Toda su profanidad solo sirve para que brille un poco mas, digámoslo así, su pobreza de entendimiento y su total falta de juicio. Ciertamente causa compasion aquella fiereza chabacana, que todavía está oliendo á vulgacho, á gente ordinaria y popular. ¡Válgame Dios, y qué poquita cosa es una mujer que ni por su nacimiento ni por sus prendas tiene mas mérito que el de la magnificencia de sus galas! Pero supongámosla noble, hermosa y discreta. No hay cosa mas superficial, mas vacía, ni menos sólida. La mas brillante discrecion es un fuego fatuo que deslumbra y desaparece. No hay mérito mas falso que el que va consumiendo el tiempo: tal es el de las mujeres mundanas que tienen mucha hermosura, muchos bienes y poca religion.

Una de las mayores tentaciones del hombre sobre la tierra son las riquezas. El que las sabe poseer sin mancha, ó abandonarlas sin dificultad, ó perderlas sin dolor, es verdaderamente perfecto y digno de eterna alabanza. Ser pobre en medio de las riquezas, ó estar contento entre los brazos de la pobreza: hallarse uno en medio del fuego sin quemarse, rodeado de aduladores sin engreirse, entre mil ocasiones de pecar, sin caer en ellas: poder pecar impunemente y no hacerlo; ciertamente es la mayor de todas las maravillas, y es la mayor prueba de un ánimo excelente, de un gran corazon y de un mérito distinguido, no menos que de una solidísima virtud. Si se separa de la piedad y de la religion todo lo que alaba el mundo, no es mas que ruido sin sustancia. El rico virtuoso es afable, es humano, es dulce, es cortesano, y aun es tambien humilde. Una mujer virtuosa siempre es modesta en medio de la mas opulenta fortuna. El vano resplandor de las riquezas solo deslumbra á las almas bajas, indevotas y ordinarias. Cuando se desvanece la cabeza en un lugar alto, señal es de poca serenidad ó de mucha flaqueza. La verdadera virtud y el mérito verdadero están á prueba de semejantes accidentes.

El Evangelio es del capítulo XXII *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum pharisaei, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum:

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maes-

Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetae.

tro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Díjole Jesús: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, con toda tu alma, y con todo tu espíritu. Este es el máximo y primer mandamiento. Después el segundo es semejante á este: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley, y los profetas.

MEDITACION.

Que á Dios no se le ha de amar á medias.

Punto primero.—Considera que amar á medias á Dios, es absolutamente no amarle, ó cuando mas es reconocer la obligacion que hay de amarlo absolutamente. Repútase por amor este conocimiento estéril que se tiene de la obligacion de amar, y en esto consiste el error.

Amar á medias á Dios, es no mas que tener una media voluntad de amarle. Mira tú si Dios se podrá contentar con esta disposicion. Amar á medias á Dios es á lo sumo estar resuelto á obedecerle en todo lo que manda, pena de condenacion eterna; pero dársele poco de no complacerle en todo lo que no manda debajo de graves penas, es querer darle gusto en ciertos puntos, con deliberacion de desagradarle en todo lo demás: es en fin lisonjearse de que se le ama, porque se teme su justicia; pero es amar verdaderamente al mundo, amar sus gustos, y amarse uno á sí mismo con preferencia á todo otro amor, porque quiere cada cual seguir sus inclinaciones, y no hacerse violencia en cosa alguna. ¿Se contentará Dios con esta division? Ninguno puede servir á dos señores. Pídenos Dios todo el corazon, porque es suyo: pídenos el demonio que le partamos. *Dividatur*, respondemos nosotros, sentenciando en favor de este repartimiento. *Date illi*, replica Dios, con las mismas palabras de la verdadera madre: Yo no quiero corazon partido; llévesele el mundo por entero; me causa horror esa division. A la verdad no puede Dios contentarse con ella, ni aun aprobarla.

¡Mi Dios, cuántos hombres se ciegan, cuántos se engañan miserablemente creyendo que aman de veras á Dios, porque tienen esta media voluntad, porque observan exactamente ciertos puntos de la ley, porque miran con particular horror ciertos pecados; y no reflexionan mientras tanto que nada deshonra mas, por decirlo así, á nues-

tro buen Dios que esa media voluntad, que ese corazon partido! Cuando se comete una desobediencia, sin saber que es el príncipe á quien se desobedece, no es delito irremisible; pero desagradarle con pleno conocimiento de que es él á quien se desagrada, es un desprecio digno de severo castigo. Conócese á Dios, pues que se le ama á medias, segun erradamente se imagina; pues ¿qué desprecio mas formal, ni mas injurioso al mismo Dios, que negarle lo que pide, que disgustarle en lo que quiere, cuando al fin de alguna manera se le conoce? ¿No es esto imitar á los demonios, los cuales conocen á Dios y le temen, pero los desdichados no le aman?

¡Ah Señor, y os he amado yo hasta aquí, cuando tan perdidamente me amé á mí mismo, amando al mundo! No estoy en él sino para amaros: véome ya al fin de la carrera, y aun no os he comenzado á amar. Materia verdaderamente grande de dolor, de amargura y de arrepentimiento.

Punto segundo.—Considera que no debemos repartir el corazon entre Dios y la criatura, porque no hay repartimiento mas injusto. Solo Dios formó nuestro corazon; solo Dios nos redimió á costa de la sangre de su Hijo: luego nuestro corazon de solo Dios debe ser. No nos pide la mitad de él, pídenosle todo por entero. Ni nos puede pedir menos, ni con menos se puede contentar: darle no mas que la mitad, es darle nada. No nos manda como quiera que le amemos, sino que le amemos con todo el corazon; y para que entendamos bien cómo se ha de entender esta generalidad y esta totalidad, añade: *Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazon, con toda tu alma, y con todas tus entrañas.* Es decir, que el amor que debemos á Dios, ha de absorber todos nuestros deseos, ocupar él solo todo nuestro pensamiento, y vencer él solo todos los estorbos. Segun eso ¿será Dios muy amado? segun eso ¿amamos nosotros á Dios? ¡Ah! que son muy pocos los cristianos que guardan este primer mandamiento de la ley de Dios; pocos los que puedan decir en la hora de la muerte que cumplieron este primer precepto. Siendo nuestro corazon tan poca cosa, ¿será mucho dársele á Dios todo entero? ¿No será bastante Dios para llenarle? ¿Será menester buscar en las criaturas con qué ocupar sus vacíos? Ciertamente no se puede hacer mayor injuria al mismo Dios, que adocenarle en este repartimiento del corazon con las criaturas. *Cui me assimilasti?* dice con indignacion por el Profeta. ¿Con quién me pusiste en competencia? ¿Qué indecente competidor me señalaste? Pues qué, ¿no te bastaba Dios solo? *Quis Deus?* ¿Dón-

de se puede hallar alegría pura, tranquilidad perfecta, ni plena felicidad, sino en solo Dios? Él solo será por toda la eternidad la perfecta bienaventuranza de los Santos: ¿y no bastará para ser la nuestra en esta corta y miserable vida? Muy digno es de compasion aquel á quien no le basta Dios.

Por otra parte es imposible este repartimiento. *Ninguno puede servir á dos señores*, dice el Salvador. Si respeta y ama al uno, es preciso que desprecie y aborrezca al otro, y mas cuando los dos amos son tan contrarios como Cristo y el mundo. Sus leyes, sus inclinaciones, sus máximas y sus intereses son tan opuestos, que es imposible adunarlos. *¿Qué union*, exclama san Pablo, *puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Jesucristo y Belial? El que ama otra cosa con Vos, y no la ama por Vos, tampoco os ama á Vos*, dice san Agustin. Dióuos Dios el corazon únicamente para que le amemos: no hacerlo es la mas enorme y la mas clara injusticia; pero amarle á medias ó imperfectamente, es disfrazada impiedad.

¡Dios mio, qué vergüenza y qué dolor el no haberos amado hasta ahora! Améme á mí mismo, amé las criaturas, entregué y franqueé pródigamente mi corazon á sugetos indignos; solo á Vos os le negué. Bien veis, Señor, qué oprimido está ahora este mismo corazon á vista de su ingratitud: desde este mismo punto comienzo á amaros: no desecheis este pobre corazon, aunque sea tan indigno de que le admitais: declaro desde luego que todo es ya vuestro, y que todo será de Vos en adelante.

Jaculatorias. —Dios mio de mi corazon, fuera de tí, ¿qué tengo yo, ni qué puedo amar yo en el cielo, ni en la tierra? (*Psalm.* LXXII). Eternamente seréis Vos mi única herencia, todo mi bien y todo mi deseo. (*Ibid.*)

PROPÓSITOS.

1 ¿Has hecho jamás seria reflexion sobre este desórden? El primer mandamiento de la ley de Dios; la basa, hablando en rigor, de todos los demás; el alma, por decirlo así, de toda la Religion, sin la cual la fe es muerta, y las obras, al parecer mas piadosas, son obras vacías; ese primer mandamiento, vuelvo á decir, ¿se observa bien el dia de hoy? ¿Qué te parece, aman hoy á Dios los mas de los Cristianos con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas? Y si le aman menos, ¿le aman verdaderamente? Está persuadido á que amarle á medias es no amarle. ¿Qué amor tienes á Dios?

Júzgalo por tu tibieza, y por la infidelidad con que le sirves. ¿Cuánto tiempo há que le estás negando esa corta mortificacion, la victoria de esa pasion, ese pequeño sacrificio? Pídete Dios que reformes esa profanidad, ese vano refinamiento del buen gusto en el modo de vestirte, esa excesiva inclinacion al juego: pídete que no concurras ya á tal espectáculo, ni á tal conversacion, donde sabes muy bien que peligra tu inocencia: pídete que rompas esa amistad, que no veas ya á aquella persona, y que te confieses regularmente una vez cada mes, ó con mas frecuencia: pídete que veles con mayor cuidado sobre tu familia, sobre tus hijos y sobre tus criados; que les dés mejores ejemplos de modestia, de sufrimiento, de mansedumbre, y sobre todo de una vida mas cristiana y mas edificativa. Si tienes la dicha de profesar el estado religioso, te está pidiendo Dios una observancia mas exacta de tus reglas; y tú le niegas el gusto en algunas menudencias, que no negarias á un amigo tuyo. No ignoras que Dios desea de tí mas puntualidad, mas sumision, mas silencio: confiesas que eso es nada, que es una friolera; ¿y esa friolera y esa nada se la niegas á tu Dios? ¿Te atreverás después de esto á presumir que amas á Dios con todo tu corazon? Remedia prontamente este desórden.

2 Todas las mañanas, luego que te levantes, determinarás la prueba que has de dar á Dios aquel dia de que verdaderamente le amas: por ejemplo, de no encolerizarte, ofrézcase la ocasion que se ofreciere, de no impacientarte, de no decir palabra ofensiva á persona alguna, de no porfiar con nadie, de no negar limosna á pobre alguno, de mortificarte en no concurrir á alguna diversion, de no jugar, de hacer tal penitencia, de practicar tal devocion, etc. Propon guardar tal y tal regla de tu instituto, en que frecuentemente te dispensas, de vencerte en ciertos puntos, de mortificarte en ciertas cosillas, etc. Estos piadosos ejercicios te harán amar presto á Dios verdaderamente.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

La vigilia de san Pedro y san Pablo, apóstoles.

San Leon II, papa, en Roma. *(Vease su vida en las de hoy).*

San Ireneo, obispo y mártir, en Leon de Francia; el cual, como escribe san Gerónimo, fue discípulo de san Policarpo, obispo de Esmirna, y casi contemporáneo de los Apóstoles: combatió enérgicamente á los herejes de su tiempo con su palabra y sus escritos; y en la persecucion de Severo recibió la coro-

na de un glorioso martirio, juntamente con cási todo el pueblo de su ciudad. *(Véase su vida en las de hoy).*

Los santos mártires Plutarco, Sereno, Heráclides, catecúmeno, Eron, neófito, otro Sereno, Rayda, catecúmeno, Potamiena, y Marcela, su madre, en Alejandría, en la misma persecucion de Severo; entre los cuales se señaló la vírgen Potamiena, padeciendo indecibles é innumerables tormentos en defensa de su virginidad, y después otros no menos crueles é inauditos por defender la fe, hasta que la quemaron junto con su madre. *(Santa Potamiena era esclava de condicion, y debió su instruccion á Orígenes. Su propio dueño fue el que concibiendo violentos deseos de abusar de su pureza, y no pudiendo conseguirlo á pesar de sus artificios, amenazas y promesas, la entregó él mismo al prefecto, que la condenó al martirio).*

San Papio (ó Papias), mártir, en el mismo dia: el cual en la persecucion de Diocleciano fue azotado y echado en una caldera de aceite y grasa hirviendo, y después de haber sufrido otros horribles tormentos, consiguió la corona del martirio muriendo degollado.

San Benino (ó Benigno), obispo y mártir, en Utrecht.

San Argimiro, monje, en Córdoba, el cual en la persecucion de los moros dió la vida por la fe de Jesucristo. *(Véase su historia en las de hoy).*

San Pablo (ó Paulo I), papa y confesor, en Roma. *(Era natural de Roma, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, por sus virtudes mereció ser elevado á la silla de san Pedro: fue sucesor del papa Esteban II en el año 757. El rey Pipino dióle auxilios para rechazar las vejaciones de Didier, rey de los lombardos, y de otros enemigos no menos formidables. Paulo I murió santamente en el año 767 después de haber gobernado con admirable santidad la Iglesia universal, é inmortalizado su memoria con las fundaciones de varios establecimientos de beneficencia, algunas iglesias y otros monumentos de piedad).*

SAN LEON, PAPA Y CONFESOR.

San Leon papa, segundo de este nombre, fue siciliano de nacion, o, segun algunos, de Cedella, pequeña ciudad del Abruzo ulterior, en aquella parte de esta provincia que se llama *Valle Sicilia*. Fue hijo de un médico llamado Pablo, que puso el mayor cuidado en criar a su hijo en la virtud y en el estudio de las letras humanas. En una y en otra facultad hizo grandes progresos el niño Leon, por su bella índole, y por su excelente ingenio. Hízose santo y sabio, logrando el conjunto de las mas nobles prendas, costumbres inocentes, cierto aire de dulzura, modales gratos y airosos, una penetracion poco comun, gran corazon, maravillosa facilidad para aprender las lenguas muertas mas dificultosas, talento asombroso para las que se llaman bellas artes, y sobre todo un ingenio superior para todas las ciencias. Este portentoso conjunto le granjeó desde luego la admiracion de todos. Puso el mundo en movimiento todos los medios que pudo, haciendo cuanto supo y alcanzó para ganar á su partido un jóven

que tan desde luego comenzaba á descollar; pero teníale Dios escogido para sí. Sobrábale mucho entendimiento á Leon para dejarse deslumbrar de las engañosas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba; y aspirando á otra fortuna mas sólida, abrazó desde jóven el estado eclesiástico, y en él se distinguió.

Dedicado á la Iglesia, se dedicó tambien al estudio de la Escritura y de los santos Padres, en que se habilitó tanto, que no se conocia eclesiástico alguno mas sabio ni mas santo que Leon. Aplicóse asimismo á la elocuencia, para la cual tenia especial talento; y no hubo hombre en su siglo mas inteligente en la música: pero con ser tan grande su sabiduría, su virtud era mucho mayor.

Era tan generosa su caridad con los pobres, que mas de una vez se despojó de todos sus bienes en su favor, siendo todo su gusto socorrer á todos los necesitados; y por ser tan notoria esta su cristiana generosidad le hicieron limosnero mayor de la Iglesia. En virtud de este empleo recogia las limosnas de los fieles y las rentas eclesiásticas destinadas al socorro de los menesterosos, entre quienes las distribuia con la mas justa y con la mas prudente proporcion. Promovido ya á los órdenes sagrados, era el ejemplo de todo el clero romano por sus costumbres, por su sabiduría y por la santidad de su vida, cuando murió el papa Agaton en 10 de junio de 683. Y como dentro del mismo clero romano se hallaba un varon de mérito tan extraordinario, y tan universalmente reconocido, no podia estar vacante por mucho tiempo la Silla apostólica; y así desde el principio del mes siguiente, por general consentimiento de todos, y sin la menor contradiccion, fue colocado en ella san Leon, y consagrado pocos dias después.

Dió principio á su pontificado confirmando el sexto concilio ecuménico, y tercero Constantinopolitano, convocado contra los Monotelitas, en que presidió su antecesor Agaton por medio de sus legados, y declaró por herejes á todos los que dijesen que en Jesucristo no habia mas que una sola voluntad, como el concilio lo habia definido.

Macario, patriarca de Antioquía, Anastasio, presbítero, y Leoncio, diácono de la iglesia de Constantinopla, con algunos otros, depuestos todos y anatematizados por el concilio, presentaron memorial al Emperador, suplicándole los remitiese al Papa, y se les señaló á Roma por lugar de su destierro. Recibiólos el Pontífice con aquella bondad, amor y caridad cristiana, que en parte constituia su carácter: hízoles demostracion de la verdad, convencióles de sus errores;

y para darles mas lugar á que reflexionasen sobre ellos, y los conociesen, los puso separadamente en distintos monasterios. Macario persistió obstinadamente en su error; Anastasio y Leoncio abjuraron los suyos; absolviólos san Leon, y los reconcilió con la Iglesia.

Siendo tanta la blandura, compasion y suavidad con que trataba á los arrepentidos, no era menor el teson, la severidad y el valor con que resistia á los que perdian el respeto á la Silla apostólica. Desde el año de 568, en que el emperador Justino el mozo envió á Italia un gobernador con nombre de exarco, cuya residencia era en Ravena, se habia usurpado el Arzobispo de esta ciudad algunos derechos que no le pertenecian. Sostenido siempre de los exarcos, que en varias ocasiones habian intentado abrogarse la autoridad de elegir Papas, en muchos puntos no reconocia subordinacion á la Silla de san Pedro. Emprendió y consiguió san Leon poner en razon al arzobispo de su tiempo; y para cortar de raíz estos abusos, de modo que no retoñasen en lo sucesivo, obtuvo un decreto del Emperador, en que severamente se prohibia á los exarcos que con ningun pretexto se metiesen jamás en proteger al Arzobispo contra la Santa Sede: de suerte que la iglesia de Ravena quedó enteramente sometida á la disposicion del Papa; y el Arzobispo, que pretendia no reconocer su autoridad, sino en cuanto la reconocian los patriarcas de Constantinopla, de Alejandría y de Antioquía, quedó tan sujeto á ella, que no puede ser elegido ni consagrado sin expreso consentimiento del Pontífice. Y porque Mauro, arzobispo de Ravena, no se quiso sujetar á la autoridad de la Silla apostólica, no permitió san Leon se le hiciese aniversario, por haber muerto excomulgado.

No menos magnífico promovedor de la gloria de Jesucristo, que celoso defensor de los sagrados cánones, hizo erigir en Roma una iglesia cerca de Santa Bibiana, la que adornó suntuosamente, colocando en ella las reliquias de los santos Simplicio, Faustina y Beatriz, con las de otros santos Mártires, y la dió la advocacion de San Pablo.

Su celo y su grande aplicacion no le permitieron omitir medio alguno de todos los que podian contribuir á la devocion de los fieles y de la Iglesia universal. Expidió y publicó diferentes leyes para perfeccionar la disciplina eclesiástica; reformó el canto que llamamos gregoriano, y compuso nuevos himnos para el oficio divino. Toda su aplicacion y solicitud pastoral se dedicaba únicamente á restablecer en toda la Iglesia la pureza de la fe y el arreglo de las costumbres, á lo que concurria tanto con la eficacia de sus ejemplos. Su

vida era verdaderamente austera, estragando la salud con el rigor de sus continuas y excesivas penitencias. Sus rentas eran para los pobres, y acostumbraba decir que deseaba morir pobre por asistirlos á ellos. A vista de tantas y tan eminentes virtudes, no era mucho que deseasen ansiosamente los fieles gozar por largo tiempo las felicidades de tan glorioso pontificado; pero lo dispuso Dios de otra manera, porque se apresuró á retirarle del mundo para colmarle de gloria, cuando, por decirlo así, no habia hecho mas que mostrársele á su Iglesia. Murió con la muerte de los Santos el dia 28 de junio del año 684, no cumplido enteramente el primero de su pontificado.

Fue universal el dolor, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad, cuando se supo en ella la muerte de tan santo Papa. Todos lloraban amargamente por no haber merecido que el Señor conservase mas largo tiempo en su Iglesia un Pontífice que trabajaba incesantemente en su mayor bien y esplendor con tanto celo y con tanta felicidad. Fue enterrado en la iglesia de San Pedro con el prodigioso concurso del pueblo que acompaña á los Santos hasta la sepultura, y da siempre cierto aire de triunfo á sus sentidos funerales. Desde luego fue tan universalmente reconocida su heróica santidad, que no obstante de estar dedicado este dia á la vigilia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, quiso la Iglesia que en él se celebrase su fiesta.

SAN ARGIMIRO, MÁRTIR.

Otro de los ilustres Mártires de Jesucristo, que padecieron en Córdoba en la sangrienta persecucion que suscitó el bárbaro rey Mahomad contra los Cristianos, fue san Argimiro, natural de la antigua Egabro, ciudad antes con silla episcopal, que hoy es la esclarecida villa de Cabra en el reino de Córdoba. La distincion de la calificada nobleza, y las recomendables prendas de Argimiro le granjearon la gracia de Mahomad, no obstante el odio mortal con que miraba á los profesores de la religion cristiana, en tanto, que le hizo merced del oficio público de censor en Córdoba, corte de los agarenos. No nos dice san Eulogio, ni las historias de aquel tiempo, el cargo de aquel empleo, bien que parece fue semejante al que tuvieron los censores acostumbrados entre los romanos; de cuya inspeccion era formar los registros de los vecinos, y las haciendas de los ciudadanos, para exigir de ellos los tributos que debian pagar al erario. Sanchez de Feria conjetura que equivalia al de juez ó prefecto, al

cual estaba aneja jurisdiccion y administracion de justicia; pero fuese este ó cualquiera otro el cargo de censor entre los moros, es lo cierto, que lo tuvo Argimiro, y que le ejerció con aquella pureza y con aquella equidad que prometia la justificacion de su conducta, abonada con la arreglada circunspeccion de sus costumbres, y finalmente con su glorioso martirio.

San Eulogio, historiador de sus actas, le atribuye el honroso título de ilustre Confesor, que se daba en los primeros siglos de la Iglesia á los que confesaban públicamente la fe ante los tribunales de los gentiles; cuyo acto solemne hizo Argimiro ante los jueces agarenos, y habiendo sido privado por él del oficio de censor, se retiró á uno de los monasterios que florecian por entonces en la observancia regular, así en Córdoba, como en sus inmediaciones, con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor. Cuando se vió en el claustro, quiso aspirar á la cumbre de la mas alta perfeccion con tanto mas fervor, cuanto era mayor el conocimiento que tenia de las estragadas costumbres del siglo, de la amargura de sus deleites, y del caduco fin de sus bienes y honores; y para satisfacer el tiempo que habia perdido, se entregó á una penitencia sin límites, á una oracion cási continua, y á los demás ejercicios que recomienda nuestra santa Religion. Presto alteraron los enemigos de Jesucristo la paz interior y exterior que gozaba el ilustre monje, pues resentidos así de la pública confesion, como del rumbo que habia tomado, lo delataron al juez con la acusacion de que decia contra su profeta, que era autor de enormes falsedades, y caudillo de innumerables perdidos; colocando en esta clase á todos cuantos seguian el Alcoran. No oyó el juez la queja con indiferencia, puesto que el mayor delito que podian cometer los Cristianos era hablar mal contra Mahoma; y arrebatado de un furor extraordinario, sin que precediese otra informacion que la de los delatores, mandó poner á Argimiro en una dura prision cargado de pesadas cadenas. Dió órden, pasados algunos dias, de que le condujesen á su tribunal, creyendo hallarle abatido con los trabajos y con las molestias de la prision; y luego que le tuvo á su presencia, quiso persuadirle á que renegase de Jesucristo, y que abrazase la ley de Mahoma, valiéndose para ello tanto de promesas ventajosas, como de amenazas terribles.

Estaba Argimiro acostumbrado á ver á los héroes del cristianismo que padecieron en su tiempo con no menos honor de la Religion que confusion de los infieles; y despreciando con generoso valor los partidos que le propuso el juez, ratificó de nuevo la misma confesion

que antes tenia hecha á presencia de los moros. Hizo ver con una fortaleza y con una elocuencia maravillosa la verdad y la justificacion de la ley de Jesucristo abonada por la santidad de su legislador: añadió al mismo tiempo, que el autor del Alcoran era un falso profeta indigno de este título, inventor de ridículos embustes, propagador de los mas enormes vicios, y causa de la perdicion de innumerables gentes, que negándose á lo mismo que dicta la luz de la razon, vivian sumergidos en una miserable constitucion, que irremisiblemente los conducia al abismo: en fin, peroró con tanto espíritu sobre la ceguedad de los mahometanos, que no pudiendo el juez sufrir por mas tiempo los desprecios que oyó contra su profeta, hizo atormentar en un potro al ilustre Confesor, excediéndose de lo que sus leyes mandaban en casos semejantes; pero viendo la serenidad con que sufrió Argimiro la crueldad de aquel inusitado castigo, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, hizo por sí mismo los oficios de verdugo, atravesándole el cuerpo con un alfanje tal dia como hoy en el año 856, que fue el de su glorioso martirio. Pusieron los moros el venerable cadáver en un palo á la vista de la ciudad, donde se mantuvo algunos dias, para que sirviese de terror á los Cristianos; pero teniendo arbitrio un piadoso monje para recogerlo, le dió sepultura en la iglesia de San Acisclo, junto á la de San Prefecto.

Halláronse y están hoy sus reliquias en la parroquia del apóstol San Pedro de Córdoba.

SAN IRENEO, OBISPO Y MÁRTIR.

De san Ireneo, obispo de Leon de Francia, escritor sapientísimo y mártir fortísimo del Señor, algunos autores, como Ecumenio y Anastasio Sinaíta, patriarca de Antioquía, dicen que fue francés de nacion, y le llaman por esto *Leonés;* pero lo mas cierto es, que nació en Asia; porque él mismo escribe de sí, que siendo muchacho oyó á san Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo que habia sido del amado Apóstol del Señor, y conoció y trató á Papias, y otros varones apostólicos de aquel dichoso y bienaventurado siglo; y por esto san Gerónimo le llama *varon de los tiempos apostólicos;* y Tertuliano, *diligentísimo investigador de todas las buenas letras;* y san Epifanio, *santísimo y antiguo teólogo, y sucesor de los Apóstoles.* Y puede ser que los que le llaman Leonés, le llamen así, no porque nació en Leon, sino porque fue obispo de Leon, á donde fue enviado desde

Asia por san Policarpo su maestro, para alumbrar con la luz del Evangelio aquella ciudad; y él lo hizo maravillosamente, enseñándola con la doctrina del cielo é inflamándola con su santísima vida; y fue esto de manera, que, como dice Gregorio Turonense, en breve tiempo la convirtió toda á la fe de Cristo nuestro Redentor con su predicacion; porque san Ireneo fue varon de excelente ingenio, grandes y varias letras, y sobre todo de un espíritu apostólico y divino, tal como convenia que fuese el que habia bebido de aquella sagrada fuente de Policarpo, Papias y otros varones apostólicos y discípulos de los Apóstoles del Señor.

En su tiempo, y siendo aun presbítero, hubo en Leon muchos santos Mártires que murieron valerosamente por la fe de Cristo nuestro Salvador, y se ofrecieron algunos negocios graves y cuestiones eclesiásticas, por las cuales la iglesia de Leon envió á Roma á san Ireneo, su presbítero, para que las tratase y conferiese con san Eleuterio, papa, que á la sazon presidia en la Iglesia universal del Señor; al cual los santos Confesores que estaban aherrojados en las cárceles, y todo el clero é iglesia de Leon, escribieron una carta con el mismo san Ireneo, en que con grande encarecimiento dan testimonio de su insigne santidad y doctrina, y de las otras partes aventajadas que Dios le habia dado para tanta gloria suya y bien de su Iglesia. Llegado á Roma, fue recibido del santo pontífice Eleuterio con mucha benignidad, y concluyó felizmente los negocios que llevaba á su cargo; y entre otras ocupaciones que allí tuvo, fue una muy particular, informarse é investigar los ritos, costumbres y tradiciones, y toda la disciplina eclesiástica que los gloriosos príncipes de los Apóstoles, san Pedro y san Pablo, habian enseñado á la Iglesia romana, y después de mano en mano se habian guardado en ella; porque le pareció que las tradiciones apostólicas son una arma muy fuerte contra los herejes, y contra todas las nuevas invenciones y errores de la gente descaminada. Algunos dicen, que san Ireneo esta vez pasó de Roma á Asia, enviado tambien de la iglesia de Leon, que sentia mucho el haberse levantado en aquella provincia algunas herejías, y deseaba que un varon tan señalado como él era, las atajase, y diese á entender á los Católicos la union que deben tener entre sí; que siendo todos miembros de una misma Iglesia, nos debemos compadecer, y tener por propios los trabajos unos de otros, especialmente en materia de la santa fe. Puede ser que san Ireneo haya ido con esta ocasion á Asia; mas ni Eusebio en su historia, ni san Gerónimo, escribiendo de él, hacen mencion de esta jornada.

Volvió, pues, el Santo de Roma á Leon, donde su santo obispo Potino, siendo de noventa años, habia sido martirizado, y por voluntad de Dios fue elegido san Ireneo de todo el pueblo cristiano por sucesor de Potino, padre y pastor de aquella iglesia; en la cual trabajó mucho, é hizo grandísimo fruto con su santísima vida y con sus escritos, y con la sangre que derramó por Cristo: porque primeramente procuró recoger la grey, que estaba asombrada y descarriada con la persecucion; animar á los flacos; detener á los que iban á caer; levantar á los caidos; consolar á los afligidos; proveer á los necesitados; y con sus consejos, palabras y obras, dar remedio y alivio á todos los que le habian menester. Y no se contentó el santísimo Prelado con gobernar tan santamente su iglesia, y apacentar el ganado que Dios le habia encomendado, sino que era tanta su caridad y el fuego del amor divino que ardia en su pecho, que procuró desarraigar la gentilidad de las provincias comarcanas, y que fuesen cultivadas por manos de labradores y ministros evangélicos; y para esto envió á la ciudad de Besanzon á Ferriol, presbítero, y á Ferrucion, diácono, y á la de Valencia á Félix, presbítero, y Aquileo, diácono, y á Fortunato, para que alumbrasen aquellos pueblos con el resplandor de la doctrina evangélica, y librándolos de la tiranía de Satanás, los sujetasen al suave yugo del Señor. Y porque en su tiempo muchos herejes hacian guerra á la Iglesia católica, y Valentino, Marcion y otros monstruos la pretendian inficionar; san Ireneo tomó la mano, y escribió en griego divinamente contra ellos, deshaciendo sus tinieblas y errores, y declarando la sincera y verdadera doctrina que él habia aprendido de los varones apostólicos, que (como habemos dicho) habian sido sus maestros. Y para que sus libros fuesen trasladados fielmente, puso en ellos al fin una cláusula, que por ser rara y de este Santo la quiero poner aquí: *Yo te conjuro* (dice) *á tí, que traslades este libro por Jesucristo Nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, y por su glorioso advenimiento, por el cual ha de juzgar á los vivos y á los muertos, que después que le hubieres trasladado, le confieras y enmiendes diligentísimamente con el original de donde le trasladaste, y que en tu traslado escribas tambien esta mi peticion y protestacion, como está en su original.* Esto es de san Ireneo. En otra cosa asimismo mostró su gran celo, espíritu y prudencia; porque habiéndose levantado una muy reñida cuestion en la Iglesia de Dios acerca del tiempo en que se habia de celebrar la Pascua de Resurreccion, queriendo por una parte algunas iglesias de Oriente y muchos santísimos y gravísimos varones que se celebrase á los catorce

dias de la luna de marzo (como la celebró Cristo nuestro Redentor, segun la ley vieja, y ahora la celebran los judíos), y por otra san Víctor, papa, que ya era vicario del Señor en la tierra, que se celebrase el primer domingo siguiente en que el Salvador habia resucitado, por haberlo enseñado así el príncipe de los Apóstoles san Pedro y por no conformarnos con los judíos; creció tanto esta riña y controversia, que san Víctor, papa, estuvo para excomulgar y apartar de la Iglesia á todos los que sentian y seguian lo contrario. Pero san Ireneo se puso de por medio, y suplicó al santo Pontífice que templase su justo celo, y se fuese poco á poco en aquel negocio tan importante, y que no cortase con rigor los miembros de la Iglesia, sino que los curase y procurase sanar con suavidad y blandura; y escribió juntamente á los santos prelados y á las iglesias que eran de contrario parecer, que obedeciesen al santo Pastor y se sujetasen a lo que la Iglesia romana, que es maestra y cabeza de las demás, mandase; y con esta divina prudencia aflojó el Papa, y obedecieron los demás, y sin escándalo ni quiebra la tradicion apostólica y uso de la sacrosanta Iglesia romana quedó en su vigor y fuerza.

Habiendo, pues, muchos años gobernado san Ireneo su iglesia, y resplandecido con tan insigne santidad, doctrina y merecimientos, en el tiempo que fueron emperadores Marco Aurelio, Antonino el Filósofo, y Cómmodo su hijo, y Elio Pertinaz; sucedió en el imperio Septimio Severo, inimicísimo de Cristianos, que movió la quinta persecucion contra la Iglesia; la cual fue muy cruel, especialmente en Leon de Francia y en toda su comarca, donde Severo antes de ser emperador habia gobernado. Derramó tanta sangre de Cristianos el severo y cruel Emperador, que san Gregorio Turonense afirma que corrian arroyos de sangre por las calles de Leon; y san Ireneo, como pastor vigilante y capitan esforzado, murió en esta persecucion con cási toda la ciudad, por los años del Señor, segun el cardenal Baronio, de 205, siendo (á lo que algunos escriben) el santo Prelado de edad de noventa años, y habiendo tenido aquella iglesia sesenta. Padeció el Santo muchos y graves tormentos antes que le matasen, y fue el dia de su martirio á los 28 de junio, en que la santa Iglesia le celebra, y le señala el Martirologio romano, y el de Beda, Usuardo y Adon. Su sagrado cuerpo recogió un presbítero llamado Zacarías, y le puso lo mejor que pudo en un lugar decente; y después que los Cristianos tuvieron paz, siempre fue tenido en gran reverencia en la ciudad de Leon, hasta que en nuestros tiempos tan tristes y calamitosos, el año de 1562, los herejes calvinistas y hugo-

notes del reino de Francia, armados de impiedad, hierro y poder, arruinaron todo aquel reino, y tomaron, saquearon y asolaron muchas ciudades, derribando los templos y monasterios, y cosas sagradas de ellos, sin perdonar á las reliquias de los Santos, á las cuales el fuego y el agua, los leones, osos, tigres y otras bestias fieras habian perdonado, y mostrando su rabia y furor contra aquellos preciosos miembros, delante de los cuales los mismos demonios tiemblan. Entre las otras ciudades que estas fieras infernales abrasaron, fue una la ciudad de Leon; en la cual después de haber robado el arca preciosa donde estaban las reliquias sagradas de san Ireneo, las tomaron con increible y bárbara violencia, y las echaron en un arroyo, y jugaron con su santa cabeza, llevándola con los piés por las calles, y cansados la dejaron por voluntad del Señor en un charco de agua, y un cirujano católico la recogió secretamente y guardó en su casa hasta pasada aquella tempestad; y trocadas las cosas, siendo ya rey de Francia Carlos IX, cristianísimo príncipe é inimicísimo de los herejes, la ciudad de Leon tuvo quietud, y el arzobispo, el clero, el magistrado y toda la ciudad, con una general y solemne procesion sacó la cabeza y las otras reliquias del Santo de los lugares donde estaban, y las colocaron honoríficamente en la iglesia de su nombre, como lo refiere el P. Francisco Faverdencio, de la Órden de los Menores, y doctor teólogo, en la vida que escribió de san Ireneo, y puso en el principio de las obras del mismo Santo, las cuales él ilustró con sus doctas anotaciones.

La Misa es en honor de san Leon, papa, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui beatum Leonem pontificem sanctórum tuorum meritis coaequasti; concede propitius, ut qui commemorationis ejus festa percolimus, vitae quoque imitemur exempla: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que al bienaventurado pontífice Leon le hiciste igual en merecimientos á los Santos; concédenos benigno que imitemos los ejemplos de su vida, ya que celebramos la memoria de su fiesta. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII *de la de san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Plures facti sunt sacerdotes, idcírco quod morte prohiberentur permanere: Jesus autem eo quod maneat in aeternum, sempiternum habet sacerdotium. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens

Hermanos: Se hicieron muchos sacerdotes (en la ley), porque la muerte les impedia el permanecer. Pero Jesucristo como permanece eternamente, tiene un sacerdocio tambien eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á

ad interpellandum pro nobis. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus à peccatoribus, et excelsior coelis factus: Qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel seipsum offerendo, Jesus Christus Dominus noster.

Dios; y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un pontífice como este, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primero por sus propios pecados, y después por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo Nuestro Señor, ofreciéndose á sí mismo.

REFLEXIONES.

Asombro es que sean tantos los que se alucinan en punto de devocion. Solo con poner los ojos en Jesucristo encontrarémos el verdadero modelo. Es santo, inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores. Santo, porque es la santidad misma: inocente, porque aunque se unió con nuestra naturaleza, no contrajo la mancha de la culpa: separado de todo comercio con los pecadores, porque no participó con ellos del pecado. Este es el modelo de la verdadera virtud cristiana: corre peligro de que se forme una idea falsa de la virtud siempre que se pierda de vista este divino prototipo; y esto es lo que se practica con demasiada frecuencia en nuestros dias.

Fíngese no sé qué voluntario sistema de una virtud dulce y acomodada, siempre de acuerdo con el amor propio; siempre de inteligencia con la pasion dominante; siempre conforme al genio y al natural: es una virtud de temperamento y de humor, muy dependiente del capricho, la cual inclina á servir á Dios, no como su Majestad manda, sino como á cada uno le acomoda. No tanto se busca la virtud como las alabanzas que la siguen: se solicitan sus privilegios, pero huyendo el hombro á sus cargas; se quiere ser devoto, pero sin cuidar de ser santo.

Con tanta destreza remeda la falsa virtud á la verdadera, que es muy fácil equivocarse: nada cuesta al amor propio la simulacion, la máscara y el artificio. Ni cierto aire, ni cierto tono de voz, ni cierta exterioridad de virtud son siempre incompatibles con las pasiones domesticadas. El genio nunca renuncia del todo sus derechos, y cuando menos se piensa vuelve á salir al teatro. Al mismo tiempo que la boca dice quiere ser toda de Dios, las obras son todas del mundo, todas del interés, todas del amor propio. El gusto, ó por mejor

decir, el capricho arregla los intervalos de devocion. Prevenidos á favor de aquellas buenas obras que se conforman con nuestro genio, no solo se practican con vivacidad, sino con cierta especie de pasion y de vehemencia, algunas virtudes morales. Pero la humildad, la caridad, el espíritu de mortificacion, el puro y sincero deseo de agradar á solo Dios, se debilitan; y si no se está muy sobre aviso contra las ilusiones del propio corazon, todo contribuye á fomentar el amor propio y la vanidad. De aquí proviene que se hacen tantos progresos en la estimacion de sí mismo, cuantos pasos se juzga erradamente que se adelantan en la perfeccion. Y una vez arraigado el orgullo en el alma no hay que preguntar cómo se precipita y se pierde; mas natural seria preguntar cómo era posible que dejase de perderse.

El Evangelio es del capítulo XXV *de san Mateo, pág. 114.*

MEDITACION.

De la fidelidad á las gracias de Dios.

Punto primero.—Considera que todos somos, por decirlo así, unos administradores del Padre de familias, segun el pensamiento del mismo Cristo, en cuyas manos y á cuyo cargo pone sus bienes. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, á unos mas, á otros menos, segun su capacidad, ó por mejor decir, segun sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. Comprende ahora la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia, cuando por no haber negociado con su talento por pereza, ó cuando mas por cobardía, fue reprobado uno de aquellos siervos.

Es la gracia la voz del mismo Dios que nos llama: ¡con qué estimacion debemos oirla, y con qué docilidad obedecerla! Es una visita que nos hace: ¡con qué respeto y con qué humildad la debemos recibir! Es un amoroso cortejo, por explicarme de esta manera, para ganar nuestro corazon: ¡con qué fineza la debemos corresponder! ¡qué desprecio haríamos de su Majestad, si no le quisiéramos oir cuando nos habla; si no le recibiéramos cuando nos visita; y si le volviéramos la espalda cuando nos corteja! ¿Podria llegar á mas nuestra ingratitud y nuestra irreligion? Pues eso hacemos puntualmente cuando somos infieles á la gracia. ¿Cómo se vengará el Señor de este desprecio? Retiraráse si no le queremos escuchar, ó callará; silencio mas digno de ser temido que todas sus amenazas. Si no le abrimos la puerta, se retirará; retiro mas funesto para nos-

otros que todas las demostraciones de su ira. Si le volvemos las espaldas, nos abandonará; abandono mas terrible que sus mayores castigos. No dejeis, Señor, de hablar, porque vuestro siervo oye; no me dejeis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco ya que vuestra divina gracia se va en fin apoderando de mi corazon, y que quiero de buena fe apartarme de mis descaminos; acabad por vuestra misericordia, esta grande obra, pues ya no quiero sepultar los talentos que os dignásteis confiarme.

Punto segundo. — Considera que la gracia es el precio de la sangre de todo un Dios, y el fruto de su muerte. Si es el precio de la sangre de todo un Dios, ¿no valdrá algo? y ¿qué estimacion debemos hacer de ella? Si es el fruto de su pasion y de su muerte, ¿qué virtud tendrá? y ¡con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser infiel á la gracia, hacerla resistencia, es, segun el lenguaje del Apóstol, poner debajo de los piés la sangre de Jesucristo. ¡Oh Dios, y qué profanacion! Pero ¿no tendré yo parte en ella, no seré culpable? y ¿puedo conocer que lo soy sin llenarme de horror? Ser infiel á la gracia es aniquilar la virtud de su pasion: ¡qué impiedad, que fea ingratitud! Aquella divina sangre pisada y atropellada ¿no dará mas gritos que la de Abel, no ya para pedir misericordia, como lo haria si la hubiéramos respetado, sino para pedir venganza contra los que la profanan? Y si yo soy de este número, ¿qué deberé esperar? Si el principio de nuestra eterna dicha, y el fundamento de nuestra esperanza se convierten en ocasion de nuestra eterna ruina y de nuestra perdicion eterna, ¿cuál será en adelante nuestro recurso?

Es la gracia el principio de todos nuestros merecimientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Si soy infiel á la gracia, ni puedo atesorar méritos, ni puedo adquirir virtudes, ni puedo afianzar en nada mi salvacion. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud; ser infiel á la gracia es privarse uno á sí mismo del único medio que hay para atesorar inmensos merecimientos; resistir á la gracia es renunciar por entonces la esperanza de su eterna salvacion. Pues si abandono la virtud, si malogro la oportunidad de amontonar merecimientos en las frecuentes ocasiones que se ofrecen; si renuncio la esperanza de mi eterna salvacion, de la cual era prenda segura la gracia, ¿en que podré yo parar sino en ser un malvado, un miserable y un réprobo? Todos los bienes nos vienen con la gracia; si pierdo la gracia, perdílos todos.

¡Dios mio, y qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¡qué deberé pensar yo de mis pasadas ingratitudes! Las lloro, las abomino, las detesto; y contando mas que nunca con vuestra divina gracia, me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

Jaculatorias.—Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, y yo os restituiré todo lo que os debo. (*Matth.* xviii).

Lleno de confianza en Vos me atrevo á prometeros que ya no seré infiel á vuestra gracia. (*Job,* xxvii).

PROPÓSITOS.

1 Preciso es que no hayas conocido bien lo mucho que vale la gracia del Señor, cuando la has resistido con tanta obstinacion, y tantas veces la has desestimado. ¡Cosa extraña! el menor revés de la fortuna nos pone inconsolables; la mas mínima pérdida nos inquieta y nos hace enfadosos. ¡Cuánto sobresalta, cuánto turba el miedo de perder la gracia del príncipe, y tal vez de un mero particular! Pero la gracia de Dios se pierde con la mayor frescura, se desprecia alegremente, y cien veces al dia se falta á su servicio, sin dársele á uno nada, y aun falta poco para celebrar la hazaña. Indígnase cualquiera contra sí mismo, cuando se aplica á reflexionar mas de cerca esta irreligiosa conducta; ¿qué será en la hora de la muerte, cuando se presenten de monton y sin disfraz todas nuestras infidelidades, y concurran todas á darnos en rostro con nuestra ingratitud? Preocupa desde luego un arrepentimiento y una confusion tan bien fundada. Examina cuidadosamente cuáles son en particular tus infidelidades á tales y tales inspiraciones, á tales y tales piadosas solicitaciones de la gracia, á los consejos de tus directores, y á las órdenes de tus prelados. Pon luego fin á ellas, y comienza desde este mismo dia á ser exacto, regular y escrupulosamente fiel á los impulsos de la gracia.

2 Esta fidelidad procura que sobre todo se manifieste, primero: En el exacto cumplimiento de las obligaciones de tu estado. Segundo: En la rectitud de tus máximas y regularidad de tus costumbres. Tercero: En la frecuencia de Sacramentos. Cuarto: Sé puntual en oir misa todos los dias, en tener un rato de oracion mental, y en hacer todas las noches el exámen de conciencia. Quinto: Cumple fielmente con tus devociones cada dia, y no omitas aquellas pequeñas mortificaciones, que te has impuesto, ó que te han aconsejado. Sex-

to: Tampoco omitas ninguna de las buenas obras que acostumbras, como visitar los enfermos en los hospitales, ó los pobres vergonzantes de tu parroquia en sus casas, dar ciertas limosnas secretas, y visitar á ciertas horas del dia el santísimo Sacramento. Séptimo: Sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la santísima Vírgen, siendo constante en ellas con la mayor perseverancia. Ninguno de estos santos ejercicios has de dejar, porque fomentarán admirablemente tu fidelidad.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO, en Roma, los cuales en un mismo año y en un mismo dia padecieron el martirio, siendo emperador Neron; SAN PEDRO fue crucificado cabeza abajo en la misma ciudad, y lo enterraron en el Vaticano, junto á la via Triunfal, en donde le venera todo el mundo: SAN PABLO fue degollado y sepultado en la via Ostiense, donde es igualmente venerado. *(Véase su historia en las de hoy.)*

SAN MARCELO, mártir, en Argenton; el cual por la fe católica fue degollado juntamente con SAN ANASTASIO, soldado.

EL TRÁNSITO DE SAN SIRO, obispo, en Génova.

SAN CASIO, obispo de Narni, en la misma ciudad; del cual escribe san Gregorio, que apenas pasó dia alguno de su vida en que no ofreciese al omnipotente Dios la hostia propiciatoria: con lo cual concordaba su modo de vivir, pues cuanto tenia lo repartia entre los pobres; y cuando ofrecia el sacrificio de la misa se derretia en lágrimas: finalmente el dia de la festividad de los santos Apóstoles, en que por costumbre pasaba todos los años á Roma, habiendo celebrado la misa, y dado la comunion al pueblo, después de echarle la bendicion, voló al Señor.

SANTA MARÍA, madre de Juan llamado Marcos, en Chipre. *(De esta santa discípula del Señor no se tienen mas noticias que las que nos da san Lucas en las Actas de los Apóstoles, diciendo: « Y mientras que Pedro era guardado « en la cárcel la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él... Y hé aquí so- « brevino el Ángel del Señor, y tocando á Pedro lo despertó, y le dijo: Levánta- « tate pronto; y cayeron las cadenas... y salió... y* Pedro *fué á casa de Ma- « ría la madre de Juan, que tenia por sobrenombre Marcos (diverso de Juan « el Evangelista), en donde estaban muchos congregados y orando.» Conjeturan algunos no sin fundamento que fue esta Santa otra de las mujeres que siguieron siempre á Jesucristo, al cual hospedó en su casa diferentes veces. Después de la Ascension del Señor se fué á Chipre con san Bernabé, y murió en esta isla á fines del primer siglo).*

SANTA BENITA, vírgen, en territorio de Sens. *(Algunos suponen que vivió en Cádiz).*

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES.

San Pedro, príncipe de los Apóstoles, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmoble de la fe, como habla el concilio Efesino; piedra y basa de la Religion, como se explica el Calcedonense; vicario de Jesucristo en la tierra; cimiento, dice san Agustin, sobre que se fundó, y sobre que subsiste la santa Iglesia; se llamaba Simon antes de su vocacion al apostolado. Fue de Bethsaida, pueblo pequeño de Galilea en la orilla del lago de Genesareth, hijo de Jonás ó Juan, de condicion muy oscura, pescador de profesion, pero hombre de mucha bondad. No se sabe de cierto el año de su nacimiento; solo es muy verisímil que era de mas edad que el Salvador.

Habiéndose casado en Cafarnaum, puerto entonces el mas célebre de aquel gran lago, llamado en todo el país el mar de Tiberíades, hacia en él su residencia en compañía de su hermano Andrés. Era este discípulo del Bautista, y habiendo visto á Jesús, de quien habia oido decir á su maestro que era el verdadero Mesías, dió esta noticia á su hermano Simon, diciéndole: *Ví al Mesías, y le hablé.* Simon, que era de natural vivo y ardiente, y que lleno de religion suspiraba por la venida del Mesías, no dejó sosegar á su hermano hasta que le llevó á ver al Salvador. El dia siguiente fueron juntos á buscarle, y apenas descubrió á nuestro Santo el Hijo de Dios, cuando le dijo con una particular bondad, que manifestaba bien no sé qué especial amor: *Simon, hijo de Jonás, así te has llamado hasta ahora; pero en adelante quiero que te llames Cephas, que quiere decir Pedro.* Quedáronse los dos hermanos con el Salvador todo aquel dia, y desde el mismo se declaró Pedro por uno de sus mas fervorosos discípulos. Vuelto á su casa, ganó para Jesucristo á toda su familia; y aunque proseguia en su ordinario ejercicio de pescar, se pasaban pocos dias sin que viese al Salvador, y se tiene por cierto que se halló presente en las bodas de Caná, cuando el Señor hizo el primer milagro.

Pero aun no habia dejado ni su oficio ni su casa, hasta que volviendo Cristo de Jerusalen, le encontró con su hermano Andrés á la orilla del lago levantando sus redes. Entró el Señor en el barco, y dijo á Pedro que le llevase mar adentro á cierto sitio mas profundo, que allí echarian un buen lance. *Maestro*, le respondió el Santo, *toda la noche hemos afanado inútilmente, sin haber cogido una escama;*

pero, pues Vos lo mandais, voy á echar la red en vuestro nombre. Fue extraordinaria la pesca; y atónito san Pedro, se arrojó á los piés del Salvador, diciéndole: *Señor, soy un gran pecador, y no soy digno de parecer en vuestra presencia.* Levantóle el Señor, y le dijo: *Ten confianza, y sígueme: quiero que sin dejar el oficio, le mejores; de aquí adelante serás pescador de hombres.* Hizo tanto efecto en el espíritu y en el corazon de nuestro Santo la gracia de la vocacion embebida en aquellas palabras, que en el mismo punto lo dejó todo; y dándole permiso su mujer, que ya era una gran sierva de Jesucristo, mereciendo en adelante la corona del martirio, jamás se apartó ya Pedro del Salvador.

En todas ocasiones se hizo distinguir el amor y la ternura que le profesaba. Atravesaba una noche el lago en compañía de los demás discípulos, y viendo que Cristo venia caminando á ellos sobre las aguas, impaciente Pedro por arrojarse cuanto antes á sus piés, le dijo: *Señor, mandadme que yo vaya tambien á Vos sobre las olas, antes que entreis en el barco. Ven,* le respondió el Salvador: obedeció Pedro, saltó al mar con intrepidez; refrescóse un poco el viento; y como vió que se iba hundiendo, tuvo miedo, y exclamó: *Señor, salvadme.* Cogióle el Salvador por la mano, y le reprendió blandamente diciéndole: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Pero en medio de eso iba creciendo su fe al paso de su amor. Explicó el Salvador en Cafarnaum á sus discípulos el misterio de la Eucaristía; hízoseles duro á muchos de ellos, entraron en desconfianza de su doctrina, y se retiraron. Vuelto entonces el Señor á los doce que habia escogido para apóstoles suyos, les dijo con entereza: *Y vosotros ¿quereis tambien marchar?* Tomó Pedro la voz, y respondió á nombre de todos: *Señor, ¿á dónde, ni á quién iremos? Solas vuestras palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y estamos bien persuadidos á que sois el verdadero Mesías.*

No fue esta la única pública confesion que hizo Pedro de su fe. Preguntó Jesús á sus discípulos, ¿qué se decia de él en Judea, y en qué reputacion le tenia aquella gente? Respondiéronle, que unos le tenian por Juan Bautista resucitado, otros por Elías, otros por Jeremías, ó en fin, por alguno de los Profetas. *Y bien,* les replicó el Salvador, *á vosotros ¿quién os parece que soy?* Volvió Pedro á tomar la voz de todos, y con su genial viveza y acostumbrado fervor respondió: *Tú, Señor, eres Cristo, Hijo de Dios vivo. Y tú, Simon, hijo de Jonás,* replicó el Salvador, *eres bienaventurado; porque esa importante verdad no te la reveló la carne ni la sangre:* tan sublime conoci-

miento ni es ni puede ser efecto de la razon natural. *Mi Padre celestial te iluminó para que supieses quién era yo;* y ahora voy yo á enseñarte á tí lo que eres tú desde este punto. *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia;* á mi sombra serás su cimiento y su basa, no menos que su defensa. En vano se armará todo el infierno contra ella: podrá combatirla con herejías, perseguirla con tiranos, y aun oprimirla en algunas de sus partes; pero el todo del edificio, cuya basa te constituyo desde ahora, jamás bamboleará. Todas las sectas que se levantarán en la serie de los siglos se fundarán sobre arena, porque no tendrán por fundamento á esta piedra. *Entregaréte las llaves del reino de los cielos; á aquellos á quienes tú abrieres las puertas, se les franquearán, y se cerrarán á los que tú se las cerrares;* porque la justicia del cielo confirmará las sentencias que tú pronunciares en la tierra. Serás en ella mi vicario, y cuanto dispusieres en mi nombre será ratificado por Mí. Convienen todos los Padres en que desde este punto quedó Pedro constituido príncipe de los Apóstoles, piedra fundamental de la Religion, y cabeza visible de la Iglesia.

Crecia con la fe el amor que profesaba á Jesucristo. Cierto dia en que el Hijo de Dios declaró á los Apóstoles como le era indispensable pasar á Jerusalen, y padecer en aquella ciudad las mayores ignominias, y sufrir muerte afrentosa, horrorizado nuestro Santo al oir esto, exclamó sin libertad: *¡Qué decís, Señor! No quiera Dios que tal suceda, ni que nosotros lo permitamos; prontos estamos á defenderos, aunque sea á costa de nuestras vidas.* Reprendióle el Salvador con severidad, diciéndole: *Apártate de mí, y no te pongas en mi presencia si has de hablar de esa suerte. Haces el oficio de Satanás, sin entenderlo, pues pretendes estorbar la obra de la redencion.* Bien sabia Jesucristo el amoroso principio de donde nacia este indiscreto celo, y así cinco dias después le escogió para testigo de su gloriosa transfiguracion en el Tabor, donde deslumbrado el Apóstol con el resplandor de la gloria que arrojaba el semblante del Salvador, exclamó entre extático y gozoso: *¡Bello sitio es este! aquí sí que debiamos estar.*

En todas ocasiones distinguia Cristo á nuestro Santo con algun especial favor. Dispuso que fuese él quien hallase dentro de un pez una pieza de cuatro dracmas para pagar al César el tributo en nombre de los dos; y cuando se acercaba el tiempo de su pasion, despachó á Pedro y á Juan para que previniesen el cenáculo donde habia de celebrar la Pascua. Concluida la cena, queriendo el divino Salvador lavar los piés á sus Apóstoles, comenzó por san Pedro; pero

lleno de confusion cuando vió á sus piés á su soberano Maestro, los retiró prontamente, protestando que jamás lo consentiria ; pero amenazándole el Salvador con que no le reconoceria por suyo si no se dejaba lavar, atemorizado Pedro con tan terrible amenaza, exclamó fervoroso : *¡Qué decís, Señor! No solo los piés, las manos y la cabeza me dejaré lavar de Vos antes que desagradaros.* Contento el celestial Maestro con esta disposicion, le dijo que el demonio haria todos sus esfuerzos para derribarle ; pero que él habia hecho oracion á su eterno Padre, á fin de que jamás desfalleciese su fe, la cual, aunque alguna vez llegase á titubear con la tentacion, presto volveria á fortalecerse mas que nunca, y le sobrarian fuerzas para alentar y para fortificar á sus hermanos.

Ningun discípulo profesó jamás amor mas encendido á su Maestro. Este abrasado amor le hizo prorumpir en aquella arrogante expresion, de que por lo menos él nunca abandonaria á su Maestro, aunque le abandonasen todos los demás, no obstante la profecía contraria que acababa de oir. Tardó poco en dar pruebas de su celo, cuando al ver que en el huerto de las Olivas los soldados echaban mano de su Maestro, él la echó de su espada, descargó un golpe á Malco, y le derribó al suelo una oreja ; bien que el Salvador le reprendió la accion, y curó milagrosamente al herido.

Preso el Pastor, se esparcieron las ovejas. Solo Pedro, en compañía de Juan, tuvo valor para seguir á Cristo hasta la casa de Caifás ; pero reconocido y sindicado por uno de sus discípulos, cayó en la flaqueza de negar por tres veces que conociese á tal hombre. Acordóle su miseria el canto del gallo, como se lo habia pronosticado el mismo Salvador. Fue inexplicable su arrepentimiento y su dolor ; retiróse deshecho en lágrimas, y pasó tres dias continuos en amargo llanto, sin atreverse á parecer delante de gente.

Reparó su caida con dolorosa contricion ; por lo que ni el discípulo perdió nada del ardiente amor que profesaba á su amado Maestro, ni el Maestro disminuyó un punto la ternura con que miraba á su querido discípulo ; y así apenas resucitó, cuando se apareció en particular á san Pedro. Esta particular ternura nunca mas la manifestó que en las tres preguntas que le hizo junto al mar de Tiberíades, pocos dias antes de su gloriosa Ascension á los cielos, preguntándole por tres veces á vista de los demás Apóstoles, si le amaba mas que todos. Escarmentado Pedro con las caidas antecedentes, respondió sencillamente, que pues el mismo Señor conocia bien todas las cosas, ya sabia la pasion con que le amaba. *Apacienta mis*

corderos, le replicó el Salvador. *apacienta mis ovejas*; con cuyas palabras, dice san Agustin, confirmó á Pedro la primacía que le habia conferido, encargándole el cuidado de todo su rebaño.

El primer uso de su dignidad que hizo san Pedro fue proponer á los Apóstoles la eleccion que se debia hacer de algun sugeto para llenar el hueco de Judas. Luego que el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes, Pedro, como cabeza de la Iglesia, predicó un sermon tan enérgico, tan elocuente y tan eficaz á la muchedumbre que concurrió á las puertas del cenáculo, que tres mil personas recibieron el Bautismo. Entró después en el templo acompañado de san Juan, y encontrando á la puerta un pobre de cuarenta años, tullido desde su nacimiento, le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase; hízolo al punto el tullido, y fué saltando de gozo por toda la ciudad, publicando á gritos la maravilla. A la fama de ella concurrió todo el pueblo á rodear á los Apóstoles; y aprovechando Pedro tan bella ocasion, habló de Jesucristo con tanta elocuencia, con tanto espíritu y con tanta mocion, que en el mismo dia convirtió otras cinco mil personas.

Como estos prodigios hacian tanto ruido, no era fácil que durase mucho la paz de la recien nacida Iglesia. Fueron presos los dos Apóstoles, y preguntados en nombre de quién habian hecho el milagro del tullido, respondió intrépidamente san Pedro que en nombre del mismo Jesucristo, á quien ellos habian crucificado. Prohibióseles que hablasen mas del tal Cristo, ni de su doctrina; á lo que respondió Pedro con una resolucion que les dejó atónitos: *Considerad, señores, si será justo obedeceros á vosotros antes que á Dios, el cual nos manda publicar la resurreccion del Salvador, de que nosotros mismos fuimos testigos.*

Crecia cada dia el número de los fieles, y cada dia se mostraba Pedro mas poderoso en obras y en palabras. El que dos dias há era un pobre pescador, idiota, rústico y grosero, hablaba ya como un gran doctor de la ley. Todas sus palabras eran oraculos; multiplicábanse en sus manos las maravillas; ponian los enfermos en las calles y en las plazas públicas, para que al pasar Pedro les alcanzase á lo menos su sombra, y al punto sanaban todos. Tantos prodigios necesariamente habian de poner en cuidado á los magistrados; mandáronle prender, azotáronle cruelmente, y Pedro no cabia de gozo viéndose digno de padecer estas afrentas por amor de Jesucristo.

Con ocasion de la horrible persecucion que se siguió á la muerte del protomártir san Esteban, salieron los discípulos de san Pedro á

predicar el Evangelio fuera de los términos de Judea. Convertidos ya los de Samaria, pasó el Apóstol á aquella provincia juntamente con san Juan, para comunicar á los fieles el Espíritu Santo, administrándoles el sacramento de la Confirmacion. Al volver de Samaria entró en la ciudad de Lidia, y viendo á un paralítico, llamado Eneas, tendido en su cama, donde habia ocho años que estaba postrado, le dijo: *Eneas, el Señor Jesucristo te salva; levántate, y lleva á cuestas tu cama.* Levantóse al punto Eneas, publicó el milagro juntamente con su autor, y recibió el Bautismo toda la ciudad.

Repetíanse á cada paso los prodigios, y á cada paso se añadian nuevas conquistas á Jesucristo. Murió en Joppe una virtuosa viuda llamada Tabithes; llegó san Pedro á esta ciudad dos dias después de su muerte; hace oracion junto al cadaver a vista de casi todo el pueblo; manda á Tabithes que se levante en nombre de Jesucristo; abre los ojos Tabithes, levántase del ataud, y pide el Bautismo toda la ciudad de Joppe. En esta ciudad tuvo Pedro aquella misteriosa vision en que Dios le manifestó que habiendo muerto su Hijo, generalmente para todos los hombres, ningun pueblo ni nacion era excluida del beneficio de la redencion. Estaba un dia en oracion hacia la hora del mediodia, y arrebatado de repente en éxtasis, vió rasgarse el cielo, y que bajaba de él una cosa en figura de un gran lienzo, suspendido en el aire por las cuatro puntas. Observó que todo el lienzo estaba cubierto de toda especie de animales y sabandijas, cuadrúpedos, reptiles y volátiles, y al mismo tiempo oyó una voz que le dijo: *Pedro, levántate; mata y come. No permita Dios*, replicó Pedro, *que yo coma cosa profana ni inmunda;* pero la misma voz le replicó: *No llames inmundo ni profano lo que ya purificó el mismo Dios.* Volvió el Apóstol del rapto, y aun no comprendia bien lo que significaba la vision, cuando entraron en su casa los criados de un oficial llamado Cornelio, romano de nacion, que mandaba un cuerpo de infantería de la legion Itálica acuartelada en Cesarea; y por la comision que traian conoció claramente el significado de la vision: conviene á saber, que tambien debia predicar la fe á los gentiles, pues no se habia hecho solo para los habitadores de Judea. Partió luego á Cesarea; encuentra á Cornelio que le esperaba rodeado de gente; predícalos á todos, instrúyelos, y aun no habia acabado de hablar, cuando bajó sobre todos el Espíritu Santo visiblemente en forma de un brillante resplandor. Siguióse el Bautismo á la venida del Espíritu Santo, y vuelto Pedro á Jerusalen contó á toda la Iglesia las misericordias del Señor, las que oidas por los fieles, todos

glorificaron á Dios por haberse dignado de hacer participantes á los gentiles, como á los judíos, del don de la penitencia para la salvacion.

A la vocacion de los gentiles se siguió muy de cerca el repartimiento que hizo el Espíritu Santo de los Apóstoles, para que fuesen a anunciar el Evangelio á todas las partes del universo. Tocóle á Pedro en aquella division anunciarle en la capital del mundo; y siendo Antioquía la capital del Oriente, dió principio por ella, fundando aquella Iglesia, donde los discípulos se comenzaron á llamar *cristianos* hácia el año 43 de la Encarnacion; pero san Pedro mantuvo pocos años su silla en aquella ciudad: triste presagio, que pudo ser, de que algun dia faltaria en ella la fe, la que jamás habia de faltar en Roma, donde el Apóstol dió fin á su vida.

Después de haber corrido una gran parte del Asia, anunciando á Jesucristo á los judíos esparcidos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, dió la vuelta á Jerusalen, donde se detuvo algun tiempo, y allí le buscó san Pablo, poco antes convertido, para instruirse, por decirlo así, en la Religion, y aprovecharse de sus luces.

Renovóse con mayor furor en Jerusalen la persecucion contra los fieles. Queriendo Herodes Agripa congraciarse con los judíos, quitó la vida al apóstol Santiago; y persuadido á que daria el mayor gusto á toda la nacion en hacer lo mismo con san Pedro, que era la cabeza de los demás, le mandó prender; pero como era el tiempo de la Pascua, en que á ningun delincuente se podia castigar, dió órden de que se le guardase estrechamente en la cárcel, nombrando á este fin diez y seis soldados que de cuatro en cuatro se fuesen remudando, sin perderle nunca de vista. Era su intento quitarle la vida en pasando la Pascua, y regalar al pueblo con un espectáculo tan de su gusto; pero oyó Dios las oraciones de toda la Iglesia, y confundió al tirano; porque la noche antes del dia señalado á la ejecucion, el Ángel del Señor se apareció en la cárcel, despertó á Pedro, cayéronsele las dos cadenas de que estaba cargado, abriéronsele las puertas de par en par, condújole el Ángel hasta el fin de la calle, y desapareció. Fuése derecho san Pedro á casa de María, madre de Juan Marcos, donde se habian juntado muchos fieles y estaban en oracion: llamó á la puerta; salió silenciosamente una doncellita, por nombre Rhoda, á saber quién llamaba; conoció al Apóstol por la voz, y fue tanta su alegría, que en lugar de abrirle corrió apresurada á dar esta noticia á los de adentro: dijéronla que estaba loca; replicó ella: *Vuel-*

vo á decir que es él, y que por la voz le conocí. Mientras tanto proseguia Pedro llamando; abriéronle en fin, y ya se deja discurrir qué admiracion, qué gozo seria el de todos cuando le vieron, y mas cuando les contó por menor todo lo que habia pasado, y el milagroso modo con que estaba fuera de la cárcel y se veia libre de sus cadenas.

Después de este suceso corrió segunda vez el Apóstol cási toda la Judea y una parte del Asia para animar á los fieles con un santo fervor, y habiendo hecho todavía alguna mansion en Antioquía, pasó á Roma hácia el año 43, y fijó en ella su cátedra pontifical. *Dispúsolo así la divina Providencia,* dice san Leon, *para que aquella ciudad, que era cabeza del mundo, fuese tambien como el centro de la Religion, y escuela de la verdad, después de haberlo sido del error, quedando constituida por maestra de todas las demás iglesias de la tierra.* Luego que llegó, triunfó de todo el infierno junto por la célebre victoria de Simon mago. Era este famoso impostor un grande estorbo á los progresos del Evangelio en la ciudad de Roma con sus embustes y prestigios. Prometió al pueblo que en cierto dia se habia de elevar hasta el cielo á vista de todos, en prueba de que era él mismo la virtud del Altísimo; hallóse Pedro presente al espectáculo, y con efecto comenzó Simon á elevarse por el aire, llevado y sostenido invisiblemente por los demonios, representándose á los ojos del inmenso concurso como si fuese arrebatado en una carroza de fuego. cuando Pedro se hincó de rodillas, y no bien dió principio á su oracion, cuando los demonios, que representaban aquella comedia, abandonaron la carroza, y cayendo Simon en tierra desde bastante elevacion, se rompió las piernas; y conducido á una casa inmediata, no pudiendo sobrevivir á su afrenta, se precipitó desde lo mas alto, y espiró en el mismo punto.

Desde Roma escribió san Pedro su primera epístola á los fieles de Oriente por los años de 49, y la data es de Babilonia, porque así llamaba á aquella capital, que todavía era pagana; no obstante hacia en ella la fe maravillosos progresos por los desvelos del Apóstol y de sus discípulos. En la misma ciudad escribió san Marcos su Evangelio, que aprobó san Pedro para satisfacer la devocion de los fieles que habia en ella. A los tres ó cuatro años de su residencia en Roma se publicó el decreto del emperador Claudio para que saliesen de la ciudad todos los judíos. Partió Pedro á Jerusalen, donde presidió al concilio, en que se definió que la ley del Evangelio habia abolido la de la circuncision, cuyas decisiones llevaron á Antioquía san Pablo y san Bernabé. Concurrió tambien san Pedro en aquella ciudad,

y no tuvo reparo en mezclarse con los gentiles convertidos á la fe, comiendo con ellos, sin hacer diferencia de viandas; pero informado de que esto escandalizaba á los judíos, se abstuvo de hacerlo por mera complacencia. No le pareció bien á san Pablo esta demasiada docilidad; y con santa libertad le representó que aquella condescendencia podia dar motivo á creer que todavía subsistia la obligacion de observar la antigua ley. Rindióse san Pedro á la advertencia de san Pablo, *y el que era príncipe de los Apóstoles, y cabeza de la Iglesia*, dice san Agustin, *no se valió de su primacía; cedió su autoridad á su modestia*. No consideró, añade san Gregorio, que Pablo era inferior á él, y admitió sin desden su reprension: *Ecce à minore suo reprehenditur, et reprehendi non dedignatur*.

Restituido á Roma nuestro Apóstol, se dedicó á cultivar la viña del Señor que habia plantado, y que era ya el modelo de todas las iglesias, costándole este cultivo inmensos trabajos y fatigas. Pero no se encerraba dentro de los muros de Roma su pastoral solicitud, antes se dilataba á toda la universal Iglesia, á la cual escribió su segunda epístola, dirigida á todos los fieles en general. Afirman algunos santos Padres que corrió todas las partes del mundo, despreciando los peligros y las persecuciones que le suscitaron los judíos y los gentiles. Dícese que desde Roma llevó él mismo el Evangelio á varias provincias de Europa; y cuando no en persona, se tiene á lo menos por cierto que lo hizo por medio de sus discípulos en varios reinos del Occidente. Muchas iglesias de Italia, Francia, España, Inglaterra, África, Sicilia, y de las islas adyacentes, conservan los nombres de sus primeros obispos, persuadidas á que fueron discípulos de san Pedro.

Mientras Pedro trabajaba en Roma tan gloriosamente, llegó á ella san Pablo con recíproco gozo de los dos; disponiéndolo así la divina Providencia, para que las dos mayores lumbreras del mundo cristiano terminasen su carrera en la capital del universo, y la ilustrasen con su glorioso martirio.

Los milagros que hacian en Roma uno y otro Apóstol encendieron la mas horrible de todas las persecuciones en el imperio de Neron. Huyendo de la tempestad salia un dia el Apóstol para retirarse de Roma, cuando á la puerta de la ciudad encontró al Salvador como que iba á entrar por ella. No le hizo novedad la vision, por estar acostumbrado á muchas semejantes; y así le preguntó sin extrañeza: *Señor, ¿á donde vais? Voy á Roma*, le respondió Jesucristo, *á ser crucificado de nuevo*. Comprendió muy bien el Apóstol lo que le queria de-

cir; y ocurriéndole entonces á la memoria lo que el Señor le habia pronosticado antes y despues de su resurreccion, se volvió á entrar en la ciudad, y se dispuso para el martirio. El mismo dia fue arrestado y conducido á la cárcel de Mamertino al pié del Capitolio, donde estuvo nueve meses, juntamente con san Pablo, aumentando cada dia nuevas conquistas á Jesucristo, porque fueron convertidos y bautizados por san Pedro dos de sus guardas, Proceso y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que estaban en la misma prision.

En fin, despues que nuestro Apostol empleó toda su vida en dar á conocer, y en hacer amar á Jesucristo; despues de haber contribuido con tan inmensos trabajos á fundar y establecer la Iglesia en todo el universo, pero muy particularmente en la capital del mundo, vió finalmente acercarse el tiempo, tanto antes pronosticado por Jesucristo, en que otro le habia de ceñir, y le habia de conducir á donde naturalmente no querria. Sacáronle de la cárcel en compañía de san Pablo; y ambos, despues de cruelmente azotados, fueron condenados á muerte, como cabezas de la religion cristiana. A san Pedro le llevaron de la otra parte del Tiber al barrio de los judíos, en lo alto del Vaticano, llamado hoy *Montorio* ó *Monte de oro*. Queríanle crucificar en el modo regular; pero consiguió de los verdugos que lo hiciesen fijándole en la cruz cabeza abajo, porque dijo no merecia ser tratado como su divino Maestro. A san Pablo lo degollaron. Consumaron su sacrificio el dia 29 de junio hácia el año 68 de Jesucristo, habiendo gobernado san Pedro la iglesia de Roma veinte y cuatro años, cinco meses y once dias. Fue sepultado el Príncipe de los Apóstoles en el Vaticano, y desde entonces fue su sepulcro, despues del de Jesucristo, el mas respetable y el mas respetado de todo el mundo cristiano; comenzando el culto de los dos apóstoles san Pedro y san Pablo en la tierra cási al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se vieron levantar suntuosísimos templos en todas partes á honra de los dos Santos. El dia 18 de noviembre celebra la Iglesia la dedicacion de las dos famosas basílicas, fundadas en Roma en honor de los apóstoles san Pedro y san Pablo, cuya construccion se atribuye al grande Constantino, y la dedicacion al papa san Silvestre. La de san Pedro, que es la del Vaticano, se reputa con razon por la mayor maravilla del arte que se registra en todo el mundo.

El célebre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesús, llamado en estos últimos tiempos, no sin mucha razon, apóstol de Alemania, refiere ser tradicion confirmada en los Anales de las iglesias de Colonia

y de Tréveris, que san Materno, enviado á Alemania por san Pedro para anunciar en ella el Evangelio de Jesucristo, luego que convirtió á la fe un gran número de pueblos, erigió una iglesia entre Molsheim y Estrasburgo en honor del santo Apóstol, que hasta el dia de hoy se llama *la casa de san Pedro*.

El mismo autor refiere que el evangelista san Marcos erigió en Alejandría una iglesia ó capilla en honor de san Pedro, de la que hace mencion el papa san Anacleto. Añade mas, citando á san Clemente, que un tal Teodosio, hombre rico y muy piadoso, cedió su propia casa para que se convirtiese en iglesia á honra de san Pedro, viviendo aun el santo Apóstol, y que colocó en ella su cátedra pontifical.

Nota del traductor.

«Esta ereccion de los templos de Molsheim y de Alejandría, y aun «mas el que se refiere edificado en Roma en honor de san Pedro, vi- «viendo aun y hallándose presente el santo Apóstol, tiene graves «dificultades; cuyo exámen y decision dejamos al juicio de los sabios «que tratan de este punto.»

Prudencio, poeta cristiano, que floreció en el cuarto siglo, hablando de la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo, nota que en su dia celebraba el Papa dos misas en Roma, una en la iglesia de san Pedro, y otra en la de san Pablo.

Transtiberina prius solvit sacra pervigil Sacerdos.
Mox huc recurrit, duplicatque vota.

HIMNO.

Decora lux Aeternitatis, auream
Diem beatis irrigavit ignibus,
Apostolorum quae coronat Principes,
Reisque in astra liberam pandit viam.

La eterna Luz hermosa con ardores
Este dia feliz ha iluminado,
Coronando de bellos resplandores
Los Príncipes del sacro Apostolado:
Y franqueando á los reos la carrera,
Que conduce á los goces de la esfera.

Mundi Magister, atque coeli Janitor:
Romae parentes, Arbitrique Gentium,
Per ensis ille, hic per crucis victor necem
Vitae Senatum laureati possident.

El Maestro del mundo y el Portero
Del celestial Alcázar, los sagrados
Padres de Roma, que del mas severo
Tribunal son los jueces señalados,
Este muriendo en cruz, aquel á espada,
En el Senado [1] logran hoy la entrada.

1 En el cielo.

O Roma felix, quae duorum Principum
Es consecrata glorioso sanguine:
Horum cruore purpurata caeteras
Excellis orbis una pulchritudines.

O feliz Roma, ilustre, esclarecida,
Pues eres con la sangre consagrada,
De dos Príncipes nobles, y teñida
Con su coral, te miras adornada
Tú mereces el ser dichosamente
Entre las hermosuras la excelente.

Sit Trinitati sempiterna gloria,
Honor, potestas, atque jubilatio,
In unitate, quae gubernat omnia,
Per universa saeculorum saecula.
Amen.

Sea á la Trinidad la gloria dada.
El honor y alabanza sempiterna,
El gozo y potestad mas elevada
En unidad perfecta, que gobierna
Todas las cosas sabia y rectamente
Por los siglos sin fin eternamente.
Amen.

SANTA BENEDICTA, VÍRGEN.

Por las actas de san Fructuoso, arzobispo de Braga, sabemos de su discípula santa Benedicta, una de las mas ilustres vírgenes que han florecido en España, digna de los mas altos elogios por el generoso desinterés con que renunció todos los bienes y todas las conveniencias del siglo, por consagrarse al servicio del Señor. Supo Benedicta, natural segun se cree del territorio de Cádiz, los progresos que hacia san Fructuoso en el célebre monasterio que erigió en el territorio gaditano, llamado Nono por ser el nueve de los que fundó aquel insigne Prelado; y encendida en vivísimos deseos de seguir los acertados pasos de las muchas personas que habian concurrido á vivir bajo la disciplina de tan célebre maestro, quiso participar de su enseñanza. Pasó al desierto donde estaba san Fructuoso, y manifestándole sus buenos propósitos, le rogó humildemente que la dirigiese por el camino del cielo. Examinó el Santo á fondo el ánimo de Benedicta; y conociendo que era el espíritu de Dios el que le inspiró tan nobles ideas, la labró una pobre celda no distante de su monasterio, á donde concurria lleno de caridad á instruirla en las máximas de la mas alta perfeccion, cuidando que no le faltase lo necesario para su alimento. Cuando se vió Benedicta en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió movida mas que nunca para los santos ejercicios que la enseñó su maestro, y desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que crucificar su carne con el rigor de las penitencias, pasando en oracion los dias y las noches entregada en la contemplacion de las grandezas divinas.

Previó el enemigo de la salvacion los grandes progresos que haria la ilustre vírgen bajo la direccion de su santo preceptor, y para impedirlos, se valió de todos los artificios que le sugirió su refinada ma-

cia. Tenia Benedicta prometidos esponsales con cierto caballero igual á sus circunstancias; y resentido este de que hubiese faltado á su promesa, se quejó al Rey, para que la precisase á cumplir la obligacion contraida. Nombró el Rey juez que decidiese la instancia; y habiendo pasado el comisionado en compañía del pretendiente al desierto donde se hallaba la insigne doncella á oir sus descargos, fueron tan eficaces las razones que alegó sobre que debia preferir el Esposo eterno á otro alguno temporal, que sentenció el juez en favor de su libertad.

Libre ya Benedicta de semejante tribulacion, capaz de ejercitar su paciencia, continuó en sus santos ejercicios con tanto fervor y con tanto anhelo, que extendiéndose la fama de su eminente virtud por toda aquella region, concurrió un gran número de doncellas al retiro de su pobre celda, ansiosas de seguir el tenor de su admirable vida. Consideró precisa san Fructuoso la ereccion de un monasterio, para que viviesen aquellas ilustres vírgenes que deseaban consagrarse al servicio del Señor; y habiéndolo edificado, como era preciso elegir superiora para el gobierno de aquella comunidad, nombró á Benedicta á pesar de su humilde resistencia. Conoció la insigne vírgen que una prelada debe ser tan superiora en las virtudes como lo es en el empleo, y se dedicó enteramente á que en sus acciones viesen sus súbditas lo mismo que exhortaba con sus palabras.

Fácil es de creer los progresos que haria la ilustre colonia de esposas de Jesucristo bajo la direccion de una maestra tan santa asistida para el acierto de su gobierno de un hombre tan eminente como san Fructuoso. Recibió Benedicta la regla para vivir que le dió el santo Prelado, y todo su pensamiento y toda su ocupacion en adelante fue dar todo el lleno á las altas ideas de perfeccion á que era llamada. Con esta mira hizo que su monasterio fuese el objeto de la admiracion de toda aquella region; y por lo mismo se veian concurrir á él muchas nobles doncellas distinguidísimas por sus circunstancias á seguir el ejemplo de la santa madre, que observó siempre el rigor de evitar á sus súbditas toda comunicacion con personas de distinto estado, sin permitir que llegasen al monasterio los seglares, ni aun los monjes, á no ser que fuese para la administracion del sacramento de la Penitencia, ó para celebrar el santo sacrificio de la misa. En fin quiso Dios premiar los grandes merecimientos de su fidelísima sierva, y la llevó á gozar de su vision beatífica tal dia como hoy hácia la mitad del siglo VII.

La Misa es en honor de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui hodiernam diem apostolorum tuorum Petri et Pauli martyrio consecrasti; da Ecclesiae tuae eorum in omnibus sequi praeceptum, per quos religionis sumpsit exordium: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que consagraste este dia con el martirio de tus apóstoles Pedro y Pablo; concede á tu Iglesia la gracia de que en todo siga la doctrina de aquellos á quienes debió el principio y el fundamento de la Religion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo XII *de los Hechos de los Apóstoles.*

In diebus illis misit Herodes rex manus, ut afflígeret quosdam de Ecclesia. Occidit autem Jacobum fratrem Joannis gladio. Videns autem quia placeret judaeis, apposuit, ut apprehenderet et Petrum. Erant autem dies Azymorum. Quem cum apprehendisset, misit in carcerem, tradens quatuor quaternionibus militum custodiendum, volens post Pascha producere eum populo. Et Petrus quidem servabatur in carcere. Oratio autem fiebat sine intermisione ab Ecclesia ad eum pro eo. Cum autem producturus eum esset Herodes, in ipsa nocte erat Petrus dormiens inter duos milites, vinctus catenis duabus, et custodes ante ostium custodiebant carcerem. Et ecce angelus Domini astitit, et lumen refulsit in habitaculo; percussoque latere Petri, excitavit eum, dicens: Surge velociter. Et ceciderunt catenae de manibus ejus. Dixit autem angelus ad eum: Praecingere, et calcea te caligas tuas. Et fecit sic. Et dixit illi: Circumda tibi vestimentum tuum, et sequere me. Exiens, sequebatur eum, et nesciebat quia verum est quod fiebat per angelum: existimabat autem se visum videre. Transeuntes autem primam et secundam custodiam, venerunt ad portam ferream, quae ducit ad civitatem: quae ultro aperta est eis. Et exeuntes, processerunt vicum unum; et continuo discessit an-

En aquellos dias el rey Herodes comenzó á perseguir á algunos de la Iglesia. Mató, pues, á Santiago, hermano de Juan, con muerte de espada. Y viendo que esto agradaba á los judíos, añadió el prender tambien á Pedro. Eran los dias de los Ázimos. Y habiéndole prendido, le metió en la cárcel, entregándole á cuatro cuaterniones de soldados para que le guardasen, con ánimo de presentarle al pueblo después de la Pascua. Pedro, pues, estaba custodiado en la cárcel. Mas la Iglesia hacia continuamente oracion á Dios por él. Estando, pues, Herodes para presentarle, en la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y las guardias estaban á la puerta custodiando la cárcel. Y hé aquí que el Ángel del Señor vino, y la habitacion resplandeció con una luz; y habiendo dado á Pedro un golpe en un lado, le despertó diciendo: Levántate prontamente. Y las cadenas se cayeron de sus manos, y el Ángel le dijo: Cíñete y cálzate tus sandalias. Y él lo hizo así. Y le dijo: Échate encima tu manto, y sígueme. Y él saliendo le seguia, ignorando que era verdadero lo que se hacia por el Ángel, sino que creia ver una vision. Y pasando la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro, que introduce á la ciudad: la cual se les abrió por sí misma; y saliendo fuera, pasaron un

gelus ab eo. Et Petrus ad se reversus, dixit: Nunc scio vere, quia misit Dominus angelum suum, et eripuit me de manu Herodis, et de omni expectatione plebis judaeorum.

barrio; y súbitamente se apartó de él el Ángel. Y vuelto en sí Pedro, dijo: Ahora sé de verdad que el Señor envió á su Ángel, y me ha sacado de las manos de Herodes, y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

REFLEXIONES.

Viendo que en esto daba gusto á los judíos, resolvió prender á Pedro. El motivo principal, y muchas veces el único de la persecucion de los buenos, es el impulso de la pasion. Los disolutos y los impíos siempre tienen cierta maligna complacencia en ver desgraciados á los justos: *Opprimamus justum:* oprimamos al justo. Y ¿por qué? Porque la pureza de sus costumbres es una eterna y penetrante censura de nuestros desórdenes. Su inmoble adhesion á la Religion verdadera nos está continuamente reprendiendo nuestros descaminos y nuestros errores: hacemos vanidad, ó nos gloriamos de profesar la misma Religion que él profesa; pero él sigue muy diverso camino que nosotros, y la moral por donde se gobierna nos desespera. Esto es lo que pone de tan mal humor á los libertinos; esto es lo que les irrita la cólera contra los siervos de Dios. Imagínense en el mundo pretextos y razones para perseguirlos; fórmeseles causa, y fulmínense procesos contra ellos fabricados á placer; háganse los mas ridículos y los mas risibles retratos de su santa sencillez; pínteseles con los mas negros colores; sean las mas feas, las mas vergonzosas calumnias el gran móvil del desencadenamiento universal de ese popular furor contra los verdaderos fieles: ese fue y ese será siempre la suerte de la virtud, tener enemigos y envidiosos. No hubo herejía que no persiguiese á los hijos de Dios: por mas que procuren vivir bajo un cielo tranquilo, sereno y despejado; por mas que hagan para que los dejen en paz, huyendo á los mas solitarios desiertos; siempre se desencadenará contra ellos el vicio y la impiedad. En la cólera y en la hiel de los herejes y de los disolutos se forman perpetuamente aquellos negros vapores que excitan tantas tempestades contra la Iglesia. ¿Qué motivo dió san Pedro á los judíos para ser el objeto de su odio? ¿Qué delito cometió para que Herodes le mandase encerrar en una lóbrega prision? ¿Qué hallaban en un hombre tan milagroso y bienhechor universal de todo el mundo para hacerle espectáculo del pueblo? Curó todo género de enfermos, resucitó muertos, predicóles las verdades de la Religion, enseñóles el camino del cielo, declaróles el gran mis-

terio de la redencion, y confirmólo todo con milagros. Los gentiles, y hasta los mismos bárbaros menos instruidos, se sujetan con rendimiento á la fe; reciben con respeto la luz del Evangelio, ríndense á ella con sumision y con reconocimiento; cuando los judíos, aquella nacion cultivada, ilustrada y aun supersticiosamente religiosa, que tantos siglos antes esperaba la venida del Mesías, no puede sufrir que los Apóstoles la prediquen, la anuncien y la demuestren el objeto de su misma esperanza. La misma paradoja, ó por mejor decir, el mismo misterio de iniquidad subsiste el dia de hoy. Los virtuosos son venerados de los pueblos bárbaros, al mismo tiempo que los disolutos, que profesan la misma Religion, los desprecian y los persiguen. Los predicadores del Evangelio son respetados y oidos con veneracion de los gentiles: cada dia adelanta la fe de Jesucristo nuevas conquistas en la China, en el Japon y en el Canadá. Conviértense muchos en Inglaterra, en el Norte y en Holanda: son tolerados los judíos y todo género de sectas y naciones; solamente es desterrada de aquellos países la religion católica. ¡Qué bien acredita esto solo el espíritu del error, probando al mismo tiempo la santidad de la verdadera Religion!

El Evangelio es del capítulo XVI *de san Mateo.*

In illo tempore venit Jesus in partes Caesareae Philippi, et interrogabat discipulos suos, dicens: Quem dicunt homines esse Filium hominis? At illi dixerunt: Alii Joannem Baptistam, alii autem Eliam, alii vero Jeremiam, aut unum ex prophetis. Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Barjona: quia caro, et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus qui in coelis est. Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni coelorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in coelis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis.

En aquel tiempo vino Jesús á tierra de Cesarea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesús: Y vosotros ¿quién decís que soy? Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesûs, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos.

MEDITACION.

Sobre la fiesta del dia.

Punto primero.—Considera en toda la conducta de san Pedro el verdadero retrato de una alma verdaderamente fervorosa que ama sólidamente á Jesucristo; su ansia por ver al Salvador luego que tuvo noticia por san Andrés de su venida: apenas le encontró, ¡con qué anhelo, con qué fervor, con qué docilidad concurria á oirle! Dícele Cristo que le siga, y nada le detiene; ni sus parientes, ni sus amigos, ni su misma mujer; todo lo sacrifica por seguir á su Maestro; dedicado una vez á su servicio, jamás le abandonó. ¿Buscamos nosotros á Cristo con igual ardor? ¿Seguímosle con tan fiel, con tan pronta generosidad? No tenemos mucho camino que andar para encontrar á Jesucristo. Oimos su voz en la de nuestros directores y superiores; escuchámosla en las lecciones del Evangelio; pero ¿qué fruto sacamos de todo esto? Acaso ha mucho tiempo que nos está llamando, y no pregunto ya qué hemos dejado; pregunto si nos hemos dignado de darle oidos siquiera. ¡Oh, y con cuántos lazos nos tiene presos el mundo! En vano nos despacha Dios sus siervos para que nos conviden al festin. *Villam emi; uxorem duxi.* ¿Cuántas frívolas excusas, cuántos vanos pretextos, cuántas miserables razones alegamos para negarnos á sus favores, á sus grandes beneficios? Y ¡nos admirarémos después de que el infierno esté lleno de cristianos! ¡de que sea tan corto el número de los escogidos! ¡y de que se cuenten tan pocos fieles verdaderos! Si se considera con atencion la conducta de la mayor parte de los que viven en el mundo, hallarémos dificultad en comprender el misterio de la predestinacion. Cotejemos nuestras máximas acerca de la Religion y de las costumbres con los grandes modelos que tenemos á la vista, y nos admirarémos menos de que sea tan corto el número de los escogidos.

Pon los ojos en la inseparable adhesion que profesó san Pedro á Jesucristo: no le inmutó el mal ejemplo de tantos desertores y de tantos falsos hermanos. Aunque todos los demás discípulos hubiesen abandonado al Salvador, Pedro estaba bien resuelto á no abandonarle jamás. ¿*Á dónde irémos*, le dijo con fervorosa intrepidez, *pues solo Vos teneis palabras de vida eterna?* Pronostícale Cristo su caida, y apenas acierta á creerla: tanto era el amor que de presente le tenia. ¡Dios mio, qué pocos siervos tiene Jesucristo el dia de hoy que le sean verdaderamente fieles! ¡A cuántos, aun de los mismos que ha-

cen profesion de seguirle, les parece demasiadamente dura su doctrina! La mayor parte de los mundanos viven tan prendados y tan contentos en el servicio del mundo, que no hay que esperar se resuelvan á seguir á Cristo. Y ¡qué deberé yo pensar de mí mismo!

Punto segundo. — Considera el fervor con que san Pedro amaba á Jesucristo; cuánta era su fe, su caridad y su esperanza. No bien pregunta el Salvador á sus discípulos: *Y vosotros ¿quién decis que soy?* cuando responde Pedro por todos con admirable viveza: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.* El ardiente y tierno amor que profesaba á su Maestro se hacia visible en toda su conducta. Habla el Señor de su pasion; trata de su cruz; y no solo se sobresalta amorosamente Pedro, sino que protesta con resolucion, que aunque toda su nacion se emplease en maltratarle, él solo se sentia con bastantes fuerzas para librarle de sus manos.

Observa bien todo lo que dice: respira amor todo cuanto hace y todo cuanto habla. ¡Qué confusion la suya cuando vió á Jesucristo arrodillado á sus piés! ¡qué resistencia para que no se los lavase! Pero amenázale el Señor con su desgracia. ¡Santo Dios, y qué prontamente acreditó con su rendimiento y con su respuesta cuánto era el amor que profesaba á su divino Maestro! Recorre, en fin, todas las acciones, todos los pasos, todas las épocas de su admirable vida, y no hallarás en todas ellas sino continuas y encendidas pruebas de este abrasado amor. Y si recorremos las nuestras, ¿qué hallarémos, qué testimonios hemos dado de nuestra fe, qué pruebas de nuestra caridad y de nuestro celo? ¡Dios mio! ¿sabemos por ventura que sois Vos á quien servimos? Y si creemos que servimos no menos que á todo un Dios, ¿podrémos estar tranquilos á vista de nuestra tibieza y de nuestra infidelidad? ¿Interésannos mucho los intereses de Dios? ¿Cuánta es nuestra prontitud en obedecerle? ¿cuánto el celo por su gloria?

Tres veces pregunta Cristo á Pedro si le ama. Con qué viveza, con qué ardor, con qué confianza responde prontamente: *Sí, Señor; Vos sabeis bien que os amo.* Si nos hiciera hoy esta misma pregunta á nosotros, ¿tendríamos valor para responderle: *Sí, Señor; Vos, á quien nada se le oculta, Vos que penetrais lo mas íntimo de los corazones, Vos sabeis bien que os amo?* ¿Darian testimonio de esta verdad mis máximas, mis operaciones y toda mi conducta? ¡Ah! que con mas verdad y con mayor razon podria responder: Vos sabeis que amo al mundo, que amo sus deleites, que amo sus bienes, que me amo á mí mismo, y que no sé amar otra cosa.

Hacedme, Señor, penetrar bien las funestas consecuencias de una verdad que inútilmente me disimulo, y vanamente me escondo; pero acompañad á esta viva luz de una gracia eficaz que me convierta, haciéndome vivir en adelante de manera que pueda decir en la hora de mi muerte: Bien sabeis, Señor, que os he amado con todo mi corazon.

JACULATORIAS.—¿A quién irémos, Señor, pues vuestras palabras son de vida eterna? (*Joan.* VI).

Señor, bien sabeis que yo os amo. (*Joan.* XXI).

PROPÓSITOS.

1 Hablando en rigor nuestra vida es una perpetua contradiccion entre nuestra fe y nuestras costumbres, entre nuestras obras y nuestras palabras: cristianos en la iglesia, infieles en todas las demás partes. Por lo menos en toda nuestra conducta se representa una comedia continuada. A nuestros inferiores, y en ciertas ocasiones hablamos como unos apóstoles de Cristo; pero en particular y reservadamente vivimos como si totalmente ignoráramos las máximas del Evangelio; semejantes á aquellos falsos israelitas, en Jerusalen los mas celosos observantes de la ley, en Samaria los mas impíos secuaces de la supersticion: por la mañana al templo, por la tarde al teatro; unas veces devotos, otros mundanos; en unas horas recogidos, en otras disipados; pero en todas enemigos de las máximas del Evangelio. Pásase la vida en representar una ridícula comedia, hasta que llegando la muerte en la última jornada, deja burlados á los actores, cubiertos de confusion, pasados de dolor, y llenos de un inútil arrepentimiento. Preven esta desgracia, abriendo los ojos desde luego para reconocer tu perdicion: mira que tu conducta es un tejido de lastimosas contradicciones: haces profesion de seguir á Cristo, y en nada menos piensas que en obedecer sus preceptos. Seas secular, seas eclesiástico, seas religioso, no desmientas tu Religion y tu fe con tus costumbres. No es buena prueba de esta la indevocion y el poco respeto con que te presentas en la iglesia. Tu resistencia á las órdenes de Dios declara bien el espíritu de rebelion que te domina. Deja desde este mismo punto esa ridícula comedia que representas: reforma seriamente tus costumbres, y guárdate bien de contentarte con leer materialmente estas verdades.

2 En cualquier estado que profeses tienes obligacion de hacer oficio de apóstol. La caridad cristiana nos impone á todos una es-

trecha ley de tener muy dentro del corazon la salvacion de nuestros hermanos: nada debes omitir para solicitarla. No se trabaja en la conversion de los fieles únicamente con los sermones: otros medios hay por ventura mas eficaces para promoverla. Una reflexion cristiana hecha á tiempo, una advertencia, un consejo dado con discrecion y con caridad, un buen ejemplo, una limosna; todo esto puede ser fruto de un celo apostólico. No hay padre ni madre de familias que no pueda hacer mucho bien dentro de la suya; no hay genio tan malo que no se corrija; no hay propension tan viciosa que no se sujete; no hay inclinacion tan torcida que no se enderece con la aplicacion, con las instrucciones, con el celo, con la blandura y con la constancia. ¡Cuánto bien puede hacer en una comunidad un superior, si le anima un celo puro, discreto, prudente y acompañado siempre de un porte ejemplar! ¡qué inmensos bienes harán en la corte y en sus Estados los monarcas y los príncipes, cuando amantes de la Religion hacen que florezca en ellos la rectitud y la justicia! Pon en práctica estas reflexiones.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

La conmemoracion de san Pablo, apóstol. *(Véase en las historias de hoy).*

San Marcial, obispo, con dos presbíteros, llamados Alpimiano y Astriciano, en Limoges de Francia; cuya vida fue muy ilustre por sus milagros. *(Véase la historia de san Marcial en las de hoy).*

Los santos Cayo, presbítero, y Leon, subdiácono, en el mismo dia.

El martirio de san Basílides, en Alejandría, en tiempo del emperador Severo; el cual habiendo librado de la insolencia de unos hombres impúdicos á santa Potamiena, vírgen, *(Véase el Martirologio del dia 28 de junio)* cuando la conducian al suplicio, recibió de la misma Santa la recompensa de su religioso servicio, apareciéndosele tres dias después, y poniéndole sobre la cabeza una corona; con lo cual se convirtió á Jesucristo, y por su intercesion alcanzó tambien la gracia de morir mártir en un breve combate.

Santa Lucina, discípula de los Apóstoles, en Roma; la cual con su hacienda proveia á las necesidades de los Santos, visitaba á los cristianos encarcelados, y se ocupaba en dar sepultura á los Mártires, junto á los cuales fue sepultada en una gruta que ella habia hecho construir.

Santa Emiliana, mártir, tambien en Roma. *(Vivió esta Santa en los primeros tiempos del cristianismo, puesto que en Roma existia ya una iglesia bajo su invocacion antes del año 400. Por unos versos antiguos se sabe que después de sufrir varios tormentos fue por último degollada).*

San Ostiano, presbítero y confesor, en territorio de Vivarés. *(Fue discípulo de san Policarpo y compañero de san Benigno).*

CONMEMORACION DE SAN PABLO, APÓSTOL.

San Pablo, apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, fue judío de la tribu de Benjamin, y se llamaba Saulo. Nació en Tarso ciudad célebre de Cilicia, dos años después del nacimiento de Nuestro Señor: por su nacimiento era ciudadano romano, privilegio que concedió el emperador Augusto á los tarsenses en premio de su fidelidad. Su padre, que profesaba la secta de los fariseos le envió á Jerusalen, siendo aun muy niño, para que le educase y le instruyese en ella Gamaliel, enseñándole la doctrina de la ley y de las tradiciones. En poco tiempo hizo grandes progresos, y siendo uno de los mas celosos parciales de la ley, fue por consiguiente uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. Muy en breve llegó á ser furor su falso celo. No contento con haber pedido terca y encarnizadamente la muerte de san Esteban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. La persecucion que se excitó contra la Iglesia en Jerusalen después de la muerte del Protomártir, dió buena ocasion de satisfacer su implacable odio á este furioso enemigo de los discípulos de Cristo. Corria la ciudad, entraba en el templo, registraba las casas, y sacaba de ellas con violencia á cuantos creian en el Señor, arrastrándolos por las calles, metiéndolos en los calabozos, y cargándolos de cadenas.

Parecian muy estrechos los límites de la Judea, de la Galilea y de la Palestina para contentar el mentido celo de este furioso perseguidor. Respirando sangre, muertes y carnicería de los fieles se presentó al Consejo, pidiendo cartas y requisitorias dirigidas á las sinagogas y á los judíos de Damasco, con pleno poder para pesquisar y proceder contra todos los Cristianos, para exterminar, si pudiese, aquella recien nacida Iglesia. Partió para Damasco con amplísimos poderes, echando retos y fulminando amenazas. Ya estaba cerca de la ciudad, cuando hácia la hora del mediodia vió de repente desprenderse del cielo una extraordinaria luz, mas resplandeciente que el sol, que le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Atónitos y atemorizados cayeron todos en tierra; y estando Saulo derribado en ella, oyó una voz, que clara y distintamente le decia: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Conmovióse su corazon al oir tan amorosa como no esperada queja; y recobrándose un poco, respondió: *¿Quién sois vos, Señor? Yo soy Jesús*, le replicó el Salvador, *á quien tu persigues. En vano te empeñas en recalcitrar contra mí.* Al oir esto Saulo, tem-

blando, turbado y fuera de sí, exclamó: *Señor, ¿qué quereis que haga? Levántate*, respondio el Salvador, *entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer*. Los que le acompañaban no estaban menos aturdidos que él: oian confusamente la voz, pero sin percibir lo que decia, ni ver á quién hablaba; solo Pablo veia al Salvador distintamente. Levantóse del suelo, abrió los ojos, y hallóse en tinieblas; de modo que fue menester le condujesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

En este tiempo reveló Dios lo que pasaba á uno de los discípulos llamado Ananías; el cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él, restituyóle la vista, instruyóle suficientemente, y le administró el Bautismo.

Así como jamás hubo conversion mas ruidosa, tampoco la hubo nunca mas sincera, pues el mas furioso perseguidor de Jesucristo pasó de repente á ser uno de sus mas celosos apóstoles. Predicaba, demostraba la divinidad de Jesucristo, y confundia á cuantos disputaban al Salvador el augusto timbre de verdadero Mesías. Atemorizó á los judíos un predicador de tal carácter; porque sobre estar perfectamente instruido en la Escritura, era de genio vivo y eficaz, con cierto aire de autoridad en cuanto hacia, que se llevaba el respeto y los corazones de todos. Sobresaltados los doctores de la ley á vista de tan poderoso adversario, perdiendo la esperanza de resistirle, tomaron la resolucion de desembarazarse de él; pero los fieles le libraron de sus manos y de su furor descolgándole una noche por la muralla, metido en una cesta.

Libre de este peligro pasó á Jerusalen para abocarse con san Pedro, en cuya compañía estuvo quince dias. Apareciósele Jesucristo, y le mandó fuese á predicar el Evangelio á los gentiles. Partió á Tarso, desde donde hizo varias correrías apostólicas á las ciudades de la Siria y de la Cilicia, recogiendo, por decirlo así, un gran botin para Jesucristo. Enviaron los Apóstoles á san Bernabé á la ciudad de Antioquía: halló sobrada miés para un solo operario; pidió á san Pablo que se juntase á él, y los dos Apóstoles trabajaron con tan feliz suceso, que allí fue donde los fieles se comenzaron á llamar cristianos.

Tres años habia que Pablo y Bernabé predicaban en Antioquía con maravilloso fruto: hacianse en ella con el mayor fervor todos los ejercicios de la Religion; eran muy frecuentes los ayunos, y se celebraban diariamente nuestros sagrados misterios, cuando el Espíritu Santo dió á entender á los profetas y á los doctores (que se contaban en gran número) como tenia escogidos á Pablo y á Bernabé para la

conversion de los gentiles. Ayunaron los fieles, hicieron oracion, ofrecieron el divino sacrificio, y el Espíritu Santo declaró su voluntad de la manera mas precisa; pues se oyó una voz percibida de todos los asistentes, que decia: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los tengo destinados.* Doblaron entonces los Apóstoles así los ayunos como las oraciones; impusiéronles las manos, y los enviaron á la mision que les señalaba el Espíritu Santo. Partieron á Seleucia: allí se embarcaron para Chipre, entraron en Salamina, capital de la isla, y predicaron el Evangelio con tanto celo y con suceso tan feliz, que se convirtió la mayor parte de la ciudad.

Tiénese por cierto que al principio de esta mision sucedió el famoso rapto de san Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le descubrió maravillas, superiores á toda expresion, dándole la inteligencia de los mas escondidos misterios; mas porque no le envaneciesen tan singulares favores, como dice el mismo Apóstol, permitió Dios que el estímulo de la carne le combatiese toda la vida; y para sujetarle, añadió á los trabajos del apostolado continuas y rigurosas penitencias.

Era á la sazon gobernador de la isla el procónsul Sergio Pablo, hombre prudente y entendido, el cual luego que oyó hablar á nuestro Santo de Cristo y de su religion, la hubiera inmediatamente abrazado, á no habérselo impedido un judío llamado Berjesú, por sobrenombre *Elymas*, que quiere decir insigne mago. Encendido nuestro Apóstol en santo celo contra aquel embustero, le dijo: *Hombre malvado, tú estorbas á otros que vean la verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion; pues desde este mismo punto la mano del Señor es sobre tí, y estarás ciego sin ver el sol hasta de aquí á algun tiempo.* En el propio instante perdió Elymas la vista, y buscó quien le diese la mano para andar: milagro que asombró al Procónsul, y se convirtió en la misma hora. Desde entonces dejó el Apóstol el nombre de Saulo, y comenzó á llamarse Pablo.

Dejaron los Apóstoles la isla de Chipre, y partiendo al Asia menor, predicaron el Evangelio en Antioquía de Pisidia, en Perge de Panfilia y en las provincias vecinas. Hallándose san Pablo en Antioquía, predicó á Jesucristo en la sinagoga con tanta eficacia y con tanta mocion, que todo el pueblo se mostró inclinado á creer en él. Sobresaltados los sacerdotes y los doctores de la nacion, vomitaron mil blasfemias contra Cristo, y se alborotaron contra los Apóstoles, en cuya vista les dijeron estos: *Vosotros habiais de ser los primeros*

á quienes nosotros anunciásemos la palabra de Dios; pero pues sois tambien los primeros que la despreciais, y por vuestra misma boca os confesais indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles. Dicho esto, sacudieron el polvo de los piés, y marcharon á Iconia, donde hicieron muchas conversiones de judíos y de idólatras, entre las cuales se contó la de la ilustre vírgen santa Tecla; pero los judíos, que se mantuvieron tercos en su incredulidad, conmovieron el pueblo tan furiosamente contra ellos, que estuvieron en gran riesgo de ser apedreados; alboroto que los puso en precision de retirarse de aquella ciudad, y se fueron á Listris, Derba y otros muchos pueblos.

Estando en Listris san Pablo, sanó de repente á un hombre tullido desde su nacimiento: milagro que obligó á aquella ciega gente á tenerle por dios; y ya iban á ofrecerle víctimas y sacrificios, cuando horrorizados los Apóstoles, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y exclamaron que eran unos pobres hombres tan mortales como todos los demás, y que venian á enseñarles no haber mas que un solo Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. Llegaron á Listris algunos judíos que venian de Iconia, y de Antioquía de Pisidia, y concitaron el pueblo de manera, que aquella veneracion se convirtió repentinamente en un popular furor. Descargó una espesa lluvia de pedradas contra san Pablo; sacóle arrastrando de la ciudad, y dejóle por muerto fuera de ella; aunque aquella misma noche se volvió á entrar el Apóstol como pudo; pero al amanecer del dia siguiente se salió de Listris, porque no se excitase alguna persecucion contra los fieles.

Crecia su celo al paso que se multiplicaban los trabajos y los peligros. Corrió con san Bernabé la Pisidia, la Panfilia, la Atalia y gran parte de la Siria, ordenando obispos y sacerdotes, y fundando iglesias en todas aquellas provincias. No es fácil imaginar lo mucho que el grande Apóstol padeció por Cristo en aquellas expediciones. Él mismo da testimonio de que ninguno otro sufrió mas trabajos, recibió mas golpes, toleró mas cárceles: muchas veces se vió á las puertas de la muerte en los rios, en los caminos, en el mar y en las poblaciones. No se pueden explicar los peligros á que se expuso por parte de los judíos, de los gentiles, de los falsos hermanos, empeñados todos en desacreditarle y en perderle, sin estar seguro aun en los mas espantosos desiertos. ¡Cuántos dias pasó sin beber ni comer, y cuántas noches sin dormir, expuesto á todos los rigores del tiempo sin recurso y sin abrigo! Cinco veces fue cruelmente azotado por

los judíos con nervios de bueyes; dos con varas por órden de los magistrados de las ciudades de Asia ó de Grecia; tres veces padeció naufragio; pasó un dia y una noche fluctuando entre las olas del mar, esperando ser tragado de ellas á cada momento. Pero en medio de tantos trabajos san Pablo siempre el mismo; esto es, siempre mas y mas encendido en el amor de Jesucristo; siempre mas y mas celoso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa considerar las ciudades, las provincias, los reinos y los vastos dominios que corrió este grande Apóstol, anunciando el Evangelio en todos ellos.

Hizo tres ó cuatro viajes á Jerusalen; corrió, después que se separó de san Bernabé, todas las iglesias de Cilicia, Siria y Atalia. Estando en Licaonia, recibió en su compañía á su querido discípulo Timoteo: desde allí pasó á Frigia y á Galacia, donde convirtió muchos gentiles. Llamado á Macedonia, predicó en Filipos, donde hizo maravilloso fruto: de Filipos se transfirió á Tesalónica, y desde aquí á Berea y Atenas, donde habló en el Areopago, aquel famoso tribunal de los atenienses, declarando con tanta fuerza y con tanta elocuencia la divinidad de Jesucristo, la resurreccion de los muertos y la santidad del Evangelio, que se convirtieron á la fe san Dionisio, uno de los mas sabios y mas célebres individuos de aquella academia; una mujer llamada Damaris, y otros muchos. Desde Atenas se encaminó á Corinto, donde hizo mansion cerca de diez y ocho meses, con el consuelo de ver florecer y triunfar en aquella ciudad la religion cristiana; creciendo tanto la iglesia de Corinto por el gran número de cristianos que abrazaron la fe, que fue uno de los mas ilustres reinos de Jesucristo en los primeros siglos.

Pero cuanto mayores eran los progresos que hacia el Evangelio, mas tenia san Pablo que padecer. Embarcóse en Cencrea para volver á Siria; atravesó la Galacia, la Frigia, y otras provincias del Asia mas remotas del mar: llegó á Éfeso, donde predicó el Evangelio; pero fue expelido de aquella ciudad por la conjuracion de un platero llamado Demetrio, que sublevó al pueblo contra el Apóstol, irritado de ver lo mucho que se disminuia la venta de sus imágenes ó medallas de la Diana de Éfeso por la predicacion de san Pablo. Transitó por la Macedonia, donde se detuvo algun tiempo; y en fin, volvió por la cuarta vez á Jerusalen hácia el año de 58.

Viéndole los judíos en el templo, se echaron sobre él, y pidieron auxilio para prenderle. *Este es*, decian, *aquel hombre que en todas partes predica contra la ley, contra el templo y contra el pueblo de Dios.*

Del templo se comunicó luego el tumulto al populacho, y concurriendo de toda la ciudad, se arrojaron sobre el Apóstol, arrastráronle fuera del templo, cargáronle de golpes, y hubieran acabado con él, á no haber acudido el tribuno Lisias, que mandaba la cohorte romana; y sacándole con gran trabajo de entre las manos de aquellos furiosos, sin mas averiguacion, ni informarse del motivo, le mandó atar, cargarle de cadenas, y meterle en un calabozo. Era tan grande el concurso, que se vieron los soldados precisados á subirle sobre la escalera de piedra que estaba á la puerta de la cárcel por la parte exterior. Cuando san Pablo registró desde ella toda aquella muchedumbre, pidió licencia al Tribuno para hablar al pueblo; y obtenida, refirió públicamente la historia de su conversion; pero cuando llegó al lance en que Cristo le mandó que predicase á los gentiles, comenzaron los judíos á dar descompasados gritos, y desenfrenarse contra él como desesperados. Para sosegarlos, le mando el Tribuno que se entrase en la prision, con ánimo de aplicarle á cuestion de tormento; pero habiendo sabido que era ciudadano romano, mudó de parecer, y le mandó quitar las prisiones. Informado despues que el alboroto era sobre punto de religion, convocó el Consejo pleno de los judíos. Apenas abrió san Pablo la boca para hablar, cuando el sacerdote descargó brutalmente en su rostro una furiosa bofetada, que el Santo sufrió con gran paciencia, de modo que la junta quedó como atónita, pasmada y muda, y á breve rato se deshizo tumultuariamente. Mandó el Tribuno que le volviesen á la cárcel para que no le hiciese pedazos la muchedumbre. En la noche siguiente se le apareció Jesucristo, animóle, confortóle, y le dijo, que así como habia dado testimonio de él en Jerusalen, era menester que le diese tambien en Roma.

Mientras pasaba esto en la cárcel, mas de cuarenta judíos habian acudido á casa del príncipe de los sacerdotes, protestándole que no comerian bocado hasta que á Pablo se le quitase la vida; y noticioso de todo Lisias, dispuso que á media noche partiese nuestro Santo con una buena escolta para Cesarea, donde se hallaba Félix, gobernador de la Judea, haciéndole un exacto informe de todo lo sucedido. Dos años le tuvo Félix preso en Cesarea, donde el Santo confundió á los judíos en cuantas ocasiones se ofrecieron, y convirtió á muchos paganos. Festo, sucesor de Félix, propuso á san Pablo en una junta si queria le remitiese á Jerusalen para que se sustanciase y se juzgase su causa; pero el Santo, que sabia la conjuracion de los judíos, respondió que no tenia de qué, pues se hallaba

inocente, y jamás habia hecho mal á nadie; pero al fin, ya que su causa estaba en el tribunal del César, apelaba al César. El dia siguiente tuvo otra audiencia del Gobernador en presencia del rey Agripa, quien quedó tan plenamente convencido de su inocencia, que dijo á Festo debiera darle libertad, á no haber interpuesto la apelacion al Emperador.

Prevenidas ya todas las cosas para el embarco, san Pablo, seguido de san Lucas y de Aristarco, se hizo á la vela para Roma. A pocos dias de navegacion se levantó una tormenta tan deshecha, que no solo se vieron precisados á arrojar al mar la carga, sino los mismos aparejos del navío; y continuando la borrasca con la mayor violencia, llegaron todos á perder la esperanza de salvarse; pero haciendo oracion el Apóstol, consiguió que ninguno del navío pereciese; y con efecto, dando á la costa en la isla de Malta, todos ganaron tierra, unos á nado, y otros en tablones, sin que hubiese uno que no se reconociese deudor de la vida al santo Apóstol.

Recibieron los isleños á los huéspedes con mucha humanidad, y encendieron fuego para que secasen la ropa; juntó san Pablo un poco de leña menuda para avivar mas la llama, sin reparar en una víbora que estaba dentro de ella, la que apenas sintió la mano cuando picó al Apostol con su furia natural. Viéronlo los bárbaros, y se persuadieron á que aquel hombre debia ser algun insigne facineroso, á quien perseguia la justicia de los dioses, esperando por instantes que cayese muerto en tierra; pero Pablo no hizo mas que sacudir la mano, y la víbora cayó en el fuego sin haberle hecho el mas leve daño; á cuya vista, atónitos los bárbaros, y mudando de repente de concepto, comenzaron á mirarle como á un hombre extraordinario. Hospedóle en su casa el mas considerable de la isla, llamado Publio, romano de nacion: tenia enfermo á su padre, y apenas le visitó san Pablo cuando quedó repentinamente sano. Con la noticia de este milagro acudieron al Apóstol todos los enfermos de la isla, y todos cobraron salud. Después de haberse detenido en ella tres meses, se embarcó el Santo con sus compañeros, aportó á Siracusa de Sicilia, desembarcó en Puzol, y partió por tierra á Roma.

Noticiosos de su venida los fieles, salieron en tropas á recibirle, y ya se deja discurrir la veneracion y la ternura con que lo harian. Diósele permiso para que anduviese libre por la ciudad, con solo un guarda de vista; y se aprovechó de esta libertad para instruir á los judíos, y para confirmar á los fieles en la fe. Dos años estuvo en Roma san Pablo, en los cuales propagó maravillosamente el reino de

Jesucristo, haciendo portentosas conversiones aun dentro del palacio del mismo Emperador; y habiéndose justificado plenamente en todos los tribunales, se le despachó absuelto de todo cuanto le imputaban. Viéndose ya con entera libertad, llevó el Evangelio á muchas provincias; y no pocos autores creen haber estado el Santo en España. Es probable que volvió al Oriente, no hallando descanso, ni aun consuelo sino en los trabajos apostólicos; pudiéndose decir sin exageracion que fue un milagro continuado la vida de este grande Apóstol.

Restituyóse, en fin, á Roma hácia el año 67 para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron, y encontró en aquella ciudad á san Pedro, que tambien habia vuelto á ella después de varios viajes. En medio de ser entonces Roma como el centro de todas las supersticiones y de todos los vicios del mundo, no pudo resistir al celo de aquellos dos héroes cristianos. Ya habia convertido san Pablo á muchos oficiales del Emperador, y habia puesto en camino de salvacion á una de sus mas queridas concubinas, cuando fue arrestado y metido en prision, en la que estuvo un año en compañía de san Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fueron martirizados los dos Apóstoles en un mismo dia y en un mismo año, que fue el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es tambien antigua tradicion que en el lugar donde se ejecutó la sentencia brotaron tres fuentecillas, que se conservan corrientes hasta el dia de hoy.

Tenemos catorce epístolas de san Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el órden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y después las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los romanos, escrita desde Corinto el año 57. La segunda es la primera á los corintios desde Éfeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses después. La cuarta es á los gálatas desde Corinto ó desde Éfeso, año de 56. La quinta á los efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los filipenses desde el mismo lugar, y cási con la misma data. La séptima á los colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La oc-

tava es la primera á los tesalonicenses, y fue la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año de 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo después que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemon desde Roma, año de 61. Y la última es la epístola á los hebreos ó judíos convertidos de Jerusalen y de la Palestina, desde Roma, poco después que recobró su libertad. En todas estas epístolas, además de contenerse toda la medula de la moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el Apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en ellas á cada paso.

SAN MARCIAL, LLAMADO EN VULGAR CATALAN SAN MARSAL.

El bienaventurado san Marcial fue hebreo de nacion, y segun conjeturas, de la provincia de Galilea, pariente del glorioso protomartir san Esteban, y uno de los setenta y dos discípulos que eligió Nuestro Señor Jesucristo. Recibió el Bautismo del apostol san Pedro, cuyo compañero fue después, y aun segun la sangre deudo muy cercano; y yendo en su compañía fueron los dos á Roma. Después san Pedro movido por particular revelacion le envió á Limoges y á otras provincias de Francia para predicar la palabra de Dios, y convertir aquella gente á nuestra santa fe: de suerte que este bienaventurado Santo fue el primer obispo de dicha ciudad Lemonicense. Vino pues á Francia acompañado de san Amador y de Verónica, mujer muy familiar de María santísima. San Amador hizo vida solitaria en una peña que hasta ahora se dice la Roca de san Amador, y Verónica siguió á san Marcial hasta Burdeos, donde predicó el Santo la palabra de Dios, y convirtió gente innumerable á nuestra santa fe. Sus sermones no solamente eran palabras, sino tambien obras, de tal suerte que iba á pie descalzo, ayunando todos los dias á pan y agua, y acompañaba su predicacion con grandes milagros. Acontecio que caminando por Francia se le murió un sacerdote compañero suyo, que le habia dado san Pedro, á cuya causa volvió á Roma para dar relacion de ello al Apóstol. San Pedro dióle su báculo, para que le pusiese sobre el sepulcro del difunto; hízolo así san Marcial, y luego resucitó el muerto, y por esto se dice que el sumo Pontífice no usa de báculo, porque lo concedió á san Marcial. San Antonino refiere

que se guarda este báculo en una iglesia de Francia, y que cuando el Papa reside en aquella ciudad usa de báculo pastoral. Pero no dice en qué villa ó ciudad está esta reliquia del báculo. Es verdad que Guillermo Baldesano dice que es Tréveris, y santo Tomás tambien. Pero no hablan nada de san Marcial, sino de san Euquerio, y de Paterno y Valerio. Llegado el Santo á la ciudad de Limoges, fue recibido en casa de una noble señora llamada Susana, y allí curó el Santo un frenético. Sucedió que yendo Marcial al teatro de la ciudad fue preso por los sacerdotes de los ídolos, y muy maltratado, de tal suerte, que pusieron en él las manos con mucha crueldad, y después lo llevaron á la cárcel. El dia siguiente estando en oracion, vino una grande luz, y quebráronse las cadenas de los encarcelados, y las puertas se abrieron por sí mismas.

Viendo los que estaban allí presentes tan gran milagro, pidieron y recibieron el Bautismo. Mas no quedaron sin castigo los sacerdotes de los ídolos, porque bajó un rayo del cielo sobre ellos que les dejo allí muertos. Asombrado el pueblo de tan terrible castigo rogó al Santo que pues en el nombre de Dios hacia tantas maravillas, resucitase tambien aquellos sacerdotes que el rayo habia muerto. El glorioso Santo no acordándose de la injuria que le habian hecho, hizo oracion por ellos, y al punto resucitaron. Los de la ciudad, vista tan gran maravilla, convirtiéronse á nuestra santa fe, de tal manera, que recibieron el Bautismo doce mil de ellos.

Murió aquella buena mujer llamada Susana, que habia recibido al Santo en su casa, y quedó una hija suya llamada Valeria, la cual hizo voto de castidad. Y entendiendo esta buena señora que su voto habia de disgustar al señor de aquella provincia, dió toda su hacienda á los pobres. Vino después dicho príncipe, y no queriendo Valeria casar con él, fue degollada, y su santa alma llevada por los Ángeles al cielo, como lo vió el mismo sayon que la degolló. El general del ejército que los Emperadores tenian en aquellas partes, habiendo entendido esta maravilla, tuvo gran respeto al siervo de Dios, y deseo verle, y así le rogo que viniese á visitarle, porque tenia gran deseo de hablar con él. Hízolo así Marcial, y en su presencia hizo un gran milagro con un criado de aquel (segun se entiende de lo que de él escribió san Antonino), que fue resucitarlo después de muerto: lo cual visto por el general recibió con muchos otros el Bautismo. Fue después este caballero devotísimo, de tal suerte que siendo llamado con su ejército para Roma por mandato del Emperador, y llegado allá, habiendo puesto fin á lo que le fue mandado, se fué á visitar

al apóstol san Pedro á pié descalzo, y vestido de cilicio, pidiendo perdon de sus culpas, y contóle su conversion.

Son innumerables los milagros que Dios Nuestro Señor obró por san Marcial, curando enfermos, echando los demonios de los cuerpos humanos; y habiendo salido de ellos les hacia aparecer delante la gente en figura humana, para que entendiesen el valor de la ley que predicaba. Resucitó tambien seis muertos, é hizo muchos prodigios, teniendo con ellos espantado el mundo. Finalmente siendo de edad de cincuenta y nueve años, y habiendo gobernado su obispado por espacio de veinte y ocho, supo por revelacion la hora de su muerte, y después de haber hecho una exhortacion al pueblo, enfermó de calenturas, y dió el espíritu á su Criador, cerca de los años del Señor 73, y 40 de la Ascension.

A san Marcial tienen mucha devocion en algunas partes de Cataluña, especialmente en las montañass de Monseny, donde hay una iglesia dedicada á su santo nombre. (*Doménech, historia de los Santos de Cataluña*).

La Misa es en honor del apóstol san Pablo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui multitudinem gentium beati Pauli apostoli praedicatione docuisti; da nobis, ut cujus natalitia colimus, ejus apud te patrocinio sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que alumbraste á los gentiles por medio del apóstol san Pablo; suplicámoste nos concedas sea nuestro protector para contigo aquel, cuya fiesta celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1 *de la escrita á los Gálatas.*

Fratres: Notum vobis facio evangelium, quod evangelizatum est à me, quia non est secundum hominem, neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu Christi. Audistis enim conversationem meam aliquando in judaismo: quoniam supra modum persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam, et proficiebam in judaismo supra multos coaetaneos meos in genere meo, abundantius aemulator existens paternarum mearum traditionum. Cum autem placuit ei, qui me segregavit ex utero matris meae, et vocavit per gratiam suam ut revelaret Filium suum in me, ut evangelizarem illum

Hermanos: Os hago saber que el Evangelio que yo he evangelizado no es cosa humana, porque yo no le recibí ni le aprendí de un hombre, sino por revelacion de Jesucristo. Porque vosotros habeis oido decir cómo me porté yo un tiempo en el judaismo: cómo perseguia á la Iglesia de Dios sobremanera, y la devastaba, y aprovechaba en el judaismo mas que muchos coetáneos mios de mi condicion, siendo el mayor celador de mis paternas tradiciones. Pero cuando le agradó á aquel que me habia segregado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia de revelarme á su Hijo para que yo le predicase á las gentes; inme-

in gentibus: continuo non acquievi carni et sanguini, neque veni Jerosolymam ad antecessores meos apostolos; sed abii in Arabiam, et iterum reversus sum Damascum: deinde post annos tres veni Jerosolymam videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim, alium autem apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum fratrem Domini. Quae autem scribo vobis, ecce coram Deo, quia non mentior.

diatamente no me aconsejé de la carne y de la sangre, ni fuí á Jerusalen á aquellos que eran apóstoles antes que yo, sino que me fuí á la Arabia, y volví segunda vez á Damasco: de allí á tres años después fuí á Jerusalen á ver á Pedro, y estuve con él quince dias, y no ví á ningun otro de los Apóstoles sino á Santiago, hermano del Señor. Y en lo que os escribo, Dios es testigo de que no miento.

REFLEXIONES.

No siendo el Evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios, ¡con qué respeto, con qué ansia, con qué docilidad se debe oir, y con qué fidelidad se debe obedecer! No nos le enseñó algun puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios: él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos explicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué extravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descubrió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo: locura es presumir entrar en él por otro. Atorméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio; todas sus sutilezas y todos sus artificios solo servirán para echar polvo en los ojos. Nuestra ley es el Evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máximas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exenta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿que camino llevan aquellos cuya conducta es opuesta á las máximas de Jesucristo? Y ¿hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máximas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleites se anticipa al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y con fiereza en todos los estados. Coteja con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mujeres del mundo; coteja con esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con ella la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, que

disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mujeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo Evangelio! ¿Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres? Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio fácilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada, y cási en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de ella, ¿quién extrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la herejía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El Evangelio es del capítulo x *de san Mateo, pág. 177.*

MEDITACION.

De las pasiones.

Punto primero.—Considera que las pasiones son el gran móvil de cási todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen bajo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de las casas mas antiguas que la virtud, preocupan la razon, y cuando la voluntad las quiere hacer resistencia, se alborotan contra ella; viven siempre de inteligencia con los sentidos, y tiranizan el alma: todos se quejan de su despotismo, pero al mismo tiempo todos las contemplan: deslumbran con la falsa brillantez de gustos aparentes; pocos dejan de reparar en el lazo; pero apenas uno deja de caer en él, y aun los mismos que desconfian caen en la red atolondradamente. ¿Qué mal hay en el mundo que no nazca de este emponzoñado orígen?

Multitud de inquietudes, insaciabilidad de deseos, fondo sin suelo de disgustos: turbacion en las familias, guerras en los Estados, injusticias, pleitos, querellas, violencias, crímenes enormes, herejías, cismas, parcialidades: todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, todas son fruto de las pasiones. Obra suya es, por decirlo así, el infierno mismo. Aun las pasiones mas inocentes dan frutos amargos; y si duran bastardean. No habria vicios, si no hubiera pasiones; pues un hombre que quiere hacer algun uso de su entendimiento y de su fe, ¿ha de conceder treguas á un enemi-

go. de quien debe temer todo lo malo, que le ha de ocasionar tantos sinsabores, y que le ha de precipitar en la última desgracia?

La pasion es la que hace la guerra á la inocencia y á la virtud desde el principio del mundo. ¡Cuántos profetas antiguos persiguió! A ella deben su muerte muchos que la padecieron cruel: ella quitó la vida al mismo Jesucristo: esta es la idea mas cabal de las pasiones. La pasion de los escribas, de los sacerdotes y de los fariseos fue la que no quiso reconocer al Mesías en el Salvador; la que le calumnió en los tribunales, y la que le puso en una cruz. Habiendo tratado tan mal al Maestro, no se podia esperar que perdonase á los discípulos: no hubo Santo que no fuese el objeto del odio y del furor de las pasiones; pocos que dejasen de ser víctimas de ellas. Y con todo, este es aquel enemigo de quien se desconfia tan poco; este es aquel á quien se fomenta, se ama, se halaga y se acaricia. Las pasiones nacen con nosotros, crecen con nosotros, y sin debilitarse con la edad, por lo comun acaban con nosotros. ¡Gran desgracia si nos acompañan hasta la muerte! Andamos jugueteando con estas bestias feroces; muerden siempre cuando halagan, y no se siente la mordedura. Pero ¿cómo no vemos el daño? ¿Cómo es posible que habiendo tanto tiempo que las pasiones están llenando al mundo de desdichas, no nos apliquemos á destruirlas y á aniquilarlas?

Punto segundo. — Considera que solo con reflexionar un poco mas de cerca los funestos efectos de las pasiones, parece se encuentra un remedio eficaz contra ellas mismas. Exterminense las pasiones, ó dómense por lo menos, y estará tranquilo, se descubrirá siempre sereno el cielo del corazon. ¿De qué otro principio nacen las tinieblas que se levantan, y no solo le anublan, sino que en alguna manera le quitan toda la luz? Toda pasion ciega; y cuando llega á ser dominante, ella sola es la que aconseja, ella la que guia; pero ¡á qué errores, pero á qué desórdenes, pero á qué precipicios! Santo Dios, ¡cuántos males se siguen de este principio!

Entre todos los efectos de las pasiones ninguno mas violento, ninguno mas funesto que el espíritu del error. Ellas son la madre de las herejías: no hay mas que recorrerlas todas. Hallaránse las mismas causas y los mismos efectos; la pasion las engendró, la pasion las conservó, y nunca sobreviven á la pasion. El orgullo, la ambicion, la envidia, la venganza, la lujuria, el interés, el despique: este es el origen de todas las sectas. Por mas que se quiera disfrazar la pasion, por mas que se pretexten otros motivos, por mas que se las

quiera suponer otro principio, no hay que cansarse, la pasion dió á luz todas las herejías. En vano se intenta desnaturalizarlas; no pueden desmentir su nacimiento. Aunque no todas nacieron en un mismo tiempo, pero todas nacen debajo de una misma estrella, todas son de un mismo país, todas de un mismo genio. Por eso todas se parecen en muchas cosas; el mismo fin, el mismo objeto, los mismos artificios y el mismo espíritu. Si la pasion no cegara el entendimiento y el corazon, ¿serian menester otros discursos para que abriesen los ojos los que buscan la verdad? ¡En qué errores no vivia Saulo sumergido, y con qué furor no perseguia á los fieles! Con todo eso, él estaba muy persuadido de que todo aquello era puro celo por la ley, y fue menester un milagro para que conociese su error. ¡Oh, qué dificultosas son las conversiones de esta especie! ¡qué raras! En pasándose cierto tiempo, pocas veces se corrigen las pasiones.

¿Quién excita la desunion y el cisma en las familias? La pasion. Reinaria la amistad y la buena inteligencia entre muchas personas, si se hubiera tenido cuidado de domar con tiempo este enemigo de nuestra quietud y de nuestra salvacion. Seria dulce, seria inocente la vida, si fuera menos inmortificada, si desde el principio se hubiese comenzado á luchar contra la pasion hasta vencerla. Toda nuestra aplicacion y todo nuestro conato debia dedicarse á oprimir á este enemigo doméstico; pero léjos de eso se le halaga, se le fomenta, y nos familiarizamos mas con él cada dia.

Dadme, Señor, tan claro y tan vivo conocimiento de la malignidad de las pasiones y de las desdichas que causan, que no cese con vuestra divina gracia de combatir contra este enemigo mortal de mi eterna salvacion. Resuelto estoy á aplicarme á tan necesaria lucha el resto de mi vida, penetrado de un vivo y sincero dolor de haber vivido hasta aquí esclavo de mis pasiones.

Jaculatorias. — ¡Oh Dios! esperanza única de mi salud, líbrame de las pasiones que me tiranizan, y perpetuamente ensalzaré tus misericordias. (*Psalm.* L).

Espero, Señor, que romperéis los grillos de las pasiones que me tienen aprisionado, y ofreceré en agradecimiento sacrificio de alabanzas á vuestro santo nombre. (*Psalm.* CXV).

PROPÓSITOS.

1 Son las pasiones, como se ha dicho, el gran móvil de las acciones humanas ó de la mayor parte de ellas: pocos se libran de su

tiranía; son el sepulcro del espíritu y las tiranas del corazon; nacen con nosotros, y desdichado aquel que no sobrevive á ellas. Son tan enemigas de nuestro reposo, que, por decirlo así, no sosiegan ellas, mientras no nos ven llenos de turbacion. Nada las tranquiliza, porque nada las contenta: su asunto es consumir y desecar el alma con mil inquietudes, disgustos y pesadumbres. No hay edad exenta de ellas. ¿Eres niño? pues las pasiones son los resortes que hacen mover esa pequeña máquina. ¿Eres jóven? es la edad en que ellas reinan con mayor vigor y con mayor imperio. ¿Eres hombre maduro? nunca mas fuertes que entonces: es verdad que la reflexion modera tal vez los ímpetus y el fuego, pero el veneno no le extrae. Retíranse las mas aturdidas para ceder el lugar á las mas peligrosas: no son las menos temibles aquellas que hacen menos ruido: una malignidad disimulada y taciturna asegura tanto mas el golpe, y es tanto mas nociva, cuanto es menos descubierta: la vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Esta es una leccion muy importante para tí. ¿Has trabajado mucho hasta ahora en vencer y en domar esos antiguos enemigos tuyos que se te han hecho domésticos y familiares? ¿De dónde nacen esas miserias, esas aversiones, ese mal humor, esos arrebatamientos, esa ambicion, esa concupiscencia, esa poca devocion y aun poca religion? ¿de dónde esa inquietud, ese desasosiego, esa turbacion y todo lo que tanto te hace gemir interiormente? Tus pasiones te tiranizan: las perdonaste, las lisonjeaste, las consentiste y las acariciaste, y ahora te dan el pago. Trátante como á esclavo, y las serás deudor de tu eterna desdicha. Toma hoy una eficaz y generosa resolucion de sacudir desde luego tan vergonzosa servidumbre; ó ellas te han de perder, ó tú las has de exterminar: para eso tienes en tu mano todos los auxilios necesarios, y estas mismas reflexiones son los mejores fiadores de esta verdad.

2 Ataca desde este mismo punto á tu pasion dominante. ¿Es la codicia ó la avaricia? pues paga hoy mismo á tus criados, satisface á tus oficiales, y además de eso da alguna limosna. ¿Es la inclinacion al juego? propon abstenerte de él en todo un mes. ¿Es el amor al regalo, á la comodidad y á la delicadeza? imponte alguna mortificacion particular, que repitas algunas veces cada semana. ¿Es el mal humor ó la cólera? déjate pudrir antes que descomponerte. ¿Es la envidia y la vanidad? estudia en alabar á todos, y jamás te descuides en expresion que pueda ceder en alabanza propia. ¿Es la pasion de la venganza? hoy mismo has de buscar á tu enemigo, le has de perdo-

nar de corazon, y esta victoria te librará de esa esclavitud. Acaso tiene Dios como vinculada tu salvacion á esta generosidad; y desde luego te pronostico que experimentarás el consuelo y la dulzura de una accion tan valerosa.

VIDAS DE ALGUNOS SANTOS

QUE CORRESPONDEN Á ESTE MES DE JUNIO.

DIA X.

SANTA OLIVA DE PALERMO, VÍRGEN Y MÁRTIR, PATRONA DE OLESA DE MONSERRATE, OBISPADO DE BARCELONA.

Santa Oliva, una de las vírgenes mas ilustres que han florecido en el jardin ameno de la Iglesia en los primeros siglos de su establecimiento, á quien celebran muchos escritores nacionales y extranjeros con los mas altos elogios, y cuya memoria será siempre grata á la Religion; nació en Palermo, ciudad metrópoli de Sicilia en el reino de Nápoles, el año del Señor 442 de padres muy distinguidos por su nobleza y eminentes virtudes. Estos se aplicaron con el mayor desvelo á dar á la ilustre niña una crianza propia de su piedad, como de su alto nacimiento. No salieron frustradas sus esperanzas á esos afortunados padres, pues que tuvieron el gusto de ver en su hija un templo vivo del Señor, ansiosa siempre de llegar á la cumbre de la mas alta perfeccion.

Contaba esta tierna niña la edad de trece años, cuando el impío Genserico, rey de los vándalos, con un formidable ejército que transportó del África, invadió la Sicilia y entró por asalto á la ciudad de Palermo. Sus habitantes unos son pasados á cuchillo, martirizados otros, saqueados sus bienes, incendiadas sus casas, arrancados los santos prelados de sus sillas, profanados los templos, destrozadas las imágenes de los Santos, y los cristianos que escaparon con vida fueron llevados cautivos al África. Santa Oliva fue del número

de estas ilustres víctimas, la cual luego que llegó á Tunez fue puesta á disposicion del pérfido Amira, gobernador de la ciudad. Este tirano se valió de todos los medios imaginables para pervertir á la santa doncella, y hacerla abjurar de la fe, y que abrazase la secta arriana; pero viendo que ni las caricias ni los halagos, lo mismo que los desprecios, las burlas y los escarnios, no servian sino para encenderla mas y mas en el amor á la religion que profesaba, y que todos sus desvelos se dirigian á mantener firmes y constantes en la fe á sus conciudadanos cautivos, animándolos con sus exhortaciones y santos ejemplos, confirmándolos con estupendos milagros, y con la conversion de innumerables gentiles; mandó azotarla con rigor, y pasearla ignominiosamente por las plazas y calles de Tunez; y no atreviéndose por respeto ó por temor á quitarle la vida, la desterró á unos bosques horrorosos para que allí fuese despedazada de las fieras.

Pero aquel Señor que tiene tan particular cuidado de los que se entregan á su amorosa providencia con entera confianza, transformó aquel bosque espantoso en un paraíso de delicias. Las fieras mas indómitas se volvieron mansos corderos; las víboras, los insectos, las aves de rapiña se domesticaron con Oliva de un modo inexplicable: los cortesanos del cielo la visitaban con frecuencia, y su alma enajenada en la contemplacion de las divinas grandezas y perfecciones del ser Supremo, anhelaba el momento de unirse á su amado.

En efecto, al cabo de siete años fue oida su peticion. El Señor para manifestar á los fieles aquel tesoro escondido, dispuso ó permitió que á unos caballeros muy distinguidos de Tunez se les antojase ordenar una batida de caza para aquel bosque, que comunmente se juzgaba inhabitable. Efectivamente la Santa fue hallada de los cazadores, los cuales al ver su rara hermosura y candor, quedaron tan prendidos de ciega pasion, que intentaron provocar su honestidad, y profanar aquel templo del Espíritu Santo; pero el Señor, que velaba por la santidad de su sierva, la infundió valor para cazar las almas de los cazadores de su cuerpo, y habiéndoles convencido de sus errores, y convertido á la fe, los bautizo, y dió valor para sellar su conversion con su propia sangre, recibiendo la palma del martirio.

Hizo tanto ruido la conversion de los cazadores por toda la ciudad, que muchos idólatras se convirtieron á la fe de Jesucristo por la predicacion de aquellos nuevos apóstoles. Lo que entendido por el tirano Amira, despachó un escuadron de soldados para que le llevaran presa á la que era promotora de aquella novedad. Pero sucedió lo mismo que á los cazadores; porque lo mismo fue hallarla, y oir

de su boca palabras de vida eterna, que quedar absortos y mudados en soldados de Jesucristo.

Partieron juntos del bosque siendo santa Oliva la capitana, y entrando en Tunez como en triunfo se dirigió al palacio del Gobernador, y con santa intrepidez le preguntó: «¿Por qué has enviado tropas á buscarme? ¿juzgas acaso que he venido movida del temor? «pues sepas que el escuadron entero que ha venido á prenderme se «ha convertido á la fe de Jesucristo, y antes sufrirá mil muertes que «hacer traicion á la gracia del Bautismo que han recibido.» Irritado sobremanera el Gobernador mandó ponerla en estrecha cárcel, con órden de que la dejasen morir allí de hambre.

Apenas entró Oliva en el calabozo, cuando una luz celestial desterró su oscuridad bañándole de resplandor. Los Ángeles le suministraron alimento, y la confortaron para recibir la gloria del martirio. Muchos de los presos que se hallaban en la misma cárcel, y eran testigos oculares de estas maravillas, creyeron las verdades del Evangelio, y en union con los soldados recien bautizados por Oliva, precedieron en el martirio á su maestra y directora. Entonces el pérfido Amira, no pudiendo sufrir tantos portentos como obraba el Señor por la mano de una tierna niña, la condenó al infame castigo de los esclavos; ordenó que su delicado cuerpo sufriera la cruel tortura del ecúleo, que sus blandas carnes fueran despedazadas con garfios, que se aplicasen á sus pechos hachas encendidas, y finalmente que fuese metida en una tinaja de aceite hirviendo; pero viendo que perdia el tiempo y su depravada obra con esta ilustre vírgen, y que los prodigios se sucedian unos á otros, mandó cortarle la cabeza en medio de la plaza de Tunez el dia 10 de junio del año 463, siendo de veinte y un años de edad, gobernando la Iglesia del Señor el papa san Hilario en el año tercero de su pontificado, en el imperio de Leon y Severo. En la misma noche de su glorioso martirio, los cristianos por ella convertidos hurtaron el sagrado cuerpo, y lo trasladaron á Palermo su patria, y lo sepultaron á las arenas del mar cerca los muros de la ciudad. Así consta por las actas de los Bolandistas y escritores sicilianos.

El sumo pontífice Alejandro VII, por los años de 1664, concedió á Olesa de Monserrate por principal patrona á santa Oliva, vírgen y mártir palermitana, con cuatro dias de indulgencia plenaria perpetuamente visitando el altar de dicha Santa, etc.

DIA XIII.

LOS SANTOS EVIDIO, MÁRTIR; SAN MARINO, OBISPO Y CONFESOR; Y SAN PATRON.

Entre otras de las muchas reliquias con que fue enriquecido el ilustre monasterio de San Pedro de Besalú, de la Órden de san Benito en el obispado de Gerona, en Cataluña, son notables los cuerpos de los bienaventurados santos Evidio, Marino y Patron, por cuya intercesion hace Dios grandes mercedes á los que con devocion la invocan. Nada se sabe de su vida y circunstancias, o por haberse quemado el archivo del monasterio, ó por negligencia de los antiguos. La fiesta del bienaventurado san Evidio, mártir, se celebra á 13 de junio, nombrándole en las oraciones del oficio divino y misa. La fiesta del bienaventurado san Marino cae á 19 de agosto, y se reza de él en dicho monasterio como de un obispo y confesor. Están estos bienaventurados pintados en el altar mayor del modo siguiente: San Evidio con una palma en la mano y en la otra un libro, y san Marino con insignias de obispo. En una visita que de las reliquias de aquella santa casa hizo un abad, de san Marino se hallaron todos sus huesos, y de san Patron no se halló tanto. En las fiestas de estos Santos hay concedidas por los sumos Pontífices muchas indulgencias. (*Doménech, historia de los Santos de Cataluña*).

FIN DEL MES DE JUNIO.

Nota. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE JUNIO.

Pag.

Dia I.—San Pámfilo, presbítero, y sus compañeros mártires. 6
San Iñigo ó Eneco, abad de Oña. 11
El Evangelio y Meditacion: De los respetos humanos. 21
Dia II.—Los santos Marcelino y Pedro, mártires. 26
San Erasmo, llamado vulgarmente san Elmo, mártir. 29
El beato Juan de Ortega, confesor. 31
El Evangelio y Meditacion: De la paciencia. 39
Dia III.—San Potino, santa Blandina, y los otros cuarenta y seis mártires de Leon. 43
San Isaac, monje. 51
Santa Clotilde, reina de Francia. 54
El Evangelio y Meditacion: El yugo del Señor es suave, y su carga ligera. 59
Dia IV.—El beato Francisco Caracciolo, confesor. 63
La Conmemoracion de los fieles difuntos. 71
El Evangelio y Meditacion: De la muerte de los justos. 77
Dia V.—San Bonifacio, obispo y mártir. 82
San Fernando, infante de Portugal. 89
San Sancho, mártir. 96
El Evangelio y Meditacion: De los motivos que tenemos para trabajar incesantemente en el negocio de nuestra salvacion. 101
Dia VI.—San Norberto, arzobispo y confesor. 105
El Evangelio y Meditacion: No hay condenado que no esté persuadido que se condenó porque quiso condenarse. 115
Dia VII.—San Pablo, obispo y mártir. 119
Los santos monjes Pedro, Walabonso, Sabiniano, Witresmundo (ó Wistremundo), Abencio y Jeremías, mártires de Córdoba. 124
El Evangelio y Meditacion: De la murmuracion. 128
Dia VIII.—San Medardo, obispo. 133
San Salustiano, confesor. 137
El Evangelio y Meditacion: Del celo de la salvacion de las almas. 140
Dia IX.—San Primo y Feliciano, hermanos, mártires. 144
El Evangelio y Meditacion: De la falsa sabiduría del mundo. 151
Dia X.—Santa Margarita, reina de Escocia. 155
Los santos Críspulo ó Críspolo y Restituto, mártires. 160
Santa Oliva de Palermo, vírgen y mártir, patrona de Olesa de Monserrate, obispado de Barcelona. 522

El Evangelio y Meditacion: Solo es sabio el que trabaja sin cesar en el importante negocio de su salvacion. 164
Dia XI.—San Bernabé, apóstol. 168
El Evangelio y Meditacion: De la prudencia cristiana. 177
Dia XII.—San Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires. 182
San Juan de Sahagun, confesor. 186
San Onofre, anacoreta. 197
El Evangelio y Meditacion: Que liberalmente premia Dios á los que le sirven. 202
Dia XIII.—San Antonio de Padua, confesor. 206
San Fandila, presbítero y mártir. 214
Los santos Evidio, mártir; san Marino, obispo y confesor; y san Patron. 525
El Evangelio y Meditacion: De la pronta correspondencia á la gracia. 218
Dia XIV.—San Basilio, obispo y doctor de la Iglesia. 222
Los santos Anastasio, presbítero; Félix, monje; y Digna, vírgen. 232
San Eliseo, profeta. 235
El Evangelio y Meditacion: De los pocos discípulos que tiene Jesucristo. 243
Dia XV.—San Vito, Modesto, y santa Crescencia, mártires. 247
San Pedro, llamado Compadre. 252
El beato Bernardo de Menton, confesor. 253
Santa Benilde, mártir de Córdoba. 254
El Evangelio y Meditacion: De la falsa confianza. 257
Dia XVI.—San Quirico y santa Julita, mártires. 261
San Aureliano, obispo y confesor. 266
Santa Lutgarda ó Ludgardis, monja de la Órden del Cister, vírgen. 268
El Evangelio y Meditacion: De la crianza de los hijos. 275
Dia XVII.—San Avy ó Avito, abad de Micy, confesor. 279
Los santos mártires Manuel, Sabel é Ismael. 284
Santa Teresa, mujer del rey D. Alfonso IX de Leon, y santa Sancha, vírgen. 287
El Evangelio y Meditacion: Del cuidado que los padres deben tener de la educacion de sus hijos. 299
Dia XVIII.—San Marco y Marceliano, hermanos, mártires. 305
San Ciriaco y Paula, mártires. 307
Los santos German, Paulino, Justo y Scicio, mártires. 310
El Evangelio y Meditacion: De la falsa conciencia. 317
Dia XIX.—San Gervasio y Protasio, mártires. 321
Santa Juliana Falconieri ó de Falconeris, vírgen. 326
El Evangelio y Meditacion: De la causa y de los efectos de la falsa conciencia. 330
Dia XX.—San Silverio, papa y mártir. 334
San Inocencio, obispo. 339
El Evangelio y Meditacion: Del camino que nos lleva a Cristo. 342
Dia XXI.—San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús. 346
San Raimundo, obispo de Barbastro. 356

San Eusebio, obispo de Samosata, mártir. 360
San Palladio, arzobispo de Embru de la provincia de Alvernia, confesor. 363
El Evangelio y Meditacion: De la inocencia. 368
Dia XXII.—San Paulino, obispo de Nola. 372
San Acacio y Heliades, con los diez mil mártires. 378
El Evangelio y Meditacion: De la misericordia con los pobres. 385
Dia XXIII.—San Simeon Stilita, el menor. 389
Santa Etheldreda, ó Audrica, vírgen y abadesa. 394
El Evangelio y Meditacion: De las ocasiones voluntarias del pecado. 399
Dia XXIV.—La Natividad de san Juan Bautista. 404
Himno. 410
El Evangelio y Meditacion: Sobre aquellas palabras: ¿Quién piensas será este niño? 413
Dia XXV.—San Guillelmo, abad. 417
Santa Febronia, vírgen y mártir. 422
Santa Eurosia ú Orosia, vírgen y mártir. 428
San Félix, ó Felices. 430
El Evangelio y Meditacion: Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios. 433
Dia XXVI.—San Juan y san Pablo, hermanos, mártires. 437
San Pelayo, mártir. 442
San Salvio, obispo y mártir. 446
El Evangelio y Meditacion: De la hipocresía. 452
Dia XXVII.—San Ladislao, rey de Hungría. 456
San Zoilo, ó Zoil, y compañeros, mártires. 461
El Evangelio y Meditacion: Que á Dios no se le ha de amar á medias. 467
Dia XXVIII.—San Leon, papa y confesor. 471
San Argimiro, mártir. 474
San Ireneo, obispo y mártir. 476
El Evangelio y Meditacion: De la fidelidad á las gracias de Dios. 482
Dia XXIX.—San Pedro y san Pablo, apóstoles. 486
Himno. 496
Santa Benedicta, vírgen. 497
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fiesta del dia. 502
Dia XXX.—Conmemoracion de san Pablo, apóstol. 506
San Marcial, llamado en vulgar catalan san Marsal. 514
El Evangelio y Meditacion: De las pasiones. 518

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT ... COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S [illegible] LIBRARY

Acc. 5411

248.3
C65

Croisset, P., S. J.
AUTHOR

Año Cristiano (Vol. VI)
TITLE